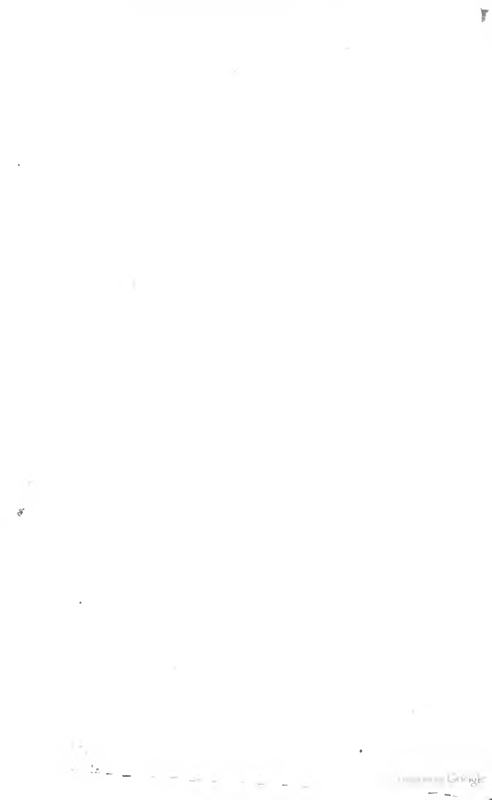






III & IV



JUAN A. MATEOS.

EL CERRO

DE

LAS CAMPANAS

(MEMORIAS DE UN GUERRILLERO)

NOVELA HISTÓRICA

POR JUAN A. MATEOS

CUARTA EDICION





MEXICO.
IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,
Calle de los Rebeldes número 2.

1868

PROLOGO.

"Press onward through each varying hour
Let no weak fears thy course delay;
Immortal being! feel thy power,
Pursue thy bright and endless way."

Andrew Norton.

La sociedad en que vivimos tiene todas las exigencias del refinamiento intelectual á que ha llegado: si la instruccion no se ha impartido simultánea y generalmente sobre todas las clases, los que se han salvado del diluvio de medio siglo, los que han sobrevivido á las catástrofes de una era aciaga en verdad para las conquistas de las obras materiales, pusieron en su arca todo lo que habian menester para que no se perdiesen las conquistas de la inteligencia; y he aquí á la nueva generacion poseedora de estas preciosas reliquias, reconocida á los representantes del genio que lanzan á la tierra á la paloma del pensamiento á anunciar la bienvenida de la ilustracion.

En la expedicion homérica no existen los caractéres trascendentales de esta gloriosa peregrinacion, que tiene toda la fisonomía de una epopeya

digna de una sociedad que no podria pasarse sin la relacion de las proozas de sus hijos, sin el canto heróico sobre la tumba de los mártires, sin el grito de reprobacion de la musa del porvenir que con disgusto ha contemplado el aplazamiento de su obra. Los hechos pasarian sin consecuencia alguna y sin aleccionar á los pueblos; la humanidad nos haria el cargo mas terrible por nuestra indolencia, y la historia tendria que lamentar el vacío de una época en que deben consignarse luchas titánicas, esfuerzos inauditos, catástrofes tremendas, esperanzas sublimes de regeneracion, trabajos hercúleos para vindicar y levantar á una patria cuya nacionalidad ha combatido medio mundo.

Preciso es hacerse eco de la humanidad reconocida hácia los hombres enérgicos encerrados en la nueva arca de la alianza, y que en medio de las tormentas y de la inundacion han guardado la verdad histórica, consignando todas y cada una de las peripecias que se han representado en nuestro derredor hace algunos años.

La narracion de nuestra independencia desde la aurora de la emancipacion, se debe á esos esfuerzos, y por eso las armas innobles de la calumnia se han embotado al intentar el destrozo de las marmóreas páginas del libro inmortal de las edades.

Tenemos una historia: y nuestras revoluciones, que no han sido la obra de la ambicion ni de la ceguedad, han reunido en torno suyo escritores como Esquilo y Tirteo, dignos representantes de la constante lucha emprendida en defensa de nuestros derechos ó para conquistar la perfectibilidad que anhela incesantemente el linage humano.

Existen pueblos modernos dotados de tal fervor por sus tradiciones históricas, que por mucho que procuren hacerse dignos del porvenir, no hay sitio, ni punto geológico que no esté ya convertido en un monumento imperecedero; han sido deificadas las piedras, se han poblado los desiertos que regó la sangre de los vencidos y de los conquistadores; se han conservado con devocion las rocas que asaltó el denuedo de los combatientes; los asilos de beneficencia y los planteles de instruccion pública se han erigido junto á los rios que presenciaron los combates; sobre las ruinas de los reductos se han levantado templos, y no hay lugar de bélicos recuerdos que no esté venerado competentemente para revelar á las generaciones futuras las hazañas de sus mayores. ¿Desconfiaban estos pueblos de

la historia? Querian hacerla aprender á la juventud de una manera mas práctica y pintoresca que como se conoce en los libros?

Cuando se visitan los Estados del Este de la Union Americana, se comprende ese trabajo trascendental y filosófico, y el sublime respeto consagrado á la roca do Plymouth recordará al país por muchos siglos la peregrinacion de los puritanos y primitivos fundadores de la nacion mas floreciente del globo.

Nosotros, que carecemos de esa veneracion épica, necesitamos mas que ningun otro pueblo del auxilio de la historia y de los monumentos literarios que la reflejan. El descuido de los archivos, nuestra indeferencia por las reliquias do nuestros héroes, nuestra falta de museos, nos privan de mil objetos dignos de adoracion que se pierden y olvidan. El uniforme y las armas del guerrero, la piedra en que se arengó á un ejército, el balaustrado de un balcon ó de una galería en que se victoreó á un pueblo ó se proclamó un principio, se encuentran perfectamente conservados en otros países; la pigmea prensa de Franklin ocupa un lugar de preferencia en el Patent Offico de Washington; entre nosotros todo está llamado á desaparecer, y aun ignoramos en qué paraje están los tumbas de muchos do nuestros mártires, para arrodillarnos ante ellas y enseñar á nuestros hijos á bendecir á sus ilustres antepasados.

He aquí el motivo por que toda obra histórica, cualquiera que sea el giro que lleve, la entonacion que tome y el carácter con que se presente, será altamente benéfica para una sociedad ilustrada, que no debe olvidar el drama á que ha asistido y que tiene que recordarlo á la generacion futura.

La novela, ese libro del hogar que ya no es desconocido á la literatura de ningun país, será un trabajo de escasa importancia? La cuestion está resuelta negativamente por los humanistas y por los filósofos y los pueblos que no están á la altura de la epopeya inmortal del Tasso,

....

....

"Che suoni in altre lingue, e in altre carmi
Si scriva, e incida in nuovi bronzi, ó in marmi,"

han tenido necesidad de la "Matilde ó las Cruzadas" y de la ficcion para comprender el asunto de *La Gerusalemme liberata*.

La "Cabaña de Tom" de Mrs. Beecher Stowe se ha considerado de mas trascendencia para la causa de la manumision de la raza de color, que todas las obras de los historiadores y de los políticos de la Union americana.

La novela es el libro del pueblo, es el libro que habla directamente al corazon, que conquista á la mas bella porcion del linaje humano, que enseña recreando como lo exige el primero de los poetas didácticos; y el mismo Dante apela en su Infierno á la ficcion y á la alegoría para cautivar el gusto, y canta las bellezas del amor entre Lancelot y Francisca de Rimini, en esa forma poética y fantástica que no es mas que el ropaje de la novela.

La antigüedad fué más sublime, pero su poesía se quedaba en el Olimpo; y si pasaba al Tártaro, no tocaba en la tierra; no obstante los héroes y los semidioses pueden ser considerados como los primeros tipos de ese trabajo literario que hoy ocupa tan distinguido lugar en las letras modernas.

En este siglo de incredulidad, el *terribilis visu formæ* y Eneas y la Sibilia de Virgilio, son de menos efecto que el cadalso donde muere el caudillo del pueblo, el calabozo en que escribe su carta de despedida á la madre ausente ó á la mujer amada, ó el cuadro descriptivo del combate en la montaña, en que el guerrillero se hace el actor de un poema trágico al que la escuela clásica tiene que negarle este nombre, porque en vez del coturno calza el héroe las espuelas amozoqueñas forjadas por nuestros modernos cíclopes, sin un Vulcano protector.

Tengo á la vista una novela sobre la que estoy interesado en decir dos palabras, en momentos en que la fatiga me rinde al cerrar mi modesto equipaje, y en que hay otra presion moral en mi corazon dominado por diversas emociones.

Voy á abandonar mi querida patria cuando apenas saboreo los placeres de la bienvenida; cuando las lágrimas del regocijo de que nos habla Ossian aun no se orean en las mejillas de mis amados padres y de mis afectuosos hermanos; cuando mis amigos y compañeros de infortunio consideran como una crueldad del destino esta separacion; cuando aspiro con todas mis fuerzas las perfumadas brisas de este valle encantador, y me deleito con este sol de eterna primavera por el que tanto he suspirado en el destierro.

La pluma que ha trazado las anteriores líneas está todavia en mis manos, y me admira mi fuerza de voluntad que se sobrepone á tantas impresiones para cumplir con un deber sagrado impuesto por la amistad, que es para mí una honra inmerecida y que por consiguiente sabré agradecer, aunque la agitacion en que me encuentro disminuya mis pobres fuerzas considerablemente.

Lo que llevo dicho prueba que la novela del distinguido escritor mexicano Juan A. Mateos, es un trabajo que debe considerarse y apreciarse por un público ilustrado, amante de las glorias nacionales y de los hechos históricos, narrados con tanta fidelidad como lo exige un asunto de tan vasta importancia.

Hablaré de su merito? En primer lugar me declaro incompetente para juzgarlo. En segundo, el público que la ha acogido con tanta benevolencia y que no es un Telémaco que necesite de un Mentor, ha leido ya la obra; con este prólogo sucede á la inversa que con el de todos los libros que preside un trabajo ageno: aparece cuando la sociedad ha fallado sobre la produccion. Nuevo motivo de agradecimiento al antiguo amigo que me distingue pidiéndome las últimas palabras que escriba én el suelo patrio, para un libro que ha merecido la aceptacion universal y los mas justos elogios de la ilustrada prensa mexicana.

Alguna parte he tenido en la realizacion de esa obra, y permítaseme lisonjearme por ello. Su autor me invitó á este trabajo á que gustoso me habria dedicado si no me lo hubiesen impedido mis circunstancias particulares, y el anhelo de consagrarme á la organizacion de empresas esplotodoras de mejoras materiales, cuyo éxito no conozco todavía. La literatura ha ganado mucho con mi abstencion, á que siguió mi mas fervorosa excitativa, para que Mateos venciese su modestia y la negligencia peculiar á los escritores que no pueden ver en un trabajo laborioso y dilatado la recompensa de sus afanes.

Casi puedo asegurar que adiviné el éxito de este libro, que la imaginacion y el constante estudio del autor garantizaban. Estimulé su perseverancia y pocos dias despues me sorprendió favorablemente el anuncio de su publicacion.

Su autor es ya demasiado conocido en el mundo literario; sus composiciones líricas están impregnadas de ternura, porque siente ese vacío

del corazon que se forma en la escuela romántica, sin descubrirse todavía la razon de esta especie de manía que acibara la existencia.

Byron fué un hebreo en el mundo, y su peregrinacion la continúa Víctor Hugo en su destierro. Goethe necesitó forjar una segunda vida á su Fausto para esplicar mejor esa ansiedad nunca satisfecha del corazon. Sociedades como la nuestra tienen que producir génios tan avanzados como los padres de la literatura moderna.

Mateos ha sido tambien autor de una extensa série de dramas, y su anhelo de gloria no se satisface todavía; ni acaso podrá lograrlo aunque llegue á coleccionar mas obras que Lope de Vega y Calderon de la Barca.

El poeta se comunica con el infinito; toma las proporciones de las antiguas pitonisas, y como la sociedad se burla muchas veces de su trípode, la tristeza y el desaliento tienen que onvenenar su corazon.

Sublime perseverancia se requiere para escribir un libro en el que la humanidad se ha de empeñar en ver al hombre y analizar sus defectos. Basta no pensar y no escribir para lanzarse ventajosamente en el caos de los negocios y de la política; pero el que busca mas que aplausos, el que quiere plantear verdades prácticas y posee imaginacion y talento, tiene que someterse á pruebas muy difíciles de que las medianías y las nulidades están exentas.

Pero es esta una regla general? No, no lo creo así, opérase tarde ó temprano una saludable reaccion en las sociedades; la vulgaridad y las malas pasiones no pueden poseer la energía y la perseverancia que son el privilegio de los hombres dotados de genio.

Su camino es mas largo y penoso; pero llegan al fin de la jornada cuando ya las medianías y las nulidades han desaparecido.

La sociedad siempre pide hechos y se retira desdeñosa de los que no conocen mas letras que las de cambio, ni tienen mas ambiciones que la de una situacion precaria que los pone en evidencia.

Por otra parte, la inmortalidadl esa idea que no puede destruir el escepticismo y que es el patrimonio moral de los que escriben y regalan al mundo los tesoros de su inteligencia, es suficiente compensacion á las muchas decepciones á que está condenado el génio que no hace alarde de ser el *Katharos* de la Galia meridional, ni el anabaptista de Munster.

Ama la inspiracion que no le sonrie á los profanos, que no halaga al

sensualismo de una secta que se titula positivista, porque desdeña la instruccion y solo cuida de sus torpes goces y comodidades, desentendiéndose de cuanto encumbra y eleva el espíritu.

Continúe vigorosamete el autor del "Cerro de las campanas" por la senda en que ha dado ya pasos tan gigantescos; siga buscando en la meditacion y en el estudio satisfacciones que nadie pueda disputarle; y piense en su patria y sepa sacrificarse por ella como su ilustre hermano; que su nombre vivirá porque está al frente de obras que revelan su talento y el poder de la inspiracion, que le ha proporcionado tan consoladores éxtasis en sus horas mas negras.

Y reciba estas desaliñadas páginas como un tierno adios, en los momentos en que no es mi menor pena el dejarle como á tantos amigos, que son el mejor ornato de esta apreciable sociedad á la que tantas distinciones debemos.

Yo le recordaré muy especialmente, leyendo las últimas páginas de su hermosa novela, acariciado por las frescas brisas de nuestro golfo al separarme de una tierra bendita, al perder la cima del blanquísimo Pico de Orizava, que verá las lágrimas y los suspiros del viajero!

México, Abril 7 de 1868.

J. Rivera y Rio.

PRIMERA PARTE.

LA INTERVENCION.

CAPÍTULO I.

LA NOCHE TRISTE.

I.

La tarde del 31 de Mayo de 863, el ejército de la república resueltamente abandonaba la capital.

La derrota de *San Lorenzo* y la rendicion de *Puebla*, determinaron un nuevo plan de campaña.

A las cuatro de la tarde de ese memorable dia, el presidente Juarez y sus ministros salieron para el interior del país, despues de haber ordenado la retirada de las tropas.

El cuerpo de ejército tomó el rumbo de Toluca y un destacamento de dos mil hombres el de Querétaro.

El toquè de *generala* anunció la partida.

La consternacion mas horrible se apoderó de la ciudad, las mujeres y los niños se agolparon á los cuarteles para seguir á sus maridos y á sus padres, el pueblo abandonaba en masa sus hogares.

Los batallones comenzaron á desfilar.

En este ejército habia algo de sombrío, mucho de desesperacion.

El ejército se retiraba sin precipitacion alguna, los soldados marchaban en órden de *parada*, era un movimiento militar, no era una huida.

El ruido de sus cajas, sus banderas desplegadas, su silencio aterrador, eran una protesta terrible, eran una promesa de venganza, una evocacion al porvenir de la república!

En el pórtico de las *Casas Consistoriales*, una caballería formada de comerciantes alemanes, se organizaba para recorrer la ciudad. La guardia española se dividió en destacamentos, cuidando el órden amenazado por la efervescencia popular. Los cónsules habian salido á encontrar al general Forey, en jefe del ejército frances, para evitar los vergonzosos escándalos á que se entregan por lo comun los ejércitos victoriosos.

¡Cierto es que los triunfos franceses en América, no serán envidiados por los adoradores de las glorias militares!

Multitud de ginetes atravesaban á escape por las calles, el comercio estaba cerrado, y en cada casa pasaba un drama de familia.

El pueblo, al palpar la realidad espantosa de su infortunio, se desbandó por las calles en imprecaciones amenazadoras, tomando unos grupos la salida de la ciudad, y otros desapareciendo en las tortuosas callejuelas de los barrios.

¡La Capital estaba perdida!

Para las almas encarceladas en la ruindad del sentimiento, y á quienes les está vedada la luz del porvenir, la república habia espirado. Para los corazones nobles que ven en los acontecimientos hechos aislados, caractéres esparcidos que no forman el sentido de una palabra, la ocupacion francesa era el principio de la guerra, los preliminares de un duelo, el prólogo de esa lucha sostenida heróicamente y que forma los títulos mas gloriosos de la Independencia mexicana!

II.

El sol habia caido en la tumba del ocaso y la apacible luz de la luna blanqueaba los edificios y las cúpulas de la ciudad. El ruido se dejaba apenas oir como el murmullo del mar en calma.

A la puerta de una casa situada en el centro de la ciudad, habia un grupo de cinco hombres, que revelaban desde luego ser oficiales del ejército mexicano. Su alegría contrastaba con la situacion verdaderamente triste que guardaba la ciudad.

Uno de esos oficiales era el que llevaba la palabra.

—Si viviera mi general Zaragoza, decia echándose el sombrero á los ojos, no estaria el *gabacho* en Puebla; pero como los muertos no viven, está claro que todo se ha de perder; ¡por vida del diablo! lo que siento mas es mi equipaje, allí estaba mi cruz del 5 de Mayo. ¡Válgame la Vírgen de Guadalupe y todos los demonios! qué zumba llevaron esos *franchutes;* así, como que *galopeaban* por el cerro, á mí me agujeraron el sombrero; dos *deditos* mas abajo, y el capitan Martinez estaria en la *Cocina grande.* He peleado con el *mocho* tres años; pero estos franceses no *tienen madre,* son entradores! aquí están los compañeros que me han visto *rifar;* de veras soy bueno!

El capitan Martinez presenta la particularidad de ser un fanfarron que cumple lo que promete. Durante la *revolucion progresista,* se le habian visto actos de valor increibles: audaz para penetrar en las plazas enemigas, para examinar el campo, y decidido en el combate, era todo un guerrillero, con la experiencia aunque sin el aplomo de un veterano.

El capitan Martinez era uno de aquellos hombres que se encuentran en todas las revueltas políticas, que se aprovechan de los lances mas críticos, y que despues se les olvida, sin que ellos se den por sentidos; pues al primer toque de alarma, ya están presentes y decididos á arriesgar su vida, mas bien en defensa de sus jefes, que de la idea revolucionaria.

Martinez habia acompañado á Zaragoza, y era fanático por todos los jefes que defendieron la plaza de Puebla.

Tenia la cruz de las *Cumbres* y del 5 de Mayo.

El equipaje que tanto lamentaba, consistia en un uniforme viejo y unos certificados de sus jefes; es verdad que con él, perdia todos los objetos que componian su fortuna.

En los momentos de retirada lo habia nombrado su ayudante el coronel Fernandez, que era la persona á quien aguardaba en compañía de otros tres oficiales de Estado Mayor y dos asistentes.

Martinez no contaba nunca haber permanecido en silencio dos horas consecutivas, pues aunque durmiera, continuaba hablando. Esta cualidad lo hacia muy recomendable, así es, que todos lo buscaban para pasar el rato. Jugaba la paga antes de recibirla, pedia prestado á premio al pagador, tocaba la guitarra, cantaba canciones picantes, era bromista con las muchachas, galante con las viejas, escelente amigo y mas escelente tomador de coñac y el fanfarron mas valiente y acabado.

Con estas cualidades, el capitan Martinez era siempre el ídolo de sus efes y el niño mimado del regimiento.

La charla continuaba.

—Mo consta, dijo uno de los interlocutores, mi capitan es *planchado*, el dia de la batalla de las *Cumbres* se lanzó á las ancas del caballo del general Arteaga, ¡pobre general! estaba atravesado de un balazo.

—Y con bala *crónica*, añadió Martinez, retorciéndose los bigotes. Yo lo llevé á un pueblito y lo tuve oculto de los franceses hasta que lo pude traer á México. Se habia hecho duro de genio con sus dolencias, una noche me bautizó con la *bebida* de la botica, ¡pobre general! Ese sí vale lo que pesa, ¡y cuidado, que puesto en la romana se lleva catorce arrobas!

—Pelea como demonio, dígalo el *Colorado y Calamanda*, hasta las orejas nos chamuscaron.

—Estas son tortas y pan pintado, replicó Martinez, si ustedes hubieran estado en San Javier, allí sí que se batia el cobre de lo lindo: ¡qué gabachos! con su artillería nos demolieron la trinchera, y ¡zas! al asalto, y ¡zas! á rechazarlos mil veces hasta que. . . . . ¡demonio! y pensar que todo se lo ha llevado Judas!

—¿Y Pitiminí? dijo uno de los oficiales.

—¡Viva la patria! esclamó el capitan y echó el sombrero por lo alto. Allí nos *revolvimos* como parvada de gansos y esto fué *carnear*, y reventó la mina, y saltaron las piedras, y nos cubrieron los escombros, salí como lagartija de entre las piedras, con las rodillas desolladas y un chichon en la frente que parecia unicornio.

Mi general Llave no tiene rival; cuando se hable de valientes, es necesario quitarse el sombrero. ¡Satanás y sus cuernos! hay hombres que viven porque Dios es grande, y es tambien porque las balas conocen cuando se les tiene miedo.

Yo tengo una regla en materia de proyectiles: los que chiflan no hacen nada. En cuanto á los sables de los Cazadores de Africa parecen navajas de barba; rebanan á los hombres como si fueran melones. El pedazo de oreja que me falta dará razon de mi dicho, como dicen los tinterillos. Yo perdí un trozo de oreja, pero el gabacho no me la quedó á deber, *quebré* mi caballo y lo dejé pasar con toda la fuerza de su árabe, entonces le prendí la *reata* y esto fué sacarlo del albardon y arrastrarlo hasta que ya no pesaba.

Aquí, donde ustedes me ven, yo debia estar en Francia, ya estaba en la lista de los prisioneros, cuando mi general Berriozábal montó en su

caballo en los bigotes de los franceses, y dijo: por aquí qne no peco, y se salió á la pura canilla; yo que tambien soy hijo de mi madre, dije: pies, para qué os quiero, y seguí al general hasta ponernos en salvo; mi coronel Fernandez se habia escapado primero que yo, lo busco, lo encuentro y cataplun! nn abrazo, y en la órden general se me dió á reconocer como ayudante de la persona. Yo no he de dejar la revolucion hasta *dejar la salea* en manos de los gabachos..... ¡Qué demonio! el coroncl no parece y la tropa sigue de prisa su retirada; esperen aquí un momento, voy á darle unas pocas de ansias.

III.

El capitan Martinez penetró en el interior de la casa, subió la escalera, atravesó el corredor y se detuvo en la puerta de la antesala.

Entonces se presentó á su vista nn cuadro tristísime de familia.

El coronel Fornandez, aquel hombre nutrido en las vicisitudes de las campañas y los peligros mas inminentes, aquel corazon que los soldados juzgaban de hierro, aqnella frente siempre serena en los combates, y aquellos ojos atravesados por el rayo, todo habia sufrido nna metamórfosis completa.

El coronel yacia arrodillado á los pies de una anciana ouya frente descansaba en el pecho de aquel hijo qnerido, de aquel hijo único que era toda su esperanza.

La anciana lloraba y sns lágrimas caian en las manos del soldado como getas de fuego.

—Madre! dijo procnrando contener los hondos sollozos de sn corazon, ya tu frente está cubierta de surcos, y tus cabellos blanqnean con el hielo de la vejez! madre, tú lloras y yo arranco á tn pecho esos snspiros; ¿qné quieres? ¿por qué sufres? ¿acaso esta separacion es eterna? ¿no vela tu cariño por la existencia de tu hijo? ¿no me alcanza á todas partes como la luz del sol á todo el horizonte?.... madre, no llores!

—Peso los peligros! ¡pero la mnerte! dijo la podre anciana.

—No temas, esclamó el guerrillero cubriendo de besos aqnella frente venerada, y parándose violentamente dirijió su mirada á una imágen de lá Vírgen, y en el trasporte de sn dolor y cariño filial, dijo, dirigiéndose á la madre de Dios: Voy proscrito en mi misma patria, acaso los pesares abran la tumba á la que me ha dado el ser! no, no, tú no permitirás que

yo esté separado de ella en los momentos supremos de su agonía, yo quiero recibir su último aliento y su postrera bendicion. ¡Madre de Dios, oye estos votos que levanto desde el fondo de mi alma hasta tí, vela por mi madre, ella es el único tesoro en mi infortunio; mártir sobre la tierra deposite al menos su último beso en la frente de su hijo!

Despues de este arrebato religioso tornó á arrodillarse para recibir la última bendicion; pero la anciana estaba desmayada.

El capitan Martinez se dió una palmada en la frente y se arrojó por las tinieblas de la escalera, echando una andanada de maldiciones como alma que se lleva el diablo. Y era que aquel corazon sentia renovarse sus heridas. Ademas, tenia fanatismo por su coronel y aquella ofrenda de amor filial le habia conmovido hondamente.

Llegó á la puerta de la casa con los ojos llenos de lágrimas, no obstante se puso á silbar la popular cancion de los *Cangrejos*.

Pocos momentos despues apareció sereno como siempre el coronel Fernandez.

—Aguarden un cuarto de hora mas, dijo, que es lo que necesito para el arreglo de un negocio.

—Está bien, si necesita mi coronel de compañía, estamos á sus órdenes.

—No, respondió secamente el coronel y se echó á andar cuidando de no meter ruido con sus acicates.

—Esto es cosa de tomar asiento, esclamó Martinez, y se sentó en el quicio del zaguan.

Sus compañeros siguieron su ejemplo, é inaugurando la tertulia, siguió el relato exajerado de sus aventuras.

IV.

Eran las once de la noche.

La casa de la familia Fajardo estaba concurridísima.

El Sr. Fajardo y familia pertenecian á la sociedad conservadora, así es que estaban de felicitacion.

Tres ó cuatro generales del antiguo régimen, otros oficiales subalternos del depósito, empleados cesantes, media docena de viejas reaccionarias y otros sócios de la propaganda intervencionista formaban la tertulia, en cuyo centro se encontraba el Sr. D. Modesto Fajardo y su esposa doña Canuta.

El Sr. de Fajardo era un hombre alto, erguido como un ganso disecado,

do nariz arremangada y frente mezquina. Usaba patillas y un pelucon color de cerda de jabalí, que se elevaba á tres centímetros de su frente, sostenido por un peineton. Era un hombre de chaleco blanco con boton dorado, saco rabon y pantalon de mameluco. Los cuellos de su camisa se detenian en la parte baja de las orejas, y en la pechera ostentaba un brillante montado en plata, que figuraba la cabeza de un pavo de esmalte azul.

Traia atado á una gruesa cadena de oro, uno de aquellos relojes del vireinato, que nunca han ido á la tienda del relojero, ni discrepado un minuto. Cierto es que se necesitaba una persona como el Sr. de Fajardo para cargar esa máquina construida para un campanario y no para un ser viviente.

El Sr. de Fajardo era un diplomático consumado. Habia sido archivero del Ministerio de Relaciones.

El general Bustamante lo habia llevado á la legacion de Roma, y esto le habia dado un concepto entre sus partidarios, que lo juzgaban un Metternich.

El Sr. de Fajardo fué perseguido por estar siempre en los corrillos de sacristía, dando *noticias falsas*, que él llamaba *juegos diplomáticos*.

Las prisiones hacen héroes, así es que el susodicho personaje, se declaró cabeza y jefe del partido *conservador*, y todas las mómias del primer imperio y administraciones reaccionarias buscaban su talento diplomático como á una sibila.

El Sr. de Fajardo decidia magistralmente sobre cualquier punto y cualquiera materia. Era un hombre que no se detenia ante ningun obstáculo.

En el negocio de Jecker habia hecho su agosto, y sus negocios caminaban viento en popa.

Dueño de una gran fortuna, se entregaba á las ilusiones de la intervencion, creyendo desempeñar uno de los primeros puestos al advenimiento de los franceses.

La Sra. de Fajardo era una vieja enjuta como una caña de invierno, no habia en toda ella mas protuberancia que su larga nariz amoratada color de rábano, sus lábios formaban una línea imperceptible, su barba era pequeña y sus ojos redondos y chicos, pero chispeantes en estremo, su frente inmensamente grande y su pelo castaño muy ralo. La Sra. de Fajardo era blanca, de un blanco albayalde puesto siempre en contraste con los colores de sus vestidos, que por lo comun eran verdes, divisa de la secta reaccionaria.

La susodicha señora le habia, como vulgarmente se dice, bebido los alientes al señor su esposo, y era literata y diplomática, sabia francés, escribia editoriales y era el mentor del Sr. de Fajardo, que entre paréntesis el talento no era su fuerte.

Doña Canuta era oriunda de Sombrerete, hija de una familia humilde, y el Sr. de Fajardo último vástago de un comerciante de Tepic.

En la feria de San Juan de los Lagos se habian conocido estas dos notabilidades.

Las piedras rodando se encuentran. Una mirada eléctrica cruzó entre aquellos dos séres criados el uno para el otro.

El padre de doña Canuta volvió solo á Sombrerete, su hija quedaba desposada con el Sr. de Fajardo.

La feliz pareja se estableció en la capital, porque los negocios estaban muertos en Tepic; una casa inglesa habia monopolizado el contrabando y allí la existencia era imposible.

Aconsejóle doña Canuta á su esposo que entrara á la política, y como por algo debe comenzarse, aceptó el de Fajardo el archivo del Ministerio de Relaciones. Todo debe comenzar por el principio.

El *de* que acompaña al Fajardo fué tambien invencion de doña Canuta.

Ya hemos esplicado el por qué de la fortuna de esa familia.

La naturaleza, que tiene aberraciones inconcebibles, habia hecho nacer de aquellos dos fenómenos una niña hermosa y delicada.

Luz era bellísima, unos ojos color de cielo con unas largas pestañas, una nariz griega, el óvalo de la cara perfecto, la boca pequeña y encarnada como un boton de rosa, el cabello rubio, el seno mórbido y la cintura de abeja.

Tras aquella mirada intensa vivia una alma noble, abierta á los sentimientos mas puros.

Luz tenia diez y seis años, estaba en esa edad en que el corazon se despierta á las primeras impresiones, en que el horizonte está teñido de púrpura y color de rosa.

Luz habia conocido al coronel Eduardo Fernandez, en el teatro. Luz sintió en su alma los primeros rayos del amor primero, esa lluvia de fragancia sobre el corazon, ese aroma de las primeras ilusiones, cuando el arco del cielo se tiende en el horizonte de la vida.

El coronel no habia tenido lugar de enamorarse: ave de paso galanteaba á todas las jóvenes; pero su entusiasmo se apagaba al primer toque que anunciaba la salida de su regimiento. Eduardo sintió por vez primera el

poderoso atractivo de una mujer, amaba con delirio á Luz y era correspondido.

Hay almas que van á su destino.

Al apercibirse la Sra. de Fajardo de estas relaciones, se habia montado en ira, y en el silencio de su habitacion proyectaba en union de su esposo, un plan diplomático para arrebatarla al amor de un coronel de la República, de un *disidente*, de un *demagogo.*

El coronel marchó al asedio de Puebla y la fama de su valor llegaba en los diarios hasta Luz, que leia con avidez las noticias de la campaña. Doña Canuta se irritaba, y hacia á su infortunada hija rezar triduos por el éxito de las operaciones del ejército frances.

Merced á estas oraciones ayudadas por cuarenta mil franceses y cien piezas de artillería, la ciudad de Zaragoza cayó en poder de los invasores.

Esta noticia fué celebrada con un convite diplomático por la familia Fajardo.

Luz pretestó una indisposicion y se quedó llorando en su aposento, pues ignoraba la suerte que habria corrido el coronel Eduardo.

Fernandez se presentó á Luz despues de la fuga de Puebla. Ella le recibió con aquel entusiasmo hijo del verdadero amor; pero ¡ay! aquellos dias no podian prolongarse, la lucha continuaba, y era necesario partir.

V.

Estábamos en el 31 de Mayo, el ejército habia desocupado la ciudad, y Eduardo permaneceria muy cortos momentos junto á su amada.

La despedida de su anciana madre le tenia conmovido profundamente.

Le faltaba otro trance bien amargo, la separacion de Luz, objeto apasionado de su ternura y de su cariño.

Así le vemos encaminarse á la casa donde habia de dejar, acaso para siempre, á la mujer de su amor.

Luz estaba inquieta, separada de la concurrencia que invadia esa noche su casa, estaba en el balcon con su buena amiga Clara, una muchacha espiritual y llena de atractivo, confidente de los dos amantes.

Sin duda esperaban la llegada de Eduardo, porque su inquietud era grande.

Entretanto, el señor de Fajardo rodeado de sus amigos, decia en voz

alta, no tanto que pudiera ser oido por personas estrañas, porque esto era poco diplomático.

—Este es negocio concluido, la Francia ha de ser siempre la Francia, (y en esto tenia razon), el ejército vencedor en Crimea, no puede detenerse ante el barro de esas trincheras. El 5 de Mayo fué una gran casualidad. Lorencez estaba loco.

—Señor de Fajardo, respondió doña Canuta, esa es mucha estupidez, y permítanme ustedes la palabra, el creer que la resistencia de Zaragoza significa un triunfo. La diplomacia exige ciertos golpes, y Monsieur de Saligny es hombre muy hábil, y él ordenó la honrosa retirada del ejército expedicionario.

—Querida mia, la diplomacia nunca ordena las cuasi derrotas, en ese caso seria obra de la estrategia.

—No participo de tu opinion; ¿qué quiere decir derrota? Señores, yo apelo al diccionario de la lengua.

—Transemos, querida esposa, porque tú eres fuerte en esa y otras materias; lo que yo digo simplemente es, que nuestro ejército frances no consiguió su objeto.

—Hé ahí otra inconsecuencia filosófica por la que no paso. El ejército salió vencedor, puesto que obligó á Zaragoza á subir á un cerro, que era su plan de batalla; yo apelo al buen juicio de los que me escuchan.

—El año de veintiocho, señores, dijo un militar avinagrado, que dejaba trascender á leguas su culto por el dios Baco, yo estuve en la jornada del Parian; el saqueo....

—Fué un golpe de diplomacia, dijo Fajarde interrumpiendo al general.

—El saqueo, como decia, fué una combinacion del momento y de fecundos resultados; porque eso que los demagogos llamaron desórden, fué precisamente la consecuencia....

—¿Consecuencia de qué? gritó doña Canuta; esa es historia antigua, entonces no se hallaban los soldados á la altura que hoy.

—Pues un saqueo igual ha habido en China, replicó el veterano amostazado por el apóstrofe de doña Canuta; y es que los saqueos están á la órden del dia en todos los ejércitos, aun de los que no existen.

—Todos tienen razon, dijo el diplomático; nosotros, hombres del raciocinio y de la combinacion, no nos curamos de esos incidentes, caminamos á un fin determinado, y el saqueo ó incendio de una ciudad nos es indiferente, es un punto omiso en la diplomacia.

El señor de Fajardo paseó una mirada triunfante por la concurrencia pidiendo aprobacion, que le fué rendida con genuflexiones.

—Señores, dijo un mozalvete de patilla negra y lentes, es necesario confesar que el señor de Fajardo es todo un pelítico, y que servirá de una manera *incisiva* en la próxima administracion.

—Jóven, respondió el señor de Fajardo acariciándose la barba, usted tiene corazon, es usted un hombre de porvenir.

—Es mi educando, ¡ya lo creo! replicó doña Canuta; me he encargado de su carrera, ya sabe el Telémaco y los verbos irregulares; no comprende la conjugacion, le parece algo de la luna; pero no importa, la conjugacion es una cosa inconveniente; y ademas, para ser un buen diplomático no se necesita la gramática.

—Es cierto, dijo una vieja abominable; mi esposo no sabia los pronombres, escribia Jimenez con X, y no por eso dejaba de ser un buen general; la maledicencia lo impugnaba de cobardía.

—¡La maledicencia! gritó la Fajardo encendiéndosele la nariz hasta ponérsele como una remolacha; la maledicencia acusa al señor Almonte de *traicion*, y ustedes ven que es todo lo contrario; él vendrá á confundir á sus enemigos con esa elocuencia que lo caracteriza.

—Niña, replicó otra vieja; los herejes no saben lo que se dicen, yo estoy por la monarquía que será la que ponga en paz á Tirios y á Capuletos.

—A Tirios y á Gibelinos querrá usted decir.

—Me es igual.

—El negocio de la monarquía, dijo el diplomático, es una cosa resuelta; he visto un opúsculo admirable, parece que yo lo escribí, salido de la pluma de Gutierrez Estrada, en que se demuestra hasta la evidencia que ese sistema es el único que puede plantearse con éxito en nuestro país. ¡Muchacho, unos vasos de ponche!

—Es necesario que las costumbres se refinen, antes como antes y ahora como ahora; sí, esposo mio, esos gritos son demasiado plebeyos, haz uso de la campanilla.

—¿De qué campanilla?

—Sí, hombre, de la campana, que entre paréntesis, es necesario tenerla de resorte; hoy todo se usa de resorte.

—Sí, hasta las dentaduras; ya ves la....

—Sí, hombre, comprendo, interrumpió doña Canuta; y luego añadió por lo bajo: este bruto no es ni ha podido ser nunca un diplomático.

—Yo tengo un individuo que vende unos títulos de Conde, si ustedes

saben quien los quiera comprar, los dá sumamente baratos, dijo uno de los concurrentes.

Una mirada se cruzó entre los Fajardos, mirada íntima que decía en buen castellano: ¡comprémosles!

El diplomático llamó aparte al concurrente y le dijo en voz baja.

—Usted dice que los títulos son baratos, bien, veremos; yo los puedo colocar, y usted puede tener algo de corretaje.

—Muy bien, mañana estaré aquí con los pergaminos.

VI.

En tanto que los Fajardos y su tertulia daban vuelo á su entusiasmo intervencionista y á sus miras ambiciosas, el coronel Fernandez penetraba en uno de los aposentos mas retirados de la casa.

Luz y Clara se habian escurrido bonitamente de la sala y estaban al lado del coronel, que triste y silencioso tenia asida una mano de su novia y con su brazo estrechaba aquella infantil cintura.

Clara se habia acercado á la lámpara y se divertia en recorrer las páginas de un libro de misa, no sin estar atenta al menor ruido.

Eduardo no osaba pronunciar una palabra.

Repentinamente, y cediendo á un esfuerzo supremo, esclamó con voz conmovida:

—Es necesario decirla adios! tendré valor para acercarme á tí por la postrera vez? ¡Dios mio! mi alma no resiste los embates de mi infortunio!

¡Pobre Luz!.... pálida y triste como el ángel del dolor, llorosa y convulsa en su hondo pesar, parece que los encantos, como una ironía horrible, vienen á derramar sobre su frente toda la poesía del sentimiento, todo ese perfume santo que circunda á una mujer que ama, y que en su última lágrima y postrer beso encierra todo el misterio de una amarga despedida.

La pobre niña fijó sus ojos húmedos y brillantes en la faz sombría del guerrillero, y dijo suspirando:

—Eduardo, lloro porque dejo de verte, porque mi vida pierde sus encantos sin tí, porque te amo!

Su cabeza se inclinó como la azucena al soplo de la lluvia.

¿Qué decir á una mujer á quien se ama con pasion, cuando participamos de las mismas angustias?

El coronel permanecia contemplando con un éxtasis de dolor á aquella

débil y hermosa criatura; cuyas lágrimas caían como las gotas del rocío en el pétalo de las flores.

Eduardo se arrojó á sus pies, la acarició, le juró mil veces que no la olvidaria; en aquel momento sintió que su valor lo abandonaba, que ante aquella mujer debia sacrificarse nombre, fama, porvenir, todo en aras de ese amor angelical. . . . no; ese mismo amor exigia el sacrificio de la separacion.

Eduardo no debia perder el prestigio de su cariño; aquella misma mujer cuyo amor le arrastraba hasta pensar en el olvido de sus deberes, le veria mas tarde pequeño y miserable. El sufrimiento enaltece, los peligros hacen aparecer digno al hombre que arrostra todo ante su honor.

—Es necesario partir, yo soy hijo de la revolucion, y la hora ha sonado!

Levantóse Eduardo violentamente; entonces, Luz se arrojó á su cuello que ciñó con sus brazos.

—No, no partirás, le dijo; perque yo moriré, cuando la esperanza se haya desvanecido en mi corazon.

—No, Luz, dijo con voz ronca el guerrillero; tú maldecirias mas tarde este cariño; óyeme, esta ausencia es la prueba que Dios pone á nuestro alcance para nuestro amor; resistámosla, mi corazon es tuyo, tu imájen vive en mi pensamiento en mis horas de infortunio, como esa lámpara en la soledad de la noche; sí, Luz, tú no desconfiarás de mi cariño, porque ofenderias á Dios.

Eduardo estaba aterrado, deseaba cargar con aquella mujer hasta el fin del mundo; sentia vacilar el suelo; con los brazos cruzados sobre el pecho contenia los hondos latidos del corazon.

Pasaban por su cerebro calcinado todos los recuerdos de sus amores, no turbados hasta entonces sino por nubes ligeras que al disiparse hacian mas hermoso el horizonte.

—Sí, añadió, yo debo partir ¿no es verdad? ¿qué sentirias al verme humillado ante los enemigos de mi patria, escondiendo las armas que tantas veces han defendido la libertad? ¡me despreciarias! Sí, Luz, me despreciarias y yo no podria ni aun quejarme de tí. Si crees que se puede arrastrar una existencia de ignominia y envilecimiento, aquí está mi espada, rómpela, porque tendria vergüenza de conservarla; mi conciencia me diria: infame! tu patria espira en manos estrañas y tú permaneces como un miserable en la molicie de las ciudades, ¡maldita la hora en que la patria puso en tus manos ese acero!

A estas palabras, hijas de un noble entusiasmo, la jóven se alzó erguida,

noble, inspirada, y con acento seguro dijo al guerrillero: marcha! mis lágrimas se han evaporado con la llama de tu aliento, mi corazon late como el tuyo, yo no habia sentido nunca esta emocion que hace agolpar la sangre á torrentes en mi pecho; ¡la patria! yo he amado la tierra en que nací, amaba hasta las paredes y el techo de mi aposento, como ama la golondrina su nido; pero ese sentimiento que todo lo escluye, que aconseja el martirio y que acepta la muerte, hasta ahora lo comprendo; sí, Eduardo, marcha á la guerra, toma este relicario, encierra mi retrato y mi cabello, guárdale como un amuleto de mi cariño; mi alma te acompaña á todas partes, yo le rezaré á la Virgen por tí, solo ella comprende mi amor y mis angustias! adios, un último abrazo!.........y se escondió como una paloma en el pecho agitado del guerrillero.

Aquello era demasiado. Loco, delirante, abandonó Eduardo aquel lugar donde dejaba á la mujer de su amor, al ángel de su guarda, á la esperanza de su existencia.

Luego que Eduardo desapareció, todo aquel valor heróico desplegado por la jóven, tuvo una reaccion dolorosa: aquella alma elevada al cielo del entusiasmo, volvia á la débil guarida del pecho de una mujer.

—¡Me muero! esclamó Luz, y se arrojó trémula y delirante en brazos de su querida Clara!

ACTO SEGUNDO.

I.

El coronel Eduardo llegó adonde esperaban impacientes sus compañeros y subordinados. Los corceles rascaban el suelo con sus herraduras y relinchaban con frecuencia al percibir el toque lejano de los clarines de aquella tropa que abandonaba la ciudad.

—El coronel! dijo el capitan Martinez, y todos saltaron á sus caballos.

—Capitan, estoy desesperado!

—Este México, replicó Martinez, estira mas que el iman; todo es la primera jornada, cuando pase el *primer sudor*, ya estaremos tranquilos: ademas que no tendremos mucho tiempo que digamos para entristecernos, pronto los gabachos nos pondrán en guardia; porque yo no salgo del monte sino para la Martinica ó para Mixcalco. He platicado muchas veces

con la muerte, somos amigos viejos, yo sé que le pertenezco mas tarde ó mas temprano. En cuanto al destierro ¡ya! varias aventuras han rematado en Perote y en San Juan de Ulúa. Soy fruta de Yucatan.

El coronel dejaba charlar á su ayudante, sin poner el menor cuidado á su conversacion, que otras ocasiones le habia distraido en los caminos y en las posadas.

El capitan no era hombre que reparaba en esas frioleras de no hacerle caso; en comenzando una conversacion seguia hasta concluir sin curarse de si tenia ó no auditorio.

—Estos *mochos*, continuaba, son el mismo demonio, no les perdono esta cicatriz que divide mi cara, ¡qué importa! el pedazo de oreja que me falta no lo echo de menos, me parece que oigo mejor, crea usted, coronel, que el tajarrazo estuvo regularcillo; pero yo tengo piel de lobo, las chicas hacen un gesto cuando me pongo tierno; pero luego se rien con mis historias: á propósito de ellas, es decir, de las historias, tengo una para despues de cenar que lo va á divertir á usted mucho, muchísimo; es la historia de mi penúltimo amor, ¡qué recuerdos, coronel! esto es cosa de echar un trago.

El capitan llevó la mano á lo que llamaba su *cartuchera de campaña*, y ofreció un trago de coñac á los compañeros.

—Esto es bueno, dijo soltando una estrepitosa carcajada, para curar á los enamorados, es el bálsamo de la ausencia, me lo regaló una chica fondista que me ha dado de comer, y á quien he pagado con *bonos* sobre la tesorería ¡pobrecilla! pensaba robármela; pero como lo que forma la parte hermosa de esa mujer es la fonda, no era posible este proyecto.......¡no importa! Yo como donde me ataca el hambre; y bebo cuando tengo sed, tomo vino, y propiamente lo *tomo*, porque nunca lo pago.

Con este programa viajo contento, sin cuidarme de otros objetos que de mi *cartuchera* y mi *mujer*.

Al decir esto puso la mano en el puño de su espada.

—¿No tiene usted familia, capitan? preguntó uno de los oficiales.

Quedóse un momento pensativo, como si dudase de la respuesta que debia dar, y repitió maquinalmente: familia....familia....

¡Demonio! prosiguió, hay cosas peores que los franceses. Ustedes son amigos mios y de postre les contaré lo que quisiera olvidar ¡demonio! ya verán ustedes, ya verán, esa historia es el secreto de mi vida de guerrillero y de revolucionario.

II.

En ese momento entraba la pequeña caravana á la Ciudad de los Mártires de Tacubaya.

¡Mirad! sobre esas lomas donde está esa casa blanca que se llama Molino de Valdés, se levantó la noche del 11 de Abril de 859 el sangriento patíbulo de los Mártires de la Libertad.

En esas rocas vagan las sombras de las víctimas inmoladas al fanatismo religioso y á la política del retroceso.

Durante la noche las nubes se posan en las lomas, y á la luz de los relámpagos se ve á los mártires envueltos en sus sudarios.

Un vapor color de sangre sube al cielo entre el aire de la tormenta para pedir el castigo de los asesinos!....

La mano impía que escribió la fatal sentencia, está ya cortada por el hacha del verdugo!....

¡La justicia de Dios se ha cumplido sobre la tierra!....

III.

El coronel y sus ayudantes se detuvieron en el Portal de Cartajena, que está situado en la plaza principal de Tacubaya.

Allí existe una especie de hotel.

El patron es un hombre afable, halagüeño, ofrece cuanto posee por sus legítimos precios, no fia ni al banquero Barron una copa de vino.

—¡Hola! capitan Martinez, ya le estaba echando á usted de menos, creia que alguna desgracia....

—Cosa mala nunca muere, replicó Martinez.

—No lo decia por tanto, replicó el hostelero, es usted terrible.

—¡Muchacho! pasea esos caballos.

El capitan, seguido del coronel Fernandez y otro oficial, que llamarémos Quiñones, se dirigieron en línea recta á la cantina.

—¡Copas! gritó Martinez, que no siempre se hallan tan buenas como en esta casa.

El patron hizo una profunda reverencia, que proporcionó al capitan una oportunidad para hacerle una mueca sin que lo notase.

Si el hostelero hubiera reparado en esa burla, se hubiera contentado simplemente con ponerla en la cuenta.

—¡Hum! dijo el capitan.

—¡Hum! repitió Quiñones.

Pero las copas quedaron vacías.

—Señores, dijo el patron, desearán algo de cenar; pero es el caso que ya no queda nada en el establecimiento, porque la tropa se ha devorado cuanto habia.

—¡Canario! esclamó el capitan, yo lo siento por los señores, que yo al fin siempre estoy en *cuaresma.*

—Los señores, dijo el huésped, pueden disponer de todo lo demas como si estuvieran en su casa.

El capitan, que llevaba la voz, dijo:

—Pues haga usted dar algo á nuestros caballos.

Nuestro hombre respondió con tristeza:

—La pastura no se encuentra por ningun precio; la poca que habia se consumió desde esta tarde.

—¡Con doscientos mil demonios! gritó el capitan, es preciso que coman algo nuestros caballos, estoy por meterlos al jardin para que coman camelias y geranios.

Como el capitan era capaz de eso, y mucho mas, el hostelero ofreció proporcionar maiz aunque fuera para la colacion de la parte bruta.

—Subamos á dormir ya que no hay otro remedio, dijo Eduardo.

—Es que.... ya no queda un solo colchon, por derecho de conquista se los han llevado todos; hasta el mio me han arrebatado y voy á pasar la noche sobre el mostrador.

Cuando el huésped creyó que el capitan iba á estallar como una bomba de á catorce pulgadas, vió con asombro que Martinez se echaba á reir con todas sus fuerzas.

—¡Por las orejas del vicario, que esto es divertido! marchemos con la música á otra parte.

Un comerciante español que habia presenciado esta escena, se acercó al coronel y lo invitó á tomar alojamiento en su casa.

—Aceptamos los tres, se apresuró á decir Martinez.

El español se sonrió, y precedido por sus invitados se dirigió á su habitacion que estaba en el mismo edificio.

El capitan tomó posesion de una sala espaciosa, donde solo habia una cama preparada.

Sirvióse la cena.

El capitan menudeaba copas que era una gloria, y mezclaba chistes y ocurrencias felices.

Eduardo no hablaba una palabra.

Quiñones escuchaba con admiracion á su capitan sin quitarle la vista.

Ensartó tantas aventuras, tantos lances y tantas mentiras, que de su conversacion podian sacarse otros cuentos de las Mil y una noches.

El huésped se despidió y quedaron solos los tres viajeros.

El capitan propuso desde luego un problema: somos tres, dijo, y hay una sola cama: ¿cómo hacemos las particiones? la cosa es sencilla; al coronel le toca el colchon, á mí las sábanas y frazadas, y al compañero Quiñones la almohada.

—Convenido, dijo humildemente el oficial.

—Pero no, prosiguió Martinez, al entrar he visto un colchon sobre el barandal del corredor, le tomaremos de leva por estar fuera del cuartel despues de retreta, y está el negocio arreglado.

Martinez seguido de Quiñones se dirigió á su presa y á pocos momentos volvieron con el colchon. Tendieron sus zarapes y

—¡Voto á los diablos! esclamó Martinez, me habia olvidado, tengo que contar á ustedes la historia ofrecida.

El capitan, despues de un rato de silencio, dijo:

—Soy hombre que nada oculto á mis amigos, voy á referir esa historia que es nada menos que la de mi familia, ¡rayo! cuando recuerdo ciertas cosas, me dan ganas de ponerme á la boca de un cañon cargado de metralla.

En seguida se atusó los bigotes, se echó al coleto una copa de catalan, encendió un puro y dió principio á su relato.

IV.

—"Nací en el Estado de Michoacan, paisano del cura Morelos, para servir á ustedes.

Michoacan es el país de la libertad, allí nada está encadenado, desde el aire es libre, ¡viva Michoacan!

Mi padre era labrador, estaba casado con una mujer mas linda que un serafin, ¡por Barrabás que mi madre era hermosa como una estrella!

Dos chicos habia en la casa, mi hermana Guadalupe que era mas bella

que mi madre, sí señores, mil veces mas, mi hermana está guardada para un rey, no he visto otra que se le parezca ¡rayo! y yo la celo como un tigre, si algun perillan me la engañase le mataria mil veces, ¡pues no! como que la quiero mas que al general Zaragoza.

Esa muchacha es lo único que me inquieta, está sola en el mundo, ¡demonio! y esta vida que los gabachos se han empeñado en llevarse!...... en fin, Dios sabe lo que hace.

Un dia, señores, al regresar mi padre á la casa, no halló á su esposa. habia desaparecido.

El pobre viejo se echó á llorar como un desesperado, porque la amaba tiernamente.

Yo era muy niño, pero recuerdo que estaba triste, profundamente triste,

Corrió el rumor de nuestra desgracia, ya ustedes conocen lo que son los jueces, mi padre fué reducido á prision y nosotros quedamos abandonados.

—¡Con mil legiones de diablos! gritó el capitan dando un manazo tan fuerte sobre la mesa, que derribó las copas y las botellas. Esto es increible, injusto, sí, muy injusto!

El juez inventó que mi padre habia asesinado á su esposa haciéndola desaparecer, y lo sentenció á diez años de presidio.

Eduardo movió con impaciencia la cabeza y Quiñones llevó involuntariamente la mano á su revolver.

—¡Diez años! continuó el capitan; diez años es la vida de un hombre.

Mi padre salió con la cadena al pié á pesar de sus protestas de inocencia, á extinguir su condena á las obras públicas.

Para los pobres no hay justicia, es necesario hacérnosla por nuestra mano.

En medio de aquella soledad que me infundia pavor, se me fijó sin explicarme la causa, la fisonomía de un hombre á quien habia visto de continuo en la iglesia del pueblo.

Su cara enjuta, su nariz roma, la frente deprimida, los ojos bajos, la barba temblorosa, los brazos sobre el pecho y la cabeza siempre inclinada como en meditacion.

Dos dias habian pasado de la prision de mi padre, cuando se presentó en mi casa una mujer.

—Vengan, nos dijo á mí y á Guadalupe, el señor está preso y ustedes no pueden vivir solos.

Este acontecimiento me hizo una fuerte impresion.

Seguimos á aquella caritativa mujer á cuyo lado viví seis años.

Siempre que la recuerdo, mi corazon se conmueve; la última vez que la visité, fué en el cementerio del pueblo.... pagué con lágrimas mi deuda de gratitud.

Quedóse un momento en silencio, sacó despues su pañuelo, enjugó sus ojos y continuó:

—Mi padre permanecia en presidio; yo le visitaba frecuentemente. Cuando me veía, empuñaba la barreta, daba fuertemente sobre las canteras del camino, y la barra de hierro despedia fuego.

Mi padre queria tal vez apartar de su cerebro alguna imágen que le molestaba, y creía lograrlo con el rudo sacudimiento del trabajo.

Tenia yo veinte años cuando pasó el general Pueblita por el lugar de mi nacimiento.

—Pablo, me dijo; quieres venir conmigo? Vamos á defender al país contra sus tiranos, contra estos infames que han sentenciado á tu padre.

—Al momento le repliqué, yo quiero vengar á mi familia; y sin consultar á nadie, partí de aquel lugar extraño, cuya sombra habia sido tan benigna para nosotros.

Ademas, la vida aventurera tiene para mí un atractivo poderoso.

El general me hizo alférez de su escolta y comenzamos juntos la revolucion en Michoacan.

El movimiento anunciado en Ayutla seguia terrible, el que vive de la guerra, justo es que coma de la guerra.

Las contribuciones y los préstamos se pusieron á la órden del dia.

El general me envió al pueblo de Ario á recojer un impuesto á los causantes.

Como estas órdenes son sencillas, me encaminé al lugar de mi comision. pregunté por un individuo á quien iba recomendado y se mé presentó el viejo aquel de la iglesia de mi pueblo.

Una emocion involuntaria agitó mi sangre, el corazon me dió un vuelco que creí ahogarme.

El hombre aquel fijó en mí durante algunos segundos su vista, retrocedió dos pasos, se puso visiblemente pálido y me dijo con voz insegura:

—"Vete, Pablo, yo no tengo á esa mujer."

—¿De qué mujer me habla usted? lo contesté.

Entonces se repuso y con voz firme respondió:

—¿Yo? de ninguna. ¿Qué quiere usted en mi casa? ¿en qué puedo servirlo?

Le dije mi objeto, é inmediatamente me dió cuanto dinero le pedí.

La vista de aquel hombre arrojó sobre mi memoria la desgraciada historia de mi madre, su desaparicion, el presidio.

El corazon nunca engaña.

El general Pueblita llegó esa noche y salimos al amanecer.

A la salida del pueblo se acercó á mí una mujer y puso en mi mano un cartucho con dinero; quise detenerla, pero la perdí entre las sombras del crepúsculo.

Señores, desde aquel momento, dijo el capitan dando otro puñetazo sobre la mesa, el viejo no se apartó de mi imaginacion; su extraña pregunta, su turbacion, tenia que ver algo conmigo, decididamente ese hombre me ha hecho algo, y algo terrible; porque yo le aborrezco instintivamente.

Por las noches pensaba en mi padre, en sus horribles sufrimientos.

Su cabello se habia vuelto cano, las arrugas habian invadido su rostro, y su frente tostada por el sol se inclinaba agobiada de cansancio y de infortunio.

El infeliz viejo lloraba de vergüenza, y solo sus manos encallecidas en el trabajo del presidio enjugaban esas lágrimas.

A mi hermana le habia prohibido ir á la prision.

La familia se ha acabado: un viejo en la cárcel, una niña abandonada, un jóven en las tormentas revolucionarias.

¿Estos tres seres abandonados, volverán á reunirse alguna vez......?"

V.

Hay séres cuya existencia pasa desconocida y cuyos sufrimientos solo los sábe Aquel que traza en su eterno libro los crímenes y las virtudes de los hombres.

El capitan se arrojó desesperado sobre la cama.

Quiñones se tendió á sus piés, y Eduardo, sumergido en profundas cavilaciones é impresionado con la historia de su ayudante, se quedó un rato aletargado.

Unos toques dados con precipitacion á la puerta, hicieron despertar á nuestros viajeros.

—Señores, dijo el español, me acaba de decir el criado que uno de ustedes ha tomado el colchon que estaba en el corredor.

—Presente, gritó el capitan, ¿y eso qué tiene de estraño?

—Tiene, replicó el español, que hace dos dias ha muerto en él la señora mi suegra, á consecuencia de un tifo horrible.

Quiñones saltó como impulsado por un resorte.

El capitan exclamó:

—¡Por vida del diablo que esto es magnífico! vea usted que la buena de la señora se ha muerto á tiempo.

—¡Caballero!

—Lo dicho, á su sentida pérdida se le debe el que pasemos bien el resto de la noche.

—¿Pero si sucede una desgracia?

—La desgracia seria dormir en el suelo; sobre todo, yo tengo mas ponzoña que el tifo. Con que. . . .

—Pues entonces, buenas noches, dijo el español.

—Me gusta la ocurrencia, vean ustedes como las viejas sirven de algo alguna vez. Compañero, venga usted á seguir durmiendo.

Quiñones no respondió al capitan, tomó los arneses de su caballo, los tendió en el suelo y procuró conciliar el sueño.

El capitan roncaba á los cinco minutos, como si durmiera en una otomana.

VI.

Las dos de la mañana daban en el reloj de San Diego, cuando otros golpes mas fuertes vinieron á sonar en la puerta de nuestros amigos.

—¡Rayo! gritó el capitan, esta es noche toledana: ¿qué se ofrece?

—¡Señores! gritó la voz de un soldado, el enemigo se acerca, están repartiendo el parque.

—¡Arriba, coronel! ¡el enemigo!

Levantáronse los tres violentamente, bajaron precipitadamente la escalera, ensillaron sus caballos y se pusieron en espera de los acontecimientos.

La luna estaba aún en el horizonte; pero su espléndida luz comenzaba á amortiguarse con la suave claridad del crepúsculo.

Algunos luceros brillaban aún en el fondo de un cielo claro y apacible.

El aire agitaba apenas las hojas de los árboles, parecia que la naturaleza estaba desmayada como una jóven á las primeras aspiraciones del cloroformo.

El ruido de las armas y los gritos de la tropa formaban nna verdadera confusion.

La alarma era producida por la aproximacion de unas guerrillas de Butron que se dejaron ver sobre las lomas, tiroteando las avanzadas y cargando sus fuegos sobre los carros del parque.

—Un incendio hubiera sido espantoso.

El bandido que capitaneaba á esos miserables, fué ahorcado por los franceses veinte dias despues de consumada su traicion.

—¡Capitan! gritó el coronel Fernandez, tome usted doscientos caballos y desaloje esas guerrillas.

Lijero como un rayo el valiente capitan, mandó tocar marcha, despues trote y luego á escape, y se lanzó sobre las guerrillas enemigas con la destreza que se adquiere en el teatro de los combates.

A los diez minutos ya estaba trabada una escaramuza de primera fuerza.

Entre una nube de polvo y de hnmo desapareció el capitan.

—¡Quiñones! dijo el coronel, avance usted sobre el camino con nna compañía de tiradores.

El oficial cumplió estrictamenté con las órdenes.

Martinez habia pnesto en fuga á las guerrillas y volvia trayendo algunos prisionerós.

Seguramente estaba acostumbrado á esta clase de encuentros, porque no le dió importancia al triunfo que acababa de obtener.

A las cuatro de la mañana se pnso en marcha el ejército, emprendiendo el ascenso de las lomas que indican la proximidad del *Monte de las Cruces.*

Detúvose el coronel en lo alto de las lomas y fijó su mirada en la Capital.

Apenas se distinguia la bella confusion de sns torres y sus cúpnlas.

Las nubes acariciaban la frente de la beldad azteca, y el espejo de sus lagunas, como una faja de luz, simpatizaba con las tintas apacibles del alba.

El viento de la mañana agitaba los celajes importunos, semejantes á los espíritus de la neche que se apoderan del corazon para entristecerlo. . . .

¡México desapareció!

El coronel azotó fuertemente su caballo, y sin volver la vista, se perdió en las qniebras del camino de Santa Fe.

CAPITULO SEGUNDO.

EL DRAMA.

I.

El que haya caminado con el ejército, habrá tenido lugar de ver los hondos sufrimientos de nuestros soldados.

Desnudos, hambrientos, seguidos de una familia desgraciada que participa de sus penas, emprenden su marcha sin levantar una queja, sin reflexionar sobre su situacion.

La mujer carga á veces el fusil y el soldado al infeliz niño.

Duerme al raso en el camino junto á una lumbrada y á veces esta es apagada por la lluvia.

El fuego del sol y los hielos del invierno no lo abaten, así pasa su existencia hasta que una bala viene á poner término á tan penosa peregrinacion. Entonces aquella familia se hunde en la noche de su destino.

Luchan como leones en el bombate, sí, luchan sin esperanza, porque su suerte no cambiará jamas: ¡qué importa! si muere, aparecerá anónimo en el detall de los muertos; si sobrevive al triunfo, se le recomendará en la órden del dia.

Gloria á vosotros, valientes soldados que derramais vuestra sangre hace medio siglo por conquistar las libertades de vuestros hermanos! ¡gloria á vosotros! Os ha tocado una época bien desgraciada, perteneceis á una generacion de mártires; pero el porvenir es acaso de vuestros hijos....

II.

Las divisiones avanzadas no habian encontrado á su paso donde alojarse, y pernoctaron sobre el camino.

El tren de artillería era llevado violentamente; pero á veces se detenia en las cuestas y quebraduras á causa de su camino lleno de obstáculos.

Ademas de la tropa, ya hemos dicho que venian multitud de personas huyendo del contacto de los invasores ó temiendo ser víctimas en los momentos de la entrada de los franceses.

Los enfermos caminaban en coches embargados, y multitud de partidas sueltas se perdian en las veredas.

Presentaba aquel conjunto un cuadro pintoresco.

El canto de los soldados, los gritos de los conductores, las conversaciones de las caravanas levantaban un murmullo constante.

Salió el sol y las armas formaban un cambiante de luz hermosísimo.

Todos los amigos se reconocian, se abrazaban, preguntaban por los compañeros.

Para dar idea de estas conversaciones, harémos que el lector conozca algunos diálogos.

—Querido, vienes muy triste.

—Un poco, la familia, la....

—La novia, ya no pasarás tanto por los arbolitos, chico; ya estabas secándolos con tanto reclinarte, debias pagar la contribucion de paseos.

—Iba yo por refrescarme.

—Ya entiendo, la sangre; eres mas feliz que yo, á mí siempre me la han quemado.

—¿Quién es aquella muchacha que va con el teniente Ibañez?

—Hombre, su hermanita.

—¡Ya! la hermana de su hermano. A propósito de hermanos, ¿dónde van los tuyos?

—Por el camino del interior hasta San Luis Potosí.

—¿Y tú por qué no los sigues?

—Yo estoy con el general Garza, marcho hasta Tampico.

—Querido, viajas mucho para proporcionarte las *intermitentes*.

—La intervencion me ha salvado; figúrate que el maldito viejo queria atraparme, y entre el matrimonio y la *fiebre amarilla* no hay disyuntiva.

—Ese es mi programa.

—¡Bravo! gritó con acento alegre el capitan Martinez, estos jóvenes son de mi escuela, ¡ah de los solteros! Yo llevo la bandera y pienso ponérmela de sudario; ¿pero qué es este pueblo incendiado? ¡rayo! esto es un aduar por donde han pasado los comanches.

III.

Aquel que fué pueblo se llamaba Cuajimalpa.

No era ya un lugar alegre lleno de casucas y fonditas, con una plaza donde se encontraba la fruta mas apetitosa; ya no salia del pequeño hotel esa nube de humo que anunciaba á los pasajeros de México y Toluca un almuerzo magnífico á aquellas alturas.

Ya el alcabalero no estaba tomando sol al portalito de la oficina, ni se agrupaba la gente al oir los cascabeles de la posta.

Cuajimalpa ya no existe, las casas están arruinadas, las tápias de los corrales derribadas, la oficina del peaje incendiada.

El aliento destructor de la revolucion ha pasado por allí; hoy es el asilo de algunas familias que sufren las frecuentes invasiones de los foragidos y de los insurrectos.

—¡Hola, señores! gritó el general Rojas saliendo de une de los *jacalitos*, aquí hay *té* y *catalan* para los compañeros.

—¡Presente! gritó Martinez, y tomó con la rapidez del gavilan la botella que llevó á sus lábios durante dos minutos.

—Parece que es usted afecto.

—Algo, así, así, ahora estoy de dieta, soy de la *sociedad de la temperancia.*

Y luego se puso á cantar la conocida copla de:

Que beban agua los bueyes
Que tienen el cuero duro!

—Anoche hemos dormido en este sitio infernal, dijo Rojas, sin mas abrigo que las estrellas; es necesario arrostrarlo todo por defender á la patria, porque....

—Copas y no proclamas, dijo el capitan Martinez; otro trago, que el

camino es largo y dentro de poco el sol picará como un demonio: ¡viva Cuernavaca! Ya le tengo recomendado á Leiva me envíe un barrilito del pié de la vaca, porque *el que no bebe no vive.*

—Compañero, dijo Rojas, usted es capaz de beberse la laguna de Chapala.

—Sí, mi general, como esté llena de vino.

—Anoche, prosiguió Rojas, estuvo el coronel Lozada con Pepe Querejazu y el doctor Larrea; me acompañaron á cenar y bebieron de lo lindo.

—A propósito de cena, dijo el capitan Martinez, ese señor Querejazu lleva un caballo que dá grima.

—Las leguas lo amansarán, replicó Rojas, el camino hace dóciles á los hombres y á los animales.

—Menos cuando no los hace, contestó Martinez. Lo que digo es que ese caballo es mucho animal para ese ginete.

—Bebimos hasta la madrugada, continuó Rojas, mis compañeros siguieron su camino, ustedes deben alcanzarlos dentro de hora y media; porque el coronel Lozada va despacio con su infantería y piensa llegar á Lerma esta tarde.

—Qué brusco es ese coronel, dijo Martinez, ¡qué vozarron! y ¡que botas! parecen alforjas, en ellas puede conducir el bagaje entero de su brigada, lo menos siete vacas han entrado en cada una.

—Le presento á usted á su hermano, dijo Rojas.

—¿Al hermano de las vacas? preguntó Martinez.

—Al del coronel Lozada, replicó Rojas algo mosqueado.

—Servidor de usted, dijo un jóven que acompañaba al general.

—Pues señor, esclamó Martinez, dando un suspiro y mordiéndose el bigote, es cierto que el señor su hermano tiene unas botas demasiado grandes; pero no hay otro mas simpático en todo el ejército.

Todos soltaron la risa al ver el aplomo del capitan; éste que era un campechano, se dirigió al jóven y dándole un abrazo, le dijo:

—No he dicho mas quo la verdad, y lo repito, mi coronel Lozada es muy grosero; pero yo le estimo por valiente.

—Amen, dijo Rojas, en tono de monigote de parroquia.

—Saben ustedes, objetó Martinez, que este aire es mas frio que el aliento de una vieja?

—Opino de la misma manera, respondió Rojas.

El lector querrá saber, despues de la historia de nuestro guerrillero, algo sobre su fisonomía.

Martinez es un mozo fornido, alto, doblado, como un hombre de campo, frente despejada, ojos garzos poblados de pestañas y dos cejas qne se confunden en nna sola línea.

Su nariz, es regular, sus lábios se pierden bajo sus bigotes castaños, y su blanquísima dentadura se deja ver cada vez qne lanza una de esas estrepitosas carcajadas tan conocidas en el regimiento.

Una cicatris atraviesa sa rostro, reliquia palpitante de la revolucion de Ayutla.

La parte snperior dc la oreja izquierda se perdió en esa jornada; no obstante, aquel rostro tiene una simpatía franca, tras aquella mirada todo es noble.

No es el hombre de la venganza ni del asesinato, es el soldado de los combates ¡pobre Martinez! fiel como un perro, resignado á los trabajos, llevaba un pesar profundo en el corazon, y sin embargo, se manifestaba alegre y contento.

Esa hermana Guadalupe que él amaba tanto, era el foco de sus esperanzas, cuanto tenia era para ella, solo esa criatura hacia palpitar con entusiasmoal guerrillero.

La mimaba aun á distancia, nada para él, todo para ella.

El capitan Martinez era el tipo determinado del guerrillero, su traje muy sencillo, un sombrero aleman con galones y toquillas de plata, chaqueta de paño con alamares, calzonera negra con botonadura de concha, botas de cuero de venado, su revolver puesto á la cintura donde se ceñia una canana.

Montaba un caballo negro como la noche: le decia el *Azabache*. Los arneses eran de nn gusto esquisito.

Pendiente de una correa y puesto entre las *arciones* de la silla, estaba la espada de nn temple magnífico. Una reata en los *tientos*, y debajo y por ámbos lados del *vaquerillo* dos pistolas dragonas.

El capitan Pablo Martinez, que así se llama nuestro héroe, tiene, como ya sabrá el lector, nn modo de reirse estrepitoso, acciona como quien riñe, franco, consecuente y buen amigo, mas bien está en los peligros que en los dias de frascas y parrandas.

Martinez es un hombre que rie de un muerto y llora al ver á un desgraciado.

IV.

Hacia dos horas que los viageros se habian despedido del general Rojas, cuando se encontraron en la cumbre del *monte de las Cruces.*

En esa sucesion de montañas cubiertas de espesas arboledas, hay un lugar que se llama las *Cruces*, de donde toma su denominacion esa sierra que conduce de Cuajimalpa á Lerma.

Mirad aquella peña desnuda que se levanta al lado Sur de este camino. Esa peña es una historia.

La pirámide de cantería plantada sobre la piedra, avisa al viajero que algo debe haber acontecido allí.

Descubríos la frente.

El padre de la independencia mexicana, el virtuoso anciano de Dolores, celebró ahí el sacrificio de la misa, delante de su ejército, el memorable dia de la batalla.

Bajó del altar para empuñar la espada vencedora en aquel campo de gloria y de recuerdos.

Aquella piedra es una ara sagrada, hay un perfume santo que la circunda, su lámpara es el sol, sus pebeteros las flores que la primavera estiende á su derredor como ricas alfombras de un templo.

¡Cuadro sublime cuya cópia es imposible!

Las tintas no se encontrarán nunca en la paleta del artista, ni será trazado por la mezquina pluma del escritor.

Sacerdote y caudillo!

La voz del cielo y la de la patria! las fibras mas armónicas del corazon!

Ahí está el anciano cura sobre el pedestal que mas tarde será el de su gloria inmortal.

El pueblo está arrodillado delante del rústico altar.

Masas inmensas, incontables, se agrupan en la llanura, en los recodos, en las cuestas, en las montañas; parece que los árboles han tomado la forma humana á la voz del sacerdote.

Esa muchedumbre es un ejército de héroes, que van á combatir por la independencia de América.

Invocan por los lábios de su caudillo al Dios de las batallas, en los supremos momentos del combate, en esa crísis terrible, en que la sangre se hie-

la, el corazon no cabe dentro del pecho, las pupilas se dilatan y la muerte está delante de nosotros!

Un grito se levantó de todos aquellos corazones para pedir al cielo la victoria!

Dios escuchó aquella súplica ferviente, y las auras de la victoria mecieron los pabellones de la patria.

El héroe de ese dia, el patricio que se ciñó los laureles del triunfo en esa inolvidable jornada, el ídolo del pueblo, el génio de América, espiró un año despues en un patíbulo; y esa cabeza veneranda donde brotó el pensamiento sublime de la emancipacion de un pueblo, fué espuesta como la cabeza de Aben-Humeya, en una jaula, sobre el muro del castillo de Granaditas.

Su memoria será eterna en la historia de la humanidad, aunque sea sangriento su tránsito á la vida inmortal......

Pasa su nombre á la posteridad bajo el dosel espléndido de la gloria, mientras que se pierde en sempiterno olvido el nombre de los miserables asesinos que lo llevaron al cadalso, apoteósis de la humanidad.

V.

Junto á esos recuerdos de gloria y de gratitud, se halla tambien una página oscura trazada por la mano de la revolucion.

Dos cruces negras ceñidas por una corona que los huracanes han despedazado, están clavadas á corta distancia en las mismas rocas.

Esas cruces recuerdan á dos hombres asesinados.

Preguntad su nombre á los soldados de Calderon, Guadalajara y Calpulalpam!

El patriarca de la Reforma y el caudillo de la revolucion progresista, encontraron una tumba comun en la montaña de las Cruces.

Sus manes están vengados!

El asesino ha traicionado á la patria, y en su frente lleva la marca de Caín, y como el fratricida, oye á todas horas la maldicion del cielo que tarde ó temprano caerá sobre su existencia.

Instintivamente los viajeros se detuvieron.

—Mi general Degollado fué muerto aquí, dijo el capitan con voz trémula, y se arrodilló delante de la cruz.

Aquel hombre encallecido en las batallas, se conmovió delante de ese signo misterioso de la redencion, clavado sobre una fosa.

Hay una lluvia benigna sobre las almas que parecen secas por el cierzo de las vicisitudes.

El soldado hacia los honores á su general, muerto en el campo de batalla.

El capitan se levantó agitado, limpió su frente húmeda por el sudor de la congoja, y señalando la cruz inmediata, dijo á Quiñones con desesperacion:

—Compañero, el general Valle!

Quiñones no respondió, plegó el ceño y murmuró algunas palabras que no se le percibieron.

—Sí, dijo levantando la voz, yo recuerdo á mi jóven general, con su voz de trueno, cuyos ecos respondian las barrancas de Atenquique. Parece que lo veo en el sitio de Guadalajara, con su bota Federica, su fieltro negro, su capote gris, sí, yo lo recuerdo bien; montado en su caballo colorado recorriendo las trincheras en medio del fuego.

Lo ví tambien con mi general Gonzalez Ortega en Calpulalpam.... y colgarlo como un bandido!

Quiñones saltó sobre su caballo seguido de sus compañeros, todos impresionados por tan dolorosos recuerdos.

VI.

Llevaban algunos minutos de camino, cuando vieron á lo lejos una nube de polvo y se oyeron algunos gritos.

—Lo mata! esclamó el capitan! Ese caballo es el demonio! rayo! ese hombre se pierde....lo mató!

Los viajeros lanzaron sus caballos al lugar do la desgracia, ya era tarde! Querejazu, el amigo de Rojas y á quien le habia echado el fallo el capitan Martinez, estaba en el suelo sin sentido.

El médico lo habia sangrado, la sangría no dió resultado alguno.

Los espíritus vitales le acompañaron algunas horas.

El lance habia pasado así: á lo largo del camino estaba el cadáver de una mula; Querejazu que seguia distraido su marcha, al atravesar para tomar una vereda, dió con el animal muerto; su caballo que era brioso, se encabritó, el hombre aturdido tiró de las riendas echándoselo encima, caballo y ginete rodaron por el suelo.

La cabeza de la silla hizo pedazos el cerebro del ginete.

—Nos llevó la delantera, dijo Martinez, y se unió con sus compañeros que esperaban al regimiento para incorporarse.

VII.

No hacia mucho tiempo que caminaban, cuando el ruido de los fusiles se dejó oir por las montañas.

—¡Barrabás! dijo Martinez, hoy es un dia malo, véamos qué pasa; y ligeros como unos lebreles se dirigieron al lugar donde se armaba la escaramuza.

Un batallon formado de presidiarios se habia sacado la víspera de la ciudad.

En los instantes en qne es necesario aprovechar cuantos elementos se presentan, en que se necesitan brazos qne empuñen las armas para combatir á un enemigo terrible, y defender intereses qne están sobre todas las consideraciones humanas, todo es permitido. Cierto es que envnelve una inmoralidad sacar de las prisiones á los reos para filiarlos en un ejército qne por móvil debe tener el honor y el decoro; pero repetimos, en esos momentos de angustia se obra discrecionalmente, y las circunstancias autorizan esos hechos que no pasarian en épocas de órden y de reposo público.

Volvamos al teatro de los sncesos.

A la hora en quo el ejército bajaba de las cumbres á la llanura de Salazar, tornaron á aparecer en mayor número las fuerzas reaccionarias y á introducir el desórden en las fuerzas republicanas.

Los guerrilleros sostenian el fuego y arrojaban al enemigo allende las laderas del camino.

Favorecidos los presidiarios que formaban el batallon á que nos hemos referido, por el fuego de los destacamentos traidores, comenzaron á desbandarse.

El general, no pudiendo contener á la tropa, volvió sus baterías y ametralló á los dispersos.

El general Vega qne cuidaba la retaguardia del ejército, al oir el fuego, creyó que el enemigo habia sorprendido á las fuerzas, quiso adelantarse con su columna, cuando vió llegar en bandadas á los soldados que al grito do ¡viva la religion! buscaban la fuga protegidos por las fuerzas contrarias.

Vega no acostumbra deternerse ante los obstáculos y los peligros.

Una fatalidad habia hecho que se encontrase á la retaguardia de las divisiones.

Un rasgo de audacia y todo estaba salvado.

Mandó hacer alto á los carros en que venian los enfermos, hizo formar á aquellos hombres macilentos y casi desfallecidos, les dió armas, y á su cabeza comenzó á contener la dispersion.

A los primeros disparos comenzaron á vacilar los desertores acribillados por dos fuegos contrarios, los mas fueron hechos prisioneros por los soldados enfermos de la valiente division de Sinaloa.

Las guerrillas enemigas fueron dispersadas completamente.

Formáronse los prisioneros delante del ejército que habia hecho alto.

El general Porfirio Diaz, que tanto se distingue en la disciplina militar como en el valor temerario que despliega en los accidentes de la campaña, mandó *quintar* á los desertores.

Un oficial salió de entre las filas, y comenzando por la derecha, á contar uno.... dos.... tres.... cuatro.... cinco!

Al soldado á quien tocó este número fatal dió tres pasos al frente.

El dedo de la fatalidad lo habia señalado como la primera víctima.

Siguió aquella cuenta de muerte hasta la conclusion.

Entre aquellos infelices habia algunos soldados del benemérito ejército de Oriente, arrastrados por el destino á uno de esos motines que se contienen con el bronce.

Formóse el cuadro sobre el camino, y aquellos infelices se arrodillaron para recibir la muerte.

El ejército contemplaba aquel cuadro aterrador, nadie estaba en su color natural.

Era necesario aquel espectáculo ante un ejército en que ya se dejaban sentir los síntomas del desórden, ante un ejército que era la esperanza de la revolucion.

Una sucesion de descargas anunció la muerte de los insubordinados.

Dos tiros habian pasado á los soldados del cuadro, y muerto á uno y herido á otro.

Los cadáveres se arrojaron á un lado del camino.

El ejército continuó su marcha en un silencio sombrío, todos estaban tristes ante el siniestro drama que acababan de presenciar.

Las mujeres de los soldados dieron sepultura á los cadáveres mutilados, señalando aquel lugar con cruces formadas con las ramas secas que arranca el viento á los árboles de las rocas.

VIII.

Sobre aquellas tumbas recien cavadas y en cuya tierra se percibia la sangre, estaba un hombre de pié con los brazos sobre el pecho. El semblante de ese hombre era sombrío y las lágrimas corrian por sus mejillas.

—¡Pobres soldados mios! ellos me acompañaron al peligro tantas veces.... no esperaban morir atravesados por balas mexicanas!

Aquel hombre era el general Ghilardi, era el compañero de Garibaldi, del herido do Aspromonte, el derrotado de Monte-Rotondo.

Ghilardi habia estado en las barricadas de *cuarenta y ocho*. Habia salido proscrito de su patria. Se encontraba en América frente á frente de ese ejército que tornó á arrojar sobre el solio de la Italia á Pio IX.

Ghilardi murió un año despues de la retirada del ejército, fusilado por los franceses cerca de Guadalajara.

La república ha venido á poner una corona de inmortales siemprevivas en la tumba del expatriado, cuya sangre se ha ofrecido en los altares de nuestra independencia!

Ghilardi pasa á la inmortalidad, en ese sangriento y glorioso catálogo de los mártires de la independencia.

CAPITULO TERCERO.

ADELANTE.

I.

El coronel Eduardo Fernandez parecia estraño á cuanto pasaba en su derredor.

Tuvo un momento de excitacion al principio de la escaramuza, despues habia seguido camino á Lerma, cuando se convenció de que el enemigo no intentaria ataque alguno fuera del monte de las Cruces.

Su asistente se habia estraviado entre la confusion, y el caballo de Eduardo no podia dar un paso.

Ya no era aquel noble y brioso corcel que nunca habia sentido el crugido del látigo, ni sentido el hierro del acicate; no, su cuello orgui- do en otras ocasiones al sentirse acariciado blandamente por la mano de una mujer, cuya casa trascendia á lo lejos, se inclinaba dolorosamente, sus narices aspiraban con ansia indecible, y todo él se movia á los latidos del corazon.

Dos veces, no pudiendo resistir á la fatiga, dobló sus manos con un cui- dado tal, como si quisiese evitar una caida á su amo.

—¡Pobre animal! dijo Eduardo, tan noble, tan inteligente, Luz va á ha- cer una pesadumbre con su muerte.

El caballo estaba en una postracion completa.

Entonces el coronel le dejó libre de su peso y echóse á andar hasta la entrada de Lerma.

II.

El capitan Martinez y Quiñones, venian desesperados, muertos de hambre y de fatiga.

Una falanje de muchachos alegres como golondrinas atravesaban el camino.

—Adios, mi capitan, dijo uno de ellos, haciendo nna mneca graciosísima.

—Hola, Felipe! respondió Martinez, traes algo que meter debajo de las narices?

—Sí, replicó Felipe, nn magnífico rapé.

—Cargue el diablo contigo! dáme algo con que remojar la garganta.

—Detengámonos, dijo Felipe.

La hacienda de Jajalpa estaba á la vista con sus árboles y sus techos de teja colorada.

—En cuanto á la parte gastronómica, estamos fallidos, dijo Felipe; pero Baco nos es propicio.

Dicho esto se pasó revista á las maletas, el capitan se arrojó como un hato sobre nn trozo de queso, ¡ah bribones! dijo, conqne me ocultaban esta vianda?

Quiñones nada mas veía.

Felipe tomó la única botella de coñac que quedaba, y llevándola á los labios, apnró algo del líquido y comenzó á emitir su parecer sobre la bondad, edad y longanimidad del aguardiente.

Dos ojos suplicantes como los de una Magdalena lo veían con una ternura inesplicable y dramática.

Eran los del capitan Martinez que se daba por invitado sin qne nadie le hubiera hecho la menor indicacion.

El capitan tosió, estornudó, habló del calor, pero nadie hizo caso.

Observó la falta de agua, cuando nos deslumbraba el espejo clarísimo de la laguna de Lerma.

El capitan hubiera desmentido sus antecedentes, caso de abdicar de su sistema antiguo y que él llamaba su programa.

Arriscóse el sombrero, y con aire campechano se acercó á Felipe y le apostrofó de esta manera:

—Amigo, yo soy mejor conocedor que usted, y maestro en la materia, con solo oler ese coñac digo su fe de bautismo, y de dónde es y cuánto tiempo lleva de embotellado.

El incauto jóven pasó la botella á Martinez, éste la llevó á la nariz y aspiró con ese aire que se dá un boticario en su droguería.

—¡Por Barrabás, que es algo añejo! y siguió en sus investigaciones.

Aplicó la boca de la botella á la suya, dió un trago capaz de apurar doble del contenido.

—No está del todo malejo! esclamó y tomó resuello para continuar.

Quiñones se rascó las orejas.

—Un pesillo á que adivino todo lo que tengo ofrecido.

—Aceptado, gritaron todos los camardas.

—Pues señores, este coñac.... este coñac.... y menudeaba tragos que era gloria; lo han embotellado.... en tiempo de Saligny, ministro de Francia.

—¡Maldito seas tú y los franceses! le dijo Felipe arrancando la botella de sus manos.

Pero ¡oh ilusion! ¡oh desengaños de la vida! ¡oh.... en fin! la botella estaba vacía y su contenido habia pasado al estómago dol guerrillero.

Un aplauso resonó en los portales de la hacienda.

Quiñones rechinaba los dientes como un condenado.

III.

Púsose en marcha la turba aventurera, y á las tres de la tarde se descolgaban como una nube en la nobilísima ciudad de Lerma.

Lerma es una ciudad excepcional, se compone de una sola calle que se prolonga de una manera horriblemente desigual.

Ningun edificio se parece á otro.

Cada casa representa el capricho ó la escentricidad del dueño.

Una casa microscópica junto á unos paredones en ruina. Un edificio de dos pisos junto á las tapias de una zahurda.

Hay algunos edificios de gusto, pero sin armonía con el resto de la ciudad.

La Calle es "el Camino real;" quien haya viajado por la República comprenderá el infernal sentido de esta frase.

IV.

Las primeras brigadas hicieron alto en Lerma.

La ciudad tenia una animacion desconocida hasta entonces.

Los efectos de su comercio se consumieron instantáneamente á precios muy subidos.

Los infortunados viajeros que llegaban en caravanas no encontraban ni una miserable fonda donde restaurar sus fuerzas debilitadas.

Nuestros amigos train una hambre devoradora.

Quiñones tomando nn aire de proteccion, dijo á sus compañeros, en tono de conquistador:

—Señores, les tengo reservada una sorpresa, voy á hacerles servir nna comida opípara, carnes frias, jamon, pasteles, coñac y vinos generosos; el qne quiera, tome su cruz y sígame.

Las tripas del capitan gruñeron de alegría.

Quiñones tomó la delantera seguido del capitan, Felipe y otros calaveras.

V.

En una tienda, donde ni aun se notaba resquicio alguno de efectos y comestibles, se habia alojado la familia de nn teniente coronel amigo de Quiñones. Hombre rico que se retiraba á nna de sns haciendas del Interior.

Llegóse Quiñones con sus compañeros ostentando la confianza qne tenia con su gefe.

—Felices, señor don Cirilo, cómo ha ido de viaje?

—¡Ah! es nsted, señor Quiñones? no lo hacia á usted por aquí, pasen ustedes, señores.

—Malo! dijo por lo bajo Martinez.

—Tomarán algo, snpongo qne tendrán necesidad.

—Alguna, señor, replicó Martinez.

Don Cirilo ni so apercibió de la presencia del capitan.

—Buscaremos un mozo, dijo el teniente coronel, que bnsqne algo en la plaza, porque nosotros ya almorzamos y solo hemos reservado algo para pasar la noche.

¡Burdeos! ¡coñac! ¡pasteles! todo habia desaparecido.

—¡La fábula de la lechera! gritó el capitan Martinez.

Quiñones se quedó estupefacto, donde creía encontrar hospitalidad, se halló con nna recepcion cien grados bajo cero.

Subióscle la sangre á las orejas, y respondió temblando:

—¡Mil gracias!

Martinez, como en todos los lances críticos, soltó una carcajada homérica y se escurrió con los otros compañeros, dejando en el suplicio del ridículo al desgraciado Quiñones que habia olvidado hasta su idioma.

Quiñones no se atrevia á levantar los ojos, estaba avergonzado, horriblemente corrido.

Los brazos sobre el pecho, el sombrero hasta las narices, era la *vera efigie* de un jóven desengañado.

—Buenas tardes, dijo al fin, con acento apagado.

—Vaya con Dios, dijo don Cirilo, y el desgraciado Quiñones dió la vuelta y abandonó la tienda como un perro rabioso, jurando en su foro interno saquear la hacienda de don Cirilo y exijirle un préstamo forzoso en la primera oportunidad.

Si le ha caido al teniente coronel una sola de las maldiciones de su amigo lo pulveriza.

Despues de buscar una hora larga á sus compañeros, los encontró apoderados de una gallina, que probablemente se habia tomado Martinez contra la voluntad de su dueño.

Recibiéronle con una salva de carcajadas estrepitosas, y despues de una docena de bromas y de chistes se olvidó la escena del teniente coronel.

VI.

El coronel Fernandez llegó á Lerma desesperado por la aventura de su caballo, y prometiendo una paliza al asistente, y un arresto de quince dias á Martinez y Quiñones.

Se dirijió á la plaza sin saber dónde se alojaria el regimiento, cuando oyó la voz del coronel Lozada que reñia á dos sargentos á quienes apostrofaba horriblemente.

—Compañero, dijo Eduardo, sálveme usted de esta catástrofe, mi caballo está muerto, yo tengo hambre y no encuentro alojamiento.

—Venga usted conmigo, yo tengo todo, absolutamente todo, todo malo; pero nada me falta.

Los dos amigos se dirijieron á la casa del coronel Lozada.

Eduardo tomó algunos platillos de campaña y se acostó un momento.

El coronel dispuso que dos infelices machos de carbonero se atalajasen en el acto y se pusiesen á una calesa que habia embargado.

Habilitó de cochero á un recluta y avisó á Eduardo que el tren estaba dispuesto para conducirlo á Toluca.

Los machos se resistian al freno; no hicieron lo mismo con los latigazos y echaron á andar por el *cañon* de *Lerma*, que en línea recta lleva á la muy nombrada ciudad de Toluca.

VII.

A los lados del camino se estiende la pintoresca laguna de Lerma, con sus bandadas de pájaros, sus gallinas blancas que se sumergen continuamente, sus patos que se deslizan fugitivos entre las brumas, sus garzas coqueteando en el limpio espejo de las ondas, y sus ninfeas confundiéndose on las blancas espumas de los remansos.

c A las márgenes del lago se agrupan poblaciones pequeñas, que se reproducen en las ondas y se dibujan en el horizonte, con sus blancos campanarios que se levantan entre grupos de árboles de esmeralda.

En las pequeñas islas del lago, hay bosques de tul, que asaltan en sus chalupas nadadoras los indígenas, haciendo el corte con una violencia extraordinaria.

Mas adelante se descubre la hacienda de *Doña Rosa*, con su calzada de fresnos y sus portales de buen gusto.

A la izquierda del camino, y en el fondo del horizonte, destacándose con la majestad de un monumento, se alza gigante el Nevado de Toluca.

¡EL XINANTECATL! ¡Oh! esa mole inmensa, altanera, majestuosa, con su frente coronada de nubes, con sus tempestades, sus huracanes, sus ecos misteriosos al derrumbe de sus hielos, su cráter astillado..... todo revela una catástrofe!

La erupcion debe haber sido horrible!

Los surcos del fuego se notan en todas direcciones, y las rocas de lava esparcidas en contorno, son las páginas de ese dia tremendo.

Mudo desde aquella hora, apagado, sombrío, es un cadáver amortajado enmedio del valle.

Cubierto con los crespones del cielo, envuelto en las tinieblas de la tormenta, no oye los murmullos sombríos de la gigante arboleda de la Sierra.

Duerme tranquilo al arrullo de los siglos que te saludan á su paso!

Mis primeros cantos fueron para tí, mis primeras inspiraciones de poeta

se desprendieron de mi alma á tu contemplacion, y mis sueños de niño se deslizaban á la vista de tus cumbres gigantescas!

Hoy no puedo darte ni mis canciones, mi lira ha enmudecido y la inspiracion se ha apagado, pero yo te consagraré en el fondo del hogar mis relatos de peregrino!......

VIII.

La noche se avanzaba, y el carruaje del coronel Fernandez apenas caminaba arrastrado por aquellos infelices animales ya insensibles á los latigazos.

Un grupo de ginetes se adelantó hácia el coche.

—¡Viva la patria! gritó la voz conocida de Martinez. Muchacho, toma mi caballo, yo subo al pescante; conozco el idioma de los brutos.

Saltar del caballo y subir al pescante todo fué obra de un momento.

Las frases que dirigia á los pobres animales no pueden trasladarse á las páginas de este libro.

Es el de todos los conductores el mismo idioma.

IX.

A las cuatro horas de camino el carruaje entraba por la calzada de árboles, que es acaso lo mas hermoso que tiene la ciudad de Toluca.

Allí hay un recuerdo histórico.

Sobre uno de aquellos árboles y en el espacio de las ramas mas frondosas, está una *Cruz blanca.*

En la calzada y frente á este árbol, fué asesinado uno de los escritores mas atrevidos de los primeros tiempos de la República.

Su nombre ha desaparecido, pero vive su seudónimo. Se firmaba: *El Payo del Rosario.*

Aquella cruz es uno de los primeros monumentos que los rencores intestinos han levantado en la extension de nuestro país.

X.

La luz suavísima de la luna comenzaba á sobreponerse á los últimos albores crepusculares, y las nubes cenicientas se alejaban en grupos im-

pelidas por el aire de la noche, dejando á las estrellas brillar en el fondo de un cielo claro y apacible.

A la falda de una cordillera de cerros colocados en órden sucesivo de Oriente á Poniente, se reclina la ciudad de Toluca.

A lo lejos parece que está dibujada en las rocas de la gigante *Teresona*, madre de aquella cordillera.

Roca estéril donde no se asoma una planta, donde la vegetacion es desconocida.

Esa montaña parece la atalaya de la ciudad que duerme dia y noche en un profundo letargo.

De aquella ciudad no se levanta ese constante y vago murmullo que arrojan los grandes centros de poblacion.

La atmósfera siempre pura, no se turba con los ecos de la multitud.

Toluca es una ciudad anacoreta que hace eracion arrodillada al pié de su cordillera.

Es una religiosa que ha buscado un valle silencioso para sus contemplaciones.

Es un barco encallado en un banco de flores.

La ciudad es bellísima, su ancha plaza con sus casas constoriales y sus edificios simétricos.

En el centro se levanta una estátua de mármol sobre un pedestal decorado con sencillas inscripciones.

Aquella estátua es magnífica.

El cura Hidalgo sin los ropajes de la clerecía, con la acta de la libertad en la mano.

No es el caudillo orgulloso que empuñando el acero se ostenta ante su ejército victorioso, es el patriarca venerado, el apóstol de la libertad.

No es el hombre de las armas, es el nuncio de la palabra y del Evangelio.

La cabeza inclinada, su mirada dulce, su actitud humilde, todo revela al sacerdote y al héroe.

Así lo quiere un pueblo, así lo adoran las generaciones, así está sublime y deificado en el altar de la patria!

IX.

Toluca es una ciudad de lujo.

Sus portales, sus templos y sus teatros son bellísimos.

Hay un paseo allende la cordillera, formado por un bosque espeso de cipreses, en cuyo fondo se precipita un torrente de agua purísima, deshaciéndose en corrientes espumosas á cuyos bordes crecen flores salvajes que inundan en perfumes aquel bellísimo y pintoresco lugar.

La ciudad se viste de lujo en las festividades religiosas, entonces despliega toda su riqueza y buen gusto.

Estas galas suelen reservarse para los dias de la patria.

Aquella ciudad recibia en su seno el *dos de Junio* una inmigracion de diez mil almas.

Todo estaba ocupado.

En los edificios públicos se alojaba la tropa, y eu cada casa no faltaban media docena de huéspedes.

Las habitantes se mostraban galantes con las familias inmigradas.

XII.

El coronel Eduardo se alojó en una celda del convento del Cármen, donde paró su regimiento.

El capitan Martinez, Quiñones, Felipe y otros compañeros se dirigieron al Hotel de Diligencias.

Hacia cuarenta horas que no tomaban un *taco* ni tiraban una *carambola.*

En un momento se armó la zambra; se ajustó el partido y comenzó la lucha despues de atravesarse cien apuestas.

El capitan no era buen jugador, pero sabia mucho de *gramática* como él docia.

Los contrarios, es decir, las víctimas, eran un español, un italiano y un tal *Pedro el Corredor*, á quien todos acusaban de complicidad con el enemigo, es decir, con Martinez y comparsa.

El introito fue una salva de copas.

Afilaron con el cosmético los tacos, disputaron á suerte sobre la *salida*, se dijeron algunas bromas y se cambiaron miradas de inteligencia con el *coime.*

La concurrencia tomó asiento y comenzó el duelo de billar.

CAPITULO CUARTO.

PREPARATIVOS.

I.

México habia quedado, como ya hemos dicho, bajo el amparo de la guardia extranjera y del ayuntamiento republicano, que en obsequio de la poblacion no se retiraria sino á la entrada del ejército frances.

Los hombres del partido triunfante se agitaban para apoderarse de una situacion abandonada y perdian el tiempo en juntas que no daban resultado.

Todos temian ser desairados por el invasor, y algunos se resistian á ese bochornoso paso de salir en comision á entregar las llaves de la ciudad.

Una última junta verificada en la Casa de Correos determinó que tres individuos se acercasen al Comandante en gefe de la espedicion á ofrecerle la capital á nombre de...... no importa de quién, el caso era darse los aires de pro-hombres é iniciarse con los dueños del nuevo órden de cosas.

Levantóse una acta de adhesion en la que aparecieron setecientas firmas.

Se repicó á vuelo en todas las iglesias.

En esos momentos llegaron dos ayudantes de la seccion mexicana que acompañaba á los franceses, para enterarse del estado que guardaba la ciudad.

Nunca están por demas las precauciones.

La junta nombró gobernador á un general Perez, y á las cuatro de la tarde de ese mismo dia, un grupo de desgraciados se apoderó de la torre de San Agustin que estaba hasta sin campanero. Ignoramos el objeto de la ocupacion, pues era inoportuno tomar posiciones cuando no se trataba de combatir.

El gefe del punto era un señor general, cuya nacionalidad se ignora, y es conocido por el nombre del *Señor del retiro*, porque la mayor parte de las cruces que trae á su pecho, parece que son el premio de *honrosas retiradas*.

Ese hombre mas tarde se apoderó del gobierno de palacio y se encargó de los gastos económicos.

Parece que en esa administracion *lo hizo mejor* que en su carrera profesional.

Al siguiente dia (2 de Junio) nombraron comandante general á una momia del vereinato, que estaba en la flor de su edad.

Tenia entonces noventa y ocho años.

II.

—La cosa marcha! decia don Modesto Fajardo en un círculo reaccionario, ¡la cosa marcha! nuestro es el triunfo, la demagogia huye en precipitada fuga como una nube de zánganos.

Juarez no volverá á México, ya nos *revienta*, como diria el cardenal Richelieu.

Yo no soy como ustedes dicen, un Meternich; pero tengo doble vista en política. Esta combinacion diplomática es parto de mi inteligencia; yo habia concebido el plan desde el año de 38 en que vino el noble príncipe Joinville á reclamar con las escuadras francesas los *pasteles* que se comió mi amigo el general Santa-Anna, es decir, no los pasteles, sino su precio que ascendia á treinta mil pesos.

—¿Quién nos hubiera dicho entonces, replicó un teniente coronel que habia quedado gangoso á causa de una enfermedad que Ricord conoce perfectamente, quién nos hubiera dicho que aquella bandera aborrecida hoy seria nuestra salvacion?

—Cierto, respondió Fajardo, ustedes los profanos no se hallan al nivel de los cálculos diplomáticos. La Francia siempre apoya las causas nobles, tiene un énfasis heróico, sublime, gigantesco. ¿Y á quién le han encomendado la tesorería general?

—No sé, dijo el gangoso, ese puesto es altamente importante.

—Ustedes dicen que yo soy el hombre necesario en ese empleo, mi modestia se resiente de ello, pero creo, sin amor propio, que mis planes rentísticos sacarian á la Repúbl.... es decir, á la nacion, de sus agonías numismáticas.

—Sí, dijo el gangoso, prestándonos todos á contribuir con nuestras capacidades al bien general, formaremos la oficina, que debe estar bien dotada, y nos consagraremos al servicio de la patria.

La *planta* estaba completa.

Este asalto proyectado á las arcas públicas, es de todos los tiempos y de todas las revoluciones.

—Yo, añadió un petulante, no deseo mas que estar en la legacion de S. M. B. la Gran Bretaña, me sentarian perfectamente las nieblas del Támesis, las papas de Irlanda, los paltós de la Italia, y.... el suicidio, porque en eso yo soy inglés; sí, señores, inglés consumado, ya tengo hechos algunos ensayos.

—¿Sobre el suicidio? preguntó Fajardo.

—Sí, replicó el sustentante, tomo el ópio y he percibido los síntomas de la muerte, son muy agradables, deliciosos.

—Jóven, dijo Fajardo, usted es un.... un.... no hallo la palabra.

—Un estúpido, dijo el gangoso.

El mozalvete, que ya el lector ha visto en la casa del diplomático, se caló los lentes, vió al gangoso de pies á cabeza, y despues, en tono burlon, le dijo:

—Caballero, usted debe estar en el hospital militar, usted es hijo de la *copaibo*.

—Yo soy hijo, replicó el militar, de don Manuel Estrada y de doña....

—Cálmense ustedes, señores, un poco de reposo, no hay que exaltarse los ánimos, la sangre fria es el principio de la diplomacia, esto se halla hasta en los libros mas insignificantes de la ciencia.

—El señor es un majadero, dijo el ofendido, es un pisaverde de mal tono.

—Alto las disidencias! esto es dar pábulo á que los demagogos nos tilden de anárquicos, que es lo que caracteriza á ese bando neoliberal.

Don Serafin, que era nada menos que el protegido de doña Canuta, guardó silencio.

El gangoso le daba miradas de serpiente.

El diplomático, dándose golpecitos en el vientre é inflando los carrillos, se manifestaba ufano aprisionado en los cuellos almidonados de su camisa.

—Yo espero, dijo, que nuestros servicios serán premiados, nosotros no somos *intervencionistas* de la víspera, á ustedes les consta que al oir el repique fuí el primero en acudir á Palacio, no se diga mañana que esperé á que todo estuviera concluido.

—Acompáñenme ustedes, vamos á tomar las armas, nos apoderaremos de Catedral que es un punto estratégico.

Y seguido de un enjambre de retirados, se presentó á la puerta de la Metropolitana.

III.

El sacristan y el campanero salieron á su encuentro y les dijeron con estrañeza: ¿ustedes vienen á repicar?

Fajardo tomó la palabra.

—Venimos, dijo, á defender el punto y lo ocupamos en nombre de la Francia.

—Mientras ustedes no lo ocupen en nombre del señor cura mayor, dijo el sacristan, no podemos consentir en nada. Este es el templo del Señor y nadie puede entrar.

—Este hombre es un ignorante, dijo el diplomático.

El gangoso se adelantó con sus humos de militar, y encarándose al campanero y al sacristan, les dijo con un tono imperativo:

—Hemos nombrado al señor de Fajardo coronel y ustedes tienen que entregarle el punto.

—Nosotros, replicó el sacristan, no tenemos punto ni coma que entregarle al señor, en ese caso que se lo entregue el venerable cabildo.

—Alto, repuso el diplomático, esta es una cuestion teológica que no tengo estudiada, retirémonos y apoderémonos de un punto *civil*, porque las torres están fuera del dominio de los hombres, pertenecen á las cosas sagradas, esta es una fortaleza *eclesiástica*.

—Eso no importa, replicó el gangoso, yo he estado aquí de guardia mil ocasiones, ¡y vive Dios que si se oponen estos mentecatos los hecho de la torre abajo! ....

—Silencio! interrumpió Fajardo, la Iglesia ha triunfado y no podemos ocuparla sin una violacion flagrante del dogma conservador.

—Aquí, dijo el sacristan, se pagan tres centavos por persona, y se les permite ver el panorama de la ciudad; pero la gente armada está prohibida.

—No queremos ver panoramas, dijo el gangoso, sino echar muchos balazos.

—A los franceses? preguntó con socarronería el sacristan.

—Precisamente á los franceses, no, porque pertenecemos á la mayoría oprimida, somos partidarios de la intervencion.

—Retirémonos, dijo Fajardo, la *Minería* es un edificio soberbio para el ataque y defensa.

—Vayan con Dios, dijo el campanero al coronel y subordinados.

Y se quedó riendo á boca llena con el sacristan, de aquella falange de desventurados que pugnaban por presentarse como una potencia ante el ejécito invasor.

IV.

Fajardo llegó á la Minería y se encontró con el portero, á quien rodeaban multitud de colegiales preguntándole noticias.

—Soy el coronel Fajardo, dijo con el énfasis de un Napoleon.

—Adelante está el cuartel, respondió el portero.

—No es eso. Necesito conocer el punto.

—Venga usted esta tarde que está aquí el señor director, que es el que concede licencia para pasar al *Observatorio.*

—Yo no vengo á ver las estrellas ni los movimientos solares, los planetas me son indiferentes en estos momentos, ahora se trata de la *estrategia.*

—Si se tratara, dijo el cancervero del colegio, del estudio de la *botánica,* aquí hay un buen preceptor.

—Este hombre se burla, gritó el gangoso, aparenta no comprender lo que se le dice.

—Hable usted claro, dijo el portero.

—Yo no soy confuso, amiguito, venimos á tomar posesion del colegio, somos la fuerza armada, que por el momento está desarmada.

—Pues cuando se arme ocurran ustedes, porque yo tengo obligacion de cuidar la entrada del establecimiento, y ustedes me parecen personas altamente sospechosas.

—¡Sospechosas! gritó Fajardo, ¡sospechosas! Este hombre no sabe lo que se dice; pues mi figura, mi fisonomía, debe esplicárselo todo.

—Me parece usted un buen sugeto; pero mi obligacion es no permitir el paso ni á usted ni á esos oficialitos que lo acompañan.

El gangoso se montó en ira, y descargó un fuerte garrotazo al portero.

Éste se hizo á un lado, y el garrote cayó á plomo sobre don Serafin.

—¡Huy, mis costillas! gritó el mozalvete, y se puso á diez varas del combate.

El portero se lanzó con una regadera en la mano, sobre Fajardo y los acompañantes, que trataban de molestarlo.

Los colegiales comenzaron á silbar y á aplaudir.

Fajardo quiso meter paz y recibió un golpe de regadera que le derribó el sombrero y la peluca.

Apoderáronse los colegiales de la cabellera y comenzaron á tirarla por lo alto enmedio de la jácara y la chilla mas espantosa.

El prefecto del colegio acudió á la portería atraide por el ruido que metia la estudiantina.

—¿Qué pasa, señores?

—Nada, y mucho, dijo elinfeliz Fajardo, haga usted que me devuelvan mi peluca, nosotros veniamos, señor prefecto.... aquel jóven le arranca los pelos á mi casquete.

La peluca le fué devuelta al diplomático.

—Buenas tardes, señores, se apresuró á decir Fajardo, creyendo inútiles las esplicaciones.

El gangoso quiso esplicarle el lance al prefecto, pero los colegiales comenzaron á remedarle contestándole en el mismo tono, y tomó el prudente partido de retirarse.

V.

Alcanzó al señor Fajardo que iba en precipitada fuga.

—¡Coronel! ¡mi coronel!

—Yo no soy coronel, le contestó Fajardo, yo soy diplomático, las armas representan la fuerza bruta, y la diplomacia el saber y la inteligencia; no obstante, llámeme nsted así, nunca sienta mal un títnlo mas; pero ya no intentemos la toma de posiciones, y en caso de hacerlo, las azoteas de mi casa me proporcionarán un buen sitio para nuestros proyectos.

El gangoso, que era un desarrapado de primera fuerza y queria esplotar al señor Fajardo, aprobó la idea, y siguió con la comparsa al diplomático.

VI.

Suben precipitadamente las escaleras, se presentan en la antesala donde los recibe asustada doña Canuta.

—No temas, esposa, los señores me han hecho coronel y vamos á preparar la defensa de la cindad.

—Creía que era una invasion de beduinos; ignoro tus proyectos, desarróllalos para que pueda dar sobre ellos una opinion acertada.

—Da de comer á mi tropa y despues hablaremos.

El gangoso y los compañeros se frotaron las manos de satisfaccion.

Doña Canuta les indicó *el comedor* donde se precipitaron con avidez.

—Señora, dijo don Serafin, me han quebrado una costilla.

—¿Una costilla? esclamó la señora do Fajardo.

—Sí, una costilla.

—No diga usted mas, algun juaristi, eso se deja entender fácilmente, estará usted herido de lanza.

—No, de regadera, dijo don Serafin.

—¿De regadera? ¿pues quién le regó á usted las costillas?

—Un maldito portoro; pero ese es cuento largo y lo dejo para otro dia.

—La tropa está sola y necesito avivar su espíritu, acompáñeme usted al comedor.

Doña Canuta se presentó en el vivac doméstico y comenzó á arengar á aquellos *famélicos*, quo la aplaudian á reventar; como que su vino le costaba.

—Mi esposa tiene un talento grande.

—Como su nariz, dijo por lo bajo el gangoso.

—El coronel es un valiente, gritó uno de la comparsa, se ha portado como un héroe en el combate de *Minería*.

—Con que ha combatido con la mineralogía? esto es horrible, la diplomacia batiendo á las ciencias exactas, gritó doña Canuta.

—No, dijo Fajardo, yo no atentaré contra las ciencias ni las artes, esto seria inmoral La *geodesia* es muy respetable; pero cuando se me insulta, tengo que defenderme, no es valor, es serenidad, es conciencia de defender mis derechos de súbdito y de hombre libre.

—Solo tuvimos un contuso, añadió el gangoso que entraba en la penumbra de la ebriedad.

—Es necesario que tu despacho sea rivalidado por el nuevo gobierno, yo creo que alguna condecoracion merecen los valientes; yo, como tu esposa y partícipe de tus glorias debo aconsejártelo.

VII.

Siguió la comida, y sobre todo el aniquilamiento de la despensa.

—Ya es hora, dijo el señor Fajardo, tomemos posiciones, el repique continúa, acaso el enemigo nos acecha, ¡á las armas!

—¿Qué armas? preguntó doña Canuta.

—Mientras que el gobierno las proporciona, le daré á mi tropa el espadin que usaba mi tio el coronel, y la pistola dragona que me ha dejado en depósito el guarda de garita, así tenemos arma blanca y de fuego. ¡Alerta, señores!

Nadie se movió de su asiento, todos estaban dormidos, en cuanto al gangoso yacia debajo de la mesa completamente ébrio.

—Si ahora se ofreciera un lance buena la hariamos.

—Tú tienes la culpa con haberles proporcionado una racion de vino tan exhorbitante, dijo doña Canuta.

—Querida esposa, es la misma racion que tú acostumbras y jamas te has atarantado.

—Don Serafin, ruego á usted acompañe á mi esposa, y ambos desempaqueten mi uniforme de la legacion, que durante el funesto gobierno de Juarez ha estado en receso.

—La borla del *bericú* la tomo para un peinado.

—Mujer, me privas de la borla que es lo mas importante de mi traje; yo la supliré, que hay muchos recursos en la diplomacia.

—Acepillas el pantalon sin ir á chafar el oro de la franja, sacudes la pluma del gorro montado, y limpias hasta poner como un espejo los botones de la casaca, el baston no te se olvide.

—Bien, dijo doña Canuta, todo se hará; te quiero ver como una ascua de oro; en cuanto á mi traje, quiero darte una sorpresa.

—Gasta, mujer, gasta cuanto quieras, y añadió por lo bajo, yo le pasaré la cuenta á la *intervencion*.

CAPÍTULO QUINTO.

LA PRIMERA VÍCTIMA.

I.

Estamos en un gabinete primorosamente ajuarado.

Un confidente vestido de brocatel blanco y con franjas color de granate, formaba el centro de aquella cámara.

Dos sillones y media docena de sillas colocadas simétricamente ocupan el aposento.

Una consola de mármol y rosa con un espejo magnífico, está colocada en medio de dos ventanas que dan á un jardin, y de cuyas goteras se desprenden unas cortinas de encaje y brocatel que se van á apoyar sobre dos clavos de flores de cristal.

Sobre la consola hay dos jarrones de restauracion pompeyana, sosteniendo ramos de flores naturales, cuya esencia embalsamaba la estancia.

Un velador que representa paisajes de la Suiza, está colocado en una mesita china que se halla junto al sofá.

En las paredes hay unos cuadros con grabados magníficos.

El uno representa á Torcuato Tasso en la corte de Ferrara leyendo su "Jerusalem libertada," y el otro el Último pensamiento de Weber, en que se halla el compositor en los momentos sublimes de la inspiracion, rodeado de esas imágenes, bellísimos ensueños de un cerebro privilegiado, sublimes concepciones en la óptica de una concepcion abrillantada.

Bajo esos cuadros habia otros pequeñitos, uno con la erupcion del Vesubio, y otro con una de las caidas del Niágara.

Unos pebeteros ardiendo en unos braseritos de plata, confundian su olor con el de las rosas.

Todo respiraba encanto y espiritualismo.

Luz era la tórtola que lloraba su abandono en aquel nido de amores.

Aquella pobre niña, reclinada en el confidente y abandonada al silencio de sus contemplaciones, era ajena á cuanto pasaba en su derredor.

Su pensamiento estaba fijo en una sola imájen, en la de Eduardo, su corazon latia por un solo sentimiento, su primer amor!

La afliccion hacia mas interesante á aquella dulce y simpática fisonomía.

Una palidez mortal bañaba aquella frente purísima, sus ojos tenian el brillo intenso de las lágrimas, y sus lábios la calentura del llanto.

Aquella infeliz criatura estaba mortalmente afligida.

Apoyaba su cabeza en su mano de marfil que se perdia entre el oro de sus cabellos, tenia en la otra un relicario donde su mirada se fijaba constantemente.

Aquel relicario contenia el retrato de Eduardo.

La noble fisonomía del guerrillero, su altiva frente, su mirada atrevida, su apostura arrogante, todo traia á la imaginacion de la jóven la realidad del hombre de su amor.

La tarde caía en el seno de la noche.

El crepúsculo vespertino se estendia como una gasa sobre el cielo de la ciudad.

Las nubes se desvanecieron al suavísimo soplo de la brisa, y las últimas ráfagas de la luz se apagaban lentamente en el horizonte.

Se oía á lo lejos ese vago murmullo de la gente, como el aleteo de una colmena.

Rumores y luz, todo se perdió entre las sombras de la noche.

La enamorada jóven habia cerrado sus ojos para entrar en ese mundo de amores en que el pensamiento vuelve ángeles todas las imágenes del corazon.

Las ráfagas del viento le traian las últimas armonías de las músicas militares en la hora aciaga de la despedida.

Veía á sus piés á Eduardo jurándole su amor, el acento trémulo y dolorido del guerrillero resonaba aún en el fondo de su alma.

La jóven lanzó un profundo suspiro y dos lágrimas corrieron á lo largo de sus blondas pestañas.

Escondió su cabeza virginal entre los almohadones del confidente y lloró como una tórtola en el nido abondonado.

II.

Dos golpecitos dados con suavidad en los cristales, la sacaron de su letargo.

—Entra, Clara, dijo con voz casi imperceptible.

Abriéronse las cortinas y apareció la bellísima figura de Clara.

Luz encendió el quinqué.

Las dos amigas se abrazaron y sus labios se unieron en un dulce beso, como dos claveles al soplo de la brisa.

—Nada nuevo? dijo Clara.

—No, amiga mia, estoy desesperada, corre el rumor de algunas desgracias habidas en el monte de las Cruces, y estoy horriblemente inquieta.

—El nombre de Eduardo no se deja oir en esa relacion, ya hubieran pregonado como un triunfo su muerte, no temas, Dios está con tu amor.

Clara arreglaba los cabellos de la jóven acariciándola.

—He leido hoy, dijo Luz, todas mis cartas, las cartas de dos años de cariño.

Su confidente se sonrió con malicia.

—Me es grato, prosiguió la jóven, recorrer esos renglones que me aseguran su amor.... Si vieras que bueno es Eduardo, qué valiente, le amo con tanto entusiasmo....he sufrido mucho, Clara mia, estos repiques me han puesto de un humor atroz, la llegada de los franceses me tiene preocupada dolorosamente.

Mis padres están alegres y temo que quieran hacerme concurrir á las fiestas que se preparan para la recepcion.

—Tú estás verdaderamente enferma y puedes escusarte, repuso Clara con visibles muestras de fastidio, ademas que nadie se divierte contra su voluntad, esto es una tiranía.

—Ademas, dijo Luz, ese D. Serafin es mi pesadilla, mi mamá se ha empeñado en que le ame y yo le aborrezco.

—Nunca hablaste á Eduardo sobre ese particular?

—Dios me libre! dijo la jóven; yo conozco el carácter de Eduardo, y ya hubiera estrangulado á ese infeliz.

—Poco se perdia, observó Clara.

—Pues con ese poco quieren que yo me case.

—Figúrate que pretende descender de yo no sé qué personaje de una comedia, asegura que es noble, que tiene pergaminos y no sé cuantas ridiculeces.

—Lo del título es lo que cautiva á mamá.

—Ese hombre es un majadero completo, dijo Clara. A tí no te merece mas que el señor coronel Fernandez.

—Siempre estás de broma, querida mia, dijo Luz estrechando á Clara, que le pagó su abrazo con un beso en la frente.

—Alguna vez, continuó Clara, pasará esta situacion y entonces nos retribuiremos de estos malos ratos. He oido decir que esto no puede subsistir.

—Ojalá! dijo Luz, tengo muy pocas esperanzas, aun no comienza el nuevo gobierno.

III.

—Señorita, dijo una criada, perdonen ustedes que entre sin avisar, pero hay un hombre en la puerta que dice necesita entregar á usted en propia mano una carta.

—Dios mio! esclamó Luz, qué haremos?

—Muchacha, dijo Clara, haz entrar á ese hombre de manera que no sea visto de nadie, y le arrojó á la camarista una bolsa de seda llena de monedas.

—Al momento, dijo la criada, y desapareció.

El corazon de Luz latia violentamente.

Las dos amigas se quedaron en silencio conteniendo la respiracion.

Despues de algunos momentos oyeron ruido de pasos que se acercaban á la alcoba.

Las cortinas se abrieron y apareció don Serafin.

—Muy buenas noches, señoritas, dijo con voz melífiua y acaramelada.

—Somos perdidas, esclamó Luz.

—Adentro, don Serafin, respondió Clara que conservaba toda su sangre fria.

—Vengo, dijo don Serafin, á pasar algunas horas con ustedes; es tan agradablo su conversacion, que no me dispenso de ella por nada.

—Yo estoy algo enferma, un dolor de cabeza comienza á molestarme, dijo Luz.

—Soy capaz, si nstedes me lo permiten, de ir á busoar un frasquito de esencias para ese malestar.

—Vaya nsted, dijo Clara, vaya usted, no he visto nnnca nn jóven mas galante.

—No, no es galantería, me creo obligado de ı acerlo; y saludando profundamente salió de la habitacion.

—Respiro, dijo Luz.

—Es nn contratiempo horrible, y ese hombre no parece.

Las cortinas volvieron á levantarse.

Se presentó un soldado disfrazado de *ranchero*, con una *cuera* completa y envuelto en un *jorongo*.

Quitóse el sombrero, y sacó de entre el forro un papel que entregó á Clara ó mas bien que ésta arrebató de su mano.

A pesar de la alfombra, se notó perfectamente que álguien se acercaba.

—Don Serafin! dijo Clara, y empujando al correo tras las cortinas de la ventana, se sentó tranqnila á esperar al importuno, no sin advertir á aquel desgraciado Mercurio que no se moviese ni respirase.

IV.

—No he tardado, dijo don Serafin, aquí está la esencia.

—Luz se empeora por momentos, replioó Clara, desearia el reposo, el silencio.

—Pnes hablemos piano pianísimo, respondió el petulante don Serafin, y se arrellanó en uno de los sillones.

El correo estaba en un potro.

Clara y Luz guardaron silencio para ahuyentar al importuno pretendiente.

Despnes de un momento Clara dijo á su amiga:

—Antes de dormir, ve este papel que nos escribe nna amiga de colegio.

Luz comprendió perfeotamente, tomó el papel, y acercándose al qninqué, dijo á don Serafin:

—Con permiso de usted.

—Usted lo tiene, bellísima señorita.

Desdobló la carta y leyó para sí: "Concedo libre y seguro pasaporte al soldado Estanislao Luna para...." y cesó de leer, comprendió que el correo habia entregado un pasaporte antiguo en vez de la carta.

—Mira, dijo á su amiga.

Clara leyó el pasaporte y no pudo contener la risa á pesar del estado de angustia en que se hallaba.

El correo estaba en ascuas.

—Es atroz esta jaqueca, dijo Luz, las sienes se me revientan y toda la casa se anda.

—Son terribles esos dolores nerviosos, dijo don Serafin, lo siente sobremanera, pues no puedo dar á ustedes todas las noticias del dia.

Ya mi querida señora doña Canuta, está haciendo preparativos admirables para la recepcion.

El gobierno se inaugurará fuerte, terrible; cuanto republicano caiga en sus manos será pasado irremisiblemente por las armas.

El correo sudaba á mares.

—Es buena táctica, respondió Clara, yo creo que los republicanos harán lo mismo con los intervencionistas.

—En cuanto á eso estamos tranquilos, tenemos un ejército de cuarenta mil hombres y no se atreverán á parársele delante.

Ya sabe usted nuestro programa, aniquilamiento total de esos bandidos.

El correo pisaba fuego.

—No se descuiden ustedes, repuso Clara disimulando su enojo, puede volvérseles en contra su programa.

—La Europa nos apoya, toda la Europa! ¡la Europa entera! Ya ven ustedes como ha enviado sus escuadras y sus cañones; el general Forey está al frente de la capital, mañana hará su solemne entrada, y se alojará en el palacio de Moctezuma! mandará cerrar las puertas de la ciudad para que nadie se escape de los disidentes, y comenzarán los escarmientos.

El correo se sintió con apoplegía.

Don Serafin continuaba con mas entusiasmo.

—Es de alta política, como dice el señor de Fajardo, estirpar á todos los liberales; esas ideas corruptoras inculcadas en el cerebro del pueblo, extravian su opinion y nos llevan á ese abismo de la revolucion francesa.

—Nosotras, repuso Clara, no entendemos nada de política; usted vé que es ridícula una mujer entregada á todo aquello que es ajeno de su sexo.

—Usted perdone, yo opino de distinta manera. A mí me agrada mucho una madama Stael, así como la Aurora de la Cabaña del Tio Tomás.

—Pues yo abomino á las literatas, dijo Clara con acritud, y sobre todo á esas personas que tienen culto por todo lo extranjero. Yo he nacido en México, y cualesquiera de mis paisanos me parece superior, verbi-gracia, á todos los franceses.

—Usted compromete á esta familia, repuso asustado don Serafin; si esas frases fuesen oidas, si se supiera que aquí existia una persona enemiga ó al menos desafecta, podria haber una desgracia.

El correo sudaba sangre.

—Es usted asustadizo, dijo Clara, no tema usted nada, mi voz es demasiado débil, y ademas las palabras de una dama no ofenden á nadie.

—Es verdad, pero....

—Sigo atrozmente mala, dijo Luz.

—Ah, señorita, si yo pudiera proporcionarle algun alivio, lo haria de buena gana.

—Puede usted, dijo Clara.

—Indíquime usted el medio, dijo el mozalvete.

— Guardando un profundo silencio, ó....

—O ausentándome, comprendo perfectamente, y lo voy á hacer con permiso de ustedes.

Levantóse don Serafin y saludó profundamente.

V.

—Dónde va usted, niño? dijo doña Canuta entrando en el gabinete.

—La señorita Luz está enferma y necesita silencio.

—Ese es un equívoco, gritó doña Canuta, lo que necesita es dictraccion, la nevralgia que se le indica y desarrolla, se contiene con divagaciones, tertulias, música, y cuanto pueda obrar una reaccion completa en el ánimo.

—Sentémonos, Serafin, y hablemos un momento, necesito hacerle una consulta.

El correo se sentia desfallecer.

—Se trata, prosiguió la señora Fajardo, de la combinacion de un traje; se trata de los símbolos, usted sabe que es mi fuerte.

—Qué idea piensa usted simbolizar?

—La entrada del ejército, replicó con petulancia doña Cannta.

—La entrada.... la entrada, repitió absorto don Serafin, pues la entrada pnede simbolizarse de varias maneras.

—Véamos, dijo la de Fajardo.

—Pues como el ejército debe entrar por la puerta de la ciudad, póngase usted nn adorno de fachada en la enagua del vestido.

—Ese fué mi primer pensamiento.

—Puede nsted, continuó don Serafin, rodear la enagua de arcos triunfales de blonda.

—Sí, y unos dísticos de avalorio, dijo Clara sin poder contener la risa.

—Señorita, usted no tiene gusto por los símbolos.

—Adelante, y dejemos las bromas, que es nn asunto serio, replicó doña Cannta.

—Hablemos de los colores, sobre este pnnto creo que estamos de acuerdo.

—La enagua debe llevar tres olanes con los colores de la bandera francesa, y el peinado nna pluma aznl qne represente la paz.

—Bien, eso llena completamonte mis deseos; añadiré al tocado la borla que he quitado al espadin de mi esposo, ese es el símbolo de la gloria militar.

Doña Canuta, sin conocerlo, aceptaba el traje de los monos del circo.

—Mi esposo irá vestido de diplomático, y estoy segura de llamar la atencion.

—Sí que la llamarán, respondió formalmente Clara.

La infeliz hija de aquel fenómeno estaba abochornada al oir á doña Canuta, y llena de angnstia al considerar que nn movimiento de aquel hombre, qne permanecia oculto tras la cortina, podia traer un mal momento.

La hora do la desgracia habia sonadó.

El coronel Fajardo se presentó en el retrete armado con el espadin.

—Acabo, dijo, de ordenar el servicio; he colocado centinelas en la azotea, la casa del perro la he improvisado en gariton, y la finca queda guardada perfectamente; las llaves las tieno nn oficial de guardia.

El correo tenia tifo.

Clara y Luz se dieron una mirada de inteligencia.

La diplomacia y la estrategia reunidas son el ariete mas formidable.

—Cuando he aceptado el empleo de coronel de mi casa, necesito snjetar

á todos á las rigurosas prácticas de la ordenanza. Dentro de diez minutos toco á silencio, y todo el mundo á dormir.

A la recamarera la he arrestado en la cocina por insubordinada; es necesario tener mucha energía.

—¿Hay algunos temores de desórden? preguntó con aire candoroso la picante Clara.

—Señorita, dijo el de Fajardo, usted olvida que la ciudad está acéfala y que mientras los franceses no la ocupen, estamos verdaderamente amagados. La guardia de mercachifles no me presta garantía; son hombres que huyen al primer tiro, y por eso me he proporcionado seis oficiales de los mas valientes para custodiar toda la manzana. El enemigo me dará tiempo para organizar la defensa, mientras abre sus paralelas yo armaré al vecindario; la plaza ha quedado de enviarme armamento.

El señor de Fajardo se soñaba un general, creía poder alegar nuevos méritos ante los franceses y obtener buen éxito en sus negocios.

Los oficiales que lo acompañaban se habian puesto de acuerdo para esplotar al diplomático.

La papeleta del sueldo habia sido satisfecha con tres dias de *haber*, ademas, la comida era por cuenta de Fajardo.

El teniente Manuel Estrada, que así se llamaba el gangoso, estaba en sus glorias.

Estableció el cuerpo de guardia en el cuarto del portero, y se echó á roncar á pierna suelta, despues de haber puesto un centinela en la *perrera* y otro en el corredor.

Las diez daba en aquel momento el reloj de la Catedral.

El centinela de la azotea gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡centinela, alerta! cuyo grito fué repetido por el centinela del corredor.

Dios mio! dijo Luz, que es esto?

El diplomático se frotó las manos.

Doña Canuta se pavoneó con orgullo, se le figuraba que estaba en las Tullerías.

—Usted, dijo Fajardo, dirigiéndose á don Serafin, está de imaginaria y velará toda la noche.

He puesto á mis criados de reten en la caballeriza: el teniente Estrada le dará á usted mis órdenes.

—Vaya usted, don Serafin, á la caballeriza, dijo Clara, visite usted el reten y suba á la azotea á pasar revista al centinela de la perrera.

VI.

El gefe de dia, que pasaba por la calle, le llamó la atencion los gritos de los centinelas, consultó la *órden* del dia, y vió que por allí no existia cuartel alguno.

Mandó detener la escolta y esperó media hora.

Efectivamente, los centinelas dieron el alerta.

El gefe llamó á la puerta con toquidos descompasados.

El teniente Estrada se levantó de mal humor y abrió.

—Buenas noches, señores, dijo el gefe, me parece que he oido dar en esta casa el "alerta," díganme si hay aquí algun reten.

—Suba usted, respondió el gangoso, el señor de Fajardo es el gefe del punto.

El diplomático acudió al ruido y se encontró con la autoridad militar.

—Usted es el gefe?

—Sí, caballero, el gefe de mi casa, respondió apresuradamente Fajardo, he colocado centinelas por lo que pudiera ocurrir; usted vé que estamos en crísis, estoy salvando la situacion de la manzana número 598 de la ciudad.

—Tiene usted autorizacion?

—No la necesito para salvar á mi patria, respondió con énfasis el diplomático.

—Tiene usted razon, replicó el gefe, bien puede organizar en su casa cuanto le diere la gana, pero como esas voces de ordenanza están reservadas solo á los soldados de la guarnicion, usted me hará el favor de imponer silencio á sus guardias para evitar una equivocacion.

—Eso es un ataque.

—No, es una prevencion, dijo con sonrisa el gefe. El ejército que es á sus órdenes, añadió el gefe, tendrá la complacencia de permanecer en silencio; porque de otra manera, de soldados domésticos, los puedo volver públicos.

—Yo dirijiré al comandante general una nota en que me queje de este abuso de autoridad.

El gefe, que comprendió, al ver la figura de Fajardo, que era todo un majadero, llevando la broma adelante, le dijo:

—Espero que usted no dirijirá esa nota que me perjudicaria en estremo; si yo hubiera sabido quién era usted todo estaba cortado, nsted perdone, no habia reparado en el espadin.

—Ya lo decia, dijo ufano el diplomático, todo ha sido nna eqnivocacion; suba usted y tomará una botella de champaña.

El gefe subió la escalera, atravesó el corredor, y entraron al fin en una antesala donde Fajardo hizo traer nna colacion refrigerante y el soberbio champaña.

—Usted es, dijo el gefe despues de apurar una copa, hombre que ha nacido para la milicia, un génio, está usted en los menores detalles de la ordenanza, es nsted el génio de la combinacion.

—Sí, precisamente esa es mi palabra favorita, la combinacion! usted ha dado en el item, ¡la combinacion! cuando yo decia que el hombre revela á primera vista lo que es.

—En el acto, en el momento, replicó magistralmente el gefe, á usted lo he nonocido al ponerle encima la vista.

—Voy á llamar á mi esposa para presentarla á usted, quiero que lo conozca, nsted es una persona muy amable.

—Sí, que venga mi coronela, deseo ponerme á sus órdenes.

Llegaban en esto de la conversacion, cuando oyeron nnos gritos descompasados, pidiendo socorro.

El diplomático se desciñó involuntariamente el espadin y lo arrojó temblando bajo el confidente.

—Acnda usted, señor, acuda usted, decia temblando, algo de estraordinario pasa, Canuta y don Serafin gritan con desesperacion.

Véamos lo que motivaba ese escándalo.

VII.

A los toquidos que el gefe habia dado á la puerta, Fajardo se habia levantado y doña Cannta seguia charlando sobre el mismo tema de los símbolos.

Contrariada por el silencio de Luz, se habia acercado á sn desgraciada hija, la habia pnlsado, reconocido si tenia destemplanza, y habia acabado por recetarle aire; le hacia falta un renovamiento de atmósfera.

Entonces se dirigió á la ventana, sin que pudieran evitarlo las dos jóvenes, y abrieudo las cortinas tropezó con Estanislao Luus, que la sintió acercarse como una serpiente boa.

—¡Ay! gritó doña Cauuta, un hombre! uu ladrou!

Don Serafiu se caló los lentes, y al percibir la figura del soldado le acometió un vahido y se desplomó en el sillou.

—No soy ladron, dijo temblaudo Estauislao, soy un mozo de....

—Ladroues! ladrones! gritaba iucesautemeute la señora de Fajardo.

Don Serafin volvió de su desmayo y comeuzó con su voz aflautada á pedir socorro.

Luz y Clara estaban temblando.

El gefe se dirigió al gabinete; doña Cauuta se arrojó á él y le dijo:

—Caballero, ese hombre se ha eutrado furtivameute eu mi casa.

—Hola! dijo Fajardo teniendo por trinchera al militar, couque se ha colado ese miserable siu que nos hayamos apercibido?

Los oficiales eutraron tambien á la habitaciou de Luz, menos el tenieute Estrada que se detuvo tomándose el vino y los pasteles que Fajardo y el gefe habiau abaudonado.

Estauislao Luna no supo qué responder, se procedió á registrarle y se le encontró una carta que el gefe leyó en voz alta.

"Te envío al mas fiel de mis soldados; él poudrá eu tus manos estos regloues."

—¡Un disidente! gritó doña Cauuta.

—¡Un correo del euemigo! esclamó el de Fajardo.

—¡Ah! dijo dou Serafin, es un espía juarista, usted debe arrestarle, acaso traerá otra correspoudencia.

El gefe entregó á sus soldados al infeliz Estanislao, y dió las buenas noches.

—Ya va un reo! dijo el diplomático, la noche pinta mal; y se retiró tranquilo á eutregarse al sueño.

Doña Cauuta comprendió perfectameute el uegocio; pero nada quiso decir á su hija, á quieu veía profundameute afectada.

A los dos dias de este acoutecimiento el asistente del coronel Eduardo Fernandez, acusado de traer correspondeucia del cnemigo, recibia doscientos azotes en el patio de la casa del corouel De Potier.

CAPITULO SESTO.

EFECTOS DE UNA CARAMBOLA.

I.

El capitan Martinez habia perdido dos partidos de quinientas rayas.

Los contrarios se manifestaban ufanos de su victoria, sin saber la clase de pájaro que era el guerrillero, ni los recursos con que contaba en los lances apurados.

—Triplico la apuesta, gritó el capitan, y juguemos el último partido á la carambola.

Luego que dijo estas palabras, un relámpago cruzó por su mirada; algo habia inventado para vencer al enemigo.

Los contrarios, que habian llevado sobre Martinez una ventaja decidida, apostaron cuanto quisieron sus antagonistas, y el duelo continuó á la carambola.

Ajustadas las apuestas tiró Pedro el Corredor, que en la nueva combinacion era compañero de Martinez, el primer golpe fingiendo errarlo.

Entonces Martinez tendió el taco sobre la mesa, y sacando un puño de onzas, dijo: ¡doble á sencillo á que ganamos!

La codicia se desarrolló en todos los que creian en una ganancia segura y volvieron á atravesarse cien apuestas.

Tiró el contrario y comenzó por un *chis*, que lo puso fuera de moral.

Tocó su turno al capitan, despojóse de la chaqueta, arrojó el sombrero, dispuso su taco y tiró la primera carambola, que era una de las mas difíciles, segun dijeron los conocedores y peritos en el billar.

Un aplauso resonó en toda la sala.

—¡Coñac! gritó el capitan, que mis contrarios pagan!

Volvióse aquello un campo de Agramante. Gritos, apuestas por cada lance, disputas, bromas, discusiones, fanfarronadas.

Martinez era un hombre muy hábil en la materia. El guerrillero tenia un cálculo admirable en las peripecias del juego.

—*Ochenta tantos por nada*, dijo el coíme.

Martinez habia tirado con éxito ochenta golpes.

El contrario, trémulo de emocion y azuzado por los que tenian apuestas á su favor, no ataba ni desataba; quiso picar la bola demasiado baja para dar un efecto y con el taco hizo un rasgon de á cuarta en la mesa.

—Así me hicieron los franchutes en la cara, dijo riendo el capitan Martinez.

Pedro el Corredor tomó el taco: entonces toda aquella concurrencia presenció un espectáculo magnífico.

No habia un golpe al acaso, todo era calculado. Increible parece que la física y las matemáticas entren en las combinaciones todas de ese juego.

La elasticidad de la baranda, el efecto segun el punto donde es tocada la bola, la mayor ó menor fuerza de impulsion ó de repulsion, los retrueques, la tabla, todos los recursos de esa hábil invencion fueron tocados por el diestro jugador.

El partido estaba ganado.

Todo lo que los contrarios habian adelantado en los otros juegos, lo perdieron en la partida de carambola.

Mil aplausos de entusiasmo poblaron aquella atmósfera, y hasta los mismos derrotados declararon la victoria de buena ley.

—Falta la carambola, dijo en voz baja Martinez á Felipe. Voy á que dispongan el *negocio*.

El capitan se escurrió entre la multitud, despues de haberle arrojado al coíme una onza de oro sobre la mesa.

Siguieron algunos partidos, pero no de la fuerza del que con tanta habilidad acababa de disputarse.

II.

En un salon do tresillo se puso la *partida*. En campaña el juego es una distraccion permitida. Un capitan puso el *monte*, y Pedro el Corredor tomó la baraja para la *talla;* iban á medias.

La concurrencia era numerosa.

Pedro el Corredor es un hombre instruido en la ciencia de los *albures;* jamás ha perdido un centavo y sus ganancias son siempre exhorbitantes.

Cuando la suerte no lo favorece, él ayuda con su *ciencia* á la suerte.

Dios ha dicho: "ayúdate, que yo te ayudaré."

El Corredor habia seguido al ejército para esplotarlo en el juego, y ya tenia casa en México para hacer igual cosa con los franceses.

En la invasion americana fué escandaloso el abuso del juego.

Públicamente se robaba.

Los americanos son duchos en la ciencia de Birjan, y se encontraron con otros tahures de igual fuerza.

Se creía por algunos especuladores en la repeticion de aquella época; ¡ilusion! los franceses juegan toda la noche el importe de una copa de vino ó de una botella de cerveza.

Estamos lejos de echarles en cara el que no se arruinen en el juego: si lo hicieran por moralidad seria muy loable y honroso; pero los franceses tienen el vicio en alto grado, y si no se arruinan es por miseria: en cambio arruinan al que se proporciona y les viene á las manos.

Los desgraciados oficiales perdieron sus pagas de marcha.

Martinez estaba en ruina, habia perdido su anterior ganancia, tenia empeñado en el *monte* su magnífico reloj, y no le quedaban sino unos cuantos pesos.

En uno de los albures notó que la baraja estaba marcada, y que Pedro el Corredor los habia robado de la manera mas impía.

Estuvo un rato esperando que volviera la carta marcada, que era un rey, al que jamás apostaba, porque decia Martinez que no era monarquista, y que los reyes todos son malos.

Vió palpablemente que en el *alce* el rey quedaba á la *puerta*.

Seguro estaba el montero de que Martinez apostaria en contra.

—¡Alto! gritó el capitan: ese maldito rey estoy seguro de que ahora pierde: déme el monte *caja* sobre estos anillos de brillantes y este alfiler;

todo vale mil doscientos pesos por lo bajo: pido sobre estas prendas ochocientos, solo por ir contra el monarca.

Pedro el Corredor se estremeció de placer.

Yo la corro, pido la *baraja*.

Luego que tuvo las cartas en la mano se quedó un momento como reflexionando, y exclamó inspirado por una idea súbita: ¡voto al diablo! se me ha metido en la cabeza apostar por el rey.

Pedro el Corredor palideció.

—No, capitan, le dijo: usted no es monarquista, y si apuesta usted por el coronado lo castiga irremisiblemente.

—¡Por las botas del coronel Lozada, que voy á hacer una que suene, señores! voy al rey cuanto poseo, y llenó de oro la carta seguro de la ganancia.

El montero, alterado por la cólera le dijo al capitan:

—Amigo mio, habiendo apostado por la carta contraria, segun las reglas del juego no puede usted cambiarse.

—Y si me dá la gana, respondió el capitan, ¿quién me obliga ántes de comenzar á correr el albur á permanecer en determinado sitio?

—El *monte* lleva el rey.

—El *monte* no tiene derecho á escojer.

—Pues yo levanto la partida.

—Y yo, repuso montado en ira el capitan, le levanto á usted la tapa de los sesos! y sacó su revolver de cinco tiros.

Asustóse Pedro el Corredor, y dijo: está bien, siga el albur.

El capitan volteó las cartas.

El rey apareció en *puerta*.

Martinez recogió el dinero y le fueron devueltas las alhajas.

—Esta se llama una carambola, dijo para sí, pero me falta otra mas bien *tirada*.

Gran pérdida sufrió la *banca*, víctima de sus mismos manejos.

—Rifo mi caballo *azabache*, gritó Martinez.

Pedro el Corredor se propuso vengarse del capitan y dispuso en el acto un grupo de *paléros* para hacerle droga á Martinez y quedarse con el arrogante caballo prieto.

El capitan, que habia visto por casualidad la marca de la baraja, cayó incauto en el lazo que le puso el fullero jugador.

Los *tantos* de la rifa se repartieron, y comenzó el alza y la baja de la for-

tuna. A la media hora, tantos y dinero estaban en poder del Corredor.

Quiñones y Felipe habian perdido hasta el último centavo.

El capitan habia dejado á guardar en la administracion del hotel el dinero, es decir, lo habia cambiado por una libranza á favor de su hermana Guadalupe, así es que se encontró accidentalmente en la mayor penuria.

—El caballo es mio, dijo Pedro: he juntado todos los tantos.

—Lo entregaré mañana temprano, puede usted mandar por él.

No habiendo mas dinero cesó el juego, y Martinez, Felipe y Quiñones salieron á la calle en busca de alojamiento.

III.

—Yo no sé, capitan, como hemos podido jugar con un hombre tan de mala fé.

—Nuestra fortuna es la mala, respondió Martinez; he puesto mucho cuidado y ese hombre no ha hecho una sola trampa.

—Su fama lo dice todo, observó Felipe, que llevaba un humor de todos los diablos.

—El que juega pierde, y esto nos ha sucedido: lo que siento, agregó el capitan, tirando del ala del sombrero, es mi caballo: mi hermana lo quiere mucho, y pensar que ese hombre se va á apoderar de un animal tan noble, y sobre todo, de un caballo que iba solo á la ventana de Guadalupe á comer el pan que le ofrecia con aquella manita tan primorosa.

—No hay remedio, dijo Quiñones, eso le enseñará á usted, capitan, que el juego es muy pernicioso.

—Por todos los demonios! esclamó Martinez, que á esta hora viene de perilla una moraleja: ustedes por qué me siguieron?

—Porque nosotros seguirémos á usted al mismo infierno, respondió Quiñones.

—Pues entonces no hay cuidado, ya saben que cuando hay dinero se gasta, y cuando no, se fastidia uno: conque, adelante, yo tambien soy todo de mis amigos.

Se oyeron unos pasos precipitados cerca de los tres compañeros; estos se detuvieron un instante.

—Señor capitan, dijo un desconocido: en el hotel se ha levantado una tremolina.

—Y qué? respondió Martinez.

—Es que, añadió el desconocido, se trata nada menos que de usted.

—De mí? no adivino, respondió fastidiado el capitan.

—Le diré á usted.

—Que sea pronto porque estamos de prisa.

—El dinero que ustedes acaban de perder, así como la rifa del caballo....

—En todo ha habido su droga infame ¿no es verdad? se apresuró á preguntar Quiñones.

—Cabal, respondió el desconocido.

—Rayo! gritó el capitan, somos unos mentecatos.

—Qué pasa? preguntó Felipe al desconocido.

—Que al hacerse las particiones, repuso éste, han reñido, y entonces se ha descubierto que todos se pusieron de acuerdo para robar á ustedes.

—Es cierto lo que usted dice?

—Tan cierto que lo han oido todos los concurrentes al hotel: usted no debe darles el caballo.

—Yo debo cumplir mi palabra, contestó Martinez, mañana les entregaré el caballo Azabache.

—Usted sabe lo que hace, dijo el desconocido, y se volvió para el hotel.

—Ah, bribones! me han hecho una que me la han de pagar. ¿Dónde está alojado el coronel Lozada?

—En la calle Real, dijo Felipe.

—Pues busquémosle, porque le necesito urgentemente.

IV.

Los tres amigos se echaron á andar hasta el meson en que estaba el alojamiento del coronel Lozada.

Preguntaron en el cuerpo de guardia, y despues subieron á la vivienda ocupada por el coronel.

—Buenas noches.

—Buenas mañanas, respondió Lozada, porque ya son las dos; ¿qué se ofrece? antes de responder traigan esa botella y bebamos, que hace un frio endiablado.

Esas órdenes siempre eran cumplidas con religiosidad por Martinez.

Despues de apurar unas copas, Quiñones y Felipe se pusieron á jugar un *tuti* y el capitan á charlar á media voz con el coronel.

—¿Qué tal, decia Martinez, no son unos pícaros de cuenta?

El coronel se reia á dos carrillos.

—El plan es magnífico, me da usted el caballo mas viejo de su regimiento, que tenga las condiciones que le he indicado á usted; veremos si tiene la desfachatez hasta de rehusarlo.

—Convenido, me gusta la broma, y yo mismo le proporcionaré el rocinante. Si hay algun resultado yo respondo, ¡bribones! ese Pedro el Corredor es de ley; fué usted, capitan, á caer en el costal de las alesnas. Esos pícaros andan echando la mision y desbalijando á los incautos.

—Ya me la pagarán en la misma moneda; mañana espero el caballo, y duerma usted que yo me voy al Cármen en busca de mi coronel Fernandez á quien no he visto en todo el dia; ademas, estoy arrestado y voy á lista de diana; buenas noches y mil gracias, mi coronel, siga usted durmiendo, yo le daré á usted la revancha el dia menos pensado.

—Buenas noches, señores, dijo el afable coronel y tornó á roncar como un desesperado, sin haberse molestado por la impertinencia de sus compañeros.

—Martinez y sus dos amigos se fueron al cuartel.

V.

El Cármen de Toluca es poco mas ó menos como todos los conventos de frailes: claustros espaciosos, celdas confortables, grandes patios, sala de profundis, refectorio, biblioteca y una cocina magnífica. Alojóse aquel triunvirato en la celda mas á propósito y al primer toque se levantaron para presentarse al coronel Eduardo que ya estaba en el cuerpo de guardia.

—¿Dónde están Martinez y Quiñones? preguntó al oficial: no se han presentado al arresto?

—Sí, mi coronel, dijo el oficial, aquí los tiene usted.

—Buenos dias, mi coronel, dijo Martinez, venimos á suplicarle se sirva levantarnos el arresto porque tenemos que hacer algunos negocios del servicio.

—Está bien, respondió Eduardo, en quien se conocia no haber probado el sueño en toda la noche.

El pobre Eduardo no habia dormido, el recuerdo de Luz le perseguia con tenacidad.

Luz! tras ese nombre diáfano se debe trasparentar un ángel.

Aquella mujer era el todo de su existencia.

Cuando un hombre ha corrido los tormentos del mundo deshojando sus ilusiones, estropeando su corazon en aventuras y marchitando su frente con desórdenes, y de repente se encuentra en la atmósfera purísima de un verdadero amor, entonces su alma se regenera, su corazon vuelve á latir al impulso de las primeras impresiones, vuelve á soñar en el cielo, vuelve á creer en la existencia de los ángeles.

Eduardo habia corrido una vida aventurera hasta el dia en que sus ojos se fijaron en Luz. Protestó contra su existencia pasada, y entró en ese reposo á que reduce á un hombre la mujer amada. No vivió sino para ella. La fortuna siempre adversa los habia separado en los momentos en que debian unirse para siempre. El horizonte se habia oscurecido y vagaba sin norte esperando la hora de la felicidad.

Las opiniones de la familia Fajardo lo contrariaban horriblemente. Qué pasaria con Luz entregada á los instintos de su familia?

La revolucion estaba en su principio y el porvenir era oscuro.

El tiempo de la ocupacion francesa aun no estaba determinado; ademas, quién podia garantizar la vida de Eduardo en esa série de combates que se preparaban?

Era necesario no pensar en el dia de mañana y seguir con los ojos cerrados el destino.

Eduardo habia ofrecido á su novia escribirle continuamento poniéndola al tanto de cuanto le ocurriese.

Al llegar á Toluca cumplió su promesa; pero habia la dificultad do la comunicacion.

Entonces le ocurrió enviar á su asistente Estanislao Luna con la carta.

Despues de darle sus instrucciones, partió el infeliz soldado para la capital, de donde creia haberse alejado para siempre.

Eduardo habia pensado mandar al capitan Martinez, pero el temor de una desgracia lo habia contenido.

Martinez hubiera ido hasta el fin del mundo por servir á su coronel; ademas, queria entrañablemente á Luz, á quien divertia con sus cuentos; porque Martinez estaba predestinado á las mas chuscas y atrevidas aventuras.

Luz tenia un afecto particular por el capitan, en quien veia al amigo mas fiel de Eduardo.

Luz le habia encargado que no se separase del coronel y le hizo responsable de lo que le aconteciese.

Martinez juró que primero le cortarian la otra oreja, que permitir se llegasen á su coronel.

Ya hemos dicho que Martinez sabia cumplir sus promesas.

Eduardo se dirigió al cuartel general, mientras Martinez y compañía aguardaban á Pedro el Corredor, que bien pronto se presentaria por el Azabache.

VI.

A las seis de la mañana llegó un soldado del batallon Lozada con una especie de caballo prieto medio tiñoso, con dos sendas mataduras en el lomo, con esparavanes en las manos, los cascos muy crecidos y vueltos hácia arriba, un colmillo que le sobresalia del labio, la cola y la crin arruinadas.

Una silba de carcajadas saludó á aquel Clavileño.

—Este coronel vale un Potosí! gritó el capitan Martinez.

Quiñones y Felipe comprendieron todo el plan de Martinez.

—Pongámosle en disposicion, dijo Quiñones, y se dirigieron al jardin del convento con el infeliz animal que no podia dar un paso, porque estaba emballestado.

Llevaron á la víctima al tanque de la huerta y la bañaron para quitarle aquel aspecto infortunado que presentaba á primera vista.

Acosóle tal temblor que temieron sériamente por su vida, tan cara en aquellos momentos.

—No hay nada inútil en este mundo, dijo Martinez, componiendo la crin del caballo; pero las mataduras son atroces y la cola se ha acabado de arruinar con el baño.

—Le pondremos, dijo Quiñones, la camisa del Azabache para cubrir los defectos de su personalidad.

—Bravo! dijo Felipe, y tirando del almartigon, volvieron al átrio del convento.

Martinez le puso, aunque con mucha repugnancia la camisa de su ca-

ballo que era de jerga blanca con franjas encarnadas y un letrero de cinta negra, donde se leia: "Azabache."

—No se vé tan mal, observó Felipe, y se pusieron en espera de Pedro el Corredor, como esos gitanos que desfiguran los animales robados, poniéndoles orejas postizas y dándoles manchas de un efecto admirable.

VII.

A las ocho de la mañana apareció Pedro el Corredor con una turba de amigos y un capitan con quien tenia tratado el Azabache.

El susodicho capitan le habia visto el caballo á Martinez y encontró una buena oportunidad de hacerse de él en un precio muy bajo.

—Buenos dias, señores, dijo el Corredor.

—Bien venido, respondió Martinez, ustedes vendrán por el caballo, allí lo tienen, crea usted, amigo, que lo siento como á un hijo, pero lo perdí y es cuanto.

—Lo veo algo estropeado, observó el Corredor.

—Sí, estropeadísimo, como que ayer ha trabajado recio en el encuentro con los *mochos*.

Ha subido cien veces las piedras de ese maldito Monte de las Cruces lo que ha hecho rebajar al animal, pero pronto se repondrá y entonces se verá su ley....

—Sí, dijo el capitan, conozco bien al caballo, ayer lo ví á la hora del pleito.

—Me alegro, dijo Martinez, que el señor sea testigo de lo que vale; porque si yo lo digo, seria alabanza en boca propia.

Pedro no podia convencerse, pero no habia remedio, era necesario conformarse.

—Y está algo emballestado, y tiene esparavanes.

—Es animal muy sentido, respondió Martinez, por eso lo vé usted así; dentro de tres semanas yo se los preguntaré.

—Me lo llevo con permiso de usted, dijo Pedro.

—Por muchos años, respondió el capitan; pero la camisa no entró en el trato.

—Es verdad, dijo el Corredor, que no queria disputas con Martinez.

—Compañero Quiñones, quítele la camisa al Azabache.

Quiñones se acercó con mucha formalidad y despojó al infeliz animal del camison, dejando á la vista de la concurrencia dos matadura crónicas y una aguadura atroz.

—Ya no tratamos, dijo el marchante á Pedro el Corredor; ese caballo está inservible.

Pedro se rascó una oreja y se mordió los labios.

—Señor capitan, dijo entre enojado y contento, *usted me ha hecho vivo*. Está bueno.

—Amigo, dijo Martinez, esto se llama una *carambola*.

Pedro el Corredor se echó el sombrero á los ojos, y se salió acompañado de la *carpanta* que lo habia seguido al cuartel.

El caballo quedó como bien mostrenco en el atrio, sin esperanza de tener un dueño, pues la D, que significa desecho, puesta por el coronel Lozada, era la marca de su destino.

Al dia siguiente aquel ser miserable que tan buen servicio le habia prestado al capitan Martinez, era presa de los zopilotes, que desde la víspera de su muerte, lo seguian como un platillo *esquisito* en la convivialidad de los buitres.

VIII.

A los dos dias emprendió su marcha al Interior todo el ejército.

La desercion era espantosa.

La guardia nacional estaba en cuadro.

Las brigadas en un desórden horroroso, esceptuando algunas fuerzas moralizadas al mando del valeroso Porfirio Diaz.

Otras fuerzas que no pertenecian á lo que se llamaba ejército del centro, luego que vieron alejarse las divisiones, comenzaron á defeccionar y á desbandarse, asesinando á sus jefes y apoderándose de las poblaciones para imponerles préstamos y contribuciones. Todo estaba perdido!

Las derrotas sufridas por el empuje de las armas francesas, no habian causado tanto mal como la órden de retirada.

No hay ejército en el mundo que tenga moral para este movimiento.

Napoleon mismo ha llegado con la tercera parte de su gente en la retirada de Rusia.

Nuestros generales, cubiertos aún con el polvo de Puebla y orgullosos

con su heroicidad, se afanaban por darle á aquellas turbas alguna organizacion, lo cual no era posible.

El gobierno iba en retirada; mientras él existiera se conservaba el pensamiento y la unidad; era necesario salvarlo á todo trance.

El presidente Juarez sabia prácticamente cuánto vale esta verdad, porque tres años antes, atravesando por grandes peligros, estando en el lugar de la ejecucion ó ya amagado por los puñales asesinos, habia logrado situarse en Veracruz, desde donde dirigió la revolucion hasta el triunfo definitivo de 861.

El personal del gobierno decia al mundo y á la Europa complicada en el atentado intervencionista, que la nacion existia en su forma republicana, y que la bandera permanecia en el robusto brazo del defensor de sus libertades.

El ejército se situó en San Juan del Rio y allí esperó el movimiento de los invasores.

El gobierno tomó asiento en el palacio de San Luis Potosí.

IX.

El coronel Eduardo habia recibido órden de permanecer en Toluca hasta la llegada de los franceses; avanzó hasta Lerma y sus guerrillas se estendieron en el camino de las Cruces.

El capitan Martinez y Quiñones eran el todo del regimiento, conservaban intacta su moral, y tenian deseos de entrar en lucha con aquellos soldados á quienes habian rechazado cien veces en el glorioso sitio de Zaragoza.

La seccion intervencionista que habia escaramuceado con el ejército en su retirada, se habia concentrado en la capital.

El camino continuaba lleno de familias emigradas.

En el portalillo de Jajalpa estaba el capitan con una pequeña escolta; se ocupaba en pedir noticias de México, todas eran contradictorias y exajeradas, no podia creerse nada.

Un pasajero le entregó á Martinez unos periódicos.

El capitan los llevó inmediatamente al coronel Eduardo.

Despues de haber leido algunos números, encontróse con un párrafo terrible.

—¡Maldicion! esclamó arrojando el periódico: ya lo esperaba, ese hombre es un imprudente, yo tengo la culpa, yo nada mas.

El capitan no se atrevió á aventurar una palabra.

—Vea usted esa infamia, capitan; no, imposible, es necesario morir en la lucha, la afrenta!.... el oprobio!....

Martinez levantó el diario y leyó en voz baja:

"Ayer la policía ha aprendido á un correo del enemigo, llamado Estanislao Luna, el cual ha sufrido la pena de doscientos azotes á que lo condenó la autoridad francesa."

—¡Diablo! murmuró el capitan, esta sí es una verdadera *carambola.*

CAPÍTULO SETIMO.

LA GRAN TENOXTITLAN.

I.

La ciudad de los palacios y los jardines flotantes, la beldad del Septentrion, la señora del Continente, en cuya cabeza virginal lucen las estrellas mas fulgurosas de la Zona Tórrida, la antigua emperatriz del Anáhuac, la jóven republicana que ayer depositaba un beso filial en la venerada frente del anciano de Dolores, hoy se viste con todas sus galas como la esclava de un harem para recibir á su señor.

Flores, coronas, cortinas, banderas y estandartes de todas las naciones, especialmente mexicanos y franceses, arcos de triunfo, palmas, inscripciones, salvas; mas de cien mil curiosos agrupados en las torres y bóvedas de las iglesias, en las azoteas, balcones, recodos, molduras y puertas de las casas, en las aceras de las calles, en los átrios y plazas, presenciando la entrada y el desfile del ejército aliado.

Jamas se habia visto una pompa de órden suprema mas lujosa y concurrida.

¡Miserable y raquítica gloria humana!

Ese ejército orgulloso y lleno de laureles, saldria á los tres años sin encontrar mas arcos triunfales que los de la vergüenza y el ridículo, mar-

charia cabizbajo por las mismas calles, al son del látigo de la raza anglosajona y del anatema del mundo civilizado.

II.

Desde muy temprano el vecindario comenzó á engalanar de cortinas sus balcones y ventanas, en un número considerable de casas aun de las excéntricas, y casi en todas aquellas situadas en la carrera señalada de antemano al ejército, debiendo éste venir por la garita de San Lázaro, calle de las Maravillas, plazuela de la Santísi..a, Hospicio de San Nicolás atravesando la ciudad en línea recta hasta San Diego, y entrando á la calle de Corpus-Cristi en direccion á la Plaza de Armas.

Desde la garita de San Lázaro dondo habian acampado cuatro dias antes los cazadores de Vincenes, hasta el Palacio Nacional, formaron valla diversos batallones franceses, para venirse agregando á la columna á medida que ésta avanzaba.

Los pabellones frances y mexicano, estaban enarbolados en el Palacio, la Diputacion y otros edificios públicos, y viéndose en todos ellos, el segundo á la derecha del primero, así lo habia *ordenado* el comandante militar de la plaza.

Dos arcos triunfales habia en las calles de Plateros y San Francisco, figurando el primero, situado en el portal de Mercaderes, construccion de mampostería, rematada con un vistoso trofeo de armas, y mostrando en su parte maciza, entre orlas de laurel, los nombres del Comandante en gefe de la espedicion, del señor de Saligny y de los principales gefes franceses, del lado que veia al Poniente (este era algo significativo), y por el opuesto los nombres de Almonte y otros que la historia no ha olvidado.

En las columnas de este arco, por el frente y la espalda, habia inscripciones y poesías encomiásticas al emperador de los franceses, al ejército aliado y á los gefes mexicanos.

El arco de la calle de San Francisco estaba formado de verdura, flores y pinturas alegóricas, y tenia al frente los retratos de Eugénia y Napoleon III.

Todas estas calles presentaban el aspecto de un bosque de banderas con que jugaba el ambiente de una de las mañanas mas despejadas y hermosas de nuestro estío.

III.

Habia un edificio en una de las calles del tránsito de la procesion cívica que llamaba la atencion por su compostura.

El lector no necesita que le digamos á quién pertenecia la casa en cuestion, bástele saber la manera con que estaba adornada.

En cada uno de los tres balcones de la fachada, una faja de lustrina correspondiente al color de la bandera francesa, como las bandillas de una parroquia.

En cada una de estas fajas la respectiva corona de laurel, llevando en el centro unas MM y VV entrelazadas que nadie pudo descifrar, cuando la esplicacion es demasiado clara.

Las cortinas habian servido para celebrar la Declaracion Dogmática de la Vírgen, y aquellas letras se referian á María Santísima.

Mas tarde el diplomático, que entre paréntesis era el dueño de la casa, afirmó que habia sido intencional el pensamiento de ese adorno, porque él ya sabia que Maximiliano aceptaba el trono de México.

En el centro y parte alta de los balcones, dos banderitas cruzadas, como las que colocan en las fachadas de los circos olímpicos mexicanos.

De los balcones salian dos morillos que se prolongaban una vara, sosteniendo seis faroles anunciando la nocturna iluminacion.

Sobre la cortina de los balcones y abarcando toda su extension, estaba escrito un dístico con letras azules en fondo amarillo: el verso parecia de la misma pluma que habia trazado los de los arcos triunfales.

Para llamar la atencion, dos manos negras apuntaban aquella rapsodia, como en los carteles de los remates.

Para terminar con la descripcion del ornato, diremos que sobre las tres canales de piedra que estaban repartidas simétricamente, habian colocado *cajetes* con palo de ocote, que debian figurar piras una vez encendidos, pero que á la luz del dia estaban en caricatura.

—¿Qué tal? decia el señor de Fajardo á su esposa, que llevaba un túnico color de naranja con blondas azules y en su tocado la borla del espadin.

—Señor mio, usted debia haberse vestido de diplomático y no confundirse hoy con el paisanaje, gritó doña Canuta, abanicándose terriblemente.

—Hija mia, el sastre de *aquí abajo* no concluyó de arreglarme el uniforme, á tí te consta que he engordado y necesitaba sisar la casaca.

—Es cierto, estos sastres mexicanos son abominables, le he dado el *peso* adelantado y este es el motivo de su dilacion.

—¡Calla! dijo por lo bajo el diplomático, me voy á desconceptuar si saben qne me viste nn sastre de tercer órden.

—Bien; pero yo fio en que no volverás á presentarte de una manera tan inconveniente.

—Señora, dijo don Serafin acercándose á la señora de Fajardo, está usted encantadora.

El diplomático se frotó las manos con satisfaccion.

—Ese color, prosiguió el chisgaravis, es de muy buen gusto, estoy plenamente seguro de no encontrar otro parecido.

—Hoy está nsted coqueto, no le creo sns lisonjas, annqne ya varias personas me han manifestado igual opinion.

—Siento haber llegado tan tarde, pero me ratifico; ese traje es de un gusto esquisito, está usted deslumbradora, parece que Luz es hermana menor de usted.

El diplomático infló los carrillos y se dió de golpecitos en el vientre.

—Veála usted, continuó, está marchita, parace una flor arrancada de un ramo, su vestido negro, su color pálido, sus ojeras muy pronunciadas, cualesquiera diria que sufre algo.

—No tiene derecho á sufrir, ni á llevar luto, porque no hay jóven en todo México que tenga las satisfacciones que ella. Se la ama, se la mima, se la consiente, y lo que es mas, tiene unos padres que.... que....

—La honran, añadió don Serafin.

El diplomático se compuso la peineta de su peluca.

—No deseamos, prosiguió doña Canuta, sino su bienestar, y creo que lo conseguiremos. ¡Luz! niña! ven por aquí; no me oye, esa Clara absorbe toda su atencion, es una buena amiga, le tengo encargado que la distraiga.

El diplomático se paseaba con gravedad meditando su plan de ataque á los fondos públicos.

Ese dia su vestido era rigurosamente negro, excepto la corbata y los guantes, que los calzaba blancos.

La corbata daba tres vueltas y media por su cuello como la serpiente de Laoconte, y remataba en lo que llamamos *nudo ciego.*

Sus guantes eran probablemente de la Z, porque le sobraba mucha cabritilla.

En cambio, su frac estaba en conjuncion.

Dos faldones como aletas de pescado, con unos botones de un diámetro muy regular, una solapa y un cuello tan armados, como si estuvieran forrados de carton, y unos pantalones anchos y zancones que dejaban ver el cañon de la bota.

Doña Canuta le habia peinado el casquete, perfumándolo con *macasar*, lo que tenia histérico al infeliz diplomático, que juraba en su interior lavarla luego que concluyese la solemnidad.

IV.

Luz estaba triste, muy triste: la suerte de Estanislao Luna la tenia pesarosa, habia mandado recojer al infeliz asistente y héchole curar con esmero, para compensar en algo sus sufrimientos.

La carta de Eduardo se habia quedado en la Comisaría francesa, así es que ignoraba la suerte de su amante, á lo que se agregaba la falta absoluta de correspondencia.

—No creas, decia Clara, el coronel ya está muy lejos de aquí, los periódicos hablan de la salida del ejército para el Interior, y seria mucha casualidad que él solo se hubiera quedado en Toluca.

—No he visto en los periódicos, respondió Luz, que se haya movido el regimiento de Eduardo. Los franceses deben ocupar esa ciudad y temo mucho por su vida, está desesperado y yo tiemblo al considerar su situacion.

—Muy divertidas están ustedes, dijo don Serafin, arrimando su sillon al confidente donde estaban las dos amigas.

—Sí, muy divertidas, respondió Clara.

—Supongo, replicó don Serafin, que ya habrán olvidado la escena desagradable del bandido.

—Precisamente, dijo Luz, nos ocupábamos de ese infeliz á quien impíamente castigaron.

—Pis! respondió don Serafin, eso no es nada, debian ahorcarlo, para que otro dia no se prestara á los infames manejos de los demagogos.

—Tiene usted un bello corazon, dijo Luz visiblemente molesta.

—Siento disgustar á ustedes, pero yo, dijo picándola de gracioso, no los considero ni como prójimos.

—Caballero, respondió Luz, los desgraciados son dignos al menos de compasion, y es indigno el burlarse del infortunio.

Don Serafin, que creyó haber dicho una agudeza, se quedó cortado y apenas balbuceó algunas excusas.

—No han visto ustedes los arcos? preguntó para salir de su situacion tan pesada.

—No, respondió Clara secamente.

—Cuando la entrada del ejército liberal, replicó Luz, vimos lo bastante para que ahora nos sorprenda la del ejército frances.

—Cuestion de trajes, añadió Clara.

—Permítanme ustedes, señoritas; no cabe comparacion, nuestros soldados son horriblemente *feos*, y los franceses no son malas figuras.

—Como no se trata de elegir novio, respondió Clara, sino de hombres que se sepan batir, la belleza nos es indiferente; ademas, que una madre quiere mas á su hijo feo, que al del vecino, aunque sea un Adónis.

—Tengo la desgracia, dijo don Serafin, de caerles á ustedes muy pesado, desgracia que lamento con el corazon.

Clara y Luz no contestaron.

—Decia, continuó el mentecato jóven, que yo les soy eminentemente fastidioso, ¿no es verdad?

Las dos amigas permanecieron en silencio.

—Esto es mas que horrible, si he dado lugar á ello, yo les pido mil perdones.

Clara y Luz seguian mudas.

—Es un desaire el que se me corre, lo siento, porque estoy en la casa de usted.

Don Serafin tenia razon por la primera vez en su vida.

Luz comprendió lo mal que hacia, y se apresuró á contestar á don Serafin que se habia levantado para retirarse:

—Venga usted á mi lado, usted no me comprende aún, no sé odiar y me resiento al oir palabras de venganza; sin querer me formo mala opinion de quien vé con desden la existencia de un hombre.

—Es cierto, dijo avergonzado don Serafin.

Luz continuó:

—El hombre infeliz á quien han castigado de una manera tan horrible,

fué aprehendido en mi casa, usted comprende lo doloroso que me será este acontecimiento.

—Tiene usted razon, señorita, volvió á decir don Serafin, yo no habia reflexionado, perdóneme usted.

—Yo me congratulo, respondió, de que esta oportunidad me haya hecho conocer á usted, su corazon es bueno, y no ha sentido jamas lo que sus labios han expresado.

—Yo me arrepiento, señorita, replicó anonadado don Serafin.

La influencia de aquella alma de ángel, lo tenia influenciado visiblemente.

El desdichado comprendió que aquella mujer nunca podria amarlo, el magnetismo de la superioridad se ejercia en él de una manera poderosa.

Con la frente humillada, los ojos bajos, y en la mas triste de las actitudes, permanecia en silencio don Serafin.

—Amigo mio, dijo Luz, estreche usted mi mano, soy su buena amiga.

Don Serafin llevó á sus labios con respeto aquella mano.

Doña Canuta que observaba á su discípulo, dijo para sí:

—¡Bravo! la conquista está consumada, ¡hoy 10 de Junio de 1863, dia de la entrada del ejército vencedor!

—Véamos lo que pasa en la calle, dijo Clara levantándose, y los tres se dirigieron al balcon.

V.

Ya hemos dicho que la calle se hallaba primorosamente adornada.

Frente á los balcones de la familia Fajardo habia un grupo de *dandies*, desesperados de que tardase tanto la procesion.

—Eso es abominable, decia un jóven barbi-lampiño, hace tres años que aguardamos á los franceses y esta es la hora que no parecen.

—Querido, tengamos calma, estarán visitando el hospital de San Lázaro; estarán haciendo observaciones sobre la inconveniencia de los lisiados.

—A propósito de lazarinos, observó otro de bigote retorcido, esa respetable señora del vestido color de naranja, tiene una nariz que amenaza ruina.

—Ya la veo, Enrique, dijo el otro, es una beldad del Siglo XV.

—La borla del peinado es admirable, añadió Enrique, es un arreo militar, seguramente se la ofrecerá al general Forey.

—La compustura es magnífica, tiras de lustrina, tienen mucho *chic*, y el dístico es obra de un Homero intervencionista: quien alcance á leerlo, que lo haga en voz alta.

El barbi-lampiño leyó con voz de mofa el dístico:

"Para librar al país de la desgracia
"El remedio lo dá la diplamacia."

—¡Bravo! dijo el de los bigotes retorcidos, este es un dístico que debe ponerse en letras de oro; pero señores, el dístico se ha vuelto hombre, se ha obrado una metamórfosis, ved ahí un individuo disparatado.

Los compañeros volvieron la cara hácia al señor Fajardo que se asomaba al balcon, colocándose á la derecha de su adorada esposa.

—Es increible, observó el lampiño, que existan todavía unos cuellos que llevaba el virey Venegas.

—Y ese frac, repuso Enrique, se lo traería el general Almonte como una curiosidad mosaica. ¡Dios mio! no habia observado que ese sujeto lleva una peluca de *cuero de becerro* y una peineta!

Todas las personas que se hallaban cerca del corrillo levantaron la vista al balcon y comenzó una jácara espantosa.

—¡Voto al chápiro, esclamó Enrique, allí hay una muchacha encantadora, sublime, admirable!

Las miradas se fijaron en Luz que estaba deslumbradora.

Su rostro de marfil se destacaba como un busto de Diana entre las blondas negras de su vestido.

—Su compañera es de lo mejor, contestó el barbi-lampiño, ese traje azul le viene admirablemente, parece que el cielo la ha vestido.

Clara y Luz que observaban la sensacion que producian, se sonrieron.

—¡Qué dentadura, canario! qué labios! ¡ah de las abejas! gritó el de los bigotes.

—Estas chicas, dijo uno de los *dandies*, no deben ser hijas de esos mónstruos, eso pasaria de un contrasentido, se necesitaria otra intervencion para arrancarlas de ese jaula de fieras.

VI.

En el balcon contiguo, habia un grupo de jóvenes arrogantes á quienes galanteaban dos empleados de la administracion reaccionaria.

—La vecina de ustedes, decia uno, está de riguroso luto, tendrá sus motivos.

—Tal vez, dijo una muchacha, los tiempos son calamitosos, ¿no es verdad, Julia?

—Y muy calamitosos, respondió la jóven interrogada.

—Es bellísima la vecinita, me gusta mas de lo regular.

—Caballero, está muy cerca, puede usted hacerle su declaracion.

—No es para tanto, pero la muchacha es guapa.

—¿Y no le gusta á usted, respondió Julia amoscada, un coronel Eduardo Fernandez?

—Los hombres, señorita, jamas han sido de mi gusto, y menos el coronel que debe tener unos mostachos muy grandes.

—Y una espada muy bien ceñida, añadió Julia.

—En cuanto á eso, estoy curado de espanto.

—La respuesta es muy galante, caballero.

Desde luego se comprenderá que Julia era novia del empleado y se sentia humillada con los elogios exajerados tributados á su vecina.

Las mujeres no toleran antagonismos.

—Esa familia, dijo otra de las jóvenes, es muy apreciable, sobre todo la señora doña Canuta.

—Y se permite esa señora llamarse doña Canuta?

—Es un nombre, dijo Julia, muy á propósito para esa fisonomía; la del señor de Fajardo no es mala, sobre todo, su peineta que es de muy buen carey.

—Ahí está el maldiciente de Enrique, dijo Julia señalando al jóven de los bigotes.

—Supongo, replicó el empleado, que usted es amiga de ese señor.

—Precisamente amiga, no; conocida, me divierte con su mordacidad, tiene lengua de escorpion.

—¿Le hace á usted gracia?

—Me lo pregunta usted con un tono, que me causa temores muy sérios.

El empleado se mordió los labios con desesperacion.

El jóven Enrique levantó instintivamente la vista y se apercibió de lo que pasaba.

Entonces se propuso dar bromas al novio saludando con el pañuelo á Julia, y haciendo señas que Julia no comprendia.

VII.

El empleado se salió á la calle y se encontró frente á fremte del que creyó su rival.

—Caballero, me dará usted una satisfaccion.

—Satisfaccion porque entra hoy el ejército frances? pídala usted al gobierno.

—No se trata de bromas.

—¿Y le parece á usted broma un asunto tan sério?

—Basta de burlas, espero que nombre usted su padrino.

—Lo tengo, respondió Enrique.

—Diga usted quién es, caballero, para entenderme con él, y dónde vive.

—Caballero, puesto que usted lo exije, dirijase usted al cura del Sagrario que es mi padrino de pila.

En este momento un chico que estaba en el balcon de la casa á cuya puerta pasaba esta escena, dejó caer una bandeja con ramos de flores destinados al vencedor.

La fatalidad habia señalado como víctima al infeliz empleado.

La bandeja cayó á plomo en el sombrero del novio y lo hundió hasta el remate de la cara.

Las señoras de los balcones reian estrepitosamente, los muchachos silbaban, y el pobre empleado pugnaba por zafarse el sombrero que lo habia dejado en tinieblas.

Una oleada de gente arrastró en su paso al valeroso novio, y cuando pudo ver la luz, su contendiente habia desaparecido y él se encontraba á veinte varas del sitio de la reyerta.

—Pobre Francisquico, dijo Julia, es tan animoso que un dia voy á tener una pesadumbre.

Mientras pasaba esta graciosísima escena, un hombre embozado en un *jorongo* del Saltillo y con sombrero galoneado, se paraba en el zaguan del frente de la casa de los Fajardo.

VIII.

—Estos franceses no son ingleses, dijo doña Canuta, hace dos horas largas que esperamos y no parecen.

—Querida esposa, el general Forey es un hombre diplomático, está esperando que el pueblo acabe de llegar para ostentarse al frente de su ejército con mas pompa.

—Maldita sea esa pompa que nos tiene hechos unos papamoscas.

—Tengo deseo de ver á mi amigo Mr. Saligny, lo he dejado de ver desde la última vez.

—Yo creia, dijo la Fajardo, que desde la penúltima.

—Es malo, replicó con énfasis el señor de Fajardo, que lo tengan á uno por un sábio; un *lapsus linguæ* se reputa por un desatino.

—Ya la gente se mueve, la hora ha llegado, el ejército se presenta á las puertas de la ciudad: Fajardo, nuestros sueños se realizan, lo que creimos tan difícil era lo mas sencillo.

—La diplomacia, la diplomacia, respondió el hombre de Estado. Napoleon III vale veinte veces mas que su tio.

—No es estraño, los muchachos son siempre mas vivos que sus padres.

—Para este Bonaparte no hay un Wellington; por el contrario, este César dará mil Waterloos á la Europa.

—Así sea, señor mio, porque de romperse el hilo naufragaremos para siempre.

IX.

Daban las diez y cuarto, cuando se oyó por el rumbo de San Lázaro la detonacion de las piezas de artillería, anunciando la llegada del Comandante en gefe de la espedicion, quien segun el programa expedido por la Junta Directiva de la festividad, debió allí ser recibido por el gefe político y los empleados, dirigiéndole una arenga y poniéndole en *posesion* de la Capital en calidad de *amigo y aliado.*

La guardia de honor la daba el cuerpo de inválidos.

Ya hemos dicho que un gentío inmenso llenaba las calles, y en toda su estension la plaza de Armas, los portales de las Flores, Diputacion y Mercaderes y el atrio de Catedral, cuando precedida por las salvas y víctores apareció la descubierta del ejército.

El asesino de Tacubaya, manchado aûn con la sangre de Valle y Ocampo, llevando sobre su existencia el anatema del mundo entero, venia al frente de unos miserables batallones mal vestidos y peor armados, que sufrian el desprecio mas profundo y la burla mas sarcástica de los invasores.

Tras este grupo de harapientos soldados apareció la arrogante caballería francesa, formando la descubierta en pequeñas secciones, y algunos trozos de infantería.

El movimiento impreso repentinamente á la masa do espectadores, indicó la aproximacion del general Forey, en gefe del ejército espedicionario.

Forey es un hombre que pasa de setenta años.

La inclinacion de su cabeza ya cubierta con el hielo de la vejez, anuncia que pronto estará en la decrepitud.

Forey es cargado de hombros y conserva la robustez de su constitucion, su fisonomía os muy poco francesa, mas bien parece irlandes. Los ojos azules, la mandíbula inferior muy pronunciada, el color rojo como el de un flamenco, lleva bigote entrecano, y ya en todo su semblante se notan esos caracteres del rostro de una vieja.

A su edad, ya los arreos del soldado comienzan á caricaturarse.

El general Forey venia á caballo trayendo á su derecha al general Almonte.

Aunque este personaje es muy conocido, estas páginas pueden llegar á manos de personas que no hayan visto nunca al célebre pro-hombre de la monarquía.

Almonte es de un personal simpático, sus maneras son esquisitas y finas, cuida mucho de su persona, lleva levita negra abotonada, bota de charol, su corbata y cuellos siempre á la última moda. Tiene especial cuidado de sus manos, y sus uñas largas y pulimentadas como las de una águila.

Almonte tiene el tipo azteca, los pómulos muy pronunciados, la frente algo deprimida, los ojos vivos y la mirada atrevida y dominante sin pretension; su dentadura es muy buena, y todo él presenta un conjunto que simpatiza.

Algunas arrugas comienzan á aparecer en sus mejillas.

Almonte es un hombre de instruccion aunque de poca capacidad.

Ese dia llevaba uniforme de general.

El hombre perdia un noventa y nueve por ciento de su representacion.

Aquellos galones lo ponian en el patíbulo del ridículo; en la picota de la evidencia.

A la izquierda de Forey venia el célebre Mr. de Saligny.

Este gracioso personaje tiene una fisonomía rara: ha encalvecido por secciones, y su cabeza presenta, por la falta desigual de su cabello, el aspecto de un tablero de damas.

Tiene la frente de gato, un ojo cerrado y otro á medio cerrar, su nariz es igual al pico de un tecolote; su boca demasiado grande; su cabeza aplastada y deforme, y una barba rala y de color indefinido. Su cuello es corto y su cuerpo mal forjado. Usa vestido de la moda pasada: un sombrero de parasol, pialeras, lente incrustado entre la órbita y la ternilla, y habla sin que se le entienda la tercera parte de su conversacion.

La maledicencia pública lo acusa de ébrio consuetudinario. Esto proviene de haberse excedido en el uso de los licores embriagantes el ministro de S. M. I. Napoleon III, y haberse presentado de una manera inconveniente en el paseo de Todos Santos.

X.

Los tres personajes desmontaron frente á la puerta principal de la iglesia Metropolitana, y fueron recibidos con pálio, cruz y ciriales, por el venerable cabildo eclesiástico, que seguido de todo el clero, se adelantó hasta las gradas del átrio.

Saludó el general Forey á aquella falanje clerical, y entró á la Catedral con Almonte y Saligny bajo el pálio.

Este cuadro ridículo provocó la hilaridad de los mismos sotanas y del pueblo.

Mr. de Saligny bajo de pálio!

Almonte entre ciriales!

Los tres tomaron asiento en el dosel dispuesto cerca del presbiterio, á la derecha del altar mayor.

El primero y mas grandioso de nuestros templos estaba profusamente iluminado.

Multitud de personas poblaban los lados del presbiterio, y la crujía, y el coro, y los altares contiguos, y las espaciosas naves, en que formaban valla de antemano soldados franceses, con sus oficiales y bandas respectivas.

Puestos bajo el dosel Forey, Almonte y Saligny, los gefes y oficiales del Estado Mayor del primero, se colocaron en los asientos que les estaban destinados, y comenzó el *Te Deum* á toda orqnesta.

Nunca se han oido las preces religiosas con mas indiferencia: todos conversaban en voz alta, y los personajes del dosel se creian en su palco de la ópera, recorriendo con miradas protectoras aquella multitud de curiosos.

XI.

Enriqne y sus compañeros acudieron á Catedral para conocer bien al general Forey.

—Mira, dijo Enrique á sn compañero, ese viejo me parece un zorro de primera fuerza.

—Sí, respondió el otro, tiene trazas de camastron.

Enrique observó qne Mr. de Saligny estaria estrañando las vinajeras.

—Ya se desquitará, dijo otro amigo, esta noche dnerme bajo la mesa del hotel.

—Hay quien asegnre, dijo Enriqne, que Napoleon lo ha enviado á México para que se corrija.

—Por eso, respondió el lampiño, se vino con todos sus *elementos*, ayer he visto descargar tres toneles de coñac en la legacion. Y Almonte, ¿que hace bajo el dosel?

—Cállate, dijo Enrique, los hijos de la Iglesia tienen sus privilegios, estudia el Derecho Canónico. *Si quis saudente Diavolo.*

—Se ha portado el clero, dijo una vieja que estaba próxima á los calaveras, esto me representa la entrada del Sr. Iturbide.

—Esa es historia antigua, señora, respondió Enrique.

—Qué saben nstedes de reyes, replicó la vieja.

—Este señor *Forrel*, dijo otra vieja, se parece al Venadito.

—Forey, señora, esclamó Enrique.

—Caballerito, no sé latin, respondió la anciana.

XII

El Te Deum habia terminado.

Los franceses son los cómicos del mundo, y en materia de farsas, nadie les va en zaga. Para ellos el mundo es un gran teatro, ellos siempre están representando. Un frances jamas dice lo que siente, siempre tiene que hablar su papel.

La voz dramática de los oficiales se dejó oir, los clarines tocaron marcha, y la tropa se arrodilló y rindió las armas ante el Dios de los ejércitos.

Tres años despues, en su vergonzosa retirada, no le dijeron ni *adios* á ese Dios de los ejércitos que saludaron al ocupar la capital de la república.

El triunvirato despues de despedirse de ese venerable clero que hoy vaga entre la multitud anonadado y sin distintivos, se dirigió al palacio nacional.

Volvieron á sonar las campanas que habian repicado á vuelo en todas las iglesias desde que apareció el ejército por San Lázaro, no suspendiéndose el repique sino durante el Te Deum.

Siguió inmediatamente el desfile de las tropas francesas, que llamaban la atencion por lo bueno de sus trajes y lo arrogante de su marcha.

La junta directiva les habia preparado listones, flores, coronas y versos, que fueron arrojados en su tránsito.

En el momento en que el general Forey pasaba frente á la casa de los Fajardos, sus oficiales de Estado Mayor fijaron la vista en la hermosura deslumbradora de las jóvenes amigas.

En aquellos momentos el individuo que hacia dos horas se habia situado en el zaguan de enfrente, volvió tambien la mirada al balcon, descubriendo completamente el rostro, alterado visiblemente por la cólera.

Una casualidad hizo que Luz se fijase en él.

La jóven palideció, y dando un agudo grito cayó desmayada sin que Clara pudiese impedirlo por la violencia del acceso.

XIII.

Desde aquel memorable dia, quedó entronizado el poder de Napoleon III en la patria de Guautimotzin.

El procónsul frances se imponia con el primer ejército del mando.

Al subir al escaño de la conquista ese microscópico Hernan Cortes del siglo XIX, declaró solemnemente: "Que la cuestion de las armas habia terminado."

A los cuatro años, el mariscal Bazaine respondia desde Orizava á esa declaracion arrogante del gefe de la espedicion francesa.

CAPITULO OCTAVO.

UN ALOJADO.

I.

La señora de Fajardo no pudo comprender el motivo de la emocion de su hija, en todo pensaba menos en la verdadera causa.

El diplomático estaba contentísimo, sus ilusiones, como él decia, estaban realizadas, y solo faltaba que sus ambiciones quedaran satisfechas.

El Ayuntamiento comenzó á emitir boletas de alojamiento, esa contribucion forzósa impuesta por los invasores, como el primer síntoma de su política de opresion.

El entusiasmo de los intervencionistas rayaba en locura, todos se soñaban en la corte de Francia y en las intrigas de Versalles, sin sospechar que pudiera *sucederles algo*, como en la célebre comedia de *Llueven bofetones*.

—Yo necesito, señor de Fajardo, decia la rubicunda de doña Canuta, que se me proporcione un alojado: lo necesito de toda necesidad.

—Bien, reflexionó el diplomático, por algo se empieza; de esa manera me pondré en contacto con el ejército intervencionista, tendré acceso á sus tertulias, y mi génio diplomático me abrirá las puertas del porvenir.

—Yo no quiero esperar un dia mas, porque nos tocará lo peor del ejército; necesitamos unos generales ó cuando menos coroneles; de ese grado

no rebajo un ápice. En la casa hay bastantes piezas, y si no los alojaria en la nuestra.

—Despues que la háyamos desocupado, dijo el diplomático.

—Se entiende, respondió doña Canuta. Yo prepararé un alojamiento de rey. A tus oficiales los pondré al servicio de nuestros huéspedes, aunque ese Manuel Estrada á quien le falta un miembro de la boca, me parece altamente inconducente.

—Ese hombre es muy vivo, es mi secretario, y no consentiré jamas en que se le improvise de lacayo ó mozo de cordel. Un diplomático debe tener una oficina doméstica y un secretario.

—No está mal pensado, observó doña Canuta, nos servirá á los dos, tú tienes muchas ocupaciones y yo tengo que arreglar varios asuntos.

—Y cómo sigue nuestra hija? preguntó Fajardo.

—Hoy se ha ido, respondió doña Canuta, á pasar el dia con su amiga Clara.

—Es necesario que se divague mi Luz, su belleza realzará en la corte donde tantos hombres acuden á presentarse. Anoche me han corrido un desaire horrible, pasé á visitar al señor Dubois de Saligny que casualmente tenia un té. Un infernal frances me tomó por el repostero, y con voz gruñona me dijo:

—Ya haceis falta ¿dónde están vuestros pasteles?

—¿Qué pasteles? le contesté; al principio creia que era alusion á los *pasteles* diplomáticos; pero despues me convencí de la realidad.

—Caballero, le dije, yo no tengo traza de vendedor de empanadas, soy el caballero Modesto Fajardo.

El frances se encogió de hombros, y me dijo: perdone usted, caballero Fajardo, lo habia equivocado con el individuo de los pasteles; el señor ministro tiene reunion esta noche y no puede recibir sino á sus invitados.

—Es cierto, le contesté, conozco la etiqueta europea, yo creo que no debo estar un solo momento en esta casa, y dándole las buenas noches me alejé de aquel lugar tan molesto.

—Es necesario dar un *té danzante*, no se me habia ocurrido hasta ahora, invitarémos al subsecretario de Hacienda y de Relaciones, y á una parte de la oficialidad francesa.

—En un convite se arreglan mas asuntos que en un ministerio, respondió con petulancia el diplomático.

—Sí, ahora lo que importa, es proporcionarse un alojado, que es la clave de todo este negocio.

II.

—Señor, dijo la criada entrando precipitadamente, unos oficiales franceses buscan á usted.

—Ellos son! gritó doña Canuta, que pasen, que pasen al momento, son los alojados, Dios mio, y sin haber preparado las piezas.

—Me distinguen, dijo don Modesto, enviándome un *alojado*, ¡oh! es preciso corresponder decentemente.

Doña Canuta se sentó en el confidente despues de arreglarse su traje.

Don Modesto Fajardo se compuso la peluca, tosió, se arrellanó en la poltrona, cruzó las piernas y esperó la llegada del *alojado*.

Un sargento de caballería del Regimiento de Cazadores de Africa, recien ascendido á subteniente, penetró en la sala donde la pareja Fajardo esperaba.

El alférez de Cazadores, era una especie de bruto con uniforme, exajeradamente alto, y parecia delante de aquel matrimonio al capitan Gulliver en el país de los liliputienses.

El soldadon tenia unas manos de pasiego y unos piés de metro y medio de longitud; sus acicates estropeaban la alfombra, y él estropeaba la vista con su presencia.

Mascaba tabaco y escupia continuamente; en fin, era un ordinario de marca.

Lo habia seguido hasta la sala un asistente con la maleta, el albardon y un par de botas horriblemente grandes, todo lo que constituia el arreo del alférez Poleon.

—Entró en la sala con la impavidez que á una cuadra, y tocándose el kepí, dijo:

—Buenos dias.

—Buenos dias, munsiur, se apresuró á contestar doña Canuta.

—A la órden, caballero, dijo levantándose el diplomático.

El alférez Poleon entregó el billete de alojamiento.

—Yo soy, dijo don Modesto, el dueño de esta casa que se os señala como alojamiento.

—Bien, respondió el soldadon, veré la casa por si me conviene.

—Aun no está dispuesta, respondió la señora.

El alférez creyó que le eran hostiles y se dejó caer en el confidente.

—Siéntate allí y descarga el equipaje, le dijo á su asistente, mientras esta señora va á disponer el alojamiento.

Los Fajardos se vieron asombrados.

—Lo que son las costumbres, murmuró el diplomático.

Levantóse doña Canuta haciendo un saludo gracioso al oficial, que no reparó sino en las narices prolongadas de la ama de la casa.

Cambió una mirada de burla con el asistente, y dirigiéndose al diplomático, le dijo:

—Necesito tres piezas amuebladas con todo *confort*, un cuarto para mi asistente y una buena caballeriza, con esto obsequiarán ustedes á la autoridad francesa.

—Señor oficial, creo no tener precisamente todo lo que usted necesita, pero se hará por obsequiar á la respetable autoridad francesa.

—Yo no me satisfago con *rendez vous;* si no es bastante ámplia la casa, pueden ustedes mudarse donde mejor les convenga.

—Dupen, dijo dirijiéndose al soldado, saca un tabaco; pero no mas uno, este caballero no tiene trazas de fumar, puesto que aun no me ha hecho ofrecimiento alguno.

—Efectivamente, contestó Fajardo, no acostumbro fumar.

—Ni obsequiar á los huéspedes, añadió Poleon, encendiendo un fósforo que hizo el ruido de un cohete á la *congrève*, y comenzó á fumar un tabaco arrojando bocanadas de humo.

—No es mucha la galanteria francesa, pensó el diplomático.

—La buena de la tia se tarda mas de lo regular y yo tengo que pasar revista á doscientos caballos.

—La *tia!* murmuró por lo bajo el diplomático, este soldadon es un ordinario.

Poleon se levantó impaciente, y comenzó á pasearse á lo largo de la sala resonando sus pesados acicates que hacian surco en las alfombras.

—Hace un año, dijo, que estoy en este maldito país y no he encontrado una persona con quien hablar.

Ya hemos dicho que el alférez creia estar en una casa juarista y se mostraba un poco mas ordinario de lo que era.

—Y qué noticias hay? interrogó bruscamente á Fajardo.

Este vió un lazo en esta pregunta, y respondió con énfasis:

—Nada sé, esa gente nada tiene de comun con nosotros los intervencionistas.

—En Africa, continuó Poleon, poco nos faltó para acabar con aquellos animales, aquí me parece mas difícil.

El diplomático abrió desmesuradamente la boca.

—Dáme el tabaco de mascar, dijo el alférez á su asistente.

El soldado abrió el equipaje, y no encontrándolo, se propuso buscar escrupulosamente en la maleta.

Comenzó á sacar la ropa blanca del alférez y todos los útiles de campaña, colocando todo con mucho cuidado en las sillas de la sala, pues temia, y con razon, una paliza de su alférez.

En el fondo de la petaca estaba envuelto en un periódico el susodicho tabaco.

—¡Lo encontré! dijo con gusto, y lo llevó al oficial, quien le dió una tarascada de á media libra.

—¡Dios mio! qué es esto? dijo doña Canuta al ver tanto trapo sobre el brocatel de sus muebles.

—Mi ropa, dijo el alférez, usted no se moleste, me instalo en esta sala, dormiré en el confidente, y este soldado en las sillas, escribiremos sobre el piano, y haré mi *toilette* en la consola.

—Venga usted, señor oficial, dijo asustada la señora, y con la nariz ardiendo de cólera, venga usted á ver el alojamiento.

El oficial se paró bruscamente, diciéndole á su asistente:

—Cuida de que no se estravíe algo, porque en este país hay muchos ladrones.

III.

El señor de Fajardo no sabia á qué atenerse.

Doña Canuta llevó al oficial á ver las piezas interiores.

—¡Por vida de la nariz de usted! esclamó Poleon, que este sótano es abominable, me agrada mas la sala.

—Qué salvador tan soez! murmuró la Fajardo. La casa no presta comodidad, en la caballeriza están las mulas del coche y no hay lugar para mas animales. Usted no está bien aquí.—(¡Chúpate esa!)

—No hay mas que sacarlas y quedo redondeado.

—Y adónde las sacaremos, preguntó molesta doña Canuta.

—Ese no es mi negocio, contestó el alférez arrojando una catarata de humo en el rostro de doña Canuta.

—¡Puf! dijo la infeliz, este hombre no es frances!

—¿Quién es ese cernícalo que está en la sala? preguntó Poleon, debe ser esposo de usted, no es verdad? al verlos se conoce, tal para cual; pero dejemos esos horrores y volvamos á la cuestion del alojamiento.

—Ya usted ha visto lo que podemos proporcionarle.

—Es bien poco lo que usted puede hacer, no me queda mas, que con el permiso de ustedes tomar posesion de las piezas que me convengan, yo vengo en nombre de la Francia.

—La Francia, dijo doña Canuta, es ciertamente muy respetable, pero ella no puede hacer que crezca esta habitacion.

—Sí puede, replicó Poleon, con dinero todo se alcanza, no hay mas que pagarme el hotel y todo queda arreglado.

La Fajardo vió abiertas las puertas del cielo, hubiera dado toda su fortuna por salir de aquella situacion horrible.

—Sí, dijo violentamente, tome usted en el hotel cuanto le plazca, que yo lo pago todo.

—Arreglado, dijo Poleon, y volviendo á la sala le mandó al asistente que lo siguiera, y sin despedirse del diplomático, se largó con la música á otra parte.

IV.

—Yo me ahogo, esposo mio! esclamó doña Canuta.

—Yo estoy sofocado, replicó el diplomático, esto es espantoso, ese hombre se ha permitido bromas sobre tu nariz, ese es un ataque á la individualidad.

—Viene de Africa y trae todos los resabios de los sarracenos, dijo la Fajardo.

Don Modesto estaba contrariado visiblemente; comenzaban sus tropiezos, la diplomacia fallaba en la primera combinacion.

—Ya veo, dijo con tristeza el hombre de Estado, que entre ese ejército de veteranos hay héroes muy ordinarios.

—La galantería francesa se ha desmentido hoy dia de la fecha, esclamó doña Canuta. Ese soldadon es lo mas brusco del mundo, y pensar que todos los gefes del ejército han tenido los mismos principios!

—Yo ocurriré á la plaza á quejarme de este desuafuero; sacar en presencia de una señora calcetines y otras piezas de ropa inconvenientes! Si

Napoleon supiera estos ataques, estoy seguro que pondria un remedio eficaz en su alta sabiduría y diplomacia.

—No se portaria este alférez de la misma manera en presencia de la Emperatriz.

—Ya se vé que no! gritó irritado el diplomático; estaba por quebrarle una silla en la cabeza.

V.

Los acicates del alférez volvieron á resonar en la antesala.

—Jesus me ayude! dijo asustado don Modesto; si me habrá escuchado.

Poleon entró sin hablar y comenzó á buscar algo que habia perdido.

Los franceses no permiten nunca que se les estravíe el menor objeto.

Comenzó á mover los muebles con rabia.

—¿Qué se ofrece, caballero? preguntó Fajardo.

—Qué se ha de ofrecer, respondió el alférez azotando una silla contra el suelo y haciéndola mil pedazos, que aquí la he dejado, estoy seguro de ello.

—¿Qué ha dejado usted? preguntó temblando doña Canuta.

El alférez se encaró al diplomático.

—Usted, sí señor, usted la tiene!

—La qué? preguntó asustado don Modesto.

—Qué ha de ser, la caja de los fósforos que he dejado olvidada.

—Hombre! yo no me habia de tomar esa friolera, ¡por Dios!

—Me han dicho que en México hay muchos ladrones, y aquí se me ha estraviado la caja.

Quitóse el kepí para limpiar el sudor, y los fósforos cayeron al suelo.

—¡Voto al diablo! dijo, me los habia puesto en el kepí, ustedes perdonen.

Y volvió á salirse precipitadamente, no sin haber recogido hasta el último cerillo.

VI.

—Esto pasa de la raya, gritó el señor de Fajardo, se me ha insultado en mi propia casa; y tener que pagarle á ese caribe el hotel!

—¡Oh infamia! repitió doña Canuta, *ubinan franceses sumus? in*

cuam imperiorum vivimus? Tú debes tomar una providencia; ese alférez se ha portado como un orangntan, nos ha escupido á la cara, tú debes elevar nna qneja hasta el señor comandante en gefe de la espedicion, para qne no se repitan estos atentados contra el derecho de gentes.

—Voy á estndiar el pnnto para fundar mi qneja, esto debe ir con todas las citas qne corresponden á nna reclamacion tan árdua.

—Señor mio, aqní no hay mas puntos qne pedir, qne nna pena correccional para ese gefecillo.

— Es que el gefecillo tiene nnos pnños capaces de pulverizar la torre de San Pablo.

—Pongámonos bajo la salvagnardia del pabellon frances, dijo doña Canuta.

—Él nos cnbra! señora, él nos proteja! y tomando sn sombrero microscópico y pnntiagndo, se precipitó en busca de la antoridad francesa.

VII.

En la puerta encontró á un hombro de mala traza que lo detuvo.

—Señor, usted dispense, es nsted por ventura don Mod sto Fajardo?

—El mismo, respondió el diplomático, pero soy con usted, tengo nn quehacer de urgencia.

—Solamente una pregunta.

—Me es imposible, voy á la Plaza francesa.

—Si yo solamente deseaba....

—Repito que no puedo contestar, qne....

—Es qne voy en compañía de usted á la Plaza, y allí aclararemos el punto.

—Qué punto? diga usted, hombre del diablo.

—Un alférez se ha presentado en el hotel, ha tomado tres piezas, nn cnarto para su asistente, y ha ocnpado la caballeriza; todo esto importa cuatro pesos diarios.

—Dios mio! esto es una ruina, ese hombre es nn hotentote, nn antropófago! nn.... hágame usted algun rebajo, estoy muerto, arruinado!....

—Yo no pnedo rebajar nada, soy el mozo del hotel, y si nsted no paga adelantado, le avisaremos al oficial ....

—No, caballero! haria usted mal; yo pagaré todo, todo, mientras me arreglo con la legacion francesa. Mr. de Saligny es mi amigo, y atenderá á mi

queja; yo soy un diplomático, y nsted comprenderá que estos negocios me afectan: voy á contar á usted lo que me ha pasado; es un lance terrible, le va á dar á usted calosfrio.

—Caballero, yo tengo que hacer y me es imposible oir la historia, y dió la vuelta dejando plantado al infeliz de don Modesto.

VIII.

—Este mozo debe ser cómplice en el atentado que se consuma en mi contra, yo protestaré con toda la energía de que soy capaz, y se echó á andar en direccion á la casa del coronel de Potier, gefe de la Plaza francesa.

—Dónde va nsted tan de prisa?

—Al infierno! respondió el señor de Fajardo sin saber quién le preguntaba.

—Pero usted está muy afectado.

—No le importa á nsted, yo soy dueño de mis afecciones.

—Yo no pnedo consentir....

—Déjeme nsted con setenta de á caballo! y apretó el paso dejando á don Serafin asombrado con su lengnaje.

Llegó á la calle de la Moneda, donde encontró un círculo de conservadores que opinaban sobre la situacion.

—Señores, dijo el de Fajardo, soy la primera víctima.

—¿Cómo la primera? dijo un general del año de diez.

—Lo dicho, soy víctima de la caballería. Un señor alférez de Cazadores de Africa, se ha permitido el equívoco mas importuno, me ha tomado por un ladron de fósforos.

—Usted nunca ha robado azufre, respondió el general.

—Ni no azufre, esclamó el diplomático; en ese caso haria un viaje al Popocatepetl, una esplotacion en grande, pero jamas descenderia hasta la estraccion de unos cuantos cerillos; señores, se me ha juzgado desfavorablemente por la espedicion, esto es injusto y lamentable.

—Amigo mio, acabo de ver una azotaina terrible: trescientos azotes á un ratero!

—Esa legislacion es magnífica; lo que es importuno es equivocar las clases, ya no somos todos iguales, eso ha desaparecido con Juarez y su comparsa.

—El cazador tendria algun motivo, señor de Fajardo, porque todo lo que se hace en Francia ó por un frances, es lógico.

—Amigo mio, la caballería no tiene lógica, repito que he sido una víctima y voy á elevar mi queja al coronel de Potier.

—Hoy está hecho un tigre, á todo el mundo manda azotar, no hay que descuidarse.

—Es el momento oportuno, ¿está hecho un tigre? pues me conviene hablar con una fiera, para obtener de ella una barbaridad; porque yo necesito una venganza de cocodrilo. ¡Con cuánto placer veria bambolear en la columna al son de los latigazos á ese sargenton de todos los diablos! veánlo ustedes, conózcanlo, aquel es, ese hombre que sobresale de la multitud, yo le pago tres piezas y una caballeriza. Sí, señores. Dios mio! me ha saludado, ese hombre me amenaza, ya conozco su carácter.

En efecto, el alférez Poleon atravesaba para la casa de correos.

—Es un gigante, esclamó el general.

—Como que me ha roto una silla de mi ajuar con solo estrellarla contra el suelo, y sus acicates han dejado huella en mi alfombra nueva.

—Donde ese oficial la emprenda con usted, ¡desgraciado!

—Me pondré bajo la proteccion de la Gran Bretaña, y vendrán sus escuadras á sacarme del poder y accion de ese antropófago. Usted sabe lo rápido que cunden estas noticias, me desprestigiarán, no se me llamará mas que por "el ladron de fósforos;" esta es una impudencia, una abominacion!

—Va usted á hacer el papel de la Norma, pidiendo justicia contra Poleon.

—Señor general, esa es una broma de mal gusto: nos veremos.

Todo el corrillo se quedó burlando de don Modesto, que con la mayor impavidez se dirigió á la casa del coronel de Potier.

IX.

Subió las escaleras, en el corredor habló con un frances amigo suyo que prometió introducirlo en la sala de la audiencia donde el gefe hacia la *calificacion.*

Esperó el diplomático su turno.

De Potier estaba sentado en su bufete con dos secretarios.

Los reos eran introducidos por el amigo del diplomático.

Como los amigos son las mas veces importunos, mientras de que traian

al reo, que era nada menos que un acusado de *estafa*, el diplomático fué introducido á la sala de audiencia.

Su aspecto chocó al gefe de la Plaza.

—Está usted, le dijo, acusado de estafa.

—Señor general, es una equivocacion, yo soy un hombre decente y honrado.

—Se ha encontrado en la casa de usted la prenda robada.

—No es exacto, estaba en el mismo kepí del oficial.

—Señor mio, usted se burla, cómo habia de estar un caballo en el kepí de nadie?

—No era un caballo, era una caja de fósforos.

El gefe vió la acusacion.

—Caballo he dicho, y así lo asegura el oficial.

—Protesto, señor, que no he estafado nada, ni entiendo lo que se me pregunta.

El intérprete le esplicó que se trataba de un caballo.

—Ahora menos, replicó el diplomático, yo vengo á pedir justicia por un ultraje cometido en mi hogar.

—Que le den doscientos azotes, dijo de Potier, y entregue el caballo á su dueño.

—Yo azotado! esclamó casi llorando don Modesto, esto es horrible, aquí hay una equivocacion que no puedo consentir, soy inocente y no salgo de esta sala hasta que se me escuche.

De Potier hizo una seña al gendarme.

Este no se hizo esperar. Tomó por el cuello al señor Fajardo, le hizo dar tres pasos al frente con la violencia del vapor, y le dijo *allez, allez!*

El diplomático estaba en una situacion infernal, sudaba á mares.

No obstante sus protestas, el gendarme lo sacó del salon de justicia y lo condujo al potro del tormento, es decir, á la columna donde debian atarlo para aplicarle la vapulacion.

—Este hombre es un Poncio Pilato, murmuraba aterrorizado el señor de Fajardo.

X.

La puerta se abrió y el amigo de don Modesto presentó al gefe de la Plaza el reo de estafa del *quid pro quo.*

El señor de Fajardo caminaba directamente á su calvario, es decir, al patio donde irremisiblemente debian azotarlo.

De Potier comprendió á las primeras palabras de interrogacion al reo, el equívoco, y mandó inmediatamente que pusieran al señor de Fajardo en libertad.

El infeliz diplomático estaba pálido como la muerte. Le habian despojado de su sombrero y de su frac.

La víctima estaba dispuesta.

Cinco minutos mas y el látigo hubiera crujido en las costillas del señor de Fajardo.

Esta era la justicia francesa en México.

El diplomático volvió á la vida y maldijo en su interior la hora en que habia sido partidario de la intervencion.

Abochornado, hidrofóbico, feroz, salió de aquella maldita casa y llegó á la suya trémulo de coraje.

XI.

—Como lo oyes! dijo á doña Canuta despues de haberle contado la escena que acababa de tener lugar en la calle de la Moneda.

—Es una funestidad, esposo mio, no hay justicia sobre la tierra. Juarez no hubiera hecho otro tanto.

—Conque hubiera hecho lo mismo me era suficiente, contestó el diplomático, no por eso soy menos conservador; los abusos no argüirán nunca contra un sistema que cuenta con mi proteccion y mis simpatías.

—Es necesario reflexionar sériamente sobre un órden de cosas que va á establecerse.

XII

—Señor, dijo una criada, un soldado frances busca á usted.

—Que no estoy en casa! que no quiero estar! que no he estado nunca! gritó el diplomático, yo no tengo que ver nada con los franceses, yo soy conservador ó frances mexicano. Sal, sal tú, querida mia, yo estoy horrorizado.

Doña Canuta salió al encuentro del frances, y volvió trayendo un pliego para don Modesto.

—Del Ministerio, dijo con énfasis la señora Fajardo.

—Este pliego es altamente sospechoso, temo que contenga una terrible sentencia, estos hombres no saben mas que azotar, el gato escaldado huye del agua fria. Rompe el sello, lee, y si no es una desgracia, entérame, porque me siento desmoralizado.

Doña Canuta leyó el oficio y palideció de emocion.

—Lo dicho, esclamó el diplomático, lo menos una azotaina!....

—Fajardo!.... Modesto!.... Modesto Fajardo!... eres.... eres.... decia trémula doña Canuta, eres un......

—Un qué? preguntó el diplomático.

—Un.... *notable!* gritó al fin la señora; hé aquí tu nombramiento.

El señor de Fajardo sintió una emocion superior á la de los azotes.

—Notable! esclamó, ¡notable! ....me hacen justicia al fin, yo he sido siempre una notabilidad.

Ignoraba el buen hombre que la intervencion necesitaba completar el número de una junta para imponerle la proclamacion de los planes escritos en las Tullerías, y que él era *uno de tantos*, que asistieron como autómatas á esa elucubracion netamente francesa.

—Avisa al teniente Estrada que corra la voz en la cocina de la casa, porque el vulgo es buen conductor de noticias, que avise á todo el mundo que soy *notable*. Esta distincion no se paga con nada; se necesita de mí en esa junta para resolver las cuestiones mas graves de la política; y sí que asistiré á ella hasta su última sesion, allí haré brillar mi elocuencia, las galerías aplaudirán, el público me llevará en triunfo.

—El decreto, dijo doña Canuta, dice que todo será públicamente secreto, marca desde luego la diferencia entre una junta de Notables y un Congresote, ese palenque de gallos donde los demagogos se ponen de oro y azul.

Auditorio no ha de faltar, yo entraré con paso firme en la Asamblea.

Y el diplomático se paseaba pensando en el primer discurso.

XIII.

—Señor, señor, los alojados! entró diciendo la criada con terror.

—Dios mio! el alférez Poleon! este hombre quiere asesinarme, no hay remedio!

—Tienes el fuero de los *notables*, no veo motivo de asustarse, amigo mio, dí que pasen, voy á recibirlos friamente, ya es otra nuestra posicion.

Dos oficiales de Estado Mayor del general Forey se presentaron en la sala.

—Señora, dijo un capitan muy apuesto y con esquisita galantería, el señor coronel de Potier le envía una satisfaccion al señor de Fajardo por la equivocion involuntaria que ha padecido esta mañana. Ha sabido tambien el comportamiento poco digno del alférez Poleon, y lo ha consignado á alojarse á su cuartel; en cambio, nosotros traemos el billete de alojamiento.

—Caballero, dijó el señor de Fajardo entrando en la sala, la finura de ustedes me cautiva, y me siento honrado con que ustedes se alojen en mi casa, de la que pueden disponer desde luego.

—Señor, mil gracias, dijeron los oficiales levantándose, ustedes no se molesten, á nosotros nos es suficiente una pieza para los dos, y si la casa no presta comodidad, estamos prontos á retirarnos.

—No lo permitiriamos, caballeros, ustedes son desde este momento nuestros huépedes.

El señor de Fajardo acompañó á los oficiales hasta la escalera, haciendo mil caravanas.

XIV.

—Las chicas no han parecido, dijo el capitan á su compañero, que era un comandante, hijo de una de las familias mas distinguidas de su país.

—Seria chasco, respondió el comandante, que hubieran estado de visita, y nosotros nos empaquetásemos en la casa de estos mónstruos de fealdad.

—La nariz de la señora es una verdadera curiosidad.

—No lo es menos la peluca de ese hipopótamo.

XV.

—Lo ves! lo ves! decia doña Canuta á su esposo, se te satisface, se te priva de la presencia del alférez Poleon, y se te nombra *notable*, esta es la Francia, estos los enviados de Napoleon III!

—Qué diferencia entre estos militares y el brusco soldado de Africa.— Véamos los nombres de esos caballeros, y tomando las tarjetas leyeron:

Alfredo Hugues, capitan de Estado Mayor.

Luis Demuriez, comandante del 99 de línea.

CAPITULO NOVENO.

LA CAZA DE LAS PALOMAS.

I.

Clara vivia en una de las casas mas hermosas de la Ribera de San Cosme, en el *boulevart*, como diria un frances, mas aristócrata de la ciudad.

Clara estaba al lado de su padre, rico comerciante español.

Don Alfonso Rodriguez era un hombre honrado, trabajador; luego que tuvo una fortuna, se casó con una señorita mexicana, que al dar á luz á Clara habia muerto.

Clara era una niña consentida, gastadora, caprichosa, con una caricia hacia de su padre lo que se le antojaba.

Tenia un tren magnífico.

Mientras su padre estaba en el almacen ó en el escritorio, ella paseaba en su carruaje, visitaba á sus amigas, con distincion á Luz, á quien amaba tiernamente.

Don Alfonso la dejaba hacer cuanto le parecia.

La memoria de la madre, de quien Clara era la reproducion palpitante, contribuia á ese consentimiento.

Clara era una jóven de sociedad, tocaba el piano, cantaba admirablemente, es decir, tenia abiertas las puertas del gran mundo.

El lector querrá conocer á Clara: es una muchacha arrogante, gruesa, pero con una cintura esbelta, parece una palma del desierto, el color de la rosa es igual al de sus mejillas, unos ojos negros relucientes como luceros de alborada, una boca pequeña y perfumada, los cabellos como el ala del cuervo.

Clara tiene la sonrisa en los labios, sonrisa que se cambia en desden ó en ironía con la mayor facilidad.

Clara tiene arranques de nobleza sublimes.

Al dia siguiente de la entrada del ejército intervencionista, Clara se disponia á recibir la visita de Luz.

El señor Rodriguez se acercó para despedirse.

Tenia la costumbre de presentar la frente á Clara para recibir el casto beso de su querida hija.

—Padre mio, hoy estás muy guapo con esa corbata, dijo Clara á don Alfonso, componiéndole el cuello de la camisa, es necesario que la luzcas.

—Y como que la luciré, respondió el anciano; como que es obra de tus manos.

—Parece usted novio, dijo Clara besando á su padre, le advierto á usted que soy muy celosa; vamos, siéntese usted un momento que tenemos que hablar.

Don Alfonso se sentó al lado de Clara.

—Pues señor, has de saber, dijo la jóven tomándole una mano, que los padres tienen la obligacion de dar gusto á sus hijos.

—Ya sé adonde vas, y no consentiré jamas en ese baile.

—Has tocado el punto y vamos á discutir: pido la palabra.

Don Alfonso se sonrió, era hombre muerto.

—Señor, dijo Clara en voz de tribuna, los bailes son para bailar y las iglesias para rezar.

—En cuanto á los rezos no me opongo, dijo don Alfonso.

—Ni yo, dijo Clara, ya esos pasaron, ahora le toca su turno al baile. La modista se ocupa en este momento de hacerme un traje cual corresponde á la hija de don Alfonso Rodriguez, y el famoso señor Salin, uno para usted. Todo está dispuesto por mi autoridad, y yo no admito la *intervencion* española.

—No es posible luchar con usted, señorita; pero le declaro que yo no asistiré, tú irás con tu querida amiga Luz.

—Me opongo, gritó Clara; irá usted, porque yo le declaro á mi vez que á nadie tomaré el brazo, sino al señor Rodriguez.

—Hija mia, eso es imposible, yo no estoy bien en esas diversiones; algun dia quiero que se respete mi voluntad.

—Yo la respeto, señor, dijo sériamente Clara, nos quedáremos en casa, yo no hago otra cosa que tu voluntad, y mi orgullo está en no merecer de tí nunca una reconvencion.

—Y quorrás, dijo don Alfonso, algunas alhajas mas para tu tocado? está bien, te las enviaré; pero es la última vez, cuidado con volverme á molestar, porque entoncos seré inexorable.

—Eres muy bueno conmigo, dijo Clara estrechándose al corazon de su padre.

—Ea, que me estropeas la pechera y maltratas la corbata; suelta, que me sofocas.

Aquel padre hubiera querido llevar á su hija dentro de su corazon.

—Ya sabes, dijo Clara, que tú me compras siempre los guantes, en esto sí no transijo.

—Creo que conozco el tamaño de esa manita, y besó con ternura la mano de Clara.

—Ahora á sus negocios y sin agitarse mucho, dijo la jóven poniéndole el sombrero á don Alfonso: lleve V. mi bolsa, porque V. nunca tiene dinero, y cómprese guantes para los dos.

Clara puso una bolsita de red en el chaleco de don Alfonso.

El anciano subió á su coche dándole un último saludo, y se dirigió á la tienda de alhajas para hacerle á su hija un regalo espléndido.

II.

Clara se puso un momento al piano; á la mitad de la pieza se levanto violentamente, se sentó al bastidor, bordó cerca de diez minutos y arrojó la aguja.

Despues fué al jardin, hizo un ramo, y lo colocó en un búcaro que estaba en una mesilla del corredor.

—Qué tengo? dijo, yo no habia sentido hasta ahora una emocion igual; la memoria de ese hembre no mé abandona un momento. Esto no puede ser mas que un sentimiento pasajero, le he visto una sola vez; qué ver-

güenza que yo fuese la primera que....no, imposible! qué diria Luz?... Yo necesito confiarle todo, ella es la depositaria de mis secretos.... pero esto no es secreto.

Se puso en seguida á mecerse en el sillon de bejuco, cerró los ojos, y entró en ese sopor melancólico que acomete á una alma vírgen en sus primeras ilusiones.

El viento fresco de la mañana resbalaba sobre sus mejillas, y refrescaba aquellos labios entreabiertos.

Alguna imágen cruzaba por su pensamiento, porque comenzó á sonreirse como una vírgen en su ascencion á los espacios.

Las exhalaciones de las flores vagaban por sus cabellos en nubes invisibles, y el cielo se reflejaba en el fondo de su alma: hundida en el éxtasis del sopor, y encadenada á las imágenes de su sueño, no sintió el ruido del carruaje de Luz, ni la aproximacion de su amiga, cuyo traje de seda crugia en el maque del corredor.

Luz se quedó un momento frente aquella jóven encantadora, contemplando la dulce melancolía de su semblante.

III.

Luz acercó sus lábios á los de Clara, y le dió un beso, que hizo volver á Clara de su arrobamiento.

—Eres tú, querida Luz? la dijo besándole las mejillas: cansada de esperarte me iba á dormir; gracias á Dios que has llegado.

—Ya me tienes á tu lado, estaba muy inquieta, temí que en los ojos me conocieran algo.

—No vuelvo aún en mí, repuso Clara, la suerte de Eduardo está envuelta en una noche.

—Sí, dijo Luz tristemente.

—Se ha espuesto demasiado, es un imprudente, entrar así en la capital es muy arriesgrdo.

—Sí, dijo Luz, prisionero de los franceses, yo no sé la suerte que correria si cayese en sus manos: no obstante, soy tan feliz, que le voy á ver, que todo lo olvido.

—Vendrá esta noche y podrás decirle cuanto quieras, aquí nada tiene que temer.

—Gracias, exclamó Luz enlazando con sus brazos el cnello de su amiga, mírame bien, hoy debo estar hermosa ¿no es verdad? añadió sonriendo.

—Bellísima! replicó Clara, qne ya hemos dicho amaba con exajeracion á su amiga.

—Yo estoy loca, prosiguió Luz. Cuando ví á Eduardo frente á mi balcon, sentí morirme; yo queria llamarlo, gritar, llorar; una nube de lágrimas subió á mis ojos; los oidos me zumbaron terriblemente; y sin fuerzas para resistir, caí desmayada. Si en aquel momento hubiera podido hablar, el nombre de Eduardo hubiera sido mi primera palabra; porque tú no sabes cuánto le amo: ese hombre es mi sueño, mi vida, mi pensamiento; mi corazon no sabe amar mas que á Eduardo, sn cariño es la sombra que cae sobre mi existencia; él me presta valor en las vicisitudes, y yo amo hasta mis lágrimas, porque las derramo por él.

Las mejillas de la jóven se tiñeron de nn carmin apacible, y sus ojos se bañaron de nna luz vivísima.

Clara la oia en silencio, las palabras de su amiga despertaban en su corazon sensaciones jamas sentidas hasta entonces.

—Yo tengo miedo á nn amor como el tuyo, es un torrente irresistible, que á mí me llevaria á nn abismo.

—Sobre ese torrente, respondió Luz, está el arco del cielo, la sonrisa de Dios.... Hay un ángel de guarda para nuestras almas, que va apartando las espinas de nuestro camino, para no lastimar nuestra planta.

—Sí, dijo Clara, tú eres muy feliz, yo soy desgraciada.

—Tú desgraciada? preguntó Luz con interes vivísimo.

—Sí, muy infeliz, óyeme: He visto á un hombre una sola vez, mi corazon me ha avisado que llegaba la hora de amar.

—Siempre creí, dijo Luz, que tu alma seria así, arrebatada por una ráfaga de tu pensamiento, tu alma no cederia á la vulgaridad del trato ni de la costumbre; estabas predestinada para amar de una manera inesperada, violenta, terrible.

—Sí, dijo Clara, yo no puedo ocultarte nada, ni qniero; ayer, la mirada de nn jefe del ejército frances se detuvo sobre mis ojos unos instantes. El jóven oficial me dirigió nn saludo al que apenas contesté.

—Un frances! exclamó Lnz horrorizada.

—Sí, dijo Clara, un frances! Mi amor ha tomado del brazo á la ignominia, á la vergüenza, para llegar hasta mí!

—No, Clara, tú rechazarás un sentimiento indigno de tu orgullo y de tu nombre; pasarias por una de esas miserables que reciben con sonrisas á los invasores y beben en las copas que están llenas de sangre, sangre de hermanos, Clara! . . No, no serás tú de esos seres envilecidos que pasan como almas de conquista, quo mañana se olvidarán, y que aun en los momentos del festin y del aturdimiento se les desprecia.

—¡Por compasion! exclamó llorando la infeliz Clara.

Luz prosiguió:

—No será un aventurero que se ha abierto con su espada las puertas de la patria quien se lleve las coronas del triunfo, tú pasarias por uno de tantos despejos de la guerra.... tu padre se moriria, y yo.... yo no seria nunca tu amiga!

Clara se estrechaba en el seno de su amiga, llorando de desesperacion.

—Yo sabré, contestó con dignidad, arrancarme el corazon antes que ceder; no temas, soy fuerte, es la vez primera que me hallo frente á frente de mi destino, y sabré combatirlo.

—Así te quiero! respondió Luz con entusiasmo, limpiando con sus manos el llanto de su amiga. Tu corazon es noble, grande, y tú sabrás triunfar de ese repentino amor, que pasará como una nube de verano.

El amor es como la mar, se alza hasta el cielo si lo combate el huracan.

—Necesitamos salir, dijo Luz, el dia me parece eterno; ademas, quiero tomar un traje á tu gusto; mi padre está empeñado en que asista al baile que dá el ejército frances. Yo quiero que tú me acompañes, iremos vestidas iguales, admite el obsequio del vestido.

Clara sintió en su interior una grande alegría.

—Con mucho gusto, yo siempre acepto cuanto tú me ofreces; pero tú recibirás las flores ¿no es verdad?

—Convenido, respondió Luz, y las dos jóvenes salieron, montaron al coche y se encaminaron á la tienda de la modista.

Volvamos al coronel Eduardo.

IV.

Permanecia de guarnicion en Toluca, estendiendo sus guerrilias en pequeños destacamentos, sobre Lerma y el monte de las Cruces.

El coronel Fernandez era el jefe de la guarnicion.

Durante diez dias habia esperado con ansiedad la llegada de su asistente Estanislao Luna.

Luego que vió en los periódicos que ese desgraciado habia sufrido la pena de azotes ó las *consecuencias de una carambola*, como decia el capitan Martínez, se habia exasperado hasta la locura, y meditado desde luego hacer una entrada en la capital.

Su deber le imponia no hacer esta locura y se resignó á esperar.

La guarnicion que habia salido rumbo á Temascaltepec, al mando de Laureano Valdes, muerto á poco tiempo en una derrota, habia defeccionado, quedando no solo descubierto ese flanco, sino ocupado por fuerzas enemigas.

La situacion era terrible.

Una mañana dió parte el capitan Martinez, de que las dos terceras partes del regimiento se habian internado en el monte al grito de ¡viva la religion! y otros soldados habian huido con todo y armas.

—No quedaba, pues, mas que un centenar de hombres. El coronel los hizo formar.

—Compañeros, les dijo; los cobardes han defeccionado y se han hecho traidores, la patria necesita de nuestra sangre y de nuestro valor. Desde hoy formamos una guerrilla, y como tal haremos la guerra. El que no esté conforme, dé un paso al frente!

—¡Viva el coronel! gritaron espontáneamente los soldados.

—Vivan mis guerrilleros! respondió el coronel Eduardo.

Este era el mejor partido que podia sacar de aquellos restos desmoralizados en tan trágica retirada.

—Capitan Martinez, le dijo Eduardo; baja V. todo el monte, y por las lomas de Santa Fé, cruza V. con cincuenta caballos, y me espera sobre la garita de San Cosme. El dia 12 á la madrugada estaré con vdes. Si oyen disparar dos tiros de revolver, se arrojan sobre el destacamento.

—Muy bien, mi coronel, respondió Martinez.

Eduardo prosiguió:

—Teniente Quiñones, usted con el resto de la guerrilla se va por Ixtlahuaca y toma el camino del Interior, donde nos reuniremos.

Quiñones saludó á su coronel.

V.

Luego que las órdenes comenzaron á cumplirse, el coronel Eduardo montó en el *Azabache*, reconoció sus armas, y á todo escape tomó el rumbo de la capital.

A las cinco horas de camino llegó al pueblito de la Piedad y se apeó en una de las casucas de extramuros.

Llegó la noche, y embozado en su jorongo tomó á pié la calzada y se internó en las calles de México sin ser detenido por la guardia francesa que cuidaba la entrada de la ciudad.

Al amanecer, un indio entraba á México con unas barcinas de paja puestas en el *Azabache.*

En las barcinas iban las armas del guerrillero.

Eduardo, merced á su traje nacional, se confundia con la multitud.

El dia de la entrada del ejército expedicionario quiso darle una sorpresa á su novia, y se puso frente á los balcones, esperando la oportunidad, que al fin llegó, de que Luz se fijase en él, para descubrirse.

El lector sabe ya la emocion que excitó en la jóven la presencia del guerrillero.

Eduardo se alojó en la casa de uno de sus amigos íntimos y escribió á Luz que estuviese en la Ribera á otro dia, que es en el que nos encontramos.

Ya hemos visto que la jóven no se habia mostrado insensible á la súplica de su amante, y desde muy temprano acudia á la casa de su buena amiga.

Luego que pasó el desmayo de Luz, ésta le habia contado á su confidente el motivo de su enfermedad, así es que Clara al ver entrar á la jóven, comprendió que los amantes se habian citado para su jardin.

VI.

Las amigas regresaron tarde á la casa donde las esperaba don Alfonso.

Sentáronse á la mesa, donde reinó una hilaridad graciosísima.

—Dí, papá mio, dijo Clara chanceando con su padre, quién de las dos es mas bonita?.

—No dé usted su opinion, señor don Alfonso, interrumpió Luz, porque es cuestion decidida.

—No, no lo está, reclamó Clara.

—Sí, dijo Luz, eso no tiene que pensarse mucho, yo soy la mas bonita.

—Esa salida hizo reir mucho al buen don Alfonso, que gozaba con la presencia de las jóvenes.

—Pues otro problema, dijo Clara, riendo de una manera encantadora, ¿quién te dará el primer beso en la frente?

Luz por toda respuesta, se inclinó violentamente y besó la mejilla de aquel anciano á quien amaba desde su mas tierna edad.

—Esta muchacha es el demonio, dijo don Alfonso haciéndole una caricia á su amiguita.

—¡Traicion! gritó Clara, esta es una sorpresa, un asalto en toda forma.

VII.

Un criado entró en el comedor trayendo unas cajas que don Alfonso habia apartado para su hija.

—Ahí están esas zarandajas, dijo el honrado español, dime si son de tu agrado.

Abriéronse aquellas cajas que contenian unos aderezos de brillantes hermosísimos, y unos pequeños rosetones, para colocarlos en el centro de las flores de los vestidos.

—Todo es de muy buen gusto, dijo Luz, estos rosetones quedarán muy bien en unas camelias ¿no es verdad?

—Para eso los compré, respondió don Alfonso, y yo ya sé quién llevará ese aderno en el traje.

Clara hizo una seña de inteligencia á su padre.

—Pues yo acepto todo, esclamó Clara, las alhajas me agradan, y yo nunca te desairo, papá mio.—Pasearemos, añadió levantándose, tomaremos el fresco en el jardin, y saldremos despues un momento á paseo. Tú irás al Casino esta noche; puedes estar el tiempo que gustes, tenemos por huésped á Luz y estoy muy bien acompañada.

—Bien, dijo don Alfonso, así no interrumpiré una partida de tresillo que tengo ajustada.

Las dos amigas saludaron á don Alfonso y se dirigieron al jardin.

VIII.

—Qué pausado camina el sol, Clara mia!

—Y cómo es, interrumpió inusitadamente Clara, que teniendo tal aversion á los franceses, has aceptado la invitacion para el próximo baile?

—Ese es mi secreto, respondió Luz.

La infeliz tenia rubor de confesar lo que pasaba en lo interior de su familia.

Aquella ambicion de sus padres, aquel deseo de estar bien con aquella malhadada administracion.

Las súplicas, los ruegos, y despues las amenazas que habian empleado para obligarla á concurrir al teatro.

Le habian dicho, que de no presentarse en el baile, les tendrian por desafectos.

Le pintaban los horrores que los franceses habian hecho en España con los que juzgaban sus enemigos.

Asustada la jóven, y temiendo provocar la cólera de los invasores contra sus padres, habia consentido, creyendo que en nada comprometia su amor, aunque sus sentimientos sufriesen una cruel humillacion.

Luz estaba segura de convencer á Eduardo.

Cuando se tiene el corazon limpio, las acciones externas nada dicen.

Luz se avergonzaba de una conducta tan poco adecuada á sus ideas, pero en su posicion nada podia remediar.

Se habia propuesto permanecer en abstencion, para no dar ni el mas lejano motivo de crítica.

Así la hemos visto ir en pos de su querida Clara, para tener una compañera de conversacion.

El amor propio natural al sexo débil, hacia que se presentase con lujo, así su desden seria mas apreciado.

IX.

Daban las seis de la tarde cuando las dos amigas volvian á entrar en el coche, y se dirigian al Paseo de Bucareli.

La tarde era esplèndida, los últimos rayos del sol enrojecian los grupos de las nubes con unos tonos de luz inimitables.

A la derecha del paseo, y á los confines de un prado verde esmeralda, se levanta el cerro de Chapultepec entre un bosque de sabinos antidiluvianos.

A sus pies se agitan blandamente las aguas purísimas de sus albercas, donde se deslizan multitud de peces de colores.

En las tardes parece que aquellas linfas azules y trasparentes, se quedan dormidas al rumor del bosque y al canto del aire entre los ahuehuetes.

En la cumbre de esa colina, cubierta de arbustos y de flores, se levanta el palacio tradicional sobre los cimientos del alcázar de Moctezuma.

Mas adelante, y en el suave declive de las lomas, se estiende la pintoresca ciudad de los Mártires de Tacubaya.

En la prolongacion de la calzada de Bucareli, y llegando á la garita, comienza el camino que conduce al pueblo de la Piedad.

El paseo tiene algunas fuentes arruinadas, resto del lujo de la corte vireinal.

El paseo de Bucareli es concurridísimo; casi todos los carruajes de México acuden á aquel pintoresco lugar.

Los ginetes marchan por el centro de la calzada.

Los coches se apoderan de las vias laterales.

Los paseantes de á pié se posesionan de las glorietas ó de los troncos de los árboles mas frondosos.

Clara y Luz habian hecho adelantar su carruaje al rumbo de la Piedad para evitar esa tormenta de polvo que levantaban los ginetes franceses al atravesar á escape la calzada.

X.

—No te habia contado, dijo Luz á su amiga, que tenemos dos alojados.

—¿Franceses? preguntó Clara

—Precisamente, querida mia, un gefe del 99 y un capitan del Estado Mayor del general Forey.

—¿Y son personas de educacion?

—Aun no les conozco, se les han dado unas piezas retiradas de las que habitamos, y ellos comen en Iturbide, así es que no tengo motivo de tra-

tarles; nos hemos saludado dos ocasiones, ya tú sabes lo poco simpáticos que son para mí los franceses.

—Con semejantes huéspedes, observó Clara, estarás continuamente de invitacion.

—Puede ser, pero he prometido no asistir á ninguna tertulia, y ménos en su compañía.

—Estás recalcitrante.

—Sí, mucho, yo no puedo transijir, y como tú tienes mis ideas, me darás la razon, no es verdad?

—Seguramente, repuso Clara distraida.

—Esos oficiales, continuó Luz, parecen jóvenes distinguidos, no molestan en la menor cosa, y son sumamente atentos. Esta mañana han dejado dos ramos sobre la mesa con sus tarjetas.

—Supongo que esto no lo contarás al coronel.

—Te engañas, yo le pongo al tanto de lo que pasa, no quiero que sepa lo que ocurre por otros lábios que no sean los mios, lo demas seria altamente sospechoso.

—Sabes, dijo Clara, que te hallo muy diplomática?

—No mientes, dijo trágicamente, esa palabra es mi castigo, mi pesadilla. Por mucho qne ame uno á sus padres, conoce los defectos de que adolecen; desgraciadamente el mio la ha tomado por la diplomacia, y como yo lo amo con exajeracion, me puede el que se sonrian cuando él habla. Hay veces que estoy no solo molesta, sino exasperada.

XI.

La conversacion se vino á interrnmpir por dos ginetes, que á la carrera hábian conocido el carruaje de las jóvenes, por haberlas visto en la mañana en él, sin que ellas lo hubieran reparado.

Al llegar al coche detuvieron sus caballos árabes.

—Señoritas, buenas tardes, dijo el comandante del 99 tendiéndo la mano á Luz, que apenas la tocó por galanteria.

Clara, al reconocer al oficial de la víspera, que tanto la habia impresionado, se dejó caer en el fondo del carruaje, disimulando su emocion.

El oficial de Estado Mayor se llegó á la portezuela del lado opuesto y saludó cortesmente á las señoras.

Luz entonces, dirigiéndose á los oficiales, les dijo, presentándole á su amiga:

—La señorita Clara Rodriguez; y luego volviéndose á Clara:

—El caballero Luis Demuriez, comandante del 99.

—El caballero Alfredo Hugues, capitan de Estado Mayor.

—Perdonen ustedes si hemos interrumpido su paseo; pero personas que reciben distinciones y una generosa hospitalidad, están obligadas á corresponder á sus huéspedes, haciéndoles en todas partes presente su reconocimiento.

—Gracias, caballero, respondió Luz inclinando la cabeza.

—La señorita es la amiga de distincion?

—Sí, caballero, volvió á responder Luz.

Clara contestó con una sonrisa.

—Siempre, continuó el comandante, hay una alma que nos comprende, y mas cuando está revestida de ángel.

Un temblor interior comenzaba á agitar á aquella infeliz criatura.

Los ángeles se hermanan en la tierra.

—Gracias, caballero, dijo Luz, evitando que la conversacion se entablara.

El capitan permaneció mudo, contemplando la interesante fisonomía de Luz.

El comandante elogió á México, á las mexicanas, al temperamento, á los pájaros, á los árboles, pero no pudo establecer la conversacion á pesar de inauditos esfuerzos.

—Continuemos, dijo el capitan, que las señoritas desearán aprovechar los momentos de luz que aun les quedan.

Saludaron á las jóvenes y se retiraron á toda carrera.

—Qué hermosa es mi desconocida! dijo Demuriez.

—Qué bella es Luz! esclamó Alfredo.

Y volvieron simultáneamente la cabeza hácia el carruaje que se alejaba en sentido contrario.

XII

—Has conocido á mis alojados, dijo Luz, riéndose al ver la seriedad de su amiga.

—Son galantes; pero tú les has atajado la palabra de una manera vivísima.

—Me fastidian horriblemente.

—El capitan no te quitaba la vista.

—Pues yo no se la pondré jamas.

—El comandante tiene mejor figura, no es verdad?

—Yo no he reparado, contestó Luz, á mí todos me parecen iguales.

Clara guardó silencio sobre la casualidad de haber encontrado al hombre que tan profundamente la habia emocionado.

Comprendió, que revelarle á Luz el secreto, era alejarse de aquel á quien amaba violentamente.

Por la primera vez ocultaba un secreto á la mas fiel de sus amigas.

Sin embargo, se proponia sostenerse hasta el último trance.

El principio no era muy adecuado al fin propuesto.

La lucha comenzaba en aquel momento con una desesperacion horrible.

En esas crísis del orgullo y el corazon, en esos combates del alma con sus sentimientos, el sudor de la fatiga es de sangre.

¡Pobre corazon humano, azotado siempre por el vendabal de las contrariedades!

XIII.

La noche comenzaba á caer, cuando el coche entraba en la casa de don Alfonso Rodriguez.

Clara y Luz se pusieron á la ventana.

Dieron las siete de la noche.

—Falta una hora, dijo Clara.

—Esto es eterno, respondió Luz.

—Has esperado todo el dia, pero no te exasperes, el galan estará puntual á la cita.

Mientras Luz consultaba el reloj cada minuto, el coronel Eduardo se ocultaba en uno de los arcos del acueducto, y á la luz de su tabaco veia el reloj continuamente.

Mientras que los amantes uno frente del otro, divididos por las sombras esperaban el toque de las ocho, un desgraciado arriero habia entablado reyerta con los franceses de la garita.

Los franceses siempre tienen razon, así es que á pesar de la justicia que debia tener el arriero, aunque no sabemos de que se trataba, comenzaron á darle una zurribanda de palos que ya le mataban.

El sargento determinó que lo llevaran á la Plaza francesa por sospechoso.

Efectivamente, el arriero marchó en cuerpo de patrulla.

Al pasar junto á la ventana de Luz, la gente decia, ¡pobre guerrillero! mañana lo fusilan!

El corazon de Luz se oprimió dolorosamente, creyó ver entre las tinieblas de la calle á Eduardo.

—Seguramente es él, dijo llorando á Clara, que estaba poseida de terror.

—Lo habia dicho, esclamó la jóven, ha sido una imprudencia venir á México. ¡Dios mio! ¡cómo sabremos la verdad!

El coronel se acercó temblando á la ventana y dijo con voz apagada:

—¡Luz!

La pobre niña dió un grito de alegría.

Clara salió personalmente á recibirle, lo introdujo en la glorieta del jardin, y despues de haber abrazado al guerrillero, le dejó solo con su novia, y se sentó á la puerta de aquella gruta á entregarse á la tristeza de sus pensamientos.

XIV.

Daban las ocho en aquel momento en el reloj de San Cosme.

La noche era oscura, las estrellas brillaban en el fondo del cielo, atravesado á menudo por exhalaciones.

Un ambiente tibio jugaba con el aroma de los jazmines y los floripondios.

La naturaleza dormia en un letargo de estrellas y perfumes.

Luz estaba reclinada sobre el hombro del guerrillero.

Eduardo despues de un momento de contemplacion, dijo á la jóven:

—Te vuelvo á ver, no es ilusion, el ángel de tu cariño me trae á tu lado, tu aliento resbala sobre mi semblante como una aura de los cielos. Yo le debo la vida á tus oraciones, tu espíritu va conmigo, como el ángel del primer cariño.

—¡Te amo! ¡te amo! repetia la jóven, yo no sé vivir sin tí, mi existencia está sola sin el fuego de tus miradas; óyeme, estas lágrimas que ahogan mis palabras, son tuyas nada mas.... ellas llegarán evaporadas hasta tí, que eres mi amor.

—Luz, tú me enloqueces, tu amor mo hace muy desgraciado, porque me identifica contigo, y la ausencia es la agonía.... Sí, Luz, vagar solo por el mundo, temiendo que la muerte nos arrebate para siempre del objeto á quien adoramos; porque yo tengo que confesarte lo que no querria que supieses.... sí, cuando estoy en el combate tengo miedo, miedo horrible á entrar en la tumba!..... morir lejos de tí, sin verte en la agonía, sin darte un último adios y consagrarte la postrera lágrima!....

—¡Calla, por Dios! gritó Luz, no me hables así! y sus lágrimas bañaban aquel semblante de querubin.

—Te acordarás de mí? preguntó con voz ronca el guerrillero.

—Te seguiria á la tumba! esclamó Luz, estrechando la ruda mano del soldado. Cuando se ama como yo te amo, está en el cáliz del alma todo el amor de la constancia. Eduardo, tú no comprendes aûn el corazon de una mujer. Esto es un cariño inmenso, que solo podria arrancarlo el aliento de Dios!

La faz sombría del guerrillero se oscurecia mas y mas, como el océano al azote de los huracanes.

— Estoy proscrito, continuó con voz terrible, perseguido, amenazado de muerte, no puedo vivir entre los hombres...... yo soy hijo del desierto, estoy condenado á matar para vivir, y yo no quiero presentarte una mano ensangrentada ... Me obligan.... está bien!.... Me arrancan el corazon! me separan de mi madre á quien dejo abandonada en las orillas del sepulcro, me separan de la mujer á quien amo! Yo me vengaré de mis enemigos! seré el azote de la montaña! ...

Luz estaba aterrorizada.

—No, dijo apartando el cabello de la sombría frente del coronel, yo te amo porque tú eres bueno; tú no derramarás la sangre de tus semejantes.... Cuando algun desgraciado se arrodille á pedir el perdon, acuérdate de mí, yo tambien estoy de hinojos á tus pies suplicándote por su existencia!

—Siempre ella! murmuro el guerrillero, siempre ella! y besó las manos de Luz con efusion tiernísima.

—La influencia de mi amor está sobre todo tu ser, ¿no es verdad?

—Sí, dijo suspirando aquel hombre, que terrible en los encuentros y combates, cedia á la voz de la mujer amada.

—Entre el valor y la desesperacion sanguinaria hay un abismo, continuó Luz, sobreponiéndose mas y mas; tú debes combatir, vencer, pero nunca asesinar, ¿no es cierto?

—Sí, Luz, tú aliento disipa los vapores de venganza que están sobre

mi corazon. Yo tengo fe en tns palabras, que son el evangelio de mi espíritu, y te obedezco impulsado por una fuerza irresistible.

—Es qne me amas y que mi alma se refleja en la tuya como el sol en el espejo de los mares, esclamó Luz, bañando con su aliento la faz del guerrillero é influenciándolo con una mirada ardiente que se escapaba de sus ojos dulcemente entreabiertos.

Eduardo estaba frente á su destino.

Hay amores que arrastran la existencia entera!

Las nnbes se habian condensado pausadamente en el horizonte y aparecia una de esas tempestades repentinas qne se levantan en el verano.

Los relámpagos se sucedian con violencia y la lluvia comenzaba á desprenderse en fuertes goterones qne hacian estremecer las azncenas y temblar los agapandos.

Clara entró en la glorieta acosada por la lluvia.

—Tome usted, coronel, le dijo á Eduardo, es nn ramo de flores de la noche; y le presentó un sencillo ramillete de madreselva, pensamientos y heliotropos.

—Estas flores, continuó Clara, forman la parte sensitiva de las otras, parece que sufren y las importuna el dia, viven entre la sombra, como un corazon sin esperanzas, como el alma en el silencio de sns contemplaciones.

El rnido de nn carruaje se aproximaba.

—Mi padre llega, dijo Clara, y estrechando por última vez á Eduardo, se salió de la glorieta, para dejar á los amantes en libertad de decirse *adios.*

Sonó un beso entre las sombras de la grnta, acompañado de un suspiro tristísimo.

Un bulto se deslizó entre la oscuridad de la noche y atravesó rápidamente el sendero del jardin.

XV.

A pocos momentos nn ginete con toda la fuerza de su caballo, recorria la calzada que sale á la garita de San Cosme y llegó á las pnertas de la ciudad.

Dióle el "alto" el centinela frances.

El ginete corrió las espuelas por los ijares de su corcel, y lanzándose sobre el centinela, lo arrolló en su empuje y siguió en la velocidad de la carrera.

Levantóse violentamente el soldado y disparó sin ver á quien se dirigia.

La guardia acudió con sus armas é hizo dos disparos, por si la casualidad hacia caer al guerrillero.

Unos ginetes que estaban á corta distancia se precipitaron al camino.

En ese momento una voz conocida les gritó: "aquí voy."

Los ginetes volvieron grupas y se perdieron en el silencio de la noche.

CAPITULO DECIMO.

EL BAILE.

I.

El 29 de Junio de 863, es decir, á los veinte dias de la ocupacion de México por la revolucion intervencionista, la oficialidad francesa daba un baile á la sociedad conservadora.

En el tocador de la señora Fajardo se encuentra el diplomático vestido á la rigurosa moda que reinaba en el año de gracia de 1830.

La casaca que habia mandado ensanchar al sastre á quien alquilaba la accesoria perteneciente á su casa, era su caballo de batalla.

La casaca era azul, con palmas de oro y lentejuela en el cuello, puños y ciutura, teniendo bordados unos carcajes en los remates de los faldones. Botones de águila y vivos de oro. Por el costado izquierdo salia un pedazo de cuero blanco, llamado *vericú*, donde el diplomático habia colocado un espadin de puño de concha y vaina de metal amarillo.

Su pantalon era blanco con franja de oro.

El señor de Fajardo no habia introducido innovacion alguna en el corte de su ropa, así es que la casaca era rabona, el calzon muy ancho y zancon en estremo, y la bota de charol.

La camisa era primorosamente cosida, podria rivalizar con una de esas servilletas de los conventos de monjas.

Unos puños de cambray encarrujados salian de la manga del uniforme.

El cuello blanco como la nieve; pero tan grande, que mas bien parecia sudario que cuello de camisa.

La corbata representaba pieza y media de bretaña y dos libras de almidon.

La peluca estaba arreglada desde la víspera con una peineta nueva.

El *gorro montado* se ostentaba sobre la mesa como un pavo real.

Era un sombrero do tres pisos con una asta bandera, que tal parecia aquella pluma blanca que el diplomático hacia mover con mucha gracia á los sacudimientos de su cabeza.

Un baston con borlas completaba el arreo del señor de Fajardo.

La cara relucia como una pantalla.

II.

Doña Canuta, desde las cuatro estaba peinada y completamente vestida, esperando las nueve de la noche.

La infeliz señora se habia puesto en su traje y tocado cuan o exist a en su casa y que pudiera acomodarse racional ó irracionalmente.

Llevaba unos copetes exajerados, sobre nno de los cuales se tendia nna pluma verde que remataba en la oreja del lado opuesto.

La castaña le bajaba en rizos hasta la espalda, cubiertos de flores y guías. Parece que la señora habia querido representar un tejado de cenador ó un kiosko de Tívoli.

Los aretes largos de brillantes montados en plata, como los de las imágenes de los pueblos.

Una cadena de oro en forma de cinta con un broche de *corazon*, caia hasta su cintura, donde se veía un reloj de oro, como una joya de testamentaría.

Doña Canuta llevaba nn traje color de paja, con vnelta del tiempo del Golpe de Estado de Comonfort.

Una crinolina abultada, y mas corta que el trage, hacia que el remate de éste se volviese hácia dentro, dándole vista á los zapatos blancos con medias de *la patente* y cáligas, que en otra época habian vuelto loco de amor al diplomático.

Doña Canuta llevaba sobre el seno nn ramo con flores artificiales de todas las estaciones, atado con lazos amarillos.

La señora Fajardo se aplicó al rostro tal cantidad de polvos de arroz, que su prolongada nariz se habia tornado en un alcartaz de papel ó un sorbete de limon.

Los guantes le llegaban á la mitad del brazo, como unas manoplas de dragon: y sobre el guante y en el dedo índice, llevaba una sortija de brillantes que habia recibido la noche de sus bodas con el señor don Modesto.

III.

El matrimonio Fajardo estaba impaciente, porque Luz ni aun comenzaba su tocado.

Los Fajardos tenian razon, estaban ya dispuestos, y ni la noche ni su hija aparecian.

—Estamos bien, esposa mia, estoy satisfecho de nosotros mismos, la diplomacia echa sus frutos por donde quiera que pasa.

—Estás como conviene á un verdadero *notable*, contestó doña Canuta.

—Esa junta me trae inquieto, se piensa ya en la *monarquía*, tú sabes que yo soy fanático por los tronos, las republiquetas no están en mi programa.... Estos demagogos nos aturden con su república romana. Véamos lo que era aquella demagogia.

—*Bruto*, haciendo brutalidades, como la de azotar á sus hijos; yo estoy seguro de que tú no permitirias que yo azotase á Luz.

—Imposible, caballero, aunque fuera usted muy *romántico*.

—Romano se dice, esposa mia.

—Dá lo mismo, en Sombrerete que es mi cuna, así les llamamos.

—Yo respeto, dijo el señor de Fajardo, los usos y costumbres de Sombrerete, pero ese derivado me parece inconveniente. En tiempo de los emperadores romanos, continuó con énfasis, todo era lógico; se me dirá que Calígula nombró consul á su *caballo*, estoy seguro que sabia algo mas bue muchos de los *notables*.

—Es cierto, contestó convicta y confesa la señora Fajardo.

—Ya estamos, continuó el diplomático, cansados de palabrotas sin sentido: ¡igualdad! ¡fraternidad! ¡libertad! frases infladas que nada quieren decir; bonita igualdad, si todos fuésemos, verbi-gracia, sombrereros. Fraternidad! yo no soy hermano de nadie! yo no reconozco en la sociedad mas herman-

dad que la del dinero y de los negocios. Libertad! ya lo hemos visto prácticamente, los demagogos en el poder y nosotros en la cárcel; no señor, la libertad es el cáncer del mundo: sobre todo, un pueblo como el nuestro, quiere que lo gobiernen y no gobernar, él no se reunirá nunca en las plazas á deliberar sobre los asuntos públicos. Quedaria bien si admitiese á un cochero en la discusion del régimen doméstico de mi familia.

—Las seis, y todavía no dan las nueve, dijo impaciente doña Canuta.

—Esta niña se dilata mas de lo natural, añadió el diplomático.

—Cenaremos antes de irnos, propuso la señora Fajardo.

—No, dijo don Modesto, puedo manchar el uniforme, y tú ese traje que has conservado intacto desde el año de 28.

—Entre paréntesis, dijo doña Canuta, me parece que el capitan Hugues se dirije á nuestra hija.

—Sí, respondió el diplomático, pero ella no se dirije á él, lo que me causa un vivo sentimiento. Tener un yerno frances, seria expeditar los negocillos que tengo pendientes. Esa muchacha se ha empeñado en amar á ese demonio de republicano; pero ya se irá olvidando con el tiempo, la ausencia es un específico.

—La veo triste, y esto me desconsuela.

—Así estaba el gran rey Luis XIV, y se casó con la viuda del jorobado Scarron. La historia es un libro abierto, querida mia.

—Don Serafin se ha entibiado, cuando yo le hacia en el candelero, dijo doña Canuta. Ese majadero ha desperdiciado las oportunidades mas brillantes, pero se ha desanimado al primer desaire; no obstante, lo veo en la intimidad de Luz y esto me dá cierta esperanza.

—Mi hija, añadió el diplomático, va á llamar la atencion esta noche.

—Como que don Alfonso la ha obsequiado con unas camelias con rocío de brillantes, dijo doña Canuta.

—¿De brillantes? preguntó el diplomático.

—Sí, de brillantes, repitió la Fajardo.

—Ese hombre espera algo de mí; luego que está uno en buena posicion comienzan los obsequios.

—Luz ha obsequiado á Clara con un traje.

—Bien hecho, mi hija es dueña de todo lo nuestro, ahí sí quiebran todas mis reglas; yo le cobraré al erario estas condescendencias. Me tachan de egoismo, ¡mentira! yo no soy despilfarrado; con la familia gasto lo que se debe gastar, esta Luz es mi flaco, cuanto hace me cae en gracia, yo tengo que vivir poco y....

—¡Pobre hija mia! repitió doña Canuta.
¡Qué raros son los corazones que resisten al amor filial!

IV.

Luz estaba en su tocador, con su amiga Clara, disponiéndose para el baile.

Las dos jóvenes estaban deslumbrantes.

Luz llevaba un traje de gró blanco, con una enegua de gasa de Chamberí del mismo color, adornado con tres ahuevados, los cuales, despues de haber guarnecido el borde inferior en todo el contorno de la enagua, subian en espiral hácia el corpiño.

Estas tres fajas abullonadas, estaban salpicadas de camelias con nna gracia esquisita.

El corpiño escotado y guarnecido con una triple vuelta de blonda, dejaba resaltar la nieve de aquellos magníficos contornos.

Entre el oro de sus cabellos llevaba prendidas cuatro rosas, del centro al lado derecho.

Sobre su cuello daba sus reverberos una soguilla de brillantes.

Unos guantes blancos ajustaban aquellas manos de criatura, y unos botines microscópicos se dejaban ver por intervalos tras aquella nube de gasas y de flores.

Dos tirabuzones acariciaban aqnella espalda marmórea.

Luz estaba resplandeciente!

La tormenta de sus amores habia languidecido su mirada y dado una sombra melancólica á aquellos ojos soberanos, como los de las Magdalenas de Correggio.

Clara podia rivalizar en belleza y esplendor con sn amiga.

Llevaba un traje de gró blanco con listas anchas color de rosa.

La guarnicion se componia de flores de cinta del mismo color con estrellitas de perlas en su contro, y entre una y otra flor, éstas subian hácia la derecha y se fijaban en nn recogido que contenia unos pendientes blancos.

Llevaba un cinturon de cabos anchos, con iguales pendientes, cayendo al lado izquierdo.

Para darle mas realce á su busto, donde se encontraban las líneas mas correctas de las esculturas de Canova, llevaba una camiseta blanca, esco-

tada y con plieguecitos de arriba abajo, que resaltaba sobre una especie de vuelta con bucles de gró blanco y color de rosa.

Un bandó de gruesas perlas, caia como un arco arriba de su frente.

Unos aretes de brillantes solitarios arrojaban luces menos deslumbradoras que las de sus pupilas.

Clara estaba en toda la fuerza y esplendor de su juventud; aquella sonrisa mataba, aquel aliento era una exhalacion de aromas, aquella mirada opacaba la luz del sol.

Las dos amigas se quedaron contemplando algunos momentos, se sonrieron al encontrarse tan hermosas y se dieron un beso.

—Las nueve, dijo Luz, ya hemos tardado mucho, y se encaminaron á la sala donde las esperaba impaciente el matrimonio Fajardo.

V.

Clara no pudo contener una sonrisa al aspecto de aquella pareja tan ridículamente aparejada.

—¡Lo dije! gritó el diplomático, yo voy á llevar las dos perlas del baile, las dos áscuas de la fiesta! ¡por el célebre Bentham que están las dos como unas imágenes! vamos, Luz, ven á besarme para que me convenza de que eres mi hija.

Luz se acercó á su padre y lo besó tiernamente.

—Si me lo hubieran contado no lo hubiera creido!

—Cómo, caballero? esta niña es mi retrato.

—No lo niego, pero mi hija me tiene orgulloso, yo debo votarte para reina en la Junta de Notables. ¡Dios mio! si trascienden á gloria. Señorita Clara, no sabia quo érais tan hermosa, lo asuntos me divagan, yo me dedicaré á galantear á estas dos muchachas, entretanto marchemos, que el billete dice que á las nueve en punto debemos estar en el salon; hoy todos somos ingleses.

VI.

A las nueve y media de la noche comenzaron á llegar los carruajes, que bajo la vigilancia de la gendarmería francesa, se colocaron á inmediacion

del Fran Teatro Nacional, donde tenia lugar esa noche el baile dado por la oficialidad del ejército expedicionario.

Serian necesarios (dice un escritor de aqnella época) la lozanía y el fuego de los primeros años juveniles, y una pluma oomo la de Nodier ó Bulwer para describir cumplidamente el aspecto del local, gustosa y sorprendentemente adornado é iluminado, y el movimiento y animacion del mar de gente que lo inundaba desde el vestíbulo hasta los últimos rincones, mostrando en sus olas, mezcladas y confundidas, la juventud, la elegancia, el lujo, y cuanto de mas bello encierra la sociedad mexicana.

El adorno de nuestro Gran Teatro Nacional, obra de Hidalga, y uno de los edificios mas suntuosos de América, comenzaba desde el vestíbulo iluminado con vasos de colores, y en ouyo oentro aparecia, entre los pabellones de México y de Francia, el águila imperial coronada de un sol resplandeciente formado con espadas.

El patio, cerrado con bóveda de cristales, que media entre el vestíbulo y la gran sala, parecia un bellísimo jardin.

En sus cuatro ángulos, y sobre piezas de artillería de montaña, balas, bombas y otros objetos do guerra, se alzaban vistosas colinas de plantas y flores esquisitas.

Las columnas y cornisas estaban tapizadas de flores y banderas.

Pendian del techo varios candiles; el piso estaba alfombrado y los corredores convertidos, el de la derecha, en depósito de capas y sombreros de caballeros, y el de 'a izquierda, en depósito de abrigos de las señoras y en tocador de las mismas, hallándose en este último departamento, modistas, y cuantos objetos puede necesitar el bello sexo.

Los corredores del piso alto igualmente adornados é iluminados, llevaban un adorno de oortinas y tiestos, con plantas y flores esquisitas.

Ahí estaban colocadas las mesas de la cena, rica y abundantemente servida, y que ocupaban tres de los ouatro corredores de arriba, quedando este último para el tránsito de la concurrencia.

En los corredores circulares, que dan entrada inmediatamente á la sala y al proscenio, habia otras mesas provistas de dulces, licores y helados, continuamente servidos al bello sexo por una servidnmbre numerosa.

VII.

El gran salon de baile estaba formado por el escenario y por el local de los espectadores, llamado *pátio*, y cuyo piso fué levantado hasta nivelarse con el primero, como se acostumbra hacerlo en los bailes de máscara.

La parte del escenario figuraba un bosque, en cuyo fondo habia un dosel hecho con dos grandes pabellones frances y mexicano, delante del cual se alzaban tres trofeos de armas artística y curiosamente construidos, y coronados de bujías, á que servian de candeleros los cañones de las pistolas y los puños de las bayonetas.

Este detalle de la parte ornamental, era enteramente nuevo en México.

El escenario se hallaba convertido en un bosque de ramas y arbustos naturales, sin que faltara en sus bóvedas, seculares al parecer, el heno que cuelga de nuestros sabinos de Chapultepec coetáneos de los Netzahualcoyotl y Moctezuma.

La sala propiamente dicha, tenia un adorno correspondiente á su estructura.

Los palcos de último órden ostentaban una cortina roja que los abrazaba en toda su extension, recojiéndose en los centros de ca a uno.

Los penúltimos tenian guirnaldas y festones recojidos igualmente, y el antepecho de los primeros ó superiores, estaba cubierto de cortinaje de terciopelo carmesí con fleco de oro, sosteniendo las columnas haces de banderolas con los colores mexicanos y franceses, y escudos ó trofeos de armas.

El palco de preferencia fué destinado al general Forey, y de los dos grandes inmediatos al escenario, el de la derecha fué ocupado por los miembros del póder ejecutivo de México, y el de la izquierda por el célebre ministro de Francia monsieur de Saligny.

Ademas de la gran lucerna del teatro, pendian del techo y los palcos tres órdenes de candiles, y la claridad estrema de esa parte de la sala hacia contraste con la oscuridad relativa del bosque.

Cubrian los frentes de las plateas grandes espejos que reproducian una y otra vez el local en sus lunas; y á lo largo del salon habia dos órdenes de asientos, sin que faltaran éstos en palco alguno.

Tres bandas de música habia dispuestas para la ejecucion de las piezas:

dos de ellas, del ejército frances, ocupaban varios palcos de los penúltimos, una frente á otra; la tercera, mexicana, si no nos engañamos, permanecia detras del fondo del bosque.

El aspecto de todo el teatro era magnífico, aun ántes de que lo animara la concurrencia.

VIII.

Una guardia de zuavos ocupaba la escalinata del teatro.

En el vestíbulo dos granaderos de á caballo estaban apostados, arrogantes, inmóviles, como dos estátuas.

Al penetrar en los corredores la gente, hacia entrega de sus esquelas de convite á una comision; los sombreros y abrigos eran dejados en los saloncitos de que ya hemos hecho mencion, y caballeros y señoritas se dirijian á la gran sala, que á las diez y media estaba ya enteramente llena.

A esa hora el toque de una marcha militar anunció la llegada del general Forey, quien seguido de su Estado Mayor recorrió desde luego el salon, saludando muy cortesmente á las señoras.

Dos oficiales de la comitiva se detuvieron frente á dos jóvenes que llamaban la atencion por su lujo y hermosura.

—Señorita, dijo uno de ellos, eso es abusar del derecho de ser encantadora, esto es herir sin compasion.

—El comandante, dijo Clara á su compañera, viene muy galante esta noche.

—Yo soy de su misma opinion, respondió Luz con una sonrisa capaz de resucitar á un muerto.

—Los dos crepúsculos, continuó el comandante, el ángel de la mañana y el de la tarde, los dos son encantadores.

—Señor Demnriez, dijo Luz, viene usted del país de la belleza.

—Señorita, estoy en el paraiso, y las mujeres nunca pueden entrar en comparacion con las nubes ni las apariciones.

—El capitan Hugues no es de la misma opinion, dijo Clara, véalo usted como permanece mudo.

—De admiracion, respondió el capitan, esto paraliza mi lengua y mi imaginacion, estoy verdaderamente fascinado, hay algo superior á mi ser que me influencia en estos momentos.

—Pues ustedes, dijo Clara, dando rienda á su hilaridad, van á estar muy molestos esta noche; figúrate, amiga mia, unos sonámbulos.

—Propiamente, respondió Demuriez, y tomó asiento junto á Clara.

El capitan permaneció en pié y entabló conversacion sobre el adorno del teatro; no se atrevia á aventurar una sola galantería á aquella mujer que verdaderamente lo fascinaba.

IX.

A veinte metros sobre el piso, es decir, á la altura de los palcos terceros, se encontraba el maldiciente jóven de los bigotes retorcidos, acompañado de su inseparable amigo Luis, uno de los jóvenes mas cargantes cuando se proponia burlarse de algun desgraciado.

Un curioso podria haber descubierto dos fisonomías burlonas y sarcásticas, recorriendo con ojos de basilisco á aquella muchedumbre donde se encontraban tipos curiosísimos.

—De dónde habrá salido tanta gente desconocida? preguntó Enrique á su amigo.

—Del infierno, respondió Luis, la mayor parte de esos señores no están empadronados, ¿no observas que todos traen fracs nuevos, seña mortal de que no los tenian?

—Buena conquista ha hecho la aristocracia, sobre todo aquella señora á quien un frances acaba de despintarle el extremo de la nariz.

—Sí, ya la veo, se le ha tornado en rubicunda: estas metamórfosis son muy comunes.

—Mira, exclamó Luis, allí está un don Simplicio, seguramente van á dar esta noche la Pata de Cabra.

—Ya, ya lo veo, ¡qué casaca! parece macero del ilustre ayuntamiento lleva tan alta la peluca, que si ti ndo el brazo le arranco la peineta.

—El talle le ataca apoplegía.

—Los bordados son de la decadencia.

—El espadin parece jeringa.

—¿Por qué no se habrá peinado aquel sugeto de la cabeza de Medusa?

—¡Calla! que es el redactor de la *Estafeta*.

—Qué genuflexiones hace el viejo zorro de la expedicion! ese general se parece á mi peluquero.

—Da lo mismo, todos son franceses, toda es emision europea.

—¿Y para qué traen acicates los oficiales?
—Se prepara una coutradanza de caballería.
—Y todos vienen armados.
—Puede ofrecerse otro *cinco de Mayo.*
—Ya anuncia la música un *rigodon.*
—Es la *cuadrilla de honor*, véamos las parejas.

X.

El baile comenzaba por la cuadrilla de honor, que se formó en el centro de la sala.

El general Forey y siete personajes mas, cuyas edades entrando en una suma rigurosa arrojarian los años de la era cristiana, y cuyas figuras darian asunto al lápiz de Granville y de Escalante, se lanzaron con desesperada parsimonia á las figuras del rigodon.

En cuanto á las señoras que les servian de pareja, no diremos una palabra; á fuer de galantes respetamos á las damas.

Aquello era un espectáculo de los mas graciosos.

Personas que jamas asistieron á un baile, zarandeándose como unos pollos en presencia de la sociedad entera: ¡qué piruetas! ¡qué caravanas! ¡qué equivocaciones!.... ¡y qué ridículo!

—¡Dios poderoso! esa cuadrilla de mómias es espantosa! dijo Enrique á su amigo Luis: aquel personaje no puede con sus *cuellos* proverbiales y se pretende que baile.

—Ese grupo representa la idea, es la Intervencion que danza, amigo mio.

—Aquel general pequeño y enjuto es el mozalvete de la cuadrilla.

Un aplauso unánime resonó en toda la sala.

—Gracias á Dios que ha terminado esa abominacion, dijo Enrique, temia que se desquebrajasen los bailarines.

—Con razon vienen embalsamados, repuso Luis.

—Han venido al teatro bajo su palabra de honor, tempranito los recoge el sepulturero.

—No, hombre, si estos se conservan en frascos de aguardiente.

—¡Canario! que turba se levanta al son del wals!

—¡Qué remolino! ¡qué batahola! que me ahorqnen si esos franceses dejan nn traje en buen estado!

—Han tocado á zafarrancho!

XI.

Era tan crecido el número de las parejas, que no hnbo *intermedios*, y mientras terminaba nna pieza, eran conducidas á su asiento las señoras qne acababan de bailar, otras se levantaban á ejecutar la siguiente, preludiada desde luego por alguna de las bandas de música.

A las doce danzaban mas de trescientas parejas, y aun habia sentadas no pocas señoras, annque todas mayores de edad.

Cuando la sala se despejó á causa de que la concurrencia comenzó á acudir á la mesa, bajaron de los palcos las señoras qne habian permanecido en ellos desde el principio y la tertulia ofreció un nuevo aspecto.

Las señoras iban vestidas con sencillez lujosa, aunque algunas llevaban alhajas valiosísimas.

La elegancia reinaba en casi todos los trajes y tocados, y los colores dominantes eran el blanco, el pajizo, el azul y el rosa claro.

—Eres un hombre insufrible, dijo doña Canuta á su esposo, no me has traido aún un compañero para nna pieza, cuando sabes la predileccion que tengo para el baile.

—Querida mia, la diplomacia no pnede ocuparse de esas frioleras, altos negocios se discuten y preparan esta noche.

— Llévame á la mesa, recnerda qne no he tomado nada desde esta tarde; tengo el estómago en un hilo.

El diplomático cargó con su adorada mitad y llegaron al convite gastronómico con el hambre de unos náufragos.

Ya hemos dicho que Luz habia rehnsado bailar, el capitan Hugues no se habia separado en toda la noche de sn lado, lo que la tenia snmamente fastidiada.

Don Serafin la habia buscado por todo el salon, pero en vano.

Una casualidad hizo que pasase cerca de Lnz, ésta aprovechando la oportunidad de alejarse del capitan, le habló al pasar.

—Señorita, dijo satisfecho don Serafin, he recorrido cien veces la sala, soy un torpe, no merezco perdon, pero estoy indemnizado porque al fin la encuentro á usted.

—Déme usted el brazo, estoy cansada.

—Con mucho gusto, dijo don Serafin, y se echó á andar hasta llegar al bosqne formado en el proscenio, donde Clara platicaba acaloradamente con Demuriez.

—Me tienen hastiada estos franceses, dijo Lnz.

Clara se desprendió de su compañero, y tomando el brazo á don Serafin se reunió con su amiga.

—Te veo mny entusiasmada esta noche.

—No, querida, estos oficiales dispntan por nada, tenemos que habérnoslas muy tiesas con ellos.

—¡Ay! dijo Luz, compadéceme, el señor Hugues me ha dado una broma de tres horas con su silencio. Él quiere que yo adivine su amor y yo empeñada en ignorarlo aunque me lo declare.

—El señor Demuriez me exajera el suyo.

—Recíbelo como una entrega del *Mundo Ilustrado.*

—Son ustedes terribles, esclamó don Serafin, yo me congratulo de tenerlas por amigas, y no obstante. tiemblo como un azogado.

—Es nsted asustadizo, dijo Clara resplandeciente de satisfaccion y de hermosura.

—Les diré á ustedes que yo prefiero la derrota si viene de personas tan hechiceras.

—Caballero, esclamó Luz, no ensarte usted galanteríae, ya nos está usted oyendo lamentar de esa plaga.

—Se quejaba usíed antes del silencio profundo del capitan Hugues, y por eso me apresuraba á entrar en ese terreno.

—Yo no queria precisamente que me enamorasen, hay tantas conversaciones....

—Usted perdone, no soy de la misma opinion, con ustedes no puede hablarse mas que de amores.

—Usted tiene, dijo Clara, ese sistema y nosotros lo respetamos; pero ya tanto amor nos tiene fastidiadas.

—Insisto en que Luz ha estrañado el proceder del capitan por ese motivo, de mí no tendrá igual queja ninguna mnchacha, y mncho menos si es tan hermosa como las que llevo á mi lado.

—Es reincidente, esclamó Luz.

—Entre paréntesis, el capitan signe á nsted como la sombra del Comendador.

Las dos jóvenes volvieron involuntariamente la cara hácia el capitan que sorprendió lo irónico de su risa.

—No toman ustedes algo? preguntó don Serafin.

—Tomaremos un helado, respondió Clara, y los tres se dirijieron á la mesa de refresco.

XII.

El capitan Hugues palideció terriblemente, y se propuso hablar á don Serafin dos palabras al oido.

El salon de refresco estaba concurridísimo, habia señoras que brindaban y hombres muy exaltados por el arreglo intervencionista.

El periodista Medusa decia á su co-redactor con aire de triunfo:

—Propónense nombres de príncipes y álguien se figura convertida en una duquesa, todo respira aquí *monarquía*, se respira un perfume de Versailles.

—Faltan urnas para el escrutinio; pero hacen sus veces las copas de Champaña.

—Labios encantadores, al libar, dejan escapar sobre la espuma un deseo, un voto, ¿qué digo? un voto en favor de la *monarquía*.

—Otros mas osados, dijo el compañero, votan y brindan en voz alta: ¡Feliz quien sea rey!

—Ha sido ya consagrado por manos hechiceras, ungido con champaña y coronado de rosas!

—El viento sopla, pues, del lado de la *monarquía*.

—"El viento y la mujer—dice un poeta—son una misma cosa," y "lo que quiere la mujer, Dios lo quiere."

—Las bellas han sido esta vez, como otras muchas, mas resueltas que los hombres.

—Lo que la prensa, dijo el compañero, balbute de algunos dias acá, en voz baja y con aire cortado, ellas lo proclaman denodadamente enseñando su blanca dentadura, con dulcísimas sonrisas y aire de triunfo.

—Los doscientos cincuenta notables no podrán hacer otra cosa mejor. Tendrán la galanteria de sancionar un voto emitido ya por voces indudablemente mas melífluas que las suyas y m s poderosas.

—Aun cuando fuesen diez mil, el resultado del escrutionio seria unánime, la monarquía será proclamada.

—Ni un solo sentimiento de pesar, decia el señor Fajardo, podemos consagrar á esa república que desaparece. Eróstrato que mandó quemar el templo de Efeso... nó, eso no viene al caso, decia que ha llegado la vez de decir lo que Reims á Sicambro, "dobla la cerviz, adora lo que has quemado y quema lo que has adorado." Sí, señores, nosotros podemos oir sin anegarnos en llanto, cuantas tragedias escriba Guillermo Prieto en sus peregrinaciones, sobre el triste fin de la república juarista.

—Pero tenemos, añadia, una cuestion, ¿será el rey extranjero ó mexicano? —Al morir Cambises, los siete grandes dinastas de Persia, convinieron en salir á caballo un dia y á una misma hora, y que aquel cuya bestia relinchara primero, seria proclamado rey.

—Este señor relincha demasiado, dijo un jóven, y todo el corrillo se disolvió á pesar de la elocuencia del diplomático.

—Guardaré para mañana, dijo para sí, mis citas históricas, y apuró una copa de vino.

—Volvamos al salon, esposa mia, dijo á doña Canuta, y tornaron á la sala algo abandonada por la concurrencia que se retiraba.

XIII.

Forey habia dejado el baile á la una y media, y el señor de Saligny hablaba ya con mucha dificultad al redactor de la *Estafeta*, que emprendia su ataque á la tercera botella de coñac.

Demuriez cargaba terriblemente á Clara, que se contenia ante el orgullo femenil, pero que ya falta de aliento, buscó á su amiga como á un puerto de salvacion.

—Vámonos, le dijo, estoy rendida.

—Esperarémos un momento, respondió la señora Fajardo, tengo dada esta contradanza á un caballero que me la ha pedido para un amigo.

La música anunció la contradanza.

El amigo á que se referia doña Canuta, se presentó seguido del alférez Poleon, que venia de punta en blanco, es decir, con su sable y sus acicates de Cazador de Africa.

—Le presento á usted al alférez Poleon.

—Es esta señora, dijo el cazador, la pareja que me teneis destinada?

—La misma, respondió doña Canuta que se habia propuesto bailar á todo trance.

—Bien, dijo Poleon, bailemos, y le presentó el brazo á la señora Fajardo, que se quedó al nivel del puño del sable.

Tomóla el alférez por la cintura, y levantándola por el aire, giró con ella como un desesperado.

—Me vengo de esta bruja, decia en su interior el alférez.

Doña Canuta estaba medio muerta.

En uno de aquellos giros gimnásticos, atoróse el acicate del alférez en el traje y lo desgarró completamente.

—Ese hombre va á descuartizar á mi esposa, clamaba el diplomático.

Poleon seguia en el vértigo de su wals.

En una de las ascenciones acreostáticas que efectuaba doña Canuta en los brazos del militar, acertó á introducir la punta de su larga y prominente nariz en un ojo del alférez.

—¡Me ha chafado! gritó Poleon, y plantó enmedio de la sala á la infeliz señora, dejándola abandonada y atarantada como si hubiera caido de la luna.

Un aplauso salió de uno de los palcos terceros y resonaron dos ¡bravos! que llamaron la atencion de la concurrencia.

Enrique y Luis reian á carcajadas.

Clara y la infeliz hija de lós Fajardos se cubrian con los abanicos.

—Vámonos, dijo don Modesto, he estado á punto de enviudar.

XIV.

Don Serafin acompañó hasta el carruaje á la familia, y cuando iba á entrar en el suyo, sintió un golpe de una mano sobre su espalda.

—Perdone usted, caballero, dijo un capitan de Estado Mayor, que no era sino Enrique Hugues el apasionado amante de Luz.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Cuando un hombre pone á otro en ridículo, dijo el capitan, está espuesto á ser llamado á un lance de honor.

—Precisamente, dijo don Serafin, ¿y bien?

—Ahorremos palabras, caballero, usted me ha insultado y me debe una satisfaccion.

Don Serafin, á pesar de ser un *dandy* almibarado, era hombre de honor; en su vida de vagancia habia aprendido á tirar el florete, ántes que ocuparse de la gramática, y era reputado gran tirador de la esgrima entre el mundo de elegantes.

—No tengo, dijo, una persona que me acompañe; pero si usted tiene dos amigos, uno me servirá de padrino.

—Presentes, dijeron á una voz el comandante Demuriez y el alférez Poleon, á quien le lloraba aún el ojo donde la señora Fajardo habia impreso su desmesurada faccion.

—Mi coche está cerca, señores, dijo don Serafin, y despues de haber entrado con los tres oficiales, gritó al cochero: Ignacio, á la glorieta de la Piedad!

XV.

Como en estos lances se hace gala de serenidad, se entabló conversacion sobre los accidentes del baile, hubo chistes y bromas de buen gusto.

La mañana comenzaba á claroar, cuando los cuatro caballeros se apeaban del carruaje.

—Ajusten ustedes las condiciones, dijo don Serafin, y se apartó á conversar con el capitan de cosas indiferentes.

Despues de cinco minutos, el comandante les dijo:

—Se trata de un negocio de poco momento, se batirán á *primera sangre.*

—Caballero, dijo Poleon, elija usted espada, y le presentó las del comandante y el capitan que eran absolutamente iguales.

Don Serafin elijió al acaso.

Despojáronse de sus casacas los contendientes, las espadas se cruzaron y comenzó el duelo.

El capitan era muy ágil; no obstante, el alférez que era conocedor, dió una mirada de inteligencia á Demuriez.

Efectivamente, don Serafin era un tirador de primera fuerza.

El combate se hizo terriblo.

El capitan se desmoralizó un tanto al encontrarse con un adversario que no imaginaba.

Don Serafin desvió con violencia el acero de su enemigo, y dejándose ir á fondo atravesó de parte á parte al desgraciado Hugues, que dando un ronquido sordo y terrible, se derrumbó, no solo en el suelo sino en la tumba.

—¡Bien muerto! dijo Poleon sacudiendo el cuerpo del capitan, y saludó cortesmente á don Serafin.

—¡Bien muerto! repitió Demuriez, tocándose el kepí.

Don Serafin desapareció todo confuso, dejando á disposicion de los padrinos el carruaje para conducir el cadáver del capitan.

CAPITULO UNDECIMO.

LA MONARQUIA.

I.

El dia 8 de Junio del año del Señor de 1863, se instaló solemnemente la Junta de Notables que debia expresar su voto respecto á la forma de gobierno definitivo del país.

Los hombres que concurrieron á esa célebre asamblea, se han sepultado en la noche del olvido ó en el fatalismo de la desgracia.

La junta de Notables fué propuesta por Saligny, ministro de Napoleon III, al comandante en gefe de la espedicion, y bajo sus auspicios se instaló y determinó la muerte de la república.

Se ordenó que las sesiones fuesen secretas, cuando se estaba bien seguro de que no habria un solo individuo que se opusiera á los mandatos del César frances.

Una voz sola se levantó como una protesta en el seno de la Asamblea.

En esas violaciones del derecho, nunca falta una protesta, y es que los rayos de la justicia trasponen las tinieblas mas densas.

Los *notables* soñaban con el apoyo de la Europa, creian que el ejército de Napoleon no abandonaria jamas el territorio mexicano.

Todos se felicitaban por el trinnfo intervencionista, los clérigos se daban abrazos, los generales se estreohaban las manos, y aquellos hombres que hnndidos en la oscuridad se les despertaba al mnndo de la política, haciéndoles comparecer como cómplices inocentes de un plan combinado de la Europa, se erguian como las notabilidades del porvenir.

II.

El señor de Fajardo pertenecia á ese número de entes que giran en los círculos bajos de la política, y que al ascender á otra atmósfera se enseñorean como una vieja el dia que estrena dientes postizos.

—Los dictámenes no están malos, decia el diplomático, cierto es que yo los hubiera redactado mejor; pero se me olvida en las circnnstancias supremas. Yo tengo hechos mis estudios sobre la monarquía en América que he intitulado: "Un trono en el Capitolio;" porque yo creo qne los Estados-Unidos están llamados al sistema monárqnico.

—Y al catolicismo, djio nn clérigo; la religion protestante abre nn abismo á los códigos reaccionarios qne son los únicos qne convienon á los paises meridionales.

—Caballero, Norte-América está mas al Norte que al Mediodia.

—Todo es respectivo, respondió el clérigo, Nueva-Orleans está al Sur del Norte.

—Muy bien, dijo Fajardo, esa esplicacion sí me satisface.

—Yo deseo, dijo el clérigo, que se le dé ingerencia al Sumo Pontífice en este negocio de la intervencion, él está inspirado y puede decir mas bien lo que le conviene á la católica México.

—Su Santidad es muy sábio, respondió el diplomático, y lo que debe hacer es bendecir á la monarquía.

El lector comprenderá á qué grado de ilustracion estaban ámbos personajes.

Acercóso otro *notable.*

—Señores, esclamó, ya está proxima la votacion, ustedes hacen falta, la discusion va á comenzar, las luces de su capacidad deben alnmbrar las cuestiones: señor de Fajardo, pida usted la palabra, pídala usted, todos sus amigos están empeñados en oirlo.

—Sí que la pediré, tenga usted la bondad de inscribirme en el *pro.*

III.

El notable fué á inscribir al señor Fajardo.

El presidente paso su nombre y se sonrió.

Leidos los dictámenes, y no habiendo oposicion, el presidente declaro que el dictámen debia ponerse á votacion.

Esto no fué oido por el señor de Fajardo, que estaba en la sala de descanso estudiando el discurso.

Un individuo le dijo:

—Señor Fajardo, le están esperando á usted.

El diplomático creyó que para hablar y no para emitir su voto, así es que salió precipitadamente y se colocó en la tribuna.

—El señor Fajardo: dijo el presidente, que esperaba el voto del diplomático.

Entonces éste se levanto, tosió, se compuso la peluca, y dijo:

—Señores! hago uso de la palabra para sostener ante el mundo civilizado, que... que....

—No hay nada á discusion, dijo el presidente, se trata simplemente de votar.

—¿Cómo de votar? preguntó el diplómatico, yo he pedido la palabra, mi nombre está en el registro, y no se me reducirá al silencio mientras yo no renuncie á este derecho.

—La discusion se ha cerrado y solo usted falta que votar.

—Yo creia ilustrar con mi discurso este asunto, y que se añadiese al espediente.

—Reclamo el órden, dijo un notable.

—Eso estoy haciendo, caballero.

—El voto! el voto! gritaron varias voces.

—Se me quiere hacer callar, está bien, que conste en el acta este episodio.

—Constará, dijo el presidente para cortar este ridículo incidente.

—Voto en *pro* de la *contra* del dictámen, dijo con énfasis el diplomático.

Este modo tan raro de formular el voto, provocó una grande hilaridad en la asamblea.

Quedó citada la junta para el dia siguiente, en que se entregaria la resolucion al general en gefe del ejército frances.

IV.

Don Modesto Fajardo se dirijió á su casa, donde encontró impaciente á doña Canuta.

—¿Qué pasa? le dijo.

—Qué ha de pasar, que se me atropella como en una cámara de demagogos. El discurso mas bien meditado, se ha suprimido con una *chicana*. Se me detuvo en el salon do desahogo para cerrar la discusion, mis enemigos quieren opacarme, pero yo brillaré á pesar de todos, los confundiré, los anonadaré.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Es un secreto todavía que no puedo revelar, mañana sabrá la nacion entera el resultado de nuestros trabajos, la diplomacia ha ganado en su terreno.

—Tú le reservas algo á tu esposa?

—A tí nunca te he reservado nada, tú lo sabes muy bien; pero hay cosas que no es posible revelarlas, me comprometo ante el Estado y mi conciencia!

—Está bien, dijo doña Canuta montada en cólera, tú me pedirás algo y entonces yo guardaré la misma reserva.

—Papá, dijo Luz entrando en la antesala, ¿no ha habido ninguna noticia de nuestro huésped?

—¡Ah! se me olvidaba! una catástrofe espantosa, horrible! este señor Demuriez es un bárbaro, todo nos lo ha ocultado, todo, hija mia.

—¿Pues qué pasa? preguntó alarmada doña Canuta.

—Es increible, yo estoy predestinado para todo lo trágico, ese capitan Hugues era un imprudente.

—¿Cómo era? ¿pues qué ya no existe? insistió la Fajardo.

Luz estaba temblando.

—Oidme, el capitan ha muerto en un duelo, la mañana siguiente á la noche del baile.

—¡Dios mio! dijo Canuta.

—Y lo peor es que se murmura que fué un asunto de señoras, dijo misteriosamente el diplomático.

—Siempre las mujeres! gritó la señora.

—Aun hay mas, que es lo que me confunde, añadió don Modesto.

—¿Aun resta algo despues de su muerte?

—Sí que resta, esposa mia: la maledicencia que sobrepasa todos los límites, añade que esa señora, motivo del desafio, es una persona de mi familia.

—Lo que escucho! dijo haciéndose interesante doña Canuta, acaso ese bárbaro del alférez Poleon, no, yo no lo creo, él no se ha permitido decirme una sola frase inconveniente ni que hiriese mi susceptibilidad.

—En ese respecto yo estoy tranquilo, repuso el diplomático, ese hombre, entregado á sus instintos brutales, no es capaz de comprender el amor, ni ménos ante tí, esposa mia.

—¿Pues qué tengo yo ménos que otra cualquiera?

—Al contrario, tienes mas que otras muchas, tienes un esposo.

Tranquilizóse la señora Fajardo.

Luz con aquella viveza de comprension, recordó la mirada del capitan á don Serafin cuando ellas se habian vuelto á mirarle imprudentemente; no obstante, ella no se esplicaba cómo aquel dandy pudo habérselas con un hombre de guerra como el oficial frances, por poco que estuviese acostumbrado á los lances de sociedad.

—Su cadáver fué hallado en el *Paseo*, por el señor Demuriez y ese imbécil del alférez Poleon. Aquí llega don Serafin, él podrá esplicarnos, s acaso lo sabe, el motivo de un lance tan desgraciado.

V.

—Señora, dijo don Serafin tendiendo una mano á doña Canuta, ya somos *monarquía*.

—¿Cómo monarquía?

—Sí, los señores notables, continuó despues de haber hecho un saludo al diplomático, han votado definitivamente por el establecimiento de un trono.

—Caballero, usted abusa de un secreto, cuando yo no he querido decirlo ni á mi esposa.

—México entero lo sabe, dijo don Serafin, ya esto no es un secreto, por lo tanto me permito decirlo á estas señoras y me felicito en ser el primero.

—¡Monarquía! esclamó la señora Fajardo, ¡monarquía! renacerán los tiempos de Luis XIV, las intrigas, la Pompadour!.... sí, es abominable llamarse *Fajardo*, es necesario inventar un sobre apellido mas retumbante y que trascienda á frances, por ejemplo, *Coquelet*.

—No, ese no, respondió el diplomático, así se llama el pastelero de enfrente.

—Es verdad, no lo recordaba; pues entonces, *Paté foagrá*.

—Señora, dijo don Serafin, eso quiere decir: hígados de pato.

—Y qué importa? no hay quien se llame Cabeza de Baca?

—Efectivamente.

—Tú deliras esposa, y te olvidas de lo principal.

—Sí, no recordaba, se necesita un título, sin pergaminos la vida pública es imposible, yo necesito un sobrenombre.

—Mamá, dijo Luz impaciente al oir tanta majadería, dejemos esto para cuando estemos en familia, yo declaro desde ahora que no me quitaré jamas el apellido de mi padre que es la herencia de mis abuelos.

—Niña, no sabes lo que te dices, tú no sabes nada de historia, lee los *Tres Mosqueteros*, é instrúyete. Allí no se habla sino de condesas, princesas y reinas.

—Yo le he recomendado, dijo el diplomático, la lectura del *Periquillo;* pero desde hoy le prevengo que se entregue á los libros que hablen de reyes.

—El *Bertoldo*, por ejemplo, dijo Luz, al ver ponerse en evidencia á sus padres delante de un estraño.

—Volvamos á nuestro asunto; ¿querrá usted, señor don Serafin, decirnos el motivo de ese duelo del capitan Hugues?

Una nube pasó por el semblante de don Serafin.

—Vamos, hable usted con franqueza.

—Yo....en fin....dijo incierto don Serafin.

—No tema usted, jóven, no tema usted inquietarnos, lo estamos ya demasiado para que se acrezca nuestra pesadumbre.

—Yo hablaré á usted con entera franqueza, cero que ustedes no pondrán en duda mis palabras.

—Luz vió realizadas sus sospechas.

—Todo soy de usted, caballero, repuso el diplomático.

—Al salir del baile se acercó á mí el capitan y me pidió una satisfaccion por un insulto, sin que yo sepa hasta ahora de lo que se trataba.

—Y eso que tiene, que....dijo doña Canuta interrumpiéndole.

—Tiene, repuso don Serafin, que solo por el orgullo de ser mexicano he aceptado este duelo.

—Es decir, gritó doña Canuta, que es el que.... ¡Dios mio! un asesino, un asesino!

—Esa palabra, señora! dijo don Serafin, el duelo ha sido presenciado por el señor Demuriez y el alférez Poleon.

El diplomático estaba asombrado.

—No, caballero, prosiguió la Fajardo, usted nos ha arrebatado á nuestro huésped, y esto es ni mas ni menos que un asesinato á sangre fria.

—La pragmática del rey Cárlos III, dijo el diplomático, lo tiene á usted sentenciado á la última pena, el duelo es un asesinato.

Don Serafin percibió los pasos del comandante Demuriez, y saliendo violentamente á la antesala le tomó por el brazo y lo introdujo á la pieza donde se encontraban los Fajardos.

VI.

—Caballero, le dijo el *dandy*, aquí se permiten decir que yo he asesinado al capitan Hugues; usted que ha presenciado como testigo aquel lance, diga si se puede dar tal nombre á ese suceso desagradable, yo apelo al honor de un soldado frances.

—Señores, dijo Demuriez, este caballero ha matado en buena lid al capitan Luis Hugues del Estado Mayor del general Forey. La sociedad tiene sus leyes, que por ser tan sagradas no están escritas, el dicho de dos hombres de honor es suficiente á la sociedad para alejar de un caballero la reputacion cobarde de asesinato.

—La religion, gritó doña Canuta, y la ley, prohiben el desafio; me ratifico, el señor es un asesino.

—Caballero, dijo Luz á don Serafin, usted ha ganado mas de lo que creia en este lance, yo lamento la muerte de un hombre, pero tengo en alta estima, al que creyéndose humillado por su calidad de mexicano, aceptó un duelo esponiendo su existencia.

Don Serafin estrechó la mano á Luz, y saludando á los Fajardos salió para siempre de aquella casa.

VII.

— Bien lo haces, hija mia, dijo doña Canuta luego que se quedaron solos, ese mequetrefe te ha quitado al novio de una estocada, y te permites darle las gracias; yo deseara que alguno matara á Fajardo, para que vieras de la manera como debe portarse una señora.

—Mas vale que no lo vea de una manera tan práctica, dijo el diplomático.

—Yo, mamá, dijo Luz, tengo otro modo de pensar, y declaro á ustedes que no aceptaré jamas por marido á un frances ni á un imperialista; criada en una libertad absoluta, sin mas restricciones que las de una buena moral, creo que un hombre que abdica de su dignidad y pide *amo*......

—¡Silencio, niña! Me comprometes altamente, ya estamos en la monarquía, no quiero que se me encarcele en la Diputacion y se me tenga como al *Máscara de Fierro*.

—Ya pensarán en una Bastilla; ¿dónde hemos de poner á los reos de lesa majestad? Hay cosas que son absolutamente necesarias.

—Las prisiones de Estado, replicó el diplomático, son uno de los mas firmes apoyos del trono.

—Si no fuéramos casados, te aconsejaria que te ordenases, porque tú llegarias á ser un Richelieu.

—Seré un Richelieu sin tonsurar, respondió don Modesto, poseo en alto grado la divina ciencia, es decir, la diplomacia, ayer leí todo el Manual.

—Y no está en ese manual el número de gatos que deban tener los hombres de Estado? porque yo he oido decir que el célebre cardenal tenia una ó dos docenas.

—No, dijo Fajardo, eso no pertenece á nuestra escuela, esos eran caprichos de aquel grande hombre.

—Pues tú debes tener los tuyos, aquí hay una gata, puedes dedicarte á ella.

—Yo me dedico á otro animal, respondió don Modesto.

Luz salió de la sala desesperada de no hallar en sus padres un solo átomo de sentido comun.

VIII.

Al siguiente dia, 11 de Julio de 863, se hallaban reunidos los hombres de la asamblea de notables, en el salon donde la república ostentaba desde su independencia la majestad nacional.

En aquel recinto profanado entonces por aquella gente que entregaba á la nacion en manos de la Francia y sus destinos á un porvenir sombrío y lleno de vicisitudes, se habia proclamado el segundo imperio.

El entusiasmo conservador habia elevado á la altura de *regencia* al poder ejecutivo, y habia votado la víspera de ese memorable dia, el que se levantase un busto á la majestad de Napoleon III.

A los pies del invasor se llevaba una lluvia de votos de gracias.

El pueblo no se manifestó cómplice en el atentado contra su independencia.

Esto le basta á la historia de las nacionalidades.

IX.

El mismo dia y en aquella hora, se hizo circular el siguiente telégrama del alambre de Veracruz.

"Al presidente Davis.

Milford, 3 de Mayo.

Ayer penetró el general Jackson en la retaguardia del enemigo, y le arrojó de todas sus posiciones desde Wilderness hasta una milla de Chancelloresville.

Dos de las divisiones de Longstreet, atacaron al enemigo por el frente.

Hemos hecho muchos prisioneros, y las pérdidas del enemigo en muertos y prisioneros, son considerables.

Hoy se ha renovado la batalla.

El enemigo ha sido desalojado de todas las posiciones que ocupaba, y arrojado hácia el Rappanahok, y está retirándose.

Tenemos que dar gracias otra vez al Todopoderoso por haber ganado una gran batalla.

Robert E. Lee, general en gefe."

—He aquí, decia uno de los notables, destruidas todas las esperanzas de los republicanos.

—Sí, añadia otro, ya lo tenia previsto, esa nacion va á desaparecer en la catástrofe abolicionista; vean ustedes si es empeño el querer la libertad de esos etíopes. Lo que nos importa es la prolongacion de la guerra, mientras desaparecen los elementos del gobierno juarista; "divide y triunfarás." Los yankees son el demonio, no abandonarán la idea de independencia hasta hacerse pedazos, y entonces quedarán tan débiles, que no tendrán mas partido que reconocer al imperio.

—Yo veo, repuso el otro, que esa obstinacion es maliciosa, la realidad es que le tienen los Estados-Unidos un terror pánico á las armas francesas, ¿qué papel haria Grant delante del general Forey?

—Ridículo, mas que ridículo, prosiguió entusiasmado el miembro de la asamblea. Yo pienso que seria fácil una invasion á la tierra americana; con un ejército como el de Napoleon todo se alcanza; ya ve usted, en un año han llegado hasta Puebla, y eso que eran cincuenta mil hombres nada mas. Aquí no hay puentes como los de Austerlitz, ni existen los valientes moscovitas que incendien una ciudad: aquí los recibimos con flores; porque entre la demagogia y el extranjero, mil veces lo segundo, amigo.

—Yo he sido siempre imperialista, en todo país debe existir una familia real que herede el gobierno, y no esta gerga de elecciones, que alienta todas las ambiciones bastardas y eleva á todas las nulidades.

—Muy bien dicho, señor mio, qué diferencia entre un europeo, y verbigracia, un D. Vicente Guerrero, un Juarez, esto es espantoso.

Poco mas ó menos, así discurrian todos los miembros de la asamblea de notables.

X.

Los miembros de la regencia se reunieron en el salon de embajadores, dando prévio aviso á la asamblea, que presidida de Lares y los secretarios, fué á poner en sus manos el acta de sus importantes trabajos y resoluciones, firmada ya por todos los miembros de la junta.

Almonte con voz sonora y en medio de un silencio solemne, dijo:

"El supremo poder ejecutivo provisional de la nacion, á sus habitantes, sabed:

Que la asamblea de notables ha tenido á bien decretar lo siguiente:

La asamblea de notables, en virtud del decreto de 16 del próximo pasado, para dar á conocer la forma de gobierno que mas convenga á la nacion, en uso del pleno derecho que ésta tiene para constituirse, y como órgano é intérprete de ella, declara con absoluta independencia y libertad, lo que sigue:

1º La nacion mexicana adopta por forma de gobierno, la MONARQUÍA moderada hereditaria con un príncipe católico.

2º El soberano tomará el nombre de emperador de México.

3º La corona imperial de México, se ofrece á S. A. I. y R., el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.

4º En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesion del trono que se le ofrece, la nacion mexicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleon III, emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.

Dado en el salon de sesiones de la asamblea, á 10 de Julio de 1863.—*Teodosio Lares*, presidente.—*Alejandro Arango y Escandon*, secretario.—*José María Andrade*, secretario,"

Un aplauso acogió la lectura del decreto.

Siguieron los discursos que la historia guarda en sus protocolos, como el testimonio mas palpitante del extravío humano.

Una salva de ciento un cañonazos anunció á la capital el *Papum habemus* de la monarquía.

XI.

La regencia con los señores Forey, Saligny, la asamblea y el ayuntamiento, pasó entre valla formada por la tropa, á la Catedral, donde fué cantado un Te Deum á toda orquesta.

Forey y Saligny se sentaron en un dosel frente al que ocupaba la regencia.

Los representantes ocuparon asientos colocados en la crujía.

El Estado Mayor del comandante en gefe, se colocó en la tribuna destinada á tal objeto.

El clero estaba de enhorabuena. Hacia mas de medio siglo que no se

veia en la motropolitana una fiesta monârquica, esos dias desaparecieron con la dominacion española.

El clero se disponia desde entonces á ungir al emperador.

A las tres de la tarde se publicó el decreto, saliendo en procesion el ayuntamiento, precedido del prefecto político.

El cielo se habia nublado, aquella profanacion despertaba su ira, las nubes agrupadas en el horizonte se desgajaron al soplo de una tormenta, y aquella comitiva que sacaba el pendon de la vergüenza, el cartel de muerte para la república, fué disuelta por la tempestad, en medio del silencio del pueblo á quien le revelaba tan torpe ceremonia, que habian muerto sus libertades públicas, pero que á costa de su sangre renacerian como el Fénix, de sus propias cenizas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

EL IMPERIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ALGO DE HISTORIA.

I.

A las oraciones de la noche del dia 28 de Setiembre de 863, un hombre de vestidos talares rezaba en un rincon de la catedral de Strasburgo.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada y los ojos completamente cerrados, parecia que la imágen de algun nicho habia descendido á los mármoles del pavimento.

En lo plegado de su ceño no se adivinaba la contemplacion del misticismo, ni la absorcion anacoreta.

La iglesia estaba completamente sola.

Aquel sitio era el mas á propósito para dejar arrastrar el pensamiento en la corriente de los sueños.

Aquel hombre, que era un sacerdote peregrino, manifestaba en su porte y elegancia pertenecer á la aristocracia del clero.

Desde luego se notaba que era extranjero en aquel lugar.

Si un rayo de luz hubiera dado sobre su cerebro, hubiéramos contemplado un mundo de imágenes agitarse como las olas del pensamiento.

Figuras sombrías, sangrientas, espíritus fascinadores, ensueños terribles de ambicion y de venganza, atmósferas de luz deslumbradora, y en medio de aquel torbellino de sangre y de esperanzas, alzarse el pedestal de la gloria satisfecha!

Levantóse repentinamente, se santiguó delante del altar, paseó su mirada por las naves y las bóvedas y salió de la catedral.

A corta distancia se detuvo y contempló con asombro la fachada del templo, que es dos tantos mas alta que los edificios de cuatro pisos que la rodean.

Las campanas daban el toque de *Ave María*.

El clérigo levantó la vista y la fijó en la torre de filigrana esbelta y magestuosa que prolonga á una altura fabulosa su aguja de remate.

Despues de un momento siguió su marcha: atravesó varias calles: al pasar por la plaza de Guttemberg, vió con frio desden la estatua del grande hombre, y despues entrando en un carruaje, se dirigió á la estacion del ferrocarril que salia en esos momentos para Viena.

II.

En el tren de primera clase se unió con varios individuos y comenzaron á hablar confidencialmente en lengua española.

—Han visto ustedes, dijo un jóven de barba negra y elegantemente vestido, los periódicos ingleses?

—Sí, dijo el clérigo; el *Times* declara que Inglaterra está dispuesta á reconocer la nueva monarquía mexicana el dia que el archiduque Maximiliano tome oficialmente el poder.

—El órgano del partido avanzado, dijo un anciano de frente ancha y facciones pronunciadas, el *Sun*, aplaude la restauracion del órden en México.

—Puédese decir, replicó el clérigo, y afirmarse con verdad, que la obra de la Francia, comenzada de concierto con la Inglaterra y la España, y proseguida con el recuerdo tácito de la Europa, recibe hoy de todos la mas esplícita y solemne confirmacion.

—Devuelto á sí mismo el pueblo mexicano, vuelve naturalmente el órden y á la libertad, y la corona imperial que se levanta para ofrecerla al archiduque de Austria, no halla en Europa sino universales simpatías.

—Todas las potencias, añadió el jóven, están dispuestas á reconocerle de un modo oficial; ninguna piensa en abstenerse de hacerlo.

El clérigo recapacitó un instante y prosiguió:

—El asentimiento de Francia, Inglaterra y España está asegurado de largo tiempo atras; el de la Prusia é Italia no se hará esperar; la Suecia, la Baviera, la Bélgica, la Grecia, la Holanda, el Portugal, la Dinamarca, en una palabra, todos los Estados del Continente se asociarán á este acto europeo, y el Brasil por su parte se apresurará á reanudar con el nuevo imperio relaciones que vendrán á ser mas fecundas y seguras.

—En realidad, dijo el anciano, la cuestion mexicana que ayer se complacian en presentar tan erizada de dificultades, se halla hoy resuelta.

El jóven de la barba negra no pareció muy satisfecho, pues hizo la observacion de que España al verse fuera de la candidatura para el trono de México, acaso no seria fácil de prestarse al reconocimiento del nuevo órden de cosas.

—En cuanto á la España, replicó el clérigo un tanto exaltado, no hay que temer. España no se halla menos favorablemente dispuesta, por mas que á la opinion pública habria halagado mas satisfactoriamente la solucion mexicana, si la eleccion de la Asamblea de Notables hubiera llamado á un príncipe de la casa de Borbon.

—Fácilmente, dijo el anciano, se resignará con el ejemplo de desinteres de la Francia, á renunciar á toda pretension dinástica.

—Seria preciso, añadió el clérigo, ser alarmista hasta el exceso para imaginar que la candidatura del archiduque pudiera suscitar formal oposicion en los gabinetes europeos.

—Estamos persuadidos, añadió otro de la reunion que habia seguido con interes la conversacion, de que el advenimiento al trono mexicano, del archiduque, puede considerarse desde hoy como un hecho consumado, y que esto, lejos de escitar en Europa desconfianzas y rivalidades, será visto como un beneficio para nuesta patria, y como el mejor garante para la armonía entre nuestro país y las naciones europeas.

La conversacion se interrumpió sin que lo notara ninguno de los actores de aquella escena, tan embebidos estaban en sus ideas y reflexiones.

III.

El lector habrá conocido que los individuos que van de viaje para Viena, son los personajes conocidos que formaron la comision mexican apara ofrecerle al archiduque Maximiliano el trono de México.

La cuestion de México atravesaba por una terrible crísis.

Las miradas del mundo civilizado estaban fijas en esa pequeña fortaleza que se levanta á orillas del Adriático.

De aquel castillo debia salir un hombre coronado á regir los destinos de una nacion donde el eco de su nombre no habia ni aun repercutido.

La diplomacia europea se habia presentado ante el foso de Miramar y llamado con mano atrevida á la apartada estancia de un descendiente de los Hapsburgos.

La Francia era la emisaria de la nueva monarquía.

IV.

La hija predilecta del rey Leopoldo, que veia con celo á su hermano cerca del escaño del trono y perpetuarse la dinastía de Francisco José en Austria, sintió ensanchar su corazon, y aquel cerebro calenturiento comenzó á poblarse de cnsueños de esplendor, quo acabaron por dominar á la interesante Carlota de Austria.

El jóven hermano del emperador, el antiguo gobernador del Lombardo-Veneto, el grande almirante de Austria creyó en la predestinacion de su familia para el solio del universo y sintió en su orgullo la presion de una corona sobre su frente.

Cuando se le anunció que la comision mexicana se presentaria en Miramar con la acta de la Asamblea, ya un autógrafo de Napoleon III le habia puesto al corriente hasta de la respuesta que deberia dar á los comisionados.

Unos chambelanes del palacio se dirigieron en carruajes á la estacion del ferrocarril de Trieste á esperar á los enunciados mexicanos.

V.

Los viajeros de Strasburgo habian caminado treinta y seis horas, cuando los silbidos de la locomotora les avisaron que dentro de breves instantes se hallarian en la grandiosa ciudad de Viena que se estiende magnífica á orillas del Danubio.

La caravana diplomática se dividió en grupos, dirigiéndose como todo extranjero, á visitar lo mas notable de la poblacion.

Sorprendente es la vista del antiguo palacio de Belvedere y sus preciosísimos jardines, pebeteros continuos de aromas y cubiertos de esquisitas flores y agradables sombras.

El museo es admirable por lo rico de sus pinturas, donde se hallan las obras maestras de todas las escuelas qne venera el arte.

El palacio de José II es de un gnsto ornamental esqnisito.

En sus jardines está edificado una especie de templo adonde se alza magestuosa la estátua de Teseo, obra del inolvidable Canova.

VI.

Los conventos de Capuchinos y Agustinos, en nada han cambiado la forma de la edad media.

Allí se detuvo el clérigo mexicano delante de los sepulcros de los emperadores de Austria.

Su talento filosófico lo dejó inmóvil á la vista de aquella sombría morada último asilo del orgullo hnmano.

La gloria, las hazañas, el heroismo, todo bajo aqnellos pesados mármoles, todo vuelto cenizas!

Este panteon, pensó el clérigo, destinado á los descendientes de María Teresa, guardará vacía la cavidad destinada á Fernando Maximiliano.

Esta tumba será la solucion de continuidad de la rama de Hapsburgo.

El clérigo pensó en el porvenir y sin querer se estremeció.

Una tumba en América!.... será abierta por la revolucion?

Sns piernas temblaron, nn sudor frio inundó su limpia frente y cayó de rodillas delante de las tumbas de los descendientes de Carlo Magno.

Un vértigo se apoderó de sus sentidos, y comenzó á ver que las estátuas se movian, que los mármoles de los sepulcros se levantaban dando paso á las sombras de los difuntos emperadores, todos ellos le veian con ojos sombríos pidiéndole cuenta de su jóven descendiente.

Influenciado por aquella pesadilla terrible, atravesó las naves de las Capuchinas, el eco de sus pisadas le hacia estremecer, al fin encontró la puerta y despertó de aquel sonambulismo al azotar su frente el aire puro de la noche.

VIII.

El 1.° de Octubre salió la comision mexicana para Trieste, y al amanecer partió la locomotora con los viajeros, nuncios de la monarquía austriaca en América.

El clérigo estaba silencioso, sombrío, su cerebro no se acababa de despejar de aquel horizonte oscuro donde se reflejaban aún las imágenes de aquel sueño horrible. Le parecia que soñaba, á lo que contribuian los accidentes que presenta esa obra romana del ferro-carril de Viena á Trieste.

Allí se han vencido cuantas dificultades puede oponer la naturaleza al génio del hombre.

La máquina, seguida de una comitiva inmensa de wagones, y respirando agitada y estremecida, escalaba montañas de una altura inmensa, se deslizaba magestuosa sobre viaductos de tres órdenes de arcos, unos sobre otros; penetraba en profundas y largas horadaciones practicadas bajo los montes, atravesando sin miedo sobre puentes tirados, sobre anchurosos rios. Aquello era un vértigo, era la existencia arrebatada en alas del destino.

Llegó la noche: entonces aquellas nubes negras, respiro perenne de la locomotora, tomaron un color de fuego de donde se exhalaban continuamente chispas que el viento arrebataba á largas distancias.

El ruido era el de la tempestad; pero aquella tempestad se iba calmando, el movimiento menguaba con rapidez, y á lo lejos comenzaba á percibirse como una faja negra en el horizonte, las aguas tumultuosas del Adriático.

IX.

Dos chambelanes de la casa de Austria esperaban á la comision mexicana.

La felicitaron de parte de los archiduques, y la condujeron al suntuoso hotel de Ville, en donde estaba dispuesta una magnífica cena y habitaciones lujosísimas.

El anciano que hemos visto en los trenes, fué invitado á pasar al dia siguiente al palacio del archiduque.

X.

A los dos dias (3 de Octubre de 863,) la comision fué introducida en el palacio de *Miramar*, habitacion de Maximiliano de Hapsburgo.

El castillo de Miramar es un vasto y lindo palacio, edificado desde sus cimientos por el archiduque, en un cabo ó lengua de tierra que se arroja hácia el mar.

Tiene, pues, un carácter y aspecto, unos puntos de vista deliciosos, y se reconoce lo que puede una voluntad firme y enérgica, cuando se ven aquellas áridas rocas, á donde se hace llegar escasamente y con grandes gastos el agua potable, trocados en risueños jardines verdes y floridos, parques caprichosos, enramadas, calles de árboles, corredores, bellos estanques de copos trasparentes y purísimos.

Como todo esto se halla formado sobre la montaña, presenta un cuadro de vista mágico; ya se contemple desde la cima, ya se mire desde el pie de la eminencia ó desde el mar.

No lejos del castillo y dentro del jardin, hay una graciosísima habitacion, que los archiduques llamaban su casa de campo, y que está dividida en dos departamentos.

Estos sitios deliciosos, están abiertos para el público que los recorre en numerosos grupos, constituyendo el mas bello paseo de la ciudad de Trieste.

XI.

Llegó la comitiva á la puerta interior del castillo.

Encontró á los criados en dos hileras, eran muchos, y vestidos con diferentes y riquísimas libreas, unos do marineros, otros de negro con bordados de plata y espada al cinto, otros con chupines blancos é insignias azules, y todos, menos los primeros, de calzon corto, media de seda y zapato bajo de charol.

Por entre todos sobresalian los alabarderos, una especie de gigantes, con barba crecida, sombrero al tres, adornados de galones y pluma blanca, que inmóviles como si fueran de piedra, se hallaban guardando la puerta con su larga alabarda, al parecer de plata, y el asta forrada de terciopelo carmesí.

En la puerta interior, los empleados de categoría de la casa, hicieron los honores de recepcion.

XII.

Despues de una corta espera, se abrió la entrada de un salon, en el cual estaba el archiduque de pie.

Maximiliano era un jóven de treinta y tres años, alto, arrogante; sus cabellos rubios y escasos se dividian sobre una frente despejada; sus ojos, de un azul claro, con la mirada fria y algo paralizada, la nariz recta y levantada en su estremidad, hasta descubrir un tanto las fosas nasales; una barba larga, dividida, formando dos grupos que caian hasta el pecho, el bigote mas claro aûn que la barba, dejaba ver la dentadura superior muy pronunciada á causa de lo entrante de la mandíbula inferior.

Maximiliano conservaba todo el tipo de sus antepasados, parecia una de esas estátuas que se conservan sobre las tumbas de la edad media.

Llevaba ese dia solemne el archiduque, un frac azul con botones dorados, pantalon negro, chaleco blanco, y sobre su pecho la cruz de San Estéban, y al cuello el Toison de oro.

El anciano que parecia presidir la comision, se adelantó al archiduque, y con voz trémula y cortada, dirigió una breve arenga, cuyos párrafos fi-

nales hemos creido deber consignar en estas páginas, y puso en sus manos el acta de la junta de Notables, en que se le proclamaba emperador de México.

"Grandes han sido, dijo, nuestros desaciertos, alarmante es nuestra decadencia; pero hijos somos, señor, de los que al grito de *Religion, Patria y Rey*, — tres grandes cosas que tan bien se adunan con la libertad—no ha habido empresa por grande que fuera, que no acometieran; ni sacrificio que no supieran arrostrar constantes é impávidos.

"Tales son los sentimientos de México al renacer, tales las aspiraciones de los que hemos recibido el honroso encargo de esponer fiel y respetuosamente á vuestra alteza imperial y real, al digno vástago de la esclarecida dinastía, que cuenta entre sus glorias haber llevado la civilizacion cristiana al propio suelo, en que aspiramos, señor, á que fundeis en este siglo XIX, por tantos títulos memorable, el órden y la verdadera libertad, frutos felices de esa civilizacion misma.»

"La empresa es grande, pero es aun mas grande nuestra confianza en la Providencia; y que debe serlo, nos lo dicen bien claro el México de hoy y el Miramar de este glorioso dia."

La acta estaba en un pergamino arrollado y puesta dentro de un cetro de oro, obra de un artista mexicano.

Representaba dos águilas pegadas con una corona imperial: en el pico tenian una serpiente y las rodeaban ramos de laurel y oliva.

Maximiliano permaneció impasible: en vano aquel grupo que habia atravesado la llanura del Atlántico, para rendir el primer homenaje al estranjero, buscó en aquella mirada un síntoma que revelase la satisfaccion y el orgullo.

El archiduque no abandonó la frialdad serena de su raza.

La comision creia que Maximiliano levantaria aquel cetro que se le ponia dulcemente á sus pies.

"Señores, dijo el archiduque, estoy vivamente agradecido al voto emitido por la asamblea de Notables en México, en su sesion de 6 de Julio, y que vosotros estais encargados de comunicarme.

"Lisongero es para nuestra casa que las miradas de vuestros compatriotas se hayan vuelto hácia la familia de Carlos V, tan luego como se pronunció la palabra *monarquía*.

"Por noble que sea la empresa de asegurar la independencia y la libertad de México, bajo la egida de instituciones á la par estables y libres, no

dejo de reconocer, en perfecto acuerdo con S. M. el emperador de los franceses, cuya gloriosa iniciativa ha hecho posible la regeneracion de vuestra hermosa patria, que la monarquía no podia ser allí restablecida sobre una base legítima, perfectamente sólida, á menos que la nacion toda, espresando libremente su voluntad, quisiera ratificar el voto de la capital.

"Así, pues, del resultado de los votos de la generalidad del país, es de lo que debo hacer depender en primer lugar la aceptacion del trono que me es ofrecido.

"Por otra parte, comprendiendo los sagrados deberes de un soberano, preciso es que yo pida en favor del imperio que se trata de reconstituir, las garantías indispensables para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarian su integridad é independencia.

"En el caso de que esas prendas de nn porvenir asegurado fnesen obtenidas, y de que la eleccion del noble pueblo mexicano, tomada en sn conjunto recayese sobre mí, fuerte con el asentimiento del augusto gefe de mi familia, y confiando en el apoyo del Todopoderoso, estaré dispuesto á aceptar la corona.

"Si la Providencia me llamara á la alta mision civilizadora ligada á esa corona, os declaro, desde ahora, señores, mi firme resolucion de seguir el saludable ejemplo del emperador mi hermano, abriendo al país, por medio de un régimen constitucional, la ancha vía del progreso, basado en el órden y la moral, y de sellar con mi jnramento, lnego qne aquel vasto territorio sea pacificado, el pacto fundamental con la nacion.

"Solo así podria ser inangurada nna política nneva y verdaderamente nacional; en que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarian en comnn para dar á México el lngar eminente que parece estarle destinado entre los pneblos, bajo un gobierno qne tenga por principio hacer prevalecer la *equidad con la justicia*.

"Tened á bien, señores, dar cuenta á vuestros concindadanos de las determinaciones que acabo de anunciaros con toda franqueza, y provocar las medidas necesarias para consnltar á la nacion respecto del gobierno qne intenta darse."

Durante este acto solemne, un pintor de palacio, por órden del archiduque, tomaba sns apuntes para un cnadro histórico.

Pasada la ceremonia, Maximiliano entró en una plática confidencial, en la que desarrolló las ideas emitidas en el discurso, y los Notables tomaron nota de las siguientes palabras del archiduque:

"He seguido mny atentamente el movimiento monárquico que se obra

en vnestro país. Por las noticias oficiales que S. M. el emperador de los franceses ha tenido á bien comunicarme, y por los detalles contenidos en los periódicos ingleses y españoles, he estado en aptitud de hacer constar netamente sus progresos. He aquí una carta de México, en que se hallan exactamente indicados los puntos adheridos al voto de los Notables. Bien veis qne no comprenden sino la cuarta parte de México. Por mas que yo esté convencido de que el ejército frances presto librará á las demas provincias de la presion ejercida en ellas, y de que entonces como vosotros me lo aseguraix, la inmensa mayoría sancionará el voto de 12 de Julio, debo á mí mismo, como á la nacion á quien consagraré en lo sucesivo mi vida, el no tomar las riendas del gobierno en tanto qne la guerra civil esté desolando á México.

"Anunciadme que la mayoria está ya declarada en favor de mi eleccion, y en menos de veinticuatro horas estaré listo para partir.

"Consideradme como un soldado decidido á responder al llamamiento de la Providencia; mas para que yo reconozca de una manera infalible el dedo de Dios en la mision que acaba de tocarme en suerte, debo insistir en que la voluntad nacional se manifieste en términos que no dejen duda alguna legítima sobre la espontaneidad de mi eleccion."

La comision quedó sorprendida de la exactitud de aquel razonamiento, y rindió homenaje á aquellos sentimientos del archiduque, declarando unánimemente, que el pueblo mexicano por el momento, no deseaba sino obtener la aquiescencia de S. A. I. al voto de 12 de Julio: que en cuanto á la realizacion de este voto, el mismo pueblo se remitiria gustoso á la cordura del archiduque para la eleccion de la época.

XIII.

Concluido aquel acto, Maximiliano hizo presentar á cada uno de los miembros de la comision.

Presentó despues á su esposa Carlota, hija del rey de los belgas.

La bellísima Carlota Amalia, tiene nna fisonomía interesante, nna simpatía profunda, alta, esbelta, magestuosa, unos ojos garzos de donde se desprenden miradas dominantes, á veces sombrías y doloridas, unos labios rojos y una dentadura de marfil, su cabeza perfectamente modelada; en todo aquel conjunto de contornos y de belleza, hay algo que no está de

acuerdo con el arte, y es, que la jóven flamenca tiene las manos y los pies un tanto desproporcionados.

La hija del rey Leopoldo, es toda inteligencia é instruccion: educada con esmero, sus dotes naturales realzan como el brillante con el jaquel.

Galante en su trato, delicada en sus espresiones, conoce el lenguaje refinado de las cortes, y es reputada entre el bello sexo europeo como una notabilidad.

Vestia la jóven archiduquesa un primoroso traje color de rosa, con una larguísima y régia cola, una corona de flores de liston y gasa del mismo color sembrada de brillantes, un collar de solitarios de un tamaño fabuloso, y un prendedor y pulseras, soberbias, tambien de brillantes.

Carlota estaba al tanto de los antecedentes de aquellos individuos que formaban la diputacion mexicana.

—Caballero, dijo á Aguilar y Marocho, vuestro dictámen pasará siempre por una de las piezas mas distinguidas de la época, los obispos mexicanos me han hecho merecidas alabanzas de vuestra persona, y conservan muy buenos recuerdos.

—Caballero, prosignió dirigiéndose á Velazquez de Leon, os felicito por los adelantos del colegio de Minería, que tiene fama en la misma Europa.

—Vos, le dijo á Iglesias, sois pariente de una heroina de la independencia de América, así lo dice Alaman en su historia; yo me felicito de conoceros.

—Caballero, continuó dirigiéndose á Escandon, habeis emprendido la obra romana del ferro-carril de Veracruz; yo os deseo un éxito completo en vuestros trabajos.

Carlota le hablaba á cada uno en su lenguaje, tocándole los puntos mas lisongeros para su amor propio ó para sus intereses, y todo con un tacto y una discrecion admirables.

Regresó á Trieste la comision, volviendo á Miramar al anochecer invitada por los príncipes á su mesa.

Se hallaba el castillo alumbrado profusamente, la mesa estaba espléndida por su buen gusto, la vajilla era riquísima, y habia una inmensa variedad de vinos y manjares.

Durante la comida, una buena música colocada en el salon inmediato, tocó trozos escogidos de las mejores óperas. La conversacion fué animada y familiar, los archiduques se mostraban afables con sus huéspedes.

El clérigo estaba asombrado, se creia presa de un sueño de las Mil y una noches, estaba deslumbrado.

—Nos tratan como á sus iguales, dijo á sn compañero de la derecha, nos consideran como compatriotas, nos alojan como á marqueses y nos pasean en sus coches y buques como á unos príncipes.

—No ha observado usted, le replicó su interlocutor, el talento del archiduque, qué comprension tan fácil, qué deseo de instruirse é imponerse de todo, y que jovialidad sin dejar la dignidad y la firmeza?

—Y la archiduquesa ¡oh! la admirable Carlota, seguramente es el ángel custodio de nuestro emperador, es verdaderamente modesta, hermosa; ya reina antes de serlo, por su majestad sin soberbia, y atrae por su sencillez en el modo de espresarse, siempre con discrecion y amabilidad.

—Es necesario, dijo el clérigo, prescindir de nuestro deseo de ser presentados á S. M. el emperador de Austria.

—Para apresurar la partida del archiduque, es preciso aprovechar la salida del paquete de San Nazario, á fin de despachar á algunos de los compañeros á México.

—La nueva plausible de que el archiduque acepta la corona, unida á las medidas que el gobierno provisional, de acuerdo con el comandante en gefe, dictará para dar al impulso monárqnico de México el desarrollo que S. A. I. desea, no tardarán en poner del lado del voto de la Asamblea á la gran mayoría del país.

—Así el archiduque podrá emprender su marcha para su nneva patria en todo Febrero, ó á principios de Marzo próximo.

—Sé que ya está nombrado el inspector á cuyo cargo debe quedar el castillo, encargándole conserve tan deliciosa mansion bajo el mismo pie que hasta aquí.

—Aun hay mas, se han señalado habitaciones especiales para los mexicanos que quieran visitar la mansion qne fué de nuestros soberanos; porque yo doy todo por arreglado.

—Confesemos qne ni aun en sueños creimos ver lo que pasa en estos instantes.

—Imposible; las tradiciones vireinales son pálidas, oscuras, ante un cuadro tan halagüeño.

—Si yo hubiera comprendido lo que era una monarquía, en vez de invocar á Santa-Anna ó á otro de los nuestros, seguramente hubiera pensado en el jóven archiduque.

—El gobierno para tener respetabilidad, necesita de todo este aparato deslumbrador: aquello que pasa en la República es estúpido, la dignidad nacional no se comprende sino entre el lujo de las cortes y los palacios.

XV.

Un general de bigote cano, que pertenecia á la diputacion mexicana y que estaba mas retirado del asiento del archiduque, hizo la observacion á uno de sus colegas, que la respuesta de Maximiliano no se podria tener como decisiva sobre la aceptacion del trono.

Alarmado el compañero respondió por lo bajo:

—Para obtener el sentido auténtico de la respuesta del archiduque, importa saber que S. A. I. la ha combinado de acuerdo con S. M. Napoleon III, y la ha sometido préviamente á la aprobacion del augusto gefe de la casa de Hapsburgo.

—Puede ser, dijo el general; pero todo lo que sea aplazar la cuestion, es poner en peligro nuestra causa.

—A la cuerda y previsora sugestion del emperador de los franceses, es á lo que el archiduque ha querido aludir sin embozo, como cualquiera se puede convencer solo con ver su respuesta, que revela acerca de este punto el perfecto acuerdo existente entre él y S. M. I. Napoleon III.

El clérigo continuaba en su entusiasmo monárquico, no sin oscurecerse su semblante por intervalos.

—Quizás, decia, será porque no he vivido entre príncipes ni en palacios, por lo que hieren tan fuertemente mi imaginacion la vista de Miramar, y mas todavía la de los príncipes.

Los que solo hemos visto lágrimas en los ojos y dolores en el corazon, siendo testigos de grandes miserias y de bastardas pasiones en los que han tomado el cargo de gobernarnos, conduciéndonos hasta la ruina, no es estraño que nos cautivemos con los grandes y heróicos sentimientos de los archiduques.

Ellos se han resuelto á aceptar por patria la nuestra, cambiando su actual ventura por un porvenir que no ha de estar exento de vicisitudes y aflicciones.

Tienen que sacrificar su reposo, su altísima posicion en Europa, sus arraigadas afecciones y hasta su familia; esto solo puede hacerse por obra del Altísimo.

XVI.

La comida habia terminado; el archiduque dispuso que sus convidados diesen un paseo por el mar.

La noche estaba serena; en el fondo de un cielo oscuro se destacaban millares de luceros; ni nna nube empañaba el horizonte.

A lo lejos se oia el golpe de algun remo ó la cancion de los marineros.

El vago murmullo de las olas se perdia en la estension, las linternas de los navíos oscilaban dulcemente al impulso suave de las ondas.

El Adriático parecia aletargarse en su sueño de estrellas y de brisas; la noche era magnífica.

En un bote del castillo entró el archiduque seguido de sus huéspedes, y se desprendieron del puerto á impulsos de los remos.

El faro y las luces de Trieste se percibian entre las sombras del agua y de la noche.

A una corta distancia, es decir, á diez minutos de camino, el bote hizo alto.

A una señal dada con un pito de marino, el espectáculo varió de una manera sorprendente. Parecia que aquel silbido era una seña mágica, pues al momento se iluminó la costa cn toda la estension del jardin, dejando al palacio de Miramar en medio de los deslumbrantes rayos de Bengala.

A la derecha é izquierda se levantaban esas poéticas luces con los colores del pabellon mexicano, y reflejándose en el espejo del Océano y en los jardines, aparecian con nn zócalo extenso y profundo de anchas fajas unidas y trigarantes hermosísimas.

Al mismo tiempo un golpe de música militar resonó en el jardin, dando con sn armonía soberbia la última pincelada á ese cuadro verdaderamente encantador.

En medio de aquella imitacion fantástica del dia, una mirada indagadora hubiera percibido en una de las almenas del castillo á una mujer, como el espíritu que vagara indeciso por la mansion de uno de los hijos de la trágica familia de los Hapsburgos.

Lnego qne aquellas luces se apagaron y las sombras tornaron á enseñorearse del Océano, se alzó una voz como el eco del génio de la predestinacion, qne fué arrebatada por las ráfagas de la noche:

"Massimiliano
Non te fidare,
Torna al castello
Di Miramare.
Quel trono fracido
Di Montezuma
E nappo gallico
Colmo di spuma.
Il Timea Danaos
Chi non ricorda?
Sotto la clamide
Trovò la corda."

Maximiliano inclinó la cabeza sobre el pecho. Le parecia que aquellos hombres que le rodeaban, eran los espíritus del fatalismo, que impelian la barca hácia el mar inquieto y tenebroso de sus infortunios.

CAPITULO SEGUNDO

CONFIDENCIAS.

I.

En una de las apartadas estancias del castillo de Miramar se hallaban solos los archiduques, la misma noche del dia en que Maximiliano habia aceptado tácitamente el trono de México. Los consortes ojeaban el *Diccionario* de la lengua de Cervantes para leer un espediente, en el que figuraba el dictámen de la junta de Notables y el decreto del 12 de Julio.

Carlota habia pasado su brazo por el cuello de Maximiliano, y sus mejillas rozaban el semblante del archiduque.

Daban las doce en el reloj del castillo.

El jóven príncipe dejó caer su cabeza en el respaldo del confidente, y entró en un insomnio agradable, soñando en el esplendor y riqueza del Nuevo-Mundo.

La hermosa nieta de Luis Felipe siguió leyendo con avidez aquellas páginas.

El semblante de Carlota se alteraba visiblemente, su mirada se fijó repentinamente en un punto invisible del aposento, sus lábios comenzaron á balbutir algunas palabras y su seno se dilataba como agitado por la opresion.

Pasó así algunos instantes, desató su brazó del cuello de su esposo y se levantó pausadamente.

Contempló al archiduque con una mirada sombría, y tomando la luz penetró en el salon donde se hallan los retratos de los emperadores austriacos y el de los hijos del rey Leopoldo.

En la mesa del centro habia un mapa de México.

La jóven se detuvo ante aquella carta mágica. "aquí," dijo señalando el Septentrion y posando sus dedos en un punto del globo donde se leia "México."

—El Atlántico, continuó con ansiedad, el vapor lo atraviesa por el trazo de Cristobal Colon; ¿qué importan las tempestades ni los huracanes?.... El siglo XIX delante de la tumba del siglo XIV!.... ¡El Pacífico! baña sumiso las playas del nuevo imperio!.... Esta línea que se prolonga al traves del grado treinta y tres.... la patria de Washington!

Nublóse el semblante de la princesa, mordió su lábio, hincando sus dientes de marfil en aquella oja de rosa, hasta hacer brotar la sangre.

¡El Capitolio! ahí está el pedestal de la República del Continente.... ¡maldicion!....

Despues de un momento esclamó:

—Llega hasta aquí el ruido de sus monitores, la guerra civil destroza el suelo de Jackson.... Dos gigantes terribles libran su existencia en un duelo á muerte!.... ¡El imperio! ¡la corona! Ensueño delicioso! Desde el trono, dominando los dos mares que ciñen al mundo.... La Francia cabe en uno de mis Estados!.... La Francia!.... mi abuelo, ¡Dios mio!.... Luis XVI.... la guillotina!.... la revolucion!.... la República!.... María Antonieta!.... la Marsellesa!....

Cubrióse con las manos aquel rostro desfigurado, y levantóse resuelta. ¿Qué importa? dijo, las almas débiles ceden á los embates de la revolucion.... es necesario morir, pero en un lago de sangre hirviente.... la bandera de la Francia ya está empapada.... ese pueblo bendecirá la mano que restañe sus heridas.... sus hombres de Estado son unos miserables que han temblado en nuestra presencia deslumbradora ante el fuego fátuo de nuestra grandeza!....

Apareció en sus labios una sonrisa sardónica de profundo desden.

—El porvenir es nuestro, los votos de aquel país se clavarán en las bayonetas de Napoleon III.... Bonaparte! usurpador del trono de mis mayores, ¡aventurero! tú crees en la alianza de la hija orgullosa de la rama

de Orleans.... mas tarde.... cuando sea emperatriz, te cobraré medio siglo de represalias!

Luego se dirigió al retrato de José II y lo apostrofó de una manera terrible.

—Tú tambien, le dijo; que haz arrebatado á tu hermano el Lombardo Veneto, vas á sentirte humillado con su exaltacion al trono de México; tú, mi erable, que has puesto la mano en tu enmohecido acero para herir á tu hermano! ¡Caín!.... acaso algun dia volverás tus dolientes miradas hácia el imperio azteca!.... La Prusia te acecha, y la Polonia se despierta de su letargo de esclavitud!.... La Italia se rejuvenece al impulso del siglo! Pio IX está envuelto en la tormenta revolucionaria!.... Dios mio! el Pontífice!.... Yo sectaria de la Iglesia Luterana tendré que recibir la bendicion de ese impostor.... paso por las horcas caudinas! y dejó escapar una estridente carcajada que resonó lúgubremente en el espacioso salon.

II.

Despertóse el austriaco al ruido nervioso de aquella carcajada y se dirigió al aposento pálido y sombrío como un espectro, entreabrió la puerta y vió á la jóven archiduquesa delirante, estraviada, hablando con los retratos de sus antepasados.

—María Antonieta! esclamaba; ahí estás en los momentos de subir al cadalso! tu mirada es terrible, nuestra raza entra con paso seguro por la portada de la tumba. Tu cabeza separada del tronco ha impuesto con su mirada al verdugo!.... bien! la revolucion asola las regiones septentrionales, puede ser que yo tenga los pies en el primer escalon de la guillotina!

Estremecióse Maximiliano, un sudor helado brotaba de su frente y con sus manos oprimia el corazon que amenazaba romperle el pecho.

Y luego, dirigiéndose á su hermano le dijo:

—Duque de Brabante, *yo antes que tú!* y cayó sin sentido retorciéndose en horribles convulsiones.

—¡La locura! gritó Maximiliano, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

III.

Al siguiente dia su alteza el archiduque concedió audiencia á un emisario de la República.

El enviado era un hombre de fisonomía distinguida, alto, ojos un tanto pequeños, la frente despejada, de locucion breve y sencilla; este individuo era secretario de Justicia en el gobierno de Juarez y enviado en esa época cerca de S. M. B.

—Caballero, dijo el archiduque, supongo que algun negocio importante de vuestro país os trae á Miramar.

—Me permitirá vuestra alteza, dijo con voz clara el plenipotenciorio, que os hable con entera franqueza y os manifieste el objeto á que se refiere la audiencia que el señor archiduque me ha concedido?

—Caballero, dijo Maximiliano, vuestra calidad de mexicano os hace asequible, y yo tengo gran satisfaccion de escucharos.

—Entro desde luego, dijo el ministro republicano, en el terreno de la cuestion.

—Sea, respondió el archiduque.

—Una comision de individuos mexicanos os ha venido á ofrecer el trono de México.

—Ya os escucho, caballero.

—Supongo que la verdad aun no habrá llegado á vuestro oido.

—No os comprendo bien, caballero.

—Voy á ser mas esplícito. La Europa hizo una combinacion que se llamó *El Convenio de Lóndres*, que no era otro cosa que un programa de conquista; porque esos pretestos no motivaban un *casus belli*.

—Continuad, dijo el austriaco, visiblemente inquieto.

—Está á vuestro alcance el aborto de aquella convencion, y la política de la Francia en este asunto.

—S. M. Napoleon III nada me ha dicho acerca de esos planes.

—Lo creo, señor; pero me refiero solamente á los hechos. Su Majestad Napoleon III ha sido engañado en América.

—Yo tengo fé en la capacidad y en los conocimientos del emperador.

—Yo vengo del teatro de los sucesos, y mi objeto es puramente patriótico.

—No me sois en manera alguna sospechoso.

El ministro hizo una inclinacion de cabeza, y prosiguió:

—La intervencion ha triunfado; la lucha ha sido con el patriotismo desarmado, acaso se haya dejado oir por estas regiones la victoria del 5 de Mayo.

—Sé, dijo el archiduque, cuanto tiene atingencia con las glorias de vuestro país.

—La República ha luchado hasta quemar su último cartucho, hoy se refugia en las montañas y no abandonará el terreno hasta dejar en él la postrer gota de su sangre.

—Y bien, caballero, es una amenaza?

—Su Alteza no ha acabado de oirme. El triunfo de la intervencion importa el yugo de las armas y el principio político es falso.

—Ahí está en ese cetro una prueba en contra de vuestra opinion.

—Conozco, dijo el ministro, ese documento: la voluntad de la Francia signada por un grupo de mexicanos que no pueden nunca representar la voluntad nacional.

El austriaco movió con impaciencia la cabeza.

—Acaso abuso de vuestra condescendencia.

—Seguid, que yo me he impuesto el deber de oir en esta cuestion todas las opiniones.

—Una generacion nacida en la república, no tiene simpatías por la monarquía ni cree en esa institucion que tantos resultados ha dado en Europa. El ejemplo de Iturbide es una muestra patente del respeto con que el pueblo mira las dinastías.

Maximiliano se pasó la mano por la frente.

—Cuando una idea viene germinando de años atras en el cerebro de un pueblo, acaso echa raices; pero implantar un sistema enteramente nuevo es muy peligroso.

—El paso de la monarquía á la república, observó el archiduque, fué tan violento, como el cambio que hoy se propone.

- La tiranía, señor, no es un sistema, y tal era el gobierno vireinal en América; el pueblo pedia la libertad de sus tradiciones y se apoyó en la República para encontrarlas.

—Es que sus tradiciones eran imperiales.

—Permítame V. A. decir, que un pueblo acepta en los suyos acaso lo mas absurdo, y rechaza en su patriotismo hasta los bienes, cuando se le llevan en las cureñas de los cañones extrangeros.

—Caballero, dijo el archiduque, aprecio vuestra franqueza y deseo escucharos hasta el fin.

El archiduque trataba de conocer el terreno donde iba á colocarse.

—Decia á V. A. que la monarquía será de fatales resultados para la nacion mexicana, ella vivirá mientras las armas francesas permanezcan en México; despues, señor.... V. A. no conoce aquel país, es una generacion acostumbrada á los peligros de la revolucion, allí se ve con despre-

12

cio la muerte, el patíbulo es la órden del dia, suben á él los jóvenes y los ancianos con la frente erguida y desafiando con sus miradas á la muerte que tienen delante. Señor, Iturbide era el ídolo del pueblo, no se conocia aûn la república; pero se odiaban las coronas, y la del emperador rodó con su cabeza en un cadalso.

El semblante de Maximiliano se cubrió de una palidez mortal.

—Hay intereses, continuó exaltado el ministro, que al sentirse heridos por la monarquía, se alzarán terribles; aquel pueblo se lanza á la contienda á la voz mágica de *libertad*, odia á los traidores y sus hombres le arrojan delante la monarquía de José Napoleon en España y los horrores cometidos por el ejército frances en el trayecto de Veracruz á México. Esos asesinatos sangrientos, ese enseñoreamiento de los hombres á quienes detesta y que hoy los ve en los escaños del poder, juzga será todo su porvenir y maldice la intervencion y el imperio.

—A qué llamarme? dijo con voz trémula el archiduque; por qué ayer se me pintó un cuadro tan diferente del que vos me trazais?

—Señor, guarde V. A. que se le busca como el instrumento de un partido, abrid el libro de nuestras revoluciones y encontrareis figurando de una manera siniestra á todos los que hoy aclaman la monarquía.

—Pero las naciones extrangeras! pero la Europa! gritó el archiduque.

—Señor, la Europa es la misma de la Convencion de Lóndres, ella os lanzará para esplotar el oro mexicano, y os dejará en el peligro como le ha sucedido á la Francia á quien se le nubla el porvenir; porque yo os aseguro que ha dado un golpe falso en su política.

—El poder de la Francia en América y el reconocimiento de la Europa, pueden consolidar el trono.

—Permita V. A. que le manifieste mis ideas sobre este punto. Los Estados-Unidos no consentirán jamas en el establecimiento de un trono, y el poder de esa nacion puede oponerse á la Europa entera.

El archiduque, que conocia la verdad de estas razones, fijóse mas en el hombre de Estado, cuyo valor se ponia á toda prueba.

—La guerra que hoy alienta la Europa declarando beligerantes á los confederados, prosiguió el diplomático, se ahogará ante el poder jigante de la Union; oid, señor: "un millon trescientos mil hombres." Esa cifra es el porvenir del Continente.... no acepteis un trono que durará la luz de un sol, vos perteneceis á una dinastía cesárea cuyos antecesores llevan muchos siglos de esplendor.... No, V. A. seria una de tantas víctimas arrastradas al fatalismo de la revolucion. V. A. no llevará el nombre de

Hapsburgo á confundirlo con esa série ridícula de vireyes, cuyos nombres maldicen tres siglos de oprimidos. Vos no conoceis el ímpetu de aquellas revoluciones. Créame V. A., no expongais á vuestra augusta esposa á esa vorágine que todo lo devora.

IV.

—Perdone V. A. I., dijo un individuo de la servidumbre de palacio; un telégrama urgente de Paris, y puso en manos del archiduque el parte telegráfico.

Napoleon III felicitaba á Maximiliano por su aceptacion tácita del trono de México.

El archiduque lo arrojó sobre la mesa.

—Caballero, dijo al ministro, hemos concluido, yo meditaré cuanto me habeis dicho, aun no acepto definitivamente el título de emperador.

—Yo conjuro á V. A. en nombre de una nacion agonizante, en nombre de una libertad que tarde ó temprano debe conquistarse, á que no os compliqueis en el alto crímen de lesa-independencia.

El austriaco mostró con una inclinacion de cabeza, que la audiencia habia terminado.

V.

Luego que el ministro salió del salon, el infeliz archiduque se dejó caer en el confidente y se cubrió el rostro con las manos.

—Señor, un enviado de la casa de*** solicita ser recibido por V. A.

—Que pase, dijo el archiduque.

Efectivamente, un sócio de aquella casa de riqueza proverbial se presentó al archiduque.

—V. A. perdone, dijo el enviado con aquella familiaridad con que hablan los prestamistas á sus deudores, estamos sentidos con V. A.

—Y qué ocasiona ese sentimiento? dijo sonriendo Maximiliano.

—Las casas de Paris se apresuran á hacerse cabeza del empréstito y creo que á nosotros nos toca de derecho: ya considerará V. A. que *cincuenta millones* de dollars, es un negocio que no es de desperdiciar.

—Aun no he pensado en organizar el empréstito, pero vosotros sereis los favorecidos en este asunto.

—Entonces no piense V. A. en las letras que hoy se cumplen, las daremos por refrendadas cargando el importe del rédito.

—Necesito hoy mismo de vuestros fondos.

—V. A. se servirá designarme las propiedades que pueden hipotecarse.

El archiduque se acercó á la mesa, tomó el telégrama de Paris y se lo présentó á su acreedor, que pasó por él una rápida ojeada.

—¿Y cuándo aceptará definitivamente V. A. ese rico imperio?

—Cuando la voluntad unánime de ese pueblo me halla llamado.

—No es aûn asunto del todo arreglado; pero la casa no puede excusarse de servir á V. A., espero en consecuencia sus órdenes, y saludó profundamente al archiduque.

VI.

—Esto es herrible! gritó Maximiliano, la ruina! la bancarota! la vergüenza! ...

Se acercó á la mesa y tocó la campanilla

—A mi secretario, dijo al ugier, y tomando el parte telegráfico lo leyó por tercera ocasion.

—Todo lo he oido, dijo la archiduquesa entrando en el aposento; por la primera vez me he permitido una accion que pugna á mis sentimientos.

—Carlota, murmuró Maximiliano, mi situacion es horrible y no puede sostenerse por mas tiempo, estoy delante de un abismo; pero no aceptaré ese trono en que tu existencia se compromete, yo te amo y me falta el valor para exponer lo único que me queda sobre la tierra.

La jóven princesa acercó su frente al austriaco, quien la besó con ternura.

—Tú ves, dijo emocionado el archiduque, el estado á que me tiene reducido el emperador: condenado á vivir en este rincon de la Europa, cada soplo de popularidad que pasa sobre mí, es un rencor que se hacina en su alma, y acabará por estallar algun dia.

—Sí, es cierto, dijo la princesa.

—El decoro de familia le ha obligado á darme un puesto que no desem-

peño porque mi presencia le inqnieta en todas partes. Los negocios de México le dan pretesto para alejarme, ¡qué le importa mi porvenir!

—Bien, dijo Carlota, entre este presente de humillacion y los eventos revolucionarios en América, no hay que vacilar. Yo empeñaré mis alhajas como Isabel la Católica, para esta empresa; tu nombre qnedará ileso, luchemos con el destino cuyas sombras comienzan á ceñir nnestro horizonte.

—No, jamas! murmuró Maximiliano, ese trono que se me ofrece es un cadalso cnbierto de púrpnra. Tú perteneces á la familia de Orleans, y yo tengo miedo por esa predestinacion de fatalismo.

—Maximiliano, escúchame: el mundo está pendiente de tus lábios, la snerte viene á buscarte al recinto de tu palacio, la familia de Hapsburgo no ha dado nnnca un cobarde.

Paróse el archiduque como impnlsado por nna fuerza desconocida. No! respondió con ardor; ni la fortuna ni las vicisitudes han hecho empañar la frente de mis antecesores, yo no temo ver arrebatada mi existencia en las olas sangrientas de nna catástrofe, no, lo qne temo es amargar los postreros dias del rey Leopoldo.. ... su hija..... ¡Gran Dios!

—Tn mano, dijo Carlota de Austria, firmará la aceptacion del trono, allá encontrarás el pedestal de tn trono ó el cadalso de la predestinacion.... Yo he escnchado la voz fatídica del enviado de Jnarez, y me he estremecido; sn influencia ha durado por nn solo instante: mira, añadió señalando la carta geográfica; las bayonetas francesas lo arrojan hasta aquí, y á estas horas llegará tal vez á las orillas del Bravo; nn paso mas, y sn constitncion misma lo separa de la silla de la república!

—Yo sé, dijo Maximiliano, que ese pueblo no podrá resistir por el momento al ejército de la Francia, pero esa bandera llegará un dia en que deje el snelo mexicano y estallará terrible la revolucion.

—Mira, continnó la archidnqnesa, somos en el año de 863, desde 848 los soldados de Napoleon sostienen á Pio IX. Quince años de paz, y el porvenir es nuestro.... Maximiliano, mas vale el cadalso de un emperador, que la vida oscnra del hermano de José II!

Al nombre del emperador de Austria, la frente del archiduque se inclinó como herida por nn rayo.

—Es cierto, exclamó; es cierto, Carlota, he preferido este retiro volnntario á la humillacion de prosternarme ante mi propio hermano, como el primero de sus súbditos.

—Sí, México! gritó con entusiasmo la jóven princesa, mas allá del

Atlántico existe una nacion vírgen, hermosa, llena de inmensos tesoros; la fábula! la ilusion!.... todo se realiza en ese suelo encantado; sí, México! partiremos para siempre. Desataremos los eslabones de la cadena que nos ata á la Europa, colocaremos la primera piedra del segundo imperio; el mundo viejo nos acompaña en la expedicion.... Maximiliano de Austria, ya eres emperador!

La voz mágica de aquella mujer, las tradiciones que guarda la Europa acerca de los antiguos dominios de Moctezuma, exaltaron la imaginacion del archiduque, é impulsado por las contrariedades de su destino, triunfó de aquella lucha en que lo comprometia su cerebro y su corazon.

—Bien! exclamó: yo colocaré sobre tu frente la diadema de emperatriz; si la revolucion en su dia tremendo, la arrebata de tus sienes, yo habré dejado de existir, pero tú no me culparás de tu destino.

—Fernando, dijo con un acento profundo de ternura, yo he aceptado ante Dios y ante los hombres tu porvenir; de mis lábios no esperes un reproche en los momentos de una vicisitud; yo seré siempre tu amiga, tu compañera, tu esposa!

Y depositando un beso ardiente en las mejillas del austriaco, desapareció tras las cortinas del aposento.

VII.

Maximiliano no olvidó en muchos dias al enviado de la república.

Aquel hombre, cuyo valor y patriotismo lo alentaron hasta presentarse en el castillo de Miramar en los momentos mas terribles de la crísis revolucionaria, murió léjos de su patria sin ver el término de esa lucha que emprendia una nacionalidad desarmada contra la influencia de la Europa entera.

Nosotros consignamos en estas páginas su nombre, porque ya ha entrado en el silencio de la tumba: se llamaba *D. José de Jesus Teran.*

CAPITULO TERCERO.

UNA TERTULIA DE LA REGENCIA.

I.

Ya hemos dejado la Europa para volver á ella acaso en dias no tan bonancibles como los presentes.

Queda allí su diplomacia envuelta en el laberinto de sus combinaciones, y los banqueros en el mundo de la especulacion, al escuchar la campanada que anuncia la muerte de una república y la exaltacion de un trono en las regiones de Anáhuac.

II.

Estamos en la capital, esa ciudad coqueta, que tiene una sonrisa para todos y un atractivo irresistible.

Coronada por los hielos del invierno, es encantadora; ceñida con las flores perfumadas de primavera, no tiene rival en todo un continente.

Nadie la ha visto sin amarla.

Nadie la ha amado que pueda olvidarla.

El aroma de sus jardines, el calor de su aliento, la luz purísima de sus miradas, la voluptuosidad de sus noches, el fulgor de esas estrellas que forman el tocado de su inmortal cabeza, todo arrastra á un vértigo delicioso en que la vida se consume y el espíritu se alza á los cielos de la ilusion y del encanto.

La beldad del Septentrion, solo sabe llevar la corona de luceros ó de flores, las otras dejarian en su frente una huella como la del fuego, una marca de sangre! ...

III.

En el salon de embajadores habia improvisado la Regencia sus tertulias.

Hacia los honores el general Almonte con aquella galantería cómica del teatro frances.

Las reuniones de la Regencia no eran de lo mas distinguido, ni lo podian ser, porque la aristocracia mexicana está en una minoría absoluta. Esa clase la forman las familias ricas y algunos títulos cuyos últimos vástagos han aceptado por completo la república y ellos mismos se burlan de los pergaminos y los escudos.

La aristocracia del talento nunca estuvo con el imperio, y la aristocracia política iba de huida derramándose por los campos y ciudades, llevando el pensamiento de la independencia.

Quedaba, pues, un grupo de familias conservadoras que se ostentaban con gran lujo en los salones de Palacio, y las familias de los nuevos empleados de la Regencia, en su totalidad desconocidos.

Era una sociedad que nadie la hubiera sospechado.

Lo mas granado de aquella reunion eran los antiguos ministros de la dictadura de Santa-Anna, y Monseñor Labastida, Regente, gran Canciller de la órden de Guadalupe y Arzobispo de México.

El primado de la Iglesia mexicana, es un arrogante clérigo, alto, grueso, bien formado, unos ojos centellantes, una dentadura bien cuidada, sus manos parecen de una dama, á lo que se agrega una buena capacidad y una soltura grande en el lenguaje.

Este personaje es muy importante en la política ultramontana, cuyas tendencias influenciaban al gobierno provisorio.

Monseñor Labastida, á pesar de sus vestidos morados y su *pastoral*
era un buen mozo que bien podria hacer una conquista.

Monseñor se paseaba en el salon, del brazo del general Salas. Contraste horrible! la negacion de toda capacidad junto al claro talento de Labastida.

El hombre del pasado con el recuerdo de los motines militares, y la cabeza del clero en la revolucion militante conservadora, trayendo al siglo XIX aquella política que duerme con su fundador en las tumbas de San Lorenzo del Escorial.

—El ejército, decia el viejo soldado, será el sostén del Imperio, sin la fuerza de las armas no hay gobierno posible, la letra con sangre entra.

El Regente no disimulaba una sonrisa sardónica al oir los discursos de su colega.

—Sí, proseguia el general, es necesario abolir ese nombre de guardia nacional; S. M. Cárlos III no pensó jamas en esa organizacion que ha dado resultados tan funestos.

—No obstante, replicó el arzobispo, seguramente por embromar á su compañero, el 5 de Mayo fueron los guardias nacionales los que dieron la batalla al conde Laurencez, ¿no es cierto?

—No; esas fuerzas ya estaban bajo un pié veterano: voy á esplayarme.

—Dejo á V. E., dijo Labastida, con este señor coronel que podrá entender mejor los planes militares, que yo, que soy enteramente profano al arte de la guerra. Dejando á un desgraciado gefe en manos del Regente, Monseñor se dirigió á un grupo de señoras, muy respetables por sus nombres y mas aún por su longevidad.

IV.

—Señor, dijo una señora obesa y en cuyas mejillas habian entrado seis libras de cascarilla, venga S. I. á nuestro lado, tenemos que hacerle algunas preguntas sobre su viaje á Roma.

—Como ustedes no pregunten de los templos de la Ciudad Eterna ó del Santo Padre, yo no podré darles otras noticias.

—Se trataba, respondió una voz chillona que ya ha herido el tímpano de nuestros lectores, de saber si existe la tumba de Neron.

—Hay una especie de monumento derruido que aseguran ser el sepulcro del asesino de San Pablo, señoras.

—Me han asegurado que ese hombre se hizo bautizar momentos antes de espirar, ¿no es cierto, monseñor?

—Nada de eso cuenta la historia.

—Pues dicen que hubo testigos presenciales que le vieron confesar y arrepentirse.

De los lábios del Regente se volvió esta frase: "aun no se inventaba la confesion auricular."

—Y la Vía Apia?

—Es un camino como otro cualquiera, nosotros creemos encontrar la Roma pagana en nuestro viaje á las siete colinas: de aquello queda un monton de escombros donde se lee con trabajo la grandeza de otros siglos: hoy todo ha variado, el cristianismo le ha dado otra forma á la ciudad de los Césares.

—S. S. I. traeria muchas reliquias, prosiguió la voz aguda de la señora de Fajardo, pues no era otra la que interrogaba al Regente, en compañía de una amiga y compañera de los bailes de la corte.

—He traido libros que valen tanto como las reliquias, ya en otra vez tendré el gusto de hablar á usted de eso.

—Y qué señas particulares tiene el Santísimo Padre? insistió doña Canuta.

—No le ví ningunas, repuso el arzobispo, á quien molestaba tanta pregunta.

—Y le contaría á S. S. I. sus trabajos cuando los demagogos lo lanzaron del Vaticano á Gaeta?

—Algo hemos hablado.

—S. M. Napoleon III es el protector decidido de la Iglesia; sin él, V. S. mismo no estaria en esta tertulia.

El regente se impacientaba de una manera horrible.

—Estamos celosas de S. S., dijo la señora gruesa, moviendo los ojos con una coquetería abominable.

—Celosas?

—Sí, monseñor, celosas; si no hubiéramos hecho una indicacion, seguramente S. S. I. no se hubiera acercado á nosotras.

—Ustedes perdonen, yo he buscado la compañía de ustedes voluntariamente.

—Ay, monseñor! ya deseábamos este cambio, la república nos habia *entreclasemediado*, esta resurreccion de la monarquía nos hace delirar, ya

se levanta al fin esa barrera que no debió allanarse nunca entre nosotros y el populacho.

—Es verdad, señoras.

—Yo recuerdo con dolor, que al salir para el destierro, han arrojado piedras á vuestro carruaje. ¡Dios mio!.... Ese populacho de Veracruz es.... es.... para decirlo todo, es muy republicano.

—Yo nada recuerdo, señora, y menos ese episodio, del que fueron principales actores mis dignos compañeros los otros obispos.

—Ah, sí! yo no sé donde tengo la memoria, y usted, Canutita, que me deja decir desatinos históricos,

—No habia reparado, me quitó la atencion aquella pareja que recorre como exhalacion....

—Sí, interrumpió doña Canuta, hace un momento, con la cola de ese vestido me iban á desprender el pájaro que traigo en mi tocado.

—Hace un calor sofocante, dijo Labastida, y saludando á las dos señoras se dirigió al salon inmediato en busca de alguna persona de sentido comun con quien platicar.

La empresa era difícil.

V.

—Qué guapo es este arzobispo! dijo la gorda á doña Canuta.

—Sí, Efigenia, lástima que pertenezca á las manos muertas.

—Es que las suyas son muy bonitas, amiga mia.

—Comienzo á sudar, dijo doña Efigenia, y la pintura que me ha hecho usted poner se me va deslizando á lo largo de la cara, temo que me noten algo.

—No hay que temer, amiga mia, es una pintura que resiste siete sudores y una temperatura á ochenta y siete del centígrado.

—Yo no tengo centígrado, respondió la obesa dama, y temo que se me desvanezca, ¡señor de Fajardo, señor de Fajardo! ¡qué casualidad, venga usted acá, venga usted!

—Qué se ofrece, señora? dijo el diplomático; me ha interrumpido usted un discurso sobre la diplomacia de Confucio, trataba de los imperios, y sacaba como ejemplo al celeste imperio.

—Eres un hombre desatento, ha estado en un tris el pájaro.

—Qué pájaro?

—De qué pájaro puedo yo hablarte?

—Ah! sí, ya comprendo; de ese faisan que te has empeñado en traer en la cabeza.

—Precisamente, y no soy yo quien se ha empeñado sino la modista, con total arreglo al figurin.

—Pues no veo otro pájaro en toda la reunion.

—Alguno ha de ser el primero, así comienzan todas las modas.

—Y qué me quieren ustedes?

—Que nos lleves al salon de desahogo porque nos asfixiamos. Esta gente aun ignora la práctica de las cortes: Efigenia y yo nada hemos bailado; mas galante era aquel alférez Poleon, al fin frances, la Francia es otra cosa, ¿no es cierto, Efigenia?

—Sí, amiga mia.

—El comandante Demuriez no se ha aparecido por aquí; esa Clara le tiene bebidos los alientos.

—Estos hombres, dijo Efigenia, se mueren por las pollas.

—Es una barbaridad, respondió el diplomático, esas locuelas son insustanciales, yo no las requebraria por nada de esta vida; y dirigió una mirada oblícua á la dama, como una bomba á una plaza sitiada.

—El brazo, Fajardo, dijo aquella ballena en traje de baile.

Levantáronse los tres y abandonaron el salon donde bailaba aquella concurrencia con desesperacion horrible.

VI.

—Allí vá! es ella! esclamó el jóven Enrique, que estaba como siempre en un corrillo de amigos; esa señora ha de distinguirse en toda concurrencia: mirad, es un pavo el que lleva en la cabeza, la cola le cubre una mejilla, ¿de qué gallinero lo sacaria?

—Su esposo, dijo uno de los concurrentes, trae la jaula en la solapa del frac.

—Es un animal vivo que se ha posado en la cabeza de esa reverenda señora.

—Por eso ha tocado ese súbdito poblano "El Ave en el Arbol."

—Esa señora es un tronco carcomido.

—Y la jamona que se le cuelga al brazo á ese infortunado de la corbata blanca?

—No hay que burlarse, señores, ese ídolo azteca es de mucho mérito.

—Merece que se le envíe á S. M. Napoleon III como una muestra de esfinges, mirad, mirad qué ojos tan tiernos, parece un borrege á medio morir.

—Esa mole se permite apasionarse de un diplomático.

—Eso es inexacto, el amor es el espiritualismo, y en esa señora todo es materia bruta.

—Amigo mio, yo he tenido amores con un personaje mas grueso aún, porque esa señora es un personaje en su género.

—¿Y qué hacíais para galantearla, entre cuántos la enamoraban?

—Esas son personalidades.

—Qué alegre está monseñor!

—Todas las jamonas se han apasionado del Regente.

—Como que lleva los hábitos como Cárlos de Borbon.

—Estoy por vestirme de morado para hacer conquistas.

—La señorita de Almonte está sitiada por aquel general.

—Parece que la plaza se rendirá, no obstante que su resistencia es tenaz.

—La chica vale la pena.

—¿Y el general?

—No parece tan seductor como su hija.

—Se le ha olvidado llevar el uniforme, el dia de la entrada no podia moverse bajo la presion de los bordados.

—Silencio, señores, recordad que han salido para Ulúa esta mañana varios individuos.

—Usted perdone, ellos hacian algo mas que llamar feo á un regente.

—Ahora que se habla de ese asunto, mirad, allí va el triunviro antidiluviano.

—Es que mi general Salas es muy valiente.

—Lo cual no se opone á su momificacion.

—¿Y de dónde ha salido tanta cara desconocida?

—De las casas de vecindad; ahí veo á unas chicas que nunca pensaron en bailar en palacio.

—Todas las aristocracias comienzan así.

—Ya sé que un soldado cualquiera con una accion gloriosa puede formar el tronco de una familia noble.

—Por ejemplo, la hija del octavo escribiente del peaje no está mala para princesa, ni la señora del estanquillo para marquesa.

—No lo digais de broma, que el tabaco ha vuelto á muchos aristócratas.

—Insisto en que esta sociedad es enteramente desconocida.

—Eso consiste en que tú no eres asistente al foro del teatro.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho; en las comedias de grande aparato se necesitan *comparsas*, y se toma al primero que se presenta para completar el cuadro; así en estas fiestas, se necesita de concurrencia, y reparten mas billetes que un autor dramático la noche en que se estrena alguno de sus horrores.

—Los regentes no pueden formarse idea de nuestra sociedad si la toman por lo que hay aquí esta noche.

—¿Qué importa la calificacion?

—A mí me parece lo mismo; peor para ellos; se engañarán mas de lo que....

—Este hombre es imprudente; un triunvirato no se engaña jamas; vamos, que tienes los resabios de la República.

—Me tiene inquieta la señora del faisan; temo que se lo hayan trinchado.

—Es muy probable.

—Marchemos á tomar algo; los que no bailamos servimos de estorbo á los danzantes.

—Sí, tomarémos un helado por cuenta del tesoro nacional.

VII.

El grupo de amigos se dirigió al salon de refresco, y se apoderó por derecho de conquista de unas botellas y un plato de jaletina.

En uno de los ángulos del salon habia un oficial frances que hablaba empeñosamente con una señorita estremadamente hermosa.

—Yo no podré olvidarte, decia á la dama; tu amor es el aliento de mi alma; qué importa la distancia cuando mi corazon queda contigo.

—Cuatro meses de amores no pueden haber echado raiz en tu pecho, Demuriez.

—Un minuto era suficiente, Clara mia. Yo he vivido hasta ahora en el torrente de la guerra; mi pensamiento solo habia abrigado imágenes de gloria; tú sabes que esa idea lo absorbe todo, sin dejar nada para el mundo real. He afrontado cien veces la muerte sin pensar en ella, mas que por el sentimiento de no llevar al cabo mis ilusiones. La gloria, Clara mia, me ha tenido en una absorcion completa; pero te ví, y entonces he comprendido que hay algo mas que ambicionar en el mundo, y es el amor de una mujer, de un ángel á quien consagrar los latidos del corazon, las pulsaciones de la existencia.

—Yo creo en tu amor, Demuriez, pero le temo al olvido: dia á dia se van perdiendo las flores de la ilusion, marchitándose las esperanzas, hasta apartar de nuestra alma esa imágen que ha formado el mundo de nuestro cariño y de nuestros recuerdos.

—No, Clara, yo no podré olvidarte jamas; tú te has posesionado de mi alma, como el aliento de la vida: hay amores que son inmortales.

—Me escribirás continuamente, no es verdad?

—Sí, alma mia; me parecerá que hablo contigo, que estoy á tu lado, que siento el calor de tu aliento y el fuego de tus miradas.

—Yo pensaré en tu cariño, Demuriez; yo no habia amado hasta ahora; mi corazon ha delirado por la amistad; tú sabes que tengo una amiga; pobre Luz! es el único sér que yo amo tiernamente.

—Yo estoy celoso de esa criatura; ella me arrebata algo de tu amor.

—No, ella es un ángel; ay, Demuriez! es muy desgraciada; ama á un hombre de quien está separada.

—Sí, al coronel Eduardo; si ese valiente quisiera pertenecer á nuestras filas, su porvenir estaba labrado.

—Dios mio! si te oyese Luz creeria que tus palabras envolvian una profanacion. Ella le ama por valiente, porque él solo con la muerte se apartará de su bandera.

—Si yo le encontrase por casualidad en el campo de batalla, con cuánto placer estrecharia su mano.

—Demuriez, así te quiero; tu sabes hacer justicia al valor, quizá porque eres valiente tambien.

—Oyeme, Clara; si la Francia algun dia se hallara invadida por el estranjero, yo moriria antes que abjurar de mi bandera; yo estimo á esos hombres que se han impuesto el sacrificio de la patria.

—Bien, Demuriez, tú eres un hombre de corazon.

—Yo amo á mi patria, amo á la libertad, y veo con horror esta conquis-

ta; sé que México ama á la Francia, que la imita, que participa de sus glorias, y que hoy venimos nosotros á convertir en rencores estas simpatías.

—Sí, es verdad.

—Somos injustos con este pueblo noble, á quien por otra parte no podrémos esclavizar, porque tiene los elementos de la libertad y de la abnegacion.... Oyeme, Clara, tú debes saberlo todo; comprendo que hasta tú misma has sentido repugnancia hácia mí; que te sientes aun en estos momentos avergonzada de que te vean á mi lado.

Clara inclinó la cabeza.

—Sí, Clara, no es la vergüenza por mi personalidad; es porque llevo al cinto la espada del invasor, no es cierto?....

—Yo no sé mentir, respondió trémula la jóven.

—Tendrás que seguirme á Francia cuando la expedicion haya llegado á su término; porque la República triunfará, no lo dudes, y serias el escarnio de tus paisanos.

—Demuriez, por compasion! dijo la jóven.

—Yo he estado en la Algería, en Italia, en Sebastopol; allí resistia el ejército; aquí lucha el pueblo, y nosotros no podemos vencerle. ¿Qué importan las ciudades, cuando en cada cabaña, en cada aldea, en cada casa tenemos un enemigo que nos acecha, que asesina á nuestros soldados, que diezma nuestras filas, sin que nosotros podamos evitar el mal. Sí, Clara, ese sitio de Puebla ha estado lleno de episodios gloriosos que forman la tradicion gloriosa de los soldados y del pueblo, historia que alienta á la revolucion.... ¿cuál será mi porvenir?

—La idea de la separacion arroja en tu alma imágenes siniestras, Demuriez. Yo tengo fé en Dios, él que ve la pureza de tu amor; velará por tu existencia para que podamos unirnos para siempre, ¿no es verdad?

—Unirnos para siempre! murmuró Demouriez.

—Sí, porque yo no tengo mas esperanza que vivir siempre á tu lado; tú me has enseñado á amar, y yo no podria vivir sin tí.... pero tú no me escuchas.

—El dolor anuda mi garganta, y mi lengua se resiste á pronunciar palabras que te desgarrarian el corazon, Clara mia.

—Júrame, dijo la jóven, que me amarás hasta la muerte.

—Hasta la muerte! esclamó Demuriez, llevando audazmente la mano á la empuñadura de su espada.

VIII.

El coronel Laffens pasaba junto al comandante, en los momentos en que tomando del brazo á Clara, se dirigia al salon de tertulia.

—Señor Demuriez, tengo el honor de saludaros.

—Señor coronel, me apresuro á estrecharos la mano, mientras tengo el honor de daros un abrazo.

—Os traigo cartas de vuestra familia y especial recomendacion de visitaros.

El comandante Demuriez se puso lívido como un cadáver, y un temblor circuló por todo su cuerpo.

—Sí, sí, mi coronel, hablaremos mañana, tendré el honor de veros en vuestro alojamiento.

—Bien, caballero; recibid entre tanto los recuerdos de toda vuestra familia que no os olvida un solo instante.

—Gracias, coronel, respondió el comandante, y se apresuró á huir de aquel hombre cuyas palabras le habian hecho estremecer.

—¿Te ha emocionado el recuerdo de tu familia? dijo Clara.

—Sí, mi pobre madre! ella cree que nunca vuelvo de mis campañas, y siempre se desengaña dulcemente cuando llego sano y salvo á sus brazos, ¡pobrecilla!

IX.

—Lo dicho, señores, gritaba el diplomático tomando una copa de Rhin, yo tengo apostado por la aceptacion del archiduque Maximiliano: S. A. I. no podrá nunca rehusar el trono quo espontáneamente le ofrece la nacion mexicana.

—Yo hiciera otro tanto, respondió un viejo escuálido y raquítico, que entre paréntesis, era el esposo de doña Efigenia, ¿quién desprecia una corona? y se componia los cuellos y la corbata blanca que lo hacian aparecer como un gallo de papel.

—Friolera! respondió el diplomático, sueldos magníficos, honores, coche á la puerta, soldados, condecoraciones, buen cocinero, ministros, magníficos vinos, chambelanes y pescado fresco; porque se lo haremos traer al emperador como sus súbditos á Moctezuma II.

—El archiduque vá á llevar una verdadera sorpresa: en Europa nos tienen por hombres de plumas y flechas.

—Eso es inexacto, señor de Cantolla, muy inexacto; es cierto que en el cuadro que existe en las Tullerías en que está la gloriosa toma de Veracruz por el príncipe Joinville, nos han pintado como á los antiguos mexicanos, pero todo es obra del pintor.

—Los artistas, señor de Fajardo, todo lo echan á perder. Tomemos esta copa por la aceptacion de S. A. I. y R. el archiduque Maximiliano.

X.

Pasemos á un círculo mas elevado de la diplomacia, para ponernos al tanto de la situacion.

El general Almonte y monseñor Labastida, rodeados de un grupo de personas de valer en la monarquía, hablaban de la *aceptacion*, que era la cuestion puesta á la órden del dia.

—Desde octubre de 61 datan, decia Almonte, las primeras insinuaciones á la corte de Viena, con motivo de la candidatura del archiduque Maximiliano. S. M. Francisco José contestó que agradecia la preferencia, pero que en este negocio se abstenia de hacer insinuacion alguna á su augusto hermano, que era el único árbitro para tomar una resolucion definitiva cuando llegase el momento.

—De todas maneras, dijo el arzobispo regente, como importaba saber hasta qué punto la corte de Viena se prestaria á realizar los votos de la nacion mexicana, S. M. Apostólica envió inmediatamente despues de las primeras indicaciones confidenciales de la corte de las Tullerías, al conde de Rechberg al castillo de Miramar: tenia encargo el ministro de negocios estranjeros de exponer al príncipe los altos destinos á que la voluntad del pueblo mexicano y las simpatías personales de S. M. Napoleon III, se reservaban llamarlo, para el caso en que tuviera un éxito feliz la espedicion francesa.

—Sí, agregó Almonte, el conde estaba autorizado para declarar á S. A. que el emperador Francisco José, como gefe de la familia imperial, le dejaba plena libertad para tomar el partido que mejor le conviniese.

—El archiduque, prosiguió el arzobispo, se manifestó muy conmovido de que en el momento mismo de haber fabricado la residencia en Miramar para permanecer estraño á la política, S. M. el emperador de los franceses lo hubiera designado á la eleccion del pueblo mexicano, para llenar una mision tan grande y elevada, la regeneracion del antiguo imperio de Moctezuma.

—En el mismo año y por aquellos mismos ias, monseñor Labastida estuvo en el palacio de Miramar.

—Es cierto, dijo el Regente, le merecí á S. A. se dignara escucharme, he excitado al noble príncipe en nombre de la religion y de todo el episcopado mexicano, á que aceptase la santa y sagrada mision para que lo hubiera predestinado en sus impenetrables designios la Providencia Divina.

—El archiduque, repuso Almonte, ha contraido desde entonces un compromiso tácito y moral respecto del episcopado mexicano y de las notabilidades del país, antes de hacer proclamar su eleccion, pues se tenia empeño en contar con la certidumbre de su aceptacion. Cuan lo tuvo lugar la toma de Puebla, el archiduque dirigió sus felicitaciones á S. M. Napoleon III por medio de una carta autógrafa, cuyo contenido fué puesto últimamente en Fontainebleau en manos de S. M., por el príncipe de Metternich, preludiando la aceptacion definitiva del archiduque en su tiempo y lugar.

—La carta, agregó monseñor, presentada á Napoleon por un ombajador de S. M. Francisco José, de una manera oficial, esplicaba el consentimiento anticipado del gefe augusto de la familia de Hapsburgo.

—Este acontecimiento importante, dijo Almonte, añade un nuevo brillo á la casa de Austria, y promete un grande y fecundo porvenir á nuestra nacion. Tengo un autógrafo de la archiduquesa Carlota dirigido á mi esposa, en el que le asegura que de obtener un feliz resultado en el arreglo de las cuestiones de Polonia y México, vendrá con suma satisfaccion á servir de madre á los mexicanos.

XI.

Mientras que los altos funcionarios de la regencia trataban las cuestiones de alta política, el círculo de dandies, capitaneado por Enrique, ese jóven petimetre que hemos conocido burlando á la sociedad entera, formaban lo que vulgarmente llamamos "el mosquete," es decir, la parte de juventud estruendosa y calavera, que toma por su cuenta levantar el espíritu de las tertulias.

—Señores, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones Enrique, es necesario leer públicamente la proclamn de Galicia Chimalpopoca dirigida á sus compatriotas; tiene bellezas de oratoria que pueden arder en un candil, voy á mandar una resma de esas proclamas á los tarancahuases y á los seminoles.

—Que se lea! que se lea! gritaron algunas voces.

—No es fácil, continuó el calavera, hay una pequeña dificultad, y es que el ciudadano Chimalpopoca la ha escrito en *otomí* y yo no conozco esa jerga, es necesario llamar al primer carbonero que pase, para tener el gusto de oir los discursos aztecas.

—Señores, brindemos por la Recopilacion de Indias!

—No, por la recopilacion de mexicanas es mejor.

—Brindemos! brindemos! y seguia el estruendo como la tempestad.

—Propongo un brindis, señores, gritó ya atarantado por el vino el jóven dandy.

—Silencio!.... silencio!....

—Brindo, pues, por el ave fénix que lleva la señora Fajardo en la cabeza!

Una salva de aplausos se dejó oir en todo el salon, pues el tocado de la señora habia llamado notablemente la atencion de la concurrencia.

El señor de Fajardo al entrar en la sala solo escuchó su apellido, y creyendo en su amor propio que se ocupaban de una manera favorable de su persona, tomó una copa y dijo: señores!

Todo el mundo calló, creyendo que iba á lanzar una diatriba á Enrique ó un estrañamiento á la concurrencia que se burlaba de una manera tan terrible de la ridícula doña Canuta.

—Señores! dijo erguido el diplomático, creyendo que el silencio provenia de su fama en la oratoria: agradezco al talento de ese jóven su recuerdo por mi insignificante persona, y le doy públicamente las gracias por el brindis que acaba de hacer en mi favor.

La hilaridad mas escandalosa se apoderó de toda aquella gente, y los aplausos tuvieron todos los honores de una *cencerrada*.

—Siempre tengo igual éxito en mis discursos, amigo Cantolla, hasta me causa pena esa ruidosa aprobacion; espero y con razon, ser útil á mi patria con este talento que debo casualmente á la Providencia.

Cantolla estaba envidioso del diplomático, y quiso ensayar á su vez un brindis: paróse sobre una silla y con voz cascada pretendió llamar la atencion pública.

—Ahí hay algo que quiere hablar, esclamó Enrique, son unos cuellos que llevan dentro á uno que parece ser el señor Cantolla.

—Dos oradores seguidos es mucha broma: ¡abajo Cantolla! abajo Cantolla!

La señora doña Efigenia, que veia casualmente á su esposo presa de un ridículo espantoso, tuvo á bien desmayarse en brazos del diplomático, que se derrumbó en una silla haciéndola mil pedazos, pues la mole de la Cantolla se desplomaba como la torre de San Francisco.

—Mi mujer! esclamó el infeliz marido, y bajándose de la silla se apresuró á llevar un vaso de vino á su esposa que se retorcia en el suelo, mientras el señor Fajardo se quejaba amargamente, fracturado de una costilla.

—Canuta no pesa tanto, decia entre dientes, y yo que pensaba quebrantar.... no, esa mujer es un imposible, en la romana de un carnicero pesará de hoy en adelante mas que en mi ánimo.

—Señores, esclamó Enrique, algo pasa en el salon, hay un silencio repentino, véamos qué sucede.

XII.

Efectivamente, á la bulla del baile y á los ecos de la música, habia sucedido un profundo silencio.

El general Almonte recibia en aquel momento la correspondencia del Paquete, y seguramente algo traia de importancia, donde el general se permitia ojear en público una carta, que el rumor público decia ser del archiduque Maximiliano.

Adelantóse solemnemente el gefe del triunvirato y con voz sonora y con entusiasmo oficial dijo:

—Señores! el archiduque de Austria, S. A. I. y R. Maximiliano de Hapsburgo, acepta el trono de México!

—¡Viva el emperador! fué el eco que salió de todos los pechos intervencionistas.

La orquesta tocó la marcha nacional, y el mas vivo entusiasmo enardeció los corazones.

La conversacion se hizo general, las opiniones se sucedieron, las disputas volvieron á entablarse al saber las condiciones puestas por el archiduque.

—Ya, decia doña Canuta, ya le tenemos entre nosotros coronado, ya el imperio es cosa resuelta, es necesario una junta de señoras que reciba á S. M. la emperatriz, no porque yo quiera ser dama de honor, sino por la urbanidad, las reglas de buena educacion, ademas que no todas saben de estas ceremonias. ¡Dios mio! cuando presente á mi Luz en la corte, qué caravanas que me harán los chambelanes, yo estoy loca, Efigenia!

—Yo me he repuesto de mi desmayo, amiga mia, el gozo me ha dado la salud, Cantolla estará loco.

—Fajardo no podrá contenerse, vá á hacer esta noche mil locuras.

—Como que ya se trata de un *gallo*.

XIII.

—Ya tienen *amo* todos estos señores, dijo Enrique, no pueden disimular su alegría, dentro de tres semanas bailaremos el *minuet* y el *zorcico*, como en la corte de Revillag gedo; ¡qué monstruosidad!

Los regentes se habian retirado y la concurrencia de buen tono.

Quedaba allí esa clase que forma en las últimas filas de la media, entregada á sus costumbres de mal gusto.

—Cotillon! cotillon! gritaban entusiastas varios empleadillos.

Ese baile de mal tono en una reunion distinguida, decidió sobre aquella concurrencia, que volvia la tertulia una reunion de mucha *confianza*.

—Esto es abominable, esclamó Enrique, ya ni en los bailes de último órden se permiten estas pantomimas del *cotillon*. Esta gente no sabe lo que se pesca, se han olvidado que bailan en los palacios de la Regencia.

—S. A. I. y R. tendrá que contentarse con esta gente en sus fiestas imperiales.

—No importa, las Tullerías en una noche de sarao parecen un cuerpo de guardia.

—Los cuarteles dan su contingente para formar la aristocracia del segundo imperio.

—Las cinco de la mañana! estas señoras bailan como unos comerciantes en domingo, esto es democratizar las tertulias de la *Regencia.*

—¡Voto al infierno!

—¿Qué sucede?

—Que ha de ser, que á los gritos de viva el emperador, me han cambiado mi sobretodo flamante por un montecristo mas viejo que el *cotillon.*

CAPITULO CUARTO.

EL ALMA EN PENA.

I.

Nueve años hacia que un miserable anciano arrastraba la cadena del galeote, acusado de haber hecho desaparecer á su consorte.

Nueve años son la vida y la juventud de un hombre.

El pueblo de Ario habia presenciado el juicio de Antonio Martinez, y sin tener nada que alegar en su favor, protestaba contra la sentencia de los tribunales.

El tiempo habia venido á connaturalizar al pueblo con el espectáculo del presidiario, y á este con su cadena y trabajos de su situacion.

No obstante, aquel hombre esperaba algo, y su resignacion era un aplazamiento al gran dia de la justicia.

La firmeza de carácter del anciano, llegaba á una altura inconcebible.

Se habia propuesto no ver á su hija mientras arrastrara la cadena del presidio, y la pobre niña estaba condenada á la privacion de las caricias paternales, y á ver al desgraciado autor de sus dias, tras las rejas de su ventana, cuando pasaba á la saca de piedra ó á componer los caminos públicos.

Pablo, el hijo mayor, habia desaparecido en el mar tumultuoso de la revolucion; el hijo se habia olvidado del padre, y el hermano de la hermana.

Tres seres envueltos en la noche del infortunio.

Una mañana el cabo de presos echó de menos al reo Antonio Martinez.

—¿Qué se ha hecho del compañero? preguntó á un presidiario.

—Nada, anoche le subió la sangre, llamamos al alcaide y dijo que el reglamento prohibia abrir el calabozo á deshora; así es que Martinez murió á la madrugada sin auxilio alguno.

El alcaide tenia razon; el reglamento es una ley y cartucheras al cañon.

II.

Al caer la tarde del 9 de Diciembre de 865, una fuerza republicana entraba en el pueblo de Ario, despues de haber hecho huir á la pequeña guarnicion imperialista.

Las autoridades se habian ocultado, y todas las casas estaban cerradas. Las campanas que tocaban *á rebato*, entraron en muda.

Luego que la poblacion supo que el general Pueblita era el jefe de la fuerza, la ciudad se reanimó como por encanto, se encendieron luminarias y las campanas repicaron, anunciando que el soldado de la revolucion de Ayutla, el querido soldado michoacano, era el huésped de la poblacion de Ario.

Todos los amigos ocurrieron al alojamiento del general, todos lo abrazaban, los viejos lloraban de gusto y de emocion, y los jóvenes se declaraban sus ayudantes, sus soldados, sus guerrilleros.

Pueblita era el hombre de la popularidad en Michoacan, en ese suelo encantado donde Dios ha puesto el paraíso de América.

Pueblita era hijo del pueblo, su elevacion se la debia á sus patrióticas acciones, no se habia ensoberbecido, lo que acrecentaba su popularidad, era republicano de corazon.

Indomable en los principios que el buen sentido le sugería, aleccionado por Ocampo, á quien habia escuchado como á un sacerdote de la democracia, sus armas sirvieron en defensa del progreso y de la libertad, y combatian entonces contra la invasion francesa.

La catástrofe de Puebla y México, la muerte de su querido general Llave, lo habian hasta cierto punto desmoralizado.

Su alma siempre serena como un astro, cedia á la influencia general y

comenzaba á perder la fé, aunque en sus lábios no apareciese nunca una sola palabra que revelase la tempestad de su alma.

Pobre general! al poco tiempo cayó en una emboscada, y fué muerto por el sable de los Cazadores de Africa.

III.

El capitan Martinez lo acompañaba, porque Pablo era hijo, como él decia, "de la mala vida;" nuestro amigo se conservaba tan alegre y entusiasta como el primer dia.

Ignoraba si estaba aún su padre en aquella poblacion, y de todas maneras se habia propuesto ponerle en libertad y vengarse de los que interceptaban sus cartas.

—Yo les tocaré, decia el guerrillero, la música del *maestro Alejandro.*

Pablo no se habia separado del teniente Quiñones, que era mas que un hermano para el guerrillero.

Despues que alojó á la tropa, se dirigió á la autoridad constitucional y pidió alojamiento para él y su compañero.

—No queda ya, dijo el alcalde, sino la casa de los *Duendes* que está á estramuros del pueblo.

—¿Qué duendes son esos? preguntó Martinez.

—Hace tiempo que el señor capitan falta de su país; á no ser así, ya hubiera llegado á sus noticias la historia de esos duendes y aparecidos que traen revuelta á la poblacion, y que nadie se atreve á afrontar.

—Yo afronto hasta al demonio, ¡cuerno de Lucifer! dadme boleta.

—Para los duendes no se necesita; pero yo le aconsejo al señor capitan que no se esponga á ser *espantado.*

—Preocupaciones, dijo Martinez á su compañero que se reia maliciosamente de los escrúpulos del alcalde.

—Seguid la calle recta, tomad á la izquierda, y desde allí se ve el edificio que se llama el *Castillo de los Duendes*, y el pobre alcalde se santiguó tres veces.

—Compañero, esta noche cenaremos con los duendes, veremos qué tal guisan las *duendas.*

IV.

Los dos amigos se echaron calle adelante, y á los diez minutos estaban reconociendo la casa de los fantasmas.

El capitan ordenó á Quiñones que permaneciera en la puerta mientras él registraba los aposentos.

En vano Quiñones trató de persuadirlo á que se dejase acompañar.

El capitan registró su revolver, movió su espada para asegurarse que no le faltaria en un lance, y prendiendo una tea, se encaminó pistola en mano al interior del castillo de los Duendes.

El edificio era un meson abandonado.

El patio era inmenso, algunos pilares amenazaban ruina, y en el techo de los corredores anidaban los murciélagos que comenzaron á revolotear en derredor de la tea.

—Ea! gritaba el capitan, no me maten la luz, avechuchos del infierno! y agitaba la antorcha para evitar que la apagase el aleteo de los mochuelos.

Estos duendes no parecen, si se habrán trasformado en murciélagos, demonio! es una idea de muy mal gusto.

Atravesó los pasadizos desenladrillados y se internó en los aposentos.

Todo estaba desierto.

En uno de los cuartos habia un banco de cama y una mesa, todo cubierto de polvo.

—¡Magnífico! esclamó, la mesa para mí, la cama para Quiñones.

El viento silbaba con furor entre los bastidores de las puertas hechas pedazos.

—Pues señor, los fantasmas han desaparecido: como no me inquieten esta noche, yo los dejaré tranquilos; parece que estos duendes no se atreven á los revolvers; seis tiros son mas que respetables.

Volvió á bajar las escaleras apartando la yerba que habia crecido en todos los tramos, así como en los patios de la finca abandonada.

V.

—Ya estaba inquieto, mi capitan, dijo Quiñones, yo he tenido que emprender una lucha con los murciélagos.

—Era una guerrilla de la fuerza que me atacó en los corredores. Tenemos un alojamiento de príncipe, una mesa y una cama, ni Maximiliano pasa una noche mas cómoda.

—Mirad como nos acechan los vecinos, seguramente nos juzgan aparecidos.

—Vamos á cenar y luego volveremos á dormir el sueño del justo, á menos que se les antoje á los franceses darnos un albazo.

Los dos amigos se dirigieron á la fonda del pueblo, cenaron como dos arzobispos, y tomaron una dósis suficiente para resistir á cuantos fantasmas les diese la gana de asaltarlos.

—Compañero, yo debo tener familia en este pueblo; hace algunos meses que supe que mi hermana se habia trasladado á la poblacion; mañana temprano indagaremos. La suerte de mi padre me inquieta, yo soy un ingrato, con la revolucion he olvidado todo, le he enviado dinero á mi hermana y nunca he tenido contestacion, la oportunidad no es de desperdiciarse, yo dejo todo arreglado, y desato para de una vez este maldito enredo que me trae inquieto hace tantos años.

—El general quiere á usted mucho, mi capitan, y hará cuanto usted le diga.

—Compañero, fuera de este maldito asunto, ya nada me detiene, entonces no me volverán á ver de mal humor, yo sé pelear riéndome, teniente Quiñones, la muerte es mi amiga.

VI.

Regresaron los dos guerrilleros á su casa alojamiento con grande asombro de las viejas y vecinos medrosos del pueblo, que los veian como almas tentadas por los espíritus malignos.

La noche habia cerrado oscura y lluviosa, y comenzaba á azotar una tempestad de invierno.

El capitan comenzó á recordar sus años de la niñez deslizados en la tranquilidad del hogar paterno, las caricias de su infortunada madre y las gracias dulcísimas de su hermana, de aquella criatura angelical á quien no habia vuelto á ver hacia nueve años.

Quiñones se durmió tranquilamente, mientras el capitan habia entrado en ese vago sopor que precede al sueño, en que comienzan á aparecer tomando forma las imágenes, y se percibe el acento de la voz, para entrar en las regiones del infinito y de lo irrealizable.

Estaba envuelto en la nube de sus pensamientos, cuando un ruido de cadenas se dejó oir en la pieza inmediata.

Sentóse el capitan violentamente y amartilló su revolver.

Esperó un momento.

El ruido se oyó mas cerca.

El capitan se estremeció: involuntariamente se llevó la mano al corazon y procuró serenarse.

Quiñones dormia profundamente.

El capitan no quiso despertarle porque no lo tomase por terror, así es que esperó decidido á los fantasmas, resuelto hasta al último trance.

VII.

Un golpe de viento mató la luz del mechero, y todo quedó envuelto en una tiniebla espantosa.

El ruido se acercaba mas y mas.

La puerta giró sobre sus goznes, y se percibió claramente el paso de una persona que entraba en el aposento.

El capitan estaba seguro de no soñar, iba á disparar, cuando recordó que Quiñones podia haberse movido y podria matarlo tirando al acaso.

Una mano fria y trémula se posó en el hombro del guerrillero.

El capitan se estremeció aterrorizado, quiso disparar la pistola, pero el fantasma le asió con la otra mano con una crispacion nerviosa terrible.

Quiso gritar el guerrillero, pero su lengua no tuvo accion, estaba paralizada.

—No hagas movimiento alguno, dijo con voz lúgubre el fantasma, porque eres muerto tú y ese desgraciado que te acompaña.

—Bien, dijo el capitan, ¿qué me quieres? tú no eres una persona del otro

mundo, algo te arrastra hácia mí cuando sabes que yo no puedo inquietarte, porque solo esta noche dormiré en este edificio.

El fantasma permaneció en silencio.

—Habla! gritó el capitan, desesperado y procurando desasirse de las ligaduras que parecian hierro; si eres un asesino estoy á la merced de tu puñal, si nó, dime lo que quieres de mí.

—Matarte!.... no, seria mucha sangre; tú debes vivir pero léjos de aquí.

—¿En qué puede inquietarte mi presencia?

—Pablo Martinez, este sitio es funesto para tí, dijo el fantasma con voz cavernosa.

El teniente Quiñones oia la voz del capitan, y dijo entre dormido y despierto:

—Mi capitan sueña con los duendes.

El capitan perdió la esperanza de que lo auxiliara su compañero.

—Al saber mi nombre, tú debes conocerme.

—Sí, dijo el fantasma, he seguido tus pasos en la revolucion, solo tú puedes ejercer una venganza.

Esa palabra arrojó una luz en el corazon del guerrillero.

—¡Dios mio, esclamó, mi madre!

—¡Silencio! voy á hacerte una revelacion en esta memorable noche.

—Habla, dijo con voz ahogada el capitan.

—Tu madre era hermosa: hubo un hombre que sintió por ella una pasion violenta y la arrebató del fondo de su hogar para encarcelarla en un sótano horrible donde ha vivido sepultada durante nueve años.

—¡Conque mi madre vive! esclamó el capitan.

—Cuidado con que ese hombre despierte, porque no sabrás una palabra mas de este secreto.

—Ya te escucho.

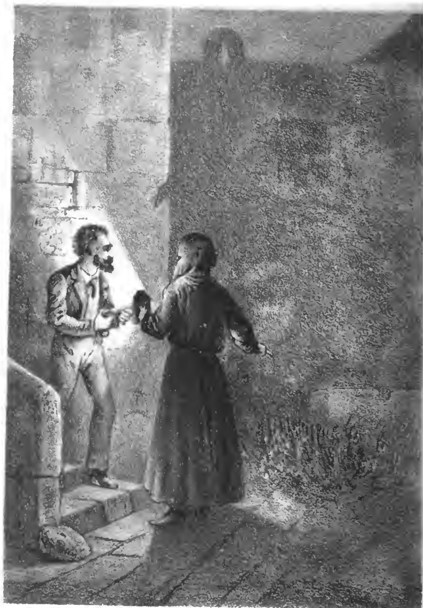
—El infame raptor tuvo un confidente, un cómplice que obedecia ciego sus mandatos....

—Continúa por compasion, dime algo de mi madre.

—Dos gemelos fueron el fruto de aquella sacrílega union, de aquel horrible adulterio.

—Pero mi madre no le amaba.

—No, ella fué violentada; por medio de un engaño se la llevó á una casa donde hasta hoy permanece. El miserable que habia arrancado por medio de la fuerza lo que nunca indicó por amor, ha seguido una senda



EL ALMA EN PENA.

terrible de crímenes. Aquellos dos niños fueron entregados al cómplice para hacerlos desaparecer.

—Pero ese hombre es un infame! esclamó el capitan.

Quiñones hizo un movimiento.

—Silencio, volvió á decir el fantasma. Ese hombre cree que esos niños han muerto, teme que por la huella se descubra su crímen.

—Y no hay justicia en el cielo!

—Sí, sí la hay y terrible: escucha, capitan. El cómplice llegó á tener una pasion por la víctima desgraciada, pero fué descubierto, y desde entonces tu infeliz madre arrastra una existencia mas dolorosa aûn, y el cómplice por temor de subir al cadalso no se atreve á denunciarle.

—Todo esto es horrible, espantoso!

—Es necesario que salves á tu madre, ya que la Providencia te conduce á este sitio despues de tantos años, como la mano de un destino vengador

—Estoy pronto.

—Sígueme.

Levantóse resuelto el capitan.

El fantasma sacó de entre su mortaja una linterna sorda, y se echó adelante seguido del guerrillero.

VIII.

El capitan Martinez seguia al misterioso fantasma lleno de ansiedad: si la linterna se hubiera vuelto hácia Pablo Martinez, se hubiero contemplado aquella fisonomía siniestra, aquella mirada torva, y unos lábios trémulos y convulsos por el corage y la emocion.

Atravesaron los desmantelados corredores, multitud de departamentos derruidos; bajaron por una escalera hûmeda y llena de yerba y penetraron en un pátio estrecho.

El fantasma se detuvo.

—Hemos llegado? preguntó Martinez.

—Sí, dijo el fantasma, amartilla tu pistola.

El capitan amartilló su revolver.

—Toma la linterna.

El capitan la tomó y dirigió el foco de luz al rostro do su misterioso interlocutor.

Nada pudo ver, mas que una careta negra y dos ojos centellantes tras el antifaz impenetrable.

—En aquel ángulo, dijo el fantasma, cerca del brocal de aquel pozo, separa la yerba y encontrarás una argolla de hierro: no tires de ella, por el contrario, oprímela con fuerza, y cediendo el resorte te dará paso á una escalera: en el fondo está un aposento, allí es la tumba de tu infeliz madre y allí encontrarás al miserable seductor.

IX.

El audaz guerrillero se dirigió al sitio indicado, separó los matorrales procurando no meter ruido alguno, encontró la argolla y la oprimió con la culata de la pistola.

El resorte levantó pausadamente la losa y el capitan se precipitó con violencia por aquellos escalones, enmedio de la mas densa oscuridad.

Reinaba en el aposento un silencio profundo y aterrador.

En el fondo estaba una mujer encadenada; dormia en uno de los rincones. En su faz demacrada se revelaban sus hondos sufrimientos, su cabello comenzaba á encanecerse, su boca entreabierta y sus ojos amortiguados indicaban que dormia profundamente.

En el otro estremo del aposento habia una cama y en ella un hombre, que tambien estaba dominado por el sueño.

Aquello era el asilo del crímen y del infortunio.

Acercóse el guerrillero con la linterna y alumbró al que yacia tendido en el lecho.

—El es! esclamó el capitan, el mismo cuya fisonomía no he olvidado un solo instante! ¡Despierta! le dije sacudiendo aquel cuerpo raquítico.

Despertóse el viejo, quiso poner la mano á una pistola; pero ya era tarde, Martinez lo tenia asido por la garganta.

—Perdon! decia acobardado, perdon!

—Entrégame á mi madre, miserable, ó te levanto la tapa de los sesos!

—Allí está! allí está! y señaló el oscuro rincon del aposento.

Al ruido despertó la mujer y al incorporarse crugieron las cadenas.

—Madre! esclamó el capitan con voz ahogada, y se precipitó en los brazos de aquella infeliz que no podia pronunciar una palabra.

—Pablo! dijo despues de haber derramado un torrento de lágrimas, ¡hijo mio!.... yo me siento morir!

El rudo guerrillero lloraba como un niño.

Se arrodilló delante de su madre y le abrazó las rodillas.

—Perdóname, le decia; yo no soy buen hijo, te he dejado en manos de ese hombre en una agonía prolongada, ¡perdóname!

—Y mi hija? preguntó la desgraciada.

—Vive; pero no sé de ella, madre.

—Quítame por compasion estas cadenas!

—Encadenada, Dios mio! ¡y ese hombre vive!

El viejo subió violentamente por la escalera, tocó el resorte, pero la losa no se levantó.

—Alguien está arriba, dijo con desesperacion, estoy perdido!

El guerrillero desató las ligaduras y tomando del brazo á su pobre madre, dió una señal y la losa se levantó.

—Salga usted, le dijo á la anciana, y tú, dijo al fantasma, llámame al teniente Quiñones y ven con él.

La vieja, acompañada del fantasma, se dirigió á una sala donde habia algunas sillas empolvadas, y allí se sentó á esperar al capitan Martinez.

X.

Quiñones dormia profundamente cuando la mano del fantasma lo despertó.

—Dios mio, los duendes! esclamó el teniente y se sintió desfallecer.

—Sígueme!

Quiñones, movido por una fuerza irresistible, siguió temblando al fantasma, hasta llegar al aposento donde los esperaba el guerrilleró.

Martinez se paseaba tranquilo por la estancia, el viejo tomblaba como un azogado.

El fantasma, Quiñones y el capitan tomaron asiento junto á una mesa.

El fantasma encendió una bujía, cuya luz siniestra alumbraba aquellos cuatro personajes de una manera fatídica.

Algo de terrible iba á pasar allí!

—Andrés Velarde, dijo con acento sombrío el guerrillero, has arrebatado á una mujer de su hogar por medio del engaño.

—Es cierto, contestó con voz apagada el anciano.

—Al crímen de rapto has añadido el crímen horrible de acusar á un inocente de asesinato.

—Compasion!

—Hay un hombre que ha arrastrado durante nueve años la cadena del presidario.

—Sí, es verdad; pero me arrepiento.

—La honra y la vida se han consumido en las prisiones.

—Compadéceme!

—Qué has hecho del fruto sacrílego de tu union reprobada?

— Soy un criminal!

—Te has manchado con la sangre de tus hijos, con tu propia sangre!

El viejo cayó de rodillas.

—Vas á morir, como nadie ha muerto hasta ahora.

—Piedad, piedad! yo me arrepiento.

Quiñones se creia presa de una pesadilla.

El fantasma permanecia mudo y silencioso como la imágen de la fatalidad.

—No, prosiguió el guerrillero, para tí no hay expiacion posible en la tierra. Dios no vendrá á buscarte en el asilo del crímen y de la miseria.

El viejo estaba aterrado.

—Qué se ha hecho de tu cómplice?

—No lo he vuelto á ver.

—Ha muerto ayer á puñaladas por órden tuya, dijo el fantasma.

—Es verdad!.... es verdad! el cielo se conjura contra mí! Yo sé que debo morir; pero quierro arrepentirme, quiero un sacerdote! ... Pablo, continuó, tú no derramarás la sangre de este viejo infeliz, no te mancharás con un crímen, tú que sabes pelear en el campo de batalla y nunca has asesinado á nadie.

—No, nunca he asesinado á nadie, es verdad, ni tu sangre manchará mis manos.

—Entonces, qué quieres hacer de mí?

—Ha llegado á tus puertas la justicia de Dios.

XI.

Mientras pasaba esta escena, un hombre habia llamado al curato del pueblo pidiendo un sacerdote para una confesion.

El cura habia seguido al individuo que lo solicitaba, pero al verlo dirigirse á la Casa de los Duendes, se habia sobrecogido de espanto.

— Seguidme, le dijo el hombre, y le puso al pecho una pistola.

El desgraciado sacerdote, fué mas bien arrastrado á aquella misteriosa casa, que por su voluntad, sin comprender que iba á asistir á un drama terrible.

XII.

—Dios es justo, continuó el guerrillero, y te castiga. La justicia divina quiere que el mundo no conozca estos crímenes y estos castigos.... Morirás en el silencio de este subterráneo, entregado á la desesperacion ó al arrepentimiento.... Sí, Andrés Velarde, ya estás dentro de la tumba, de aquí á la eternidad hay un solo paso.

—Sepultado en vida! esclamó el desgraciado, ¡esto es horroroso! no, tú no serás tan cruel.... entrégame á mis jueces, quiero subir al cadalso.... tú no sabes que morir en las tinieblas es entrar al sepulcro con las palpitaciones de la vida.... prefiero morir á tus manos, mátame por compasion!

—No, tú debes apurar una á una las gotas amargas del sufrimiento.... derramar lágrima por lágrima todo el llanto de tu existencia enmedio de la memoria sangrienta de tus hijos asesinados.

—Pero este hombre es el demonio!

El guerrillero hizo una seña de inteligencia al fantasma, éste tocó el resorte y la losa se abrió.

El sacerdote descendió por la escalera y se encontró frente á aquel cuadro sombrío.

—No temais, padre, dijo el guerrillero; confesad á ese hombre que va á morir.

Martinez, Quiñones y el fantasma los dejaron solos.

Quiñones no se atrevia á pronunciar una palabra.

El fantasma no pronunciaba una sola sílaba, solo se oia la agitacion angustiada de su pecho.

XIII.

Pasó media hora, cuando los tres personajes vieron salir al sacerdote, que con la cabeza inclinada atravesaba los corredores murmurando con voz entrecortada: "El dedo de Dios! La justicia divina!"

El guerrillero y el fantasma rompieron el muelle de la losa, mientras el desgraciado Velarde clamaba misericordia.

Volvieron á adaptar perfectamente la cerradura y quedó como la piedra de una tumba.

Arrojaron yerba y algunos trozos de ruinas, y se alejaron para siempre de aquel siniestro lugar.

El fantasma habia desaparecido.

XIV.

El dia comenzaba á clarear, cuando el capitan, su anciana madre y Quiñones llegaban á una casita de las orillas del pueblo.

—Aquí es, dijo el capitan, y llamó fuertemente á la puerta.

Un muchachito indígena salió á ver que se ofrecia.

—La niña Guadalupe? preguntó el guerrillero.

—Va á salir á la iglesia, respondió el criado.

La campana daba el toque del alba.

—Entremos, dijo Martinez, y penetró con la anciana en el aposento de la jóven, que dió un grito de sorpresa.

—Qué quieren ustedes? preguntó asustada.

—Guadalupe, hermana mia!

—Pablo! esclamó la jóven arrojándose al cuello del capitan, y comenzó á llorar lastimosamente.

—Tú no sabes, dijo, que hace tiempo hemos perdido á nuestro padre.

—Rayo de Dios! gritó el guerrillero, la felicidad huye á grandes pasos delante de mí.

—Yo quedo sola en el mundo, enteramente sola; porque tú has olvidado á tu infeliz hermana.

El capitan no la oia; con la frente torva, los ojos anegados en llanto, tributaba una ofrenda dolorosa á su anciano padre muerto en el presidio.

La madre del guerrillero se habia desmayado á la vista de su hija.

—Mira, dijo el capitan, no conoces á esa infeliz qne yace desmayada en el suelo?

—¡Dios mio! sí.... es ella!.... yo no la he olvidado un solo instante, madre! ¡madre del alma! y se precipitó sobre aquel cuerpo aletargado, y cubrió de besos aquella frente donde se veian las marcas indelebles del sufrimiento.

Quiñones se salió á la calle, no qneriendo presenciar mas nna escena que lo conmovia profundamente.

El capitan y la jóven llevaron á nn lecho á la pobre mujer, qne no pudiendo resistir tanta emocion, habia perdido el sentido.

XV.

El capitan Martinez se dirigió al alojamiento del general Pueblita, habló con él una hora larga y salió para concertar su viaje con el teniente Quiñones, su amigo inseparable.

—No somos conocidos de los franceses, decia el capitan, y podemos pasar por comerciantes.

—A ménos que álgnien nos ponga la vista, y conociéndonos, vâyamos á la Corte Marcial.

—Si tiene nsted temor, yo iré solo.

—Capitan Martinez, yo no tolero esas palabras, nsted me ha visto batir cien ocasiones, y....

—Vamos, no sea nsted loco, he hablado sin reflexionar.

—Yo no tengo mas miedo que el de ver á usted en manos de los *gabachos*, sin haber peleado ántes, demonio! caer prisionero sin combatir, seria una suerte endiablada.

—No hay qne pensar mas en ello. Saldremos dentro de dos horas.

—Y qné rumbo llevamos?

—El de la Tierra Caliente. Tengo nna tia en Cnernavaca, donde pienso llevar á mi madre y á mi hermana durante esta maldita guerra que no sabemos cuanto durará. Así podremos pelear libremente.

—Capitan, es necesario pelear para olvidar lo qne ha pasado de anoche acá.

—Sí, es horrible, respondió el capitan tristemente.

—Diablo! y pensar que mi hermana está mas linda que un sol y hay tanto majadero!

—Se verá rodeada de peligros, pero no importa: la señorita me parece que no es una plaza que se pueda tomar con facilidad.

—Como se le antoje amar á alguno, amigo mio, no hay remedio; pero si álguien atentase á su honor, ya tendria que habérselas muy serias conmigo.

—Ya lo creo, y conmigo, que me declaro desde hoy hermano de Guadalupe.

—La mano, teniente Quiñones!

Y aquel valiente soldado estrechó la mano encallecida de su amigo.

XVI.

A las dos de la tarde de ese dia, salieron cuatro viajeros del pueblo de Ario, dirigiéndose al Sur de México por el camino real, llevando una mula cargada de efectos de lencería.

—Me ha dado en el corazon, decia Martinez, que no vuelvo á ver á mi general Pueblita: es muy valiente para que viva mucho tiempo.

—Estos malditos franceses matan mas que el cólera-morbo.

—Tambien caen como espigas cuando nos *emparejamos.*

—Y no ha recibido usted noticia del coronel Fernandez?

—Está con mi general Arteaga, peleando que dá miedo.

—El general es muy desgraciado, se bate como un leon, pero siempre lo derrotan.

—No hay dos patriotas como él. En Calamanda le he visto batirse personalmente con la caballería de los *mochos;* su pistola lo salvó de la muerte.

—Dicen que el coronel Salazar anda en la espedicion.

—Qué franco es mi coronel! metido en sus botas federicas y con un paltó que parece tienda de campaña.

—¡Demonio! nuestras plazas principales están ocupadas por el enemigo, no nos queda ya mas que la insurreccion. ¿Y el señor presidente?

—¡Demonio! don Benito tiene siete vidas como los gatos: en Guadalajara ya lo iban á fusilar, y se escapó por milagro: ahora le dispararon los soldados de Quiroga, y nada, amigo!

—El presidente les ha de dar una pesadumbre á los franceses.

—La suerte se encargó de vengarlo: en ese asunto de Guadalajara, á los pocos dias fusilaban á los que lo habian traicionado.

—Les hace *mal de ojo* á los que le tocan.

—Estoy seguro que ese Quiroga y Vidaurri caen en sus manos cuando ménos lo piensen.

—Si con farol buscan otro mas terco, no lo encuentran.

—Acuérdese usted de lo que voy á decirle: dentro de poco lo vemos en el palacio de México, con el mismo fraque y el mismo sombrero que sacó el 31 de Mayo.

—Ya lo creo, como que los franceses le tienen mas miedo á la casaca negra que á un obus de á treinta y seis.

—Y será cierto lo de los yankees?

—Amigo, el presidente se dejará matar, ántes que comprometerse con el extrangero: ya se empeñó en que hemos de ganar, y ello ha de ser quiera Dios ó no quiera.

—Y á usted le gusta el imperio, niña Guadalupe?

—Mi abuelita, respondió la jóven, me contaba cuentos tan bonitos, en que habia palacios, damas y caballeros, riqueza y príncipes, que me ha hecho pensar muchas veces en la monarquía.

El capitan Martinez soltó una franca carcajada.

—Como que tú has nacido para un emperador, alma mia, dijo á la jóven.

—Tengo mucho deseo de ver á un rey.

—Eso me pasa siempre á mí siempre que juego; pero siempre vienen primero los *caballos*, es mala carta.

—Se me figura, continuó Guadalupe, que no son como los demas hombres, que hablan muy poco y que siempre están sobre el trono.

—Eso depende, dijo el capitan, de que tú los has visto nada mas en el teatro.

—Es cierto, ese rey de Ana Bolena era cruelísimo, mandó matar á todas sus mujeres.

—No tenia mal gusto su majestad.

—Conque usted en resumidas cuentas es intervencionista.

—No, respondió Guadalupe, yo no quiero á los franceses; pero desearia que el señor Juarez se hiciera emperador.

—Estás diciendo un sacrilegio; si te oyera *don Benito*, se reiria seis dias seguidos.

—Puede ser, pero el barullo de este gobierno nó me gusta. En Ario

he visto que han descalabrado al alcalde en las elecciones, y que un cervecero se hizo nombrar regidor, y eso que su cerveza nunca estaba fermentada.

—Pues esa es la democracia, la igualdad: ¿qué mas da hacer escritos, poner recetas, que fabricar cerveza sin espuma?

—Yo creo que la gente decente siempre es superior.

—Calla, Guadalupe, no ves que si eso fuera cierto, los que no son *decentes* serian esclavos de los señorones.

—Pues yo quiere que cada uno se esté en lo que nació.

—Todo el mundo debe tener aspiraciones, aunque lo descalabren como al alcalde de Ario.

XVII.

El sol habia desaparecido en el ocaso, cuando nuestros viajeros llegaban al pueblo de....

Un indio que llevaba á sus espaldas un tercio de leña se detuvo frente á la cabalgata.

—Padrecito, dijo al guerrillero, tú eres el capitan Martinez, no entres á la poblacion, acaban de fusilar á tres zaragozas (republicanos) y si te conocen te van á matar; quédate en el monte y que entren los señores.

—¡Rayo! esclamó Martinez, esto sí está malo, ¿y quién está en el pueblo?

—Los franceses, padrecito.

—Y qué tantos serán?

—Como muchos, padrecito.

—Yo entraré con la familia, dijo Quiñones, y usted, capitan, váyase por la vereda, mañana nos encontraremos.

—Entonces entren ustedes per este lado, estoy seguro que nadie reparará, voy á llamarles la atencion.

XVIII.

Sin esperar respuesta tomó el rumbo opuesto, mientras Quiñones se aproximaba con la familia á la garita del pueblo.

A los diez minutos se comenzaron á oir unos tiros de mosquete.

—¡Diablo! dijo Quiñones, el capitan hace su saludo á los franceses.

La pequeña guarnicion se puso sobre las armas y acudió al lugar de los balazos.

Como la noche habia cerrado y el capitan hacia violentos sus disparos, los franceses creyeron que se acercaba alguna guerrilla y comenzaron á tirar al acaso, fingiendo por su parte un combate para darse los honores del triunfo y cosechar un ascenso ó una cruz de la *legion de honor*.

—Ya han de haber entrado, dijo el capitan, y poniendo al cinto su pistola se internó en el monte.

Los franceses tomaron prisioneros á unos labradores que volvian de su campo, y al dia siguiente los juzgaban como guerrilleros en la Corte Marcial.

A los pocos dias anunciaban los diarios de la capital, que el guerrillero Martinez habia aparecido por el rumbo de la Tierra Caliente con una partida de bandoleros, inquietando á las poblaciones adictas al imperio.

CAPITULO QUINTO.

UNA LETRILLA DE GUILLERMO PRIETO.

I.

La revolucion seguia avanzando como el flujo de un mar de sangre.

Los hombres mas prominentes eran asesinados cobardemente, como Llave y Comonfort, ó vagaban proscriptos huyendo de la traicion que los entregaba atados en manos de los enemigos de la patria.

El personal del gobierno iba cediendo palmo á palmo el territorio, y los invasores le seguian de cerca para extinguir la antorcha de la legalidad y privar á la revolucion trashumante de ese centro de union que inquietaba el porvenir del imperio.

La declaracion del archiduque Maximiliano de no aceptar la corona hasta que la mayoría del país se declarase en su favor, hizo mas tenaz la lucha; pues cada pueblo conquistado era un voto en la ánfora de los notables, una firma mas en la acta del 12 de Julio.

El 10 de Abril de 864, el archiduque habia recibido oficialmente á la diputacion mexicana, que le presentó las actas de la mayoría de México, y declaró, que cumplidas la condiciones puestas el 3 de Octubre del año próximo pasado, aceptaba el trono de México y la reconstruccion del antiguo imperio de Moctezuma.

II.

Grande era el alboroto que traia la sociedad conservadora al verse erigida en corte, sueño qne habia acariciado desde el dia primero de la independencia.

Todos aquellos títulos desheredados y perdidos en el torbellino republicano, resucitaron como las crisálidas y pretendieron desde luego la superioridad.

Varios personajes qne han subido en el escala del agio á una regular posicion, se echaron en busca de pergaminos; porque todos creian en la resurrecion de los tiempos felices del vireinato, sin recordar qne el golpe de Estado de 52, al improvisar un emperador en Francia, habia criado una nobleza sacada de los vivaques y cuerpos de guardia.

Otros individuos no pudiendo llegar á los escaños de la nobleza, se contentaban con formar parte de la milicia togada, apoderándose de los puestos públicos.

La Regencia desempeñaba el primer papel, y cada trinnviro esperaba recompensas y honores en cambio del puesto qne cedia al emperador.

Las pompas oficiales se sncedian, y el pueblo asistia á ellas, así como á los fusilamientos diarios qne tenia lugar en las plazas de Mixcalco y Santo Domingo.

Mientras que la "Novara" lleva á los archiduqnes al puerto de Civita-Vechia para recibir en la Ciudad Eterna la bendicion del Santísimo Padre, siguiendo su peregrinacion de despedida en las cortes enropeas, recibiendo en las Tullerías la *consigna*, dejando en manos del César frances los millones del empréstito de Miramar, volvamos nosotros á la casa de nuestros amigos los señores Fajardos, que seguian envueltos en el vértigo monárquico, esperando con ansia el arribo de SS. MM. II.

—Es una cosa hecha, hija mia, y no hay que ponerla en dnda, esclamaba furioso el diplomático.

—Yo me felicito, papá mio, de ese acontecimiento; porque hubiera resistido como nunca á la autoridad paterna.

—Por la primera vez te hubiera impuesto mi voluntad, te declaro que al primer oficial del ejército de Napoleon III que se llegue á pedirte en matrimonio, te caso.

—Lo cierto es que el comandante Demuriez es novio de Clara, y que no se ha permitido nunca decirme una sola frase de amores. Ese oficial conoce mi carácter y estaba seguro de un desaire.

—Vea usted lo que son las amistades, yo nunca imaginé que Clara te quitaria el novio.

—Esa es una equivocacion.

—Yo nunca me equivoco, la prueba que tengo, la leccion que me da el mundo, ha sido en cabeza propia. Tu madre era novia de un capitan llamado Verdeja, y yo la arrebaté de su poder para casarme con ella; ya tú ves si sabré de estos enredos.

Doña Canuta dió un prolongado suspiro.

—Suspira, suspira, esposa mia! si vieras ahora á tu antiguo prometido, se te caerian las alas del corazon: ayer llevaba un gorro montado mas álto que un penacho de granadero, y un espadin como el de don Simplicio.

—No abuses de mi situacion ni de la preferencia que te he otorgado para insultar á una persona ausente.

—Esa persona ausente es un capitancillo cualquiera.

—No tan cualquiera, que lleva sobre su pecho la cruz del *Gallinero*.

—Y en su sombrero al tres, las colas de las gallinas.

—Tengamos la fiesta en paz y no desfogues tu mal humor conmigo, que en nada tengo la culpa del trastorno de tus planes.

—Bien, no quiero riña doméstica; pero es horrible lo que ha pasado, yo creia que el comandante se dirigia á Luz, y resulta que se casa con Clara: esto es una burla, una ironía, una estupidez!

—Papá, yo no amaré nunca á un frances.

—En cambio amas á un descamisado, á un gefe de bandoleros, y para decirlo de una vez á un *cívico!*

—Es cierto, los sentimientos que usted ha sembrado en mi alma....

—Qué alma ni qué niño muerto, interrumpió don Modesto, no me dejaré llevar como siempre de tus lagrimitas, hoy seré inexorable.... yo necesito un frances, y cuando yo me empeño no hay mas que obedecer.

—Pero hombre, si no la enamoran, cómo ha de ir á buscarles?

—Es decir que yo no puedo mandar en mi casa?

—Fajardo, eso no tiene lógica.

—Te estaba á tí reservada esa declaracion. Sepa usted, señora mia, que si lo que digo no tiene lógica, poco ó nada se me dá de ello; si para algo no hace falta la lógica, es precisamente para casarse.

—Ya, ya lo sé.

—Este señor Desmuriez me ha chasqueado: tenerle en mi casa alojado, ponerle manjares esquisitos, los mejores vinos, en una palabra, *engordarlo*, para que fuera mi yerno, y aprovecharse otra persona de estas circunstancias para robármelo.... no, yo traeré otro que se dará por satisfecho con que se le ofrezca novia, casa y que comer.

Luz abandonó ruborizada el aposento, teatro de una disputa tan ridícula.

III.

—Hé aquí lo que se saca un padre que ve por el porvenir de su hija, que se le desprecie, que se le.... y entre paréntesis, ¿no ha venido el sombrerero?

—Hace una hora que te espera.

—Que entre al momento, yo no sabia que me esperaba.

Tocó la campanilla y se presentó una criada.

—Que pase *Munsiur* Zolly.

El sombrerero entró en la sala.

—*Munsiur* Zolly, usted es aleman?

—Servidor de usted.

—Por supuesto que estará usted impuesto de los usos de los alemanes?

—Phs!

—Bien. Usted habrá visto á los soberanos de Europa y sabrá que clase de sombreros *gastan?*

—Los que se usan, caballero.

—Bien: el retrato de S. M. I. ha llegado, trae un sombrero que todos afirman ser *blanco.*

—Es blanco.

—Bien: yo quiero un sombrero como el de S. M., alto, pero muy alto.

—Se hará inmediatamente.

—Y no podrá usted tomar la medida en la fotografía.

—Sí, señor.

—Creo que saldrá muy chico.

—Yo calcularé.

—Canuta, dame el retrato de Nuestra Majestad.

—Está en el album.

—No me acordaba. Vea usted, *Munsiur* Zolly, usted es aleman y comprenderá mejor esta reproduccion,

El sombrerero examinó la fotografía y dijo:

—Está bien.

—Y cuanto lleva usted por su obra?

—Una onza.

—Hombre, no es para el emperador, es para mí.

—Dá lo mismo.

—¿Luego usted es republicano?

—Yo soy sombrerero.

—Comprendo; pero los fondos del archiduque no entran en comparacion con los mios, y ya ve usted que los millones de Miramar....

— Con permiso de usted.

—No, no sea usted tan violento de génio, ajustémonos.

—Son precios fijos.

—Pues fijemos el precio.

—Una onza.

—Ah, Mr. Zolly! Y estará para mañana temprano?

—Es muy corto el plazo.

—Entonces para pasado.

—Está bien.

El sombrerero se salió con el ánimo de no hacer tal sombrero.

IV.

—Ya estoy de moda, esposa mia, voy á ser el primero que saque un sombrero *blanco.* Yo llevo como quien dice la iniciativa.

—Eso sí es de mi aprobacion, enteramente vá con mis ideas; espero la moda que ha de traer S. M. la emperatriz para entrar en ella inmediatamente.

—Bien hecho, república es república, y corte es corte.

—Señor, el carrocero, dijo la criada.

—Que pase.

—Hola, don Cárlos, usted por acá?

—Siempre que se me llama no me hago esperar, caballero, dijo don Cárlos componiéndose los anteojos.

—Necesito una calesa de moda.

—La tendrá usted.

—¿Y cómo la vá usted á fabricar?

—De la manera que usted ordene.

—Entonces de cuatro asientos y muy abierta, que se vea todo lo que pasa dentro, no me gustan los misterios.

—La haré muy abierta.

—Y ya no se estilan los dorados?

—Eso vá en gustos.

—Pues entonces dórela usted, es necesario que lleve todo el gusto del Renacimiento.

—Está bien; ¿y no lleva *escudo*?

—Calle! pues no habia pensado en ello; sí, don Cárlos, póngale usted un escudo, es de toda necesidad.

—Está bien; pero yo no conozco las armas de la casa.

—Tengo un espadin y un mosquete: miento, el alférez Estrada se desapareció llevándose esa arma peligrosa.

—Me parece que un espadin es de mal gusto.

—Entonces pónga usted un obus de á treinta y seis.

—Creo que usted se burla, caballero, yo hablo de escudo de nobleza.

—Qué dices de eso, Canuta?

—Que pondremos un escudo; ya ves, la casa de Barron se hizo pintar un cochino y un letrero en latin.

—Pintemos nosotros otro animal con un letrero en hebreo.

—Aconséjenos usted un escudo, don Cárlos.

—Eso no se inventa, caballero, yo tengo algunas pinturas de fantasía.

—Bien, amigo mio, pinte usted una fantasía en mi calesa; pero que imite un escudo de armas, y si conoce usted un buen cochero mándemelo, el destino es magnífico, no trabajará sino en tiempo de secas, porque yo no espondré nunca á la accion del agua una calesa que lo menos debe costar trescientos ó cuatrocientos pesos.

—Yo no conozco á ningun conductor, y en cuanto al precio de la calesa lo menos es de mil quinientos pesos.

—Jesus! con esa cantidad compro todos los *alquilones*.

—Puede usted hacerlo.

—Yo quiero una calesa muy barata, sumamente cómoda.

—Hay algunas remontas.

—Bien, trataremos con las remontas.

—Esas valen ochocientos pesos.

—Si usted no se humaniza no habrá modo de entendernos.

—Cuando usted se decida, puede buscarme en el establecimiento.

—Estoy de malas hoy, con todas las personas que trato, me.... en fin haga usted la ca'esa remontada, ¿estará para el lúnes próximo?

—No, señor, dentro de un mes la tendrá usted en casa.

—Es que yo quiero enviarla al Sagrario para que se estrene en los *Sacramentos habituales*, yo saldré ese dia de cochero del Viático.

—Buenas tardes, caballero.

—¿No quiere usted nada adelantado?

—Buenas tardes.

V.

—Estos fabricantes extrangeros, son magníficos: ¿cuando un artesano del país no me hubiera descerrajado algun dinero adelantado para jugarlo esta misma noche?

—Ya estamos en una nueva era, estados múdan costumbres, amigo mio.

—Sombrero blanco y calesa con escudo!.... ya estamos en tren, ya nada falta; hoy voy á la guardarropía del teatro Principal, en busca de vestidos para los lacayos; los vestiré á la Luis XIV, es un traje precioso, estoy seguro que nadie tendrá la misma idea; es necesario guardar el secreto, si me roban este pensamiento, soy capaz de.... nó, yo no lo creo, eso seria un verdadero rapto.

—Hoy has olvidado la leccion de frances.

—Es cierto, el desengaño que.... en fin, sobran comandantes Demuriez que se casen con mi hija.

—Véamos si algo he adelantado. He traducido algunas hojas del Telémaco, y la dificultad está en saberlas acomodar á la conversacion familiar.

—Es necesario.

—Ah! ya sé, voy á visitar á mi amigo el padre de la amiga de Luz, y entraré diciendo el primer párrafo del libro: "Clara Calipso no podia consolarse de la partida de Telémaco Demuriez." Luego dirán que yo no tengo talento!

—Y de diálogos, cómo estamos?

—Algo se adelanta, ya sé como se dice *té*, *café*, y como se saluda; es necesario que lo practiquemos: y dime, esposa mia, cómo se dice Canuta en frances?

—Los nombres no se afrancesan jamas.

—Pues hacen mal, hoy todo debe afrancesarse; yo pondré en mis tarjetas, "*Fajardait*."

—Bien, bien, ese es negocio mio.

VI.

—Ya tenemos aquí á nuestro amigo Enrique Morales, que se ha hecho presentar en mi casa.

—Señorita, me tiene usted á sus pies.

—Pase usted, Enrique, hoy viene usted oportunamente; estamos de un humor espantoso.

—¿Usted gasta enojos, señor de Fajardo?

—No, ya pasó, fué una nube que se ha disipado con la agradable noticia de que ya tengo sombrero blanco y calesa con escudo!

—La nueva merece los honores de la alegría; yo felicito á usted por la adquisicion de prendas tan importantes.

—Ya se vé que lo son.

—Tendrá usted la gloria de anunciar con todo su arreo, que la monarquía se acerca á la capital.

—Ese es precisamente mi objeto. Hombre, usted no sabe una buena noticia.

—Cuál, señor de Fajardo?

—Hombre, el casamiento de Clara con el señor Demuriez.

—La señorita Clara va á hacer un pan con unas hóstias.

—Hombre, por qué?

—Porque esa señorita ignora quién es ese soldado frances, no sabe sus antecedentes, y sobre todo, tal vez será casado en su país.

—Enrique, usted es muy exajerado, dijo doña Canuta.

—Es una opinion como otra cualquiera de estos hombres, que aquí entre nos, todos son bohemios.

—No sé si tenga usted razon.

—La vida trashumante que llevan presta muy pocas garantías: hoy en

Africa, mañana en Rusia, pasado en Italia, luego en México; vaya usted á indagar la clase de pájaros que sean.

—Usted se empeña en llevar siempre la contraria, amigo mio.

—En nada altera la cuestion mi dicho, señora, la soldadesca nunca ha entrado en mi programa.

—Pues hay condes, marqueses y príncipes en el ejército frances.

—Me dan muy mala idea esos señores, que abandonan las comodidades de su familia para entrar de soldados *rasos* en el ejército.

—Pues los hay.

—Ya lo creo, y le esplicaré á usted el misterio; todos los que se arruinan en el juego y la disipacion, se cargan de deudas, hacen algunas fechorías, se refugian en los cuarteles como un número perdido en la lotería do la sociedad.

—Dios mio! que mala idea tiene usted de esos señores.

—Todo es broma, hablemos de otra cosa.

—Jóven, usted tiene talento, si esos señores no estuvieran ligados á nuestra causa, y su sangre no nos sirviera á nuestros planes, sería yo de la opinion de usted; pero las circunstancias me obligan á opinar de una manera diametralmente opuesta.

—Considerados como *contingente de sangre*, no os malo que una nacion salga en los campos de batalla de los descarriados, al ménos tienen la oportunidad de hacerse matar con honra.

—Luego usted no daria su hija á ningun frances?

—Si la tuviese, decididamente no, señora; en esto no vea usted una cuestion de patriotismo, sino de delicadeza y de interes particular.

—Con razon yo me he opuesto á que mi hija se deje galantear de un frances.

—Es que la señorita Luz es de mi opinion, y ella se cuida demasiado de esos que yo llamaria aventureros.

—Jóven, usted se compromete.

—Repito que hay personas muy distinguidas.

—Señora, si usted quiere desengañarse, asista usted á un hotel y comprenderá qué diferente conducta observan esos oficiales de la que se estila en nuestra buena sociedad.

—Pues qué hacen, caballero?

—Un convite de antropófagos presenta un carácter ménos repugnante, se lanzan con furor sobro los platos, gritan como unos marineros, aporrean los cubiertos, servilletas y vajilla, *ragatean el vino*, fuman horriblemente

y convierten la mesa en un verdadero motin; lo que no obsta para que en una tertulia se presenten haciendo mil caravanas y contorsiones.

—Ese es mucho, Enrique!

—No trate usted á un frances cuando la cuestion verse sobre un céntimo, porque son capaces de disputar un año sin descansar y hasta de batirse.

—Ya, ya lo sabemos prácticamente, estuve á punto de ser azotado por una caja de fósforos.

—Sin ir muy léjos, un ministro plenipotenciario, todo un vizconde de Gabriac, sembrada en su casa de la legacion, rábanos y cebollas que vendia, no sé si en nombre de la Francia y por órden de Napoleon III.

—Es un hecho, amigo mio, la mordacidad de usted encuéntra siempre en que cebarse, con datos tan positivos que no se le puede recusar.

—Decia usted que el señor Demuriez se casaba?

—Sí, luego que regrese de la espedicion de Sonora; hay muchachas felices, Enrique.

—Sí, mucho, ya ve usted, casarse con un frances.

—Olvidaba que es usted enemigo á muerte de ellos.

—Esas casualidades felices, solo tienen lugar cuando el dote es una cosa regularcilla; Clara tiene medio millon de duros, ya ve usted que ese señor Demuriez la favorece demasiado.

—Que culpa tiene un hombre de que su esposa tenga dinero; tanto mejor!

—Y tanto, que por esa razon se casan *tantos*.

—Periódico de oposicion, dijo doña Canuta.

— Soy franco, asisto á todas las funciones, pero aberrezco cordialmente á todos ellos.

—Ya sabrá usted que S. M. I. ha salido de Trieste, está en Paris arreglando con el emperador el negocio del empréstito: cincuenta millones!

—El arreglo será que se dividan la capa del justo, como buenos hermanos, y México pague al fin de fiesta.

—Se equivoca usted, esa suma es para el ferrocarril de Veracruz y para preparar una habitacion decente á SS. MM.

—Que mal gusto hay en esos preparativos, ayer he visto forrar de moaré blanco la cámara de Carlota y ponerle un tocador de plata que da grima. La emperatriz lo mandará fundir para reducir á monedas el regalo de sus súbditos los plateros.

—Enrique, no me toque usted á S. M. porque reñimos.

—No tema usted, soy demasiado galante para hablar de la archiduquesa; basta que pertenezca al bello sexo para que yo le tribute mis homenajes.

—Amigo, es usted terrible, el dia ménos pensado va usted á tener á Cayena ó á la Martinica.

—No importa.

—Y sabe usted algo del conflicto entre la regencia y los franceses?

—Estos tienen por la primera vez razon, la regencia tiende de una manero horrible al despotismo reaccionario, trata de resucitar los fueros y derogar las leyes de *nacionalizacion*, y esto es imposible.

—¿Será usted por ventura adjudicatario?

—Precisamente, señor de Fajardo, y eso me hace comprender, que no es fácil la realizacion de las pretensienes de la regencia. Usted ha hecho tambien sus negocillos y quién podrá desbaratarlos?

—No; pero la ley debo darse para moralidad de la revolucion, lo demas seria falsearla inicuamente.

—Usted sueña, señor de Fajardo, la reaccion no ha triunfado, ni ustedes pueden darse aires de vencedores.

—Jóven, yo sé mucho de diplomacia y....

—Todavia no sabe usted lo que pasa ó aparenta al ménos no comprenderlo.

—¿Pues qué pasa, amigo mio?

—Es muy sencillo, las combinaciones de la Europa llevadas en las bayonetas, son las que se enseñorean en el campo político, ustedes son el pretesto, sirven á sus miras, le dan color á la situacion, necesitan de unos cuantos ilusos para *mexicanizar* el negocio, que no es otra cosa que una conquista.

—Está usted en Tébas, usted ha bebido esas teorías en los órganos demagógicos y lo han alucinado; las conquistas son una monstruosidad en el siglo XIX, eso fué peculiar de les tiempos medios.

—Eso digo yo, señor de Fajardo, que habiendo pasado la época, hoy se tenga la demencia de emprender expediciones semejantes.

—¿Y que me dice usted del filibusterismo? Pretenderá defender esa piratería que los yankees han elevado á la categoría de *derecho?*

—Es un error, señor de Fajardo, los Estados-Unidos en su amplia libertad, no se oponen á nada que sea ageno á los interes de su nacion, ¿qué les importa que unos centenares de hombres salgan de sus puertos para una aventura? en el pecado llevan la penitencia.

—No estamos de acuerdo, esos yankees son el demonio.

—Como son *anglos y sajones* al mismo tiempo, esclamó doña Canuta; así como suben los pies sobre las mesas, los quieren poner en toda cuestion; son unos bárbaros, todos descienden en línea recta de Atila, son los vándalos del continente!

VII.

Mientras pasaba esta conversacion, que con corta diferencia era la misma en todos los círculos intervencionistas, la hija del señor Fajardo se habia refujiado en el precioso gabinete que ya conoce el lector.

La jóven tenia en sus manos un periódico en que se daba aviso de los avances del ejército frances, ponderando su pericia y valor, consagrando adulaciones rastreras á Napoleon, y terminando con una lista inmensa de heridos, muertos y prisioneros.

—Luz, aquella desgraciada criatura, paseaba con inquietud sus miradas por la lista, donde creia á cada momento encontrar el nombre del coronel Eduardo Fernandez.

Hacia un año que no habia recibido noticia alguna, al principio habia llorado desesperadamente, despues entró en esa calma sombría que se estiende como un velo fúnebre sobre la existencia; era la concentracion de una pesadumbre mortal.

—Si habrá muerto ignorado? se preguntaba la jóven, en esa confusion de pensamientos que llegan á nuestro cerebro cuando nos agitan las sombras de la duda.

¡Pobre niña! separada del hombre de su amor en el abril de sus ilusiones, era una flor arrancada del tallo y que se marchitaba al soplo de esa aura tristísima del infortunio.

La ausencia, ese paréntesis abierto en el centro de la vida, ese período de agonía y de tribulacion, deja huellas de lágrimas en el tránsito de la existencia, en la peregrinacion del alma al campo infecundo de los desengaños.

Luz evocaba con sus dolores el porvenir!

Luz esperaba!.... la esperanza es el sueño de los que están despiertos! es la ilusion que pasa los linderos de la tumba para refugiarse en el cielo como su último horizonte!

Luz amaba por la primera vez.

Acaso habria tenido impresiones pasajeras como las nubes del verano, pero su alma no se habia abierto hasta entónces á la atmósfera purísima de un sueño de amor.

¡El primer amor!

Esa plática con los serafines, ese mundo de imágenes bellísimas que atraviesan el iris del corazon, envolviendo la existencia en el ámbar de las ilusiones y de las esperanzas!

Flores brotadas en el erial de la vida, para agostarse al soplo del tiempo ó á los huracanes del infortunio y del desengaño!

Luz buscaba como toda alma enamorada, la soledad, para dar vuelo á sus ideas, para derramar sus lágrimas y suspirar libremente.

Esa tarde estaba sola en su gabinete leyendo una á una todas las cartas que formaban su larga correspondencia, páginas de su amor desgraciado!

De un sobre sacó una fotografía que representaba al coronel Fernandez en trage de campaña.

—Así estará, dijo la jóven dando un suspiro, este traje llevaba la noche de nuestra separacion, me parece que lo estoy viendo, nunca le ví mas conmovido, sus ojos se humedecian y su aliento abrasaba mi semblante; ¡qué recuerdos, Dios mio!

—No, continuó despues de unos instantes, no habrá podido escribir, la suerte de Estanislao Luna lo ha de haber retraido.... hace bien.... Los diarios vienen llenos de triunfos.... pero no, estoy loca, su muerte la hubieran pregonado; porque Eduardo es muy valiente, y ademas, un caudillo notable.... Yo sé que mis oraciones lo acompañan y que la Vírgen lo ampara; ¿no es verdad que tú oyes mis ruegos? yo tengo fé en tí, que nunca me has abandonado.... tú ves mis lágrimas, esa ofrenda que consagro diariamente por la vida del hombre á quien ama mi corazon!

La jóven se cubrió el rostro con las manos y comenzó á sollozar de una manera lastimosa junto á la imágen de la Vírgen.

Unos golpes dados á la puerta vidriera la sacaron de su arrobamiento religioso.

—Adelante, dijo con voz tranquila.

Un criado entró en el gabinete.

—Señorita, una carta para usted.

—Dámela, dijo precipitadamente la jóven, y rompiendo el sobre pasó sus miradas rápidamente por aquellas letras.

Su rostro se revistió de todas las señales pronunciadas de indignacion,

levantóse y se dirijió á la sala, donde se hallaba Enrique con el matrimonio Fajardo.

VIII.

—Vea usted, dijo á su padre temblando de emocion, vea usted el fruto de una ostentacion ridícula; yo declaro que si el señor Dempriez ó cualquier otro individuo se aloja en esta casa, yo saldré de ella inmediatamente.

—Pero qué pasa, hija mia? preguntó asustada doña Canuta.

—Lo he dicho ya, dijo Luz con dignidad, el dia en que un oficial frances pase los umbrales de esta casa, yo saldré de aquí para siempre; y abandonó el salon dejando perplejos á sus padres.

Enrique tomó el papel.

—Lea usted en voz alta, Enrique, lea usted por compasion.

El señor Fajardo estaba confuso y cabizbajo.

Enrique, obedeciendo al mandato de doña Canuta, leyó con voz sonora la siguiente

LETRILLA.

Con acento de alfeñique
Y con andaluz jaleo,
Cuando el triunfo del manteo
Anunció el traidor repique,
Entró en casa don Fadrique
Aumentando la bornea,
Y le dijo á su hija Cuca
Moviendo alegre los piés:

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! te pido por yerno un frances.

¿Ves, papá? miró el balcon,
¡Qué gorro! oficial decente:
¿Ves cómo se para enfrente?
Tal parece un Napoleon.
¡Cuál me late el corazon!
¡Ay! yo me inquieto, suspiro,
¡Ay papá! ya me retiro,
¡Qué hermoso sombrero al tres!

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! saluda, saluda al frances.

Papá! el oficial de ayer....
¡Ay! y viene por aca;
—Recíbalo usted, papá....
—Hija, no te ha de comer.
La portavu ¡qué placer!
La mano—dále la mano.
¡Qué señor tan cortesano!
¡Qué bien estamos los tres!

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! que gusto que vino el frances.

Tendré guardia de soldados
Con monteras encarnadas,
Me dirigirán miradas
Los próceres humillados:
En espléndidos estrados
Se ostentará mi visita,
Aunque complete Lazpita
Mi deficiente del mes.

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! que gusto que vino el frances!

Ya el frances manda en la casa
Y le quitan los sombreros;

¡Cosas de los extrangeros!
Dicen, cuando se propasa.
Come el güerito sin tasa,
Y cuando piensan que yerra,
Esclaman: si por su tierra
Son las cosas al reves!

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! da gusto, da gusto al frances!

Quiso el frances un abrazo
Y la niña resistia,
El papá que la veia
No manifestó embarazo.
¿Cómo no estrechas un lazo
Con quien tiene su importancia?
¡Qué dirá la culta Francia!
Tres bien.... hija mia, lo ves?

Te abraza el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! contenta, contenta al frances.

Ya están como dos pichones
El galo y la mexicana:
Tal los halla la mañana,
Tal el toque de oraciones.
Dicen *oui* los marmitones,
Y el papá con sério empaque
Deletrea el *Telemaque*
Con vivísimo interes....

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! te pido por yerno un frances!

Ya platica sin misterio
Papá las gracias de su hija;
Con Forey se regocija,
Idolatra al ministerio;

Y si de algun gatuperio
Habla la gente aturdida,
El dice: "No, por mi vida,
Suegrecitos de entremes."

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
Mi casa dichosa visita un frances.

—Basta! gritó doña Cannta, y todos quedaron en silencio.

IX.

Esta letrilla es de nnestro poeta insigne Guillermo Prieto: no se puede esprimir mas hiel en nna sátira ni hacerla mas sangrienta.

Esa letrilla es un epígrama terrible, nna *moxa* sobre esa sociedad que acójió con satisfaccion á los invasores.

¿Quién podia despues de haber leido esos versos, desechar el rubor ni desconocer el ridículo en que estaba una familia solo con la presencia de un alojado?

La letrilla envuelve un pensamiento patriótico, un correctivo que se hace sentir con fuego.

El ridícnlo en una pluma que sabe jugarlo, es nna espada de cien filos, irresistible en su choque.

Prieto escribió en aqnellos momentos de fiebre y despecho al ver la acojida, annque fuera de órden suprema, que se le hacia al ejército frances.

Estas recepciones no son nuevas en el mnndo: cuando los rusos entraron á Paris, las mngeres se les arrodillaban y nna alfombra de flores era hollada por las herraduras de los caballos del ejército de la liga.

Hubo frances tan degradado, que al pasar Alejandro I por el Puente de Austerlitz en Paris, le preguntó si queria que se le borrase aquel nombre.

Alejandro respondió que le bastaba con pasar sobre él.

X.

Doña Canuta, para romper aquella situacion verdaderamente penosa, gritó en un arranque de estudiada cólera:

—Nuestra hija tiene razon, yo soy imperialista pero nunca *afrancesada*.

—¿Y quién es el autor de ese folleto? preguntó el diplomático.

—Guillermo Prieto, respondió el jóven.

—¿Prieto? ¿Prieto? ya me lo esperaba, es un demagogo abominable, vea usted que apellido tan ordinario, que cosa tan *prieta*.

—El señor Demuriez no volverá mas, dijo en tono imperativo doña Canuta.

—Bien, respondió el diplomático, en todo caso le abandonarémos la casa; interrumpir bruscamente las relaciones con la Francia no me parece conveniente, este general Bazaine que ha sustituido á Forey, no es hombre que aguante pulgas, y la Martinica no está muy distante de Veracruz, ni Veracruz de la capital.

XI.

Las campanas de la Catedral comenzaron á tocar á vuelo y una salva de artillería se dejó oir repentinamente.

—Canuta! gritó el diplomático, SS. MM. han desembarcado en Veracruz: ¡viva el emperador!

—¡Viva la emperatriz!

—Este hombre es un pobre diablo, dijo Enrique, y saludando al matrimonio Fajardo, corrió á tomar apuntes de lo que pasaba en las regiones oficiales.

CAPITULO NOVENO.

PAPAM HABEMUS.

I.

Cuarenta y dos años hacia que uno de los autores de la independencia mexicana, falseando la gloriosa revolucion de 810, se habia ceñido la corona de emperador, dando en el abismo con una popularidad que no tiene ejemplo en nuestra historia.

Don Agustin Iturbide, dotado de un genio militar, quiso en mal hora imitar al cónsul Bonaparte en el 18 Brumario, y para subir á la cumbre del despotismo, comenzó por dar un *golpe de Estado* á la soberanía nacional.

La suerte del monarca mexicano quedó resuelta desde entonces.

Lanzado por el aliento revolucionario á las costas europeas, consideró como un Santa Elena aquellas regiones, y lleno de ambicion tornó á la patria que habia burlado, impelido por la fuerza irresistible de un fatalismo.

El drama de Padilla respondió con su acta á la justicia humana que le pedia el castigo ejemplar de aquel hombre, que meses antes era el ídolo de un pueblo en su resurreccion al mundo político.

La república se presentó virgen, hermosa, llena de esperanzas bajo el sólio de la soberanía.

La generacion, cuyas ideas le llevaban á la monarquía, al bajar á la tumba llevaría cousigo el pensamiento intervencionista y la idea monárquica.

La repûblica era el porvenir.

Pero esa generacicn, heredera de los protocolos de la conquista y del vireinato, no se conformaria con abandonar el campo al pueblo que acababa de triunfar y dejarlo dueño de la situacion.

Era necesario entrar en sus filas para dividirlo. Encaminarlo á una difícil situacion para conseguir volviese una mirada allende los mares, buscando á los hombres á quienes acababa de combatir.

Esta aberracion de un partido que acababa de hundirse, podria surgir en un evento preparado de antemano, así es que el rito *escoces* se inauguró como partidario del Plan de Iguala que traia el principio monárquico, llevando en el asiento del trono á uno de los Borbones.

Cincuenta años de lucha, cincuenta años de sangre y guerra fratricida han diezmado nuestro suelo y puesto en ruinas el país mas hermoso de la Zona Tórrida.

Ya hemos visto ese juego terrible de intrigas, esos planes abortados, esos motines, esos asesinatos, todo ese cûmulo de maldades opuestos á la marcha de un pueblo que quiere á todo trance la repûblica.

II.

La revolucion de 861 parecia definitiva, nada turbaba la paz de la nacion, que comenzaba á levantarse de ese vértigo sangriento que se prolongara por medio siglo.

Rechazado por todas partes, bajo todas las formas y con todos los nombres, ese partido que ha jurado la pérdida de la nacion, se refugió en la Europa, y con grande habilidad logró que entrasen en delirio tres potencias de primer órden.

La resurreccion de la monarquía en México, era todo su sueño!

Prestigio, armas, dinero, fama, renombre, todo lo tenian esas naciones; ne faltaba mas que tender la mano y el pensamiento estaba realizado.

La Providencia que detiene al hombre enmedio á su carrera, señala en sus inescrutables designios un *hasta aquí* á las naciones, cuando éstas se lanzan en la vía desesperada de la sangre y de la opresion.

Ya hemos presenciado la ruptura del Convenio de Lóndres y la conducta de la Francia en esta expedicion de filibusterismo.

La Francia se sumergia en un sueño de gloria al rumor de sus cañones y al ambiente de sus banderas sacudidas por la victoria! ¡sueño insensato! Todas esas ilusiones debian convertirse mas tarde en una realidad espantosa!

Cierto es que Edmundo Lee, ese génio de la guerra, llevaba entonces sus armas coronadas con el laurel del triunfo á las puertas del Capitolio; pero ese héroe de los tiempos antiguos, combatia una idea encarnada en el corazon del siglo XIX y sus armas se quebrantarian al fin, porque no luchaba contra el poder ni la ambicion, su empeño no era por la libertad, queria perpetuar la esclavitud, y las cadenas se convierten en proyectiles contra los opresores.

III.

El autor de los *Comentarios á la vida de César*, soñaba en otra columna de Vendome, en que se inscribieran sus batallas en el Nuevo Mundo; y se dejaba decir que la invasion *era el hecho mas glorioso de su reinado.*

El retraimiento hostil del presidente Lincoln en la cuestion mexicana, pasaba por una quimera de poca importancia en las Tullerías: allí se creia que reconociendo la independencia del Sur y aventando á las fronteras de la Union una pléyade monárquica, la patria de Washington se mutilaria, y la Europa con su aliento destructor debilitando al gigante americano, lo tenderia á sus piés!

¡Sueño insensato!

Si faltaba una de estas irrealizables conbinaciones el imperio del archiduque se derrumbaria al soplo revolucionario; porque la Francia criadora de una situacion tan difícil desertaria á la hora del conflicto.

IV.

El 28 de Mayo de 864, fondeó en la heróica ciudad de Veracruz, á las nueve de la mañana, la fragata "Themis," adelantándose á la "Novara" á

cuyo bordo venian los archiduques de Austria, anunciando su arribo para dentro de algunas horas.

El general Almonte apresuró su marcha y llegó á Veracruz con oportunidad.

A las dos y media de la tarde de ese dia histórico, las baterías de la Plaza y del Castillo de Ulúa, anunciaron que la "Novara" estaba á la vista, y que pronto los futuros soberanos pisarian las playas mexicanas como los conquistadores del siglo XVI.

En el Palacio Nacional se reunió la comitiva que debia pasar á bordo de la "Novara," cuando los repiques anunciaron que el Lugarteniente del imperio llegaba por la vía férrea á la ciudad.

La guardia civil acompañó á S. A. hasta la habitacion que se le tenia preparada, tendiéndose en seguida en valla hasta el muelle.

A la media hora toda aquella comitiva, precedida por Almonte, entró en los botes empavesados que tomaron rumbo hasta la "Novara."

Despues de conferenciar el archiduque con el lugarteniente, se dignó recibir, dice un cronista, á las autoridades y funcionarios de la administracion, cuya gran comitiva estaba presidida por el prefecto político.

Maximiliano estaba de pie en el fondo del salon del segundo puente: vestia frac negro, pantalon y chaleco blancos, y corbata negra, que es el mismo traje que se habia designado á los señores de la comitiva.

Introducida ésta á la presencia de S M. I. por S. E. el señor ministro de la casa imperial, el señor prefecto tomó la palabra y pronunció con voz conmovida un breve discurso de felicitacion que fué contestado por el archiduque.

V.

A la mañana siguiente, dia 29, aun antes de amanecer, las calles, los balcones, las azoteas, torres, miradores, plazas, todo estaba atestado de gente.

La ciudad, generalmente aseada, habia cobrado un aspecto seductor.

El mar estaba tranquilo, y el cielo se estendia como una bóveda de zafiro sobre aquel gigante espejo, cuyos cristales se rizan al soplo de las auras.

Las embarcaciones todas empavesadas y con sus flámulas de fiesta, ape-

nas se balanceaban mecidas por las mansas olas que acariciaban sus costados.

El muelle estaba profusamente engalanado.

Los pedestales del pórtico estaban decorados con trofeos de armas: de uno á otro pedestal colgaban grandes bandas con los colores nacionales.

Las cuatro columnas ostentaban tambien trofeos de armas y cortinajes.

En los tableros de los arcos habia inscripciones y poesías cubiertas con coronas de laurel, destacándose el escudo del nuevo imperio en la parte superior del arco principal.

A los lados de esa lengua de tierra que forma el muelle, se formaron grandes entarimados con elegantes barandillas, para que las damas de la poblacion asistieran al desembarque de SS. MM.

En la plaza de Armas se habia levantado un arco triunfal de inmensas proporciones, dedicado á los archiduques, sobre cuatro pedestales del órden compuesto, en los que descansaban ocho columnas sostenidas en sus bases por grupos de cariátides.

Los capiteles dorados sostenian la cornisa, quedando coronada con alegorías que representaban las ciencias, la justicia, la agricultura y el comercio.

VI.

A las cinco de la mañana una salva de ciento un cañonazos disparados por la marina y contestada por los fuertes de tierra, anunció que la embarcacion de sus majestades se habia desprendido de la fragata imperial.

Cerca de cien botes adornados á proa, á popa, y en el palo de enmedio, de banderas y gallardetes, formaban una valla de honor desde la bahía al muelle, y sus tripulaciones victoreaban á los archiduques.

La embarcacion tocó la tierra, y Fernando Maximiliano puso los pies en el territorio mexicano.

Atravesó sus calles en medio del delirio oficial de los empleados, llevando del brazo á Carlota Amalia su esposa, y entrando en el tren, arrebatado en alas del vapor, perdió á aquella ciudad, dándole el *último adios*, no sin detener la vista unos instantes en la "Novara" que yacia encadenada al peso de sus anclas, frente al castillo de San Juan de Ulúa.

CAPITULO DECIMO.

REVELACION.

I.

Grande era la agitacion que reinaba en los círculos todos de la sociedad.

La prensa mexicana proclamaba que el reinado de la paz habia llegado, la extrangera se desataba en injurias horribles y pedia al mismo tiempo que la reconciliacion, el aniquilamiento de los republicanos, el terrorismo imperial para levantar el trono sobre cadáveres.

La sombra de Juarez se les aparecia como un espectro vengador. Temian que su aliento se volviese como el huracan, y pasara derribando todo aquel edificio, levantado por la traicion y el abuso de la fuerza.

El ejército frances se ocupaba en asesinar, sus gefes en demandar ascensos y subir su presupuesto en el tesoro agotado de su nacion.

El bando reaccionario se apoyaba en las bayonetas extrangeras y veía afianzado el porvenir.

Habian surgido algunas dificultades, que presagiaban el divorcio de los conservadores, porque la Francia que medía el abismo que le preparaban los intereses creados por la república, no queria poner mano sobre ellos, y falseaba el principio reaccionario en México.

Monseñor Labastida se habia separado de la regencia, alegando que estaban violados los cánones y el derebho divino, siempre que se sostuviese la ley de expropiacion de los bienes eclesiásticos.

La declaracion del regente era palmaria, no quedaba mas que la derogacion de la ley que mandaba poner en vigor las de reforma, ó entrar en lucha abierta con la secta conservadora.

La Suprema Corte formuló tambien su protesta.

Bazaine y Almonte se pusieron de acuerdo y decidieron no separarse una sola línea de la conducta prevenida por la Francia, agente y motora de este gran negocio. Los dos miembros de la regencia asumieron el poder y decretaron la disolucion de la alta corte, condenando á sus miembros á la nulidad política para siempre.

Monseñor Labastida se alzó terrible como los pontífices de la edad media, y anatematizó al gobierno provisorio declarándole fuera de la comunion católica, toda vez que prestase su apoyo á las leyes de la república.

Los dos triunviros se conformaron con la exeomunion; en cuanto á Bazaine, perteneciendo á la servidumbre de los Bonaparte, sabe que aun á los mismos pontífices se les arranca de la silla de San Pedro cuando se oponen á los soberanos que cuentan con ejércitos de mar y tierra.

Pio VII fué llevado como un despojo por Napoleon I á Fontainebleau, muriendo el desgraciado pontífice en el mas injusto de los destierros.

Hoy Napoleon III se prosterna delante de Pio IX para recibir la bendicion apostólica.

Es de temerse que se conserve en esa actitud cristianísima delante de la Prusia, que impulsará mas tarde á Víctor Manuel á la Ciudad Eterna, como capital del reino de Italia.

En estos momentos de crísis llegó Maximiliano á tomar las riendas de su imperio. Todas las miradas se fijaron en el archiduque, sin sospechar cuál seria su marcha administrativa, aunque él habia iniciado el principio democrático.

Estallaron las ambiciones, los puestos públicos fueron asaltados, los ascensos se repartieron con profusion, y el erario estaba sentenciado á morir de inanicion.

El empréstito era un poderoso atractivo, y las empresas mas descabelladas se improvisaban para pedir subvencion y apoyo pecuniario al gobierno, sin descubrir por entonces que Napoleon III se habia hecho pagar algunos millones por cuenta de la espedicion intervencionista.

Al César frances nada podia negársele; una órden de retirada era la decapitacion del imperio.

Sin recursos y con un ejército prestado, no podia prolongarse mucho la situacion.

Los mas ilusos no se engañaban sobre este punto, y se disponian á prepararse para el momento en que llegase el término fatal puesto en los convenios, en que aquel ejército daria su primer toque de marcha.

II.

Volvamos á los personajes de nuestra historia, que parece hemos dejado abandonados.

La víspera de la entrada de Maximiliano, Clara, la bellísima mexicana, estaba en el oratorio de su suntuosa casa; la pobre jóven rezaba delante de un Crucifijo, y gruesas lágrimas rodaban por sus megillas como gotas de rocío en el pétalo de las flores. Con las manos enclavadas dirijia una ferviente súplica al Redentor.

Habia pasado una hora en esta postura, cuando la voz de su padre la sacó de su éxtasis doloroso.

—Hija mia, Clara?

—Padre, ¿qué me quieres?

—Dilatas hoy tus rezos.

Levantóse la infelice niña, y sin decir una palabra, se arrojó sollozando en brazos de su anciano padre.

Aquel hombre que habia encerrado en su hija única todo el amor de su vida y la felicidad de sus postreros dias, recibió una imp-esion dolorosa al ver la angustia de Clara.

—¿Qué te pasa? la dijo con ternura; tú no has llorado jamas, yo solo te he enseñado á reir, á ser dichosa, ¿no es verdad?.... pero tú tienes algo, hija mia.... vamos no será nada; serénate, yo no soy tu padre, soy tu amigo, tu hermano.... háblame, siento que se me parte el corazon....

Y el pobre anciano rompió á llorar como un niño.

Lo vas á saber, padre: yo he hecho mal en ocultarte mi corazon, cuando siempre ha sido trasparente para tí.... tenia miedo, no queria molestarte.

—Miedo tú? no, Clara; mi cariño todo es espansion, el retraimiento es una ofensa.

Púes bien, hace un año que amo con delirio á un hombre.

El anciano llevó sus manos al corazon.

—Sí, le amo, padre; pero hay algo superior á este amor, y es la vergüenza.

—La vergüenza!

—Sí, hay un anatema sobre las que involuntariamente amamos á un invasor.

El padre de Clara buscó apoyo porque le faltaban las fuerzas.

—Tú, continuó la joven con exaltacion, has engendrado en mi alma un horror invencible á los franceses en tus relatos de la invasion en España. Las impresiones de la niñez son indelebles, sí, padre; despues mi ódio se ha aumentado con los crímenes y atentados cometidos en mi país.... pues bien, continuó despues de un momento de silencio, he visto á uno de esos hombres que ayer maldecia, y Dios ha cambiado en amor todo aquel ódio que mi alma guardaba como en un sagrario; ha recibido la primera impresion como la luz primera de la juventud.

—Esto es horrible! esclamó el anciano.

—Padre, perdóname, yo no he hecho nunca mas que obedecerte; pero hoy no tengo valor para oponerme á este torrente que amenaza sumerjir mi existencia entera.

—Desgraciada! desgraciada!

—Sí, muy desgraciada, porque no puedo arrancar de mi corazon esa imágen, sombra de mi alma y de mi pensamiento!

—Este pesar siento que me llevará al sepulcro, dijo el anciano.... era yo tan feliz.... pensaba morir tranquilo, esto ya es imposible!

—No, dijo Clara en uno de aquellos arranques nobles de su alma; no, mi existencia, mi felicidad por la tuya.... Oyeme, yo no me hubiera detenido ante nada, perdóname, hubiera pasado sobre tu voluntad; pero me detengo ante tus lágrimas, nada he dicho, todo ha sido un sueño, una quimera, ya nada existe sino el amor de tu hija.

Clara tomó entre sus manos la cabeza de su padre y la llenó de besos.

—No, Clara, no, yo no he tenido razon, tú no puedes amar nada que no sea digno de tí.... mis ideas han sido siempre otras; per tú sabes siempre lo que haces, yo estoy viejo y acaso ya no puedo discurrir bien; la vida cambia de horizontes.... pero.... no, tú nunca te apartarás de mi lado, eres rica, muy rica, y viviremos siempre juntos. Clara, si temes la murmuracion, marcharemos léjos de aquí donde puedas ser enteramente feliz; ademas, ese hombre no necesita estar en el ejército, tú le amas y yo le doy cuanto necesite.

—Me parece imposible! esclamó Clara, y besó mil veces las manos de su padre.

—Hija mia, ni una palabra mas; dile que me vea, yo le recibiré; en fin, arreglaremos ese negocio.

—Padre, él ha salido hoy para la Sonora, me ha ofrecido volver pronto.

—La ausencia la curará de esta impresion, se dijo para sí aquel infeliz padre, y luego acariciando á su hija, la dijo:

—Serénate, nos esperan algunos amigos, veremos qué noticias hay, es toy muy inquieto.

El padre y la hija, esos nobles corazones que se confundian en un solo sentimiento, el de la ternura y la abnegacion, no creian que existiera en el mundo la hiel del engaño y de la traicion.

El mundo brota flores llenas de perfume; pero esas flores se desgarran entre los abrojos de este crial, al embate del huracan terrible de los desengaños.

III.

La casa de don Alfonso era concurrida por mexicanos y europeos, la mayor parte liberales.

—Este tudesco, decia un español ayudante de Prim, la va á pasar muy mal, no sabe á que país ha venido á tener.

—Es un caballero, replicaba otro español, pertenece á una familia distinguida.

—Paisano, yo me rio de esas distinciones, todos hacen lo mismo, nosotros hemos sacado una ventaja.

—Diga usted cuál es.

—Está al alcance de todos.

—Yo no la veo.

—Paisano, antes existia un ódio implacable entre mexicanos y españoles; pero desde la brillante accion de mi general, el conde de Reus, todo ha desaparecido; españoles y mexicanos estamos contra los gabachos: lea usted la historia, y vea lo que nos han hecho en nuestra España estos bandoleros, ¡rayo! si me dan tentaciones de filiarme en los batallones de Juarez, ¡voto al diablo! Perdone usted, señorita Clara, cuando hablo de ciertas cosas, me vuelvo un rinoceronte.

—Nada hay de estraño en mi pregunta, todos debemos saludar á los soberanos; estoy seguro que el señor do Fajardo ya está desde esta hora en la estacion con bandera en mano esperando á los archiduques.

—Ha tomado nsted por su cuenta á ese matrimonio.

—El me ha tomado y á la poblacion entera por la suya; pero continúo: el Prefecto político y el Ayuntamiento de la imperial ciudad, saldrán con mazas á entregar las llaves de México. Efectivamente, no está mal *amasado* el negocio, México es una casa de vecindad cuya llave le entregan al primero que la ocupa; Forey se llevó la renta adelantada y la llave, que era do oro. El primado de la Iglesia, monseñor Labastida, irá en nna carroza tirada por cuatro frisones, ostentando toda la humildad del pastor de Jesucristo; perdonen los súbditos de S. M. C., pero ese Evangelio de nnestro clero no está á mi alcance.

—Qué lengua, Dios mio! esclamó Clara.

—No hay quc asustarse por tan poco, que yo pienso catolizarme á la usanza de monseñor. La procesion va á estar mny ordenada: despnes de una batería mexicana, porque es necesario hacernos creer que desempeñamos el primer papel, seguirán los obispos de Michoacan y Oajaca que no son malas baterías. D. Benito no le perdona al Santísimo Padre la remision de nn prelado á su cacicazgo de Oajaca.

—Si acabará nsted, Enrique!

—Falta muy poco. Se ha mandado á los pnueblos que envíen el mayor número de indios que les sea posible: es neccsario que SS. MM. vean muchos indios y mnchas indias. Se me asegura qne los alcaldes han estado ensayando á las tribus en lo que tienen de gritar con entusiasmo al paso de los soberanos.

En el llano de Aragon descenderán de su carruaje los emperadores y recibirán las felicitaciones. Me parece muy poco diplomático presentar respetos á un rey en un potrero. Esta cuestion le toca al señor de Fajardo resolverla.

—Y vuelta con el señor Fajardo, dijo Clara.

—Prosigo: en la Villa de Guadalupe le toca hacer los honores al venerable Cabildo, donde se repetirá aquello del pálio y el Te Deum, y las caravanas, y los doseles, y todas las ceremonias del rito monárquico que la clerecía guarda en su guardaropa del vireinato.

El arzobispo les presentará nna cruz para que la bese la augusta pareja, y en todo caso se les salga el diablo austriaco, porque al aceptar la

nueva patria, es consiguiente que el diablo que los tiene sea mexicano. Ya sé donde está el diablo, aseguran que en la tesorería de la nacion.

—Jesus! Jesus! dijo Clara, este Enrique no perdona á nadie.

—Adelante, dijo el dandy componiéndose los bigotes. He visto en la imprenta el discurso del Prefecto político, Villar y Bocanegra, y es un documento curiosísimo: la autoridad hace un baturrillo, una verdadera ensalada con el cerro del Tepeyac y el Departamento del Valle, la Vírgen de Guadalupe, Luis Felipe, los indios, Zumárraga, los mexicanos, Napoleon III, las mejores materiales y el rey de los belgas, que no le entendería nadie, excepto una persona, el señor Fajardo.

SS. MM. tomarán un refresco en la Colegiata, donde los abrumarán con brindis los canónigos. Despues emprenderán su marcha á la capital. Señores, México se presentará ataviada como una novia, llevará todas sus galas de fiesta, todo su lujo de los dias grandes.

Las puertas de Palacio tienen unos arcos dorados de un gusto raro; los balcones unos cortinajes de mucho costo á la nacion y muy poco intrínseco. Sobre cada una de las puertas hay un retrato de Maximiliano: me parecen muchos retratos para un solo individuo, sin contar con los que el clero ha colocado en los altares, del lado de la epístola.

Los edificios públicos están suntuosamente adornados, y todas las calles del tránsito llenas de flores, cintas, colgajos, candiles y gallardetes.

En la Plaza de Armas, cerrando la entrada de la calle de Plateros, se levanta un arco que no está mal; por supuesto que está dedicado al emperador, hoy todo se le dedica, absolutamente todo: hay en el Progreso unos pavos á la Maximiliano que trascienden á veinte cuadras, y unos *pastelones* imperiales que dan ganas de.... pero adelante.

El arco es de órden romano: cuatro columnas lo sostienen, y en los intercolumnios se descubre en relieve la alegoría de las ciencias y las artes; yo era de parecer que se pusiese una alegoría de Saligny cuando negó su firma en los tratados de la Soledad.

—Se prohiben los paréntesis, dijo Clara.

—Sobre el cornisamiento hay un friso donde van representadas en bajo relieve la Comision de Miramar y la Junta de Notables.

Los cuadros son preciosos: figúrense ustedes que á un pintor se le antojase trasladar á un lienzo á todos los concurrentes á la misa de *doce y cuarto*, y tendremos idea del sublime pensamiento que se desarrolla en el arco triunfal.

Mi barbero, que fué miembro de la Asamblea, va á reclamar porque no se encuentra en el bajo relieve.

Sobre el friso, que sirve como de zócalo, se levanta gigantesca la estátna de otro emperador, es decir, otra estátua de Maximiliano; á su derecha tiene la figura que representa la *Equidad* y á la izquierda la *Justicia;* con razon dicen que la jnsticia es un cero á la izquierda.

Un poeta ha escrito unos dísticos que se han colocado artísticamente en el arco snsodicho, y que pueden con todo y arco arder en un candil; dicen así:

El soberano la Nacion dirige,
La ley gobierna, la justicia rige.

Por base el trono á la justicia tiene
Y en la eqnidad y el órden se sostiene.

Estos versos adolecen de lógica: era necesario qne las palabras *equidad* y *justicia* estuvieran en el verso y el poeta las plantó, como en Palacio los tres retratos del emperador.

—Caballero, dijo el señor Rodriguez, no ha dejado usted títere con cabeza.

—Despues de lo dicho, no nos queda mas que oir los repiques atronadores, las salvas de artillería, los cohetes infernales y el wals del Beso, sin contar con los gritos descompasados de los policías secretas y de los niños de las escuelas municipales. Si á esto se agrega nn discurso del señor Fajardo, la fiesta no deja nada que desear.

—Ha puesto usted en caricatura la fiesta cívica, Enriqne, dijo Clara, me ha quitado nsted la ilusion; yo que pensaba asistir por lo menos al balcon de ese señor Fajardo qne tanta tentacion le cansa!

—Mas me la causa su hija, que es bellísima, nnnca igualando lo presente, señorita.

—Gracias por la galantería.

—No debe usted privarse de esa diversion, porque no todos los dias se ven entrar emperadores; en cambio nnnca se les ve salir, porqne lo hacen á horas escusadas.

—Siempre el mismo, dijo don Alfonso, tiene usted una lengna rayada.

—Lo que siento es no pertenecer á la nobleza, porque no concurriremos á las intriguillas de la corte: estoy seguro que mas de cuatro señoras han soñado con la Pompadour y la Maintenon.

—Está usted esta noche insufrible.

—La señora doña Canuta ya se juzga una Montespan; el pájaro que llevaba la noche pasada indica que va á h cer furor en la corte de los austriacos.

Clara no pudo contener la risa.

—Era un pavo de Indias, dijo el andaluz, de esos que usted asegura que hacen trufados á la Maximiliano.

—Vamos de murmuraciones, amigo mio.

—De algo han de servir los prójimos, y sobre todo las prójimas.

—Esa señora es respetable.

—Debia serlo por su edad; pero.... la verdad no tengo fuerzas para indultarla despues de lo del pájaro.

—Como los austriacos son fatalistas, dijo el andaluz, van á desconfiar del porvenir en viendo el tocado de esa señora; van á creer que es un pájaro de mal agüero.

V.

Al dia siguiente, 12 de Junio del año de gracia de 1864, entraron en la noble ciudad de México los señores archiduques Maximiliano y Carlota de Austria, á ocupar el antiguo trono de Moctezuma.

CAPITULO UNDECIMO.

LA MONTAÑA.

I.

El ejército de la República estaba envuelto en la derrota mas completa; las defecciones estaban á la órden del dia, y los patriotas era asesinados en los campos de batalla y subian al patíbulo en las ciudades.

El espectáculo era horroroso!

La Europa cantaba victoria, la prènsa ensalzaba al imperio, y se cubria con flores la sangre de los mexicanos.

Entretanto, la Union americana tomaba grandes ventajas sobre los confederados, que hacian esfuerzos supremos, heróicos, para lograr su desatinada empresa.

El termómetro de la situacion mexicana estaba en el Capitolio.

Los restos del ejército de Juarez se habian refugiado en las montañas, y hacian una guerra sin tregua á los invasores.

Las sierras inaccesibles de Michoacan, eran los parapetos que la naturaleza ofrecia á los defensores de la República.

Los franceses avanzaron hasta Zitácuaro, foco de la insurreccion, no sin pérdida de gente, porque tras de cada roca se escondia un grupo de guer-

rilleros, desde donde hacia fuego sobre el enemigo, aprovechando las ventajas del terreno.

Cuando uno de aquellos soldados del pueblo caia en manos de los franceses, duraba su vida lo que dilataba el acto de fusilarle, á no ser en los grandes combates en que se les perdonaba la vida.

No pasaba un solo dia sin un encuentro, una emboscada, un albazo, una derrota ó cualquier incidente sangriento.

II.

El coronel Eduardo Fernandez, despues de la toma de San Luis, se habia dirigido con un grupo de valientes á ese benemérito Estado de Michoacan donde habia mas probabilidad de éxito en las operaciones militares.

Aquellas montañas son el asilo de la libertad y la fuente inagotable del patriotismo.

Martinez y Quiñonez, derrotados en la tierra caliente, se habian reunido con su coronel Fernandez, y campeaban por cuenta de la República esponiendo dia á dia su existencia, haciendo lujo de un valor temerario.

Ya no era el coronel Eduardo Fernandez aquel guapo jóven, elegante y apuesto. Su semblante se habia tornado feroz en aquella guerra salvaje y sin cuartel; su cútis estaba tostado por el sol y el aire de las montañas; sus manos se habian encallecido; su traje estaba en girones; su sombrero, azotado por la lluvia y los huracanes; solo sus armas no estaban enmohecidas, y su caballo de batalla permanecia lozano como á la salida de la capital.

Quiñones y el capitan Martinez tocaban á la desnudez; sus botas se habian cambiado por *huaraches*, y de las camisas les quedaban unos girones.

Martinez le habia robado á un colegial de la catedral de Morelia un manteo colorado del cual se habian hecho blusas él y su compañero de campaña; pero ya las blusas tocaban á su último dia, ó por mejor decir, ya habian tocado á su término.

Ese aspecto de miseria hacia parecer á aquellos hombres como unos bandoleros.

La vida nómade que arrastraban, hábia gastado hasta cierto punto su corazon, y ya la muerte les parecia una cuestion de poco momento.

III.

Fernandez estaba en una barranca conversando acaloradamente con sus oficiales: señores, decia, es necesario darles un albazo, es pequeña la guarnicion francesa y alcanzaremos un éxito favorable.

—Las fuerzas de Mendez están muy retiradas y no podrán ponerse á nuestro alcance.

—Yo apruebo, gritó Martinez; ya estoy cansado de esta guerra solapada, quiero habérmelas frente á frente con el enemigo; ¿tú qué dices, Nicolas?

—Yo estoy dispuesto á todo, mi coronel, dijo un guerrillero que va á figurar de una manera trágica en estas páginas.

—Quiñones, usted alistará los cien infantes de que disponemos y avanzará hasta las orillas de Zitácuaro, de manera que se halle usted en las goteras al amanecer. Tú, Nicolas, adelántate con cincuenta caballos hasta ponerte sobre el camino de Morelia, y usted, Martinez me acompañará.

—Listo, gritó el capitan.

—Yo, dijo Nicolas, haré una escaramuza por la parte del Sur de la ciudad, y ustedes caerán por el lado opuesto posesionándose de los mejores edificios: me encargo de cortar la retirada.

—Todo simultáneamente, amigos mios, la victoria estará mañana de nuestra parte.

—Compañero, dijo Martinez despidiéndose de Quiñones, mañana nos habilitamos.

Nicolas Romero reunió á sus guerrilleros, y les dió algunas órdenes.

Los soldados se dispersaron por el monte, y Nicolas se internó solo en los breñales del camino.

Quiñones destacó en grupos á su fuerza, y tomando un camino estraviado, se perdió en los bosques de la serranía.

El coronel Fernandez estuvo esperando que cargase la noche, y á las dos de la madrugada le gritó á Martinez que ya era hora.

El guerrillero montó á caballo, se aseguró como siempre de su pistola, y siguió á su gefe que á todo escape se dirigia á la plaza de Zitácuaro.

IV.

La noche era densamente oscura, y comenzaban á caer algunos goterones precursores de la tempestad.

Despues de algunas horas de camino, los guerrilleros acortaron el paso y se iban deteniendo ante los grupos de hombres que encontraban, daban la contraseña y seguian adelante.

Sonaron los pasos de un caballo.

—Es Nicolas, dijo Martinez en voz baja.

En efecto, el bravo guerrillero se acercó con el mosquete preparado á reconocer á los dos ginetes.

—Mi coronel, dijo, todo está dispuesto, los franceses duermen á pierna suelta, ya entré en la ciudad, este es el momento oportuno, la mañana se presenta nublada y esto puede ayudarnos.

—Martinez, póngase usted al frente de la fuerza de Quiñones y á un tiro de mosquete se arrojan sobre el cuartel con los cien infantes; es necesario que el movimiento sea violentísimo.

Martinez se alejó precipitadamente y Eduardo se quedó con Nicolas Romero.

V.

Dios ha dotado ciertos corazones de un valor sobrenatural y ha dado temple heróico á las almas que destina para el martirio.

Nicolas Romero, hombre nacido en la cuna del pueblo, lleno de sentimientos nobles y generosos, se habia lanzado de años atras á la revolucion llevado de un noble desinteres, elevando á cuantos le rodeaban, sin aspiraciones, sin envidia, sin ostentacion, era un verdadero hijo de la república.

Desde que los franceses aparecieron en Veracruz, Romero habia empuñado las armas, era su segunda época.

Si ha habido buenos guerrilleros en el país, Romero puede contarse entre los de primer órden.

Era el hombre incansable, su rapidez en los movimientos era proverbial.

Su destreza en las combinaciones lo hacia aparecer como un hombre hábil y esperimentado.

Su valor jamas fué desmentido, luchaba como un leon y era terrible en un duelo personal.

Romero habia renovado los tiempos gloriosos de la independencia, era un valiente con quien podia contarse en un lance por temerario que fuese, nunca hacia observaciones, siempre estaba dispuesto á todo sin reparar en grados, sometiéndose á personas aun de menos graduacion.

Nicolas Romero era conocido de todo el mundo, temido, y con razon, de sus enemigos.

Hacia tiempo que los franceses lo traian en sal y le preparaban mil emboscadas, que todas las trascendia el astuto guerrillero.

Parecia que su caballo tenia alas, pues tan pronto estaba en un punto como á cien leguas distante, parece que se reproducia.

A veces los periódicos perdian la brújula y cada uno anunciaba á Romero en diferentes lugares.

Romero habia llegado cien veces á las goteras de México y merodeaba por los alrededores á su sabor, sin inquietarle las columnas francesas que recorrian el Valle de México.

Toluca estaba amagado continuamente por el guerrillero y no dejaba un momento de descanso á los invasores.

En el desastre universal, conservaba la presencia de ánimo, y si habia ido á Michoacan, era para engrosar sus filas con aquellos hombres de la revolucion militante, que no cedian sin disputarle con su sangre un átomo de terreno á sus enemigos.

Nicolas habia tenido una brillante acogida entre sus compañeros, y no hacia mucho tiempo que se encontraba entre ellos cuando dispusieron la sorpresa de Zitácuaro.

Ya hemos visto esa táctica de los guerrilleros; en cualquiera ejército esas disposiciones fueron los síntomas de la derrota.

Ningun general tocaria dispersion para concertar horas despues en un punto dado á sus soldados.

Aquellos hombres que en plena paz y estando atendidos en sueldo y vestuario, se desertan en bandadas, permanecian fieles y sumisos en los instantes de crísis y de muerte.

Estos fenómenos solo se efectúan en las filas del pueblo y cuando se defiende el principio sagrado de emancipacion y de independencia.

VI.

La hora avanzaba.

Nicolas Romero y el coronel Fernandez se situaron en las calles adyacentes á la donde estaba situado el cuartel.

A un disparo de mosquete, Quiñones y Martinez se lanzaron con denuedo sobre el centinela, que cayó muerto á sus pies.

Penetraron en el cuerpo de guardia; pero los franceses estaban alerta y allí se trabó un combate terrible á la bayoneta, en que fueron arrollados Quiñones, Martinez y sus soldados.

El resto de la fuerza francesa tomó la altura y comenzó á hacer disparos sobre el grupo de los soldados que se retiraba.

VII.

—Pié á tierra! gritó Nicolas Romero, y dejando su caballo entróse en la casa inmediata, subió con todos sus soldados á la azotea y se anunció con una descarga de mosquetería sobre los franceses.

A la retaguardia del cuartel habia otra casa por donde Martinez subió á la azotea, y allí volvió á trabarse otro combate sangriento.

Nicolas Romero, que percibió entre la opaca luz de la mañana lo que pasaba, volvió á la grupa de su caballo, y seguido del coronel Fernandez y su gente, entró en el cuartel disparando los seis tiros de su pistola.

El fuego del interior y la lucha en la parte alta del edificio, introdujo el desórden en las filas francesas, que comenzaron á replegarse en los pátios interiores para emprender una salida desesperada.

La lucha de la azotea habia cesado, la superioridad numérica hizo sucumbir á los franceses, todos muertos ó mortalmente heridos.

Entonces Martinez y Quiñones con su fuerza diezmada en el combate, bajaron á auxiliar á Nicolas Romero, que resistia el choque terrible de los franceses.

Ya habia amanecido cuando los franceses se entregaron prisioneros y á discrecion.

—Los fusilaremos luego, luego, mi coronel.

—Silencio! dijo el coronel Fernandez, que se pase lista.

Martinez y Nicolas Romero dieron cumplimiento á la órden.

De la infantería faltaban cuarenta y ocho hombres entre muertos y heridos.

De la caballería veinte guerrilleros; total, sesenta y ocho hombres fuera de combate.

El enemigo perdió toda su fuerza, pues los soldados que no habian sucumbido quedaron prisioneros.

El coronel llamó á aparte á Romero.

—¿Qué hacemos de esa gente? le dijo:

—¡Qué sé yo! respondió Nicolas, nos basta haberlos vencido; lo demas no es cuenta mia!

—Qué le decimos á la tropa que pide su muerte delante de los cadáveres de sus compañeros?

—Es cierto, yo no sé qué decirles, pero yo no he matado á nadie fuera del momento.

—Oye esos gritos ¡vive Dios! que tienen razon nuestros soldados.

VIII.

Era un grave compromiso.

La griteria aumentaba, el pueblo de Zitácuaro unia sus clamores á los de la *chinaca* y aquello se convertia violentamente en un motin que podia dar por resultado un acto de barbárie inaudito.

—Tenemos mucho que vengar, Nicolas, llevamos cerca de dos años de sufrimientos, de miseria y de sangre.

—Si estuviera en nuestro poder ese señor mariscal, yo no duraria un momento en fusilarle; pero estos miserables no merecen ese honor.

—Y cómo aquietar la grita?

—Es negocio mio, dijo Nicolas, y salió á la calle donde estaba la tropa y el pueblo pidiendo á voces la muerte de los prisioneros.

Luego que apareció Nicolas Romero, lo victorearon con entusiasmo.

El guerrillero se descubrió la frente y dió tres vivas á la República.

—Mueran los franceses! gritó una voz, y cien la repitieron con rabia y desesperacion.

—Sí, mueran, gritó Nicolas; pero mis soldados no son verdugos, el que quiera matar á los prisioneros, tiene franca la entrada.

Todos permanecieron en silencio.

—Mis valientes saben pelear en el campo de batalla y respetar á los vencidos: ellos quieren dar una leccion á sus enemigos.

—Viva Nicolas Romero! gritó el capitan Martinez, y metiendo su caballo entre el tumulto, le dió un abrazo al bravo guerrillero.

—Ya todo está concluido, dijo Nicolas al coronel Eduardo.

—Muy bien, Nicolas! eres todo un hombre!

—Llevaremos á los prisioneros al general Riva Palacio.

IX.

Pocos dias despues, se publicaba en los periódicos de la capital una carta de un prisionero de donde tomamos lòs párrafos siguientes:

"Las fuerzas de Romero, Solano y Castillo, cayeron improvisamente sobre nosotros.

El gefe de nuestra escolta perdió la vida.

La fuerza del enemigo era superior á la nuestra. Nosotros nos defendimos; pero acabamos por ser batidos.

Yo he salido muy bien librado, pues pasando por lo alto un lanzazo que me pasó el vestido del lado del corazon, todos se sorprenden de que no haya sido víctima del primer momento de furor de los soldados ó pasado por las armas despues de haber caido en sus manos. Cierto es que ninguno está mas sorprendido que yo mismo.

En fin, héme aquí sano y salvo."

X.

La noticia de esta derrota causó una grande alarma en el ejército.

Libráronse órdenes de que batieran á los republicanos de Zitácuaro, y una columna del ejército franco-mexicano se dirigió á aquella ciudad á vengar á sus compañeros.

Luego que las fuerzas de Zitácuaro supieron la aproximacion de fuerzas

superiores, dejaron la ciudad, esperando en los alrededores la llegada del enemigo.

Nicolas Romero estaba, como siempre, á la vanguardia, y comenzó á escaramucear con mucho éxito; pero el enemigo á su vez reforzó sus tiradores y la escaramuza tomaba las proporciones de una batalla.

El valiente guerrillero daba un verdadero espectáculo.

Montaba un alazan fogoso que ya tenia los encuentros é ijares cubiertos de espuma, y sin embargo, luchaba con todo el vigor de su raza, obedeciendo las indicaciones de la diestra mano que lo llevaba.

Sacudia la cabeza lleno de soberbia y su aliento era abrasante.

Ya acometia, ya se sentaba en los cuartos traseros, ora emprendia una carrera veloz y se detenia ligero enmedio de ella, ora se fijaba inmóvil á pesar de las detonaciones de la fusilería ó se lanzaba sobre el fogonazo tirado á quema-ropa.

El guerrillero se salvaba por milagro en cada relance y la bala de su mosquete se perdia en las filas contrarias.

Romero no hacia caso de su pistola sino en los lances supremos.

Los soldados le imitaban, y cada uno de aquellos hombres sostenia luchas personales mas terribles que un duelo inglés.

El parque comenzaba á faltar y los fusiles de los republicanos no todos tenian bayonetas.

Esta circunstancia era terrible en el supremo instante de una carga.

XI.

La caballería enemiga esperaba una oportunidad para lanzarse sobre la infantería que ya flaqueaba.

Quiñones y Martinez habian tomado dos fusiles que estaban al lado de unos muertos, y se pusieron á hacer fuego sobre el enemigo.

El coronel Fernandez no cesaba de alentar á sus soldados con gritos de entusiasmo; pero como antiguo militar, comprendia que se acercaba el momento de la derrota.

—Mi coronel, gritó Nicolas, comience usted á retirarse que yo lo protejo; y volviendo á todo escape al sitio donde los guerrilleros detenian el empuje del enemigo, emprendió con mas ardor el combate.

—Quiñones! gritó el coronel, defienda usted este punto hasta morir,

tome usted dos compañías de tiradores, mientras yo me retiro con el resto de la fuerza.

Quiñones se posesionó del cerro buscando el lugar mas á propósito, y Martinez comenzó á desfilar á la vanguardia iniciando el movimiento retrógrado.

El enemigo destacó un trozo de caballería al ver que Martinez se retiraba.

Los guerrilleros fueron abandonando palmo á palmo el terreno, hasta colocarse á retaguardia de los tiradores.

Estos detuvieron el trozo de caballería con todo éxito; pero las columnas de infantería avanzaban á paso veloz y dentro de diez minutos serian arrollados por completo.

Quiñones hacia fuego en retirada y se iba internando en el mayor órden posible.

El coronel Eduardo á la retaguardia de su columna caminaba apresuradamente temiendo ser alcanzado por el enemigo.

El terreno favorecia á los republicanos, que eran conocedores.

Nicolas Romero se habia perdido por las veredas.

XII.

Cuando la tropa alcanza un triunfo, camina con una velocidad increible, así es que los imperialistas seguian muy de cerca á los republicanos, esperando coronar su victoria con la aprehension de la mayor parte de la fuerza.

En cuanto al botin seria muy pobre; porque aquel sufrido ejército no tenia mas que harapos y la vida que dejar en manos de los vencedores.

Nicolas Romero comprendió el peligro y se decidió á salvar á la fuerza de Fernandez.

Cuando los imperialistas estaban en desórden, por efecto de su violenta persecucion, el guerrillero cayó como un tigre á la vanguardia y logró hacerlos retroceder un tanto desmoralizados por la sorpresa.

Los clarines enemigos tocaron "alto."

—Estamos salvados! dijo Nicolas, haciendo alto tambien para dar descanso á sus guerrilleros.

Fernandez siguió avanzado á pesar de la fatiga y del cansansio que abrumaba á sus soldados.

Dos horas mas, y todos estaban fuera de peligro.

Habia pasado una media hora, cuando dos soldados traian al teniente Quiñones sobre unos fusiles.

—Me han matado al oficial mas valiente! esclamó el coronel y pasó su mano por la frente cubierta de sudor.

Efectivamente, Quiñones estaba atravesado por una bala.

Venia pálido, sus lábios estaban secos y su rostro intensamente descolorido.

—Quiñones, dijo cariñosamente Eduardo tomando entre sus manos la cabeza del guerrillero, ¿qué le pasa á usted? ¿qué tiene?

—Nada, mi corónel, habia de llegar un dia en que...... ¡yo me muero!....

—No, no morirá usted porqué es valiente y la patria lo necesita.

—Le he dado mi sangré.

—Si, pero yo no quiero que la existencia de usted se acabe tan pronto.

El coronel no podia contener sus lágrimas, que á su pesar corrian por sus mejillas.

Los soldados estaban tristes.

—Vamos! formen ustedes, muchachos, una camilla con mi jorongo y unas ramas, nos llevaremos al teniente, lo curaremos y él se aliviará.

—Mi coronel, dijo Quiñones, es usted mi padre.

Mientras que los soldados formaban la camilla, llegó Romero y dijo entusiasta al coronel: señor, Quiñones me ha avergonzado, se bate como un leon, yo pido su ascenso inmediato.

—Soldados! esclamó con entusiasmo el coronel, en nombre de la República y sobre el campo de batalla, doy al teniente Quiñones el empleo de capitan efectivo.

—Viva Quiñones! gritó la tropa tirando al aire sus sombreros.

Quiñones se echó á llorar como un niño.

—Viva la independencia! dijo Romero con voz de trueno.

XIII.

La camilla en que se colocó á Quiñones, se adelantó custodiada por unos guerrilleros.

—Señor, dijo uno de los de Romero, la caballería nos sigue la pista.

—En marcha, señores, yo los detendré mientras se acerque la noche.

Efectivamente, Nicolas Romero tornó á encontrar á los imperialistas, que llenos de furor le acometian de muerte.

Nicolas sabia que una vez prisionero, su existencia estaba perdida; así es que luchaba con desesperacion, sin pensar en las garantías que concede el derecho de la guerra á los prisioneros.

Los soldados no podian sostenerse por mas tiempo, sus caballos les faltaban acaso en los momentos mas críticos, habian hecho mas de lo que debian.

La noche comenzaba á cerrar; pero la luna apareceria bien pronto alumbrando con sus resplandores el campo de los republicanos.

Comenzaba á percibirse entre las sombras de los árboles los fogonazos de la mosquetería.

La fuerza enemiga, temiendo perder su victoria, se detuvo para ordenarse, en tanto que Romero se replegaba á su campo, muerto de fatiga y cansancio.

Martinez se quedó de avanzada en la vereda deseando que avanzaran los imperialistas; porque exasperado con la desgracia de Quiñones, estaba posesionado de un furor infernal.

—Estamos mal, dijo el coronel á Romero, nuestra fuerza ha tenido muchas bajas, y temo que al amanecer la derrota sea completa; los infantes no pueden ya dar un solo paso.

—Así está el enemigo, respondió Nicolas, sus pérdidas han sido mayores y la persecucion va á ser muy débil; por ahora podemos dormir tranquilos.

—Esa confianza te ha de perder algun dia, Nicolas.

—Puede ser, lo que me desanima en esta lucha, es que la mayor parte de los gefes está en el estranjero y van abandonando el terreno.

—Es verdad, todos han pasado las fronteras, pero nosotros conservaremos el fuego.

—Demonio! dijo Nicolas, pensar que en cualquier momento nos pueden matar y que la revolucion se acaba.

—Vendrá mas tarde la reaccion: este ímpetu de los franceses es temible; yo mismo he estado á punto de perder la moral.

—Todo está ocupado por el enemigo, todo, no nos queda ni un pueblo de importancia, los recursos no me importan, comeremos yerbas, pero dejar así no mas perder la nacion!

—Ya ves lo que ha pasado, hasta el Sur lo recorren á pesar de que allí es el asilo de los patriotas.

—Demonio! el temperamento de Acapulco no dejará un argeline con vida.

—Lo que menos me importa es ese cuerpo de austriacos y belgas; á esos les he pegado cuantas veces se han atrevido á parárseme delante.

—Son unos desgraciados hortelanos ó baratilleros de su tierra, que entienden tanto de armas como de decir misa.

—En el encuentro pasado tiraron los fusiles y echaròn á correr como unos gamos; ahí traigo su armamento que es muy bueno, lástima de los marrazos que se llevaron á la cintura.

—De que veo plumas en el sombrero, ya no hay temor, son ellos, derrota segura, ya les he dicho á los muchachos que no los maten. Los belgas son unos niños inofensivos, parece que los han reclutado en la casa de expósitos.

—Mi coronel, si esa es la gente que nos ha de subyugar, desde luego que no habrá tal trono ni emperador.

—Nicolas, dijo el coronel, duerme un rato mientras yo velo, nos turnaremos mientras amanece.

—Está bien, dijo el guerrillero.

Se apeó del caballo atándose á la cintura el cabresto, y se tendió debajo del primer árbol.

Eduardo recorrió su campo contemplando á aquellos soldados infelices, que dormian profundamente sobre las rocas de las veredas.

—Desgraciados, decia, no tienen mas esperanza que la muerte, pobres compañeros! Si llegamos á triunfar, su condicion acaso se hará mas infeliz, quedarán encerrados en los cuarteles y sujetos á la ordenanza, ó se les mandará miserables á sus hogares abandonados. Si mueren, nadie recordará sus nombres ni que han derramado su sangre por la patria, sus hijos quedarán en la miseria; pobres soldados mios, yo los amo como á mis hijos!....

XIV.

Un aire frio y sutil anunció que la mañana se acercaba.

—Coronel, dijo Romero, me he dormido como nn pastor, ahora le toca á usted.

—Ya no hay tiempo, no dilata en amanecer; que la camilla de Quiñones se eche adelante y sigamos la marcha.

Los guerrilleros estaban listos, la infantería comenzó á desfilar, pero Martinez no se quiso alejar de la avanzada por no poner en alarma al enemigo.

La fuerza republicana llevaba cuatro horas de adelanto, iba yerta de frio, pues las luminarias la hubieran denunciado al enemigo.

Amanecia cuando el capitan Martinez percibió que la infantería imperialista abandonaba la montaña dirigiéndose rumbo á la ciudad, y que una seccion de caballería se organizaba para darlo alcance á la fuerza que se creia iba en dispersion.

Volvió grupa con los guerrilleros hasta reunirse con Nicolas y el coronel.

—Señores, dijo, es necesario hacerles frente, la infantería se retira y á los dragones que vienen en nuestra busca estoy seguro de *pegarles.*

Romero, que le hablaban en su idioma, se volvió á Eduardo.

—Mi coronel, jugaremos el todo por el todo, tenemos la ventaja del terreno, colocaré á la infantería en esta loma, y fingiendo que huyo los haremos caer en la emboscada.

El coronel recorrió con la vista el campo y respondió:

—Está bien, yo me encargo de la operacion, avancen ustedes á lo largo de la vereda, y mucho cuidado, la desgracia de Quiñones me tiene preocupado, no quiero tener otra pesadumbre.

—El coronel tiene un corazon de ángel, dijo Nicolas, y seguido de Martinez y los guerrilleros, tiró vereda adelante hasta encontrar á la fuerza imperialista.

XV.

Eduardo dividió su fuerza, situándola en dos lomas cubiertas de árboles y de follaje que servian de entrada á un camino estrecho por donde forzosamente tenia de pasar el enemigo.

Los soldados echaron pecho á tierra, y entraron en esa espectativa violenta que precede á los momentos del combate.

Una hora habia pasado cuando se dejaron oir los tiros de los mosquetes, despues la gritería de ordenanza, despues la carrera tumultuosa de los caballos.

Tras una nube de polvo, ó mas bien, envueltos en ella aparecieron los guerrilleros victoreando á la república para no ser confundidos con los imperiales.

La fuerza enemiga creyó en una derrota completa, y sin poderse contener, se echó con desesperacion sobre los fugitivos, haciéndose compacta en la estrecha vereda que conducia al portezuelo donde estaba la infantería del coronel Eduardo.

A una señal se levantaron los soldados é hicieron una descarga cerrada sobre los dragones, que no esperando tal sorpresa, se hallaron aturdidos pues habian caido de plano en la emboscada.

Una segunda descarga acabó de desmoralizarlos.

Entonces Romero y Martinez, volviendo grupa, cerraron contra ellos, y pasando sobre una alfombra de cadáveres, hacian prisioneros á todos los que no fueron bastante avisados para huir.

Los clarines tocaron diana, resonaron mil gritos de victoria y los soldados comenzaron á desnudar á los muertos y prisioneros mientras Martinez recogia el armamento y los caballos.

—¡Viva el comandante Martinez! gritó Nicolas abrazando al bravo guerrillero.

—Estas divisas de capitan, respondió Martinez, las guardo para mi compañero Quiñones.

XVI.

Estas victorias parciales, los imperialistas las convertian en derrotas con la **mayor** desvergüenza.

A pesar de los triunfos que eran verdaderamente efímeros, se sostenia el **pensamiento** nacional, y como habia dicho el coronel Fernandez, conservaban el fuego pátrio.

La república estaba en la hora aciaga de las vicisitudes: lo que no podian **las armas**, el destino se encargaba de completarlo.

Todos eran infortunios y contrariedades.

Hay hechos que parecen fabulosos por lo terribles, pero desgraciadamente **pertenecen** á la historia de la predestinacion humana.

Aquel miserable cuerpo que no podia llamarse de ejército, estaba en los **momentos** espansivos de la alegría.

El botin les parecia espléndido comparado con su infinita pobreza.

La lucha los habia puesto en gran fatiga y la sed mas terrible los acosaba.

XVII.

En el Sur de Michoacan hay unos arbustos que dan una fruta pequeña y **jugosa** como la cereza; pero el licor que encierra es un veneno activo **y terrible.**

La tropa sedienta comenzó á tomar aquel emponzoñado fruto para mitigar el **calor** que la devoraba.

—**Muy** bien, Nicolas! decia Eduardo, eres mi brazo derecho; la república **premiará** alguna vez tus servicios; tú Romero, meréces mas que yo la **banda** que ciño.

—**Este** es mi premio, dijo el guerrillero señalando el grupo de prisioneros, **yo** nunca espero nada; cuando la otra revolucion se olvidaron de que **existia**, pero como que yo peleo por mi patria, me satisface saber que **cumplo** con mis deberes.

—**Yo,** dijo Eduardo, no tengo mas aspiracion que volver á México, allá **está** cuanto amo mas en el mundo despues de mis soldados.

—¿Está usted enamorado, coronel?

—Sí, profundamente, y no he tenido hasta ahora razon alguna de mi novia ni de mi pobre madre; ¿qué será de ellas? Nicolas, cuando se tiene familia no sirve uno para pelear, siempre tiene uno delante algo que le inquiete y le sobresalte.

—Es verdad, pero lo es tambien que á la *hora* todo se olvida, y no se busca otra cosa que acabar con el enemigo.

El coronel volvió á fijarse en las operaciones de la campaña.

—Organizaremos otra espedicion contra Zitácuaro.

—Y ya van tres, observó Romero.

—Espero á varios compañeros que deben reunírsenos; entretanto, tú ocuparás el camino, y recorrerás, si lo crees conveniente, hasta el valle de Toluca.

—Esos son mis terrenos, dijo Nicolas, aquí no hay recursos y yo puedo proporcionarlos; volveré con algun dinero.

—Pues hoy mismo partirás.

—Ya estoy dispuesto.

XVIII.

Interrumpióse esta conversacion, porque á corta distancia los clarines de órden dieron el toque de enemigo.

Los soldados corrieron á sus armas.

Martinez llegó pálido á donde estaban Romero y el coronel.

—¿Qué pasa? le preguntaron simultáneamente.

—No hay mas enemigo que la muerte, dijo Martinez, la tropa está envenenada con esa maldita fruta; para alejarlos de los arbustos he dado ese toque, estamos perdidos!

—Esto es horrible! gritó el coronel con desesperacion.

—Dios nos abandona, esclamó Nicolas Romero. ¿Qué harémos?

—Nada, respondió Martinez.

La escena mas espantosa se desarrolló á los ojos de aquellos dos hombres, que con tantos trabajos habian logrado formar un núcleo para sostener la revolucion.

Los soldados presa del tósigo, comenzaron á caer dando gritos horribles de dolor.

Los semblantes de aquellos infelices, pocos momentos ha llenos de alegría y entusiasmo, yacian cadavéricos, descompuestos y cubiertos de sombras.

La muerte caia de improviso en el campo republicano. Dios habia apartado la vista de los defensores de la República!

—No! decia llorando el coronel Fernandez, mis soldados no merecian esta muerte, su sangre debia regar los altares de la patria! El cielo se ha conjurado contra nosotros!

Era doloroso ver aquel cuadro que presentaba el campamento.

Los soldados que se veian libres del veneno, acudian á socorrer á sus amigos; es decir, á tomarlos en sus brazos para que muriesen tranquilos.

—Váyase usted, mi coronel, dijo Martinez, es horrible esta escena.

El coronel Eduardo fué arrancado por Nicolas de aquel sitio, en tanto que Pablo Martinez daba sepultura en una fosa comun á sus compañeros.

Los enfermos fueron conducidos en los caballos de los guerrilleros.

Martinez marcó aquel funesto lugar con una cruz formada de ramas.

—Demonio! dijo saltando sobre su caballo, es la primera vez que les toca levantar el campo á los vencidos!

¡Cuántos sacrificios olvidados! ¡cuántos hechos heróicos! cuántos hombres hundidos en el polvo de la tumba en aras de la República!

CAPITULO DUODECIMO.

AMORES IMPERIALES.

I.

La corte de S. M. el Emperador Maximiliano andaba un tanto revuelta con las noticias del extrangero, pues los enviados europeos desconfiaban del aseguramiento del trono, por la actitud hostil que presentaban los Estados-Unidos.

Se decia por entonces que el gobierno americano habia enviado unas notas no muy diplomáticas á las Tullerías, y que el emperador frances comentaba aquella correspondencia con mas interes que la *Vida de César.*

Mientras Jefferson Davis estuviese en su *Casa Blanca* y Edmundo Lee tuviese á su disposicion un ejército disciplinado y valiente, no habia cuidado de que el imperio mexicano viniese á tierra al poderoso aliento de la doctrina Monroe.

Algo inquietaba á los imperialistas que á un simple llamado de la Union acudiesen *ochocientos mil* hombres á empuñar las armas haciendo un total de *millon y medio* de soldados!

La estrella de la confederacion habia entrado en la penumbra y ya iniciado su eclipse, nada le apartaria de la sombra.

Era necesario acabar con los últimos restos de la República, para que al menos pasase el imperio como un hecho consumado.

Este sofisma provocaría la hilaridad en la patria de Washington.

II.

El mariscal Bazaine daba partes pomposos y la prensa proclamaba que el pabellon nacional estaba solamente en la mano de Juarez, sin contar con otro defensor.

México daba el espectáculo grotesco de un renacimiento monárquico sin nobleza ni monarquistas.

La decoracion habia cambiado, la reaccion se ceñía la corona, ya estaba cansada de tener acicalado el bonete de la teocracia.

La sociedad conservadora jugaba á la monarquía.

Se nombraron chambelanes, caballeros, damas, cancilleres, maestros de ceremonia, guardia palatina, y toda la comparsa y segundones que se necesitan para el aparato monárquico.

Resucitóse la Orden de Guadalupe, se estableció la del Aguila Mexicana y la de San Cárlos, expidiéndose despachos por millares, es decir, señalando las piedras del nuevo edificio como un maestro de obras numera su cantera, chiluca ó sillería.

La sociedad de esos dias era profana en materias cortesanas, lo que hacia reir á solas á los austriacos, que se les notaba lo contrariados que se hallaban en su nueva corte.

Los recursos estaban en menguante.

El segundo empréstito no pudo cotizarse, así es que Napoleon tuvo que seguir pagando su ejército á pesar de los convenios.

Los franceses, como en todas partes, ya se habian concitado la enemistad cordial de todas las poblaciones.

El número de los fusilados ascendia á una cifra fabulosa.

Aun no se oreaba la sangre de la víspera, cuando una nueva lluvia refrescaba las gradas del cadalso.

Qué importa! ya teniamos *jardin de fieras*, alcázar de Chapultepec y *rampa* magnífica para ascender al nuevo Miramar de los augustos y nobles soberanos, y tertulias imperiales!

Todos estos elementos hacen la felicidad de cualquiera nacion, á no ser que el pueblo se empeñe en ser desgraciado.

La revolucion intestina comenzaba á roer las entrañas al imperio.

El clero estaba divorciado, porque creyó encontrar en Maximiliano un Felipe II y monseñor Labastida se creia un Torquemada, y los frailes soñaban en los católicos dias del Santo Oficio y las fiestas cristianísimas, en que los herejes eran conducidos con sambenito y vela verde á las hogueras de San Diego, donde hoy se levantan los frondosos árboles de la Alameda. ¡Cuánta ilusion burlada!

La sancion de las leyes de reforma que dejaban al clero reducido á la nulidad y atacaban los principios del cristianismo moderno, fueron la transaccion con la república.

Este fué un manejo de Napoleon III.

El gobierno de Maximiliano pagaba su tributo al siglo XIX.

III.

El impulso del ejército frances era decisivo, y la república estaba, como ya hemos dicho, en su *hora negra.*

Ya hemos visto los esfuerzos heróicos de los guerrilleros.

Lo que pasaba en Michoacan era un reflejo de los acontecimientos en toda la nacion.

Cada rumbo tenia sus hombres y en cada Departamento pasaban hechos como los de Nicolas Romero, sin mas éxito que el de mantener viva la revolucion mientras variaba de rumbo la aguja del destino.

El nuevo emperador despues de su viaje á las minas de Guanajuato, se fastidiaba imperialmente con negocios de poca importancia; los cuales no variarian el estado fatal en que comenzaba á ponerse la cuestion monárquica.

Todo el mundo se equivocaba con las apariencias de una paz de sepultura; pero Maximiliano, que veia las cosas tales como eran, no creia en nada; sin embargo, luchaba desesperadamente en el mar embravecido de una próxima adversidad.

La jóven archiduquesa no olvidaba las delicias de Europa, le parecia que estaba en un convento, pero su ambicion satisfecha la mantenia resuelta sobre el trono.

Maximiliano pasó á Cuernavaca á tomar unos baños bajo la zona caliente, haciendo construir una habitacion magnífica como residencia imperial.

IV.

La ciudad de Cuernavaca no es de lo mas hermoso en cuanto á las obras del hombre; pero la mano de Dios ha bendecido aquellos campos, y las flores, los manantiales, los perfumes, las esencias, las auras y todo ese conjunto que anuncia una naturaleza vírgen y exhuberante, se encuentra allí formando un nido de amores, donde descansa la ciudad como una paloma blanca aletargada con los aromas de los cafetales y la esencia de los naranjos.

Cuernavaca es la boca de la *Tierra Caliente*, desde allí comienza un descenso rápido que en un radio de menos de cien leguas y al traves de caudalosos rios, como el Mescala y Papagayo; de barrancas profundísimas, como la de San Gaspar y el Zopilote; de precipicios sin fondo; de montañas no bautizadas aûn; tiene, por último término, los espejos del Pacífico que se rizan para acariciar las abrasantes arenas de sus desiertas playas.

Sobre aquella ciudad pesa una atmósfera que hace languidecer y cerrar los párpados en un sueño de amores y de felicidad.

Allí el corazon se rejuvenece y una corriente de simpatía atraviesa por él despertándole á las impresiones blandas y halagadoras de una voluptuosidad purísima, en que el espíritu bate sus alas al mundo irrealizable de las ilusiones y de las esperanzas.

V.

Era una de aquellas noches abrillantadas en que la luna recibe de lleno la luz esplendente del sol del trópico, para devolver á la tierra sus reflejos mates y bañarla con la luz fosfórica que poetiza cuanto toca.

Habia caido una ligera lluvia y las flores alzaban sus frentes despues del fuego abrasador del dia, para enviar sus perfumes al cielo en las auras embalsamadas de la noche.

El aleteo de los insectos formaba un leve rumor que se confundia con los suspiros del ambiente entre las hojas húmedas de los árboles.

Todos aquellos ecos misteriosos formaban el silencio halagador de esas tranquilas horas de bienaventuranza.

Las exhalaciones atravesaban pálidas ante el fulgor de la luna y un infinito número de estrellas salpicaban el azul oscuro de la bóveda celeste.

Aaquel cuadro de felicidad era completo, nada dejaba que desear, los mismos ángeles hubieran cruzado aquel horizonte y aspirado la esencia de aquella atmósfera; luz, aromas, flores, estrellas, amores, armonía, todo un paraiso de felicidad!....

VI.

En un solitario jardin de una de aquellas casitas pintorescas, y por las calles de azahares y violetas, se paseaba una jóven, apenas estrujando con su breve planta las rosas que la servian de alfombra.

Llevaba un peinador blanco, ceñido al talle por un cinturon de seda verde; las mangas perdidas dejaban ver dos brazos torneados como los de las vírgenes de Murillo, de un color apiñonado, terso y limpio como la hoja de una rosa.

Su cuerpo era como el de la palma, flexible y hermoso, al par que gallardo y lleno de una soltura encantadora.

El rostro de aquella criatura era un reflejo de los ángeles: una frente ovalada, unos ojos negros como dos centellas, velados por unas largas pestañas, su nariz perfectamente delineada, sus orejas pequeñitas y sin adorno alguno, y una boca breve encarnada como un clavel rojo, dejando entrever unos dientes blanquísimos y hermosos como gotas de perlas en el seno de una rosa entreabierta.

Una selva de cabellos negros como el azabache, atados con una cinta verde como el color del cinturon, dejaban escapar una cascada de rizos sobre aquella espalda dulcemente mórbida.

El rayo de la luna resbalaba sobre el semblante de la jóven, acariciándola con indolencia.

La jóven detenia frecuentemente su paso, y en la actitud de su cabeza se dejaba entender que esperaba algo que debia traerle el aleteo del viento, seguramente era alguna seña ó el toque del reloj.

Para calmar su impaciencia se puso á escoger entre las flores las mas hermosas, y las colocó en su cabello despues de haber aspirado el aroma de su cáliz.

Sonaron pausadamente las once en el reloj de la parroquia.

A lo largo de la calle se oyeron los pasos de una persona que marchaba en direccion á la reja del jardin.

La jóven oculta entre los naranjos esperó sobresaltada.

A los pocos momentos un hombre envuelto en una capa, se acercó recatadamente sin dar señal alguna que anunciara su presencia en aquel sitio.

Espió por la reja, y apoyó su frente sobre el hierro tibio del enverjado.

Habian pasado algunos minutos, cuando un hombre se acercó resueltamente al que estaba á la reja.

—Caballero, ¿qué buscais aquí? dijo con acento marcado de extrangerismo.

—¿Y quién es usted para preguntármelo?

—Escusemos palabras; ¿viene usted armado?

—Sí, por mi vida: echémonos fuera de esta calle y no comprometamos á esa muger.

—Sea, dijo el extrangero, y se echaron calle adelante hasta llegar á los estramuros de la ciudad.

VII.

—¿Podeis decirme qué objeto os ha llevado á esa reja?

—El amor, caballero.

—Esa muger no os puede pertenecer nunca.

—Es mucha arrogancia.

—Puede ser, pero os advierto que de no prescindir, os puede costar cara la aventura.

—Nunca las amenazas han hecho mella en mi corazon.

—Y sois correspondido?

—Ya me canso de responder, eche usted fuera su espada, y no hablemos mas.

—Defendeos, dijo el extrangero, y su acero relució al fulgor de la luna.

Comenzó un combate encarnizado: solo se oía la respiracion fatigosa de los contendientes.

La lucha duró pocos momentos: un renquido sordo y el golpe de un cuerpo al desplomarse, se dejaron oir en el silencio de la noche.

—Demonio! lo he matado! y qué bien que se defendia el austriaco. Dios mio! y esa muger no me ama!

Percibióse un tropel de gente y ruido de armas: el hombre de la reja se caló su sombrero, envolvióse en la capa que habia dejado durante el duelo, y echóse á andar lo mas aprisa que pudo, hasta perderse en las calles de la poblacion.

Efectivamente, era una patrulla; llegóse el gefe á donde estaba el cadáver, lo examinó y dijo todo azorado:

—Esto va á ser horroroso! ¡El oficial mas querido de S. M! y no dar con el asesino! Vamos, cargad ese cadáver y demos cuenta inmediatamente á la autoridad.

Los hombres de la patrulla llevaron al muerto, y las calles volvieron á quedar desiertas y silenciosas.

VIII.

—¿En qué habrá parado esa riña? dijo la jóven, estoy temblando de susto.

El aire trajo por tres veces unos silbidos muy poco prolongados.

—Es él!

Dos sombras se deslizaron á lo largo de la callejuela.

Llegóse un hombre á la reja, mientras el otro desenvainando su espada se puso á hacer la guardia á su compañero.

—Eres tú, capitan? dijo la jóven.

—Sí, yo soy, dijo el embozado recatadamente.

La jóven se estremeció.

—Qué tienes? le dijo con un acento de severa reconvencion.

—Qué ha pasado? preguntó á su vez el capitan.

—Estaba esperándote, cuando un hombre se detuvo á esta reja, llegó un oficial austriaco, se cambiaron algunas frases de desagrado, y fueron á reñir; no sé otra cosa.

—Y ese hombre hablaba contigo?

—Si lo has creido por un momento, vete, capitan; quien desconfia de la muger que ama, debe alejarse para siempre.

El capitan movió la cabeza con visibles señales de contrariedad.

—Te preguntaba simplemente, y no quiero dudar de tu amor.

—Ni tienes motivo, porque yo te amo con delirio.

La jóven puso sus manos sobre las de su amante, que estaban unidas á la verja.

Al contacto delicado de aquella muger, se estremeció el capitan; el aliento de la niña habia resbalado por su semblante y le habia causado el mismo efecto que el hálito de la serpiente á la paloma; lo habia magnetizado completamente.

—Perdona á mis celos, Guadalupe; hace mucho tiempo que desconfío de tí; he visto noche por noche á un hombre en este mismo lugar donde recibo los juramentos de tu amor.

—Yo no lo he visto hasta ahora.

—Le he mandado acechar, y esta noche batiéndose con este fiel servidor que he tenido la imprudencia de enviar á impedir sus paseos, lo ha muerto.

—Muerto! Dios mio!

—Sí, yo tengo la culpa, dijo sombríamente el capitan.

—Escucha, voy á revelarte lo que deseaba guardar en el fondo de mi corazon.

—Ya te escucho, Guadalupe, respondió con ansiedad el amante.

—Tú no ignoras que yo tengo un hermano en la revolucion que lucha contra el imperio: él me ha prohibido atravesar una palabra con los invasores.

El capitan se estremeció.

—Ha llevado su patriotismo hasta el grado de traerme al rincon de esta ciudad, donde no me permite recibir á nadie; sí, capitan me ha prohibido hasta ver el retrato de Maximiliano; no le conozco á pesar de mi curiosidad.

—No importa, dijo el capitan, continúa.

—Yo le obedezco, porque ese hermano único es mi solo porvenir: cuando recuerdo que su vida está en peligro, que acaso en este momento yace tendido de una estocada, ó preso en una capilla para ser pasado por las armas, me aterrorizo y me parece que oigo su voz como una amenaza, y me parecen nada las promesas que me ha arrancado su patriotismo. A pesar de todo, yo te amo, capitan, sé que algun amigo de mi hermano me acecha, te ha visto aquí, y se lo dirá sin remedio.

—Y qué temes, Guadalupe?

—Tú no le conoces, capitan; Pablo es un hombre encallecido en la revolucion, acostumbrado á la sangre y á esos espectáculos de muerte.... en un momento de desesperacion me mataria!

—No, esò no es posible, ni yo lo consentiria.

—Tú partes de continuo á México, y él aprovechará el momento en que la plaza esté aislada ó con escasa guarnicion para llegar hasta mí.

—Eso no sucederá.

—Entonces tomará un disfraz y....

—Esto es horrible!

—Ademas, tus documentos para nuestro enlace aun no llegan de Austria, y mientras, yò tengo de ir á donde él quiera; mi dignidad y mi honor me lo exigen.

—No me seguirias, Guadalupe?

—Nunca!.... nunca!....

—Pero tú no dudas de mi amor, ¿no es verdad?

—No, capitan, seria arrancarme el corazon dudar de tu cariño; tú sabes que yo no he amado hasta ahora; que he cedido al impulso ardiente de mi alma; qué desde esa noche que te acercaste á esta reja á decirme que me amabas, mi corazon es tuyo, enteramente tuyo!....

—Guadalupe, yo he vivido siempre en la corrupcion de las cortes, al lado de los grandes; mi alma no ha tomado parte en mis impresiones, mi corazon no ha sido tocado nunca. Entregado á los azares de la guerra, siempre en el mar, mi corazon se ha encallecido hasta encerrarse tras una coraza de hierro invulnerable; pero te ví, como á esas flores solitarias que viven ignoradas en el silencio de los bosques, sin dar sus perfumes sino á los cielos, respetada del huracan del mundo, no azotada jamas por las tempestades de la ciudad, que marchitan el candor y la pureza de los ángeles.... Sí, Guadalupe, esa languidez apacible de tus ojos, esa serenidad de tu frente, esa sonrisa dulcísima, ese acento argentado, despertó el mundo de ilusiones que dormia en el abismo de mi alma; una aurora de felicidad inundó mi pecho, mis pupilas se humedecieron por la primera vez, y mis labios trémulos repitieron tu nombre.... Guadalupe, yo he venido á tus rejas á implorar compasion; los recuerdos de mi patria han desaparecido en el horizonte de mi existencia; he hecho abstencion de todo para consagrarme á tu cariño.

Influenciada la jóven por la vehemencia de ese lenguaje de ternura, se inclinó pausadamente hasta tocar con su cabeza la frente del capitan.

—Sí, hermosa mia, tú eres la imágen que llevo en el santuario de mi alma, ignorada, oculta, misteriosa.... tu existencia ha sido una revelacion para mi vida.... Dios habia colocado en los verjeles de América el espíritu de mi amor. Mujer, sombra, aparicion, yo te idolatro con una fé que no ha vacilado jamas!

Los labios de la jóven detuvieron las palabras en los de su amante.

Loca de pasion, muerta de amores, exaltada hasta el delirio, su espíritu se exhalaba en un beso prolongado de agonía amorosa.

El austriaco ostentaba á los rayos de la luna una mirada radiante de felicidad.

Hay veces en que despojándose el espíritu de las ligaduras de la materia, se diviniza en los horizontes de la ilusion!.... Entónces, hay un abismo abierto á nuestros pies.

Pasaron algunos instantes en este éxtasis de pasion, cuando una voz lejana entonó una cántiga siniestra, que hizo estremecer hondamente al capitan.

La letra estaba en italiano. Decia así:

"Massimiliano,
Non te fidare,
Torna al castello
Di Miramare.
Qual trono fracido
Di Montezuma
E nappo gallico
Colmo di spuma.
Il Timeo Danaos
Chi non ricorda?
Sotto la clamide
Trova la corda."

Helóse la frente del austriaco, y se inclinó profundamente sobre su pecho.

—Qué dice esa cancion, capitan? preguntó asustada la jóven.

—Nada! es una sentencia que me sigue desde las orillas del Adriático.

—Yo he leido que en tu país hay apariciones.

—Silencio! dijo el austriaco en un arranque de superstición.

—Si seré presa de un sueño? pensó aquel hombre, y esta mujer será una aparicion que debe preceder al fatalismo de mi existencia. La estrella de mi fortuna mengua; cómo disipar este horrible conjuro?

—Señora, dijo dirijiéndose á la jóven, qué pensais del porvenir?

Guadalupe fijó su mirada en el semblante estraviado de su amante, sorprendida del tono con que le dirigia la palabra y aquella estraña pregunta.

—Yo no sé nada del porvenir, amigo mio.

—No sabes algo del emperador?

—Sí, capitan; las cartas de mi hermano están llenas de esperanza: en los dias mas aciagos de la derrota, juran los republicanos delante de los cadáveres de sus compañeros, que tomarán una sangrienta venganza.

—Y la ciudad qué dice?

—Que espera la retirada de los franceses para levantarse terrible, sacudiendo su cabellera que está empolvada á los pies del emperador.

—Sí, llegará esa hora, y se alzarán patíbulos como en Francia; pero óyeme, jóven, la familia de los Hapsburgos no ha dado un cobarde; Maximiliano estará sobre el cadalso con menos emocion que el 10 de Abril en su palacio de Miramar al recibir la corona de México.

—Capitan, aun es jóven segun dicen, y no se dejará arrancar impunemente el cetro.

—Lo estrellará en la frente de la muerte, el trono se hundirá con él en la tumba.

—Yo tiemblo, sin saber por qué, capitan.

—Tú no sabes, continuó sin atender á las palabras de la jóven, que al oir las salvas de Trieste, el emperador dijo: "Esa marina hace los saludos de mi pompa fúnebre; asisto, como Cárlos V, á mis funerales." Durante esa larga travesía del Atlántico, y en las noches de tormenta, cuando el mar azotaba furibundo los costados de la "Novara," el emperador subia á cubierta y hablaba con las olas embravecidas; le parecia á la luz de los relámpagos percibir sobre las espumas, la imágen de una mujer: era la *Dama Blanca, Ixtlalxihuac*, como se dice en tu país, como la *Vírgen de los últimos amores* entre los Natchez. La *Vision* se escondia entre las tinieblas del mar durante el dia, para reaparecer en las sombras del crepúsculo, llevando en su frente la estrella de la tarde.... era hermosa como tú, y su mirada lánguida como la que se desprende de tus pupilas: estaba vestida de blanco con las gasas de las nubes, y se detenia bajo el arco-íris á contemplar á la "Novara" para seguirla en su espumosa estela, reguero fosfórico sobre el espejo de las aguas!.... Esa imágen no lo abandonó en todo el océano. Al tocar las playas de Veracruz, la aparicion se deshizo en el horizonte!.... Se dice que la *Mujer Blanca* ha tornado á la mansion imperial de México y que el emperador habla con ella.

Guadalupe, por un instinto de miedo supersticioso, asió fuertemente la mano de su amante.

—Es ella! murmuró el austriaco creyéndose víctima de un sueño.

IX.

En estos momentos desembocó un ginete á todo escape por la calle donde el capitan estaba hablando con Guadalupe.

La carrera fué tan rápida que no dió tiempo al caballero para quitarse de la reja.

Acercóse el ginete á la verja y arrojando un papel á la jóven, le dijo: "la fatalidad nos persigue, adios!" y se alejó á todo escape. Poco despues sonó un tiro de mosquete á la salida de la ciudad.

—Es un guerrillero, dijo asustada Guadalupe, ese tiro es un saludo á la guardia imperialista. Capitan, estoy temblando, algo encierra este papel, horrible para nosotros.

Desdobló el pliego y ensayó á leer al rayo de la luna que era brillantísimo.

Mientras que la jóven se enteraba del contenido del papel, el capitan reflexionaba que su vida estaba en peligro con la audacia de los republicanos.

—Si ha querido, decia, dispara sobre mí su mosquete, y....

—Dios mio! Dios mio! gritó la jóven cayendo desmayada.

El capitan pasó la mano por los hierros de la verja, corrió el cerrojo y penetró en el jardin.

Levantó á su amada que yacia sin sentido, roció su rostro con las flores que estaban húmedas con la lluvia de la tarde, y Guadalupe despertó al fin; pero derramando un torrente de lágrimas.

—Mira, capitan, le dijo á su amante.

El austriaco tomó el papel, y leyó: "Nicolas Romero ha sido derrotado completamente y hecho prisionero despues de la accion. El comandante Pablo Martinez, herido de un brazo, está en poder de los franceses. Mañana serán pasados por las armas."

El austriaco se volvió hácia Guadalupe sin comprender lo que pasaba.

—Capitan, dijo suplicante la jóven, Pablo Martinez es mi hermano.

El capitan movió con impaciencia la cabeza.

—Está bien, dijo á Guadalupe, yo te respondo de su vida, veré esta noche al emperador.

—Una súplica, capitan, no digas que yo me he empeñado; porque mi hermano no aceptaria la libertad á ese precio, me creeria deshonrada.

—No temas, hermosa criatura, no temas, tu nombre no sonará en otros lábios que los mios; enjuga tu llanto, la vida de Pablo está salvada; el imperio si se hundiera valdria menos que una sola de tus lágrimas; llega á mi corazon, yo te amo con frenesí!

—Así te quiero, capitan, hace un momento estabas sombrío, delirabas, y yo te oía llena de compasion, porque sé cuanto padeces.

—Oh! sí, dijo el austriaco, mis padecimientos son horribles, intensos... todo lo perderé menos á tí, ¿no es verdad?

—Soy tuya hasta la muerte!

—Yo quiero mas aún todavía; si el destino me arrebata la existencia, júrame que velarás sobre mi cadáver la noche de mi muerte.

—No, no hables así capitan, me estás haciendo pedazos el corazon.

—Júramelo, Guadalupe.

—Sí, lo juro por la salvacion de mi alma!

El austriaco depositó un beso helado en la frente de su amada y saliendo del jardin se dirijió al palacio de Maximiliano.

Al atravesar la calle volvió á sonar la cancion:

"Massimiliano,
Non te fidare,
Torna al Castello
Di Miramare,
....
....
Sotto la clamide
Trova la corda."

X.

—V. M. oye á ese importuno? dijo el compañero que habia hecho la centinela.

—Drik, es necesario que partas violentamente á cumplir una mision reservada, disponte esta misma noche.

—Estoy á las órdenes de V. M.

—Escribamos, dijo entrando en su cámara, un parte telegráfico á C. Loysel.

Drik se púso á la mesa.

—"Remitireis á la capital á los prisioneros de Apatzingan..... con todas las consideraciones pósibles."

—Señor, V. M. tiene aquí un parte telegráfico.

—Dále lectura.

—"El coronel Potier, con un batallon del 81 de línea y un destacamento mexicano, sorprendió en Apatzingan....

Detúvose lleno de asombro el secretário.

—V. M. ya lo sabia? se atrevió á preguntar al emperador.

—Adelante.

—"Sorprendió en Apatzingan á las bandas de Romero y Martinez y otros gefes de guerrilla.

Despues de un brillante combate, el enemigo fué completamente derrotado.

Doscientos hombres fueron muertos, ciento sesenta prisioneros; Romero y Martinez quedan en poder del coronel Potier.

Por nuestra parte solo hemos tenido algunos heridos y dos hombres muertos.—*C. Loysel.*"

—Toma, dijo el emperador, aquí están mis instrucciones, parte ahora mismo.

—Serán cumplidas las órdenes de V. M.; y saludando á Maximiliano salió para tomar un caballo y partir violentamente.

—Diablo! dijo al salir: la *Mujer Blanca* le ha avisado de la derrota.... estos amores son de mal agüero.

XI.

El emperador tomó otro parte telegráfico y leyó con ansiedad:

"Oajaca, Febrero 9.

"Oajaca ha capitulado esta noche: Porfirio Diaz y la guarnicion se rinden á discrecion. Todo el armamento queda en nuestro poder.

"Tengo el honor de ofrecer mis felicitaciones á V. M.—*Bazaine.*"

Maximiliano arrojó el parte sobre el bufete.

—Ella lo ha dicho, á la desaparicion de ese ejército la nacion se alzará como un gigante.

Despues, tomando una bujía se dirijió á su aposento, metióse en el lecho y al cabo de algunas horas de inquietud en que pronunciaba el nombre de su hermano, de Carlota y de su amada, se quedó profundamente dormido, no sin pensar en el fatalismo de la cancion italiana nacida en las orillas del Adriático.

XII.

Luego que el capitan hubo desaparecido, Guadalupe se arrodilló en el jardin y llorando dirigió á Dios una plegaria, que subió en alas de los ángeles hasta trasponer esa bóveda de diamantes, primer destello del Génesis en el dia de la creacion.

CAPITULO DECIMOTERCERO.

EL DESIERTO.

I.

Envuelto en las tempestades de la derrota, pero con la fé ciega en el porvenir y en el triunfo de las armas de la República, atravesaba Juarez las llanuras del desierto, como *Moises*, llevando consigo las esperanzas y la libertad de un pueblo.

Aquella pequeña caravana cubierta con el polvo de los huracanes, azotada por las ráfagas del norte, acosada por el sol del desierto, no levantaria en la catástrofe política el *becerro de oro* de la intervencion para adorarlo.

Aquel grupo de hombres llevaba el sentimiento del patriotismo, llevaba la fé de la revolucion, llevaba la República!

Las simpatías de la nacion se fijaban en ese punto del horizonte que caminaba como una sombra entre las tormentas australes hasta detenerse en los confines del horizonte de la patria.

La humanidad y la historia seguian esas huellas, como la estela de la libertad en los mares inquietos de la revolucion.

Juarez, rodeado de los hijos de la República, que le habian seguido á as apartadas regiones del Norte, como los guardianes de la arca de oro

en que estaban depositadas las *Tablas de la Independencia*, es mas grande que Napoleon I atravesando el desierto de las Pirámides para subyugar á un pueblo!....

—¡Que doloroso contraste al detenerse aquella caravana nómade en el límite de la República, desde donde comienza la patria de Jackson y de Lincoln!

De un lado de aquella línea imperceptible, una nacion grande, poderosa, que lanza mil barcos en todos los mares, que ostenta su armadura de hierro ante el mundo civilizado, que posse una bandera intacta con las estrellas mas deslumbrantes del nuevo continente, que apoya su cabeza en el Capitolio, estiende sus brazos hasta las regiones polares, y se duerme al rumor de la Catarata del Niágara!

Del lado opuesto el territorio mexicano!....

Ay! nuestro pecho se oprime dolorosamente, y nuestras lágrimas, contenidas por tantos años de infortunios, se agolpan á nuestras pupilas!....

México, esa patria tan querida, donde palpita aún la caliente sangre de nuestros padres y nuestros hermanos, sobre las tumbas abiertas por la revolucion!

Esa vasta estension, ceñida por las aguas del Atlántico y el Pacífico, encierra el mundo de recuerdos que forman la historia de nuestras desventuras y nuestras glorias.

Cada montaña es un monumento donde se escribe el nombre de una batalla.

Cada campo el sitio de una hecatombe.

Cada bosque la historia de un combate ó de una derrota!....

Donde veais un pueblo incendiado, una ciudad abandonada, un campo cubierto de cruces, y unos niños llenos de harapos, que huyen al percibir la nube de polvo que levanta vuestro caballo, deteneos un instante y descubrid con respeto vuestra frente; estais en presencia del heroismo y delante de los mártires de la independencia!....

Aquellas ruinas hacinadas, aquellas cenizas que arrebata el soplo de los huracanes, guardan una página sombría para la humanidad y un timbre de gloria para la patria!....

En medio de esta desolacion, oid entre el grupo de las montañas y en todas direcciones el eco de los mosquetes y los gritos de la pelea ....

Mas allá!.... todavía mas allá!.... donde el desierto parte sus soledades con el suelo de Washington, á un hombre fatigado por los tormentos de la peregrinacion, con el alma henchida de amargura, la frente som-

bríamente serena, apoyando sus brazos en los hombros de los mas fieles de sus compañeros, esos espíritus tranquilos que han alumbrado con la antorcha de su inteligencia la marcha de la revolucion, como los génios de la esperanza y del porvenir!....

Todos evocando con el aliento y el corazon á la República y á la libertad!

Ay! nosotros tambien las hemos llamado con la fé del alma desde los sombríos calabozos de Ulúa, desde la frágil barca que nos conducia por las ondas tormentosas del Golfo á las mortíferas playas de nuestro destierro!....

II.

El presidente Juarez habia establecido su residencia en Paso del Norte, y donde quiera que se alojase, solo su presencia hacia del edificio el Palacio Nacional.

Era la hora del despacho: el presidente estaba á su bufete acordando con el secretario particular.

Vestia todo de negro, y conservaba la misma serenidad y reposo que en los dias de su poder.

La desgracia no habia podido alterar aquel semblante siempre quieto en las vicisitudes de la política.

Nadie al verlo en aquella reserva digna é imponente, hubiera creido que aquel miserable suelo era el giron postrero de sus dominios.

Desde el último palmo del territorio nacional, sentenciaba á muerte al imperio y esperaba la hora, que sonaria al fin en el reloj del destino, en que el pueblo renaciera de aquel sopor de muerte que le aletargaba.

Algo debió encontrar en su correspondencia de los Estados-Unidos, que hizo inmutar aquel semblante donde nunca ha surcado un relámpago de indignacion, ni se ha dilatado con una sonrisa de ironía á las decepciones que han marchitado sus esperanzas de hombre público.

Llevó las manos á su frente como quien desea apartar las sombras de una pesadilla.

—Haga usted llamar al ministro de relaciones, dijo al secretario.

Este salió inmediatamente.

A los diez minutos penetró en el despacho el ministro, ese hombre inflexible, enérgico, todo inteligencia, todo luz, todo elocuencia, el hombre de Estado de nnestro país, intransigente en la legitimidad constitucional, el Felipe II de la religion democrática.

—Malas noticias, señor ministro.

—Malas noticias, señor presidente. En México ha sido fusilado Nicolas Romero y sns oficiales, han asesinado á Rojas, han derrotado á Pueblita, la tropa francesa se ha unido con Mejía en Matamoros; incidentes sangrientos por toda la nacion. En medio de esta derrota ha habido solucion de continuidad; en Altata, Rosales ha derrotado á franceses y argelinos, haciendo mnltitud de prisioneros; el señor presidente sabe que Rosales es nno de los gefes mas valientes de la revolncion. En la capital son atropellados nnestros periodistas, hasta ser llevados en cuerpo de patrulla á un consejo de gnerra.

—Esto es horrible!

—Sí, pero las revolnciones se alimentan con sangre, yo espero la hora de la justicia. La toma de Richmond ha decidido la cuestion; libres los Estados-Unidos de la gnerra interior, ya se fijarán en la política extrangera: la correspondencia qne llevamos con el presidente Lincoln nos garantiza el porvenir.

—Lea usted, lea ese parte de nuestro ministro en Washington.

El ministro tomó con calma el pliego, y leyó para sí:

"Washington, 15 de Abril, á la 1 y 30 minntos de la mañana.

A las nueve y media de la noche, y hallándose el presidente en el palco de su propiedad, en el teatro de Ford, en el que tambien se encontraban la esposa de Mr. Lincoln, Mr. Harris y el Mayor Rathburn, un asesino entró de repente en el palco, y acercándose al presidente por la espalda, le disparó nn pistoletazo á qnemaropa.

El asesino saltó entonces al escenario, blandiendo un puñal ó cuchillo de gran tamaño: *sic semper tiranis!* gritó, y desapareció por el fondo del teatro. La bala entró por la parte posterior de la cabeza del presidente y atravesó todo el cerebro. La herida es mortal. El presidente ha estado insensible desde que fué herido y ahora está agonizando.

Casi á la misma hora, un asesino que no se sabe si es el mismo del presidente, penetró en casa de Mr. Seward, y so pretesto de que llevaba un remedio, hizo que le enseñasen la alcoba del enfermo.

El asesino se avalanzó rápidamente al lecho, y dió á Mr. Seward dos ó tres puñaladas en la garganta y dos en la cara.

El enfermo dió la voz de alarma, y Mr. Frederic Seward, que se hallaba en la habitacion inmediata, acudió precipitadamente en auxilio de su padre; pero no pudo lograrlo, porque el asesino se arrojó sobre él y le dió una ó mas puñaladas que probablemente resultarán mortales."

El segundo despacho decia:

"El presidente Abraham Lincoln, espiró esta mañana á las 7 y 22 minutos.—El vicepresidente Johnson toma hoy posesion del gobierno."

—Es una contrariedad, dijo el ministro de Juarez; y se puso á redactar con fria calma la carta de *pésame* y la de *felicitacion* al nuevo presidente de los Estados-Unidos.

III.

El general Edmundo Lee habia entregado su espada, cien veces vencedora, en manos del general Grant.

Desde ese momento la confederacion entraba en el panteon político de las revoluciones abortadas.

Esta guerra de titanes concluida en un momento dado, fué un golpe rudo á la Europa, que habia declarado beligerantes á los confederados.

La España vió perdidas las colonias de Ultramar, y la Inglaterra temió por sus posesiones en el Canadá.

Esa Europa agitadora de la guerra civil en América, se puso sus vestiduras de luto, y envió sus cartas de pésame al Capitolio, mas bien por la derrota de Richmond que por la muerte de Abraham Lincoln.

Johnson, el enemigo mortal de las dinastías, se sentaba en la Casa Blanca omnipotente, orgulloso delante de la primer marina del mundo y de dos millones de bayonetas!

IV.

En la antesala del ministerio de Paso del Norte, estaba un oficial que habia venido de estraordinario, trayendo la funesta noticia de la derrota y fusilamiento de Nicolas Romero.

Los empleados y oficiales formaron corrillo y comenzaron á dirigirle preguntas de curiosidad.

—Cómo estuvo la derrota, compañero? preguntó un capitan ayudante del presidente.

—Amigo, hace mucho tiempo que la desgracia nos persigue; hemos atacado cien veces á Morelia y las poblaciones todas de Michoacán, y otras tantas nos han arrojado á la sierra; pero nunca nos ha pasado lo que hoy. Figúrense ustedes que despues de la derrota, caminamos treinta leguas sin parar; nuestros caballos se rendian á la fatiga, y nosotros no estábamos ménos cansados. En un pueblito cerca de Apatzingan nos detuvimos á tomar resuello, creyéndonos muy lejos del enemigo. A las cuatro horas los cazadores de Africa nos dieron alcance, sorprendiéndonos por completo. Nicolas Romero no tuvo tiempo para defenderse ni buscar su caballo. En medio del desórden en que todos caimos prisioneros, Nicolas se subió á un árbol de la plaza, donde pasó algun tiempo hasta ser descubierto por un maldito frances, soldado del 81.

—¡Pobre Nicolas!

—Romero era un hombre de corazon, no se acobardó en presencia de su desgracia; por el contrario, estaba alegre, y eso que sabia la suerte que le esperaba.

—Y usted cómo escapó de los franceses?

—Es un caso muy original.

—Alguna chica probablemente....

—No, nada de eso. Estábamos en el mismo calabozo y engrillados, el comandante Martinez y yo. Al otro dia de la derrota, llegó violentamente por la posta y á mata caballo, un oficial de la guardia imperial, y entregó un despacho al gefe frances, que lo llevó á nuestra prision.

—El comandante Pablo Martinez? preguntó el austriaco.

—Presente.

—De órden de S. M. está usted libre; se le devolverán á usted sus caballos y armas y se le dará un pasaporte para donde le parezca.

—Yo no salgo de aquí, dijo Martinez, sin mi compañero el capitan Quiñones.

—No rezan con él las órdenes.

—Pues yo no pondré un pié en la calle sin mi compañero de armas.

El oficial habló por lo bajo con el comandante frances, y despues de un momento, dijo:

—Concedido, salgan ustedes violentamente antes que llegue el fiscal de la Corte Marcial.

—Salimos Martinez y yo de la prision, tomamos nuestros caballos, y provistos de pasaportes, nos dirigimos al centro de nuestras operaciones.

—¿Que le parece á usted, comandante, de nuestra aventura? pregunté á Martinez.

—Que aquí hay gato encerrado, esta gente no es generosa sino cuando le conviene; vea usted que es mucho, haber conseguido la libertad de usted, solo con iniciarlo, ¡demonio! esto me tiene triste, no quisiera que haya algo por lo que estos austriacos me consideren.

Llegué á la montaña, y allí me encontré al coronel Fernandez que me envió con pliegos para el señor presidente.

—Y cómo ha atravesado usted el desierto?

—Es cosa muy séria: la casualidad hizo que me encontrase con el estraordinario de los franceses, que venia con la escolta de Cazadores, les dije que iba á Chihuahua por unas pieles y he venido en su compañía; parece que traen pliegos para la retirada de la guarnicion.

V.

—El señor ministro llama al capitan Quiñones.

—Con permiso de ustedes.

—Tomaremos la sopa juntos.

—Con mucho gusto, acepto desde luego, ya tengo gana de comer algo caliente.

Quiñones entró en el despacho del ministro.

—La correspondencia está aquí, dijo el ministro, importa que la lleve usted inmediatamente á Michoacan; importa que Régules y Riva Palacio den cumplimiento á estas órdenes.

—Está bien, señor.

—Tenga usted este otro pliego, es el despacho de comandante para usted, y el de teniente coronel para Martinez.

—Mil gracias, respondió Quiñones lleno de gozo.

—Pase V. á la comisaría, donde se le ministrarán dos pagas de marcha; diga usted á todos los compañeros que no dejen de trabajar por la independencia, que el señor presidente no olvida los servicios de los buenos hijos de México, y que los sabrá recompensar dignamente.

VI.

Quiñones salió á reunirse con sus compañeros.

Todos se dirigieron á la fonda, donde comenzó una conversacion tendida sobre las aventuras de la campaña.

—Fué un lance graciosísimo, decia Quiñones, estaba yo apasionado como un bruto de la muchacha, la seguia por todas partes, por las noches bajaba yo al pueblo, merced á un disfraz; le hablaba con entusiasmo y ya estábamos de parar y correr, cuando se me ocurrió robármela.

—No deja de ser ocurrencia!

—Le escribí el plan de campaña, que estaba perfectamente dispuesto y meditado Llegó el momento de ponerlo en práctica y marché con otros amigos y un caballo de vacio para la muchacha. Estoy en acecho toda la noche, suena la hora convenida, la puerta se abre y sale mi bellísima novia. Sin decirla una sola palabra la pongo sobre el caballo, y á todo escape huyo con mi presa mas ligero que un venado.... Al amanecer, ¡cuerno del diablo!.... al amanecer.... pero no, esto merece una copa.

Llenáronse los vasos de licor y saludaron el desenlace del cuento entre gritos y palmoteos.

—Decia que amaneció, ¡y ojalá que nunca hubiera amanecido! Acércome á la chica, levanto la ala del sombrero, y.... otra copa, camaradas!

Todos bebieron.

—Levanto la ala del sombrero y me encuentro con una horrorosa vieja pinta, cuya fisonomía ágria y desesperada me hizo dar un grito que alarmo á mis compañeros. ¿Qué hace usted, bruja infame, sobre mi caballo?

—Venia á avisar á usted que el señor sorprendió la carta y todo se lo ha llevado la trampa.

—Y no podia usted haber hablado ántes?

—Si usted no me dejó, señor capitan; me tomó por la cintura, y yo me dejé, porque ya estoy acostumbrada á estos asuntos.

—Bájese usted inmediatamente y lárguese con todos los diablos! y plantándola en el arroyo me alejé entre la rechifla de mis amigos de aventura.

Un aplauso estrepitoso saludó el desenlace del cuento.

—Y no ha encontrado usted por casualidad á mi coronel Lozada?

—Entre la escolta de los franceses, y disfrazado completamente, veia el coronel; una de sus carcajadas me lo denunció. El maldito iba de regreso á Durango despues de una aventura sumamente trágica.

—Lo habian derrotado?

—Era peor lo que le habia sucedido.

—Estaba herido seguramente.

—Mas aûn.

—Estaba muerto?

—Casi, el infeliz coronel se habia casado.

—*Hombre al agua*, dijo un capitan.

—Requiescat, contestó Quiñones.

—Y hablando de otra cosa mas séria, díganos usted, capitan, que tal se portó Romero en los últimos instantes?

—Dicen que como un héroe: despues de haber sostenido ante el consejo de guerra, que no era un bandido aunque así lo considerase la ley del imperio, y que sus armas solo se empleaban en servicio de la independencia, oyó el fallo del tribunal impasible y sereno. Al dia siguiente lo sacaron á la Plazuela de Mixcalco. Puesto en el lugar de la ejecucion, arengó al pueblo y dando tres vivas á la libertad cayó atravesado por las balas. El sargento frances le puso el mosquete en la cabeza y disparó el tiro de *gracia*. Todos los compañeros murieron con igual serenidad.

—Ya les haremos nosotros otras *gracias* que les han de caer sumamente pesadas ¡rayo! el primer frances que caiga en mis manos se lo ofrezco al difunto Nicolas Romero.

—Era bueno empezar por el dueño del café, dijo otro jóven oficial; lo ahorcaremos en la cantina y beberemos su vino por el descanso de su alma.

El frances cantinero se escurrió para la trastienda, temiendo sériamente por su existencia.

VII.

En esos momentos los tambores y cornetas tocaron diana en la puerta de la fonda, porque se habia esparcido la noticia del ascenso de Quiñones.

—¡Viva México, compañeros!

—¡Viva mil veces, comandante! gritaron entusiastas todos los amigos.

La cantina se trasplantó á la mesa y la mas espantosa tormenta de bríndis, aplausos, carcajadas, maldiciones y gritos se alzó en la fonda, donde acudieron en tumulto los camaradas.

No hay nunca tristeza en el campo de la revolucion, sino en aquellos dias en que ha desaparecido para siempre algun compañero.

Hambrientos, llenos de harapos, perseguidos, pero siempre llenos de esperanza, sin vacilar en los momentos de crísis y de infortunio.

En las horas de desgracia todo es abnegacion, las aspiraciones desaparecen, la amistad se estrecha y la ambicion se reserva para la época del triunfo; entonces se está en el terreno de los méritos.

Así vemos sufrir con resignacion aun á personas que han vivido en el lujo y las comodidades; hay cierto amor propio en sufrir, porque la corona del patriotismo no se teje en las ciudades ni en los magníficos salones de los palacios.

VIII.

Quiñones se despidió de sus amigos y salió á emprender esa larga correría erizada de peligros y dificultades.

Llegó á Chihuahua, atravesó el camino de Durango y se internó en el desierto que vá á esconder sus límites á la vista de Zacatecas.

La sierra de Durango que conduce una cadena de montañas hasta las orillas del Pacífico, es magnífica, es uno de aquellos espectáculos que asombran al alma, aterrorizan el espíritu y paralizan el corazon!

El desierto de América no es como el de la Arabia.

Allí las llanuras forman olas de arena sobre un terreno cascajoso; en el nuestro, esas llanuras están cubiertas de yerba que se alza á un metro de altura, la yerba es amarillenta y fibrosa como la de los cementerios abandonados y tapiza la extension que se pierde en el horizonte.

¡El cielo y el desierto!....

¡El Hacedor delante de la *tierra* en el primer dia de la creacion!

Por aquellas soledades donde no se ha oido nunca el rugido de una fiera ni el canto de un pájaro, atraviesan los huracanes como una nube imperceptible; nada repite sus truenos formidables, allí la tempestad es un punto negro sobre el horizonte, el hombre una miserable oruga que cruza ignorada por los matorrales.

El sol atraviesa orgulloso sacudiendo su melena de fuego sobre el vasto campo del desierto, peregrino gigante en aquellas soledades!

El íris que abraza el horizonte es un celage perdido en aquella extension abandonada!....

IX.

Hay séres que fuera del dintel de la civilizacion se han apoderado de aquellos magestuosos lugares y los recorren sin cesar, se albergan en ellos y los convierten en un vasto campo de muerte donde blanquean los restos humanos junto á la señal redentora, cifra que dice al peregrino: "aquí se ha vertido impíamente la sangre de un hermano."

Esos séres á quienes no ha alumbrado la fé del cristianismo, se han tornado en enemigos del hombre, formando una bacanal del asesinato, una nefanda orgía con la sangre humana!....

Para escarnio de la obra del Criador, conservan la forma del hombre y luce en su cerebro el rayo de una inteligencia siniestra y estraviada.

¡Los bárbaros!

Raza nómade y errante, dueña del desierto, ha ganado á las fieras en crueldad: ha hecho mas aún, las ha dominado hasta el terror.

Los animales al husmear á largas distancias al *salvaje*, se anonadan, tiemblan y se detienen ante aquella influencia de maldicion.

Como despojos de sus batallas llevan en su cuerpo la piel de la fieras con quienes han combatido.

El *salvaje* toma un gran desarrollo físico, su pecho y espalda son anchos y membrudos, sus brazos y piernas son nervios de acero, la cabeza siempre erguida, los ojos centellantes que se fijan en el sol como los de las águilas sin deslumbrarse; la frente cubierta con una selva de cabellos, que al derramarse por sus hombros, llegan hasta la cintura; sus dientes afilados como los de la serpiente; pies y manos encallecidos; su cútis es impermeable.

Un salvaje atraviesa entre las espinas sin herirse, lleva la cara pintada de colorado y arracadas y argollas en sus orejas.

De las plumas de las aves que caza en los bosques, hace su túnica y penacho, adornando, ademas, sus jaras y carcaj.

A este aspecto imponente se agrega un torrente de voz, cuyos *alaridos* se oyen á grandes distancias.

El hedor que arroja de todo su cuerpo se percibe inmediatamente.

El salvaje tiene una sola idea: la extincion de la raza blanca: la extincion del hombre civiliza o.

Así lo vemos atacar las caravanas y no perdonar en su rabia ni á los niños.

Cuando el salvaje encuentra un enemigo valiente, suele conservarlo, y lo lleva prisionero á sus aduares, le consigna tres ó cuatro de sus mujeres, y en cuanto ha engendrado *raza de valientes* le asesina con la misma sangre fr a que si se tratase de un lobo ó de un berrendo.

Nosotros no creemos en las razas, la civilizacion es la que hace al hombre, la que forma al individuo y determina su modo de ser en la sociedad.

En los bárbaros tenemos un hecho en contra.

Cae prisionero un muchacho de cuatro años ó menos, se le educa, se le civiliza, y despues de muchos años, aquel niño hecho hombre, se escapa, toma el camino del desierto y vuelve á sus aduares.

El *bárbaro* es temerariamente valeroso, se hace matar antes que entregarse á merced de su enemigo; no tiembla ante la muerte, marcha al cadalso con una mezcla de indiferentismo idiota.

Muchas veces se suicida en la prision.

Corren muchas versiones exajeradas sobre su organizacion, se sabe que hay capitancillos y gefes de tribu.

Parece que cada una de ellas tiene sus usos y costumbres, todas bajo las bases del robo y del asesinato.

El salvaje participa, como las fieras, del sentimiento del amor.

Cuando se decide por una mujer, cuelga sus armas á la puerta de la tienda de su querida; si ésta las recoje, es negocio arreglado: si el *bárbaro* las encuentra en el mismo sitio, entonces sabe que no es admitido y huye á la parte mas lejana del desierto abandonando sus aduares.

Hay razas que desaparecerán antes que civilizarse.

X.

Quiñones atravesaba el desierto con una escolta de ocho hombres bien armados; faltábanle cuatro dias para llegar á Zacatecas.

Hizo jornada en el *Sauz*, que es una de tantas haciendas fabricadas en tiempo de los jesuitas; ya está derruida, pero conserva su forma primitiva.

La hacienda del *Sauz* está circunvalada por una fortificacion para defenderse de los ataques de los *apaches y comanches*.

Con tal objeto se han levantado esas murallas; pero en realidad no hay quien las cuide.

Sus dueños han visto desaparecer á todos sus jornaleros asesinados por los bárbaros, los campos talados y las chozas incendiadas.

¡La propiedad en el desierto!

Quiñones y su escolta se alojaron en una casuca no lejos de la hacienda.

Cuando ya estaban descansando se llegó uno de los cuidadores de la finca:

—Señores, les dijo, ustedes saben lo que hacen, pero si duermen fuera de la muralla se esponen á ser sorprendidos por los apaches.

Inmediatamente levantaron su campo y se entraron en la hacienda.

Encendieron sus lumbradas y comenzaron á conversar con aquellos infelices, condenados á ser tarde ó temprano muertos por la jara de los salvajes.

—¿Por qué están esas cruces con coronas de flores? preguntó Quiñones refiriéndose á cinco cruces puestas á la entrada de la finca.

—Hace ocho dias que hubo casamiento en la hacienda; y qué guapos que eran los novios, daba gusto verles! la muchacha era del Espíritu Santo y el muchacho del Sauz. Era una pareja lindísima ¡qué novia, señores! alta como un cedro y fresca como la aurora: del novio nada digo, figúrense ustedes que era mi sobrino; no es por elogiarlo, *pero escupia en rueda de hombres*. Ajustamos el casamiento con mil trabajos, porque no habia un cura que quisiera venir, pero yo arreglé todo; cierto que no salió de lo mejor: cuando Dios dispone las cosas no hay mas que resignarse. Llegó el dia de la boda, todo era contento y satisfaccion, bebimos hasta atarantarnos. Cerró la noche y descuidamos la puerta de la hacienda, y cuando menos lo esperábamos, cate usted que los indios se arrojaron sobre nosotros. En cuanto se lo cuento, mataron á los novios y al padre cura. Yo acudí con mis armas, doblé á dos; pero ellos me mataron á Victoriano y José María, que eran valientes como demonios. Todos los convidados se pusieron en guardia y logramos echarlos fuera de trincheras, no obstante se llevaron la mulada y nos dejaron desesperados viendo el fin tan triste de los novios. Algunos aseguran que todo aconteció por ser dia *mártes*. Al otro dia sepultamos los cadáveres y se les pusieron á las cruces esas coronas que ya ha deshojado el viento del norte.

Esta relacion contada sencillamente, manifestaba lo avezados que estaban á presenciar esos dramas horribles.

Quiñones se impresionó profundamente, lo mismo que los soldados de la escolta.

—Duerman ustedes, que tienen que madrugar: señores, buenas noches.

—Buenas noches.

XI.

Al amanecer del dia siguiente emprendió Quiñones su camino, rumbo á Zacatecas.

La comitiva estaba triste y silenciosa, habian encontrado en el camino algunas osamentas de hombres y restos de hogueras no ha mucho tiempo apagadas. Esto tenia sobresaltados á los viajeros.

Cada vez que el aire movia alguna mata, les parecia ver salir á los *comanches.*

Caminaron hasta el medio dia sin novedad alguna.

Despues de sestear un rato, tomaron de nuevo el derrotero con la esperanza de no ser sorprendidos al menos ese dia.

Al llegar á una pequeña loma donde la yerba era mas tupida y espesa, los caballos empezaron á temblar horriblemente, respiraban con dificultad y relinchaban de terror.

Quiñones estaba demudado.

—Señor, dijo un soldado de la escolta, los caballos husmean á los indios.

Un alarido, como el silbo de la ceraste, se dejó oir cerca de la caravana.

A este alarido siguieron otros muchos.

Hombres y animales estaban amilanados.

Dos apaches se pusieron delante de la escolta á una distancia regular, comenzando un baile grotesco, para deslumbrarla con el cardillo que producian multitud de espejitos que tenian en todo el vestido.

—En batalla! gritó Quiñones.

Los dragones obedecieron preparando sus carabinas y en espera de ser atacados.

Dos jaras silbaron á retaguardia de la escolta y derribaron dos ginetes que cayeron agonizantes.

—Estamos perdidos! esclamó Quiñones; y quiso emprender la fuga, pero su caballo no obedecia á los acicates.

Acercáronse los salvajes sin disparar sus arcos, recibieron la descarga del revolver del comandante, esquivándose diestramente, y apresaron á Quiñones y sus soldados sin que pudieran evitarlo los disparos de sus armas.

XII.

En el momento asesinaron á los dragones.

Dieron de puñaladas á los caballos y apagaron su sed en la caliente sangre de aquellos nobles animales.

Aquello era una escena de caníbales!

Quiñones perdió toda esperanza; sus ojos se humedecieron.

El pobre soldado querria haber muerto en el campo de batalla.

Le ataron los brazos á la espalda, lo arrodillaron, y uno de aquellos salvajes sacó una navaja perfectamente afilada y con una habilidad sorprendente, la pasó en derredor de la cabeza de Quiñones y le arrancó la *cabellera*, que rechinó horriblemente al desprenderse, dejándole el casco desnudo y ensangrentado.

Quiñones cayó con la violencia del rayo y comenzó una agonía trabajosa.

Los apaches daban alaridos de gozo salvaje, y con un lujo de destreza flecharon el corazon del valiente guerrillero.

Despues se perdieron en las regiones del desierto con los despojos de su victoria!

XIII.

Cuando el general Patoni hizo la travesía del desierto, donde quedaron muertas de hambre y de sed las dos terceras partes de sus soldados, encontró sobre una osamenta las comunicaciones del ministro de Gobernacion, y por el pasaporte supieron que aquellos restos pertenecian al valiente comandante Julian Quiñones.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

LAS CONDECORACIONES.

I.

El matrimonio del mariscal Bazaine hablia llamado justamente la atencion de la corte, y todas las jóvenes se creyeron que pronto los personajes las irian eligiendo para esposas, y entrarlan en el gran mundo.

La corte de Maximiliano I contaba con algunos príncipes, condes y barones, todos en espera de alguna muchacha rica, de todo punto necesaria para saldar sus deudas y contraer otras nuevas.

Las familias que figuraban en primer término no se iban de bruces, y si aceptaban la comedia imperial, no se manifestaban muy dispuestas á entrar en estrechas relaciones con los extranjeros.

Regularmente las dignidades de la córte traian gastos capaces de arruinar la mejor fortuna; pero el orgullo humano sacrifica hasta el bienestar privado por un momento de ostentacion y de brillo.

Todos los adictos al imperio ambicionaban una cruz de Guadalupe, ó alguna distincion, aun cuando fuese la medalla de cobre del mérito civil.

Habia algunos padres que hubieran dado una oreja porque sus hijas entrasen al servicio de la emperatriz.

Llovian las recomendaciones, se escribian versos ensalzando á los emperadores, se hacian funciones de obsequio, se fingian encuentros y victorias, todo por alcanzar una condecoracion, una cinta, algo que llevar al ojal de la casaca.

El gobierno por su parte derramaba profusamente las condecoraciones, dando siempre la preferencia á los soldados extrangeros, y cuidando de enviarla á algun soldado raso mexicano, ó á un infeliz de nuestros artesanos. Esta falta de reserva alentaba á muchos para aspirar á la nobleza.

II.

Nuestros lectores no habrán olvidado á los Fajardos ahora que se habla de este negocio.

El diplomático no abandonaba las antesalas, y siempre sacaba billete de audiencia, solo con el objeto de hacer presentes sus respetos al emperador, hasta llegarse á hacer notable por esta monomanía.

La señora Fajardo se visitaba con algunas damas de honor, y procuraba intrigar para ser nombrada, alegando que habia en la servidumbre personas de una edad muy avanzada.

Las señoras le ofrecian interponer su influencia; pero nunca hablaban á la emperatriz de ello, y permanecia en silencio la existencia de doña Canuta Fajardo.

La elegancia esquisita de la hija del diplomático, y la no menos deslumbrante de la bellísima Clara, estaban en voga en tertulias y paseos.

Se habian hecho dos muchachas de moda, y se las invitaba á todas las diversiones, y en ellas no encontraba rival su lujo y su hermosura.

Esto hizo que el nombre de las jóvenes llegase á la cámara imperial y se despertase la idea de una adquisicion tan interesante para la corte.

La emperatriz nombró damas de honor á las dos amigas.

El nombramiento apareció en el *Diario del Imperio* cuando menos se esperaba.

III.

Clara se hallaba de visita en la casa de los Fajardos.

El diplomático se paseaba á lo largo del salon, metido en una bata como un mandarin chino, y adornado con un gorro egipcio.

—No es posible, decia, esto es inconcebible, absurdo; cuando la revolucion estaba espirante, cate usted que Arteaga, Régules y Riva Palacio atacan Uruapan con 5.000 hombres! qué horror!, Estos demagogos están dejados de la mano de Dios, en eso no hay duda.

Clara y Luz permanecian en silencio.

—Tenemos ya en campaña otro *heroecito*, un tal coronel Eduardo Fernandez, á quien Juarez acaba de darle la banda *verde*.

Luz no pudo reprimir un movimiento de alegría.

—Y eso es verdad, papá?

—Cualquiera diria que te alegras; pero ya! no recordaba que ese hombre se permitió.... vamos, agregó entre dientes, si soy lo mas bruto del mundo. Sí, señor, añadió en voz alta, ese miserable ha ordenado el fusilamiento de Lemus y de otros gefes de importancia, es un asesino! un criminal!.... Esa horda de salvajes se ha dirijido á Tarétan, allí se ha entregado al pillaje y al desórden. Ya irán las tropas francesas á darles su merecido. Si esos hombres entraran en la capital, ¡Dios nos asista! no, es necesario esterminarlos; buena guerra nos da la demagogia.

Este general L'Heriller ha de haber aprehendido á Juarez; hombre mas terco no lo he visto, se ha empeñado en que hay república y presidente, y nadie le hará variar de ideas.

—Nada se dice de los yankees, señor Fajardo? preguntó Clara.

—Sí: que conservarán estricta neutralidad en la cuestion: que no inquietarán al imperio. Ya lo creo! como que tiemblan delante de los franceses; Napoleon les infunde un terror pánico. Estoy seguro que con una patrulla de zuavos se llega al Capitolio de esa republiqueta.

—No me parece la empresa muy sencilla.

—Si todos son *cívicos*, guardias nacionales y generales de *bola*. Los yankees son unos escandalosos, siempre en clubs, en meetings, que en castellano quiere decir motines. República! democracia! libertad! todas frases pomposas llenas de viento, frases que no quieren decir nada y que solo sirven para alzar á la canalla y volverla insolente.

Un criado entró con el *Diario del Imperio*.

—Dame acá ese periódico, dijo don Modesto, y se puso á leer.

—General! dijo Luz al oido de su amiga, ya Eduardo es general!

—Te felicito de corazon, no tanto por el ascenso, cuanto porque se halla bueno y es valiente.

—Clara, tengo gana de llorar, de reir, estoy loca de contento.

—Tienes razon, ahora mismo escríbele, mandaremos un correo, ya sabemos donde se encuentra y sabrá al menos de tí.

—Yo no conozco á nadie.

—Yo sí: ha venido un hombre de la hacienda, que está por eso rumbo y sale tal vez esta misma noche; creo que le será fácil llegarse á Uruapan.

—Me parece muy bien, toda la tarde voy á escribir; ademas, tú me vas á ayudar á bordarle la banda.

—Eso corre de mi cuenta, en dos horas es negocio arreglado.

Y dió un apreton de manos á su amiga.

VI.

—Luz!.... Clara!.... Canuta!.... gritó el diplomático; á mí me va á dar algo.

—Dios mio! esclamó Luz, ¿qué te pasa, papá?

—Pronto, pronto, llama á tu madre; que venga, la necesito.

—Se ha enfermado usted, señor? preguntó Clara.

—No, no es eso, á usted tambien la necesito. Canuta! Canuta!

La señora de Fajardo entró corriendo con un frasquito de sales y un vaso de agua.

—Ya estás atacado de la apoplegía, me lo estaba yo temiendo, este exceso en la comida te ha de matar.

—Qué comida, ni qué niño muerto! Te llamo para un negocio de mucha importancia. SS. MM. se han acordado de nosotros.

—Que se han acordado SS. MM? Ya debian haberlo hecho desde antes, no que estamos á fines de 65 y....

—Calla, mujer! tú no sabes lo que te dices; ya la tenemos allí, es decir, ya las tenemos.

—Las qué?

—Buena pregunta. Lo debe saber la corte, la capital, el mundo entero, porque los periódicos recorren la Europa, y lo sabrá Napoleon III y el Gran Sultan!

—Habla, por Dios!

—Vamos, abraza á tu hija y á su querida Clara, á nuestra querida amiga.

—Bien, las abrazo; pero y qué?

—No conoces nada?

—Hombre, nada.

—Nada te avisa tu corazon?

—Ah!.... sí!

—Qué?

—Nada!

—Pues has abrazado á dos damas de honor de S. M. la emperatriz!

Clara levantó orgullosa la frente, Luz la inclinó con tristeza.

Doña Canuta perdió la respiracion por un instante; y abrió la boca como un tiburon dando caza.

—Y no está mi nombre? preguntó vuelta de su estupor.

—No; eso seria abusar del derecho de entrar en la servidumbre de Palacio. Dama! dama de honor! ¿quién nos diria cuándo nos casamos el año de veintiocho que nuestra última hija?.... vamos, hace uno las cosas sin pensar....

—Por supuesto que yo seré quien te entregue, me toca de derecho; en el ceremonial te acompañaré por todas partes.

—No, Canuta, mira el santoral de la corte: "dos caballos, dos damas, coche con dos asientos," ¿en qué lugar quieres colocarte?

—Pero al menos seré invitada.

—Ya viste el año pasado el chasco que he pasado; fuí á la Villa de Guadalupe y me dieron tarjeta de los convidados *que no comen.*

—Las cortes tienen sus usos que debemos respetar; en fin, la madre de una dama, ya es mucho.

—Lo creo, pero tú ves, que hay muchas madres que no hacen aprecio de nada y aun les parece mal.

—Tienen razon, dijo Luz, yo no sé ni quiero servir á nadie.

—Pero muchacha, tú crees que una dama es una recamarera? Vamos, vamos, estás en un error; una dama es simplemente una amiga íntima de S. M.; ademas, estando con Clara, tú te hallas contenta en todas partes.

—Tú acabarás por perder á tu padre; una renuncia le costaria un destierro, una persecucion, quizá la vida!

—Siempre lo mismo!

—Siempre!.... tú me asesinas! Yo he depositado en tí mis esperanzas y.... vamos.... ya me parece que por todas partes dirán "aquel es el padre de la dama." Entonces sí que me harán mas caravanas que á un arzobispo.

que te hacen una ofensa horrible. Líbrete Dios de decir una sola palabra delante de gentes, porque nos costaría muy caro.

Don Modesto habia vue'to á tomar el diario para rectificar. Al diplomático le estaba reservado ese dia caminar como *don Simplicio,* de sorpresa en sorpresa.

—Cannta! volvió á esclamar mas demudado que al ver el nombre de su hija.

—Qué?

—Otra noticia mas importante, estamos de suerte!

—Soy dama, gritó doña Canuta, no hay duda, ya lo decia, no pueden haberse olvidado de mí, yo soy persona muy notable, notabilísima; la noche de la tertulia he adquirido un triunfo. Modesto, el pájaro que me regalaste, es quien me trae en el pico el....

—Calla, no sabes lo que se pesca!.... S. M. me nombra caballero de la órden de Guadalupe!

—Y á mí?

—Caballera! puesto que eres mi esposa, esto se infiere rectamente.

—Qué injustos son los reyes, solo á mí me dejan en el tintero. Yo quiero ser, cuando menos, *caballeriza.*

—Reflexiona que la honra te viene por dos partes, por tu marido y tu hija.

—Pero yo no quiero ser honrada, sino honrar.

—Con el tiempo y nuestra intimidad con los soberanos, te darán la cruz de San Cárlos.

—Así lo espero si el imperio no trata de estraviarse.

—Oye la campanilla, ya nos vienen á felicitar.

V.

Efectivamente, doña Efigenia, aquella beldad obesa, y su esposo, entraron en la sala.

—Vengo sofocada, amiga mia, apenas leimos el Diario le dije á *éste:* seámos los primeros en felicitar á la familia Fajardo.

—Gracias, dijo doña Canuta haciendo una reverencia.

El esposo de aquella tonina, se dirijió ceremoniosamente al diplomático, y le dijo con énfasis....

—Cuando S. M. se ha fijado en la persona de usted para condecorarle, es porque halla prendas incorpóreas, como el talento diplomático, que lo hacen mas que digno de llevar al pecho la cruz de la órden de María Santísima de Guadalupe.

—S. M. me honra; sé que las sociedades me han propuesto, porque yo no acostumbro pedir nunca, y menos condecoraciones.

—Las personas como usted no lo necesitan.

—Mi hija Luz es dama de honor de S. M. la emperatriz.

—Tambien ella! Vea usted que no habia reparado, ¿con que es dama?

—Sí, por decreto de ayer fechado en el alcázar del archiduque.

—Dónde, dónde está mi tierna y nunca olvidada amiga? dónde está para comérmela á besos?

Clara y Luz habian desaparecido desde la llegada del matrimonio Cantoya.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO.

INTRIGAS PALACIEGAS.

I.

A los pocos dias las dos jóvenes estaban de guardia en el aposento de la emperatriz.

—Qué harémos, decia Clara, con nuestros prisioneros?

—Yo tiemblo, á cada paso me parece que los descubren, y estos franceses no entienden de nada, los fusilan en el acto.

—Ni lo digas, amiga mia.

—Ya se prolonga esta situacion y ambos están desesperados, saben el riesgo que corren, y están temblando.

—Son un par de calaveras atroces.

—Ya indagaste la aventura de Enrique?

—Ya me contó el lance; figúrate que estaba de temperamento en Cuernavaca, y como los hombres la han de emprender en todas partes, nuestro amigo se enamoró de una muchacha, que entre paréntesis, asegura que es bellísima. Comenzó á rondar la calle sin éxito alguno, y á fuer de buen enamorado se daba el lujo de ir á pararse á las rejas de su adorada, acechando una oportunidad para declararse.

—Qué tendrá el temperamento de Cuernavaca que le sienta á tantas personas? sin ir muy lejos, el emperador se halla perfectamente en aquella ciudad.

—Luego hablaremos de eso, has de saber que la niña es una hermana del terrible guerrillero Pablo Martinez.

—Jesus!

—No te asustes, es una criatura hermosa, delicada, llena de virtud, y el tipo del romanticismo. El galan rondaba la casa en una noche de luna á guisa de trovador, cuando un capitan austriaco, con unos bigotes capaces de asustar á un regimiento, se le acercó bonitamente pretendiendo quedar dueño absoluto del campo; Enrique, que como la mayor parte de nuestros elegantes, conoce la esgrima, tiró de la espada, y á los dos minutos habia atravesado al austriaco de parte á parte.

—Ni mas ni menos como don Serafin al desgraciado capitan Hugues.

—Igual, amiga mia.

—Una casualidad ha hecho que los dos pájaros estén en la misma jaula.

—Fuera de broma, no sé qué vamos á hacer de ellos, ambos perseguidos cruelmente, ambos sentenciados á morir una vez descubiertos. Mi padre que es tan bueno, tiene una afliccion horrible, dijo tristemente Clara, los atiende con una gran solicitud, y se priva hasta de recibir visitas; teme que una impertinencia los venda, y verlos morir seria espantoso.

—Tú puedes discurrir mejor que yo un medio para sacarlos de México. Los dos muchachos quieren irse á la revolucion, están entusiasmados y no pueden hacer cosa mejor.

—La policía francesa está hecha un argos, con un dato cualquiera.... pero me ha ocurrido una idea feliz; ya que estamos en la corte abordemos la primera intriga, ya que no participamos del cúmulo de enredos que se urden en esta antesala.

—Yo no he nacido para intrigar.

—Es muy sencillo, ya ves que estamos en el candelero, nos han hecho de moda y estamos en buena posicion para trabajar por nuestros protegidos.

—Encárgate de formular el plan.

—Nos procuraremos dos pasaportes directamente del gabinete particular del emperador; aquí viene el chambelan que nos hace la corte con mas prediteccion.

II.

Presentóse un individuo de treinta y cinco años, alto, delga'o, erguido como un pavo, con una nariz inmensamente grande, acaballetada, con el pelo dividido por partes iguales sobre la frente, la barba espesa y los bigotes retorcidos; su traje era muy elegante, y llevaba bajo el brazo un sombrero blanco piramidal.

—Señoritas, tengo el honor de saludar á ustedes, las perlas mas hermosas de nuestra corte.

—Y nosotras, se apresuró á responder Clara, al caballero mas cumplido.

—Señorita, no sé qué responder á una galantería tan esquisita; me declaro vencido á las primeras palabras.

—Siéntese usted aquí entre las dos, que tenemos un asunto importante.

—Señoritas, ustedes quieren matarme; yo sentado en medio de dos ángeles? declaro que solo en contemplarlas pasaré toda la audiencia, y al fin no me habré enterado de nada.

—No importa, es un negocio muy sério, y en el que usted va á desempeñar el primer papel.

—Véamos, que ya tengo curiosidad.

—Usted sabe que los republicanos han entrado en Uruapan, y que tienen una fuerza de cinco á seis mil hombres.

—Es cierto desgraciadamente.

—Pues nosotras podemos hacer que la mayor parte de esa gente se pase á las filas imperiales.

—Usted es capaz de hacer que S. M. proclame la república.

—Vamos al caso, precisa que usted nos traiga dos salvo-conductos en blanco.

—Esto pica en historia.

—Lo pondremos á usted en antecedentes.

—Ya tengo el honor de escuchar.

—Tenemos una correspondencia de Michoacan, muy importante. Se nos ofrece, si conseguimos algunas garantías, que la brigada de.... usted me permitirá reservarme el nombre, se pasará con el emperador.

—Hablaré inmediatamente á S. M.

—No se trata de eso, señor chambelan, sino de dar una sorpresa.

—Ya, ya comprendo, un golpe de teatro, hacerse en un solo dia de la influencia de SS MM.

—Precisamente, usted tiene una comprension admirable. Conque marche usted al gabinete, y con el mayor sigilo del mundo, traígase los papeles que necesitamos. A la hora del triunfo, alzamos el telon y se sabrá este juego de bastidores.

—Me muero por estas intriguillas, y voy á entrar en esta con toda la fe de mi valor y caballerosidad.

—No hay que perder tiempo, le dijo Clara, y le tendió dulcemente la mano, que el chambelan llevó al corazon.

III.

—Has jugado á tu antojo, dijo Luz, con ese majadero; no te creia tan avisada.

—Es necesario ponerse algunas veces la careta.

—Tú la juegas con mucha gracia.

—Dios mio! allí viene la señora Menocal, algun chisme trae entre manos.

—Buenos dias, señoritas, supongo que ustedes están de guardia.

—Para servir á usted.

—Necesito que me reciba S. M.

—Está indispuesta, y hoy no recibe á nadie.

—Debe haber una excepcion para mí, S. M. ignora lo que pasa.

—Qué sucede, señora?

—Nada, una cosa horrible, aseguran que S. M. el emperador está enamorado en Cuernavaca, y es necesario desmentir esa especie.

—Y para ese asunto pretende usted la audiencia?

—Cabalmente, como dama supernumeraria, tengo ese derecho.

—Y se permitirá usted hacer tal revelacion á S. M?

—Y por qué no? á mí me parece que debo tomar cartas en este asunto; puede resultar un bastardo como don Juan de Austria.

—¡Qué horrores está usted diciendo!

—La dinastía se perjudica.

—Basta, señora, uo haga usted público lo que uo pasa de una especie vertida por algun mal intencionado.

—Eso es lo que debe averiguarse, ¡un adulterio monárquico! un....

—Por compasiou, señora, usted comprenderá que nosotras uo podemos oir ciertas cosas.

—Una Pompadour! una la Valiere! Dios nos ampare que empecemos tan temprano.

—No podemos conseutir eu un escándalo, señora; ademas, S. M. se encuentra enferma, y una noticia así la empeoraria.

—Está bien, lo dejaremos para otra vez; ¿qué han sabido ustedes del chambelan que estaba ayer de guardia?

—Nada, señora.

—Nada? ¡oh! es una cosa horrible; ayer al volver á su casa, cnando menos lo esperaban, encontró á un zuavo comieudo alegremente á su mesa, tomándose su vino, y lo que es mas, en compañía de su señora hermana que tiene cuarenta y ocho años.

Luz y Clara se ruborizaron.

—Eso nada importa, continuó la Menocal; lo grave que existe, es lo de la señora de*** que tuvo el atrevimiento de bordar un pañuelo para S. M. el emperador, con un cupidillo, y atravesaudo con dardos los grifos imperiales. S. M. Carlota se puso de mal talante, y mas cuaudo llegó á su noticia aquella especie de....

—Ya llega el señor chambelan y tenemos uecesidad de comunicarle órdenes reservadas de Palacio, dijo Clara.

—¿Reservadas, eh? ya comprendo; tengan cuidado, porque esas reservas suelen hacerse públicas. Señoritas, muy buen dia.

—¡Dios eterno! esclamó Luz, esa señora tiene una leugua de escorpiou, me ha dejado eucandalizada.

—La emperatriz ha dado órdeu de que no se le permita la entrada.

IV.

—Señoritas, dijo entrando el chambelan, fingiendo una fatiga terrible; los pasaportes están en toda regla, pueden marchar sin cuidado los emisarios, que por el telégrafo se avisa que les dejen libre el tránsito.

—Es usted hombre con quien se puede tratar, comprende usted que la rapidez en los movimientos salva á una situacion como á un ejército.

—Nosotras llenaremos los blancos, dijo Luz tomando los papeles.

—Nuestra guardia ha terminado, si usted tuviese la bondad de acompañarnos al carruaje....

—Con mucho gusto, señoritas.

Las jóvenes subieron precipitadamente en el coche.

—A casa! gritó Clara, y los caballos partieron á escape.

—Cuál será mas hermosa? se preguntó el chambelan, y volvió á entrar en los salones de Palacio.

Las jóvenes llegaron á la Ribera de San Cosme.

V.

En una habitacion apartada que estaba en el fondo del jardin, permanecian ocultos dos jóvenes conocidos del lector.

El uno es el simpático dandy Enrique Morales, que en una de sus calaveradas habia dado con la hermana del guerrillero Pablo Martinez, y á quien vimos atravesar de una ruda estocada el robusto pecho del austriaco.

El otro era don Serafin, perseguido por la autoridad francesa, á causa del duelo en que dejó tendido al capitan Hugues.

Los dos jóvenes tenian sobre sí una sentencia de muerte.

—De todos modos, decia Enrique, yo salgo esta noche para la revolucion, esta espectativa no tiene nada de simpática ni atractiva.

—Yo te acompaño, no quiero comprometer á esta familia.

—Si al menos estas dos chicas fuesen nuestras novias, el escondite seria la gruta de Calipso; pero ¡ay! están como las uvas de la zorra, verdes y muy altas.

—Es una falta de caballerosidad, gritaba don Serafin, que se me persiga, yo he matado á ese hombre en buena lid.

—Es cierto, yo abusé de la torpeza de ese mastodonte, que con todo y eso me hubiera rebanado como una sandía en acertándome un tajo, ¡qué bruto era el difunto!

—Yo opino por la salida á toda costa.

—Saldremos disfrazados de arrieros ó de cualquier cosa, eso no importa, el caso es salir; y ya se me puso no dormir esta noche en México.

—Luego que oscurezca nos escaparemos, sin decir adios á nuestras bellas guardadoras; porque es seguro que no nos permitirán salir, y no se ha dado nunca el caso de que yo me haya resistido á la voz de una muchacha.

—Ni yo; afortunadamente son las seis de la tarde, dentro de una hora caerá la noche y nos escaparemos pasando sobre fuego. Dejemos una carta de despedida que ambos firmaremos.

—Convenido, yo la redacto y tú la escribes.

Don Serafin se puso al bufete.

Enrique comenzó á dictar paseándose por el aposento.

—Comienza:

"Señoritas, habeis sido nuestros ángeles de guarda.

—Bravo!

"Hay seres sobre quienes Dios ha puesto el aliento de su grandeza; marchamos vestidos de arrieros, con las lágrimas en los ojos."

—Hombre, eso es bajar del cielo á una posada de béstias.

—Ya es preciso entrar en materia.

—Pero no tan de zopeton.

—En fin, termina como gustes y firmemos.

Don Serafin concluyó la misiva y ambos signaron, y la pusieron sobre el candelero como hacen los suicidas.

—Tomaremos el ómnibus de San Juanico y Atzcapozalco; en ese pueblo tengo amigos que nos proporcionarán caballos, y lo demas corre de nuestra cuenta.

—Muy bien pensado, dame las tijeras, voy á tirarme el bigote.

—Famosa ocurrencia!

Enrique tomó las tijeras y cortó la primera guia, relatando los conocidos versos: "Estos bigotes quemó—la pólvora de Austerlitz."

Don Serafin se echó abajó las patillas, y ambos quedaron como unos tonsurados.

VI.

Clara y Luz habian llegado á las seis y media á la casa, no queriendo ver á sus amigos sino en la noche.

Pensaban darles la sorpresa mas agradable.

—Padre, dijo Clara á don Alfonso, traemos unos pasaportes para nuestros amigos.

—Me parece imposible, tengo una inquietud horrible por esos muchachos.

—Necesitamos unos buenos caballos para que cuanto antes se alejen de la capital, poniéndose en salvo.

—Clara, ahí están los mios; yo sacaré en mi carretela á esos gaznápiros que me han dado un buen susto.

—Qué bueno es usted, dijo Luz abrazando á don Alfonso, á quien amaba como á un padre.

—Pobrecilla! esclamó el honrado español besando á aquella angelical criatura. Hijas mias, estoy de mal humor; ya sabrán ustedes lo que ha pasado en Michoacan.

Luz palideció intensamente.

—Qué ha pasado? preguntó Clara.

—Que al retirarse las fuerzas liberales, el general Pueblita se quedó á la entrada de Uruapan, donde fué sorprendido y asesinado.

—¡Dios mio!

—Los republicanos se han internado, no sé dónde puedan alcanzarlos nuestros amigos. Es necesario pensar antes de hacer, estos franceses son cruelísimos, el país está inundado de sangre, y las armas se embotan de tanto herir.

Clara bajó la frente avergonzada, su buen corazon le decia á voces que debia aborrecer á aquellos asesinos; pero su amor mas fuerte aún, la arrojaba en esa vía desesperada de una pasion tan infeliz.

Luz estaba afligida en estremo, simpatizaba con los hombres todos de la revolucion, los queria como á los fieles compañeros de Eduardo; y su muerte la hacia pensar que acaso le llegaria su turno á aquel hombre á quien amaba y por quien sufria horrorosamente.

Este pensamiento es el que agita á todos los que entran en esa mar airada de las revoluciones.

El corazon se vuelve fatalista y se espera con resignacion el instante de la partida eterna.

Cada hombre que desaparece, es una hoja llevada por el huracan de los combates.

Entonces se hace sombría y torva la faz del revolucionario, cae un velo espeso sobre su existencia, y se lanza desesperado en busca de la muerte mas bien que de la victoria.

Las dos jóvenes quedaron hondamente pensativas, agitadas por sentimientos diferentes.

D. Alfonso estaba tambien silencioso, no convalecia aún de esa pesadumbre de ver á su hija entregada á ese amor que él reprobaba en el fondo de su alma.

—Bien, dijo al fin, me encargo de los preparativos del viaje; esos muchachos necesitan dinero, es preciso que vayan bien equipados, me intereso por su suerte.

—Ellos están inquietos y disgustados con su situacion.

—No faltan motivos, hija mia. Nos veremos dentro de una hora.

VII.

Don Alfonso salió, las dos amigas se contemplaron un instante y se estrecharon como dos flores al soplo de una ráfaga de viento.

—Leo en tus ojos la historia de tu corazon, Clara mia, estás contraida de una manera terrible; porque hay veces que te sientes humillada ¿no es cierto?

—Sí, es verdad, pero mi corazon se subleva y este amor está por cima de todo, es un amor desgraciado! Yo conozco que hay algo de fatal en este sentimiento; pero no lo puedo maldecir, me falta el aliento.

—En mala hora se fijaron tus ojos en ese hombre.

—Tú tambien?

—Perdóname, yo no debo afligirte; pero del fondo de mi alma se levanta una voz que me dice, que tú no serás feliz: cuando considero que puedes ser arrebatada de tu país por un extranjero y allá en tierras estrañas ser

presa de un desengaño, entonces lloro por tí, lloro porque te amo con todo mi corazon!

Clara no podia hablar, su voz estaba embargada por el llanto.

VIII.

Dieron las siete en el reloj de San Cosme.

Pocos minutos despues, el ómnibus de la carrera de Atzcapotzalco se detuvo frente á la casa.

Dos individuos subieron al carruaje, que pasó por la garita y se perdió entre la calzada de árboles que forman su derrotero.

Cuando don Alfonso y las dos amigas entraron en el aposento, los prisioneros habian desaparecido.

En el platillo del candelero estaba un billete de despedida, lleno de ternura y gratitud hácia aquellas almas nobles que los habian abrigado durante la época terrible de su proscripcion!

CAPITULO DECIMOQUINTO.

EL TERRORISMO.

I.

Hacia mucho tiempo que el Consejo de Estado y el ministerio, habian sometido á la aprobacion de Maximiliano un decreto terrible, una sentencia de muerte para los republicanos, una declaracion impía en que se filiaba á los defensores de la independencia entre los asesinos y los bandidos.

La segunda insurreccion recibia el legado de los hombres de 810; á esos hombres se les llamó tambien con ese infamante epíteto, y se fulminaron contra ellos iguales anatemas.

La historia, como siempre, ha venido á confundir á los calumniadores, y coronar de laurel y siempreviva las frentes de los mártires y defensores de la libertad.

Maximiliano se habia reservado el exámen del decreto y aplazado la discusion.

La víspera de ese memorable dia, estaba el emperador en su despacho leyendo los artículos de ese fatal proyecto.

Parecia hondamente preocupado.

Sobre el bufete estaban los pliegos de la correspondencia europea, que el emperador habia leido varias ocasiones.

Contenian las notas de los Estados-Unidos dirigidas al ministro de Relaciones de Napoleon III.

El pueblo de la Union americana se manifestaba decididamente en contra del imperio, y pedia á su gobierno interviniese de una manera directa en los negocios de México.

Como en la Gran República la voluntad de los gobernantes es el reflejo de la voluntad nacional, la situacion tomaba un carácter alarmante, que inquictaba sériamente, no solo á Maximiliano sino al gobierno frances.

La oposicion en las cámaras tomaba aliento, y profetizaba el desenlace mas funesto á los autores del atentado intervencionista.

Julio Favre y el gran orador legitimista Mr. Thiers, veian como á la luz del sol el fin trágico de la aventura monárquica.

Comprendian que su país sufriria mas tarde el anatema del mundo entero, y que su pabellon saldria cubierto de vergüenza de las puertas del Nuevo Mundo.

El sueño habia acabado y la realidad se presentaba bajo las fases sombrías de un desengaño.

Maximiliano era una hoja movida al soplo europeo.

Sin voluntad propia, sin hombres, sin recursos, delanto de un volcan próximo á su erupcion!

El reconocimiento de la España y la Inglaterra le servian tanto como el del Gran Sultan.

Las naciones signatarias de la Convencion de Lóndres protestaban de lante de la Union vencedora, que la Francia habia falseado el pensamiento, y que ellas condenaban la monarquía en México.

Se lavaban las manos como Poncio Pilato.

El ejército espedicionario se ocupaba simplemente en hacer *su agosto.*

Los buques de guerra salian de los puertos de Francia cargados de mercancías, que entraban á Mèxico sin pago de derechos, haciendo el contrabando mas escandaloso, todo bajo la sombra del pabellon frances.

En la capital se estableció un elegante almacen, "Los Precios de Francia," que se decia públicamente que el sócio principal era el mariscal Aquiles Bazaine, comandante en gefe de la expedicion!

II.

Sonaban las diez en el reloj de Palacio.

Maximiliano guardó el decreto presentado por el Consejo, bajo la carpeta, y su vista se fijó en la puerta de entrada.

Un chambelan anunció.

—S. E. el mariscal Bazaine.

—Que pase.

El mariscal se presentó de riguroso uniforme, con la banda encarnada de la gran cruz de la legion de Honor, y sobre su pecho la placa y multitud de condecoraciones.

—Tengo el honor de ofrecerme á las órdenes de V. M.

—S. E. el mariscal tendrá la bondad de leer esa correspondencia, dijo el emperador indicando asiento á Bazaine.

—Con el permiso de V. M. me entero de esta nota, y pasó su vista por el pliego, como si no hubiese recibido por el mismo paquete la copia de la comunicacion que estaba leyendo.

Luego que hubo terminado, puso el pliego sobre el bufete.

—Las órdenes, dijo, de S. M. Napoleon III, son leyes para mí; V. M. puede arreglar como mejor le parezca este negocio.

—S. E. conoce bien la diplomacia, y no estrañará por lo tanto el giro que debemos dar á la cosa pública. La tempestad se presenta formidable por el lado del Norte, y esto nos hace apresurar el término de la revolucion. Vuestras armas vencedoras recorren el país sin obstáculo alguno.

—V. M. me permitirá le haga una ligera observacion: los obstáculos se hacen á un lado, y cuando han pasado nuestros cañones, vuelven á interponerse; la revolucion continúa con mas vigor que nunca; el territorio es inmenso y sesenta mil hombres no lo pueden cubrir; este es un elemento terrible que aplazará por muchos años la pacificacion del país.

—S. E. comprende como yo todas las dificultades de la campaña; pero hoy se tratan dos puntos cardinales de esta cuestion, el primero es moral, el segundo material y de simple organizacion.

—He recibido copia de una nota en que el augusto hermano de V. M. se compromete á enviar un cuerpo de ejército formado de voluntarios austriacos y belgas.

—Es un negocio completsmente arreglado.

—Mas tarde tendré el honor de presentar á la aprobacion de S. M. una adicion conveniente en cstremo para la organizacion del ejército que debe sostener el trono, porque V. M. sabe que el ministerio de las Tullerías opta por la *retirada* de nuestro pabellon.

Maximiliano recibió con screnidad el golpe y dejando aparentemente desapercibida la observacion del mariscal, contestó:

—La revolucion está sostenida, porque conserva aûn una bandera

—Es la opinion de S. M. Napoleon III.

—Es necesario arrebatarla de sus manos.

El mariscal inclinó la cabeza en scñal de asentimiento.

—He creido, en vista del éxito de las operaciones militares, que es de todo punto necesaria la declaracion de que el imperio cesa de considerar los republicanos como *beligerantes*.

—Eso dice precisamente la nota de S. M. Napoleon III.

—Los reduzco á bandas de ladrones, negándoles el principio político y con él las garantías del derecho de gentes.

—Me permitirá V. M. haga una observacion á la nota reservada de las Tullerías, y á la respetable opinion de V. M?

—Es una conferencia en la que S. E. el mariscal puede hablar con entera libertad y franqueza.

—El emperador de los franceses, pagando un tributo á la fragilidad humana, adelanta en su alta sabiduría los acontecimientos, porque juzga de ellos á gran distancia.

Esto era mucho avanzar en un individuo que comprendia perfectamente que á la primera frase de desaprobacion seria destituido de todos sus cargos.

El emperador creyó en la sinceridad del mariscal, sin prever que la Francia diria mas tarde que por conducto del comandante en gefe de su espedicion se habia opuesto abiertamente á la declaracion sangrienta del imperio.

—Continuad, dijo Maximiliano.

—Aun no es tiempo, dijo Bazaine, me parece prematuro el decreto, antes que el presidente Juarez haya abandonado el territorio nacional. Tal es el momento oportuno para dar el golpe de gracia á la revolucion republicana.

El emperador sacó de entre los papeles un despacho y lo mostró al ma-

riscal, que como hemos dicho, tenia copia de la correspondencia de Maximiliano.

—Sabe S. E., dijo el emperador antes de qne leyese el mariscal, que no debemos poner en olvido este despacho: "El señor general Brincourt ha entrado á Chihuahna, despnes de haber obligado á hnir á Jnarez á Paso del Norte y dispersado á la fuerza enemiga, qne le abandonó 25 piezas de artillería.

"El general Brinçourt ocupa á Rio Florido, Parral y Santa Rosalía, con guarniciones respetables."

El mariscal leyó la comunicacion y dijo al emperador:

—El bien de este país, qne es el solo pensamiento del gobierno frances, me obliga á obedecer este mandato en todas sns partes, es nna cuestion de redaccion. Al comunicar á V. M. la ocnpacion de Chihnahua ☞ *daré la noticia de la salida de Juarez del territorio mexicano.* ☜

—Despues de ese parte, publicaremos el decreto á que he hecho referencia.

—Mi edad me faculta para daros un consejo, si V. M. me lo permite.

—Ya escncho á S. E.

—No firmeis solo ese decreto, ponedlo en cabeza del Consejo de Estado y del ministerio; la nacion debe hallar bajo esa ley nombres de mexicanos; se creeria qne el extrangero condena á muerte al conqnistado.

El emperador salndó al mariscal, este se inclinó profundamente y salió del despacho.

III.

Maximiliano convocó á su Consejo, y nna hora despnes consejeros y ministros firmaban el decreto memorable qne vió con asombro el mundo civilizado.

Los periódicos de la tarde publicaron nn parte del mariscal Bazaine, en qne annnciaba la salida del presidente Juarez del territorio de la República.

Al dia siguiente, 3 de Octnbre de 865, el *Diario del Imperio* traia en sus columnas la siguiente proclama que servia de introduccion al decreto:

"Mexicanos:

"La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juarez, ha sucumbido ya, no solo á la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandera en que degeneró dicha causa, ha quedado abandonada por la salida de su gefe del territorio patrio.

El gobierno nacional fué por largo tiempo indulgente, y ha prodigado su clemencia, para dejar á los estraviados, á los que no conocian los derechos, la posibilidad de unirse á la mayoría de la nacion y colocarse nuevamente en el camino del deber.

Logró su intento: los hombres honrados se han agrupado bajo su bandera y aceptado los principios justos y liberales que norman su política.

Solo mantienen el desórden algunos gefes descarriados por pasiones que no son patrióticas, y con ellos la gente desmoralizada que no está á la altura de los principios políticos, y la soldadesca sin freno que queda siempre como último y triste vestigio de las guerras civiles.

De hoy en adelante la lucha solo será entre los hombres honrados de la nacion, y las gavillas de criminales y bandoleros.

Cesa ya la indulgencia, que solo aprovecharia al despotismo de las bandas, á los que incendian los pueblos, á los que roban y á los que asesinan ciudadanos pacíficos, míseros ancianos y mujeres indefensas.

El gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilizacion, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral.

México, Octubre 3 de 1865.—*Maximiliano.*"

IV.

No se habia publicado el edicto imperial en el interior del país, y las leyes no surten su efecto hasta que oficialmente se hacen saber á los ciudadanos.

La mayor parte de los revolucionarios ignoraban el decreto del 3 de Octubre, bien que esto no alteraba en nada su situacion, pues solo faltaba la letra, puesto que donde se les tomaba prisioneros se les asesinaba.

Esto se lo decimos á aquellos que encontraron legal la terrible hécatombe de Uruapan apoyada en una ley no publicada.

El valiente general Arteaga era el gefe del ejército republicano y se encontraba en Uruapan en compañía de Salazar y Riva Palacio; éste opinaba por librar una batalla al imperio en aquellos campos.

Arteaga no se creyó seguro para sostener un combate desconfiando de sus elementos, y se decidió á concentrarse en la sierra á dar otra organizacion á sus fuerzas.

Riva Palacio se dirigió á marchas dobles sobre la capital de Michoacan para entretener al enemigo, mientras Arteaga y Salazar se replegaban.

Mendez llegaba á la sazon con una fuerza numerosa á las inmediaciones de Uruapan.

Arteaga caminó violentamente tres dias hasta llegar á las montañas de Santa Ana Amatlan.

Mendez le seguia de cerca.

Los republicanos no habian probado en su correría mas que algunas yerbas y ya estaban muertos de hambre y de fatiga.

Arteaga mandó dar de comer á su tropa, ordenando que matasen algunas reses.

Estaban en esta operacion, dormidos los gefes y la mayor parte de los oficiales, mientras la tropa preparaba el rancho y daba agua á la caballada, cuando inesperadamente se hallaron atacados por una parte de la caballería imperialista, causándoles una sorpresa indefinible y apoderándose en el acto de la persona del general Arteaga y sus compañeros.

V.

El emperador recibió el siguiente parte del gefe de la expedicion:

"Santa Ana Amatlan.

Octubre 13 de 1865.

Hoy á las dos y media he batido, sorprendiéndolo, al disidente Arteaga que se titula general en gefe del ejército del centro. El, Salazar, todos sus coroneles y la mayor parte de sus oficiales y tropa son mis prisioneros; su armamento, pertrechos de guerra y caballada están en mi poder.

Felicito, etc.—*Ramon Mendez.*"

Los prisioneros fueron conducidos á Uruapan.

El general Arteaga habia luchado como un héroe en Michoacan, y su derrota provocó un justo sentimiento en las clases todas de la sociedad.

Inmediatamente salió un estraordinario para México, solicitando el indulto de aquel valiente y denodado caudillo, á quien la legislatura habia declarado por sus méritos ciudadano del Estado de Michoacan.

Una comision se presentó en el palacio solicitando audiencia de la emperatriz, para que ésta sirviese de empeño en aquella situacion angustiosa.

VI.

Nuestras jóvenes amigas estaban de guardia en ese dia en que la comision se acercó á las puertas de la cámara imperial.

No habia órden de recibir; no obstante, Clara que era atrevida se presentó á Carlota de Austria, y la dijo: "Señora, V. M. es la madre de los mexicanos, una horrible desgracia ha acontecido, la sangre va á correr sobre un cadalso sin vuestra intercesion."

—Inbéciles! dijo Carlota en su lengua natal, se les libra de sus asesinos é interceden por ellos cuando les tienen en su poder. Y bien? preguntó con altaneria á su dama de honor adoptando la lengua española.

—Se solicita de V. M. que reciba una comision.

—Decidles que yo no puedo hacer nada en contra de una ley que acaba de publicarse, que el emperador y yo, seremos los primeros en acatar siempre las disposiciones que asegurarán la paz y el porvenir de nuestra nacion.

Clara iba á aventurar una nueva súplica, pero un gesto de soberbia indicó á la jóven que no habia esperanza.

Clara salió llorando de la cámara de la emperatriz.

—Señores, dijo á los individuos de la comision, decid á las personas que os envian, que no es posible conseguir el perdon. S. M. el emperador no se dejará ver, culpad solo al destino.

La comision se retiró llena de indignacion.

Hacia algunos meses que Riva Palacio habia hecho prisioneros á multitud de soldados belgas en la toma de Tacámbaro, y á todos les perdonó la vida contra la voluntad de su tropa que pedia á voces venganza.

VII.

Al dia siguiente un parte telegráfico anunció que los generales Arteaga y Salazar, los gefes Villagomez y Diaz, y un sacerdote que andaba con el ejército republicano, habian sido pasados por las armas en el pueblo de Uruapan.

Arteaga fué conducido al suplicio en una camilla; no podia andar á consecuencia de haber recibido una herida en las Cumbres de Aculcingo, una herida cosechada en el campo de batalla, defendiendo á la patria contra la invasion francesa!

¿Y eran mexicanos los que condujeron á aquel pátricio al cadalso?

Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?

VIII.

Como el Moctezuma II que habia visto el labrador veinte años antes de la conquista y á quien aplicó el cauterio en el muslo para que despertase de su letargo de deleites, porque se acercaba la ruina de su imperio, dormia Maximiliano entre el incienso del poder y la mirra de la adulacion, cuando lo despertó el ruido de la victoria de Richmond y la voz de Napoleon III anunciándole la salida de las tropas espedicionarias.

Levantóse terrible el usurpador, quiso ahogar la revolucion republicana en un solo dia y espidió la sentencia inexorable de muerte y esterminio.

Los sicarios del imperio celebraron sus *Vísperas Sicilianas* aun en los pueblos mas miserables del territorio.

No hubo misericordia, los defensores de la república quedaron diezmados; pero la revolucion se levantó mas terrible y amenazante, juró venganza ante el cadalso de Arteaga, absorbió el vapor de sangre, midió el abismo y se lanzó terrible como el rayo en esa lucha desigual del pueblo con la fuerza armada, sosten de la usurpacion y de la tiranía!

CAPITULO DECIMOSESTO.

LA SOMBRA.

I.

Era la hora del crepúsculo, la cámara de Carlota de Austria se envolvía en las primeras sombras de la noche.

La jóven emperatriz abismada en sus pensamientos, había contemplado la muerte del sol desde los balcones de su aposento.

El astro se habia sumergido lentamente en la tumba del ocaso, y sus postreros reflejos hacian destacar las montañas que circundan con un garboso contorno el bellísimo valle de México.

El viento producia un murmullo sombrío en los viejos sabinos de Chapultepec.

La noche se acercaba magestuosa con su séquito inmenso de estrellas.

El horizonte tenia aún celages color de fuego que se desvanecian al soplo del aire.

Una vaga melancolía se derramaba en aquel espíritu exaltado.

Los ojos de Carlota se cerraron dulcemente y comenzó el sopor del sueño.

Luego que el letargo se hubo posesionado de los miembros de aquel cuerpo indolente, las visiones aparecieron en el mundo de la realidad.

Las últimas nubes que habia visto la emperatriz, comenzaron á tomar forma, convirtiéndose en espectros sobre un mar de sangre.

Las manos descarnadas salieron de entre los sudarios y vueltas al cielo pedian venganza y misericordia!

Los silbos del viento se convirtieron en quejidos que atravesaban la atmósfera en ecos de dolor y desesperacion.

Los espectros avanzaban sobre el horizonte á impulsos del aura de la noche, y descendian hasta penetrar en la cámara imperial.

Sus frentes chorreaban sangre, sus labios palpitantes pedian venganza en sus convulsiones.

Rasgáronse los sudarios y mostraron el seno acribillado por las balas que destilaba sangre, que manaba espumosa y ardiente por las heridas.

¡Venganza, venganza! repetian los espectros; y su aliento, helado como el aire de los volcanes, pasaba con un frio de muerte por el semblante de Carlota de Austria.

La jóven se oprimia dolorosamente el corazon víctima de aquella horrorosa pesadilla.

Los espectros se desvanecian lentamente fijando sus órbitas ensangrentadas en la mirada sombría de la emperatriz.

Hubo un momento de silencio; despues resonó el acento de una voz conocida de Carlota.

Era la del rey Leopoldo.

—Hija! hija mia! no puedo llegar hasta tí, hay un mar de sangre que circunda tu trono.... infeliz de tí! infeliz de tí!....

—Padre, padre! gritaba sollozando la desgraciada princesa, perdóname, perdóname!

—Esa palabra, continuaba la voz, no ha sonado en tus labios, tú no eres mi hija!

—Padre! gritó en un esfuerzo supremo la jóven, y despertó sobresaltada, llamó violentamente y dos camaristas pusieron luces en el aposento.

Carlota estaba pálida, sombría, su mirada estraviada buscaba algo en los rincones del aposento.

II.

—Señora, dijo una dama, hay una persona que pide permiso para hablar con S. M.

La princesa respondió maquinalmente:

—Que pase.

Una jóven enlutada y en cuyo semblante se dejaban ver las señales indelebles del sufrimiento y del dolor, penetró en el aposento y se arrodilló delante de la emperatriz derramando un mar de lágrimas.

—Señora, dijo en lengua inglesa, vos podeis devolverme el tesoro de mi vida.

—Alzad, señora, os escucho con interes; si venís á hablarme de algun prisionero sentenciado al patíbulo, contad desde luego con el perdon, lo he ofrecido y cumpliré mi promesa.

—No es al cadalso al que le disputo una víctima, es á V. M. misma.

—Descubríos, señora, dijo con altanería la emperatriz.

Alzóse la enlutada, y descorrido el espeso velo que cubria su rostro, se irguió delante de la archiduquesa.

Era la señora Iturbide, á quien le habian arrebatado su hijo para hacerlo príncipe imperial, condenándolo á separarse y olvidar á la que le debia el ser.

—Qué quereis de mí, señora? dijo Carlota á la jóven americana.

—Que me devolvais á mi hijo! he logrado escaparme del lado de mi esposo, de ese hombre sin corazon que ha vendido á su hijo por un puñado miserable de oro.

—Un consejo de familia celebrado ante el emperador ha decidido de la suerte de ese niño.

—Es una determinacion impía, nadie tiene derecho de desgarrarme las entrañas....perdone á mi afliccion V. M., miradme á vuestros pies, dadme por compasion un asilo en vuestro palacio; no, es mucho, permitidme que viva en la ciudad, para ver al menos á ese hijo de mi corazon!

Carlota de Austria que no ha sido nunca madre, no comprendia la dolorosa situacion de la jóven.

—Nada puedo hacer por vos, partid á vuestra patria y dejadnos tranquilos; la suerte del príncipe está hecha en el porvenir, si el cielo me niega la sucesion, él ocupará mas tarde el trono de su abuelo el emperador.

—Es verdad, debo mucho á V. M., pero ¿por qué separarlo de mi lado? por qué privarlo de mis caricias, por qué engendrar en él un sentimiento de desprecio y olvido? si él es mi sangre, por qué renegar de ella? esto es infame!

—Esta mujer está loca! dijo con desprecio la emperatriz, y tiró tan fuertemente de la campanilla que la desprendió del telégrafo.

Entraron las damas y los chambelanes de la servidumbre.

—Llevad á esa mujer, ha perdido el juicio, haced que vuelva á su carruage y que salga inmediatamente para su destino.

La jóven Iturbide abrazó las rodillas de la emperatriz deshaciéndose en llanto.

—Perdon! decia, perdon! yo seré vuestra esclava pero no me mateis, el destierro es la agonía para mi corazon; volvedme á mi hijo, permitid al menos que lo bese por la última vez.

—Basta! dijo la emperatriz desasiéndose de la americana que la tenia asida, llevadla!

Dos chambelanes apartaron á la jóven, que cayó desmayada en el pavimento.

III.

La emperatriz se dirigió violentamente á las habitaciones de Maximiliano.

El desgraciado monarca tenia en sus manos un despacho en que se le comunicaba que Riva Palacio habia penetrado en la plaza de Morelia, de donde se habia llevado á la guarnicion belga que habia sorprendido.

Tenia noticia de que los republicanos habian recobrado á Uruapan y ocupado Tacámbaro y otras poblaciones, donde entraban llenos de rabia por el fusilamiento del general Arteaga y sus compañeros.

—No, decia, la sangre no hará mas que precipitar mi caida: de la tumba de Arteaga se ha levantado mas poderoso el aliento revolucionario, los odios se amontonan y la venganza reclama su hora al próximo triunfo.... Ya han pasado algunos años y las sombras ensangrentadas de la Lombardía cruzan delante de mis ojos como un sueño horrible!.... Saludan al imperio los toques de agonía y la salva de la muerte me despierta en las primeras horas de la mañana!.... Todo se conjura en contra mia!.... Solo una flor ha brotado en el desierto de mi vida; el amor de esa pobre criatura á quien no puedo darle ni mi nombre.... Oh! cuando la siento reclinarse sobre mi pecho soy tan feliz! La amo con idolatría.... ¡Gran Dios! ¿que va á ser de ella cuando se despierte del engaño en que ha vivido durante el tiempo de nuestros amores, cuando ella tan buena y tan virtuosa se encuentre presa de una ironía terrible del destino!

IV.

El emperador escondió su rostro entre las manos, como quien se halla presa de un hondo sufrimiento.

La puerta del salon se abrió con estrépito y Carlota apareció pálida y demudada.

—El acceso otra vez! esclamó Maximiliano.

—Me asesinan! ampárame!

—Ven á mi lado, nada temas!

—Esa mujer me amenaza con la muerte.

—Qué mujer? preguntó asustado el emperador temiendo que su esposa hubiera sorprendido los amores del marido infiel.

—Me sigue, continuó estraviada la emperatriz, me pide á su hijo; devuélveselo, es una madre que reclama á su hijo!....

—Vuelve en tí, Carlota, estás conmigo, nadie se atrevería á levantar los ojos delante de tí.... yo soy, conóceme al fin!....

El acceso habia pasado, la jóven princesa estuvo algunos instantes en silencio, se apartó el c bello de la frente, volvió la vista tranquila en derredor y pareció sosegarse del todo.

—He soñado cosas horriles, dijo al fin, la excitacion nerviosa que me produjo una escena dolorosa, me ha hecho sufrir horriblemente.

—Habla, Carlota.

—La señora Iturbide se ha fugado del camino y se ha presentado de improviso en mi cámara pidiéndome á su hijo, al príncipe imperial.

V.

Maximiliano tocó el resorte de la campana y un chambelan se presentó.

—Inmediatamente que salga de México la señora Iturbide, reencárguese á las autoridades del tránsito hasta que sea puesta á bordo del "Paquete."

El chambelan salió.

—Estaba reservado á la hija del rey Leopoldo ser insultada por una mujer, dijo dolorosamente la emperatriz.

—Sí, Carlota, tú no debias haberla recibido.

—No pude imaginar que su audacia llegara á violar los acuerdos del consejo de familia. Fernando, yo necesito salir algun tiempo de esta atmósfera, me ahogo, la política acabará por trastornar mi cerebro; envíame al mar, su vista y el aire libre reanimarán mi espíritu; este palacio me es fatal.

—Adonde irias, Carlota?

—No lo sé, la muerte de esos republicanos me ha impresionado hondamente; yo sé que su sangre es necesaria para asegurar el imperio y nuestra propia existencia; pero esos patíbulos me son siniestros!.... Recuerdas en la Lombardía?

—Calla, por Dios! yo tambien tengo delante esos fantasmas sangrientos, página triste de un acaloramiento que maldigo!

El remordimiento llegaba al fin á tocar aquellos corazones gastados en el fatalismo de la política europea.

Quedaron mudos, silenciosos, agobiados por ese vértigo de memorias terribles, fantasmagoría del cerebro á la luz de un arrepentimiento tardío.

—Sí, dijo la emperatriz interrumpiendo aquel lúgubre silencio, yo lo quiero y partiré.

—Hay en tu voluntad algo inflexible que yo no puedo dominar. Las contrariedades me rodean, tú misma me lanzas á una situacion difícil y que yo no puedo afrontar. Hace algunos dias que he dicho públicamente que era una calumnia de mis enemigos el propagar la noticia de tu viaje á Europa. Tu salida del país desalentará á los defensores del imperio.

—Pues bien, dijo la orgullosa Carlota de Austria, señalando el mapa de México: hay un lugar en el confin del territorio que termina en el Cabo Catoche. Invitaré al cuerpo diplomático para que me acompañe en el viaje.

—Vas á atravesar la zona del vómito.

—Qué importa?

—Bien, dijo resueltamente el emperador, partirás á Yucatan.

VI.

El 20 de Noviembre á las nueve y veintiun minutos de la mañana, el "Tabasco" que encendia sus caldéras desde la madrugada, levantó anclas llevando á bordo á S. M. la emperatriz, haciendo rumbo á la Península de Yucatan.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

Un trono sobre un monte de oro.

CAPITULO PRIMERO.

EL PRIMER SÍNTOMA.

I.

Desde la horrible hecatombe de Uruapan, la revolucion se habia levantado poderosa. Herida en su corazon por la muerte de sus valientes hijos, aceptó por completo un duelo á muerte, sin misericordia.... era necesario jugar el todo por el todo!

La crísis europea soplaba el fuego revolucionario, y ya nadie desconfiaba de un éxito, cuyos primeros vislumbres llegaban de dondo cuatro años antes surgia la tormenta intervencionista.

El ensayo monárquico habia abortado, solo los intereses altamente comprometidos sostenian una situacion que se derrumbaba al soplo omnipotente de una nacion en sus esfuerzos heróicos por sàlvar su independencia.

La crísis era terrible, las tinieblas se habian disipado, y todas las esperanzas se desvanecieron como los celajes de la tarde al viento de la noche.

El coloso americano habia tirado su guante sobre la arena del mundo y desafiado á la Europa entera.

La Francia habia recogido ese guante, para.... es necesario decirlo de una vez, para ponerlo humilde y rendida sobre el bufete del Capitolio.

En las aguas del Bravo, en ese torrente tumultuoso que marca los límites de la república, se dió el primer espectáculo, en que la suerte del imperio quedó resuelta en el porvenir definitivamente.

Una cañonera francesa fué atacada por los americanos desde las orillas de Brownsville.

El pabellon frances flotando sobre aquella miserable barca, tenia tras sí treinta y tres millones de hombres dispuestos á hacerse matar por la honra de su bandera.

Así lo ha visto el mundo entero, así lo esperaba la generacion contemporánea.

¡Fragilidad humana!

La señora del viejo Continente, la que decide sobre su carpeta de los destinos de Europa, pasó por alto el ultraje al pabellon de Montebello, Inkerman y Sebastopol!

Algo de terrible encontraba el orgulloso Bonaparte, para que en sus lábios se detuviese el grito de guerra, ese grito asolador que hace estremecer á un hemisferio..

La doctrina Monroe se enseñoreaba en el mundo de Colon.

La francia, el imperio, la complicidad europea, todo desaparecia, todo, cayendo el telon sobre aquel espectáculo sangriento!

El Canadá, y ese grupo de islas que se llaman las Autillas, ven desde entonces escrito sobre el libro de su porvenir, la palabra *independencia!*

II.

Los agentes del decaido imperio que tenian acceso en los altos círculos de la política, habian avisado al archiduque que el gobierno de la Union mantenia una correspondencia activa con el gabinete de las Tullerías, referente á los asuntos de México.

Maximiliano estaba inquieto terriblemente y solicitaba el ausilio de su hermano José II, que lo veia naufragar en la mas espantosa de las catástrofes.

El emperador de Austria no podia hacer nada por su desgraciado hermano; porque la guerra con Prusia en la cuestion del Lombardo Veneto,

estaba al estallar, y ya el *Cuadrilátero* estaba en jaque por los inventores del *fusil de aguja.*

El mariscal Bazaine habia enfriado sus relaciones con Maximiliano, comenzando á poner en juego una política oscura, que tendia á desprestigiar al imperio y á echarle encima la revolucion que se hacia formidable por momentos.

El mariscal, sin contar con el emperador, hacia canges de prisioneros y conservaba relaciones con los republicanos.

Algunos acusan á Bazaine de haber querido sustituir á Maximiliano pretendiendo que la Francia siguiera por su cuenta el negocio de la *conquista.* Esto no es creible, porque Bazaine estaba al tanto de lo que pasaba, y ese plan que se le atribuye era de todo punto irrealizable.

III.

El que quiera tomar el pulso á una situacion, diríjase á la Bolsa de Paris y determinará el diagnóstico.

Los bonos de los empréstitos de Miramar y Paris, estaban en baja tan absoluta, que á ningun especulador se le ocurria proponerlos ni en el negocio mas descabellado.

La prensa, que no se manifiesta sino en los momentos dados de la crísis, sostenia á voz en cuello que el imperio mexicano no se habia sentido desde su nacimiento mas fuerte ni mas prestigiado.

Los bonos desaparecieron en la Bolsa pasando al archivo del olvido, y registrándose en ese inmense catálago de la *bancarota.*

Cuatro notabilidades hacendarias de la Francia, habian venido á México para arreglar el pago de la convencion y la deuda por gastos de guerra y permanencia de las tropas francesas en México.

El marques de Montholon renunció á su obra y se marchó de ministro á los Estados Unidos, sin haber tenido tiempo de esplotar todo ese juego de chicana iniciado por Saligny en su consorcio con el agiotage y el peculado.

Mr. Corta, que creia nadar en ondas de oro, se acaloró de tal manera que perdió el juicio y fué á hablar de sistemas hacendarios á Bicetre.

A Mr. Langlais, á consecuencia de sus trabajos, y de leer tanta *reclamacion* absurda, le atacó apoplegía, y esa lumbrera de la *combinacion*

cuyas luces no alumbraron un solo espediente, tornó en un ataud á la corte de Vincennes.

Mr. Danó, cuya capacidad no alcanzaba ni á comprender las estafas y robos de la casa de Jecker, se dedicó á otro negocio mas productivo.

Sacó de las rejas de un convento doméstico, á una de las señoritas mas recomendables de nuestra sociedad, y un dote que asciende á un *millon de pesos*, sacado de las entrañas del *Real del Monte.*

En cuanto á Castelnau, seguramente hizo muy poco en su mision diplomática, porque en el saqueo de las aduanas cada uno de los comisionados tiraba con toda su fuerza, dando el espectáculo que presentó *Lorencillo* el pirata, en su asalto á la heróica Veracruz hace dos siglos.

Los ministros plenipotenciarios de Napoleon, hacian *negocitos* particulares, que Maximiliano sabia y toleraba por su situacion que era crítica, á pesar de los *diez mil quinientos pesos*, que modestamente aceptaba dia á dia del tesoro mexicano.

El pais habia caido en las redes de la conquista y le saqueaban con mas descaro y menos rubor que en el siglo XIV.

Especuladores y caballeros de industria, llegaban á nuestras playas, mas miserables que esas caravanas de árabes que van á la tumba que se venera en la Meca, ó esos infelices españoles cruzados que á su regreso de la Palestina llenos de lepra y cubiertos de harapos se dirigian á Santiago de Compostela en el tiempo de las Cruzadas.

A los pocos dias de su arribo, ya eran oficiales y pendia de su cuello una cinta con la cruz de la órden de Guadalupe, y ya veian por sobre el hombro (como suele decirse) á los mexicanos.

Todos los aventureros referian grandezas, todos eran príncipes y condes y marqueses con rentas fabulosas, y que solo venian á México por consolidar la paz y el bienestar de los antiguos aztecas.

Ese protocolo de absurdos, encontraba una sonrisa de desprecio y de burla sangrienta.

Esos parias del universo, esos perdularios cosmopolitas, acompañarian á Maximiliano hasta el último dia del presupuesto.

Desaparecieron con el último prorateo.

Algunos se fugaban con sueldos adelantados al husmear el norte revolucionario.

Despilfarro en los fondos públicos, desórden en la administracion, insuficiencia para la organizacion del ejército, cobardía, favoritismo, vacilacion, impopularidad, eran los elementos que determinaban patentemente la

caida del imperio, sin contar con la revolucion intestina y las dificultades del esterior en el mundo de la diplomacia.

IV.

El desgraciado archiduque de Austria se paseaba inquieto por el salon de su despacho, la mañana del 5 de Febrero de 866.

En su semblante descompuesto se notaba que la noche la habia pasado en vigilia, y que algo grave lo tenia en esa excitacion febril que lo devoraba.

El alambre telegráfico anunció el 1. ° de Febrero, que á bordo del "Sonora" venia un emisario del emperador Napoleon trayendo notas importantes dirigidas á S. M. Maximiliano I.

El emperador señaló la mañana del 5 para la audiencia, y esperaba con ánsia la llegada del personaje.

Algo sospechaba Maximiliano despues de las noticias comunicadas secretamente por sus agentes en Washington.

A pesar de sus cavilaciones, se resistia á creer que Napoleon lo abandonase en tan críticos momentos, y que su hermano viera con indiferencia estallar la tormenta que rebramaba en el horizonte político.

Dieron las doce en el reloj de palacio.

La puerta de entrada á los aposentos interiores se abrió, apareciendo en su dintel la magestuosa figura de Carlota de Austria.

—Tras estas cortinas, dijo á Maximiliano, escucharé esa conferencia que va á decidir de nuestra suerte en América.

—Estoy terriblemente preocupado, dijo el archiduque, y sacando su reloj, observó que habian pasado dos minutos de la hora. Este es mal agüero, esclamó; la inesactitud me anuncia que las noticias de la corte francesa no son de las mas plausibles, este enviado se me impone de antemano con su tardanza.

Carlota estaba demudada y en sus ojos brillaba una mirada sombría. La nieta de Luis Felipe sentia rebelarse todo el orgullo de su sangre. Estaba terriblemente contrariada.

La puerta se abrió.

—S. E. el mariscal Bazaine y el señor baron de Saillard, anunció el chambelan.

El emperador inclinó la cabeza.

El chambelan se retiró.

—Es necesario, dijo la altiva princesa, que escuches con calma cuanto el enviado frances pueda decir; nada que revele la situacion en que nos encontramos; manifiesta la fe acendrada que poseemos sobre el establecimiento del imperio, fiados en la voluntad del pueblo..

—Sí, murmuró Maximiliano, apenas tengo valor para callar ante esa trama infame, que tiende á sacrificarnos.

—Valor! esclamó Carlota, y se ocultó tras las cortinas del gabinete.

V.

El mariscal Bazaine y el enviado de Napoleon se adelantaron.

Maximiliano tendió la mano á los dos personages y los invitó á tomar asiento.

—Se encuentra bien, dijo á Saillard, la familia imperial de S. M. Napoleon III?

—A mi salida de Francia gozaban de salud SS. MM. y el príncipe imperial.

—Espero, dijo Maximiliano, entrando de lleno en la cuestion, saber el asunto que motiva la presencia en la corte de México del señor baron de Saillard.

El mariscal Bazaine y el baron cambiaron una mirada de inteligencia.

—Señor, dijo el enviado de Napoleon III, la Francia ha ayudado al imperio mexicano hasta donde le ha sido posible, con sus armas, con sus fondos, y sobre todo, con su prestigio. Desde la convencion de Lóndres tomó un empeño decisivo por la salvacion de este hermoso país. Al quedarse sola despues de los convenios de la Soledad, afrontó por completo la situacion; y su bandera, sola, llegó á enseñorearse del territorio mexicano. Vuestra Majestad sabe que el emperador Napoleon invitó á vuestra magestad para la aceptacion al trono de México, y contando con vuestra voluntad y heróica determinacion, os colocó en el escaño de la monarquía.

La cortina tras la cual estaba la emperatriz, se agitó violentamente.

Maximiliano permaneció impasible.

—Ha llegado el dia en que el ejército de la Francia deje para siempre el territorio imperial, y S. M. Napoleon III retirará las tropas en tres

secciones, la primera en noviembre de 66, la segunda en marzo de 67, y la tercera en noviembre de ese mismo año. S. M. me envía á comunicaros esta determinacion.

Hubo un momento de silencio.

—Señor, dijo el mariscal, notificada ya la resolucion imperial, el ejército comenzará á concentrarse inmediatamente.

—Señores, dijo Maximiliano procurando dar á su acento un timbre de serenidad que estaba muy lejos de tener; con la retirada queda el país abandonado al torrente revolucionario; yo espero que S. M. Napoleon III permitirá que al retirarse sus tropas, se vengan sustituyendo con el contingente austriaco que S. M. I. mi hermano ha dispuesto enviar á México á mi servicio.

—Siempre que lleguen á tiempo esos destacamentos y en los plazos que he tenido el honor de notificar á V. M.

—Con ese auxilio, el ejército mexicano y la voluntad de la mayoría de la nacion, cuento para el sostén de la monarquía.

La conversacion no llegaba aún á donde la querian llevar los agentes franceses, que insensiblemente iban colocando al emperador en una situacion apremiante.

—Pienso como V. M., dijo Bazaine: con la ley marcial quedan las poblaciones libres del amago de las bandas disidentes; ademas, la legion belga y la austriaca pueden sostenerse con los recursos que tiene el tesoro mexicano.

—Así lo espero, contestó Maximiliano.

—La Francia, continuó el baron de Saillard, necesita reembolsarse de las cuantiosas sumas que ha invertido en el negocio de la intervencion.

—El empréstito de Miramar y el de Paris la tienen reembolsada en su mayor parte de esas cantidades.

—Por uno de los tratados, México se comprometió á cubrir el presupuesto del ejército espedicionario durante la ocupacion, y hasta ahora no se ha suministrado cantidad alguna.

—Las urgencias del erario no han permitido cubrir la lista militar, pero México satisfacerá íntegra su deuda.

—S. M. Napoleon no exige precisamente en dinero lo que justamente se adeuda á la Francia.

—Ya escucho, señor baron, dijo algo turbado el emperador.

Bazaine lo miraba de hito en hito.

—Puede haber una compensacion que librará á este país de desnivelar su presupuesto y ayudará á sistemar su plan rentístico.

Maximiliano dejaba venir al comisionado de Napoleon III.

—Cuando las naciones cuentan con un vasto territorio que no sirve sino para romper los resortes de su autoridad, pues no puede hacer llegar el alambre telegráfico de su poder á los confines de ese territorio, acaso le convenga acortarlo.

—Seguid, señor baron, dijo Maximiliano.

—Me explicaré con mas precision. México tiene una extension que hace imposible el establecimiento del imperio. Las armas francesas han atravesado el desierto, han llegado á los puertos del Pacífico, han ocupado las principales ciudades de la Sonora, han clavado su bandera allende el golfo de Cortés, en la Baja California; y sin embargo nada han conseguido hasta ahora, todo ha sido estéril, porque la pacificacion solo se ha hecho sentir del corazon do México á la líneá fronteriza del Bravo. La revolucion ha marcado los límites del imperio. Yo olvido esas bandas que campean por el interior como los últimos árabes en las quiebras de las Alpujarras.

Pues bien, señor; si V. M. cede la Sonora y esa raquítica faja de la Baja California, la deuda queda en saldo y acaso la Francia detendrá sus tropas en el territorio.

La cortina volvió á agitarse con violencia.

—¿Es una proposicion vuestra? preguntó el emperador.

—Yo hablo en esta conferencia en nombre de la Francia.

—Señor baron, dijo el emperador, he jurado conservar ileso el territorio nacional, y estoy dispuesto á todas las eventualidades antes que vender un solo palmo de tierra.

—Comprendo, dijo el mariscal, que si se tratara de vender ciudades y campos cultivados, V. M. estaria empeñado en su programa de gobierno; pero cuando se propone la compra de una faja abandonada, de un desierto sin agua entregado á los salvajes, la civilizacion ganaria con una colonia francesa.

—Ademas, añadió el enviado, esta concesion empeñaria á la Francia en una ardua empresa con los Estados-Unidos y acaso el imperio quedaria establecido á perpetuidad. V. M. no conoce aún las notas arrogantes de Mr. Seward, esas amenazas toleradas hasta hoy por ignorarse si la Francia hallaria acogida en sus planes en la corte del emperador Maximiliano.

Levantóse con magestad el austriaco, y dijo con voz sonora y enérgica:

—Decidle, señor baron de Saillard, á S. M. Napoleon III, que si se ne-

cesita para el establecimiento del imperio sacrificar un solo trozo de tierra que pueda caber en el puño de mi mano, estoy dispuesto á caer antes que prestarme á semejante pretension.

Señor mariscal Bazaine, puede S E. desde luego ordenar la concentracion del ejército frances, sin cuidarse de la llegada del contingente austriaco. Estoy al tanto de las notas de la Union americana; sé la manera con que los hombres do la Casa Blanca han tratado al gabinete de las Tullerías; por el mismo paquete en que habeis venido, señor baron, me han llegado las copias de esos despachos, vedlas sobre mi bufete; sé que está resuelta la desocupacion por mandato de Johnson; y no seré yo quien á última hora manche mi nombre con una accion indigna, como la venta del territorio mexicano. La Francia sale de México por fuerza; ha metido el abismo de una complicacion, y rètira su bandera dejándome entregado á una situacion desesperante.

Decidle á S. M. Napoleon, que no me queda mas que mi sangre que sacrificar en aras de esta funesta crísis, y estoy dispuesto á verter hasta la última gota. Desde hoy nada de comun tiene la Francia con Maximiliano I.

Hemos terminado, señor baron. Que el ejército espedicionario se defienda como lo estime conveniente en su peregrinacion al puerto de Veracruz.

—Señor, dijo el baron, no saldré sin decir á V. V. una última palabra.

—Hablad, señor baron.

—La Francia ocupará las aduanas para reembolsarse de su deuda.

—Yo protestaré ante la nacion por ese atentado, ya que no tengo fuerza para oponerme: ocupe por medio de las armas la Francia cuanto quiera: acabe de mancharse ante el mundo civilizado.

El mariscal, trémulo de ira, se levantó, y saludando al emperador salió con el baron de Saillard, que no esperaba ni remotamente oir do labios de Maximiliano palabras tan fuertes, ni espresiones tan altamente ofensivas á la magestad de Napoleon III.

VI.

—¡Bien, Fernando! dijo la emperatriz besando la frente del desgraciado archiduque, que se dejó caer en el sillon abrumado por el torrente de sus pensamientos.

—¡Esto es horrible!

—Aun tenemos elementos para combatir: diez mil hombres reclutados en Austria, servirán de apoyo á nuestro gobierno. Por la primera vez en su vida, José II te tiende una mano protectora.

Maximiliano no respondia.

—Siempre la duda, siempre la vacilacion, murmuró la emperatriz.

—Me abandona ese miserable despues de haber absorbido el dinero de los empréstitos!

—Fernando, estamos vengados! en la Francia se han cuotizado los bonos; los especuladores de aquel país que se lanzaron cómo buitres sobre el tesoro, son los que han fracasado; México no pierde un florin; sí, ellos y nada mas ellos son las víctimas de los manejos de su emperador; porque nosotros suspenderemos los pagos una vez que sus tropas hayan abandonado el territorio.

Aquella inteligencia era el alma de la situacion; una vez estinguida, todo quedaria en el caos y en las tinieblas.

—El César de la Europa! continuó exaltada, el hombre de Inkerman y Sebastopol, el salvador de la Italia! ¡aborto miserable de la traicion y de la infamia! Hoy se doblega cobarde ante el coloso americano; le insultan, le escupen al rostro, lo abofetean, ¡estamos vengados!

—Es verdad, es verdad, repitió el emperador, ¿pero nosotros?

—Nosotros, dijo Carlota, asistiremos al último momento del imperio; la Union ha dicho, que no traerá sus armas al territorio mientras luchen solos los mexicanos; podremos aún vencer ó prolongar cuando ménos la situacion hasta resolver una crísis en que jugamos nuestro destino...... Sí, Fernando, la tormenta es espantosa; para afrontarla es necesario una condicion de hierro, huir de toda vacilacion y no doblegar la frente ante el peligro. La Francia ha roto definitivamente con el imperio; estamos solos, acaso nos favorezca esta ruptura; porque la Francia está odiada, execrada, maldecida, como en todas partes. El pueblo mexicano no nos repele, yo tengo esperanzas grandes para el porvenir.

—Carlota, yo lucho sin fé; he expatriado á los hombres mas odiados de la sociedad conservadora; á Márquez, ese hombre sanguinario, lo he relegado á la Tierra Santa; á Miramon, el héroe de los motines, lo he consignado á la escuela militar de Austria; á Almonte lo he enviado á Francia porque su espionaje me era insoportable.

—Todos esos hombres nos servirán en un momento dado, ellos son de-

masiado serviles para sacrificarse en aras de su ambicion, fingiéndose imperialistas para realizar sus ensueños. No pueden defeccionar; el partido republicano los ahorcaria si tuvieran la avilantez de presentarse en sus filas. Aun podemos arrollar en nuestra caida á medio territorio!

Maximiliano, previendo que su desgraciada consorte podia llegar en su entusiasmo á eso vértigo de locura que lo preocupaba de continuo, se levantó y llamando al chambelan de guardia, le dijo que anunciase la audiencia.

VII.

El mariscal Bazaine y el baron de Saillard se dirigieron á la legacion francesa, y dieron cuenta al ministro Danó del resultado de su comision.

—Malo está este negocio, dijo el ministro, los Estados-Unidos se ponen en guardia, no hay mas romedio que retirarnos.

—Y pronto, antes do caer prisioneros con nuestros sesenta mil soldados; los yankees son otra cosa.

—Es cierto, dijo el baron, Mr. Seward habla en tono muy alto, no haria lo mismo del otro lado del Océano, allí la bandera francesa es omnipotente.

—Mal, mal, repitió Danó; nos queda muy poco tiempo para los negocios; las aduanas no darán lo suficiente para indemnizarnos.

—En estos momentos, dijo el baron, debe estarse ajustando con José II el enganche austriaco; tenemos de vida un año.

Bazaine meneó la cabeza como dudando de este aserto.

Bazaine tenia todos los hilos de la trama, y comprendia que el reclutamiento austriaco era sumamente difícil, vista la oposicion americana.

—Los negocios de la Italia y Prusia, con respecto á la Austria, se complican, y temo que S. M. I. José II, haga los alistamientos por su cuenta y olvide á su augusto hermano en el derrumbamiento de la monarquía mexicana.

—Sí, dijo Saillard, la guerra europea es inevitable, os confiaré un temor fundado.

—Cuál? se apresuró á preguntar el ministro.

—Napoleon, solo por un punto de amor propio, sostiene en México el ejército espedicionario; su carácter frances se rebela contra ese lenguaje

imperioso de los Estados-Unidos; pero la necesidad le hace volver flores por espinas: creed, señores, que la Francia pasa por nna crísis terrible de vergüenza; otra palabra de Jonhson, y todo el ejército saldrá inmediatamente del territorio.

—Estos hombres, dijo Bazaine, se han atrevido á decir que el dia en que se levanten de húmor, enviarán dos gendarmes para hacer desocupar México.

—No es posible sostener una guerra, ese pueblo es muy respetable; acabo de visitar el suelo de Washington, y digo lo que el general Prim: ¡Ay de la nacion que provoque la ira de los Estados-Unidos! La riqueza, el valor, el patriotismo, las virtudes todas qne se requieren para el adelanto y prosperidad de una nacion, tantas cuenta esa raza nueva, cuyos elementos la llevan á un porvenir que absorberá el Continente y hará temblar á la Enropa.

—Estais mny fascinado, señor baron.

—Señeres, palabra de honor que es la verdad cuanto os digo; tended la vista á esos campos talados por la guerra intestina de esa república; á esas rninas de las fábricas y fincas de campo que ayer humeaban en las últimas llamas del incendio; y vedlas ahora alzarse magestuosas con mas elementos que antes de la guerra; los campos están cultivados, y todo anuncia la resurreccion violenta de los Estados de la Confederacion.

—Sì, baron, estamos humillados; la política francesa ha dado un traspies horrible. Julio Favre y Thiers han dicho la verdad.

—Maximiliano comprende nuestra angustiada situacion; sabo qne la permanencia de las tropas es una cuestion financiera, abarcar cuanto sea posible para el reembolso de esas cantidades que arrojan un déficit en el tesoro de la nacion francesa.

—El imperio ya no corre por nuestra cuenta, el emperador alcanza que los Estádos-Unidos nos lanzan del snelo mexicano, y libre ya de la tutela nnestra, nos hnmilla tambien, permitiéndose insultar á S. M., que al fin lo ha hecho representar un papel que en Austria lo estaba vedado.

—Y lo qne es mas aún, salir do todos sus compromisos numismáticos, que eran aflictivos en estremo.

—En todo caso, Maximiliano regresará rico á Miramar, y en este país, qne es el de las resurrecciones, no es remoto qne un dia lo proclamen presidente de la República; el dictador Santa-Anna puede dar fé de estos cambios operados en la política mexicana.

—Señor ministro, dijo el baron, mañana salgo para Veracruz; tomaré el primer paquete que salga para Francia; necesito poner al emperador al tanto de lo que pasa para sus altas resoluciones.

— Os dignareis poner mis despachos en el bufete imperial.

—Despachad esta misma noche la correspondencia; y vos, señor mariscal, disponed la salida del primer destacamento.

—Bazaine guardó silencio, porque en un despacho reservado se le prevenia que no procediese sino á la concentracion de las fuerzas sin hacer embarque alguno de tropa.

Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situacion, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nacion mas orgullosa del Viejo Continente.

VIII.

El baron de Saillard solicitó una última entrevista. Maximiliano se negó á recibirle.

La Francia se divorciaba desde aquel momento del imperio mexicano.

Desde la derrota de Waterloo hasta el 5 de mayo de 62, la bandera francesa se habia paseado victoriosa por el mundo entero.

Desde el advenimiento de Luis XVIII, ninguna transaccion tan vergonzosa se habia hecho por la Francia, hasta el 5 de Abril de 865.

La nota de las Tullerías era algo mas que una transaccion, era el rebajamiento degra ante de una nacion en su impotencia.

Era la derrota, la huida ante el peligro, la arriada de un pabellon hasta entonces lleno de gloria y de renombre, ante el desden insultante de un pueblo fuerte en sus armas y en su derecho.

El mundo entero iba á levantar un aplauso al pasar la vista por esos renglones, mientras la parodia de Claudio Neron apuraba gota á gota el acibar de su locura, la hiel amarga en el cáliz ensangrentado de su ambicion, metido en su Olimpo de Saint Cloud.

El trono sobre el monte de oro estaba próximo á desaparecer.

IX.

El baron de Saillard llegó á Paris el 4 *de Abril*; tuvo una larga entrevista con el ministro de relaciones Drouyn de Lhuys, la noche víspera del memorable dia en que la Francia puso de manifiesto ante el mundo entero su vergonzosa derrota, dándole un triunfo á las dos naciones que la acompañaron en la espedicion filibustera, elevada al rango de Convencion y firmada en el bufete de San James.

El ministro conferenció detenidamente con Napoleon III, y el dia 5 de Abril de 866 apareció en las columnas del *Monitor* la siguiente nota, que por importar altamente á la historia de nuestro país, nosotros creemos en el deber de insertar íntegra en las páginas de este libro:

"Mr. Dronyn de Lhuys á Mr. de Montholon.

Paris, Abril 5 de 1866.

Señor:

He leido con toda la atencion que merece la respuesta del señor secretario de Estado, á mi despacho del 9 de Enero último. El cuidado escrupuloso con que Mr. Seward ha analizado este despacho, y las largas consideraciones que le han movido á hacer la exposicion de la conducta de Francia en los negocios de México para definir las doctrinas que forman la base de la política internacional de los Estados-Unidos, prueban que el gabinete de Washington desea que desaparezca todo juicio erróneo. Tambien vemos allí la prueba de sus esfuerzos para hacer prevalecer los sentimientos de amistad que han cimentado entre ambos países las tradiciones de una larga alianza, sobre las divergencias accidentales é inevitables de las relaciones internacionales. Con tales disposiciones hemos apreciado la comunicacion que el secretario de Estado os dirigió el 9 de Enero último.

No seguiré á Mr. Seward en el desarrollo que ha dado á la exposicion de los principios que dirigen la política de la Union Americana. No creo oportuno ni necesario prolongar, sobre cuestiones de delicadeza ó de historia, una discusion, en que puede diferir de opinion el gobierno de los Esta-

dos-Unidos, sin que peligren los intereses de ambas naciones. Creo preferible atender á esos intereses sin discutir asuntos muy dudosos, y ocuparme, por lo contrario, en las seguridades quo deben establecer la buena inteligencia. Nunca vacilamos en ofrecer á nuestros amigos las esplicaciones que nos piden, y nos apresuramos á trascribir al gabinete de Washington todas las que pueden ilustrarle sobre el fin que nos proponemos en México y sobre la lealtad de nuestras intenciones.

En su despacho de 12 de Febrero último, Mr. Seward recuerda que el gobierno de los Estados-Unidos, se ha ajustado en todo el curso de su historia á la regla de conducta trazada por Washington, practicando invariablemente el principio de no intervencion, y hace notar que nada justifica el temor do que se muestre infiel á tal principio en lo que respecta á México. Admitimos esta seguridad con plena confianza, y hallamos en ella una garantía suficiente para no retardar ya la adopcion de las medidas encaminadas á preparar el regreso de nuestro ejército. El emperador ha decidido que las tropas francesas evacuarán á México en tres destacamentos; el primero saldrá en Noviembre de 1866; el segundo en Marzo de 1867 y el tercero en el mes de Noviembre del mismo año. Tendreis á bien comunicar oficialmente al secretario de Estado esta decision.

Recibid, etc.—*Drouyn de Lhays.*

X.

No conformes aún los hombres de la Union con este triunfo diplomático, al hacer pasar á la Francia por las Horcas Caudinas, contestaron la nota del 5 de Abril en un tono mas arrogante que el usado con los despachos anteriores.

El 23 de Abril, despues de dos dias de recibida la nota, como si la resolucion del gobierno frances no hubiera llenado la medida del deseo del gabinete de Washington, Mr. Seward se limita á acusar al marques de Montholon recibo de su nota, agregando: "El asunto será muy presto objeto de *la detenida atencion* del presidente de los Estados-Unidos."

El porvenir desgarró mas tarde ese velo de reticencias con que se cubrian las palabras del secretario de Andrew Johnson.

CAPITULO SEGUNDO.

EL GUERRILLERO.

I.

Cerraba la noche del 3 de Junio de 866, con una tormenta terrible.

El agua caia á torrentes.

La ciudad de Cuernavaca estaba envuelta en una nube negra como una fantasma del valle.

Como á dos tiros de ballesta de la garita estaban dos hombres sobre unos caballos acosados por la lluvia.

Esos dos hombres permanecian en silencio.

El uno tenia cubierto el rostro con un antifaz, y llevaba una capa de hule y un sombrero de fieltro negro con las alas caidas á impulsos del agua que azotaba sin cesar. Montaba un alazan árabe que relinchaba y se sacudia por invervalos.

El otro ginete era el teniente coronel Pablo Martinez.

Ya no era aquel jóven alegre y campechano que se burlaba de las balas y de los elementos: las desgracias lo habian hecho sombrío, adusto, melancólico, y de un carácter ágrio é insoportable.

Cuatro años de infortunio habian operado esa metamórfosis.

Pablo Martinez habia visto desaparecer uno á uno sus mas queridos compañeros

La muerte de Quiñones le tuvo apesadumbrado durante muchos dias, y el fusilamiento de Nicolás Romero y del general Arteaga, habian vuelto su corazon hácia el lado de la sombra.

Martinez, que antes se distinguia por su misericordia, realzaba por la crueldad.

Era implacable con los enemigos, y á cuantos extranjeros del ejército imperial caian en sus manos, los mandaba fusilar, prohibiendo á sus subordinados le trajesen prisioneros.

Aquel hombre tenia sed de sangre, su alma habia caido en el abismo sombrío de la locura y del despecho.

El nombre de Martinez era un eco de terror que hacia estremecer á las poblaciones.

Los soldados imperiales no dormian cuando el guerrillero acechaba y tenia á las poblaciones en un perpetuo sobresalto.

El arrojo del republicano no tenia límites: bravo en la batalla, y temerario en el duelo personal, no habia mas disyuntiva al encontrarse con él, que morir peleando.

Habia adquirido una práctica tan admirable en los lances todos del sistema de insurreccion, que estaba seguro de no ser sorprendido jamas, y de salir avante en sus combinaciones.

Montaba, como siempre, caballos magníficos y conocedores del terreno.

Martinez no llevaba á la zona fria los caballos de *Tierra Caliente*, porque de seguro le faltarian á la mejor ocasion. Siempre se adheria á los naturales del terreno dondo peleaba.

El guerrillero iba en pos de las probabilidades, y solo contrariado por la fortuna, sufriria un descalabro.

Martinez tenia un defecto gravísimo: desde los primeros tiros se le subia la sangre á la cabeza, y empeñaba la lucha sin pensar en el momento en que el telon caeria sobre la escena.

Hubo vez en que él solo pudiera escapar milagrosamente de la muerte.

Martinez era el brazo derecho del general Riva Palacio.

Próximamente diremos algunas palabras sobre este jóven caudillo, que ha mantenido durante la lucha siempre encendida la tea revolucionaria, como el fuego sagrado de la libertad y de la emancipacion de México.

La amistad que el autor de este libro profesa á Vicente Riva Palacio, hará detener su pluma, y respetando su modestia, no trazará en estos apuntes, hechos que la historia se ha encargado de recojer para trascribirlos al libro de la posteridad.

II.

A corta distancia del guerrillero y del hombre del antifaz, habia un grupo de ginetes.

Dos de ellos son muy conocidos de nuestros lectores.

—Qué casualidad! decia uno de ellos, estoy en el teatro de mis hazañas. Mira, Serafin, tomando la calle recta que comienza en la garita, y junto á esos árboles que están á la salida de la ciudad, quedó muerto el austriaco.

—Sí, dijo su interlocutor, fué un duelo famoso; ¿y la muchacha, qué se habrá hecho?

—Si yo lo supiera, hacia una de Dios es Cristo, me la robaba esta misma noche. Si entramos á Cuornavaca, me acompañarás á la reja misteriosa; si vivo aûn mi beldad desconocida, haremos una de pópulo bárbaro.

—Convenido; yo la llevaré en mi caballo, que es manso por demas.

—No, eso sí no puedo consentir, yo me la robo y yo me la llevo.

—Pero no ves, hombre de mis pecados, que tu caballo tropieza á menudo, y vas á lastimarla.

—Eso no importa, yo pondré mas cuidado que nunca.

—Eres un nécio y va á suceder una desgracia.

—A mí nadie me da consejos, yo sabré hacer con la muchacha lo que mejor me parezca.

—Yo no lo consentiré.

—¿Y quién eres tú para levantar la voz?

—Quien no tiembla ante amenazas!

—Ea, bergantes, dijo uno de los guerrilleros, vais á pelear por una mujer que no sabeis si aun existe!

—Es verdad, dijo Enrique, somos unos locos; mañana que no llueva tanto nos daremos un abrazo.

—Convenido; poro lo del rapto no lo echemos en olvido.

—Imposible; de algo ha de servir andar en la guerrilla pasando estas noches de perros.

—Como que llueve como una catarata.

—Estoy empapado hasta los tuétanos.

—Como no nos caiga un rayo todo está bueno.

—Querido, no ceso de pensar en nuestras hermosas protectoras; te confieso que me iba enomorando sin sentirlo.

—De cuál de ellas?

—De las dos; mi corazon tiene una elasticidad asombrosa; soy una máquina de fotografía; se me graban todas las chicas que se me ponen delante.

—Debes tener sangre de iodo.

—Precisamente; debo tener alguna composicion química, porque todas, literalmente todas, me gustan á rabiar.

—En cuanto á Luz y á Clara tienes razon.

—Y pensar que ese sátrapa del general Fernandez vendrá á llevarse á Luz, es para reconocer el imperio y soplarle á la dama.

—Está apasionada á macha martillo.

—Es una Eloisa, ¡cáscaras! en estos tiempos es una rareza metafísica.

—No te entiendo.

—Ni yo; pero tú debes calcular lo que quiero decir; ¡demonio! ese rayo debe haber caido muy cerca.

—Así parece.

—Aun no nos acostumbramos á esta vida.

—Si esto dura dos años mas me entierran.

—Creiamos morir los primeros dias, y ya ves que nos conservamos con entera salud.

—No sucede así á nuestra ropa; con los faldones de la levita he remendado el pantalon.

—He prescindido de los acicates, puesto que mis botas no conservan ya los tacones.

—Diablo! y á mí me sale la oreja entre el ala y la copa del sombrero.

—Aquella camisa alhuidonada que era mi lujo en la corte, me abandona con la mayor ingratitud.

—¡Y tú que no comprendias la existencia sin los guantes!

—Calla! aquello era tortas y pan pintado; mi cútis se ha puesto tan negro que parezco originario del Congo.

—Mi cabellera se parece á la de Cola de Tigre, aquel famoso comanche.

—Parecemos gitanos, ó peregrinos de la Meca.

Aquella conversacion, llevada con aire de broma, era la historia de toda esa juventud que se lanza á la revolucion, abandonando sus goces y comodidades para aceptar esa peregrinacion de la miseria á la muerte.

La mayor parte de esos jóvenes pertenecen á buenas familias: ceden al espíritu de la época, y aceptan los trabajos consiguientes á la situacion del que se empeña en la tempestad revolucionaria, hasta connaturalizarse con los peligros, esponiéndose á morir en un campo de batalla, abandonado, sin quien reciba su último suspiro.

De esas filas salen los hombres de Estado, se alzan los héroes, y resplandecen esos espíritus luminosos que arrastran en su tránsito una época y una civilizacion.

III.

Habia pasado una hora.

La tormenta se habia alejado con su estrépito terrible en el horizonte, y algunas estrellas comenzaban á destacarse en el fondo del cielo.

El hombre del antifaz y el guerrillero permanecian en silencio.

El teniente coronel Martinez fué el primero en interrumpirle.

—Ha cesado la tormenta, dijo un tanto molesto.

El del antifaz no respondió.

—No sé á qué me has traido; yo cedo á tu influjo desde aquella noche fatal en que dejamos á aquel hombre sepultado en la tumba de la venganza.

El fantasma movió la cabeza.

—Tú, continuó el guerrillero, me has hecho encontrar á mi madre; me indicaste la casa de mi hermana, y hoy me traes á esta ciudad. Aquí vive Guadalupe; ella no me espera, y yo ardo en deseo de estrecharla en mis brazos.

— Plegue á Dios que no te pese, Martinez, dijo el fantasma.

Estremecióse el guerrillero, y un frio glacial discurrió por todas sus venas.

Pasóse un momento de silencio, en que Martinez reflexionaba en vano sobre las palabras misteriosas del personaje, cuando sonó el toque de ánimas en la parroquia de la ciudad.

—Martinez, dijo el fantasma, el hombre ha nacido para las vicisitudes, y es necesaria toda la calma para las horas supremas de la vida. Vas á pasar por una crísis violenta é inesperada.

—Prosigue, dijo temblando el guerrillero; rasga ese velo misterioso que encubren tus palabras, me he familiarizado con el infortunio, nada espero, nada temo.

—Mas al desarrollarse ante tu vistá un drama en que debe haber una victíma, cuida de no herir á un inocente.

—Sácame de aquí! gritó Pablo, quiero algo de luz.

—Marcha á tu casa y cuida de no olvidar cuanto te he dicho; acaso llegues á tiempo; puedes aún salvar la honra de tu hermana y la tuya, Pablo Martinez.

El guerrillero recorrió con sus espuelas los hijares de su caballo, y partió á todo escape con direccion á la casa de su hermana.

IV.

En un pequeño gabinete, adornado con sencillez pero con un gusto delicado, estaba Guadalupe, la hermana de Pablo Martinez.

Aquel aposento revelaba en todos sus detalles el espiritualismo de una alma enamorada.

Sobre unas columnas de estuco, unos jarroncitos de porcelana trasparentes como el hielo, sosteniendo unos ramos de flores naturales que despedian un bálsamo purísimo y embriagador.

Un gran espejo sobre un confidente de bejuco, y frente á una ventana, reproduciendo los árboles del jardin y los celajes del cielo.

Las blancas flores de los naranjos, se asomaban al aposento por la ventana, y servian de pebeteros de azahar, en aquella atmósfera tibia y llena de esencias.

Unas bugías de esperma dentro de unos fanales de un gusto esquisito daban una luz suavísima que reflejaba en el limpio maque del maderámen.

En el cielo del aposento habia un fresco representando la Primavera, derramando una lluvia de flores.

El papel del tapiz era lila y oro.

Habia dos grabados magníficos en los lados adyacentes adonde estaba el espejo.

El uno representaba el puerto de Trieste, y el otro el castillo de Miramar.

Estos cuadros habian sido un regalo del capitan á Guadalupe.

Los muebles eran de bejuco, como se estila en los lugares donde el sol es abrasante.

Despues de un momento de contemplacion amorosa, acercóse la jóven á su amante.

—Capitan, estás triste, dijo, tomando entre las suyas la mano del austriaco.

—Si supieras, alma mia, que los instantes que paso á tu lado son los únicos felices de mi vida!...... Sí, Guadalupe, yo olvido mis pesares con tu amor...... es tan dulce olvidar las inquietudos de una suerte siempre contraria y hallar este remanso de felicidad!

—Mi cariño es inmenso, dijo la jóven; yo quiero vivir con tus pesares, me parece que partiéndolos conmigo se disminuyen, yo tengo lágrimas que verter.

—Pobre niña! tú has aceptado un porvenir quo va á parar en un abismo.

—No te quiero así, ¿por qué ol cielo nos ha de negar una felicidad soñada tanto tiempo? pronto seré tu esposa, ¿no es verdad?

El jóven inclinó la cabeza y una lágrima se deslizó de sus pupilas, como el amargo jugo del corazon.

—Yo espero ese dia, continuó la jóven, con ansia; porque mi amor ya no cabe dentro do mi alma.

—Guadalupe, tú sabes que yo cumpliré con los deberes que me impone este amor que te profeso, si el infortunio no abre una tumba á mis piés.

—A qué pensar en la desgracia? yo quiero que vivas para mí, porque la felicidad no la concibo si no es á tu lado; porque tambien tú me amas ¿no es cierto? ¿No es verdad que me amas mucho?

—¡Con el corazon! tú eres toda mi esperanza, todo mi orgullo! Guadalupe, tú no sabes toda la paz que se difunde en mi existencia cuando estoy bajo este techo, aquí llega dulcemonte el recuerdo de mi buena madre á quien miro todavia sepultada en el dolor por mi ausencia.... ¡hora terrible! allá en el palacio rodeado de mis hermanos me suplicaba que no dejara las playas natales porque so moriria de pesadumbre.

—¿En el palacio? preguntó con estrañeza Guadalupe.

—Sí, dijo el jóven, como yo soy de la guardia imperial, allí fué mi infeliz madre á despedirse. Estos recuerdos de familia no los he sentido tan palpitantes como ahora; me parece que he vuelto á los primeros años en esos dias felices en que el hogar es como el nido para las golondrinas,

en que todo se ve color de rosa, en que la juventud se despierta á la alborada de las ilusiones y á los sueños de la gloria y de la ambicion.

Detúvose el jóven al pronunciar esta palabra como tocado por un resorte.

—La ambicion! la ambicion! es la vorágine que todo lo traga, que todo lo devora, es el fatalismo de la existencia: sí, Guadalupe, yo me he sentido arrastrar por ese torrente, y ya no puedo contenerme; mis piés se resbalan entre sangre y voy en una pendiente horrible; porque yo tengo delante todas las víctimas sacrificadas á la ambicion!..... allá, más allá de los mares que tocan las playas europeas, hay tumbas abiertas de cuyo seno se levantan gritos de venganza, anatemas é imprecaciones!..... la sangre de las víctimas salpica la corona, y el manto imperial está manchado. Tú ignoras que tu suelo pátrio es un cementerio que está tapizado de víctimas inmoladas tambien en aras de la ambicion..... no, vivir así es aceptar el infierno, abdicar del corazon, arrancarse las entrañas! Dios marca al hombre con la sangre que derrama, y el dia de la justicia eterna tiene de aparecer en el horizonte de la vida!.....

—Pero tú no has matado á nadie! gritó Guadalupe: tú como soldado has combatido por tu bandera sin que tu mano haya firmado nunca una sentencia de destruccion y aniquilamiento. Entre un soldado que lucha en los campos de batalla, terreno del honor, y un rey que en el silencio de su cámara ordena la muerte y exterminio, hay un abismo.

—Escúchame, capitan, tú no has nacido para la guerra; tú corazon no se ha podido encallecer en los campamentos, la sangre te horroriza, la muerte te causa pavor, vuelve tu espada al emperador, y viva nos en el silencio de una existencia tranquila.

—Imposible, estoy en tierra extraña, el pueblo nos detesta, odios y rencores nos asaltan por todas partes, el puñal nos acecha, nuestro paso marcado por la destruccion no cosechará sino desgracias!

Guadalupe inclinó la frente y comenzó á llorar en silencio.

El jóven se paseaba á largos pasos en el aposento, estaba delirante, impresionado.

Sostenia una lucha terrible con el mar inquieto de sus ideas, y no se apercibia de lo que pasaba en su derredor.

Al pasar por la puerta que daba al jardin, avanzó algunos pasos en busca del aire fresco de la noche, sentia abrasarse su sangre y sus siones latian violentamente.

Volvió su vista hácia el aposento, y contempló á Guadalupe, á aquella

hermosa niña á quien amaba entrañablemente, ocu toda la inteusidad de su alma.

—Tú, dijo eu lengua alemana, eres la flor cortada junto á mi tumba, tu aroma caerá como una nube perfumada sobre mi losa, cuaudo yo haya desaparecido, amor de mi corazon!...... ¿Qué harás sola eu el mundo cuando yo haya desaparecido eu los mares de la adversidad, cuando tus ojos se abran á la luz de una realidad espantosa!...... mis preseutimientos uo me hau cngañado nunca...... he sentido sobre mi freute batir el ala do la muerte...... estoy sentenciado en el porvenir!...... ¡Infeliz de tí! ¡infeliz de tí!

Despues balbuceó algunas palabras más.

Decirla que la he engañado, que este amor no tiene mas porvenir que el crímen...... ¡El crímen!...... uo, yo no empañaré nunca la pureza de esa frente virginal, ui abriré á sus piés el abismo de la desesperacion..... la *muger blanca* no será ajada por el aliento impuro de la seduccion!

Echóse á andar con precipitacion por los senderos del jardin.

Despues se detuvo en ese ardor febril que lo dominaba, recargóse al tronco de un árbol, y allí solo, ante Dios y la adversidad, dió rienda suelta á sus dolores, espresion de llanto en las horas opacas de la tribulacion.

V.

Guadalupe permanecia con las manos enclavijadas sobre el pecho, pálida y aterrada.

Oyóse el estrépito de un caballo que penetraba en el patio de la casa, y á pocos momentos se presentó en la puerta del gabinete el teniente coronel Pablo Martinez.

Buscó en derredor algo quo ni él mismo sabia, y sus miradas se detuvieron al fin en su hermana Guadalupe.

—Quién es, preguntó asustada la jóven.

Acercóse el guerrillero sin responder, y mostrándose á su hermana, la dijo:

—¿No me oonoces?

Tres años habiau mudado completamente la fisonomía de aquel hombre; su barba y su cabello estaban crecidos, su faz quemada por el sol, y su traje hecho girones, le daban el aspecto de un bandido.

Guadalupe conoció el acento de su hermano, y se precipitó en los brazos de Pablo sollozando de temor.

—Te vuelvo á ver, dijo el guerrillero, despues de tantos años... acércate á la luz, ¡qué hermosa estás! ¿has sufrido mucho? tus colores bellísimos se han tornado en una palidez intensa; pero estás hermosa como siempre. Háblame, yo quiero escucharte, voy á partir muy pronto y no quisiera perder un momento..... no llores, Guadalupe, vamos, bésame la frente, está cubierta de polvo, no importa! tú me quieres mucho y yo te amo más que á mi vida. ¡Qué ojos! ¡qué lábios! Guadalupe, hermana mia, yo estoy loco, he pensado en tí todos los dias, á cada hora, te traigo mis ahorros, mira, este cinturon está lleno de onzas de oro, todas son tuyas, yo las he ganado una á una para tí, tómalas, indemnízate de lo que hayas sufrido. Yo debo marchar á la campaña, entre tanto, nada te faltará, yo velo por tí, y si muero te queda Dios que no se olvida de los desgraciados: ¡pero qué guapa estás! vuelve en tí, soy un bárbaro con haberte dado esta sorpresa, ríñeme, Guadalupe, pero deseaba verte y he entrado sin saber qué me hacia.

Guadalupe estaba poseida de terror.

El guerrillero se habia olvidado de las palabras terribles del fantasma.

En aquel momento era completamente dichoso.

—No, continuaba, tú no debes estar quejosa de mí; ni un solo dia se ha pasado sin que yo haya pensado en tí, ni pronunciado tu nombre.... mira, Guadalupe, hasta mis enemigos saben este cariño; cuando alguno cae prisionero, basta que te invoque para que yo les perdone, tu memoria es sagrada para mí...... óyeme, á tu vista se me olvidaba preguntarte por los últimos momentos de nuestra madre...... dime, se ha acordado de mí? sus lábios pronunciaron el nombre de su hijo?

Guadalupe entregó á Pablo Martinez una carta cerrada en que estaban las últimas disposiciones de aquella mujer.

Abrióla el guerrillero, y leyó con violencia y en voz alta: «Pablo, tu hermana está entregada á un amor imposible, sálvala de la deshonra que la amenaza, la dejo sola en el mundo, entregada á una pasion, cuyo porvenir me espanta....

—¡Desgraciada! gritó el guerrillero, y sacudió violentamente por el brazo á aquella infeliz criatura.

Despues poseido de furor, continuó la lectura:

«Me han amenazado con tu muerte si revelaba el secreto del hombre á

quien ama Guadalupe, no me atrevo ni aun en estos momentos á descubrirlo, me parece que llevo un puñal á tu corazon!..... Pablo! hijo mio! salva á tu hermana, es la última súplica de tu moribunda madre, próxima á la eternidad...... adios!»

Guadalupe comenzó á temblar horriblemente, sus rodillas flaquearon y cayó al fin, trémula á los piés del guerrillero Pablo Martinez.

—Qué has hecho! gritó Pablo creyendo en la deshonra de su hermana.

—Perdon! exclamaba Guadalupe conteniendo el llanto que ahogaba las respiraciones de su pecho.

—Estoy por levantarte el cráneo, miserable; qué has hecho de tu honor?

—Oyeme, Pablo, por compasion, y despues atraviesa mi corazon con tu acero!

—Qué puedes decirme que borre esa mancha que has arrojado en mi frente y la tuya!

—Serénate, y si quieres perpetrar una venganza, aquí estoy; pero escúchame, ten misericordia de esta mujer desventurada!

—Dios mio! exclamó Pablo Martinez.

Era la primera vez que aquel hombre volvia una súplica al cielo.

—Yo soy inocente, decia con ardor la jóven; pero si quieres derramar mi sangre que es la tuya, yo moriré tranquila...... no esperaba despues de tanto infortunio, hallar la desesperacion y el desprecio del único ser á quien he amado desde que nací; porque tú, hermano, has sido el todo para mí, mis recuerdos y mis esperanzas...... tantos años de soledad y de tristezas, y siempre pensando en el dia en que Dios te volviera al hogar abandonado. Cuando mi pobre madre espiraba, yo lloraba por tí y por mí, y mis lágrimas han corrido sin una mano que las enjugue!....

Pablo Martinez se arrojó sobre una silla y comenzó á llorar como una mujer.

—Guadalupe, dijo el guerrillero, yo tengo la culpa, no debia haberte abandonado á la muerte de nuestra madre; pero yo me he impuesto otros deberes; además, que yo estoy sentenciado, proscrito, maldito!....

Sí, continuó Martinez, yo no podia estar á tu lado, la juventud es el delirio y era fuerza que tú amaras alguna vez, pero.... nó, cualquier hombre se hubiera honrado con tu mano..... ser tu esposo seria la felicidad del mundo!..... y pensar que han abusado de tu candor, es para levantarse la tapa de los sesos!....... Esplícame, háblame por compasion, dime quién es ese hombre, yo haré que se case contigo, y si no, lo mataré como

á un miserable! ¡Burlarse de tí! no, mil veces la muerte, aun tengo aliento en el corazon y seis balas en los cañones de mi pistola.... su nombre, Guadalupe! su nombre!

—Pablo, hace más de un año que un hombre se acercó á las rejas de mi ventana á hablarme de amores; sí, yo le amaba y me resistia á manifestarle mi amor, y sabes por qué?...

Pablo Martinez no respondió.

—Ese hombre era un capitan extranjero.

—¡Rayo del cielo! gritó Martinez, un aventurero, un infame que ha venido á derramar la sangre de los mexicanos, que acaso hubiera hundido su acero en mi corazon!

—Escúchame, él ha venido contra su voluntad, me ha jurado que su espada no se ha manchado jamás con la sangre de nuestros hermanos; desde que me ama no ha entrado en campaña, está siempre al lado del emperador y ha salvado á cuantos prisioneros ha podido.

Un rayo de luz cayó sobre el cerebro de Pablo.

—Comprendo todo! exclamó con dolor el guerrillero. Ese hombre me ha sacado de la prision, ha salvado á Quiñones, y ha pedido por recompensa tu honor! maldita sea la hora en que se abrieron las puertas de mi prision!.... La muerte hubiera sido preferible á la deshonra!.... sobre mi tumba iria á llorar una mujer sin mancha! estoy por devolverle la existencia que tan cara ha costado á tu nombre!

—Te engañas, yo estoy tan pura como al brotar del seno de mi madre al aliento del Criador, tu libertad fué una ofrenda á mi cariño, yo he vuelto de ese corazon encallecido en los combates un ser bueno y compasivo.

—Si ese hombre fuera así, ya te hubiera propuesto un enlace.

—Pensaba haberme llamado su esposa antes que tú pudieras llegar hasta aquí.

—¿Qué espera entonces?

—Yo no he querido entregarle mi mano antes de saber su nombre y su condicion allende los mares.

—Pero el tiempo vuela y la dilacion es la muerte, acaso mañana podrá arrepentirse y entonces.....

—Entonces, dijo la jóven con orgullo, yo bajaria á ese hombre del cielo de mi amor al abismo del desprecio, mi frente puede ostentarse á la luz del sol, ni una sombra de vergüenza pasaria por mi semblante: yo he comprometido mi fé, mi amor, mi porvenir, todo, excepto mi honra!

Tranquilizóse un tanto el guerrillero al aspecto noble de su hermana. Guadalupe continuó:

—No, yo no dudo de su amor; desde que le conozco siempre ha estado lleno de fé y de cariño por mí, soy la depositaria de sus secretos, conozco sus sufrimientos y poseo su alma toda entera!

—Guadalupe, á pesar del peligro de mi existencia, permaneceré unos dias á tu lado mientras se verifica ese matrimonio; yo hablaré á ese hombre á pesar de la repugnancia que me inspiran los dominadores.

—Bien, Pablo, yo le haré llamar, tú le conocerás, y estoy segura de que le amarás como á un hermano.

VI.

Paróse violentamente y penetrando en el jardin donde estaba su amante, gritó:

—Pablo! hermano mio, aquí está!

El guerrillero procurando calmar la agitacion de su pecho dirigió sus pasos adonde su hermana le llamaba.

La jóven le tomó por el brazo.

Levantóse el capitan austriaco quo habia oido toda la conversacion de los dos hermanos, y se adelantó sombríamente al guerrillero.

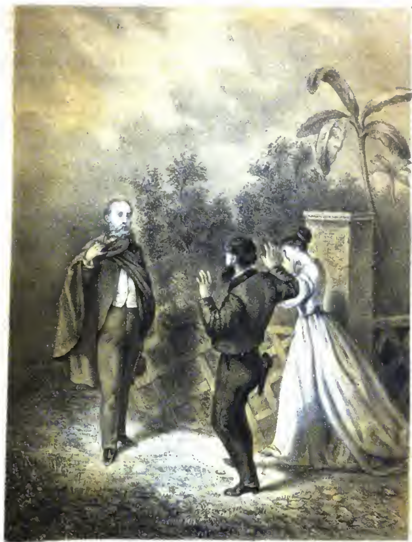
Pablo Martinez fijó su mirada de águila en aquel hombre, llevó las manos al corazon, la sangre se agolpó á su cerebro, un vértigo aturdió sus oidos, y haciendo un esfuerzo supremo, con un grito arrancado del alma, exclamó:

—Maximiliano!...... El emperador!...... y se derrumbó en el suelo rebotando su cabeza como la de un cadáver.

—El emperador! murmuró la jóven y escondió su rostro entre las manos.

VII.

Despues de algunos instantes en que la jóven se hubo serenado, levantó su frente altiva y orgullosa, y dijo á Maximiliano que estaba confuso y avergonzado:



LIT. H. IRIARTE

EL EMPERADOR.....¡MAXIMILIANO!

—Salid, señor, el cielo castiga mi fé burlada; habeis descendido hasta la mentira, salid!

El emperador no respondió, la desgracia lo habia clavado en aquel lugar.

—Me habeis engañado, prosiguió la jóven; no obstante, creo que no estoy rebajada ante vos, no he cedido á la ambicion, no he sido deslumbrada por el brillo de vuestro esplendor, he creido amar á un humilde capitan; sí, porque yo os amaba con todo mi corazon.

—Ten piedad de mí, Guadalupe, el infortunio me sigue á todas partes, tú eras el único refugio de mis desgracias.

—Señor, olvidad que me habeis conocido, nuestro amor es imposible. Y desde este momento, mi pobre hermano que yace tendido á vuestros piés; será mi único amparo en el mundo; si él muere.... me queda Dios.

—Perdon! perdon!

—Si me hubiérais dicho quien érais, mis lábios nunca hubieran confesado mi amor, complaceos en vuestra. obra.... marchad de aquí, mi hermano va á volver en sí, evitad al menos el escándalo.

—Pero yo......

—Ya no os escucho, dejad abandonada á la mujer á quien hicísteis víctima del engaño y de la traicion, nada malo os deseo, señor; pero os suplico que no me volvais á ver.

Maximiliano dejó la estancia de la jóven con la desesperacion del alma que va en el camino de la fatalidad.

VIII.

Levantóse Pablo Martinez, restregó sus ojos como para salir de una pesadilla horrible, puso la mano sobre el revólver y buscó al emperador.

—Dónde está ese miserable? dijo con acento concentrado de furor; aquí se abrirá una tumba en que debe caer uno de los dos.

—Ha salido de aquí para siempre, dijo llorando Guadalupe.

—Hermana, gritó el guerrillero, si yo no hubiera palpado tu inocencia, seria muy infeliz.... yo te vengaré de ese hombre. Marcho á la revolucion, yo lo emplazo para el dia de la venganza.

—Yo le amo todavia!

—No importa, él me ha humillado, ha estrujado vilmente tu corazon.

Guadalupe se abrazó de su hermano y los dos derramaron abundantes lágrimas.

—Adios, dijo Martinez, arrancándose de Guadalupe que lo tenia enlazado por el cuello. Adios, mis soldados me esperan...... júrame no volver á acordarte de ese hombre.

—Lo juro, dijo sollozando aquella infeliz criatura.

Quedóse un momento pensativo Pablo Martinez.

—No, dijo, tomando una resolucion; partamos, dejarte aquí seria entregarte á la merced de ese hombre, y se echó á andar seguido de su hermana, presa de una afliccion horrible.

IX.

Un hombre apostado frente al edificio, oyó el paso de los caballos que salian de la casa de Guadalupe sin percibir á los ginetes, porque la oscuridad de la noche era intensa.

Luego que se hubieron alejado, se dirigió á palacio y entró en el aposento de Maximiliano.

—Señor, le dijo, el guerrillero ha salido de la ciudad.

X.

Habia pasado una hora, cuando el emperador, embozado en su capa salió del palacio y se dirigió á la morada de aquella muger á quien amaba con idolatría.

Estuvo un rato bastante largo frente á las ventanas.

La luz estaba encendida.

No atravesaba ninguna sombra ni se oia ruido alguno.

Acercóse á la puerta, movió sus hojas que cedieron á su impulso.

Penetró, procurando no meter ruido.

Llegó al corredor, llamó á la puerta de la antesala.

Todo permanecia en silencio.

Llamó con mas fuerza y esperó algunos momentos.

Impaciente, penetró en el aposento. Estaba desierto.

Se entró en la cámara de Guadalupe.

—Ha partido! esclamó lleno de amargura, se la han llevado!.... Dios mio, tú me castigas!.... acaso no están léjos de aquí.... mi vida entera por esa muger que es el aliento de mi existencia.

XI.

Salió corriendo á la calle, delirante, encontró á un capitan de su guardia que siempre le acompañaba.

—Drik, le dijo, á caballo al momento, vuela á arrancar á Guadalupe de los brazos del guerrillero; ha partido para siempre, es necesario salvarla!

El capitan echó á andar precipitadamente, montó en su árabe, y acompañado de veinte ginetes, salió á todo escape en pos de Pablo Martinez que ya llevaba una hora de caminar violentamente.

CAPITULO TERCERO.

EL GENERAL EDUARDO FERNANDEZ.

I.

Aquellas chusmas hambrientas y cubiertas de harapos que habian vivido durante cuatro años en la miseria más horrorosa.

Aquellos grupos de hombres que no habian pasado un solo dia sin disparar su mosquete, se organizaban en cuerpos de ejército y ya habian alcanzado multitud de victorias en los campos y sierras de Michoacan, mientras que sus compañeros de los otros ángulos de la nacion, rehacian sus filas y combatian diariamente al enemigo comun, que falto de moral y de aliento, cedia el terreno palmo á palmo en una derrota anticipada.

Porfirio Diaz habia burlado su prision y Oajaca sintió estremecerse al escuchar los cascos del caballo de batalla del jóven héroe.

La frontera estaba incendiada.

Escobedo y los otros caudillos atacaban las plazas y ponian en conflicto al imperio.

Riva Palacio se armaba, y posesionado de los pueblos de Michoacan, se lanzaba con la velocidad del rayo sobre las ciudades, haciendo presas magníficas de hombres que se tenian como el sosten de la intervencion y del imperio.

En el pacífico, Corona, con Granados, Toledo y Martinez, tenía en

jaque á los franceses y amagaba á Lozada, despues de una sucesion de triunfos increibles por la audacia y la pericia militar.

Esto pasaba despues que García Morales y Sanchez Ochoa hicieron huir desmantelada á la magnífica fragata de guerra "la Cordeliere" en las aguas de Mazatlan.

Tabasco no habia visto flotar en sus palacios la bandera de los grifos, y se sostenía heróicamente delante de una escuadrilla sin ceder un solo momento ni abdicar de su credo republicano.

Jimenez, el virtuoso, el valiente, el modesto general suriano, foco donde convergian la juventud y el patriotismo de los hijos del Estado de Guerrero, luchaba en las inaccesibles montañas de esa zona privilegiada; mientras que Altamirano y otros gefes espedicionaban con éxito en toda la *Tierra Caliente.*

Las Guerrillas asediaban la capital del imperio á una legua de distancia, llegando su arrojo hasta el grado de haber esperado bajo los arcos del acueducto á que pasase la carroza de los archiduques para arrebatarlos al trono y llevárselos como una ofrenda al presidente do la República.

Todos aquellos héroes que no pensaron nunca en reconocer al imperio, ni se marcharon fuera del país aterrorizados al choque de las armas francesas, formaban el núcleo de la reaccion republicana, que á pesar de tanta derrota y descalabros se anunciaba vencedora en el porvenir.

La nave de la República llegaba sobre un mar inquieto de sangre á las playas de la victoria.

La diplomacia aun no resolvia la cuestion; pero en México acontecía lo que en el estadio de los griegos, el pueblo conocia á la sola vista de los gladiadores por quien se decidiría el triunfo.

Mientras la Francia sostuviera con sus bayonetas el trono, la guerra se prolongaría indefinidamente.

Luego que ese apoyo faltare, cediendo á su peso de gravedad se derrumbaría entre los escombros de la intervencion.

II.

El sucesor de Abrahan Lincoln, libre ya de los temores de una guerra intestina, habia abierto la cartera de relaciones y resuelto enérgicamente en nombre del pueblo de los Estados-Unidos los asuntos de México, son-

riendo con desden al ver en las notas el candor con que el primer hombre de Estado Napoleon III, había amenazado á la raza anglo-sajona y querido borrar de los protocolos de la Union la doctrina Monroe como habia destrozado el Código republicano el 2 de Diciembre de 852.

Los hombres que se habian comprometido en el negocio del imperio comenzaban á levantar el campo, y los especuladores que dos años antes llegaban en parvadas en pos de los millones del empréstito, tornaban á Europa como las golondrinas á los primeros soplos del otoño.

Estas fugas ponian de peor oondioion los asuntos y desprestigiaban al imperio, haoiendo perder la fé aun á los más acérrimos defensores de la monarquía.

La balanza se inclinaba y ya Paso del Norte comenzaba á verse como la estancia acoidental del presidente de la República.

Corrian muchos rumores acerca del enganche del cuerpo austriaco y la retirada del ejército frances; aunque nada aparecía en los diarios oficiales.

El momento do la crísis se aproximaba, y el imperio, y la república se preparaban, como un piloto al ver una nube en el horizonte, que pronto debe cernirse en los soplos de la tormenta.

III.

El goneral Eduardo Fernandez habia sabido que su novia era dama de honor de la emperatriz Carlota.

Eduardo no había dicho una sola palabra, se propuso olvidar á aquella mujer.

Como todo enamorado, lovantó castillos en el aire, se le figuraba que la corte de Maximiliano ora igual á la de Luis XV, en que el desórden y la corrupcion formaban la atmósfera do Vincennes.

Le parecía ver á multitud de caballeros galanteando á la dama y dándose de estocadas por una sonrisa, por una mirada.

Soñaba con las citas en el bosque de Chapultepec y en los jardines de palacio, billetes amorosos y besos en las manos, serenatas y todo ese escándalo de las cortes europeas.

Si hubiese llegado á las puertas de palacio y hubiera visto unos modestos chambelanes atrojados con el uniforme y las condecoraciones, estar sumisos á la órden del ceremonial, sin levantar la voz ni aventu-

rar una palabra, mudos, como los desgraciados guardias palatinos, temiendo incurrir en faltas de sociedad; como cnando nn indígena se llega al estudio de nn abogado, pareciéndole que va á estrujar las alfombras y permanece confuso en presencia de su patrono.

Si hubiera pasado á las antecámaras de Carlota de Anstria, se hubiera desengañado al ver á las damas hablando en secreto sobre la austeridad de la Emperatriz, y riéndose por lo bajo con el estropeo que del idioma hacian los soberanos.

La verdad exije confesar, quo en los salones jamas hubo una escena indecorosa por lo menos qne llegase al dominio público.

La corte de los archiduques no podia semejarse á las europeas, estaba pobre como la de *Enrique el Doliente.*

IV.

Ednardo estaba en una desesperacion horrible.

Mientras mas parecia alejarse aquella mujer que era el sueño de su cariño, mas acrecia su pasion.

Los celos le devoraban.

Un dia recibió carta de Luz: hizo un esfuerzo supremo y la qnemó.

Habian pasado algunos meses, cuando uno de sus soldados que habia caido prisionero en poder de los imperiales, se le presentó en su alojamiento.

—Mi coronel, le dijo, traigo cartas de México.

Aqnel soldado ignoraba el ascenso á general.

Ednardo tomó nna carta sellada con lacre negro.

Reconoció la letra de Luz.

Su corazon dió un vuelco terrible.

—Este lacre negro, dijo para sí será porque ha muerto el señor Fajardo, es un enemigo menos. Puede qne doña Canuta sea la difunta, entonces la ganancia es más grande. Pero yo no debo abrir este sobre, esa muger me ha humillado, yo necesito arrojar lejos de mí este papel, y sacando la cartera lo guardó con gran cuidado.

Aquel capricho de amante, lo salvó por aquel momento de recibir una intensa y terrible pesadnmbre.

La carta de Luz decía así:

"Eduardo:

Con el corazon ahogado en lágrimas te escribo estos renglones.

Has pagado el tributo doloroso que la naturaleza nos impone á los hijos.

Tu buena madre ha dejado de existir.

Yo me he creido siempre su hija y cumplido con mis deberes.

La he llorado por tí y por mí.

Adios! si en estos momentos supremos de tribulacion, te puede servir de consuelo el recuerdo santo de mi cariño, no olvides que te amo mas que nunca.—*Luz*."

En el mismo sobre venia una carta escrita en los últimos momentos, por la mano trémula de la madre del guerrillero.

"Hijo mio:

Las aflicciones de que he sido víctima estos cuatro años, han acabado por abrir mi tumba......ya no me volverás á ver!......

Dios me ha enviado un ángel que reciba mis últimos suspiros, ese ángel de bondad es Luz, de cuyo amor no puedes dudar.

Esa pobre niña me ha hablado siempre de tí, alimentando una esperanza que hoy se pierde en mi sepulcro .....mis lábios no volverán á posarse sobre tu frente!.....

Voy á decirte mi última palabra.

Si quieres que yo baje tranquila á la tumba, ofréceme que Luz será tu esposa, esta es mi voluntad; es la voluntad de quien te ha dado el ser y te consagra todo su amor en los postreros instantes de su existencia.

Adios, hijo mio!......sé bueno, no viertas la sangre de tus semejantes......desde aquí te bendigo......yo......"

La carta estaba interrumpida.

La mano que habia trazado aquellos renglones se había paralizado.....

La muerte no permitió á la madre estampar su nombre, donde los lábios de su hijo se acercaran con angustia y veneracion.

V.

El pobre soldado ignoraba su desgracia, no sabia que al llegar á México encotraria su hogar abandonado; ¿quién le devolveria á la madre de su corazon?

Cuando llegase la hora halagadora del triunfo, cuando todos tornaran al seno de sus familias, ¿qué haria el pobre guerrillero solo en el mundo, sin aquella sombra bienhechora que lo habia amparado en los dulces años de su niñez y en las tormentas agitadas de la juventud?

Aquella madre abandonada, foco de aflicciones continuas, de dolores sin nombre, era una de tantas víctimas ofrecidas en el sangriento altar de la revolucion.

VI.

Eduardo estaba algo tranquilo, acariciando aquella carta, luchando con el deseo inmenso de abrirla.

¡Sarcasmo terrible del destino!

Aquella cubierta era una arca en que estaba depositado un mundo de dolor y de lágrimas, y aquel hombre creia que guardaba el cielo de su amor y de sus esperanzas!

—Mi general, dijo un ayudante, tenemos dos *altas* en el regimiento.

—Está bien.

—Un anciano que trae á dos jóvenes quiere hablar con usted.

—Que pase.

Un hombre como de cincuenta años, estenuado, con la barba crecida, traia á dos jóvenes que desde luego se notaba que eran gemelos.

El parecido era admirable.

Los dos tenian la misma estatura, los ojos negros, la frente despejada, la nariz correcta y un bozo determinado.

Aquellos jóvenes interesaron vivamente al general.

—¿Qué se ofrece, señores?

—Presento al señor general, dijo el anciano, á estos dos niños que quieren servir en el ejército republicano.

—¿No es usted su padre?

—No, señor; me fueron confiados desde su nacimiento, los he cuidado como á mis hijos.

Los jóvenes abrazaron al anciano.

—¿Y qué motiva esta presentacion?

—Señor, dijo uno de ellos, mi padre que está presente y que es el único á quien reconocemos, no puede ya trabajar para mantenernos. Las haciendas están abandonadas y no es posible cultivar los campos.

—Además, dijo el otro gemelo, que deseamos servir á la causa de la independencia, hemos creido hacer carrera, tenemos valor y deseamos distinguirnos.

—Sobre todo, añadió el primero, devolver á nuestro buen padre los sacrificios que ha hecho por nosotros.

El anciano se puso á llorar.

—No tema usted, buen hombre, dijo Eduardo, declaro mis ayudantes á estos dos muchachos, yo los cuidaré mucho y sacaré unos hombres de provecho; vuelva usted á su casa, donde le remitiré la mitad del sueldo.

—Todo! gritaron á la vez los gemelos.

—Los arranques de estos muchachos, pensó Eduardo, se parecen mucho á los de mi querido Pablo Martinez.

—En la órden del dia se dará á conocer á Juan y Simon Torreños, como ayudantes del general de brigada Eduardo Fernandez.

CAPITULO CUARTO.

DOS LOBOS.

I.

El teniente coronel Martinez comprendió desde luego que seria seguido con tenacidad por los agentes de Maximiliano, una vez que se supiera la ausencia de Guadalupe.

El gerrillero no se habia engañado.

El capitan austriaco y su gente tomaron el ca nino que les pareció mas probable que hubiera elegido Pablo Martinez, mientras éste se dirigió á todo escape rumbo á la ciudad de México, hasta detenerse en San Agustin de las Cuevas.

II.

San Agustin Tlalpam es uno de los pueblos mas hermosos del Valle de México.

La ciudad está escondida en un grupo de peñas y de árboles.

Parece un nido entre las ramas de un fresno.

Su paseo del *Calvario* es bellísimo.

Sobre las lomas cubiertas de verdura hay una capillita, y á corta distancia se levantan los magníficos edificios de la fábrica de hilados, como un palacio encantado.

Por las noches se vé todo iluminado y se percibe el ruido del agua sobre la rueda motora, que aseguran ser la *segunda del mundo* en sus dimensiones.

La ciudad despide al pasajero que sigue rumbo para México, en una calzada de árboles frondosos que se prolonga un cuarto de legua.

Aquel suelo encantado está cubierto de flores y atravesado por manantiales purísimos que se saturan en las matas profusas de la zarza.

Allí todo es frescura, aromas, brisas y flores.

Tlalpam es el paraiso del Valle.

La querida del primer emperador, llevó la corte á aquel sitio pintoresco, estableciendo una lujosa *feria*, en cuyos dias se daban bailes magníficos y se jugaban al azar fortunas cuantiosas.

Desapareció el primer imperio y con él ese boato proverbial.

Queda hoy la caricatura de aquellos tiempos fabulosos.

Las *partidas* donde se ostentaban raudales de oro, quedan sustituidas por garitos inmundos donde se escamotea hasta una miserable suma.

El vicio del juego absorbe la feria, las demas diversiones quedan suprimidas, dejando en pié esa farsa sangrienta y ridícula de la lid de gallos, en cuyo teatro se dejan conocer las notabilidades en la fullería y la estafa.

La autoridad ha levantado aquella carpeta enmohecida, y la ciudad que se alimentaba con el oro de la *feria*, amenaza ruina.

Si un dia vuelve la vista hácia las fábricas que viven de sus aguas, encontrará en el trabajo una reconstruccion.

III.

San Agustin abrigó á los guerrilleros de la revolucion reformista.

Aureliano Rivera tomó en esa ciudad su nombre y su prestigio, como otros héroes de la época de la *insurreccion*.

En el tiempo á que se refieren estos apuntes, Tlalpam presentaba un aspecto sombrío.

Todas las jóvenes que como aves del verano dirigian su vuelo á sus flo-

ridos campos y á sus bosques frondosos, se habian alejado al turbarse la pureza de la atmósfera, con el humo de la pólvora y el vapor de la sangre.

Tres prefectos babian sido asesinados.

Varias versiones corrian sobre estos asesinatos, creyéndose por algunos que todo habia sido accidental y ageno á la política.

El hecho es que tres autoridades habian pasado á mejor vida en un interregno demasiado corto, y que Tlalpam era la capilla de los procónsules del impero.

IV.

El general D. Tomas O' Horan, fué cnviado á Tlalpam para contener los avances revolucionarios.

Si O'Horan no hubiera bajado á la tumba, llevando en su frente el sello de la justicia humana, daríamos algunos rasgos notables de su biografía.

Nuestra pluma se detiene ante la tumba, sobre esa piedra está el ángel de la justicia de Dios.

O'Horan era republicano, y circunstancias particulares lo obligaron á servir al imperio.

Una vez abrazada esa causa, era inexorable.

Educado por el asesino de Tacubaya, entraba sin temor en esas saturnales de crímen y de sangre.

O'Horan estaba receloso, tamia ser asesinado por los republicanos, y procuraba fingirse amigo de los juaristas, diciendo en sus conversaciones íntimas, que solo servia al emperador, pero que detestaba á los franceses.

Las guerrillas llegaban á inmediaciones de San Agustin noche por noche.

O'Horan habia fusilado á multitud de personas, entre ellas, á un doctor Muñoz, acusado de complicidad con Vicente Martinez, otro guerrillero del mismo apellido que nuestro conocido y amigo.

Tlalpam estaba aterrorizada.

A un lugar donde se arrojaban los cadáveres de los fusilados, le llamaban *El campo de los muertos.*

La corte marcial tenia un padron para calcar sus sentencias, y la sangre empapaba aquel lugar otra vez de placer y regocijo.

La prensa se complacia en publicar los partes, aplaudiendo sobre aquellas ecatombes que provocaban la cólera divina y la execracion humana.

En toda la estension del territorio pasaban hechos semejantes.

V.

No queremos dejar desapercibidos en las páginas de este libro, ciertos hechos que la historia presentará mas tarde á la faz del mundo, como el padron de infamia de esa aventura descabellada de la Francia en América.

Entre la emision de bandidos enviados por la Europa, entre esa inmigracion de bandoleros y asesinos, vino el coronel Dupin, ese miserable, cuya vida cargada de crímenes lo ha hecho célebre en México, en Europa y en todos los lugares donde los soldados de la Francia han entrado á saco y en son de guerra.

Dicen que Napoleon III tiene á este verdugo en alta estima, y lo prueba ese gran número de condecoraciones que cubren su pecho, en las que descuella la de la *legion de honor.*

Desde que ese hombre la porta, esa cruz está deshonrada para siempre.

Dupin fué mandado como un azote al estado de Tamaulipas.

La inauguracion decidió de su conducta en el porvenir.

Llegó como una fiera en pos de sangre y de matanza.

Preguntó desde luego por el jóven Darío Balandrano, que tanto se ha distinguido por su firmeza en los principios republicanos, que ha sostenido con éxito en los campos de la política.

Dupin mandó incendiar su casa habitacion, y publicó un edicto para que las personas que tuvieran algunos bienes raíces ó muebles pertenecientes al jóven patriota, los denunciasen en el acto bajo penas severísimas.

En aquellos momentos, le presentaron á dos infelices, acusados por sospechas de connivencia con los guerrilleros; y sin mas pruebas que el parte mandó los fusilaran, y aquellos desgracidos fueron muertos en el acto y colgados en unos árboles á la entrada de la poblacion.

Dupin salió á espedicionar, marcando su tránsito por hecatombes sangrientas.

Por donde pasaba ese asesino dejaba huellas mas terribles que las que marcan el tránsito de los salvajes.

Dupin jamas hizo un prisionero; todos los que desgraciadamente caian en su poder, eran pasados por las armas.

Las tropas republicanas lo escarmentaron varias ocasiones.

Entonces le acontecia como á todos esos hombres que se distinguen por su crueldad, se acobardaba hasta el terror, y huia cobardemento, dejando comprometidos á sus soldados.

Maximiliano no quiso nunca recibirlo en audiencia; aquel ente miserable le repugnaba.

Dupin tenia una fisonomía de bandido.

Una barba larga y desordenada, cubierta con la nieve de una vejez estúpida.

Ojos pequeños como los de la víbora, frente chata y aplastada como la de las panteras.

Cargado de hombros, membrudo y encallecido en los caminos y encrucijadas.

Habia adoptado el traje nacional, y ostentaba en sus arreos la plata robada.

Sus caballos eran magníficos.

Dupin no tenia afeccion mas que por la *sangre* y el *oro*.

Matar á un hombre despues de haberle robado, era su bello ideal.

Si un soldado cometia alguna falta, sin atender á sus antecedentes, y por hacer alarde de energía, lo mandaba fusilar.

Una vez sorprendió á una anciana y su jóven hija, que llevaban ropa para un guerrilloro, y ordenó quo fuesen colgadas.

Los soldados cumplieron esta órden.

La jóven estaba en cinta.

Si en una poblacion aparecia muerto un francés, aunquo fuera de muerte natural, imponia un préstamo que entraba en sus fondos particulares, ó incendiaba el pueblo, y sus soldados entraban á saco entre las llamas, entregándoso á excesos ropugnantes, al robo y al asesinato.

Dupin pasaba despues sobre aquollas cenizas, gozándoso en los campos de muerte y desolacion.

Ese azote de la humanidad, ese mónstro de la barbárie, fué condecorado con la cruz de Guadalupe, y trémulo ante la revolucion, cuyos pasos majestuosos se sentian vibrar sobre el suelo talado de la patria, huyó car-

gado con sus robos á Francia, y hoy despliega todo su crueldad en las desgraciadas poblaciones del Africa.

La circular del 3 *de Octubre* se escribia con sangre en la frente de la nacion.

La sangre derramada bajo la sombra maldita de esa ley, hubiera bastado á ahogar á los que la firmaron.

Los estranjeros que fungian de autoridades, se distinguian en la perversidad y en la matanza.

O'Horan era guatemalteco.

VI.

Pablo Martinez y su caravana llegaron á las orillas de Tlalpam, y se internaron en el *Pedregal*, esperando la noche.

Don Serafin y Enrique, que hacia tiempo campeaban por su cuenta al lado de Martinez, habian llegado á tomar gran cariño por el guerrillero, que los trataba perfectamente, cuidándolos como á dos damas, pues se compadecia á la vista de aquellos jóvenes, salidos de las comodidades de su hogar á los trabajos de la revolucion.

Guadalupe estaba sentada sobre una roca, llena de tristeza, teniendo sobre su regazo la cabeza del guerrillero que dormia profundamente.

Don Serafin hablaba en voz baja con Guadalupe, y el asistente hacia la guardia.

—No esté usted triste, señorita, decia don Serafin, ya va usted á llegar á México, ese México que es el encanto del mundo entero, es decir, de todos los que hemos nacido en la República.

—Yo le conozco muy poco, dijo la jóven, soy nacida y criada en Michoacan; aquello sí que es encantador, será por el recuerdo de mis primeros años.

—Pues yo, replicó don Serafin, nunca he salido de la capital hasta ahora, lo mismo que mi amigo Enrique; ese muchacho es atrevido si los hay. Si supiera usted un lance que tuvo en Cuernavaca ¡oh! es horrible.

—¿Pues qué le ha pasado que yo nunca oí su nombre?

—Estaba apasionado de una muchacha: segun él decia, era un ángel, un serafin, una divinidad; ¡ay, señora! esas apariciones suelen costar demasiado caras.

La ninfa tenia un apasionado que rondaba las rejas.

Una noche se encontraron los dos rivales, y hubo una de Dios es Cristo; vinieron á las espadas, y el austriaco, que tal era el galan, quedó muerto de una estocada.

El semblante de Guadalupe se inmutó visiblemente.

—El jóven, continuó Enrique, y yo, somos discípulos del viejo Martel, de ese genio en el florete; ¡demonio! si Barrabás se le parara delante, lo ensartaria como mosca en un alfiler.

Ese viejo de vientre levantado como un hidrópico, es el Grissier mexicano. Nosotros éramos sus discípulos mas adelantados, motivo por el cual estamos hoy en la guerrilla.

—¿Conque ese jóven es el enamorado de la muchacha de Cuernavaca.

—El mismo, señorita; suele acordarse de su bella desconocida. Hoy al amanecer que ha visto á usted, se ha disipado su tristeza, está alegre como una golondrina. No pude menos que preguntarle por cambio tan repentino.

—Es de llamar la atencion.

—El me ha contestado, que como hace tiempo que no le dirije la palabra á una señora, está loco de alegría.

—Es un buen muchacho, dijo con ternura Guadalupe al recordar los cuidados que le prodigaba.

—Yo estoy desesperado, dijo don Serafin, esta vida me trae inquieto; figúrese usted que estoy enamorado.

—¿Y correspondido?

—No, pero es lo mismo; mi novia ama á un estudiante de medicina.

—Guadalupe se sonrió.

—Ese rival es temible, el dia menos pensado puede darme una dósis de estricnina; dándole el espectáculo á nuestra amada, porque los dos la amamos, de verme reventar como una bomba. La chica es muy guapa y esto me tiene violento; figúrese usted que al cuasi-médico le dé la humorada de robársela ó de casarse, soy hombre perdido, un hombre al agua.

—¿Como pueden apasionarse ustedes de una persona que los desdeña?

—Es muy fácil.... enamorándose. No hay cosa mas sencilla que amar á una mujer; tienen ustedes tanto atractivo, tanto imán, que nos declaramos vencidos á las primeras de cambio. Yo soy muy combustible, me ncendio al ver una mujer, siempre que ésta sea hermosa; porque las feas

estan fuera de mi comunion. Si usted no fuese quien es, ya estaria yo de rodillas ante usted, lo que sea dicho entre paréntesis, me vendria muy mal, porque las rocas de este *Pedregal* son durísimas.

Guadalupe se volvió á sonreir.

—Si me oyera Martinez, me espabilaba de un reves; la fortuna es que duerme como un bienaventurado.

El teniente coronel hizo un movimiento que indicaba que pronto despertaria.

—¡Cáscaras! esclamó don Serafin, ¿si me habrá escuchado?

—No tema usted, dijo Guadalupe, sé lo que valen las galanterias y le agradezco á usted su afecto.

—Como que es grande, señorita; si alguna vez necesita usted de mí, no hay mas que decir "esto quiero" y será cumplido al pié de la letra.

—Le tomo á usted la palabra.

—La mano, dijo don Serafin.

La jóven tendió la suya, torneada y bellísima como la de la Vénus de Praxíteles, y oprimió la de don Serafin.

VII.

El crepúsculo habia tendido sus sombras en el valle, cubriendo con una gasa oscura la ciudad de México, que se dibujaba á lo lejos con sus torres y sus edificios como una línea blanca en el fondo del horizonte.

Algunas luces comenzaban á brillar en las casas de Tlalpam, y por las rasgadas ventanas de la fábrica, salian los rayos de esa luz purísima del gas que alumbraba el establecimiento.

El aire se habia levantado, y murmuraba en las hojas de las ramas y los arbustos.

Por las veredas del *Pedregal* se oian los pasos de algun transeunte que bajaba á San Agustin.

Todo estaba perfectamente tranquilo.

Pablo Martinez bajó por esa cuesta que conduce de la fábrica á la ciudad: se detuvo en una casita construida en uno de los callejones, dejó allí á su hermana y compañeros, y se dirigió á la prefectura, donde el general O'Horan tenia abierto su despacho.

VIII.

El prefecto de Tlalpam estaba á su bufete, y tramitaba los espedientes con despejo y habilidad.

Los reos que le eran presentados estaban confusos y temblando en su presencia.

De aquellos labios no se desprendia nunca una palabra de perdon. Si ponia en libertad á algun desgraciado, era diciéndole mil insolencias y haciéndole advertencias terribles.

El secretario estaba pendiente de sus indicaciones, y no osaba aventurar una sola pregunta, aunque tuviese duda sobre los negocios.

El despacho habia terminado.

El secretario salió á la pieza inmediata, y preguntó si álguien queria hablar al señor prefecto.

Adelantóse Martinez, penetró resuelto en el despacho de O'Horan, y cerró la puerta de comunicacion.

IX.

El general levantó la cabeza y se encontró frente, á frente del guerrillero.

O'Horan comprendió que estaba perdido, y no intentó llamar en su auxilio, sino que esperó sereno el choque de su enemigo.

—Ah! dijo, es usted, Martinez?

—Sí, respondió friamente el guerrillero.

—Se espone usted demasiado al andar en estos terrenos.

—No tanto, contestó Pablo Martinez; ya nos conocemos, señor general, hemos militado juntos en la revolucion progresista, y los dos sabemos á qué atenernos.

O'Horan se tranquilizó.

—¿Luego viene vd. como un amigo?

—Sí, general, como un amigo que necesita de los servicios de su antiguo compañero.

—Estoy completamente á las órdenes de usted.

—Sin reserva, general?

—Sin reserva y bajo mi palabra de honor.

—Lo de siempre, dijo para sí el guerrillero.

—Hable usted, que deseo servirle.

—Pues bien; yo necesito llevar á una mujer á México, y volver á salir sin que se me interrumpa el paso.

—Si eso es todo, es negocio concluido. Llevará usted pasaporte, é irá como un enviado mio á dejar unos pliegos urgentes á la comandancia francesa.

—Las cartas de Urías, pensó Martinez.

—Mi carretela va á conducir á usted al momento.

—Acepto.

O'Horan tocó la campanilla, ordenando que se dispusiese inmediatamente el carruaje, y entregó los pliegos á Pablo Martinez.

—Qué tal va de imperio? preguntó el guerrillero.

—Muy mal, la revolucion se viene encima, y todo está do los diablos.

—Yo le aconsejo á usted que no se vaya muy de brusas, porque se compromete terriblemente.

—Mi posicion es angustiosa, le debo favores personales al emperador.

— Qué emperador? preguntó con sorna Pablo Martinez.

O'Horan continuó:

—Por un lado mis amigos y partidarios, y por otro mis deberes que son sagrados. No hago más que cumplir las órdenes, y cargo toda la responsabilidad de hechos en los cuales no tomo parte sino como ejecutor.

—Es mal papel.

—Creo que la revolucion me necesitará, y espero el momento de abrazar mi antigua bandera.

—Hay muchos agraviados.

—Serán fáciles de contentar. Yo probaré, esponiendo mi vida, mis proyectos al adherirme al imperio, que no son otros que los de servir á la República.

—Y tanto fusilado, general?

—Los franceses, Pablo Martinez, los franceses á quienes no podemos contrariar.

—Ya sabemos que ellos son los dueños de la situacion, y que mandan á ese hombre que ustedes le dicen emperador.

—El mariscal es el todo del gobierno.

—Sí, dijo Martinez; es el tutor de ese señor soberano que está á las órdenes de Napoleon, segun me han dicho mis gefes.

—Es verdad.

—Pues decídase usted á venirse con nosotros; todavía es tiempo, y acaso mañana será tarde.

—Mucho lo temo; sé que voy por una pendiente resbaladiza que va á parar á un abismo.

—Hay mucha gente levantada, dijo el guerrillero; estamos como en tiempo do la reforma.

—Aun no se sabe definitivamente la retirada del ejército frances.

—Pero sí se sabe que no vendrán más, y á estos los acabamos de uno en uno; en eso no hay duda.

—Vienen á reforzar el ejército mexicano siete mil austriacos.

El guerrillero soltó una franca carcajada.

—Esos señores de las plumas ya no pelean, están atemorizados y corren á las primeras descargas; en Zitácuaro tenemos muchos prisioneros, todos ellos se han dedicado á la cocina, y no guisan mal.

—Voy á escribir al general Riva Palacio; decididamente me marcho á Michoacan.

—No hará usted cosa mejor.

—Iré con usted.

—Nunca mejor acompañado, dijo Martinez, y por su mente atravesó como un relámpago esta idea: "A dos leguas de aquí lo dejo colgado del primer árbol que encuentre."

Un asistente avisó que el carruaje estaba dispuesto.

Despidióse O'Horan del guerrillero, y éste salió de la prefectura.

X.

Pablo Martinez llegó á la casita, sacó á su hermana, que puso en la carretela, y dijo á don Serafin y á Enrique:

—Muchachos: nosotros á caballo, y llévense de mano el del asistente. Sube tú al pescante, dijo al soldado.

- Señor, la verdad...... la verdad......

—Sube, con dos mil diablos!

—Mi teniente coronel, la vamos á pasar mal.

—Que subas con trescientos mil demonios.

—Vea usted, mi gefe, que......

Dos soberbias patadas aplicadas al asistente, lo hicieron volar sobre el pescante, lleno de un terror pánico.

El asistente tenia razon que le sobraba. Basta saber su nombre para comprenderlo: se llamaba Estanislao Luna.

El carruaje echó á andar por la calzada, escoltado por Martinez y sus dos compañeros.

Salieron de la garita, pasaron las haciendas de Coapam y San Antonio y llegaron al puente de Churubusco.

Un coronel imperialista que tenia gusto particular en matar á cuanto juarista le venia á las manos, detuvo el carruaje para registrarlo.

—A dónde va esa carretela?

—A México, respondió Martinez.

—Y usted quién es?

—Ayudante del general O'Horan.

—Y qué lleva usted?

—Unas comunicaciones urgentes.

—Enséñelas.

—Aquí están.

Martinez presentó los pliegos, que el coronel registró con escrupulosidad, examinando los sellos de la prefectura.

—Bien, dijo, ¿y esos amiguitos? Enrique y don Serafin temblaron de piés á cabeza.

—Son mis asistentes.

—Y esa mujer?

—Es una señorita que el general O'Horan envía á México.

—Está bien, pasen ustedes.

—Ya me la pagarás, dijo Martinez, juro á Dios que esta misma noche te *ceno;* y echó á andar á toda prisa.

Como á distancia de dos leguas de la capital, el carruaje hizo alto.

Estanislao Luna bajó del pescante y montó en su caballo con más gusto que si se hubiera sacado una lotería de la Habana.

—Muchachos, dijo Pablo Martinez, ustedes me esperan aquí, dentro de dos horas estoy de vuelta si no me atrapan los gabachos.

—Mucho cuidado, dijo Enrique, y estrechó la mano del guerrillero.

Los dos jóvenes se despidieron de Guadalupe.

La noche habia caido negra como un paño de muerto.

XI.

Luego que el guerrillero se despidió de O'Horan, éste se quedó profundamente pensativo: su porvenir era oscuro como un abismo.

Volver al campo republicano, era ir á una muerte segura, ó cuando menos á sufrir humillaciones y vergüenza que acabarian por desesperarlo.

Perder la posicion que guardaba en el imperio le era demasiado sensible, toda vez que desconfiaba del triunfo de la república.

Además, pensaba en hacerse de una fortuna regular y salir en todo evento del país.

La llegada súbita del guerrillero lo inquietaba en estremo, su vida habia estado expuesta y á la merced de aquel hombre feroz.

Martinez era el único que podia tener tal audacia, como la que acababa de desplegar en esa noche.

Era necesario deshacerse de él á todo trance.

Añadir una víctima mas á tantas sacrificadas, importaba muy poco

Una sombra mas sobre la conciencia poblada de espectros.

O'Horan luchaba con su destino que lo arrojaba en el camino de la fatalidad.

El desgraciado se fascinó creyendo que la Francia no se alejaría sin salvar á todos los comprometidos en la intervencion.

Soñaba con el establecimiento del imperio y se decidió al fin por conservarse en las filas de Maximiliano.

En uno de aquellos arranques desesperados y cediendo al derecho de propia conservacion, resolvió perder á Pablo Martinez.

Agitó con violencia la campanilla.

El secretario se presentó.

—Que llamen al comandante de la fuerza.

Mientras llamaban al gefe de las armas, O'Horan tomó la pluma y escribió:

«Pasará usted por las armas al guerrillero Martinez, que regresará

las dos de la mañana en un carruaje, despues de haber estado en la capital recibiendo órdenes del directorio republicano.

La ejecucion tendrá lugar en la calzada, sin permitir al reo entre en Tlalpam.

El buen servicio del imperio y las exigencias de la moral, imponen el deber de purgar á nuestra sociedad de los bandidos que bajo un pretesto político, llenan de terror las poblaciones, entregándose á excesos que rechaza el buen juicio de la nacion.

Esta prefectura tiene todos los antecedentes que denuncian á Martinez como á ladron y asesino."

El gefe de las armas se presentó en el despacho.

—Cumpla usted estrictamente, y bajo su mas estrecha responsabilidad, lo que se le previene en esa órden, y mañana me da usted cuenta.

—Está muy bien, mi general.

—Es necesario concluir, dijo O'Horan; y se retiró tranquilamente á su casa donde reinaba una grande hilaridad en la tertulia.

CAPITULO QUINTO.

EL PADRE Y LA HIJA.

I.

Don Alfonso Rodriguez amaba á su hija con una ternura inmensa.

Ya hemos dicho que la madre de Clara habia muerto al darla á luz, y que el afligido padre concentraba todo su cariño en aquel fruto hermoso de un enlace desgraciado.

Don Alfonso se propuso desde el dia fatal en que perdió á su esposa, no contraer otro matrimonio y sacrificarse en aras del porvenir de su hija.

Clara habia crecido bajo aquella sombra protectora, y desde sus primeros años ejercia un dominio absoluto on el ánimo de su padre.

Clara no habia tenido jamas un novio, aunque una nube de pretendientes la tenia sitiada de continuo.

Clara resistia aquella guerra implacable que no habia rendido sus banderas.

Llegó la vez en que su corazon sintió el fuego abrasador de sus primeras impresiones.

Desgraciadamente la jóven se habia fijado en uno de esos oficiales aventureros acostumbrados á jugar en una aventura el porvenir de una mujer.

Clara amaba con pasion al comandante Demuriez y se sentia enloquecer solo al recuerdo de ese hombre.

Demuriez estaba en la campaña de Sonora á una distancia inmensa de la capital.

No se habia olvidado de escribir continuamente á Clara.

La jóven por su parte aprovechaba el correo oficial de la plaza francesa y su correspondencia era segura.

II.

Despues de un silencio de dos meses, en que Clara no tenia noticia alguna de su novio, se escuchó la conocida música del 99 de línea.

Efectivamente, el batallon mas antiguo de la expedicion francesa entraba por as calles de la capital.

Corria el rumor de que el ejército expedicionario se concentraba para retirarse definitivamente del país.

Clara atravesaba en su landó por las calles de San Francisco, cuando el regimiento desembocaba por la Plaza de Morelos.

El carruage se detuvo y Demuriez se encontró de improviso frente á su novia, que dió un grito de alegría al reconocerle.

En esos momentos la música tocaba el wals del Beso, que tanta sensacion produjo en el mundo filarmónico.

Pasó el carruage y Clara se dirigió inmediatamente á su casa, esparando noticias de su amante.

Demuriez envió una carta á la media hora.

Clara mia:

Despues de una ausencia de dos años, vuelvo á tu lado amándote con mas ardor y entusiasmo.

Esta noche pediré tu mano y entrarémos en el mundo de felicidad que nos espera. Adios.—*Demuriez.*

III.

La noche en que el guerrillero Pablo Martinez entraba en la capital, era precisamente en la que el padre de Clara recibia al comandante frances para hablar del matrimonio de su hija.

Demuriez estaba en la sala de recepcion, que se hallaba profusamente iluminada.

Clara habia cuidado de agregar algo mas á esa elegancia asiática de su casa habitacion.

—Caballero, decia el Sr. Rodriguez, yo necesito informarme con el mariscal Bazaine de la familia de usted y de si puede libremente contraer un enlace con mi hija.

—El mariscal, dijo el comandante, desgraciadamente no conoce á mi familia; pero podrá recoger los informes que usted desea.

—Espero que tendrá usted en regla sus papeles y obtendrá la licencia respectiva.

—Si ustedes me permiten, dijo Clara, emitiré francamente mi opinion: yo estoy resuelta á dar mi mano al Sr. Demuriez, pero de ninguna manera á un comandante del ejército frances.

Un rayo de alegría cruzó por el semblante de Demuriez.

—Mi padre, continuó Clara, es español, por nacionalidad es enemigo de los franceses, yo tambien los quiero mal, y me causaria rubor dar mi brazo á un hombre que llevara al cinto una espada tinta con la sangre de los mexicanos.

—Señorita, dijo Demuriez con esa galantería cómica de los franceses, desde este momento desciño el acero, que no volveré á empuñar sino en defensa de mi patria.

Diciendo esto se levantó y puso con arrogancia su espada sobre el próximo confidente.

—Gracias, dijo Clara dirigiéndole una sonrisa capaz de enloquecer á una estátua.

—Ya he tenido el honor de hacer presente á la señorita Clara que lucho contra mis convicciones, que amo á los mexicanos, y que he evitado cuanto ha estado á mi alcance el derramamiento de sangre. Hoy se abre un paréntesis en mi vida, mis insignias quedan relegadas al fondo del hogar y pertenecen desde hoy al mundo de mis recuerdos.

—No, dijo con vehemencia Clara, hay honores que no pueden entregarse al olvido, porque revelan al mundo la dignidad de quien los ha sabido merecer: yo ruego á usted que conserve en su pecho esa cruz de la Legion de Honor.

El comandante se acercó y besó lleno de emocion la mano de Clara.

El español estaba asombrado, no conocia á su hija sino hasta aquel momento.

—Mañana dirijo un ocurso solicitando mi separacion completa del ejército; ante una alma como la de Clara, nada son los sacrificios, nada la existencia.

—Gracias, caballero, dijo el Sr. Rodriguez. Tú, hija mia, déjanos solos, tengo que arreglar un negocio particular con el señor Demuriez.

—Señor, instó Demuriez, despues de esa aceptacion franca y esplícita con que acaba usted de favorecer mi peticion, creo que nada tenemos que hablar.

El español comprendió la delicadeza de esta respuesta, y besando á su hija, le indicó que se separase de la sala.

Clara saludó á Demuriez y salió del aposento.

IV.

—Ya escucho á usted, dijo el comandante disimulando su terrible ansiedad.

—Acabo de conceder á usted la mano de Clara, y con ella el único tesoro que poseo sobre la tierra.

—Lo comprendo, señor.

—Clara, desde el momento de su enlace, ya no me pertenece.

—Los lazos de la sangre no se quiebran jamas.

—Es verdad, pero ¿de qué me sirven si tengo que separarme de ella?

—Mi casa, señor, es del padre de mi esposa.

—Esperaba yo esas palabras para suplicarle que aceptase la mia, es decir, la de mi hija. Yo no tengo parientes, ni aquí, ni en España; estoy solo, enteramente solo en el mundo. Ya estoy en el último tercio de mi vida y verme abandonado es tristísimo.

—Repito, señor, que estoy muy lejos de causar á usted un disgusto; estoy enteramente á sus órdenes.

—Bien, estaremos siempre juntos, yo tengo un capital inmenso.

Los ojos del frances brillaron como los del avaro de Moliére.

—Mi trabajo ha centuplicado la herencia que recibí de mis padres; el dote que he señalado á mi hija es de cuatrocientos mil pesos, que se hallan en depósito en el banco de Lóndres y México.

El comandante se restregó los ojos, creyó que estaba soñando.

—Mi hija tiene ademas, todo mi caudal, porque no tengo más herederos que ella.

—Yo excuso toda conversacion sobre este punto, porque no quiero que se piense que el interes me ha traido á los piés de Clara.

—No le hago á usted tal agravio, caballero.

El comandante se levantó, y saludando al señor Rodriguez, abandonó aquella casa que reputaba como la oficina del Tesoro Frances.

V.

Una carretela se detuvo á la puerta de la casa y de ella bajaron un hombre y una mujer.

—Buenas noches, dijo Martinez, entrando en el aposento de Clara.

—Pablo! gritó llena de asombro la jóven ¿tú aquí? ¿no sabes que tu existencia está en un peligro inminente?

—Bah! dijo el guerrillero, eso no importa nada.

—Dáme un abrazo!

—Con el corazon! gritó Pablo, y al estrechar á esa niña á quien habia conocido como confidente de Luz, novia de su coronel, se echó á llorar como un niño.

—Pablo, tu llanto es nuncio de una gran desgracia, ¿qué le ha sucedido á Eduardo?

—Nada! vive, sí, y él ignora cuán desgraciado soy!

—Tú desgraciado?

—Sí; pero usted no debe oir nada de lo que me pasa: ¿dónde está don Alfonso?

—Voy á llamarle.

—Bien, espero aquí.

Clara salió en busca de su padre.

Guadalupe se habia detenido en la antesala.

VI.

El señor Rodriguez entró en el aposento donde le esperaba Pablo Martinez.

—Señor, dijo éste estrechando la mano del español, me ha brindado usted mil veces con dinero, me ha distinguido con favores que nunca he merecido, hoy vengo á reclamar un servicio grande de amistad.

El señor Rodriguez protegia al guerrillero, que á su vez respetaba en sus correrías las fincas de campo del español.

—No sé lo quo vas á exigir de mí; pero desde ahora ouenta con todo lo que quieras; habla.

El guerrillero se limpiaba el sudor que corria copioso por su frente.

—Algo grave le pasa á este hombre, pensó don Alfonso.

Pablo Martinez permanecia en silencio.

—Pablo, soy tu amigo, no temas depositar en mi pecho tu secreto, al revelármelo lo echas en la eternidad.

—Sí, dijo el guerrillero, necesitaba oir esa palabra; porque tras mi desesperacion está el suicidio.

Acercóse el español, tomó la mano de Martinez y le dijo con emocion:

—Tú siempre has sido bueno, algo te ha arrastrado á la fatalidad; si tienes compromisos de dinero, no hablemos mas.

—No, es un compromiso de honra......... la impotencia de vengarme me desespera.

—Ya te escucho, Pablo Martinez.

—Pues bien, dijo el guerrillero haciendo un esfuerzo supremo, allí, en la otra pieza está una mujer engañada; esa mujer, es esa hermana tan querida y de quien he hablado á usted tantas veces.

Don Alfonso vió con más atencion al guerrillero.

—Sí, continuó éste, esa niña hermosa como un ángel, delicada como una flor, ha sido engañada miserablemente por......

Pablo escondió su rostro entre las manos y tornó á llorar de desesperacion.

—Si su amante está dispuesto á casarse, yo lo arreglaré todo, todo.

—Usted no sabe que ese hombre es casado, y que aun cuando no lo fuese, su enlace seria imposible.

—Pablo, no te queda mas que buscar á ese hombre y matarlo.

—Yo no puedo llegar hasta él.

—Pues quién es ese miserable, gritó el español, que está fuera del alcance de un hombre honrado y no lo ha estado para burlarse?

—Señor, dijo trémulo de rábia el guerrillero, ese hombre se llama Maximiliano!

—Maximiliano! repitió violentamente don Alfonso, y su cabeza se inclinó como agobiada por un peso enorme.

—No juzgue usted mal á mi hermana, creyó que amaba á un capitan, que debia casarse pronto con ella, y no sospechó que el emperador habia pasado las puertas de su hogar para engañarla como un cobarde.... ese hombre ha robado la tranquilidad á mi hermana!.... Dios le ha librado de la muerte enviándome un acceso en los momentos de matarle!......

—Esto es horrible!

—Sí, espantoso! yo he robado á mi hermana para arrancarla á su vista; sepa al ménos que esa mujer sabe apreciarse, y que prefiere vivir desgraciada en el olvido á ser la querida de un magnate.

—Bien, Pablo Martinez, bien, yo me honro con estrechar tu mano. Desde hoy tu hermana vivirá en mi casa, todo el mundo ignorará estos amores: se quedará al lado de Clara, ella la amará como á una hermana.

—Señor, yo no tengo con qué pagar ese favor......

—Yo te sustituiré mientras tú vuelves, y si mueres, su porvenir está asegurado.

El guerrillero se arrojó á los piés de don Alfonso en un arranque de gratitud inmensa.

VII.

—Te presento á Guadalupe, hermana de Pablo, decia don Alfonso á su hija Clara, y desde hoy pertenece á nuestra familia.

Clara estrechó sobre su corazon á Guadalupe y la llenó de besos.

Don Alfonso contemplaba con respeto á la hermana de Pablo, en cuya fisonomía hermosísima se leía ese mundo de sufrimientos que habian hecho una mártir de aquella alma entregada á las blandas ilusiones de un entrañable amor.

Guadalupe estaba emocionada ante aquella franca acogida.

Clara sintió una viva simpatía por la desgraciada jóven.

Su interesante fisonomía arrastraba en pos de ella á cuantos la conocian.

El dolor le prestaba todo ese encanto espiritual que se desprende del corazon en la hora melancólica de los sufrimientos.

El contento resplandece como los rayos del sol, y la tristeza esparce esa luz vaga, apacible é intensa de la luna sobre el mar ó en la extension del desierto.

Hay almas predestinadas á las vicisitudes, y cuyo tránsito por las playas de esta vida está cubierto de abrojos.

Oleada de arena donde no se ha levantado jamás el tallo de una flor.

Esas almas llegan al mundo ceñidas de una aureola sangrienta.

Espíritus peregrinantes, nutridos con el llanto del infortunio y que atraviesan en su vuelo, horizontes oscuros y nieblas importunas.

Enmedio de esa atmósfera de sombras, no hay un solo relámpago, ni una mezquina exhalacion que alumbre la sima de ese abismo insondable que les rodea.

Llega esa hora terrible del *no ser* en que el espíritu se alza sobre el pedestal de la tumba para llegar al mundo de las almas, á esas regiones donde se abandonan los sudarios de la existencia para vestir las púrpuras de los ángeles.

Entonces el mundo tiene una sombra ménos, y el llanto vertido en los infecundos arenales de la existencia, se levanta en una nube para ir á cubrir las páginas de ese libro, historia de nuestros infortunios sobre la tierra...... las lágrimas se pesan en la balanza eterna, y el llanto vertido es el bautismo de la redencion.

El ángel regresa al cielo á descansar de su larga peregrinacion.......
Pero ¡ay! eso tránsito se prolonga cuando la mano de Dios nos impulsa por la vía sangrienta de los sufrimientos!......

VIII.

Al salir el guerrillero libre de la pesadilla que le consumia, dejando ya segura á su hermana en la casa de aquel hombre dotado de un corazon tan generoso, se encaminaba tranquilo á seguir en esa lucha donde le esperaba el destino para sumergirle acaso en una noche de desgracias.

En la puerta de la casa lo detuvo un zuavo con trazas de asistente.

—Perdonad! vive aquí Mr. Rodriguez?

—¿De dónde viene usted? preguntó el guerrillero un tanto alarmado creyendo que habia sido descubierto.

Ya hemos dicho que el guerrillero era soberanamente suspicaz y receloso.

—Traigo una carta del coronel Toure.

—¡Ah! exclamó el guerrillero; con que el coronel se encuentra en México!

—Hace algunos meses.

—Y dónde vive?

—Esquina de la Independencia y Letran, hotel San Francisco.

—Bien, entrad; mi amo el señor Rodriguez se encuentra en casa.

El zuavo penetró en el interior de la casa, y Martinez se entró en la carretela, que echó á andar perdiéndose entre las sombras de la calzada rumbo al centro de la ciudad.

—Este coronel Toure, decia Martinez, me ha matado muchos de mis soldados, ya nos hemos encontrado en el campo, ¡demonio! es valiente como un perro de presa! Estoy seguro que oye mis pasos en este momento, mi nombre lo irrita, lo desespera, dice que yo le soy fatal!

Quedóse pensativo el guerrillero.

—Sí, dijo despues de algunos momentos, es necesario dejarle mi tarjeta como acostumbra mi coronel Fernandez; lo que sucede es, que yo no tengo mas tarjeta que mi espada. ¡Diablo! y tener pendiente á ese coronel del camino...... seria gracioso despachar dos coroneles de una hornada ¡hola! pára, muchacho!

La carretela se detuvo.

—Cómprame en esa tienda dos botellas de aguardiente refino y una caja de fósforos.

Bajóse el cochero y compró los encargos de Martinez.

—Ahora, detente frente á la imprenta de García Torres.

IX.

El carruage paró en la calle de Letran.

Martinez se dirijió á la esquina de la Calle de la Independencia y Letran á reconocer la casa habitacion del coronel Toure.

Se fijó en los balcones.

Solo se alcanzaba á ver, que un hombre, vuelto hácia la vidriera, estaba escribiendo.

—Ese, ese es, dijo Martinez, conozco al coronel Toure hasta con los ojos cerrados; ya me la pagarás, maldito!

A la luz del farol leyó el rubro que estaba sobre las puertas do los bajos de la casa: *Carpintería y Mueblería.*

—Rayo de Dios! mi plan sale á las mil maravillas, pongámoslo en práctica, que la hora se avanza y tengo pendiente una *cena*.

Acercóse el guerrillero despues de esplorar el campo por si habia algun agente de policía.

La calle estaba sola.

Sentóse en el quicio de la puerta del establecimiento, sacó las dos botellas del aguardiente y con sumo cuidado las derramó para dentro del almacen.

—Aquí debe haber mucha madera y los recortes estarán cerca de la puerta.

Levantóse, volvió á examinar la calle, esperó á que pasase una patrulla francesa.

—Ya estoy más seguro, exclamó, y tornó á dirijirse á su punto.

Sacó la caja de los fósforos, ató uno al cabo de su fuete, le prendió, é introduciéndole entre la puerta de madera y el quicio, puso fuego al aguardiente.

La llama brotó siguiendo la corriente del alcohol.

—La mecha está prendida, dijo Martinez, compóntela como puedas, coronel Toure, y ojalá que te achicharres como un cabrito.

Alejóse violentamente, entró en el carruaje y desapareció á toda carrera.

X.

No se habia engañado el guerrillero en sus cálculos.

El incendio del aguardiente comenzó á generalizarse en todos los recortes que habia esparcidos en el suelo de la carpintería.

Subió despues á los muebles y se generalizó en todo el almacen.

Las llamas subian al techo y las vigas comenzaban á crugir siniestramente.

Entonces fué cuando la policía se apercibió.

Los guardas dieron el toque de alarma.

Las campanas de la Profesa, Colegio de Niñas y Corpus, anunciaban el incendio.

La policía acudió con bombas.

Las compañías francesas se precipitaron en busca del fuego.

¡Ay! los franceses hacen mas estrago que el fuego.

Es cierto que con un valor desmedido saltan por techos y ventanas; pero tambien lo es, que entran á saco como unos desesperados.

Lo que no consumen las llamas, ellos lo devoran instantáneamente.

Son mas violentos qua el aire soplando sobre el fuego.

El coronel Toure se apresuró á salvar cuanto le era posible en aquellos momentos.

Logró poner fuera de alcance su equipaje y papeles, y se alejó violentamente del hotel.

Acordóse de una caja de alhajas que tenia en un ropero.

Desesperado con este olvido y sin curarse de los rápidos avances de incendio, su codicia lo llevó á aquel siniestro lugar.

—Dónde vais, mi coronel?

—Seguidme, gritó Toure, tenemos algo que salvar de mucha importancia.

—Ya no es tiempo.

—Nunca lo es para los cobardes.

—Vamos, mi coronel, dijo el ayudante temiendo las consecuencias del enojo del coronel Toure.

Penetraron enmedio de aquella multitud que rodeaba la casa, subieron la escalera y entraron decididos en el cuarto que servia de alojamiento al coronel.

El fuego que estaba en la parte baja habia consumido la madera del techo que estaba próximo á derrumbarse.

Efectivamente, á los pasos violentos del coronel y su ayudante, comenzó á crugir el escombro.

—Mi coronel, nos abrasamos, gritaba el ayudante al sentir el calor de los ladrillos del piso.

Toure iba á contestarle cuando el suelo se abrió dando paso á un cráter de llamas por donde se sumergió el coronel.

El ayudante quiso huir.

Ya no era tiempo.

El piso se derrumbó por completo.

La Toure y su ayudante cayeron sobre la madera encendida y sobre ellos todo el escombro.

Sus últimos gritos desesperados se percibieron perfectamente.

En vano los bomberos y zapadores quisieron salvarlos.

El golpe los habia hecho pedazos y el fuego consumía sus carnes que crugian como las de un sentenciado á la hoguera.

Hasta el dia siguiente pudieron encontrar los cadáveres.

Por algunos vestigios pudieron distinguirse aquellos restos deformes ennegrecidos por el fuego.

La *Casa de Seguros* y los zuavos estaban de duelo.

El propietario se frotaba las manos de satisfaccion.

XI.

Los franceses, que á todo le dan un aire romancesco, declararon que el coronel Toure era un mártir de la humanidad, que por salvar á sus semejantes habia sido presa de la muerte.

Toure reconocia, no solo como á sus semejantes, sino como á sus hijos y parientes, á los diamantes y monedas de oro ó de plata.

Abrióse una suscricion para levantar un mausóleo á las víctimas heróicas, y se depositaron coronas en las tumbas de los mártires.

Los franceses les hicieron la última comedia; es decir, los funerales de ordenanza.

XII.

El dueño de la mueblería pagó una fuerte multa por su descuido, amonestándosele por la autoridad, para que no volviese á acontecer por su causa desgracia tan lamentable, como la muerte del coronel Toure.

Tres dias consecutivos la casa incendiada fué visitada por los franceses, que buscaban con las lágrimas en los ojos entre las cenizas y escombros el reloj de su querido coronel, cuya pérdida les era tan sensible!

XIII.

El coronel Touro durante la campaña del Interior, habia incendiado poblaciones enteras donde habian perecido multitud de inocentes.

La Escritura trae una sentencia inexorable que está impresa con tintas de fuego en las páginas sagradas del Nuevo Testamento y que reasume el porvenir de una existencia:

El *que á hierro mata á hierro muere.*

CAPITULO SESTO.

SIGUE LA HISTORIA DE LOS LOBOS.

I.

La carretela que llevaba al guerrillero desapareció entre las últimas luces de la ciudad.

Enrique y don Serafin se echaron á un lado del camino, dejando apostado al desgraciado Estanislao Luna que temblaba como una vara verde.

—Querido, dijo don Serafin á su compañero, la hermana de Martinez es una cosa *confortable*.

—¡Demonio! estoy asombrado de su hermosura.

—Yo no lo estoy ménos.

—Tú no sabes una historia, querido.

—¡Eh! ¿se trata de una historia? pues cuéntamela, que ya se me hace un siglo el tiempo que hace que estoy en espera de ese demonio de Pablo!

—Temo que le atrapen y por concomitancia inmediata á nosotros; en cuanto á Luna, ya sabe lo que son latigazos intervencionistas.

—Diablo! pensar que nos pueden colgar de una almena como racimo de uvas.

—Algun dia les cobraremos esta cuenta.

—Quién sabe!

—Soy capaz de pedir mi pasaporte y situarme en Francia.

—Vaya un mal gusto! y para qué quieres ir á esa guarida de nuestros opresores?

—No pasearé en el bosque de Boulogne, ni en los boulevards, ni en los Campos Elíseos, ni atravesaré el Sena, ni......

—Hombre, basta de citas históricas!

—Elegiré un lugar mas hermoso para recrear mis odios contra estos malditos, visitaré tres veces al dia el cementerio del Padre Lachaise, ¡qué hermoso será contemplar un campo lleno de muertos franceses! sí, ni un solo mexicano, ni uno solo, todos, toditos franceses! todos munsiures!

—Estás excéntrico como un inglés.

—Y mis lacayos serán franceses, mi cocinero frances, el carbonero frances, todos se quitarán el sombrero delante de mí, y yo diré para mis adentros: "esta es mi intervencion, yo os mando como á unos chinos."

La impotencia suele refugiarse en la locura.

—No está mal pensado; pero tenemos pendiente la historia.

—Ah! sí, ya me habia olvidado.

—Estoy en ascuas.

—Pues señor, dijo Enrique, la hermana de Martinez es mi hermosa desconocida, la muchacha de Cuernavaca.

—Qué desconocida? qué muchacha?

—La ¿quién es ella? La de mi duelo con aquel bárbaro austriaco á quien dejé medio muerto ó muerto por entero.

—Hombre, te chanceas!

—Palabra de honor! pero no estaba tan linda como ahora ¡canario! si es una muchacha que no hay por donde desecharla: ¡qué pié! si parece de muñeca, ¡qué cintura! se le puede ceñir con una liga de media, ¡qué ojos! si alumbran, y ¡qué dientes!...... en cuanto á eso yo sufriria una mordida aunque tuviese la ponzoña de una víbora.

—Pues te declaro que somos rivales; porque á mí me gusta mas que Luz y que Clara, que Angela y que Beatriz.

—Hombre, basta de letanía!

—Confiesa que esa ensarta de muchachas es de lo mejor y mas estomacal.

—Entre paréntesis, Guadalupe debe tener un novio cuando ménos.

—Me parece que hay *intríngulis* en el negocio, la escena de ayer noche, esta especie de huida á Egipto, estos misterios, y sobre todo, el arrojo de Martinez en penetrar á la capital, me parece que es algo mas que un asunto de familia.

—Ay!

—Estás malo?

—No, es que envidio al feliz mortal que despertara el amor en ese corazon de ángel.

—La muchacha es muy hermosa.

—Le cobré cariño, es tan graciosa!

—Ante esa mujer lo olvido todo, amigo mio, hasta este aire que se me cuela por las médulas.

—Seria bueno un lance para entrar en calor.

—No, estoy por el reposo, ya me cansa escaramucear dia y noche con esta gente.

—Pues tenemos para esta noche una receta que no es mala.

—No recuerdo.

—Chico, Pablo Martinez ha prometido *cenarse* á esè coronel que nos ha detenido en el camino.

—Ah! sí, á ese bruto que llamó *muger* á Guadalupe.

—Precisamente.

—Pues se vá á armar una de los demonios en el convite de Baltasar, porque ese antropófago tiene más camándulas que una beata y no se ha de dejar tan fácilmente.

—Es el de las confianzas de O'Horan, es su perro de presa que lo tiene suelto en este camino, que no veo la hora de perder de vista.

—Ese infame cuelga todos los dias á algun desgraciado.

—Dígalo el boticario Muñoz y otra multitud que yacen en el *Campo de los muertos*.

—Este O'Horan debe muchas.

—Hay se le hará balance cuando menos lo piense.

Los dos amigos quedaron en silencio, entregados á esas sombrías cavilaciones á que se da el pensamiento cuando está influenciado por sucesos dolorosos.

Aquellos jóvenes estaban en aquellos momentos corriendo un riesgo inminente.

Si el coronel que guardaba el camino y lo recorria, daba con ellos, no tenian más que disponerse para morir, y morir como bandidos, sin más tela de juicio que una órden verbal dada á los soldados á la hora de la ejecucion.

Esta órden consistia en una sola palabra: *¡fuego!*

Al dia siguiente, un parte pomposo, una laudatoria en los periódicos, y ni quien volviese á hacer reminiscencia del acontecimiento.

La circular de 3 de Octubre estaba en toda su fuerza.

La ley *Huitzilopoxtli*, le decian los chinacos, haciendo referencia al dios azteca, cuyos altares se regaban con sangre humana.

II.

Ya hemos dicho que en la tertulia de la casa de O'Horan, reinaba la más cordial hilaridad.

Algunas familias hacian la reunion, y para pasar divertido el tiempo, se entretenian en juegos de prendas ó charadas.

La adulacion más ruin se le tributaba á aquel hombre, temiendo concitarse su ódio, funesto por mil motivos.

O'Horan era un hombre alegre, reia contínuamente aun en medio de sus arranques biliosos.

Ostentaba mucha energía y era un verdadero soldado, es decir, instrumento ciego de sus superiores.

Su imaginacion era viva; habia siempre un relámpago en sus ojos.

Su actitud era arrogante, no estaba quieto un solo momento, de todo se acordaba, los menores detalles de los negocios los conservaba en la memoria.

Su estatura era pequeña, su pecho abultado, sus espaldas anchas, y movia de contínuo la cabeza.

Su frente era despejada, su nariz regular, llevaba bigote y piocha, y su cútis tenia las señales indelebles de las viruelas.

O'Horan habia tenido una vida borrascosa, el relato de sus aventuras era sumamente divertido.

O'Horan adquirió nombre bajo las banderas liberales, se perdonaron sus faltas, acaso sus crímenes; no obstante, las circunstancias de familia, lo hicieron defeccionar y encarrilarse en esa vía tenebrosa que lo llevó al cadalso.

El corazon de O'Horan era un abismo.

Solo Dios se ha asomado á esa misteriosa profundidad.

III.

Se habia levantado una gran bulla en la sala, porque uno de los jóvenes habia puesto una charada animada.

El juguete era ingenioso y de un gusto esquisito.

La palabra que se habia de descifrar la podemos decir al oido á nuestros lectores: *Mercadante.*

El jóven figuró primero, valiéndose de las señoras, un *mercado* de esclavos.

Las dos primeras sílabas de la palabra en cuestion, estaban espuestas con talento.

Despues aparecieron dos individuos de la tertulia; el uno con el traje de Virgilio y el otro con los arreos del Dante, formando ese cuadro famoso en que el poeta florentino y Virgilio están á la puerta del infierno, donde gravó el desgraciado amante de Beatriz aquellas misteriosas palabras: *Lasciate ogni speranza, o voi chi entrate.*

La segunda parte no podia ser mas ingeniosa.

Despues el autor del juguete se puso al piano y tocó una pieza del inmortal *Mercadante.*

Un aplauso resonó en la sala al descifrarse la charada.

Todos los que no habian dado con el secreto, entraron en el número de los sentenciados, y se procedió á aplicarles por suerte la pena merecida.

O'Horan se hallaba en un grupo de amigos, cuando uno de los circunstantes gritó con voz sonora: *Señor general, está usted sentenciado.*

Aquella voz resonó lúgubremente en el corazon de aquel hombre, que involuntariamente se estremeció.

Un silencio sombrio discurrió en la reunion.

El mismo presentimiento se comunicó como por telégrafo á todos los circunstantes.

—Sentenciado! murmuró O'Horan, y su frente se oscureció.

Despues de un momento sus ojos tornaron á brillar alumbrados por la luz siniestra de una idea fatal.

—Vuelvo, señores, dijo con sonrisa afable; nada mas despacho un oficio, y estoy á las órdenes de ustedes.

IV.

Entróse en su gabinete, tomó un papel, y sin vacilar escribió:

"Señor jefe del punto de San Antonio:

El guerrillero Pablo Martinez, pasará de regreso en una carretela; le he permitido el paso á esa ciudad para aprehenderlo. Deténgalo usted; y consígnelo á la corte marcial francesa.—*O'Horan.*"

Un correo salió á escape á entregar al comandante el oficio de la prefectura de Tlalpam.

—Mi vida antes que todo, dijo O'Horan; estoy rodeado de asechanzas; yo romperé con mi espada estos hilos; caeré en la tumba despues que hayan entrado en ella todos mis enemigos.

Pablo Martinez seria el único capaz de atentar contra mi vida...... le acortaremos el paso.

En aquellos momentos resonó un aplauso en la sala.

A O'Horan le pareció el aplauso con que el infierno respondia á sus voces de muerte y exterminio.

V.

El guerrillero se entró en la carretela, y con la violencia de los caballos, atravesó la ciudad para tomar la garita de San Antonio.

Al llegar á la calzada que média entre la plazuela de San Lúcas y la casa que sirve de puerta en la ciudad, hizo que el cochero entrase en el carruaje y él tomó las riendas de los caballos.

El centinela dió el alto.

—Malo, dijo Martinez, me lo habia figurado, véamos como se sale de este *negocio*.

La carretela se detuvo.

El comandante frances que recibia en esos momentos el oficio de O'Horan, se dirigió á Pablo Martinez.

—¿De quién es este carruaje?

—De mi general O'Horan, respondió el guerrillero quitándose el sombrero.

—Baje ese hombre que va dentro de la carretela.

El verdadero criado de O'Horan salió de la carretela sin temor alguno.

El comandante lo vió de *calzonera* con botonadura de plata, sombrero galoneado, y *jorongo*, y se fijó en que aquel traje era de los guerrilleros.

—Toma, dijo á Pablo Martinez, lleva esta cubierta al general, y dile que sus órdenes están cumplidas.

Martinez recibió el pliego, y azotando despiadadamente á los animales, salió á todo correr de la ciudad.

El comandante remitió al cochero á la cárcel llamada la *Martinica*, sin permitirle hablar una palabra, y con una custodia que alarmó á aquel desdichado que comenzaba á comprender algo de lo que pasaba.

—Es un pájaro de cuenta, dijo el comandante á su segundo: esta presa me va á traer la cruz de Guadalupe ó la de la Legion de Honor.

—De quién se trata? preguntó el subordinado.

—Del temible guerrillero Pablo Martinez.

VI.

El carruaje caminaba con una celeridad increible.

—¡Demonio! decia Martinez rechinando los dientes, me pusiste una trampa endemoniada; pero dos lobos no se muerden. Tú me las pagarás todas juntas: lo que es ese maldito coronel esta noche se *atiranta;* me lo *ceno*, como tres y dos son cinco. Ya tengo un plan que ni mi general Zaragoza.

VII.

Enrique y don Serafin salieron al encuentro del carruaje; les parecia increible volver á ver á Martinez.

—Muchachos, buenas noches!

—Demonio! se ha librado V. en una tabla.

—Sí, en la del pescante; por poco me atrapan; ah! canallas...... no importa, yo no abandono la idea de matar á ese infernal coronel.

Ya he jurado *cenármelo*, y me lo *ceno*. Se ha llevado á tantos por delante!

Contradecir á Martinez, era encapricharle hasta la desesperacion; así es que los jóvenes permanecieron en silencio.

—Estanislao! gritó Martinez.

—Presente!

—Toma las riendas, y cuando salga ese infernal sayon, le dirás que eres el cochero de O'Horan. Cuando esté en esa conversacion nosotros salimos y arde Troya.

Luna tomó las riendas, y todos echaron á andar tras el carruaje, con los mosquetes amartillados.

VIII.

La noche seguia densamente oscura; no se veian ni las manos.

En el puente de Churubusco se destacó el infortunado coronel sentenciado por el guerrillero.

—Alto!

El carruaje se detuvo,

—Dónde están los señores que llevaste á México?

—Señor, allá se quedaron, vá de vacío la carretela.

Pablo Martinez escuchaba con atencion.

—Demonio! dijo el coronel, se me ocurre ir á dar parte al general de un proyecto; llévame, porque ir á caballo es atroz con esta noche de perros.

Y subió á la carretela.

—Caiste en el garlito, papamoscas, se dijo para sí el guerrillero; á media legua del puente, te cuelgo más alto que la lámpara de Catedral.

El ruido del coche no dejaba percibir al coronel los pasos de los ginetes que lo seguian muy de cerca.

Pablo Martinez estaba excitado, calenturiento, revolvia de un lado á otro de la carretela espiando á su presa y aguardando el momento de caer sobre ella y hacerla pedazos.

Llamaba á su cerebro las sombras de tantos inocentes asesinados cobardemente por aquella fiera. Recordaba las ejecuciones del monte de Ajusco, de la Ladrillera y San Mateo, pensaba en los infelices que estaban en la corte marcial, para ser fusilados irremisiblemente, y entonces oprimia con más fuerza la cintura de su mosquete.

El coronel era ya una alma de la otra vida.

IX.

El comandante de Tlalpam que recibió la órden de aprehender á Martinez y fusilarlo en el acto, tenia un miedo espantoso al guerrillero, porque estaba seguro que al ponerse frente á Martinez, lo despabilaría de un pistoletazo.

Llamó á su segundo, y sin decirle de quien se trataba, por no infundirle el mismo pánico, le dijo:

—Un individuo muy conocido, ha de venir en la carretela del general, que ya no debe tardar. Sin decirle una sola palabra, ni hacer caso de lo que él alegue, lo saca V. del carruaje y lo fusila en el acto.

X.

El segundo era uno de esos hombres que por estar bien con sus jefes, no se detienen ante nada, y salvan su responsabilidad con decir: "Yo soy mandado."

Apostóse en el camino con seis hombres de su escolta, y esperó la llegada de la carretela, que no se hizo esperar mucho tiempo.

—Alto! gritó el oficial.

—Martinez esperó el resultado de aquella nueva situacion.

—Tengo órden, dijo el oficial, de aprehender á usted y llevármelo conmigo.

—Soy el coronel.

—Es la órden.

—Pero usted no me conoce?

—Precisamente por eso me han encomendado el negocio.

—No comprendo de qué se trata.

—Menos lo entenderá cuando sepa que lo voy á fusilar inmediatamente.

El coronel, como todo hombre feroz y sanguinario, sintió un miedo horrible, sus rodillas flaquearon y cayó desplomado en el suelo.

Martinez rechinó los dientes de placer.

D. Serafin y Enrique se quedaron petrificados.

—Por Dios! exclamó lleno de terror el sentenciado, permítame usted hablarle al general; yo soy el mas fiel servidor del imperio, me habrán calumniado mis enemigos, yo siempre he sido reaccionario de corazon.

—Toma tu monarquía, dijo Martinez, *mocho* de todos los diablos!

—S. M me ha condecorado con la cruz de la Orden de Guadalupe; á usted le consta como he estirpado á los demagogos; no hace una semana que he fusilado seis, yo creo que estos méritos no pueden olvidarse.

—Echa proclamas, demonio! murmuraba Pablo Martinez.

—Todo eso estará muy bueno, pero *yo soy mandado*, y tengo que cumplir; conque, haga su *acto de contricion* que lo voy á fusilar.

—Un confesor siquiera.

—La órden no habla de sacramentos; vamos, y pronto, que mi responsabilidad se compromete.

El coronel seguia protestando vivamente, como que la existencia le iba nada menos.

—Tráingalo, dijo el oficial.

Los soldados tomaron al desgraciado coronel, y casi en peso lo internaron en el *Pedregal*, que comienza á orillas de la ciudad de Tlalpam.

Pocos momentos despues se oyeron dos descargas casi simultáneas.

El coronel habia dejado de existir.

La justicia divina alcanzaba al malvado cuando menos lo creia.

Es que Dios hace sentir el peso de su omnipotencia, cuando el hombre se halla entregado al torrente impetuoso de sus estravíos.

El guerrillero no volvió á hablar una palabra.

Siguió por el *Pedregal* con sus compañeros, atravesando las orillas del pueblo de San Angel, para hacer rumbo á Toluca y seguir camino de Michoacan.

Serafin dijo á su amigo Enrique:

—Ese hombre era un platillo de la muerte.

Enrique respondió por lo bajo á su compañero, refiriéndose á O'Horan y áPablo Martinez:

—Qué cierto es aquello de: *dos lobos no se muerden.*

XI.

El cadáver del coronel fué conducido á Tlalpam.

Al amanecer, O'Horan mismo se dirigió al cuartel á cerciorarse de la muerte de Pablo Martinez.

Cuál fué su sorpresa al ver atravesado por las balas al mejor de sus subordinados.

Indagó el secreto de aquella equivocacion; juró, renegó, maldijo y se acalambró de coraje.

Quedóse pensativo algunos minutos, considerando la gran responsabilidad que traia sobre él aquel fatal acontecimiento, y despues se dirigió tranquilo á su despacho, jurando una y mil veces vengarse de la burla sangrienta del guerrillero.

Al dia siguiente anunciaron los periódicos que Pablo Martinez estaba en poder de la autoridad francesa, y que el coronel encargado de la custodia del camino de Tlalpam, habia sido pasado por las armas, por habérsele encontrado documentos que acreditaban su complicidad con los disidentes.

CAPITULO SETIMO.

EL ALMA DE UNA MUJER.

I.

Las imaginaciones exaltadas suelen tener doble vista, como se cuenta de los sonámbulos y magnetizados.

La emperatriz Carlota estaba bajo la influencia de un cerebro lleno de imágenes ardientes y de concepciones rápidas como la exhalacion.

Su inteligencia era clara como la luz del sol, y comprendia cualquier negocio á su simple enunciacion.

Carlota de Austria presidia algunos consejos con un tacto admirable. Era el consejero mas hábil de Maximiliano.

A fines de Junio de ese año terrible de 866, se encontraba la desgraciada princesa en su cámara, ojeando la nota de 5 de Abril que interesaba tanto al imperio mexicano.

Carlota llevaba aún el luto por su padre el rey Leopoldo. Los pesares habian empalidecido aquella interesante fisonomía, la mirada era triste y concentrada.

Pobre jóven archiduquesa! Los pesares la combatian en las horas supremas de su vida, en esa época que se llama juventud y que arrastra tantas contrariedades.

Habia nacido en hora aciaga!...... Jóven, hermosa, llena de aplausos,

colmada de incienso y de riqueza, era la joya mas preciosa de la corte de Bélgica.

Arrastrada por la ambicion, única sombra proyectada fatídicamente sobre su alma, se casó con el archiduque de Austria, llevando la esperanza de ser emperatriz, caso que José II no tuviese sucesion.

Ya la hemos visto perder la razon en el sueño de la monarquía mexicana, y pesar en la balanza de la voluntad de Maximiliano para la aceptacion del trono.

Carlota tenia arranques terribles en que su corazon de mujer quedaba bajo su planta.

Irascible y orgullosa, su nacimiento y educacion la levantaban sobre el nivel de las de su sexo.

Poseia en alto grado esa afectacion de las cortes, en la que se sacrifica hasta la creencia religiosa.

Carlota era protestante, y sin embargo, iba á levantar sus preces en los templos católicos de México.

Enemiga á muerte de nuestro clero, le cobraba el sacrificio de asistir á sus ceremonias, cuando su alma se envolvia en las nieblas del dogma luterano.

II.

Maximiliano, triste y abatido como un hombre en desgracia, se dejaba llevar como una nave desmantelada por el primero que toma el timon en la hora exasperada del naufragio.

La correspondencia europea le habia arrancado hasta la última de sus esperanzas.

El mar del porvenir se hinchaba, y crecia en olas gigantescas hasta cubrir la miserable roca donde se levanta el sitial del trono.

El infeliz Fernando Maximiliano, no habia contado en su existencia una hora de tranquilidad.

En la corte de Viena vivia como los hermanos de los mayorazgos; abatido, humillado, con la frente baja, delante de José II que lo queria mal.

Lanzado desde sus tiernos años á las tormentas del Océano, bajo el pretesto de instruirlo en la marina, su existencia habia estado cien veces en peligro, sin que esta perpétua ansiedad inquietase á la augusta familia

Maximiliano no era hombre de mucha capacidad; sin embargo, tenia

la suficiente para conocer lo terrible de su situacion. Era el D. Juan de Austria de aquel Felipe II, sin tener las glorias ni el arrojo del bastardo de Cárlos V.

Entregado á la vida del marino, cuando llegó á posarse en tierra, se entregó sin quien lo contuviera, á estravíos juveniles que acabaron por fastidiarlo.

José II ajustó el matrimonio con Carlota Amalia, hija del rey Leopoldo.

Maximiliano llegó á amar tiernamente á la princesa; pero Dios no habia querido darle sucesion, y su hogar estaba triste y abandonado.

Maximiliano, retraido de la corte, fabricó el castillo de Miramar, para encerrarse como en una torre, prisionero de la fatalidad.

José II le encomendó algun tiempo el gobierno del Lombardo Veneto, y el archiduque descubrió algunas dotes administrativas que lo popularizaron y crearon algunos partidarios, lo cual no fué del agrado de su augusto hermano.

Su administracion en la Lombardía tiene una página sangrienta.

El gobierno austriaco está familiarizado con los patíbulos, y esto no es una novedad en la trágica dinastía de los Hapsburgos.

La secreta rivalidad despertada en el corazon de José II, hizo proscribir al archiduque.

Se cuenta, y pasa por un hecho histórico, que ese orgulloso emperador quiso atravesar con su espada el pecho de su hermano en un consejo de familia.

Napoleon III, al querer establecer el imperio en México, pensó en Maximiliano, como el instrumento más á propósito para sus miras en el porvenir de América

José II consintió en que su hermano se ciñese la corona de México, prévia renuncia de los derechos de agnacion al trono de Austria. Estos derechos, que teniendo José II sucesores parecian ilusorios, no lo eran, toda vez que el pueblo austriaco en sus convulsiones revolucionarias tornaba la vista al hermano del emperador.

La hora se aproximaba en que el trono de Maximiliano debia desplomarse, y la Francia se retiraba dejando una víctima á la revolucion en quien cebarse.

Los preliminares de ese dia funesto para el archiduque, se determinaban visiblemente en el mundo de la política.

José II se contentaba con decir en la corte de Viena, que su hermano habia corrido una aventura cuyas eventualidades habia él previsto de antemano, y por una concesion fuera de su carácter, habia convenido en el enganche para formar el ejército mexicano.

Hay espíritus que al entrar en el océano siempre inquieto de la política, llevan la conciencia de su destino.

III.

Maximiliano, al poner su planta vacilante en la cubierta de la "Novara," y al escuchar las salvas de la marina austriaca que lo despedian del puerto de Trieste, tuvo el presentimiento de un desastre, y lanzado sin un rayo de fé en el mar de las vicisitudes, cerró sus ojos para ir á donde la suerte condujese aquella nave arrebatada por los austros de la fatalidad.

Era voluminosa la correspondencia que el emperador habia recibido de Europa.

Abrió un pliego con el sello del gobierno austriaco, y leyó en voz alta con ansiedad:

"Han empezado en todas las provincias de Austria, y continuarán hasta el fin de Abril, los enganches de voluntarios para México. Mil hombres alistados en esta primavera, emprenderán viaje á Veracruz el 8 de Mayo. Las comisiones de enganche se componen de un oficial de Estado Mayor, de un capitan, de un oficial superior y de un médico militar. Los enganchados son trasportados inmediatamente á Laibach, depósito principal de la legion de voluntarios para México al mando del teniente coronel retirado Mr. Vincout Petican.

"Debiendo quedar enganchados este año 3.000 hombres, se suspenderán los reclutamientos á fines de Abril; pero se empezarán de nuevo en el otoño."

—Mi augusto hermano, dijo el archiduque, es acreedor á nuestra gratitud.

—Estamos salvados!

—Sí, Carlota: para el invierno de 67, el contingente austriaco estará en el territorio y podremos afrontar la crísis que necesariamente provocará la retirada del ejército espedicionario.

—¡Deber la paz de la monarquía á nuestros esfuerzos!

—¡No necesitar del auxilio de la Francia!

—Maximiliano! dijo exaltada la emperatriz! es necesario variar de rumbo, la política seguida hasta aquí, en medio de las transacciones, nos ha conducido al abismo; desprendámonos de los republicanos que hemos llamado al poder; ellos han hecho más por la revolucion que por el imperio; no hemos podido vencer su repugnancia hácia estas instituciones.

Solo podemos contar con los soldados: Márquez será el jefe del ejército; ese hombre ha puesto un mar de sangre entre él y los republicanos; cierto que es un asesino miserable, á quien instintivamente aborrecemos; pero no importa, es necesario utilizar esa fiera salvaje. Sírvanos como Tristan á Luis el Onceno, como ejecutor de la justicia imperial.

Contamos con Miramon, el hombre de la fortuna y del valor, aunque está manchado con el robo escandaloso de los fondos de la convencion, y revolcado en el cieno de una existencia llena de miserias y de crímenes: sea el Juan Diente de Maximiliano I.

Tenemos otros jefes de segundo órden, serviles y humillados á nuestros piés, como unos esclavos; formemos el ejército, y despues del triunfo, los que hayan quedado de esos miserables, los relegaremos al desprecio y al olvido!

—Bien, Carlota, yo me dejo llevar por tus inspiraciones; cambiaré definitivamente en mi marcha política y administrativa. Sí, Carlota, yo me he hecho violencia durante mucho tiempo; se necesita otra educacion para plegarse á ese sistema democrático no aceptado hasta hoy por ninguno de los hombres de nuestra raza. Yo me revelo contra toda observacion, quiero ser obedecido sin restriccion alguna.

—Y lo serás, si tienes energía y perseverancia; no hay mas que echarse en brazos de los hombres que nos han ayudado á levantar el trono: llamemos á ese partido de la tradicion, ¿qué nos importa volver atrás? Napoleon hace sentir su influencia progresista en todos los ramos, ménos en el de la política. ¿Qué nacion del viejo Continente puede jactarse de liberal y demócrata? La misma Inglaterra tiene una mano de hierro sobre sus pueblos, sofocando la revolucion que la amenaza de contínuo, y tiene alzado un patíbulo para los phenianos. Jhonson con el *veto*, ha sofocado la efervescencia radical, y en el senado se apaga la tea que enciende la juventud americana en el Capitolio! Sí, Fernando, todos los poderes están sobre los pueblos: Juarez mismo ha tenido que abjurar del

principio constitucional, erigiéndose en dictador para sostener la paz y la guerra.

—Bien, dijo Maximiliano, acepto todo tu programa.

Continuemos la lectura de las notas, dijo Carlota, y leyó el contrato celebrado en Viena por la compañía trasatlántica francesa, con la comision mexicana encargada de la espedicion de autriacos voluntarios para el servicio de México. Todo está perfectamente arreglado.

—Véamos qué dicen los Estados-Unidos, dijo Maximiliano: aquel país es fatídico para nosotros.

Carlota rompió el sello de un despacho confidencial, y su vista de águila pasó atrevida por aquellas líneas.

Algo de funesto encontró en el sentido de aquellos renglones, porque la sangre enrojeció sus mejillas, de sus ojos inmensamente abiertos se desprendieron dos lágrimas de fuego, y sus dientes rechinaron con horror.

Maximiliano tomó con mano temblorosa el pliego y leyó:

"Washington, 23 de Abril.—El gobierno ha recibido del emperador de los franceses, seguridades satisfactorias de que todas las tropas francesas serán retiradas de México, y de que la Francia seguirá una política de absoluta no-intervencion en los asuntos mexicanos. Nuestro gobierno exigirá igual política de parte de todas las potencias europeas. Se han recibido de Paris y de Viena noticias oficiales de que el emperador de Austria se ha comprometido á suministrar tropas á Maximiliano para reemplazar á las francesas, y que un gran número de soldados austriacos se halla á punto de embarcarse para Veracruz. Mr. Seward ha dado órden á Mr. Motley, de pedir sus pasaportes tan luego como haya partido el primer buque con tropas para una expedicion de este género, así como de notificar al gobierno de Viena, que el ministro de Austria en Washington recibirá sus pasaportes al llegar aquí semejante noticia. La intervencion de cualquiera potencia europea en los asuntos interiores de México, será de aquí en adelante considerada por nuestro gobierno como *causa de guerra*. La Francia se ha visto empeñada en una guerra con México, buscando el resarcimiento de los perjuicios é injurias que habia sufrido; y ahora ha aceptado la política de no intervencion, cuyos *custodios* en lo que respecta á México, serán en lo sucesivo los mismos Estados-Unidos."

El desgraciado archiduque entró en ese abatimiento de los sentenciados á la última pena.

—Esto es horrible! esclamó la princesa; los Estados-Unidos han jurado nuestra pérdida!

—Sí, exclamó Maximiliano, estamos perdidos!

—Véamos lo que dice S. M. tu augusto hermano.

Aquí está un telégrama de Viena, fecha 2 de Mayo.

«La salida de los voluntarios austriacos para México, se habia arreglado para el 10 de Mayo, y el lugar de reunion seria Laibach. El ministro de los Estados-Unidos Mr. Motley, fué el 8 á conferenciar con el conde de Mensdorff-Pouilly, despues de lo cúal, los voluntarios volvieron á sus hogares con licencia ilimitada. Mr. Motley declaró, que en caso de que se tratase otra vez de enviar voluntarios á México, saldria de Austria inmediatamente.»

—No, dijo abatido Maximiliano, es necesario ceder, la Francia y el Austria se humillan ante el coloso americano: ¿qué vamos á hacer nosotros, miserables pigmeos, ante esa fuerza poderosa que arrastra la voluntad de dos Continentes?

Carlota de Austria se mordió los lábios hasta hacerse sangre.

Despues de un momento de silencio, dijo con reposo:

—Los Estados-Unidos han humillado á José II y Napoleon III, porque se apoyan en un derecho reconocido, el de no-intervencion. Esto pretexto puede escudarnos, porque la Union ha declarado á su vez, que no intervendrá en los asuntos domésticos de México: la cuestion está reducida á tener un ejército.

Maximiliano le mostró un libro en el que estaban anotados los hombres con quienes podian contar para un momento dado.

—He ahí, dijo, los elementos para el sosten de la lucha; pasa los ojos por esas notas, y te convencerás de la imposibilidad de sostener una situacion.

—Escúchame, Fernando, el ejército frances tiene que licenciar á millares de soldados que han cumplido su término; podemos tomarlos á nuestro servicio. Compraremos el material de guerra, y por un doble juego nos encontraremos con un ejército disciplinado.

—Napoleon no consentirá jamás!

—Él nos ha orillado á situacion tan espantosa.

—Contestará con subterfugios y evasivas.

—Y si yo, dijo la orgullosa Carlota de Austria, levantándose con preci-

pitacion, marchase á Europa y me presentase de improviso en las Tullerías y arrancase al César esa concesion, ¿qué dirias?

—Eso es irrealizable.

—No lo será, partiré para Francia, soy intransigible en mis propósitos, Maximiliano!

—Carlota, tú no podrás resistir esa situacion que se vá á desenvolver ante tí.

—Fernando, yo he abandonado mi hogar, he renunciado á las caricias de mi padre...... Al cruzar el océano le he dado sin sentimiento un adios eterno á mi patria, trocándola por este suelo donde soñaba un sólio, foco de esas ambiciones ahogadas en la cuna, porque el cielo me arrojó al mundo perdiendo la primogenitura...... He vuelto la vista al campo de las dinastías, las ramas todas de mi familia se sientan en los tronos del continente, excepto en el de Francia improvisado en un inmundo vivaque, ajado por la soldadesca impía y desenfrenada de los Bonapartes!...... Sí, cuando circula por mis venas la sangre real y me encuentro atada á un escaño miserable; le he dado una mirada de desden á ese brillo deslumbrante de los doseles y de las coronas y me he vuelto al Septentrion para arrancar en el ataud al cadáver de Moctezuma II, esa corona hecha pedazos por la espada de Hernan Cortés, soldarla y colocarla en mis sienes cumpliendo el destino de mi familia que se ha impuesto al mundo de los siglos y del porvenir!...... He querido ser emperatriz y lo he sido!......

—Hoy despertamos de ese sueño, Carlota!

—Sí, hemos despertado; pero aun no tocamos al fin de ese sueño trocado en pesadilla, Maximiliano! recuerda á María Antonieta, ha subido con paso firme al cadalso enmedio á la tormenta popular; ella es de mi familia, y los de mi raza saben que el trono suele improvisarse en el patíbulo; allí, sí, allí está la postrera página de las monarquías!.... La muerte, prosiguió exaltada la jóven archiduquesa, la muerte es preferible á esa evidencia ridícula de un rey destronado! aun me parece ver á mi abuelo, á Luis Felipe, astro apagado en el océano de las revoluciones, morir en el olvido y el abatimiento!..... Maximiliano! mil veces el cadalso que proyectar en una corte extranjera la raquítica figura de ese desgraciado rey de Nápoles á quien Garibaldi le ha puesto el gorro frigio, como la turba de la Francia de 93 á Luis XVI!......

—Todo esto es horrible...... espantoso!......

—Antes de sucumbir en el gran desastre que nos amenaza y tornar en la nave de la vergüenza á esconder nuestras frentes en las estancias de Miramar, partiré á Francia y libraré en el último duelo con Napoleon el porvenir del imperio!..... Sí, Fernando, continuó declinando en un acento apacible de ternura, yo me aparto de todo y mi corazon se vuelve hácia tí, á quien amo profundamente; la emperatriz se desciñe la corona y la esposa viene á mezclar sus lágrimas á los pesares de su compañero.

Aquella alma sublime se deshizo en llanto tristísimo que empapó como una lluvia de amargura las manos del archiduque.

—Sí, continuó pasaré contigo ese dia de los recuerdos, el de tu cumpleaños, acaso no lo volvamos á ver lucir juntos sobre la tierra!

Maximiliano creyó oir la voz profética de las Sibilas, y su imaginacion, envuelta en las supersticiones alemanas, se estremeció profundamente.

Su corazon convergió hácia ese punto donde la naturaleza nos arrastra con una fuerza irresistible; pensó en Guadalupe.

Aqu el hombre, contrariado por el vendabal de la desdicha, inclinó su cabeza y lloró!......

El llanto es el último asilo de las angustias humanas!......

Hundido en el abatimiento guardaba un profundo silencio, miéntras que Carlota de Austria estrechaba á su corazon la frente de su esposo, donde ardia el mundo de la desesperacion.

Daba la una en el reloj del Alcázar, cuando de la soledad del bosque se alzó una voz melancólica entonando la fatídica cancion:

Massimiliano,
Non te fidare,
Torna al castello
De Miramare.

Maximiliano se estrechó en el seno de la jóven, y aquellos dos séres desgraciados se hundieron en el abismo sin fondo del desconsuelo y de la tribulacion!......

———

27

CAPITULO OCTAVO

EL GRABADOR Y DIAMANTISTA.

I.

En la pieza interior del establecimiento de un grabador se encontraba el comandante Demuriez, hablando con el artista.

El soldado frances tenia un aire de inquietud que apénas podia disimular.

El artista lo escuchaba con calma.

—Necesito de vuestros oficios, caballero.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Es un negocio que puede proporcionar una fortuna regular.

—Ya escucho.

—Ved los sellos de estos despachos.

El artista examinó con cuidado el timbre del ministerio de relaciones de la Francia, que era nada ménos el que contenian aquellos sobres.

—Y bien? preguntó despues de algunos minutos.

—Se necesita que abrais un trojel igual ó semejante sin olvidar ninguno de sus detalles.

—Hablemos claro, dijo el artista, se trata de una falsificacion.

—Ciertamente.

—No puedo servir á usted, señor comandante, tengo pena de presidio.

El frances no se inmutó, seguramente esperaba la respuesta.

—Está á mi alcance, dijo, cuanta reflexion podais hacerme en este asunto.

—Entónces, hemos terminado.

—Y qué precio le pondríais á vuestro trabajo?

—Lo que es el trabajo personal, es insignificante; lo que vale algo más es la responsabilidad; al ver la obra cualquier perito conoceria mi buril.

—Bien, ¿cuánto vale esa responsabilidad?

—Falsificar los sellos de la Francia, caballero, no es muy sencillo.

—Se entiende.

—El buril puede trocarse en cadena.

—Yo estoy al otro extremo.

—Esto me satisface bien poco.

—Ajustémonos.

—Ajustémonos.

—Decididamente decidme vuestro último precio.

—Eso depende del negocio que vaya usted á emprender.

—Eso no os importa.

—Puede usted dirigirse entónces á otro taller, caballero.

Demuriez estaba visiblemente contrariado: una vez descubierta su intencion tenia que pasar por cuantas condiciones se le impusieran.

—Comprendo, le dijo aparentando la mayor tranquilidad, que debeis explotarme hasta el último momento puesto que he tenido que haceros esta confianza.

—Es un negocio como otro cualquiera.

—Y si os dijese que esto ha sido un lazo para saber quién ha falsificado sellos de la legacion y que me he dirigido á vos por sospechas vehementes.

—Ya es tarde, caballero.

—No, no lo es, hay bonos falsos con sellos salidos de esta casa.

El artista palideció.

—Yo me he dirigido á este establecimiento porque os conocia de antemano.

—Ajustémonos de una vez, caballero, este asunto me inquieta sobremanera.

—Bien, ya nos hemos entendido, necesito que abrais un sello como el modelo que os he presentado.

—Se hará, caballero, vale doscientas onzas el trojel.

—No hablemos mas, hacedlo, dijo Demuriez que sentia arrancarse una pluma de las alas del corazon.

II.

—Diablo de franceses, dijo el artista, están haciendo negocios bárbaros! en ménos de dos meses he tenido tres obras; saben levantar el campo en toda regla ¡qué importa!...... con clientes así ya se podia trabajar toda la vida.

Un carruaje se detuvo en la puerta de la tienda.

Ya esperaba la visita.

Una dama vestida de negro y con el velo tendido sobre la faz, penetró en la casa del grabador.

—Pedro, dijo la dama, tengo una apuracion mortal, mi marido ha buscado el aderezo de brillantes.

—No hay cuidado, señora, la pieza está perfectamente acabada.

—Tengo que ponérmelo esta noche para una fiesta de la corte.

—Hay tertulia en palacio?

—Sí, y estoy ahogada con tu tardanza.

Pedro el grabador se dirigió á un estante, sacó cuidadosamente la llave, abrió, y tomando una caja de las que estaban apartadas en el armario la llevó á la dama que la abrió con gran curiosidad.

Revisó uno á uno los brillantes, los expuso á la luz para examinar las reproducciones de ella y esclamó al fin:

—Perfectamente!

—Las piedras, dijo el grabador, que engañarian al mismo Baulot, son un trabajo esquisito.

—Sí, dijo la dama, las piedras pasarán por buenas, sin violencia alguna; ademas, que como es ya conocido el aderezo, nadie reparará en esta *sustitucion*.

—Imposible, observó Pedro, estoy seguro que brillan mas que las verdaderas.

—Dámelas.

—Aquí las tiene usted.

Entregó envueltos en un papel los brillantes que habia desmontado y que eran de un gran valor.

—Arreglados, dijo la dama, y puso en manos del grabador unos billetes sobre el banco de Lóndres y México.

—Va usted á salir de sus compromisos, dijo Pedro.

—Voy á empeñar las piedras, replicó la dama, muy pronto las colocarás en su montadura.

—Está bien, siempre estoy á disposicion de las damas.

La enlutada salió de la tienda, volvió la vista á lo largo de la calle; y convencida de que nadie la observaba, entró en el carruaje, que partió á toda carrera.

III.

—No está malo el dia, murmuró Pedro. Este negocio del francés me preocupa, no ha regateado un solo peso.......si pudiera seguirle la pista y saber quién es la víctima, el negocio tomaba otra forma mas hermosa; el frances iba á Cayena y yo me hacia de fondos...... pero no, si es un personaje y lo quieren cubrir, pueden tornarse los papeles y ser yo el que salga para la Martinica. Pedro, paciencia, no hagamos lo que el codicioso con la gallina de los huevos de oro.

Iba á guardar los billetes, cuando se presentó un jóven á la puerta del obrador.

—Pedro, vengo á proponerte otro de los obseqnios de mi novia.

—Demonio! se ha propuesto esa señorita no dejar sortija en su tocador.

—Su amor es inmenso.

—Ya se conoce por los continuos regalos; vamos, qué trae usted ahora?

—Es un relicario.

—Veamos el relicario.

El jóven sacó un relicario guarnecido de brillantes y lo presentó á Pedro.

—Es una alhaja antigua.

—Sí, ahí estaba colocado el retrato de mi suegra, que de paz goce.

—Tiene algunos años esta montadura: el oro está viejo, los brillantes no son muy grandes, el cerco......

—Con una legion de diablos! dijo el jóven, que estás haciendo la biografía de esa prenda de una manera horrible!

—Tiene su valorcillo.

—Por eso la traigo á tu tienda, necesito *fondearmé.*

—Bien: los brillantes representan poco mas ó ménos, veinte quilates.

—No entiendo esa jerga, dinero y dinero es lo que necesito, tú estás rico.

—El dinero está muy escaso, la plata reconoce su orígen, se esconde en las entrañas de los agiotistas.

—Cuántos puedes proporcionarme?

—En calidad de préstamo, cinco onzas.

—Eso no me sirve ni para empezar.

—Le juro á usted que no tengo un centavo mas.

—Tengo un compromiso.

—Lo comprendo, pero estoy pobre.

—Hombre, con doscientos de á caballo, complétame cien pesos!

—Imposible.

—Mira que me pego un tiro!

—Será muy lamentable, porque tenemos algunas cuentas pendientes.

—Estoy arruinado.

—No, no tanto, puesto que tiene usted una novia que lo obsequia.

—Vamos, dame los cien pesos.

—No los tengo, doy todo lo que poseo.

—Eres de fierro.

—Ojalá que fuese de oro, ya me hubiera fundido.

—Vengan las cinco onzas.

Pedro sacó el dinero y se lo entregó al jóven, no sin recoger antes el relicario.

IV.

—Toma tu lujo! así se tienen carruajes y libreas, ¡pobre señorita! éste hombre le va á gastar hasta la fé del bautismo. Este majadero no sabe el valor de los brillantes, ya los sustituirémos un poco mas tarde.

El carruaje en que habia ido la dama se detuvo por segunda vez á la puerta del grabador.

Un caballero como de cuarenta y seis años, apuesto y elegante, entró en el establecimiento, se recargó en el mostrador y comenzó á hablar en voz baja con Pedro.

—Pase usted, dijo el grabador, y ambos penetraron en el interior de la tienda.

—Aquí tiene usted este aderezo de mi señora.

—Demonio! murmuró el grabador, he caido en el garlito! ¿Qué quiere usted que haga con esa prenda?

—Necesito que desengarce usted las piedras y le ponga unas falsas al aderezo; voy á hacer uso de los brillantes.

Pedro se rascó una oreja.

—Caballero, es una obra difícil, no tengo piedras.

—Es necesario buscarlas; confío en que no me dejará usted en el compromiso.

—No, no puedo comprometerme, llévese usted el aderezo.

—Tengo confianza en usted.

Como el lapidario sabia que las piedras eran falsas, se excusaba de recibir la alhaja.

—Estoy desesperado, usted es el único que puede guardar el secreto con respecto á mi señora.

—Caballero, no puedo servir á usted, es un engaño al que no puedo prestarme, esto me desprestigiaría.

—La honradez de usted me desespera.

—Mi honor es mi fortuna, caballero.

—Está bien, me marcho.

—A la disposicion de usted.

El hombre aquel se largó desesperado creyendo en la buena fé del artista.

V.

—¡Canario! es un matrimonio divino, esclamó Pedro, y se echó á reir como un desesperado; la dama le ha jugado una soleta de primera.

Despues sacó los billetes que le habia dejado la señora y se puso á examinarlos.

—Rayo de Dios! esclamó de repente, le han dado cuchilladas á caballo de espadas! Estos bonos son los que he falsificado y á mí me los negocian. El diablo que se atreva á presentarlos en la casa de esos malditos

ingleses.... en fin, procuraré colocarlos; y los guardó en su cartera, co. mo hombre avezado á esa clase de lances.

VI.

Demuriez, que habia conseguido su licencia absoluta pretestando una enfermedad, para no verse obligado á selicitar del mariscal Bazaine licencia para su enlace, regresó al hotel donde habia tomado una habitacion; porque cesando de ser militar no tenia derecho al alojamiento.

Luego que estuvo solo, forzó por dentro la llave y sacó de un secreto de su baul unos papeles.

Los revisó con suma escrupulosidad y pareció quedar enteramente satisfecho.

—Esta es la fé de bantismo, este el certificado por el que aparece no estoy anotado en el libro de matrimonios de la parroquia; este el certificado del registro civil, y esta la informacion sobre que no tengo impedimento alguno para mi enlace. Solo falta el sello del ministerio de relaciones y el de la legacion francesa. Luego que se retire el mariscal Bazaine con el último destacamento, verificaré este matrimonio.... ¡Dios mio! dijo con acento concentrado de aflicion, mis pobres hijos!

Y sacando de su cartera unos retratos se puso á contemplar á dos niños al lado de una jóven hermosa que sonreía de felicidad.

—Voy á abandonarte por algun tiempo, esposa mia! He arrastrado ya muchos años de desdicha y miseria en los campamentos.... El infierno me arroja en mi camino á una mujer como escala á esta ambicion que me devora.... ¡el oro! .... sí, ¡la riqueza, el esplendor! .... todo á costa de un crímen.... Cuando yo posea esos billetes, regresaré á Francia, tomaré á mi familia y pasaré con otro nombre á Inglaterra.... Clara tiene aún una fortuna inmensa, acabará por olvidarme y conocerá el engaño despues de mucho tiempo, cuando mi memoria se haya debilitado en su cerebro y su corazon.... ¡Pobre jóven! ella me ama con una pasion inmensa. Un amigo mio me ha escrito un *diario* lleno de tintas melancólicas que penetran en el alma vírgen de una mujer como un filtro de muerte... Ella me cree apasionado, delirante, ¡pobre Clara!.... yo nunca habia cometido una mala accion, pero la fatalidad me ha envuelto entre sus sombras; ¡soy

muy desgraciado!.... No, ¡soy un miserable! yo debo ir á arrojarme á los piés de esa criatura, declararle que no la amo, que tengo una esposa y dos ángeles, que no quiero hundirla en el abismo del abandono ni de la perdicion!.... He matado mi carrera, ya estoy lanzado en el camino de la adversidad, es necesario entrar con paso firme en esa senda maldita del crímen!...... ¡Dios mio, me vuelvo loco!

El desgraciado Demuriez, se paseaba á lo largo del aposento, con los ojos desencajados, el cabello erizado y arrojando espuma sangrienta por la boca.

—¡Soy un falsario! continuaba con desesperacion, la espada de la ley está suspendida sobre mi cabeza; si mañana me descubren, seré arrastrado á un presidio: Dios santo, ¡vuélveme la razon, estoy perdido!

Se arrojó lleno de afliccion y delirante sobre uno de los sillones.

De sus ojos comenzaron á desprenderse las amargas lágrimas de la tribulacion, y de su pecho se arrancaban sollozos terribles.

Pasado aquel vértigo, se levantó, besó los retratos de sus hijos y de su esposa; dobló los documentos falsos y los volvió á poner en el secreto de su baul.

Arregló su traje y se dirigió á la casa de Clara, donde tenia acceso á todas horas, desde que don Alfonso le habia lealmente concedido la mano de su hija.

CAPITULO NOVENO.

EL DIARIO DEL COMANDANTE DEMURIEZ.

I.

Clara y Luz estaban de guardia en el cuarto de la emperatriz, la víspera del cumpleaños del emperador Maximiliano.

Las jóvenes amigas hablaban de sus amores con esa intimidad de un cariño de tantos años.

El amor de Luz hácia Clara se habia sobrepuesto á sus ideas sobre los franceses, y Clara continnaba siendo la más queiida de sns amigas.

—Tú estás triste, Luz mia.

—Sí, Clara; ese silencio me revela que mis cartas no han llegado á manos de Eduardo, sobre todo, aquella tan interesante escrita por su anciana madre en los últimos momentos de su existencia.

—Hiciste mal en enviarla, era la prenda de tu vindicacion, el lazo único que podia unirte á Eduardo.

—¿Qué le puedo decir que acalle tan jnsto enojo?

—El conoce perfectamente á tus padres, y no se le ocurrirá culparte.

—Yo lo conozco, Clara, va á pensar que participo de las fiestas y diversiones de la corte, y acaso que le he olvidado.

La infeliz jóven se limpió las lágrimas arrancadas á ese pensamiento.

—¿Y Demuriez? preguntó procurando buscar en la felicidad de su amiga toda la calma y el reposo de su corazon.

—Cada vez mas entusiasta, ha traido un *diario* que escribió durante el tiempo que resistí al embate de sus amores: estas páginas te dirán todo lo que he sufrido y cuánto he luchado ántes de ceder á ese cariño que me arrebató desde el primer momento.

Clara sacó un paquetito, lo desenvolvió con cuidado y lo puso en manos de su tierna confidente.

—Antes que lo olvide, tengo que entregarte unas cartas de Francia enviadas á Demuriez. Como estaba alojado en casa, allí las han dirigido; ya son de fecha atrasada, lo cual no obsta para que le sean entregadas.

—Bien, yo las recogeré y seré la portadora de ellas.

—Veamos los sufrimientos de tu novio, Clara mia.

—Yo he leido mil ocasiones ese diario, sé algunos párrafos de memoria, pero me es grato oirlos de esa voz de ángel que tú tienes.

Luz reclinó su frente sobre el hombro de su amiga y comenzó á leer con ternura las páginas del manuscrito:

Agonía.

I.

"Cuando pases ¡oh ángel de pureza! tus ojos por estos tristísimos renglones escritos con la expresion íntima de un corazon desgarrado, ¡perdóname! el acento de la verdad, animado por el soplo del dolor, lanza las hondas quejas del alma en su eterna noche de amargura.

Yo me he acercado trémulo á tus plantas á ofrecerte el homenaje de un cariño que me acompañará al sepulcro, tú has arrojado sin piedad la amargura en el cáliz de mi vida, yo lo he apurado todo y he bebido el amargo licor del infortunio que ha llevado la muerte á mi corazon!.....

Siete lunas han pasado desde ese dia en que el destino me arrojó frente á frente de esa mujer, centro de mis esperanzas y foco ardiente de mis ilusiones......

Yo la recuerdo siempre: un vestido verde y trasparente como una nube de primavera, se ceñia á su delicada cintura como una yedra que se enlaza profusa y amorosamente al tronco de una palmera.

Su cuello gentil estaba adornado con un faja oscura que remataba en un bordado de solferino y oro, y sobre la que caía un cuello blanco como la nieve.

Apareció entre unas cortinas de encaje y se detuvo...... parecia, bajo la techumbre de la puerta, y en el fondo de las colgaduras, una de esas apariciones fantásticas de las leyendas...... la fisonomía dulce y altiva al mismo tiempo: sus ojos centellantes, sus pestañas rizas y dobladas, le dan sombra á sus pupilas...... delante de esa muger se tiembla de supersticion, se influencia el alma y el corazon se paraliza...... una sonrisa de amor abriría las puertas del cielo...... su sonrisa de desden, va hasta el suicidio!

Pero no, la existencia de ese ser es una mentira, es una creacion de mi cerebro.

Yo le he prestado forma á una imágen de mi fantasía estraviada!..... ¡yo estoy loco, Dios mio!......

Y sin embargo, yo he tocado su mano y he oido sus palabras, que unas veces han consolado mis sufrimientos, y otras han caido como lava candente en el cáliz de mi alma.

Si eres solo una sombra de mi pensamiento ¡acércate! no temas, posa tu mano sobre mi agitado pecho, conten los latidos de mi corazon y perdona si mi aliento pasa sobre tu frente y agita tus cabellos...... ¡ven! te contaré la triste historia de mis amores, el desconsuelo horrible de mi exitencia; tú oirás mis infortunios y leerás en la palidez de mi frente, todo el mundo de sufrimientos que me abruma...... ¡ven! mi juventud aun atesora un porvenir entero de cariño para tí, mis ojos tienen lágrimas que derramar, yo bañaré tus manos con ellas, y tú seguirás siendo mi única, mi sola ilusion sobre la tierra!......

II.

Mí frente se inclina, mis párpados se cierran...... la parálisis de la vida!

Nada se oye en mi derredor, el ruido del mundo es un eco que pasa desapercibido; ¡á dónde voy?...... ¿lo sé yo acaso?......

El rayo del dolor me ha hecho trizas el corazon, es necesario vivir sin esperanza!......

La esperanza es el porvenir, y yo tengo delante los velos oscuros de la desesperacion, del anatema, que truena sin piedad sobre el cielo de mi vida...... Si no hubiera amargura ni pesares en el mundo, esa muger los hubiera inventado para mí, para mí nada más, que la idolatro!......

Perdóname otra vez! tú no debes oir sino palabras de honda ternura y de profundo cariño; aborréceme, yo no merezco acercarme á tí ni oir tu voz; si mis lábios han pronunciado una sola palabra que pueda ofenderte, yo borraré esa palabra con mi sangre, pero no te ofendas; tú me concedes mucho, porque tu amistad es muy dulce; pues bien, yo permaneceré en silencio á tu lado, y tú no verás ni aún esa luz de la lámpara que arde en mi corazon ante el sagrario de mi amor. No verás en mi semblante las huellas del llanto; sofocaré en mi pecho los suspiros del dolor, ¿estás contenta? ¿puedes vivir así tranquila?

Si quieres un sacrificio mayor, dímelo, yo no tengo derecho de hacerte sufrir, mi existencia es tuya, nada más tuya, hiérela y moriré gustoso.

Si por alguna vez pasa mi nombre por tu memoria, recuerda que te amo, que atraido por los encantos de tu virtud y de tu belleza, espero de tus lábios la resurreccion de mi espíritu abatido!

Eclipse total.

I.

Cuatro dias sin verla son muchas horas de suspension en la vida.

Yo voy sobre su huella y no la he encontrado.

Sigue todas las condiciones de la imágen, desaparece, se oculta y vuelve á resplandecer.

No la he visto realmente en su forma visible, pero en mis sueños ha aparecido con sus alas de oro y su cabeza revestida con los rayos deslumbradores de la ilusion.

Cuán feliz soy en esas horas de insomnio en que la sombra es la verdad!

El mundo desaparece, el cielo se ilumina, mi corazon se abre como una flor al rayo del sol, el aire es perfume y *ella* es toda amor; sus palabras son espereranzas, sus sonrisas el porvenir..... el sueño!..... el sueño!...... yo no quiero despertar nunca, porque el mundo material tiene una atmósfera de tinieblas á cuyo influjo me siento desfallecer!.......

Esas horas de espansion me hacen aún mas desgraciado, porque el recuerdo de esa quimera halagadora me llena de tristeza. No; mi amor y la muerte se están dando la mano,

Abjurar de *ella* es llegal al fin de la existencia!......

II.

Hoy he estado con *ella*, á su vista he olvidado tantas horas de sufrimiento, su voz tiene un encanto irresistible, un magnetismo poderoso que suspende mi existencia para concentrarla en una sola de las miradas de esa muger. No he podido hablarla una sola frase de amores; no importa, ella sabe que una pasion concentrada y violenta arde en mi corazon como el fuego de los volcanes.

Yo no necesito decir una palabra, mi cerebro es trasparente y la llama de mi pensamiento alcanza hasta *ella*, ¿no es verdad?

Los rayos del sol se han apagado y solo queda esa luz apacible del crepúsculo.

El trasparente de la ventana se agita suavemente al viento de la tarde,

Ella se levanta, corre el lienzo y el aire entra libremente en el aposento.

Esa muger tiene momentos de silencio prolongados, solo en sus ojos se nota agitacion; parece que combate con algun pensamiento que vence al fin, parece que algo sufre, porque se nota como oprime su lábios de seda con su abrillantada dentadura..... ¡oh! quién pudiera en ese momento penetrar en el alma de esa criatura!

Yo permanezco á su lado silencioso y lleno de admiracion y de cariño por eso ser que guarda la cifra de mi porvenir sobre la tierra..... mi vida entera por una sola de sus miradas!......

Ella indolente deshoja alguna flor ó estruja los bordados de su pañuelo: así pasan las horas para perderse en el océano de la existencia!

Se deja oir el ruido de las cajas del regimiento, esa es mi señal de despedida.

Despierto de un sueño de felicidad para volver al mundo material y sin encanto de la vida.

Ella me tiende su mano suave, murmura un adios, que yo repito con

emocion, y con su última mirada me alejo de equel santuario, donde ella duerme el sueño virginal de sus floridos años.

La noche con sus cataratas de tinieblas vuelve á caer sobre mi alma, mi corazon se amortaja con los sudarios de la desesperacion.

Queda sobre el horizonte de mi existencia una imágen apacible y melancólica de felicidad y de poesía...... es *ella!*

La última página.

I.

Quinee dias contados, hora por hora, son una eternidad para el que espera...... En vano he buscado la luz de sus ojos, el encanto de su sonrisa...... *Ella* se esquiva, teme aumentar mis sufrimientos, sin pensar que los aviva más y más con su retraimiento.

Esto es abusar del corazon y de ese poder que ejerce sobre mi alma y mis sentidos.

Oye por piedad, y perdona mi insistencia; tú nada más puedes oirme y yo dirigirte el acento de mi voz; tú á quien adoro con la fé ciega de una creencia, tú que eres la religion de mi alma en el tránsito por el mundo? ¡Aquí está mi corazonl es un libro abierto en el que puedes leer la historia de este profundo amor que te consagro: recorre estas hojas bañadas con el llanto amargo arrancado á mis ojos por tus desdenes; mira en cada una de sus páginas un pensamiento para tí, una queja, un dolor, un suspiro de agonía!

¡Vienes en nombre del cielo á castigar los delirios de mi juventud? ¿Te ha prestado Dios su aliento para levantar en el fondo de mi alma un cariño gigante para que me vuelva hácia él, pidiendo compasion y misericordia? ¿Eres el destino bajo la forma de una muger, que se acerca á mí para herirme de muerte en la mitad de mi carrera?......Angel, fantasma ó númen del destino, llega en buen hora, yo te idolatro! Si eres mi salvacion, mi alma abre sus alas al misticismo del amor; si eres mi perdicion, yo rodaré en su abismo pronunciando tu nombre y dándote mi última lágrima y mi último adios!......

Yo sé que tú rechazas la ardentía de mi carácter, ¡perdóname otra vez; ante tí que eres tan grande, retrocedería el *hombre-vulgo*, pero el *hombre-*

espíritu se pone bajo tu sombra, se arrodilla, y con un grito del alma, con un aye del corazon en que se encierra toda una existencia de cariño y de amargura, te pide el porvenir......!

Tú debes asistir á las intimidades de mi alma y de mis pensamientos, yo no debo ocultarte ni la idea más recóndita de mi cerebro, porque tú vives en todo mi ser, mis secretos deben depositarse en el cáliz de tu memoria, mi corazon no puede palpitar sin que tú lo escuches; yo sé que hasta mi aliento lo debo tomar de la atmósfera que tú respiras, que hasta la misma muerte te pediria permiso para arrebatarme, porque yo te pertenezco; Dios lo quiere y yo tambien lo quiero......

Dulce y celestial criatura, recibe en el altar de tu temprana vida el ámbar inmortal de mi cariño eterno.

Peregrino en el desierto de la vida, solo tengo mis humildes glorias de soldado que ofrecerte.

Los soles que han de alumbrar el resto de mi existencia, me encontrarán siempre con la fé de estos amores que te acompañarán como esos ángeles invisibles

Adios! cuando reces, mezcla mi nombre en tus oraciones, serán las únicas que lleguen al cielo por mí.

Adios otra vez! yo sigo en este letargo de dolor, esperando en el horizonte la luz, la vivificante luz de una esperanza!......

Adios, tierna y sensible niña, tú no has podido amarme ni acercar una gota de agua á mis secos lábios en el desierto de la vida; no has tenido una sola esperanza, ni un eco de compasion para el que muere por tí.

Tu corazon ha permanecido cerrado á mi cariño, como lo estará la puerta del cielo para mi alma, porque me has hundido sin querer en un oceano de desesperacion y de desgracia...... ¡adios!...... Tú no debes saber cual sea mi porvenir, porque eres agena á mis dolores...... yo no te culpo, Dios ha puesto un arcano en el corazon de la criatura y las sentencias de Dios son irrevocables.

Oye la última súplica que te hace una alma que te amará aún en la eternidad. Cuando oigas pronunciar mi nombre, no tengas un mal recuerdo de mí, yo no he hecho más que amarte, pensar en tus amores..... perdona ese sueño de locura, pero te amo aún con el delirio de mi juventud que espira entre el dolor.

Que no te sea ingrata mi memoria, yo te encontré en el desierto de mi existencia como la azucena de la esperanza; me acerqué á recibir el ámbar de tus simpatías y he bebido la muerte y el infortunio..... perdóname otra vez si acaso al requerirte de amores mis súplicas importunas te molestaron y mis quejas oprimieron tu corazon sensible á la desgracia. Yo no quise ofenderte, sino depositar mis sufrimientos en el santuario de tu ternura, consagrarte mis lágrimas, abrirte mi alma y decirte el hondo amor que me inspiraron tu belleza y tu virtud.

Oyeme: cuando en el silencio de la noche veas un grupo de nubes misteriosas cruzando el horizonte, piensa en que mi alma ha tomado aquella forma para estar bajo el cielo que te cubre. .

Cuando oigas el silbar del viento en la tormenta, ¡reza por mí! sí, reza, porque mi espíritu estará sufriendo el tormento de los dolores, y yo necesito la piedad del cielo!....

Yo, olvidado de Dios y de los hombres, necesito una alma que ruegue por mí; tú á quien los ángeles sonríen y Dios posa su mano en tu virginal cabeza, serás oída en el fervor de tus oraciones....ruega por el hombre que te ama sobre la tierra!......

Acuérdate del peregrino que vaga en pos de la muerte, sin esperanza......

Si oyes que he dejado de existir, teje una corona de flores y pónlas sobre las lozas de un altar, que su perfume llegará hasta mí; murmura una palabra de compasion, siquiera porque te he amado tanto!......

¡Adios! tu memoria caerá sobre la mia, siempre decorada con esos rayos que me han cegado. Si en estos dias que faltan á mi partida, se abren mis labios para dirigirte una súplica, perdóname, ten lástima de mí!

Si sufres alguna vez, víctima de las airadas tormentas del mundo, ¡acuérdate de mí!

Tu nombre guardado hasta ahora en el secreto de mi pecho, será el último que vague en mis lábios al entrar en el silencio de la tumba!.... ......

Yo te pido más aún en nombre de mi cariño: cuando yo haya muerto y no temas que el mundo pueda murmurar una palabra de sarcasmo, vierte, en el recojimiento de tu espíritu, una lágrima de compasion, que caerá como una lluvia del cielo entre la yerba de mi sepulcro!"

II.

Cuando las dos amigas acabaron de leer las páginas del diario, Clara estaba profundamente emocionada.

Luz se volvió hácia su querida amiga, y le dijo con acento entrecortado:

—Tú debes amar á este hombre; estas hojas son una historia de sufrimientos; ellas dicen cuanto has luchado con tu corazon en ese combate desesperado del orgullo con el sentimiento.

—Sí, murmuró Clara, lo amo con toda mi alma! Su ausencia no ha hecho mas que enaltecer mi espíritu en su consagracion á ese cariño. Luz, mi porvenir está decidido.

Luz permaneció en silencio. Pasada la primera impresion, habia tornado á su mente el vago presentimiento de una desgracia; no obstante, guardó silencio, no queriendo lanzar una nube sobre el sereno cielo de aquella creencia.

CAPITULO DECIMO.

EL ULTIMO ANIVERSARIO.

I.

El 6 de Julio del año de gracia de 866, se debia celebrar en todos los pueblos el cumpleaños de S. M. I., Maximiliano I.

La corte preparaba grandes fiestas, y sin embargo, habia un decaimiento notable que contrastaba con los pomposos programas, repartidos por las autoridades con anticipacion.

Lució por fin el esperado dia, y los primeros albores del sol, fueron saludados por una salva de veintiun cañonazos, repique á vuelo y músicas militares.

Los vecinos de la gran Tenoxtitlan se levantaron presurosos á engalanar los balcones; notándose que en las casas de ciertos personajes, no aparecian adornos, lo que indicaba que estaba en menguante la luna del imperio.

El pueblo se agolpó á la plaza, en la que desde temprano habia multitud de Ayuntamientos de los pueblos vecinos con cañaverales, banderas y retratos de SS. MM.

Un número considerable de músicas de los pueblos, tocaban en los

diferentes puntos de la plaza, y se oían algunos vivas de los muchachos que retozaban en el átrio de la Catedral.

Aunque la Iglesia se habia divorciado del imperio, comenzando por quitar el retrato de los emperadores, que en sus arranques de servilismo y de barbárie habia colocado en los altares, no por eso dejaba de darse aires de potencia en las festividades de la monarquía.

La archiduquesa habia procurado humillar al clero en cuantas oportunidades se le presentaron, cobrándole su falta de galantería al rehusar sus preces al rey Leopoldo, muerto bajo la creencia protestante.

El clero católico tenia razon, porque los sectarios de Martin Lutero y de Calvino, no tienen entrada en el Reino de los Cielos; así es que de nada valian las oraciones. Para el clero católico, el rey de los belgas estaba irremiseblemente sentenciado en el juicio eterno, y la alma de la emperatriz, predestinada al *tercer seno* de descanso de las ánimas.

No entraremos nosotros en cuestion tan intrincada, y dejamos al portero del cielo en el derecho de juzgar en demanda *sumarísima* el extravío del que llega á la portada de la eternidad.

II.

A las siete de la mañana, las personas que componian el gran séquito estaban reunidas en el palacio imperial.

La princesa Iturbide, y las señoras grandes cruces de San Cárlos, se encontraban en la sala de audiencias del emperador.

Las otras personas en la galería de pinturas.

A las ocho de la mañana entró el primer secretario de ceremonias en la sala de audiencias, en la que se hallaba la emperatriz, y puso en su conocimiento que todo estaba dispuesto para la ceremonia.

S. M. Carlota hacia los honores en el cumpleaños de su augusto esposo.

La emperatriz, que estaba, como hemos dicho, en la sala de audiencias, se trasladó á la sala de pinturas.

El gran séquito formóse de la manera siguiente:

Secretario de ceremonias, oficiales de órdenes, oficiales de la guardia Palatina, capellanes honorarios y de la corte, médicos consultores, em-

pleados inferiores de la corte, primer médico del emperador, ayudantes de campo, caballerizos, chambelanes, generales de division, grandes cruces de Guadalupe, consejeros, ministros, presidente del Consejo y ayudante de campo.

Despues de estos personajes, seguia Carlota de Austria, emperatriz de México.

Vestia la soberana un riquísimo traje de gró blanco bordado de oro, y el manto de terciopelo escarlata ostentaba una cauda de mas de dos varas.

Todo el manto se hallaba ricamente bordado de oro, con una franja de media vara.

Jamas se habia ostentado el imperial busto tan alhajado.

Dos damas de palacio, elegantemente vestidas, la seguian inmediatamente.

A la derecha, un poco mas atras, el gran chambelan, y á la izquierda el capitan de sus guardias.

Seguia la princesa Iturbide y las cruces de San Cárlos; y como una parvada de palomas, las damas de honor y las de palacio.

La comitiva salió por la puerta del centro de palacio, y emprendió su marcha á la Catedral sobre un tablado cubierto de alfombra, que atravesaba por la plaza hasta las puertas de la Metropolitana.

En pos de aquel séquito, seguia la guardia Palatina y la servidumbre de palacio, mozos de espuela, caballerizos, picadores, lacayos, ugieres, ayudas de cámara y toda esa turba multa que consume cuantiosas sumas del erario de las monarquías.

Al llegar los secretarios de ceremonias al primer compartimiento de la galería de Iturbide, un destacamento de la guardia Palatina bajó por la escalera del emperador.

Otro destacamento se colocó á derecha é izquierda de la emperatriz: una tercera seccion de tropas cubria la marcha de la procesion.

III.

La guarnicion de México estaba formada en la Plaza de Armas, y al avistar á S. M., las tropas presentaron las armas, batieron marcha, y las músicas tocaron el Himno Nacional.

La emperatriz esperaba ser saludada con aclamaciones por el pueblo.

El pueblo permanecia en silencio.

Educada esta generacion en las prácticas republicanas, ignoraba las falsas ceremonias de las monarquías, esa obligacion impuesta á los súbditos de victorear á sus soberanos cuando se dignan aparecer en las pompas oficiales.

Nuestro pueblo no se encuentra á tanta altura.

Ni un solo individuo se tocó el sombrero á la presencia de Carlota.

La orgullosa princesa tiró una mirada de ira sobre la multitud, y aligeró el paso para llegar á la Catedral, donde su instinto religioso le decia que era una profanacion.

IV.

A todos los funcionarios públicos que no formaban parte del séquito, se les habia prevenido estuviesen en la iglesia desde las siete de la mañana en el apartado sitio que se les habia destinado.

La valla de la tropa se prolongaba en el interior del templo hasta detras del altar mayor.

Al llegar á la puerta del centro de la Catedral, la guardia Palatina se dirigió al interior; la servidumbre se quedó fuera formando valla al paso del gran séquito, y entró en tumulto despues de él, seguido de una avalanche de mujeres que son más interesadas en esta clase de diversiones.

V.

La emperatriz fué recibida por el arzobispo y el cabildo metropolitano.

El agua bendita le fué presentada por el primado de la iglesia mexicana.

Al llegar al altar, Carlota se dirigió al trono que estaba colocado del lado del Evangelio.

El arzobispo celebró misa pontifical.

Concluida la ceremonia se cantó el Te-Deum.

La emperatriz, acompañada del clero, salió de la Metropolitana, y ya con visibles síntomas de desagrado, tornó á los salones de su palacio.

Descansó un momento, limpió el sudor de su frente, enjugó al disimulo

algunas lágrimas derramadas por la ira, y se trasladó al salon de Iturbide, donde colocada frente al trono, recibió las felicitaciones en nombre de Maximiliano.

El presidente del consejo de Maximiliano, se adelantó con respeto, y dijo con voz compungida:

—Señora, tengo el honor de presentar á V. M. la felicitacion de los funcionarios presentes en este lugar, por el aniversario del nacimiento del emperador.

Cuando hace dos años, recien llegado el soberano á México, celebraba este dia, espresaba solo sus deseos y sus esperanzas en el porvenir.

Ahora que el tiempo le ha dado la esperiencia del patriotismo entero de VV. MM. y de su entera consagracion á su nueva patria México, espresa su fé de que el imperio de Maximiliano I y la alianza de la Francia, son el progreso, la libertad y la independencia nacional.

Nuestros votos por la conservacion y la prosperidad del emperador, á la vez son votos de reconocimiento, y votos por la conservacion y la prosperidad de nuestra patria.

Y vos, señora, que os habeis asociado tanto á esta obra de regeneracion social, y que habeis dado tantos consuelos á la desgracia, recibid tambien en este momento nuestra felicitacion y nuestra gratitud."

Carlota habia manifestado cierto desden en algunos pasajes del discurso, estaba contrariada, molesta, irritada; al oir la *alianza* de la Francia, se habia sonreido con desprecio.

Luego que el presidente del ministerio hubo concluido, la emperatriz dijo con voz vibrante y altanera:

—Señor ministro, señores:—Me es grato recibir vuestros votos á nombre del príncipe que os ha consagrado toda su existencia, y aseguraros que su vida y la mia no tienen otra mira que vuestra felicidad.

VI.

Toda aquella turba palaciega, desfiló silenciosa y humillada delante de la magestad de Carlota de Austria.

Luego que se encontró la emperatriz en su aposento con sus damas, se echó á llorar con desesperacion.

Formaba gran contraste esa afliccion, con el ruido de las salvas y la armonía de las bandas y músicas que recorrian la ciudad.

Las damas se rodearon de su señora, sin atreverse á aventurar una sola pregunta.

—Amigas mias, les dijo suspirando; os he ocultado un secreto hasta ahora, por no apesadumbraros.

Las damas se acercaron.

—Negocios de sumo interés para nuestra patria, me obligan á partir para Europa.

Las fieles compañeras de aquella mujer privilegiadamente infeliz, comenzaron á llorar.

En la corte de Francia, hubiera sido una comedia aquella escena verdaderamente triste.

En nuestro país, donde el sentimiento es profundamente delicado, donde el corazon se manifiesta en toda su ternura y delicadeza, aquello era un paso verdaderamente conmovedor.

Carlota dirigia la palabra con un acento íntimo de ternura.

—Acaso, decia, os he molestado algunas veces sin intencion, yo os pido me disimuleis, nunca ha estado en mi ánimo el hostigaros.

Las damas seguian llorando en silencio.

La jóven princesa abrazó una por una á sus damas, besándolas en la frente

Aquel dia fué de tristeza profunda y de abatimiento.

La emperatriz eligió entre las damas una que la acompañase en su viaje á Europa.

Aquella estancia, otra vez asilo de la alegría y del encanto, quedó desierta para siempre.

VII.

A los dos dias, los periódicos de la capital anunciaban que S. M. la emperatriz habia emprendido un viaje á Francia, para arreglar personalmente con el emperador Napoleon, los asuntos relativos á México.

La noticia fué un síntoma de mal agüero para la monarquía.

Todos los ánimos quedaron vacilantes, y la revolucion cobró nuevo aliento, alzándose como un coloso de hierro, que á su empuje formidable haria rodar á sus piés el trono de Maximiliano I.

CAPITULO UNDECIMO.

LAS GOLONDRINAS DE LA REVOLUCION.

I.

El dia 7 á la madrugada, salió de la capital la emperatriz Carlota acompañada de la señora Gutierrez Estrada y de un chambelan.

El telégrafo habia prevenido á las escoltas del camino, estuviesen al cuidado de la imperial viagera, que hundida en la mayor afliccion, abandonaba el recinto de sus glorias, para tornar á la ingrata Europa, donde probablemente encontraria su tumba.

En la soledad del camino, recordaba la jóven princesa aquella ovacion recibida dos años antes, en los mismos sitios que atravesaba enmedio al silencio de la soledad.

La emperatriz se resentia de su educacion; acostumbrada en las cortes europeas á viajar llena de atenciones y miramientos aún cuando fuese de incógnito, sufria horriblemente al verse obligada á transitar por las vías desiertas de América, abandonada á lo sombrío de su situacion.

Aquella alma grande, aquel espíritu animoso, dominaba el infortunio, y

orgullosa y sufrida, atravesaba las calientes arenas de ese camino que la llevaba al punto final de su peregrinacion.

II.

A pesar del incógnito que la fatalidad le obligaba á guardar para no descubrir ese paso atrevido, pero que revelaba la crísis política, su orgullo de raza arrancó el antifaz, y se mostró á los pueblos y ciudades que salian á recibirla con arcos de triunfo.

Al arribar á Veracruz, esperó la llegada del Paquete, abrió la correspondencia europea y la de los Estados-Unidos.

La situacion se hacia más negra hora por hora.

Entre las cartas habia unos despachos dirigidos á los republicanos de la capital. Carlota los hizo poner en la balija de su correspondencia, y los remitió al ministro de Gobernacion, para que la ley cayese sobre la cabeza de los revolucionarios.

Escribió sus últimas instrucciones al emperador, y tomó pasaje en el paquete frances, ordenando que el "Dandolo" que ya habia encendido sus calderas, le sirviese de escolta en las aguas del Atlántico.

Entró resuelta en la barquilla que debia conducirla á bordo de la "Emperatriz Eugenia," y en alas del vapor, como un pájaro del oceano, se lanzó en las aguas tumultuosas del *Golfo:* dejó atras á las Antillas, y entró en ese mar tempestuoso cuyas hondas van á confundirse allá en los límetes del horizonte, en las inquietas aguas del Mediterráneo.

III.

La emperatriz se habia embarcado el 13 de Julio. Esto era de mal agüero.

Hay cerebros supersticiosos, almas que creen ver en los celajes, en el viento, en las estrellas, y aún en las nubes, cifras misteriosas que revelan el porvenir.

Esta supersticion agorera suele corroborarse con hechos casuales, que hacen aumentar la creencia del misterio.

Los franceses tiemblan ante el número *trece*, lo mismo que los alemanes sueñan con los *trasgos* y las *damas negras*.

Ninguno de esos hombres se sienta á la mesa cuando hay *trece* individuos; aseguran que la muerte se cierne sobre aquella fiesta y amenaza precisamente á alguno de los circunstantes.

Los españoles ponen cuidado en el color de las palomas, en el crujir de la madera, en los cristales que se quiebran casualmente, y todavía hay en los pueblos de la península ibérica, mujeres que recorren las ciudades *echando las cartas.*

En España raro es el que se embarca ó se casa en *mártes*, es un mal dia.

Los indios de nuestra tierra tiemblan cuando el *tecolote* se posa en los techos de los jacales, y lo ahuyentan á pedradas. Hay una especie de copla que pasa por adagio entre los indios:

El tecolote canta
Y el indio muere;
Ello no es cierto,
Pero sucede.

Hay tradiciones populares que hace algunos años pasaban por verdades, y aún hoy entre la clase ignorante de indígenas á cuyos pueblos no ha llegado el aliento de la civilizacion.

Un indio no diria ni en el potro del tormento: "*reniego de las brujas.*"

Entre los indios hay la preocupacion de que ciertas gentes *hacen mal*, y no ha muchos años en uno de los pueblos de las cercanías, se halló que una mujer hacia muñecos de trapo y los atravesaba con espinas de maguey, ora en el corazon, ora en cualquier parte del cuerpo, para que la persona á quien representaba se enfermase de la parte atravesada por la espina.

La hechicera creía que la dolencia no cesaria hasta que ella quitase al muñeco la espina.

Para que la bruja no venga á la choza á chupar la sangre al niño, ponen la escoba junto á la cuna.

Todo este cúmulo de tradiciones supersticiosas, resto de la barbárie antigua propagada por los frailes que han hecho creer en lás apariciones de los muertos y de las imágenes, se va alejando á medida que el sol de

la ilustracion va penetrando en esas chozas abandonadas á la ignorancia y á la idolatría.

La Francia va á vanguardia de la civilizacion, y no obstante, conserva algunas cosas como la del *número* 13, que no hacen honor á su cultura.

Sea de ello lo que fuese, el caso es que Carlota de Austria habia salido en dia aciago del territorio mexicano.

Franceses y alemanes estaban influenciados por el fatalismo de la coincidencia.

IV.

La correspondencia de Carlota llegó á la capital el 14 de Julio.

En la misma noche y al dia siguiente se efectuaron las prisiones de los individuos á quienes aludia la correspondencia traida por el paquete americano, y las de otros por sospecharse adictos al general Santa-Anna, astro apagado en el cielo de la política.

Entre los presos habia un ministro honorario del emperador, hombre que jamás cejó en sus principios conservadores y á quien habian perdido sus rivales en el ministerio de relaciones.

Aquel individuo y los generales santanistas eran exóticos entre esa turba de jóvenes republicanos que yacian en los calabozos de la prision austriaca.

A un capellan de Santa-Anna lo llevaron moribundo al calabozo, no pudo marchar al destierro, su viaje estaba ya determinado próximamente á la eternidad.

A los pocos dias murió el cura Ordoñez soñando en el arzobispado de México.

La entrada del ex-ministro á la cárcel tuvo su novedad.

—Señor, decia á los austriacos, han incurrido en una equivocacion, yo no soy la persona á quien debe aprehenderse.

El austriaco vió la lista.

—No es usted Miguel Arroyo?

—Hay dos Migueles; yo soy José Miguel.

—Precisamente, respondió el austriaco: entre usted al calabozo.

—Soy ministro honorario del emperador.

—Entonces no hay duda, que le encierren.

Arroyo tenia razon, jamás pasó por su cerebro la idea de que pudiera encarcelársele en compañía de los hombres del partido avanzado de la revolucion republicana.

Era la primera vez que se encontraba á su lado.

Parece que una carta dirigida á Almonte, en la que trataba mal á Maximiliano y que fué interceptada, motivó la prision del ex-ministro.

V.

Una jaula de pájaros no hubiera estado más alegre que la cárcel austriaca, con tanto jóven de buen humor que veía acercarse violentamente el fin del imperio.

Tanta hilaridad tenia asombrados á los carceleros.

—Disimule usted, caporal, dijo un abogado jóven, pequeño, con ojos de centella y semblante atrevido y audaz; fuma usted un puro habano?

El austriaco, acostumbrado á mascar un tabaco endiablado, se lanzó sobre el puro con avidez.

—Y no pudiera usted, continuó, llevar á los compañeros estas botellas de coñac?

—Está prohibido.

—Si una es para usted.

—Está bien, y fué repartiendo coñac en todos los *calabozos.*

A pocos momentos se oyeron cantos y carcajadas en los *separos.*

Dos dias de broma y frasca se pasaron en la cárcel.

El intérprete fué llamando uno por uno á los presos y notificándoles en la alcaidía que se les daban *cinco minutos* para hablar con las familias y arreglar el viaje, porque á las tres de la mañana del siguiente dia marchaban para Yucatan.

Hubo algunos momentos de tristeza en la hora de la despedida, pero pronto renació el buen humor y siguió la broma con más escándalo.

Los austriacos no comprendian aquello.

Las puertas de los calabozos se abrieron, todos los presos se comunicaron, escepto el autor de estas páginas á quien tuvieron encerrado hasta el último momento, de órden del baron de Tindal, jefe de la gendarmería.

Ese hombre se vengaba de varias letrillas satíricas publicadas en el festivo periódico de la *Orquesta.*

Entre los presos se hallaba el *Nigromante*, esprimiendo en cada palabra el veneno de la sátira.

El *Nigromante* tiene por lengua una cola de alacran; al que pica lo deja muerto ó convulso por mucho tiempo.

El jefe de aquella turba republicana era un anciano de barba que le llegaba á la cintura en hilos de plata.

Todos le rodeaban y le llamaban *papá*.

Cuando se creía que de sus lábios iba á desprenderse una sentencia, salia un chiste de buen gusto; y es que *papá* Zamacona es un hombre de mucho talento y de un ingenio particular para las bromas.

Visto ya lo que era el *papá*, omitimos hablar de los hijos.

Toda gente de carrera profesional es insubordinada, maldiciente y bulliciosa.

Sonó la hora de la partida.

Los presos fueron llamados uno á uno por lista y preguntados si llevaban armas.

—Yo tengo una pistola, dijo un jóven general que es una especie de Hércules, capaz de ahogar á un amigo en un arranque de entusiasmo.

Los gendarmes le intimaron entregase el arma.

Entonces el general sacó una botella de coñac.

—No venimos á bromas, dijo el jefe; y mandó que desfilasen los presos.

En la puerta de la cárcel habia dos carruajes.

Los presos entraron en ellos.

—Ya no falta nadie?

—Sí, dijo el abogado chiquitin y travieso, falta mi equipaje y mi paraguas.

Los equipajes fueron puestos en los carruajes.

Entonces el ayudante francés levantó la voz, y tomando un tono trágico de proclama, dijo:

—Conductores! seguireis á la escolta de caballería sin desviaros y obedecereis en todo al jefe que la manda.

El abogado en cuestion, respondió á la órden del ayudante francés con un maullido de gato.

Prisioneros y custodios soltaron la carcajada.

Un destacamento austriaco se puso á vanguardia, otro á retaguardia;

en los pescantes de los carruajes soldados franceses, y dentro de cada coche un oficial y un cabo armados de punta en blanco.

Sonaron los latigazos de los conductores: partieron los caballos y todo aquel séquito se perdió entre las últimas sombras de la noche.

VI.

No nos detendremos ante los episodios de esa marcha, que mas bien parecia un viaje de recreo, hasta llegar á Paso del Macho, donde comienza el ferro-carril que va á parar al muelle de Veracruz.

Un destacamento de argelinos recibió en ese pueblo á los presos.

La escena cambió por completo.

Aquellos negros son terribles, no permitieron salir de los trenes á los presos, en ellos pasaron la noche.

Al amanecer, y sin haber tomado ni una taza de té, comenzó el viaje á Veracruz.

En el lugar llamado el "Camaron" el camino estaba interrumpido.

Las lluvias habian sido terribles.

Un lodazal inmenso cubria la vía férrea y el camino carretero.

Los egipcios intimaron á los presos que el viaje lo harian á pié, por no haber otro medio de trasporte.

Caminar entre aquel lodazal y á la accion de un sol abrasante y en la zona del *vómito negro*, era encontrar una muerte segura.

La caravana se puso en marcha arrostrando tanta dificultad.

Hubo vez que los soldados franceses, compadecidos de ver al anciano Zamacona, lo echaron á sus espaldas como un hijo que carga á su padre en los pasos riesgosos del camino.

Una casualidad hizo que pasase un atajo de mulas que iba por carga á un lugar inmediato.

Uno de los prisioneros dió una señal masónica al dueño de los animales.

Inmediatamente puso sus bagajes á disposicion de los desterrados.

Allí hubo una escena cómica.

El general de la botella de coñac, trepó animoso sobre una mula arrogante: ésta, que no habia sentido en sus lomos mas que el peso de una carga, comenzó á reparar y dió en el lodazal con el ginete.

El pobre general se empeñaba en hacer creer que él voluntariamente se habia dejado caer.

La caravana aplaudió la primera caida.

Siguió otro compañero y tocóle la misma suerte. ¡Cosa rara! dió la misma disculpa.

Los prisioneros á la vista de esa catástrofe se retrajeron.

Entonces el chiquitin de los ojos de fuego rogó que lo subiesen sobre una mula frisona.

Mantúvose qnieto el animal.

Entonces todos eligieron la béstia que les pareció mas mansa, y echaron á andar enmedio de los argelinos.

Esos negros infames tenian órden de fusilar á los prisioneros luego que se avistase la primer guerrilla.

Era pintoresco ver á aquellos desterrados atravesar las veredas como una caravana de peregrinos en los desiertos del Africa.

VIII.

Luego que llegaron á la Soledad, entraron en el tren que partió violentamente hasta dejarlos en las orillas del Océano.

Fueron trasladados inmediatamente en una miserable barca á los calabozos de Ulúa.

El 25 de julio, al amanecer, partió "La Rosita" á las costas de Yucatan, llevando á bordo á esa jnventud cuyo acento se deja oir con entusiasmo en la tribuna repnblicana.

Aquella turba juvenil era la parvada de golondrinas que anunciaba la primavera del triunfo revolucionario!

CAPITULO DUODECIMO.

UN RECUERDO.

En la fortaleza de San Juan de Ulúa, que está situada á un tiro de cañon del puerto de Veracruz, hay un calabozo que encierra la tiernísima memoria de un escritor mexicano.

La ira de los invasores vino á descargarse con la fuerza del rayo sobre aquella frente donde ardia una imaginacion de poeta, manifestacion luminosa del aliento de Dios sobre el mezquino sér humano.

Florencio Castillo, el autor de *Hermana de los Angeles* y de *Agonías del Corazon,* habia tenido, como todo hombre de genio, una existencia llena de vicisitudes.

En los lábios de Florencio Castillo no apareció nunca el vapor asqueroso del dicterio, ni su corazon latió á impulsos de la venganza.

Aquella alma toda era paz y mansedumbre.

Sus composiciones son el espejo donde se refleja esa alma que hoy reposa en el seno de Dios.

Los franceses enviaron al escritor republicano á las mazmorras de San Juan de Ulúa.

Florencio Castillo fué encerrado en un calabozo donde le atacó el vómito.

Fué despues trasladado al hospital de Veracruz.

Atravesaba en una camilla cuando el mariscal Forey salia del territorio nacional.

Víctima y verdugo estuvieron frente á frente, como lo estarán mas tarde en presencia de AQUEL que mide en su balanza eterna los crímenes humanos!

Florencio Castillo murió en el hospital, ignorado, en el abandono, en la oscuridad. Su cadáver fué sepultado en la fosa comun.

¿Quién podrá hoy tomar uno de aquellos cráneos que yacen hacinados en el cementerio de Veracruz, y decir con certeza: "*Aquí pensó Florencio del Castillo?*"

Este nombre, que no está grabado en una piedra fúnebre, lo guarda la nacion en el álbum de sus recuerdos patrióticos, y la literatura lo ciñe de laureles y siemprevivas!

CAPITULO DECIMOTERCERO.

UNA CANCION POPULAR.

I

La noticia del viaje de la emperatriz se anunció en los ángulos todos del territorio, como por un telégrafo subterráneo.

Llegó á las montañas, donde fué recibida como el anuncio de una era nueva que traía en su aliento las auras de la victoria.

No obstante, la situacion era todavía muy crítica.

El último empuje de las fuerzas imperiales habia arrollado á los insurgentes, á quienes ya les faltaba el aliento en esa lucha perenne en que la sangre de sus arterias inundaba los campos de batalla.

Los destierros en masa, los fusilamientos, las prisiones, todo se alimentaba de la revolucion.

Ya el brazo de los opresores desfallecia á tanto golpe.

La idea gloriosa de la independencia, se alzaba del vapor de la sangre; de las tumbas removidas; de las cenizas de los republicanos lanzadas al aire de los desiertos.

Un paso más sobre ese lago de sangre; un sacrificio más sobre la hoguera humeante del sufrimiento; una gota más de hiel á los lábios del sentenciado sobre el madero de la revolucion, y la patria estaba salvada!

II.

Estamos en las agrupadas montañas de Michoacan.

El monstruo de la tempestad se ha alejado del horizonte donde se escuchan sus últimos bramidos.

Las estrellas comienzan á aparecer en el fondo del cielo como las luciérnagas del vacío.

Se oye el rumor tranquilo que levanta el silencio de la noche.

El agua de la lluvia se desliza por las hojas de los árboles, y cae gota á gota sobre las plantas que se agrupan al derredor de los troncos.

Se oye el eco monótono de los insectos.

En una pequeña ranchería, compuesta de seis ó siete chozas de paja, se habia detenido una parte del ejército republicano, á las órdenes de Riva Palacio.

Los soldados encendian luminarias para secar sus destrozados vestidos á las llamas de las hogueras.

En uno de los jacalitos estaba el general republicano, rodeado de sus ayudantes que estaban pendientes de los lábios del jóven caudillo.

El poeta contaba chistes y ocurrencias felices que provocaban la hilaridad de los oficiales.

Riva Palacio jamás habla sériamente.

Sobre aquel hombre, los años de la juventud jamás han dejado huella alguna notable; vive con las ilusiones de la primera edad.

Su corazon no ha odiado nunca; acaso sea éste su mayor defecto.

Riva Palacio no tolera una conversacion de cinco minutos sériamente: cuando menos lo espera su interlocutor, le espeta un verso ó un chiste que lo deja perplejo.

Riva Palacio es el hombre de la amistad, todo lo sacrifica, pasa sobre fuego por hacer una buena accion.

Hay en su alma un horizonte donde se proyecta el íris del cielo; allí está el amor del *hijo* y de la *esposa*.

Esos dos séres han arrancado mil veces sus lágrimas en las horas supremas de sus triunfos y de sus derrotas.

Ese cariño es el lado más vulnerable del jóven soldado.

¡Quién habrá pronunciado el nombre de *Josefina* y el de su hijo, sin que haya vuelto hácia su lado á Vicente Riva Palacio?

Si esas dos flores del corazon llegaran á marchitarse, el hombre rodaria como un tronco desarraigado por el huracan.

Hay siempre en los mares de la adversidad una estrella que alumbra la noche de nuestro destino.

III.

Riva Palacio animaba con todo el brillo de su imaginacion á aquellos hombres desfallecidos, cuando él mismo necesitaba una voz extraña que lo levantase, si no en su fé, sí en sus marchitas esperanzas.

—Qué entrada á México, amigos mios! decia á sus oficiales; vean ustedes: en la bocacalle de Plateros levantaremos un arco magnífico con la estátua de la libertad, con esa bandera que les quitamos á los imperiales; ese arco es el nuestro, es el de la brigada de Zitácuaro. Muchacho, saca el mescal, porque esto merece una copa!

El asistente sacó la botella que corrió de boca en boca como un chisme, hasta vaciarse.

—Entonces, continuaba, estaremos bien vestidos, todos ustedes llevarán calzones blancos de paño, y franjas de oro. Qué espadas! qué pistolas! vamos, si parece que los veo hechos unos Napoleones, menos en lo rubio, porque todos somos *subiditos de color*. Yo les ofrezco que al llegar á las orillas de México, haré que salgan Perico Valle y Ventura Alcérreca, á darles lecciones sobre el modo de llevar la levita y calzarse los guantes; con ocho dias de academia, están de correr y parar; y ¡qué vida! cada soldado su cuarto en el hotel; no habrá rancho, ni toque de diana; á las ocho entrará el mozo á preguntar con qué se desayunan. No vayan á contestar que con *atole*, y me hagan quedar mal.

Los oficiales se echaron á reir con la ocurrencia de su general.

IV.

El centinela dió el "quién vive" á un ginete que gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡libertad!

—Es *La golondrina*, dijo uno de los oficiales.

Presentóse un guerrillero, y entregó unos pliegos á Riva Palacio.

Los oficiales se retiraron.

El general leyó á la luz de la luminaria una carta de México, en que se le avisaba que Carlota salia del territorio, desesperada de la situacion.

—Es la vanguardia del imperio, dijo Riva Palacio; la cosa marcha, la escena varía, no hay duda, tenemos *mutacion.*

Desde luego se advierte por la fraseología, que Riva Palacio es autor dramático.

—Esta sí es noticia; mañana me pongo en marcha; la revolucion toma un nuevo sendero; ¡señores! gritó á sus oficiales, que acudieron violentamente á la puerta de la choza: Carlota ha tomado las de Villadiego, el imperio se desmorona.

Los oficiales solemnizaron la noticia, que cundió instantáneamente en los grupos de los insurgentes.

Riva Palacio se sentó en el tronco de un árbol, y se entregó á las ilusiones que agitan el alma de los que yacen lanzados en el vaiven de la política.

V.

Todo habia quedado en silencio.

Las luminarias comenzaban á apagarse.

Las nubes, condensándose en los picos de las rocas, envolvian en sombras más densas la selva y la montaña.

De repente se oyó una voz melancólica que levantaba una cancion desconocida en el mundo de los sones populares.

En medio del silencio se percibia claramente la letra que acompañaba el cantar:

La niebla de los mares
Radiante sol aclara,
Ya cruje la "Novara"
A impulsos del vapor.
El agua embravecida
La embarcacion azota,
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor!

El ancla se desprende
Y la argentada espuma
Revienta entre la bruma
Con lánguido rumor.
En lo alto de la nave
El estandarte flota,
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor!

¡Qué llevas á tus lares?
Recuerdos de esta tierra
Donde estendió la guerra
Su aliento destructor.
Las olas son de sangre
Que por doquiera brota,
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor!

Mas pronto de los *libres*
Escucharás el canto,
Bajo tu regio manto
Temblando de pavor.
Te seguirán sus ecos
A la region ignota,
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor!

Verás de tu destierro
En la azulada esfera
Flotar nuestra bandera
Con gloria y esplendor.
Y brotará laureles
La tumba del patriota,
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor!

Aquel canto era incisivo.

Brotaba del campamento como el eco que habia recogido las últimas ideas del soldado al entregarse al sueño, y lo exhalaba en una armonía.

Pocos momentos despues, los guerrilleros de la avanzada repetian el canto, como los zenzontles que recojen los silbos del pastor.

A la mañana siguiente, los cuatro clarines de la banda tocaban la "Mamá Carlota," y las mujeres de los soldados la repetian dulcemente para arrullar á sus hijos.

La cancion estaba popularizada.

Las músicas de los pueblos la tocaban en las fiestas y serenatas.

Se cantaba en los bailecitos, y los insurgentes se llenaban de entusiasmo al oir la "Mamá Carlota," que se improvisó en un canto de guerra.

La Marsellesa se levantó junto á la guillotina!

La Mamá Carlota brotó de las montañas de Michoacan!

Riva Palacio ignoraba en esos momentos que la pobre armonía exhalada de su cerebro en aquella noche memorable, tendria un eco poderoso en los campamentos, y seria el grito de guerra en el revuelto polvo de los combates!

CAPITULO DECIMOCUARTO.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.

I.

Estamos del otro lado del Océano.

El vigía de San Nazario avisa que el vapor «Emperatriz Eugenia» está á la vista.

Es el 9 de Agosto de 866.

A las dos horas anunciaba el telégrafo al hombre de las Tullerías, que Carlota de Austria, emperatriz de México, desembarcaba en las playas europeas.

La desgraciada princesa llegaba en los momentos supremos de la crísis.

Su voz no podia oirse entre el estruendo de las armas.

El Austria arriaba sus banderas en la derrota de Sadowa.

La Prusia adelantaba con sus *fusiles de aguja*, y el señor de Cerdeña era dueño de la Lombardía.

La Italia estaba en la hora de la resurreccion.

El conde de Bismark habia tratado á Napolen III de una manera tan inconveniente cuanto despótica, cuando el Austria buscó un refugio en la hora de la catástrofe de Sadowa entregando el Véneto á la Francia.

La Prusia le *mandó* á Napoleon que retirase todas sus pretensiones si no queria entrar en el terreno de las armas.

Napoleon, *en obsequio* de la paz de Europa, y en honra del fusil de aguja, accedió á la peticion y abjuró para siempre de ensanchar sus fronteras, y hasta se olvidó de esa corriente impetuosa que se marca con el nombre de «el Rhin» en las cartas geográficas.

La Prusia tomó el cetro de las dinastías europeas al romper la cadena de la confederacion germánica, y al arrojar al Austria mutilada en el abismo de la nulidad, entre las potencias de segundo órden.

¡Pobre nacion! Entró en el botin de la Polonia; ayudó á forjar las cadenas de un pueblo, á ahogar una nacionalidad, y su cómplice la Prusia se volvia contra ella, le arrancaba los Ducados, y regalaba el Cuadrilátero á la jóven Italia.

¡Pobre nacion! solo le quedaba en su hundimiento el recuerdo de su combate de Lissa, en que sus águilas triunfantes se cirnieron vencedoras sobre la escuadra de Víctor Manuel.

José II cree que nada tiene que envidiar á Nelson en el memorable combate de Trafalgar, ni al bastardo de Cárlos V en el dia de Lepanto.

El Austria estaba decapitada.

Muerta moralmente, tendria la duracion de un cadáver.

El pueblo pedia en una asonada patriótica la abdicacion de José II.

Entraba en eclipse la estrella de la casa de Hapsburgo.

La Prusia arrojaba sus corceles sobre aquel país de conquista mientras que su antigua aliada pedia trémula y convulsa un armisticio para volver en sí de su terror.

Napoleon III cedia al impulso gigante de esa mano que le habia herido en el rostro, y se refugiaba cobarde y rencoroso en esas fronteras que la Prusia ha vuelto de hierro y de granito.

La Europa entera se callaba cuando el acento de Bismark se dejaba oir en el continente.

Ya en otra vez Napoleon III habia abandonado can precipitacion los campos de Solferino, solo al oir los preparativos de la Prusia, y firmado violentamente la paz de Villafranca.

II.

La emperatriz Carlota llamaria en vano á las puertas europeas. En aquel turbion de acontecimientos en que solo se alzaba una cabeza con los

laureles de la victoria, los derrotados no podian escuchar las súplicas de aquella voz delicada, enmedio de las derrotas guerrera y diplomática.

Nada podrian darla, porque nada teniar.

Ocupadas la Francia y la Austria en su situacion angustiosa de silencio y vergüenza, se habian olvidado del imperio mexicano y de ese Vesubio que amenazaba tragarse el trono de Maximiliano I.

¡Pobre emperatriz! de nada le servia ese arrojo de las heroinas, y aquel genio desconocido en los tiempos modernos.

Carlota comprendió el terreno en que se posaba, y se apresuró á sostener el último combate, la lucha de la desesperacion.

Queria arrancar de la Francia la concesion de prolongar la salida de las fuerzas del territorio mexicano; de alistar en sus banderas á los soldados cumplidos; prorogar los plazos de la deuda, y hacerse del material de guerra del ejército expedicionario.

Ignoraba la jóven archiduquesa que el ministro de los Estados-Unidos no cesaba de molestar á Napoleon con su insistencia sobre la retirada, y aún habia indicado que se llevasen consigo aquel trono implantado en el terreno republicano.

Carlota necesitaba recursos y se proponia pasar á Bélgica en pos de su herencia para aventurarla en la lucha, y en cuanto á los voluntarios austriacos, comprendió que toda insistencia era infructuosa.

III.

Cuando la emperatriz llegó á San Nazario, ya el *Herald* de Nueva-York habia anunciado su viaje á Francia y la legacion mexicana estaba en el puerto en espera de su soberana.

En la estacion del ferrocarril de Paris se hallaban el príncipe Iturbide, Gutierrez Estrada, Almonte y su señora. Todos acompañaron á S. M. al Gran-Hotel, donde por disposicion suya habia sido preparado alojamiento para ella su y comitiva.

El embajador de Austria acudió inmediatamente á saludar á la emperatriz á nombre de sus soberanos.

Momentos despues se presentaron dos ayudantes del emperador de los

franceses, quien se hallaba enfermo, á saludar á la jóven Carlota de Austria, escusando á S. M.

Al dia siguiente, la emperatriz Eugenia, ostentando un séquito deslumbrador, se presentó en el Grande-Hotel á hacer una visita de etiqueta á la augusta esposa de Maximiliano.

Carlota pasó al siguiente dia á pagar la visita á Eugenia.

La archiduquesa no tenia séquito que llevar á Saint-Claud, lo que comenzó á molestarla en su orgullo.

Dos años antes la habia hospedado en un palacio la corte de Francia, hoy la dejaban en el Grande-Hotel, afectando que la imperial viajera se rehusaba á recibir el alojamiento en el palacio.

Luego que se supo el objeto del viaje de Carlota, se reunió en Saint-Cloud, bajo la presidencia del emperador, la junta de ministros.

IV.

El dia 14 de Agosto, los secretarios de guerra y hacienda tuvieron una larga conferencia con la emperatriz; nada pudieron arreglar, porque las proposiciones de Carlota solo podia resolverlas el emperador Napoleon.

El nuncio de S. S. y otros personajes de importancia, fueron recibidos en ese mismo dia por la princesa.

La jóven se hallaba toda absorta en sus planes de negociacion; vivia en un departamento del Hotel, entregada á los negocios; el sueño habia huido de sus párpados, y la fiebre comenzaba á apoderarse de su cerebro exaltado por tanta contrariedad.

Esperaba con ansia el momento de hablar personalmente con Napoleon III sin necesidad de intermediarios; queria hallarse frente á frente de aquel hombre que asumia toda la responsabilidad de los sucesos, y que debia resolver la crísis que amagaba, ó más bien dicho, de que era presa el imperio mexicano.

Napoleon se habia escusado hasta donde le habia sido posible; pero al ver la actitud de Carlota, que habia determinado esperarle hasta su restablecimiento, se decidió á tener una entrevista con aquella mujer escepcional que desafiaba de una manera tan heróica la adversidad.

Napoleon se sentia pequeño delante de aquella alma sublime y generosa.

V.

El 23 de Agosto de 866, á las cuatro de la tarde de ese memorable dia, Napoleon III se hallaba en el salon de embajada en una importante conferencia con Carlota de Austria, emperatriz de México.

El sucesor de Cavaignac es un hombre de baja estatura, ancho de espaldas, el pecho prominente; sobre un cuello algo corto se levanta una cabeza bien organizada; la frente es ancha y despejada.

El pelo que cubre aquella cabeza le ha arrebatado la pintura la elegancia y respetabilidad de las canas; lo mismo acontece al bigote, que es poblado y retorcido en sus guías.

Los ojos, que son el espejo del alma, están vidriados, parece que un espíritu de la noche está asomado á aquellos opacos cristales.

La nariz es prominente y los lábios gruesos.

Cuandó se le vé pasear en los jardines de las Tullerías ó de Vincennes, se encuentra vulgar, descansando medio cuerpo arrogante en unas piernas raquíticas que tienen por base unos piés anchos y deformes.

Napoleon III luciría como una estátua ecuestre.

No obstante, aquella máquina vieja ha revuelto á la Europa.

Napoleon III ha tenido grandes sufrimientos en la política, ha padecido en las prisiones y en el destierro, sus tentativas han sido audaces cuanto infructuosas.

Proclamada la república francesa, se sentó en el congreso nacional, fingióse demócrata y republicano, se filió en el partido avanzado y merced á su nombre y á las intrigas, escaló la silla presidencial.

El 2 do Diciembre de 52 dió su golpe de Estado, proscribió á los hombres más eminentes de la Francia, ametralló á los patriotas y se ciñó la corona de Napoleon I, con beneplácito del pueblo frances, que se descubre la frente delante de sus reyes y tiene una sonrisa desdeñosa para la república.

Parece que con los hombres do 93 se hundieron el valor y el heroísmo de aquel pueblo un dia arrebatado por la palabra mágica de Mirabeau y de Danton, y llevado hasta el vértigo al son entusiasta de la Marsellesa.

Napoleon ha llevado á locas expediciones la bandera de la Francia.

Desató la guerra contra la Rusia, llevó á ese campo á la Inglaterra y á la Turquía, y diezmado su ejército en la toma de un puesto avanzado de esa nacion gigante, tornó á Paris dejando en peor estado la cuestion de la Sublime Puerta.

Emprendió la lucha contra el Austria, despues de haber hecho subir al cadalso á Pierri y á Orsini, mártires de la Italia.

Estuvo próximo á caer prisionero en Solferino, y volvió en precipitada fuga á las Tullerías, despreciado de su ejército y muerto para la gloria militar.

En la derrota del Austria por las invencibles armas de la Prusia, quiso dar un golpe de alta política reteniendo el Véneto, que soltó espantado al mandato altanero de Bismark.

Su célebre expedicion á México habia hecho un fiasco solemne, Johnson trató á Napoleon como á un lacayo ordenándole la retirada de su ejército.

Más le valiera al César de la Francia para honra de esa nacion, que la magestad de Napoleon III hubiera aceptado una guerra con los Estados-Unidos, para que al menos pudiera decir como Francisco I en la catástrofe de Pavía: "*Todo se ha perdido, menos el honor.*"

En la cuestion de México nada ha quedado por perderse.

VI.

En aquellos momentos Napoleon III pasaba mucho de angustia y vergüenza al hallarse en presencia de Carlota de Austria.

La princesa imponia con su desgracia á aquel hombre que siempre habia vacilado en las horas de crísis y cuando la revolucion amenazaba devorarse al trono.

—Señora, decia Luis Bonaparte, qué espíritu puede prever las vicisitudes humanas? Hace tres años, en este mismo recinto, hablábamos del porvenir lleno de esperanzas; hoy nos reunimos por la última vez para seguir cada uno el camino que le depara la Providencia. A pesar de todo, creo que no estará descontenta V. M. de la nacion francesa.

—V. M., dijo un tanto alterada la emperatriz, nos abandona en la hora suprema; la nacion francesa está acaso más comprometida que nuestra personalidad.

—El pueblo frances ha hecho cuanto ha estado en su esfuerzo, ha derramado su sangre en los campos de América, sin otro interés que el de la civilizacion.

—Permítame V. M. decirle, que mi augusto esposo fué propuesto por la Francia, que asumió desde entonces toda la responsabilidad de sostener el imperio hasta su establecimiento.

—La Francia confiaba en que durante la ocupacion, el gobierno de V. M. levantaría un ejército respetable y tendrian arreglada la hacienda nacional para las emergencias que debian presentarse al regreso de nuestra bandera.

—El mariscal Bazaine, siempre hostil, se ha opuesto á la formacion de ese ejército, lo ha desarmado dando un rudo golpe á su prestigio; nada podemos hacer en estos momentos.

—Seguramente que el señor mariscal se ha separado en esto de las instrucciones del gobierno.

—V. M. sabe que nos deja entregados á la hoguera de la revolucion, que crece y se ensancha cada dia.

—Las complicaciones diplomáticas vienen en mala hora á poner á la Francia en la imposibilidad de seguir en esta liga. V. M. comprenderá, que amenazada la paz de Europa, es decir, rota é interrumpida, la Francia necesita concentrar su ejército todo para los eventos de una próxima guerra. Además, que nuestro ejército ha prolongado un año más su permanencia en América contra el tenor de las últimas estipulaciones, las cuales no ha sido posible cumplir, porque el tesoro frances ha seguido haciendo todos los gastos.

—El dinero del empréstito ha entrado en las arcas de la Francia, dijo Carlota enrojeciéndosele el rostro.

—Los gastos de la guerra, prosiguió impasible Luis Napoleon, debian cubrirse de antemano y aún nos queda un saldo que espero lo cerrarán los productos de las aduanas.

Carlota pasó su mano por su limpia frente.

—Estoy tranquilo en mi conciencia, he caminado con paso firme á pesar de esa tormenta que se ha levantado en las cámaras y del disgusto que existe en el mismo seno del gabinete, nada me ha detenido, nada.

—Pero nuestra situacion es horrible! dijo la emperatriz.

—Yo la deploro más que V. M.

—Señor, en nombre del cielo, yo os conjuro á que no nos abandoneis.

—Si yo pudiera ceder, respondió agitado Luis Napoleon, á mis simpatías, desafiaría al porvenir; pero el pueblo francés no halla objeto en América, este pueblo es ambicioso de gloria y allí no ha encontrado sino simpatías, no hay un agravio que ponerle delante para despertar su entusiasmo ni decidirlo á derramar su sangre; por el contrario, él está contrariado y la guerra es impopular.

—Todo eso existia ántes de emprender la expedicion, observó Carlota.

—Es cierto; pero yo creia al mismo tiempo que con un imperio en México podriamos neutralizar esa fuerza que se desarrolla por momentos en los Estados-Unidos, aprovecharé precisamente la hora de su conflicto, y confieso á V. M., que como todos los hombres de Estado de Europa, he sufrido un desengaño.

—Nosotros somos las víctimas de esa equivocacion.

—Perdone V. M., yo creo que el pueblo mexicano, que os respeta y os ama, sostendrá á sus soberanos cumpliendo con el más sagrado de sus deberes.

—Dejad vuestro ejército dos años más.

—Me es imposible.

—Aplazad el pago de la deuda.

—En la cámara se me acusa de inaocion y despilfarro.

—Permitid que se alisten en nuestras banderas los soldados cumplidos de vuestro ejército.

—Son libres, perdiendo su calidad de ciudadanos franceses.

—Nada! esclamó Carlota de Austria.

—V. M. está al alcance de la situacion, yo no debo encarecerla.

—Pero esto es una ingratitud horrible!

—V. M. me trata con injusticia. V. M. que ha sido testigo de cuanto ha pasado en este negocio, sabrá apreciar mis sentimientos y los del pueblo frances.

—Hablemos claro, dijo Carlota, levantando un tanto la voz; V. M. no quiere comprometerse con los Estados-Unidos.

—Pudiera ser, y si V. M. estuviese en el trono de la Francia ¿no obraría con identidad en este caso?

—Yo nunca pospondría mi honor en una cuestion diplomática.

Enrojecióse el semblante de Napoleon III, nunca habia oido expresiones tan ofensivas, ni creia que nadie pudiera pronunciarlas en su presencia.

—Acaso, dijo la emperatriz serenándose, haya dicho algo inconveniente, yo pido mis excusas á V. M.

Napoleon comprendió que la angustia estraviaba á la infeliz archiduquesa.

—Aun es tiempo, si la revolucion es tan terrible, do que V. M. y su augusto esposo dejen aquel país condenado á la anarquía y á la disolucion.

—Nunca! gritó la emperatriz. V. M. comprende el ridículo espantoso que nos amenaza con un paso tan inconveniente; nosotros arrostrarémos todo ántes que ceder el terreno á nuestros enemigos.

—Quédame el consuelo de haber cumplido con un deber al permitirme dar un consejo á V. M. Yo tambien estoy afectado profundamente en esta crísis imposible de resolver; pero la voluntad de la Francia es el norte de mis acciones; más tarde ....

Aquella frialdad ante ese abismo en que se derrumbaba un trono levantado por su misma mano; aquella serenidad ante el cadalso de la derrota y en presencia de la víctima, despertó en el cerebro de Carlota uno de esos vértigos que le acometian cuando la contrariedad desataba las tempestades en el mar agitado de su pecho.

—La calma de V. M. me revela que no debemos alimentar esperanza alguna, la Francia desata sus compromisos, nos abandona, deserta á la hora del peligro.

Napoleon comprendió que pasaba algo en el cerebro de la jóven y trató de calmarla.

—V. M. es injusta, dijo el César, voy á abrir las puertas de mi corazon y á franquearle mis secretos.

—Ya escucho á V. M.

—La Europa me acecha, se arma á toda prisa, y la Santa-Alianza puede reanudarse impulsada por el ódio que abriga contra la Francia. Yo sé combatir, pero desconfio del éxito. V. M. conoce la humillacion por

la que me ha hecho pasar Federico Guillermo en la cuestion de la Lombardía.

—Es cierto, dijo tristemente la emperatriz.

—La bandera de la Francia nunca ha retrocedido; si cayeron en Waterloo heridas las águilas imperiales, yo las he tornado á levantar y las he conducido victoriosas en Rusia, en Italia, en Austria, en América y en China!

—Es verdad! es verdad!

—Carlota de Austria, prosiguió exaltado Luis Napoleon, la hora de la decadencia ha llegado, la tempestad amenaza la existencia de la Francia!...... Los Estados-Unidos me espantan, yo he viajado proscrito por aquel país de gigantes; quise en mal hora ayudar á la confederacion para borrar el *nec pluribus unum* de la frente de esa nacion. Conozco que he delirado, pero el delirio ha sido sangriento y espantoso!...... Perdon, señora! yo os he arrojado á esas apartadas regiones de América, y ahora soy impotente para salvaros! Obedezco á un destino irresistible, volved el rostro á los puntos todos del globo: enemistades, rencores, odiosidades, promesas de venganza, y todo, todo contra mí, todo contra Napoleon III!

Luis Napoleon tenia la mirada torva y un temblor agitaba todos sus miembros.

—Sí, prosiguió poseido de amargura, se cree que yo decido los destinos de la Europa, y soy el monarca más desgraciado. Arrastrado por la Inglaterra y por la España que entró incautamente en la Convencion de Lóndres, tomé á mi cargo la cuestion de México, para sufrir solo tambien la derrota y el ridículo!....... La cámara me acusa, el pueblo me maldice y el ejército sufre en silencio al ver diezmados á sus compañeros bajo la bandera de la Francia, que defiende una causa extraña y antipática para él.

La archiduquesa veía humillado á aquel hombre, comprendia lo terrible de su situacion y lo compadecia.

—Pondré, continuó el emperador, algunos obstáculos para la retirada del ejército, probaré si faltando al primer plazo, encuentro tolerancia en los Estados-Unidos; y en ese tiempo levantad un ejército, alistad cuanto extranjero llegue á las playas mexicanas, yo protejeré la inmigracion,

alargaré los plazos de la deuda, y haré cuanto esté á mi arbitrio por aliviar á V. M. del peligro que amenaza á la monarquía.

—Las clases todas de aquella sociedad están rebeladas.

—Le quedan al gobierno de V. M. dos caminos; ó la derogacion de esas leyes de reforma y aceptar en un todo la política reaccionaria, ó marchar á Roma en pos del concordato, acaso Su Santidad acceda á la peticion de V. M.

—Iré á Roma, aun nos queda tiempo de que disponer; pero los recursos escasean de dia en dia.

—Ya que jugais en esta empresa todo el porvenir de V. M., pedid al conde de Flandes vuestro patrimonio; cinco millones de pesos pueden salvar á V. M. de la crísis que amenaza al imperio.

—Avisaré á mi hermano que esté en Roma á mi llegada.

—Señora, el cielo os guíe.

—Ruegue V. M. por el éxito de mis negociaciones.

Levantóse la infortunada archiduquesa y tendió la mano á Napoleon III, que la besó respetuosamente.

VII.

Al dia siguiente la emperatriz de México abandonaba la capital de Francia, despues de su última entrevista con el emperador.

La pequeña comitiva que la acompañaba no pudo ménos de recordar en silencio, todo aquel esplendor y atavío que la corte de Francia habia desplegado cuando los archiduques iban de viaje para la América.

¡Contraste singular!

Entónces todas eran esperanzas, ilusiones, sueños, porvenir coronado de flores, horizontes sonrosados!......

El astro del imperio caminaba á su ocaso, y todo aquel cuadro halagüeño se envolvia en las sombras de una noche eterna!

VIII.

El 21 de Agosto abandonó Paris la archiduquesa y se alejó en direccion á Miramar.

Hé aquí los telégramas que determinan su tránsito hasta Venecia.

"Milan, 26.

La emperatriz de México llegó á esta ciudad. El prefecto y el alcalde salieron á cumplimentarla á la estacion del ferrocarril."

"Padua, 29.

La emperatriz ha sido recibida en la estacion férrea de Vizencio por el príncipe Humberto y las autoridades del país.

Aquí el rey de Italia fué á esperar á S. M. á la estacion, donde le presentó á los generales y principales autoridades.

La emperatriz ha continuado su viaje á Miramar.

Dícese que piensa pasar á Roma con el objeto de tratar con el gobierno pontificio sobre algunos puntos del Concordato Mexicano."

IX.

A consecuencia de la guerra de Italia algunos puentes del camino de fierro habian sido destruidos, lo que impidió seguir su viaje por tierra á la emperatriz.

Tomó pasaje en el *Neptuno*, y al avistarse en el puerto de Trieste fué saludada por la escuadra vencedora de Lisa.

El rey de Italia y el emperador de Austria habian rendido un homenaje de galantería á la jóven archiduquesa.

Carlota habia pasado entre los dos beligerantes cómo una nave empavesada entre dos escol'os!

CAPITULO DECIMOQUINTO.

LA CIUDAD ETERNA.

I.

Allí está la señora del mundo! La hija mimada de Júpiter Capitolino! La ciudad de los Césares y los Pontífices!

Allí está con sus monumentos sublimes, recuerdos palpitantes de su grandeza y poderío!

La fé del cristianismo evoca desde las *Catacumbas*, la hora solemne en que el signo de la redencion humana viniese á tomar asiento sobre el cadalso de los mártires de la religion.

Sobre aquella colina donde se pronunciaban los vaticinios por los sacerdotes de los antiguos latinos, inspirados por el dios llamado *Vaticanus*, hoy se alza el palacio monumental del primado de la Iglesia católica, la Iglesia de San Pedro!

Las *colinas* están abandonadas, excepto las pendientes del Capitolino y el Quirinal.

El Palatino, cuna de la Roma antigua, el Esquilino, el Aventino, el Viminal y el Celio, apénas sostienen casas de campo y jardines donde el viajero no percibe un solo vestigio de esa magnificencia envuelta entre las ruinas y el polvo de los siglos!

II.

La Roma moderna se extiende á los lados del Tíber, rodeada á la derecha por la muralla de Honorio, y á la izquierda por la de los Pontífices de los siglos décimoquinto y décimosexto.

Aquellos muros sirvieron de trincheras durante muchos dias á los voluntarios de Garibaldi en 48.

El foco de la poblacion se ha concentrado en la planicie llamada el Campo de Marcio, en los tiempos de la República.

Sobre aquella vieja sillería, se ostentó Manzini, el agitador de la Italia, con la bandera republicana.

Roma es la urna de los grandes recuerdos y la tumba de cuanto grande ha encerrado el universo.

Sobre los cimientos del templo de Júpiter, en el monte Capitolino, se levanta el nuevo Capitolio.

Los héroes llevaban allí sus laureles y depositaban sus trofeos.

En la continuacion al Capitolio, frente al Palatino, está la *Roca Tarpeya.*

El Capitolio moderno cuenta *mil setecientas* piezas cuya descripcion ocuparia volúmenes.

Despues de ese régio alcázar, sigue el palacio de San Márcos, que perteneció á la república de Venecia.

De Venecia se va al Quirinal, que está en el Monte-Caballo, y pasando por el antiguo *Forum Trajani*, se vé la célebre columna erigida por el senado en honor de este emperador.

La plaza del Monte-Caballo es notable por los dos caballos de mármol que tienen dos hombres por las riendas; en los pedestales se lee *"opus Fidias," "opus Praxiteles."*

Estos caballos son los que dan ahora el nombre á la montaña donde estaban los baños de Constantino.

El arco de este emperador y el de Tito, están descubiertos, miéntras que el de Septimio Severo está sepultado tres ó cuatro varas bajo el nivel de la Vía Sacra.

III.

El Vaticano, ese grandioso edificio, á cuyo costado se apoya la catedral de San Pedro, debe su primera piedra al papa Gimaco; sus sucesores, y principalmente Sixto V, han emprendido obras que guarda el arte entre sus tesores.

Cerca del Vaticano y contiguo á San Pedro, está el hospital del Espíritu Santo.

De aquí se pasa á San Onofre, donde está la tumba del Tasso.

La biblioteca pasa por una de las maravillas del mundo.

El papa Nicolás V, fundó una biblioteca en Roma, compuesta de seis mil volúmenes.

La biblioteca fué dispersada en tiempo de Calixto III, y restaurada por Sixto VI, Clemente VII y Leon X.

Despues el ejército de Cárlos V la destruyó bajo las órdenes del condestable de Borbon y de Filiberto, príncipe de Orange, que saquearon Roma en el pontificado de Sixto V.

Martin V la trasladó al Vaticano.

La biblioteca contiene un gran número de obras raras y antiguas.

Hay dos copias de Virgilio que tienen mas de *mil años:* están escritas sobre pergaminos, así como una copia de Terencio, hecha en tiempo de Alejandro Severo y por su órden.

Allí se ven tambien las actas de los apóstoles en letras de oro.

Este libro tenia una cubierta de oro adornada de piedras preciosas, fué un regalo de la reina de Chipre al pontífice Alejandro VI; pero los soldados de Cárlos V arrancaron esa cubierta ménos valiosa que el manuscrito.

Hay una biblia griega, muy antigua: los *Sonetos del Petrarca*, escritos con su propia mano.

Las obras de Santo Tomás de Aquino, traducidas al griego por Demetrio Sidonio de Tesalónica, y una gran cantidad de manuscritos rabínicos.

IV.

El Vaticano posee en pinturas y cuadros al fresco, cuanto de maravilloso ha inventado el génio humano.

La sala de audiencia para los embajadores, está pintada por Perrin del Vagu.

En esta misma sala se ven con sorpresa cuadros de la espantosa carnicería de San Barthelemy.

En el palacio de los emperadores romanos, dice un escritor, jamas se puso ningun cuadro de las proscripciones del triunvirato.

La capilla Sixtina está decorada con el "*Juicio final*" por Miguel Angel.

La capilla Paulina ofrece entre otras obras de este gran maestro la *Crucifixion de San Pedro* y la *Conversion de San Pablo.*

Los frisos y la bóveda, son del pincel de Zúchero.

La batalla de Constantino por Julio Romano.

La historia de Atila de Rafael y su *Transfiguracion*, que pasa por el primer cuadro del mundo!

V.

La Ciudad Eterna, asiento y pedestal donde descansa esa inmortal figura del pontífice, cuya grandeza han contemplado diez siglos á la luz esplendorosa del cristianismo, es todo un altar al Todopoderoso, donde se quema perpetuamente la mirra y el incienso, y donde arden perennes las lámparas de la adoracion y el culto católico.

Cuatrocientos templos levantan al cielo el eco sonoro de sus campanas saludando al Creador del universo.

Cuando el *poder temporal*, ese padron del orgullo humano, se halla arrancado de la tierra de los pontífices como el símbolo profano delante de la augusta majestad del cristianismo, entónces no habrá una sombra en ese cuadro sublime, punto de interseccion entre el hombre y el Hacedor, primer celage de la bienaventuranza en el cielo sombrío de la existencia!......

VI.

Pio IX á su exaltacion al pontificado, adoptó una política liberal desconocida hasta entónces en los faetos de esa larga historia, escrita y trasmitida por sus antecesores.

La revolucion se inició desde luego, y hubiera absorvido al gobierno pontificio, si este no hubiera cambiado repentinamente de rumbo antes de estrellarse con la nave de San Pedro en esos escollos terribles del levantamiento de la Italia.

La revoluoion de 48, anunciada con el asesinato de Pellegrini Rossi en el Quirinal, hizo salir fugitivo á Pio IX, hasta volver bajo la bandera francesa, empapando sus plantas en ese torrente de sangre vertida en las barricadas por los defensores del Papa rey.

El pontífice dejó el Quirinal y mudó su habitacion al Vaticano, donde ha permanecido veintiun años, firme y sereno ante la tempestad revolucionaria que azota como un mar embravecido, los cimientos de ese sólio levantado por Constantino.

VII.

Pio IX es la sombra de sus antecesores; todo el poder de diez y ocho siglos se ha perdido en el décimo nono.

Las Romanías han vuelto á la Italia, y el Primado de la Iglesia yace á la merced de esas naciones que tuvo un dia sumisas á sus plantas, y de esos reyes que descalzos esperaban su absolucion en las antesalas de su palacio.

Napoleon I fué el asesino de Pio VII.

Napoleon III declara que *jamás* consentirá en que la Italia recobre su antigua capital.

Garibaldi, que es el pensamiento de la *unidad*, y el digno antagonista de ese coloso cuyo pedestal comienza á gastarse al soplo omnipotente del espíritu de un siglo y una civilizacion, declara ante el mundo que la patria de Rómulo renacerá á la luz de sus libertades, y que las águilas romanas tornarán á cernir sus alas sobre las cúpulas del Júpiter Capitolino!...

El tiempo avanza en su marcha imperturbable.

El pontificado aborda un duelo á muerte.

La revolucion pasará como el *simoun* por la Ciudad Eterna, tomará asiento en el Vaticano; pero quedará intacta y lucirá con más brillo en el dia de la catástrofe, esa luz purísima que da de lleno sobre el mundo cristiano; porque el astro del Evangelio, al traves de las vicisitudes humanas, arderá como la zarza de Moises, sin consumirse.

CAPITULO DECIMOSEXTO.

LA ULTIMA LUZ.

I.

La emperatriz de México llegó á Roma por el 24 de Setiembre, alojándose en uno de los hoteles más suntuosos de la ciudad.

El conde de Flandes esperaba con impaciencia á su hermana. Sabia lo que pasaba entre Europa y los Estados-Unidos, y comprendia las dificultades que surgian en el imperio mexicano con el abandono del Austria y de la Francia.

El 27 de Setiembre, el jóven hijo del rey Leopoldo estrechaba en sus brazos á la archiduquesa Carlota, que al verle aún con el luto de su padre se deshizo en un torrente de lágrimas.

¿Quién no conoce todo el pesar que se renueva en nuestro corazon á la vista de un hermano, cuando se ha perdido alguno de esos séres que han sido nuestro cariño en los dias bellísimos de la infancia?

¡Pobre Carlota! habia sido la hija mimada del rey Leopoldo.

El infeliz anciano, con esa doble vista que habia adquirido en la práctica de los negocios públicos, comprendió todo el riesgo de la empresa monárquica en América, y sufria espantosamente al ver lanzada á su tierna y querida hija en ese océano de vicisitudes.

—Cálmate, hermana mia; hay desgracias que por ser irremediables el cielo se cuida de darnos el consuelo que no podemos encontrar sobre la tierra, decia el conde de Flandes enjugando las lágrimas de Carlota.

—Me falta esa sombra bienhechora en los momentos supremos de mi existencia: su voz era la verdad y sus consejos la sabiduría.

—Su espíritu vela por tí, Carlota.

—Hermano, soy muy desgraciada!

—Es verdad, es verdad, repetia el jóven.

—Tú no sabes cuanto he sufrido desde que mi planta tocó las playas mexicanas.

—He visto las universales simpatías con que acogieron vuestro advenimiento al trono.

—Conde de Flandes, tú ignoras la realidad.

Llevóse la archiduquesa las manos á la frente, acarició su cabello, y continuó con esa exaltacion que le era peculiar.

—Napoleon III nos ha llevado á las regiones americanas como el instrumento ciego de su política; allí se nos ha proclamado por su mandato y sin abrigar simpatías por nuestras personas; nuestro nombre no era conocido, y veniamos en las tenebrosas alas de esa revolucion conquistadora. El pueblo, por ese instinto de independencia y de odio al extranjero, nos rechazaba, cedia á la fuerza de las armas y á las instigaciones de un puñado de hombres, declarados en minoría por el sentimiento nacional.

—Es cierto, Carlota.

—Al desembarcar en Veracruz, cuando creia encontrar entusiasmo y abnegacion, hallé frialdad y antipatía; en vano la pompa oficial se desplegó con toda magnificencia, y la multitud se agolpaba al muelle y á las plazas saludándonos; todos iban impulsados por la curiosidad; yo no me he hecho ilusiones un solo instante. Mis lágrimas comenzaron á correr desde aquel aciago dia.

—Pero vuestra conducta os ha conquistado adeptos de mucha importancia.

—Hombres sin popularidad, ceros políticos, hombres nulos en la sociedad, llenos de ideas rancias hasta la barbárie, fanáticos y sectarios de un catolicismo ultramontano. La sociedad mexicana los rechaza como los últimos adoradores del dios *Pasado* y del ídolo del *retroceso!*

—Se nos decia aquí hasta el cansancio que lo más distinguido de ese país estaba del lado del imperio.

—Parte de esa sociedad nos acompaña; pero no es el partido del ade-

lanto, de la revolucion, de las armas; son los timora tos que vivir'n hasta el último dia en nuestros salones; pero quo jamas levantarán el brazo para evitar el golpe. He hecho llamar á dos hombres que se han distinguido por su audacia, ellos estarán al frente del ejército en su postrera lucha, en ese duelo que vamos á librar, toda vez quo la Francia nos abandona.

—Hermana, tú vienes de Saint-Cloud; ¿qué te ha dicho el emperador?

—Napoleon III es un miserable; se lamenta como una mujer, y tiembla ante las amenazas de Johnson y de Bismark; se declara impotente, vencido, humillado onmedio de ese pueblo que se jacta de poseer el secreto de la victoria.

—¿No obtuviste nada en las negociaciones?

—Nada. El convencimiento de que la Francia retirará su bandera del imperio mexicano.

—Eso es horrible, Carlota!...... tú no debias haber fiado nunca de la palabra de un Bonaparte; á esa rama funesta de usurpodares, la ha distinguido la audacia y la traicion.

—Es verdad, pero yo no desconfiaba; al saber sus planes respecto á los Estados-Unidos, Napoleon asestaba sus tiros á la Union, nosotros éramos el instrumento...... el coloso resistió el choque y Laoconto ahogó las serpientes.

—¿Y qué hacer en esta situacion?

—Todo se reduce, dijo la archiduquesa despues de un momento de reflexion, á tener los fondos necesarios para la compra de armamento y pertrechos, que en América se levanta un ejército en veinticuatro horas, como lo han probado los republicanos cien veces.

—¿Vuestro tesoro está agotado?

—Completamente: tú sabes que la casa de Austria despuos de su catástrofe, no dará un solo florin á Maximiliano.

—Tiene José II una deuda horrible, comprometida en los convenios de Praga.

—Pues bien: yo tengo cinco millones de pesos de mi herencia, ellos me bastan para salir de esta situacion; despues que haya arrancado una concesion al Santo Padre, marcharé á Bruselas, recogeré esa suma y partiré para América.

—Hermana, es un sueño, una quimera tu pensamiento.

—Puedo equivocarme, pero al hundirme para siempre, lo haré con mi fortuna.

—Tú ignoras aún que en el testamento de nuestro padre se ordena á los albaceas que esa cantidad te sea entregada siempre que no sirva para sostener el imperio mexicano.

—No, no puede ser!

—Hay prohibicion de que tu esposo entre en posesion de tu herencia.

—Eso es coartar mi voluntad, eso es desheredarme.

—Nuestro padre ha cuidado de tu porvenir, veia claramente el derrumbe del imperio, y quiso reservarte esa fortuna para que vivieses tanquila en Europa.

—Conde de Flandes, la herencia me será entregada de grado ó por fuerza!

—Y á qué tribunal llevarás á Leopoldo II?

—Luego mi hermano trata de imponer condiciones á la hija del rey?

—Es la voluntad de nuestro padre.

—Eso no puede ser, eso es imposible, á menos que no se quieran tornar los albaceas en detentadores de mis bienes!

—Tranquilízate, Carlota.

—Todas son contrariedades, la desgracia sigue mis pasos, estoy predestinada al infortunio!

—Un momento de calma, hermana mia.

—Señor conde, os declaro que esto no puede permanecer así, estoy desesperada, mi familia me roba, los mexicanos quieren asesinarme, mi servidumbre trata de envenenarme, todos conspiran contra mí!...... ¡Dios mio!...... ¡Dios mio!......

—Pero es horrible lo que dices, Carlota.

—Atras, conde de Flandes! no os conozco, yo no tengo más que enemigos, la traicion y la muerte me rodean!

—Vuelve en tí, Carlota, decia emocionado aquel infeliz jóven.

—Yo soy la emperatiz, gritó Carlota de Austria, haceos atras! Aún tengo un ejército que me obedece, diez mil bayonetas y seis mil corceles puedo lanzar á mi acento; ¡atras!..... nó, perdon! perdon!..... no me asesineis, soy una mujer!...... qué puedo haceros! débil, llorosa y en el abismo de la desgracia!

La pricesa estaba trastornada; el conde de Flandes no quiso contradecirla; se limitó á cuidarla con una solicitud paternal.

Levantóse furiosa la princesa, sus ojos amenazaban escaparse de las órbitas, su cabello estaba desordenado y sus manos se crispaban con violencia.

—Leopoldo II, continuaba Carlota, figura raquítica y miserable á quien esconde la sombra de mi padre, te manchas con el crímen nefando del robo, al subir á ese trono usurpado á la honradez y la grandeza; ah! miserable, yo escupiré á tu frente la historia de Leopoldo I!.... Yo sé que en vano apelaré al pueblo belga; él permanecerá inmóvil ante la tumba del rey; creerá una profanacion el hacer justicia con su hijo!...... yo no sé quién es ese hombre coronado! no pertenece á mi familia; si fuese mi hermano, me defenderia de los puñales que me amenazan!

—Carlota, Carlota, hermana mia; murmuraba el conde de Flandes.

—Todos me impulsaron á aquel país de maldicion; les inquietaba mi presencia, era necesario que yo no asistiese al lecho mortuorio de mi padre; ¡padre mio! ¡padre mio!......

La jóven emperatriz fué acometida de un vértigo terrible, y se desplomó como un sáuce herido por un rayo!

Pasó la noche enmedio del delirio.

A la mañana siguiente, dia 28 de Setiembre de 866, Carlota se hizo trasladar al Vaticano, despues de obtener permiso del Santísimo Padre.

II.

Pio IX esperaba la visita de Carlota de Austria, impaciente por conocer los graves motivos que llevaban á la princesa á las cortes europeas.

Sabía Su Santidad que el rey Leopoldo habia impuesto en su disposicion testamentaria, la prohibicion de entregar la herencia en manos del archiduque Maximiliano.

El Pontífice estaba preocupado contra el emperador de México por haber sostenido las leyes de expropiacion eclesiástica, y el cardenal Antonelli daba largas á la cuestion del Concordato.

La diputacion mexicana habia desesperado del éxito de su mision, y así lo habia avisado á la corte de México.

Su Eminencia el ministro de Estado, leía á Su Santidad el tratado de

Praga, que tenia suma importancia, atendido á que la Italia tomaba creces de una manera violenta, y esto traia inquieto al gobierno de la Ciudad Eterna.

—"El Austria *consiente* en la reunion del Véneto á la Italia. Las fronteras venecianas cedidas á la Italia, son las que servian de fronteras administrativas bajo la dominacion austriaca."

—Muchas complicaciones va á traer á la Santa Sede ese *consentimiento* del Austria.

—Dios no abandona su Iglesia, dijo Pio IX; otras veces nos hemos sentido más vivamente conmovidos y la nave no ha sozobrado.

—Garibaldi, ese soñador revolucionario, tornará á levantar su estrujada bandera, y Manzini lanzará sus proclamas incendiarias. La Italia sabe lo que tiene que esperar de esos hombres. No deben inquietarnos las *blusas rojas;* esos motines abortan ó terminan una vez que toman forma, como en Aspromonte. Nuestra vista no debe separarse de ese hombre eminente cuya pluma puede con un solo rasgo cambiar los destinos de la Europa. El conde Bismark está orgulloso con sus fusiles de aguja: cierto es que el Austria debe tenerse por muerta en la cuestion del continente, la unificacion de la Alemania está hecha y podia ponerse como una adicion ó complemento al tratado de Praga.

—Son las diez, observó Pio IX, hora en que Su Eminencia señaló para la recepcion de la emperatriz Carlota.

—Ah! dijo Antonelli, la emperatriz luterana.

Las palabras del ministro previnieron el ánimo del Pontífice.

El cardenal Antonelli saludó profundamente y salió del aposento, donde dejaba á aquel desgraciado Pontífice sobre quien decidia de una manera absoluta.

Antonelli ha sido el ministro que más tiempo ha durado en su bufete de Relaciones.

Su Eminencia tiene una gran capacidad; ha conjurado cien veces esa tormenta que ha amenazado absorberse á Roma.

Las lavas de esa revolucion llegarán á trasformar la ciudad de los Pontífices, ó á desaparecerla como las exhalaciones del Vesubio ó Pompeya y Herculano.

Monseñor Antonelli ha tomado en sus redes al mismo hombre que despertó de su sueño á la Italia.

El que ayer triunfaba en Montebello y Solferino, dejando á Roma bajo la espada de Damocles en el tratado de Setiembre, hoy bate al ejército de Garibaldi en Monte-Rotondo, y declara que *jamas* consentirá en la abdicacion del *poder temporal* de los Pontífices.

Ese *jamas* de Napoleon III, es un padron de ridículo, una frase sin sentido en la diplomacia, despues de aquellas pomposas declaraciones de sus mensajes, en que á la faz del mundo prometia no retirar su ejército del territorio mexicano, hasta no dejar establecida la monarquía!

A la huida vergonzosa del ejército napoleónico, la Francia permaneció en silencio, mudo el cañon de los Inválidos, é inmóviles las lenguas de bronce de las altas torres de Nuestra Señora!

III.

La emperatriz Carlota penetró en el salon de audiencia de Pio IX.

Saludó ceremoniosamente al Pontífice, sin besar el anillo de San Pedro.

Pio IX se inmutó ligeramente, y fingió pasar desapercibida esa falta.

—Vengo, dijo la archiduquesa, á pedir á Su Santidad resuelva esa cuestion que hace más de un año detiene en Roma á la comision mexicana.

Abordar así una cuestion tan delicada, le pareció inusitado al Pontífice.

—V. M. comprenderá lo difícil que es en una audiencia la resolucion que se pide á la Santa Sede.

—Es cierto, Santísimo Padre; pero nosotros debemos aquietar las conciencias, alarmadas por el clero mexicano.

Pio IX mostró estrañeza al oir un lenguaje tan distinto al que la emperatriz habia usado cuando un año ántes fuera á recibir la bendicion apostólica.

—El clero mexicano, dijo el Papa, está sujeto á ciertas prescripciones, y no saldrá de ellas mientras la Santa Sede no lo disponga. No es el clero el que inquieta las conciencias; son los gobernantes que han puesto la mano sobre los libros sagrados, sin notar que las ponen sobre fuego.

—Su Santidad sabe que el gobierno republicano dió las leyes de expropiacion, y de ellas depende la paz de México.

—La Santa Sede obrará como hasta hoy en las cuestiones eclesiásticas; no permitirá jamás que los bienes de la Iglesia pasen á manos profanas; no me refiero á los intereses que nosotros despreciamos por las prescripciones del Evangelio, sino al principio que norma nuestra conducta.

—Su Santidad comprende que es un hecho consumado.

—Lo es la toma de las Romanías, y la Santa Sede no declarará válida esa expropiacion, ni ese atentado á los derechos de la Iglesia, cuya guarda nos está confiada.

—El Santísimo Padre me permitirá le refiera lo que pasa en las regiones de América.

—El pastor de aquella Iglesia me informa de contínuo, pero V. M. puede decir el juicio que se haya formado del clero mexicano.

—Su Santidad ignora que la parte que forma la clerecía de aquel país, está formada do la parte más ignorante de la sociedad, sin escuela, sin educacion, sin moral, llena de preocupaciones y de fanatismo. La anarquía la ha contagiado, y la Iglesia es el centro de las revoluciones reaccionarias. Parte muy considerable de sus caudales los ha gastado en corromper á los pueblos y excitarlos á la guerra; se ha anegado en sangre y concluido por comprometer altamente sus intereses, avanzando esa época que habia de llegar al fin de la próclamacion de la *tolerancia*, y la expropiacion de los bienes eclesiásticos.

Ese clero, Santísimo Padre, ha desprestigiado sus instituciones, se ha perdido en la opinion del pueblo y de los mismos fanáticos ha salido como un clamor la palabra *reforma.*

Alteróse visiblemente el semblante de Pio IX.

La emperatriz continuó con esa exaltacion propia de un fanático que juzga á una secta contraria.

—Los gobiernos liberales le han dado el golpe de gracia al clero, le han arrebatado sus armas al cargar con los tesoros acumulados desde el tiempo de la conquista. Entonces ha vuelto su mirada hácia la Santa Sede pidiéndole sus anatemas para emprender una nueva lucha, inquietando sus conciencias y desatando esas revoluciones que en otros tiempos produjeron un San Barthelemy. Los intereses han pasado á manos de la sociedad laica en el botin de la nacionalizacion y se necesitan cien revo-

luciones para la devolucion de ese patrimonio dilapidado en los campos de la política y de los motines.

Tal es la situacion que hemos encontrado á nuestro advenimiento al trono. Hemos examinado los pasos todos de la cuestion, y la hemos enviado á Roma proponiendo una solucion que dejará satisfecho al clero y á los que han adquirido por esa ley de manos muertas.

—Su Eminencia el cardenal se ocupa de ese negocio.

—Aquel órden, continuó la emperatriz, no puede subsistir por más tiempo; aquel clero debe desaparecer para reemplazarle por otro más ilustrado; la reforma, Santísimo Padre, acabará por completar su obra, y nosotros tendremos que impulsarla.

—V. M. conoce lo que le cuesta al mundo esa idea; los enemigos de la Iglesia la llevan en su bandera, se combate á su sombra el catolicismo, se le quiere aniquilar, reducir á cenizas ese edificio levantado por Jesucristo y sostenido por el pueblo cristiano. Ya que no se puede negar la existencia del Divino Maestro, ni borrar de la historia esas páginas santas y gloriosas de su tránsito por la tierra, ni el sacrificio de la Redencion, se van al lado vulnerable, se van en brazos de la fragilidad humana, para sacar de ella ejemplos contra las instituciones, y como si significaran algo las faltas de nosotros, seres miserables y llenos de crímenes, sujetos á una naturaleza viciosa, que se arrastra en ese camino del extravío humano; nosotros, orugas de la tierra que cruzamos entre el polvo que más tarde es nuestra tumba; ¿qué tenemos de comun con el poder de Dios que alcanza al universo?.... ¿Quiénes somos nosotros para poner la mano donde está el dedo de Dios?.... El delirio humano nos arroja por una senda tortuosa, oscura, en la que necesitamos la luz del cielo para ver, y la inspiracion del Hacedor para detenernos ante ese abismo que se abre á nuestras plantas.

Puede el hombre en ese albedrío concedido á sus facultades, rebelarse, desconocer la Omnipotencia, derribar los altares, alzar falsos dioses, quemar el incienso y la mirra de la profanacion, apoderarse de esos mezquinos bienes terrenales, encenegarse en esas miserias; que llegará un dia en que despierte á la luz de la justicia, y entonces doblará la frente y confesará trémulo sus delitos; buscando la absolucion de la tierra para abrirse las puertas del cielo!

—Pero yo no le hablo á S. S. de una reforma religiosa, sino puramente de disciplina.

—Así empezaron esos relapsos de Calvino y Martin Lutero.

La orgullosa protostante se sintió herida en su sentimiento religioso, y sin poderse contener se alzó de su asiento y dijo con tono concentrado:

—Martin Lutero era el hombre de la abnegacion, el verdadero apóstol de Jesucristo, el nuncio de la fé y de la verdad, el sábio reformador rebelado contra esa corrupcion del lujo del catolicismo: Lutero proscribió las imágenes y alzó en los templos solo y único, el símbolo de la Redencion!

—Dios mio! dijo el pontífice, estas palabras en el recinto del primado de la Iglesia católica! El sucesor de San Pedro, insultado por un lábio protestante! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ten compasion de los extraviados; no desates tu cólera; aplaca tu ira; retira de la frente de esta mujer el rayo sacrosanto de tu cólera; no hieras esta juventud que aun puede volver al arrepentimiento!

La emperatriz comenzó á temblar horriblemente, sus ojos se desencajaron, y cediendo á un vértigo doloroso cayó trémula á los piés del Pontífice Romano.

Pio IX puso sus manos sobre aquella cabeza soberana, y levantando su faz al cielo, dijo con voz conmovida:

—Señor, aparta el estigma de esta frente donde comienzan á aparecer las sombras de la desgracia, esa amenaza de muerte de un pueblo que se siente oprimido; vuelve á esta desgraciada princesa á la senda sacrosanta del catolicismo, donde puede hallar el consuelo á las inquietudes que la devoran!

Carlota de Austria besó respetuosamente la mano de Pió IX, y despues de derramar sus lágrimas, abandonó el Vaticano, atravesando violentamente entre la guardia suiza, que le hizo los honores de su rango.

IV.

Habia pasado una hora cuando se abrieron con estrépito las dos puertas del aposento de Pio IX, y entró súbitamente una mujer...... era Carlota!

Era la emperatriz Carlota, presa de los remordimientos y acosada de los terribles fantasmas de su sueño.

Pálida, desgreñada, rasgados los vestidos, la boca espumante, la mira-

da extraviada, las manos trémulas, los pasos inseguros...... la razon perdida!......

—Me siguen! Me asesinan! Defendedme!.... La traicion me rodea!... mirad!...... en esa agua purísima hay un filtro que dá instantáneamente la muerte. Mis perseguidores han derramado el oro entre la servidumbre, todos me acechan, ocultan el puñal y quieren derramar mi sangre! Santísimo Padre, rogad por mí!...... rogad por mí!......

Quedóse un momento en silencio para proseguir en su delirio!

—Entre las manos delicadas de esas mujeres está el tósigo que abre las puertas de la tumba!...... No os acerqueis! ..... dejadme!...... dejadme!...... Oíd, esas campanas están tocando á muerto...... son los patriotas mexicanos que suben al cadalso!...... estoy manchada por las olas de este torrente que cruza por las gradas del trono!...... Mirad, entre el vapor se dibujan los horribles fantasmas!...... los asesinados piden misericordia!...... No, no hay compasion, morid en el cadalso; vuestra existencia es el precio de mi exaltacion al trono mexicano!...... Ya se acercan, me amenazan, Santísimo Padre, dadme vuestros conjuros, prestadme vuestros anatemas!...... yo me muero!...... compadecedme...... compadecedme!

La desgraciada princesa cayó en el suelo sin sentido.

Pio IX ordenó que se la alojase en el Vaticano, y se trasportó al Quirinal lleno de una emocion profunda.

V.

Media hora despues las campanas de San Pedro de Roma, levantaban al cielo los toques solemnes de *rogativa*, pidiendo al mundo católico con sus majestuosos clamores, que rogase por Carlota de Austria, emperatriz de México, á quien la Justicia Divina habia arrebatado el juicio para siempre!

———

CUARTA PARTE.

UN HOMBRE POR UNA NACIONALIDAD.

CAPITULO PRIMERO.

LA ULTIMA PALABRA.

I.

La noticia de la locura de Carlota cayó como un rayo en la corte de México.

Maximiliano se abatió profundamente, su primer pensamiento fué el de volver á Europa y abandonar el suelo mexicano donde habia comenzado á eclipsarse ese fuego fátuo de su fortuna.

El infeliz archiduque quedaba solo en el mundo á la merced de sus enemigos.

Los hombres y la fortuna lo abandonaban.

Aquel espíritu otras veces tranquilo, perdió su serenidad habitual, y una vez en la senda del extravío, tenia que perderse.

En tan crítica situacion llegó la noticia de que el general Castelnau, ayudante de campo del emperador Napoleon III, llegaba con instrucciones del gabinete de Saint Cloud.

Aquellos despachos traian acaso los convenios celebrados con la emperatriz Carlota, y que no pudieron terminarse á causa de la desgracia acaecida á la infeliz hija del rey Leopoldo.

Maximiliano se trasladó á Orizava, y los periódicos anunciaban que S. M. queria estar cerca de Veracruz para recibir con más prontitud las noticias europeas, porque se hallaba demasiado inquieto por la salud de su augusta esposa.

Lo cierto es, que Maximiliano pensó sériamente en abandonar el territorio.

Alguna cosa trascendia el público de aquella confusion de determinaciones atropelladas, donde la prensa comenzó á balbutir algunas palabras acerca del próximo viaje del emperador.

Se sabia que el capitan del «Dandolo,» que hacia un año permanecia como un gigante clavado en las rocas del golfo, habia recibido órden de prepararse para recibir á bordo al ilustre viajero.

La prensa francesa, que veia por el suelo el trono de Maximiliano, comenzó á propagar noticias alarmantes; *viró*, como dicen los marineros, al cambiarse la aguja de la fortuna, y comenzó á insultar á aquel hombre ante quien se habia arrodillado á quemar el incienso de la adulacion y de la bajeza.

¡Pobre Maximiliano! ayer le coronaban de flores y le victoreaban las tropas expedicionarias, y le cantaban himnos los escritores franceses, y al verlo abandonado, le maltrataban y ponian el INRI sobre aquel trono hecho pedazos!

Los franceses estaban en la plenitud de su carácter.

Algo les amargaba lo ridículo de su situacion, ese bochorno que pasaba una bandera tan gloriosa.

La Francia afectaba estar en su derecho al retirar la expedicion y procuraba hacerse creer que los Estados-Unidos no habian influido en sus determinaciones.

Su careta era trasparente, y era difícil jugarla en ese carnaval sangriento.

II.

Maximiliano se dispuso á recibir á Castelnau.

Cuando el alma ha entrado en la tormenta de la desesperacion, acepta una esperanza aunque sea lejana.

Deseaba saber la impresion que habia causado la presencia de Carlota en las córtes europeas.

Llegó al fin ese momento terrible en que el ayudante de campo se encontrara en la presencia de Maximiliano.

Castelnau se manifestó arrogante ante la magestad caida del emperador.

El archiduque manifestaba en su semblante todo el dolor de sus sufrimientos.

Estaba profundamente triste, cubierto é impregnado de una melancolía intensa.

El enviado de Napoleon comprendió á primera vista la tempestad que sacudia el ánimo del desgraciado monarca.

Castelnau quedó un momento contemplando aquella fisonomía donde se trasparentaba una angustia profunda.

—S. E. el mariscal de campo puede tomar asiento.

—Agradezco á V. M. esa distincion.

—¿Se ha restablecido la salud de S. M. imperial Napoleon III?

—Así parece, señor, y su primer cuidado ha sido el de ocuparse de las graves cuestiones que tienen relacion con el imperio mexicano.

—Yo fio en la Providencia, y mi confianza se apoya en las manifestaciones de simpatía del pueblo.

—Base insegura, señor, en cuanto al cimiento popular, que es frágil como espuma.

—No puedo ocultar, señor general, el vivo deseo que tengo de saber las altas disposiciones de S. M. Napoleon III.

—Nada ocultaré á V. M. de cuanto ha pasado.

—Ya os escucho.

—Para evitar complicaciones con los Estados-Unidos, como ha tenido el honor el señor baron de Saillard de manifestar á V. M., la Francia retira las tropas expedicionarias. Se habia convenido con el emperador de Austria que enviase un contingente de voluntarios, pero S. M. José II quiso á su vez contemporizar con la Union Americana, y disolvió el cuerpo de ejército.

—Estoy al tanto, señor general, de ese acontecimiento.

—V. M. vé, que el nuevo proyecto de la Francia fracasó en su cuna. El último empréstito no ha podido cotizarse y se ha alzado una grita te-

rrible contra el gobierno del emperador, pretendiendo que la Francia se haga cargo de satisfacer los dividendos del empréstito de Paris.

—Precisamente contaba el imperio con esa suma para liquidarse y poner en via de pago las convenciones; pero vuestro gobierno tuvo á bien tomar la mayor parte por cuenta de su deuda, y esto desniveló por completo.

—V. M. me permitirá no contestar esos cargos, y ceñirme á la cuestion que tengo el honor de esponer á la corte de México.

—Continuad, señor general.

—Los Estados-Unidos han pretendido que la Francia hiciese salir á S. M. del territorio de grado ó por fuerza.

Enrojecióse el rostro de Maximiliano, sus dedos se crisparon terriblemente y su mirada se fijó tenazmente en la mirada audaz de Castelnau, que la sostuvo valientemente.

—La Francia, continuó el ayudante de campo, ha creido de su deber consultar ese punto con V. M.

—¿Y con qué derecho, dijo Maximiliano con voz concentrada de furor, se permitiria ningun soberano arrancarme de las gradas del trono?

Castelnau iba á responderle: "con el mismo derecho que le asistia al traeros á estas regiones."

—Perdone V. M., yo no soy más que el mensajero de todo lo que tengo el honor de exponer á S. M.

—Acabemos, señor general, yo he sido insultado hasta el último grado por la Francia.

—S. M. Napoleon III piensa que V. M. debe *abdicar*, ántes de llegar á un momento supremo.

—La abdicacion, señor general, se hace en los instantes terribles de la revolucion, se hace delante de la muerte, como Luis XVI; yo poseo todavía elementos de preponderancia que pueden sostenerme en el sólio.

—V. M. comprenderá que la disyuntiva es terrible, la *muerte* ó la *abdicacion;* la Francia os aconseja el último estremo.

—Y yo no lo acepto, señor general, porque mi dignidad es lo primero.

—Señor, la dignidad de la Francia estaba comprometida, y *una razon de Estado* la hace aceptar una situacion que no se registra en sus anales.

—Es verdad; pero los de mi raza son intransigentes.

—S. M. José II, cediendo á otra *razon de Estado*, despues de la catástrofe de Sodowa y la pérdida de Lombardo Veneto; ha disuelto el cuerpo de voluntarios.

—Maximiliano movió la cabeza con impaciencia.

—Reflexione V. M. que su permanencia en México es ya imposible, que todos los sacrificios serian estériles, y que solo se añadiria una pájina más de sangre á la historia infortunada de este país devorado por la anarquía.

—Moriré en mi puesto, señor general.

—La augusta emperatriz, abandonada en el recinto de Miramar, llamándoos de contínuo, sería otra víctima inocente sacrificada en aras de una crísis desesperada.

Al recuerdo de Carlota volvió á nublarse el semblante del austriaco, sus ojos se humedecieron, y sin querer llevó las manos al corazon oprimido.

—Es verdad, dijo tristemente, todo lo que me rodea es espantoso.

—Señor, la Francia participa hondamente de vuestras penas.

—Pero es necesario de todo punto meditar esta cuestion, los Estados-Unidos no traerán una sola bayoneta al territorio mexicano.

—S. M. me permitirá mostrarle todos los despachos que justifican la conducta de mi gobierno en este delicado asunto. La Francia no es dueña ya de su albedrío. Contra el tenor de los convenios celebrados con los Estados-Unidos, las fuerzas no han comenzado á salir del territorio; la fecha del primer plazo se ha pasado, y ojalá que se pudiera aun revalidar esa convencion.

—No os comprendo bien; haga S. E. el favor de ser más esplícito.

—Lo seré si V. M. me lo permite. La Francia no ha cumplido, esta es la palabra, lo pactado con la Union americana; esto ha motivado una nota terrible que en otras circunstancias se hubiera lavado con sangre; pero hoy...... leedla, señor, y diga V. M. si Napoleon III no conserva una situacion tan augustiosa como la de V. M.

El emperador tomó el pliego que le presentó Castelnau y leyó para sí la nota cuyos pasajes más interesantes copiamos á la letra:

"No podemos conformarnos (habla del cambio introducido en la retirada

del cuerpo espedicionario), primero, porque las palabras *primavera próxima*, son demasiado vagas: segundo, porque la garantía que tenemos para la retirada del cuerpo espedicionario en la primavera, no es mejor que la que teniamos para la retirada de una parte en Noviembre: tercero, porque contando con el consentimiento de Napoleon, al paso que deseábamos la retirada de las tropas francesas, hemos tomado medidas para cooperar con el gobierno de México á la pacificacion del país, apresurando la plena restauracion de la autoridad constitucional de ese gobierno. Entre esas medidas se encuentra la del envío á México de Mr. Campbell acompañado del general Sherman, para que conferencien con Juarez sobre un asunto que tanto interesa á los Estados-Unidos y es de tan vital importancia para México.

"Nuestra política y las medidas tomadas en la inteligencia de que iba á empezar la desocupacion, se pusieron aquí en conocimiento del gobierno del emperador.

"El emperador comprenderá que no podemos retirar á Mr. Campbell, ni *modificar* las instrucciones conforme á las cuales piensa tratar con el gobierno de México, y que el gobierno cuenta naturalmente con qué no siga la ocupacion extranjera y hostil. Diremos en consecuencia al gobierno del emperador, que el secretario del presidente espera que la evacuacion de México se lleve á cabo de conformidad con el acuerdo vijente, y contando con ello informará á Mr. Campbell, segun lo permita la *complicacion importuna* que motiva esta nota. A las fuerzas militares de observacion de los Estados-Unidos, se les enviarán instrucciones para que en cualquier caso esperen órdenes del presidente. A todo esto se procede fiando en que el telégrafo ó "La Mala" traerán una respuesta satisfactoria.

"Dará usted al gobierno francés seguridades de que los Estados-Unidos al paso que procuran ayudar á México, no tienen más anhelo que el de mantener la paz y las buenas relaciones con Francia; y el presidente no se permite poner en duda *que lo que se ha determinado en Francia en mala hora, se determinó por inadvertencia, sin pensar en los embarazos que han de suscitarse aquí despues de trascurrido el período que se fijó primitivamente para la evacuacion completa.*"

—Este lenguaje, observó el ayudante de campo, es desconocido hasta

ahora en el idioma do la diplomacia; está fuera de los límites hasta do la comun galantería de las naciones.

Maximiliano no queria creer en lo que acababa de enterarse.

Le parecia increible la audacia americana.

Las raíces todas de la esperanza se arrancaban dolorosamente de su corazon: no obstante, el paso terrible y bochornoso do la *abdicacion* pesaba fuertemente en su ánimo, y aquel hombre orgulloso vacilaba como un insensato, envuelto en la tempestad de las contradicciones.

Quedóse meditabundo, irresoluto, lleno do contrariedad, agitado como una débil barca entre las olas y el huracan.

—Señor, dijo Castelnau interrumpiendo aquel silencio desesperante, V. M. y la Francia pueden salvarse; manifieste el soberano que cediendo su puesto á la voluntad de un pueblo, lo deja en libertad para constituirse despues de haber ensayado la pacificacion por medios que han estado al alcance del poder y de acuerdo con la humanidad y la civilizacion: abdique V. M., y este paso dará motivo para la separacion del ejército frances del territorio imperial.

Castelnau trataba ardientemente de salvar su bandera. Estaba en su derecho.

Hay cuestiones que una vez lanzadas en el mundo de la política, ya no pueden recojerse, y entonces es necesario resignarse á sufrir el juicio y la sentencia inexorable de los contemporáneos y do la historia.

Comprendo, dijo el emperador, la angustia do la Francia, y lo penoso que le es continuar en este terreno verdaderamente resbaladizo: S. M. Napoleon III hubiera trastornado la Europa entera á una sola de estas palabras; pero la distancia y el deseo de conservar la paz, lo vuelven resignado: acaso esperaba que durante el tiempo de la desocupacion, surgiesen algunos acontecimientos que lo hiciesen variar, pero desgraciadamente no ha sucedido así, y la resolucion tiene de llevarse al cabo.

—V. M. comprende perfectamente lo que pasa.

—S. E. el general Castelnau comprenderá tambien, repuso friamente el emperador, que en este negocio es necesario que cada uno sufra la parte que le toca en la catástrofe, así como ha compartido el triunfo. La Francia pasa por las puertas del ridículo, yo paso por las do la muerte.

Castelnau se puso á la altura do la situacion; comprendiendo que no

habia remedio alguno, que Maximiliano no se prestaria á la última farsa y que á su vez dejaba á la Francia dentro del toro de Phalaris.

—Insisto por última vez, señor, en que el pensamiento de la abdicacion es el único medio salvador.

—Y yo insisto para de una vez, en que permaneceré en el escaño del trono hasta ser arrojado por las olas revolucionarias.

—Señor, dijo Castelnau, ved lo que pasa en los confines del imperio: Guaymas y Mazatlan han sido desocupados por las tropas francesas, y ya están en poder de la República.

—Estoy al tanto, señor general, de esos sucesos, y tengo despachos que me anuncian que Juarez ha sido recibido en triunfo en la ciudad de Chihuahua, y además, del alzamiento de todos los pueblos al sentirse fuera del alcance de los zuavos.

—Entonces, señor, por qué cerrar los ojos ante ese torrente que todo lo devora? La Francia está en el deber de salvaros.

—Y quién salva á la Francia, señor general?

—La revolucion es omnipotente.

—Yo sé, señor mariscal de campo, que la dejo venir porque estoy seguro de ahogarla entre mis brazos; aun cuento con hombres de valor y de resolucion; mi popularidad es grande, y mi decision aun más todavía; voy á luchar con mi destino: decidlo al emperador, que fué mi glorioso aliado, que he consultado á mi consejo y Ministerio sobre este punto, y que oido su parecer, hace una hora que he mandado se comuniquen á los pueblos del imperio que acepto en todas sus consecuencias la situacion, y entro en las eventualidades con valor, y dispuesto á morir si ese es mi destino.

—Señor......

—Decidle á S. M. que no abdicaré jamás, ni huiré como Pio IX y el rey de Nápoles, ni esperaré una restauracion vergonzosa como Luis XVIII.

En aquellos momentos un repique á vuelo se dejó oir en las iglesias de Orizava, donde pasaban estos acontecimientos.

La detonacion de las salvas y de los cohetes, las músicas que recorrian las calles, y los gritos entusiastas de los víctores que se detenian frente á la casa alojamiento del emperador, formaban un eco de alegría y de espansion popular.

—Mirad, dijo Maximiliano abriendo la ventana; ved á ese pueblo que

viene á ofrecerme su sangre; él me ha detenido, él quiere que yo empuñe su bandera, que lo presida en sus grandes destinos, en el porvenir....... Señor general, contad esto á S. M., lo que habeis presenciado, ya sabeis que no abdico; esta es *mi última palabra.*

III.

Castelnau salió desesperado, creyendo que el austriaco estaba ménos en su juicio que su augusta esposa la emperatriz de México.

Efectivamente, era una demencia soñar on el establecimiento del imperio, toda vez que los Estados-Unidos habian determinado la muerte de la monarquía y el pueblo mexicano se alzaba como un solo hombre para combatirla.

Maximiliano se encontraba en una situacion excepcional.

Volver á Europa á encerrarse en su Santa Elena de Miramar, era presentarse en el foro del ridículo y del desprecio.

Permanecer en México era exponerse á morir en la demanda.

El pobre archiduque, hombre de corazon, optó por el segundo extremo, no sin combatir algunas vacilaciones que le asaltaban y que al fin determinaron la convocacion de otra junta en la capital, y á la cual llevaremos muy pronto á nuestros lectores.

Corrió por el telégrafo la noticia de que el archiduque se quedaria en México, la que fué recibida con entusiasmo por los imperialistas, que faltos de recursos para poder marchar al extranjero, se asian del manto imperial como su último refugio.

El desconsuelo de un partido al ver prófugo á su jefe solo puede compararse al de una tripulacion al saber que el piloto y el capitan se han lanzado en una lancha abandonando el buque que comienza á devorar el fuego.

IV.

Maximiliano recibió eso mismo dia á Márquez y Miramon, y combinaron un plan de campaña, haciéndose ilusiones, y pintándose horizontes color de rosa, sobre los que la mano del destino tendió más tarde un velo mortuorio.

Aquellos dos génios de la rebelion y de la asonada participaron del sonambulismo de su señor, y consultando en su ambicion lo que esperaban en el porvenir, empuñaron la bandera de los grifos y puestos al frente del ejército imperial, se creyeron dueños de la situacion, pensando en renovar los dias aciagos de la revolucion de reforma en que la suerte coronaba sus estandartes y sus armas se abrian paso entre las filas indisciplinadas de la República.

¡Sueño insensato!

Los tiempos habian variado, lós soldados de la independencia fogueados en los encuentros de tres años consecutivos de combates, se habian hecho veteranos.

Las chusmas se habian improvisado en ejércitos.

El pueblo, empuñando las armas para conquistar su independencia, era omnipotente.

Maximiliano habia dicho tres años despues de su advenimiento al trono, su última palabra.

El pueblo habia dicho la suya desde que las naves extranjeras entraron en las inquietas aguas del Golfo mexicano.

Habia decretado la *victoria*, como los convencionales de la revolucion francesa!

CAPITULO SEGUNDO.

CUARTO MENGUANTE.

I.

La escena habia cambiado por completo en la casa de los Fajardos.

Los antiguos amigos y partidarios del diplomático faltaban de la tertulia.

Todo el alboroto de los primeros dias se habia extinguido al soplo de los acontecimientos que anunciaban la caida del imperio.

Don Modesto, hombre acomodaticio en la política, comenzó por empaquetar cuidadosamente su uniforme, y encerrar en su caja la cruz de la órden de Guadalupe, arracando la cinta de los ojales de todas sus casacas, levitas y chaquetas; porque el señor de Fajardo en todas partes llevaba la condecoracion.

Se suscribió al *Marqués de Caravaca*, periódico republicano, y á la *Sombra;* ambos papeles tentaban á Dios de paciencia, como suele decirse, pues se desataban terribles contra el imperio.

Era de esperarse lo que aconteció: los dos periódicos fueron suprimidos y sus redactores corrieron una suerte demasiado adversa.

Cuando pasaba la escena que vamos refiriendo, los *diarios* consabidos

se ocupaban en burlar á los conservadores sobre el fiasco intervencionista, y alzaban el grito á la altura de la trompeta final pregonando la salida de las tropas expedicionarias, contando este suceso en metros, rimas y prosa.

—Este periódico, decia don Modesto á su desolada esposa, tiene su chispa, no se le puede negar: voy á leerte los versillos que no son de lo peor; como ya nos hemos *desafrancesado*, nos satisface ver satirizados á esos caribes. Oye la letrilla *Que se me vá mi frances:*

Procopia la Bulli-bulli,
Hermosísima mujer,
La de los bucles postizos
Que compró á munsiur Macé,
La de flexible cintura
Delgada como un tonel,
La de las canas teñidas
Con tintura de Bennet,
La jóven más á la moda,
Jóven de Matusalen,
La que ama furiosamente
Al sargento Coquelet,
Gendarme, segun se dice,
O cazador de Vincennes,
Fué el que la dijo *¡charmante!*
Y en tal error la hizo creer;
Procopia, repetirémos,
Llorando esclama doquier:
Estoy al volverme loca,
Se va á marchar mi frances.

No hay remedio, yo sucumbo,
De esta hecha me va á dar *fiebr*,
O el *croup*, que es importacion
Del ejército frances.
Esta ausencia me sofoca,
Me saca de quicio, me .....
¿Por qué á este ingrato *munsiur*,
Tanto he llegado á querer,

Que siente perder la vida
Ahora que le pierdo á él?......
¿Y si quisiera llevarme
Para su patria?...... *tré bien.*
Allí me pondria de gorro
Y vestido de *muaré;*
Allí me galantearian
Todos en coro, á la vez,
Que en eso se pinta sola
La juventud *parisien......*
Pero no ¡qué disparate!
¡Nada de eso puede ser!......
Lo cierto es que se me escapa;
¡Que se me vá mi francés!

Tú el de los ojos de cielo,
El de lábios de clavel,
El de cabellitos de oro,
El de sonrosada tez.
El de calzon colorado
Como bolsas de almofrez,
El de flexible cintura,
El de los enormes piés;
¿Por qué te alejas, ingrato,
Por qué me dejas, *mon cher?*
Diez y ocho meses nos quedan,
Otras en menos de un mes......
No soy tan afortunada,
No tengo yo ese *caché!*
Iré como vivandera
Cantando tras de *l'armée,*
Diciendo con voz doliente,
En tu *patrie* te veré.
Adios, trompeta de *Afric,*
Adios, ilustre francés!

—Maldita la gracia que me hacen esas sátiras de los Aristófanes y La-

Fontaine! hé aquí unos parodiadores de Voltaire, sin talento, sin oportunidad.

—Y que no has visto el artículo de fondo; aquí se asegura la caida del emperador.

—Calla, Fajardo, calla, porque cometo un horror con ese papelucho.

—Oye un parrafito que no debemos echar en saco roto:

"El partido republicano, queda pues, en la lid, alentado al ver de menos treinta mil combatientes; los conservadores, separados de la política despues de su protesta, y los indiferentes. La legion extranjera y la pequeña guarnicion mexicana son el único sostén armado de la administracion. Un vaiven de la política coloca de improviso el trono de Maximiliano en el cráter de un volcan."

—Esto es inicuo! abominable!....me han encajado un coleron terrible!

—Lo peor es que no deja de ser cierto cuanto dicen estos demagogos.

—La fortuna es que nosotros en nada nos hemos mezclado, hemos cedido á la fuerza y á los compromisos; á mí, S. M. la emperatriz me encomendó la casa de los lisiados; ¡Dios mio! y qué de horrores he visto en ese abominable establecimiento! no habia uno solo de esos entes que tuviese sus miembros completos, aun tengo náuseas al recordar aquellas atrocidades. Y todo eso era por servir á la humanidad, el imperio nada tiene que ver con los lisiados.

—El imperio es ahora el lisiado; porque yo estoy convencido de que esto no tiene remedio.

—Y todo por culpa del monarca que no ha protegido á la religion; porque es necesario convencerse de que sin frailes no es posible ninguna sociedad. Cuando recuerdo los dias de nuestro padre San Francisco y santo Domingo; el encuentro de los señores religiosos en la calle de santa Clara á cuyo acto lo llamaban el *topeton*, y todos se abrazaban oprimiéndose dulcemente, ¡oh! y qué bien rizados llevaban los copetes! y qué bien recortados los cerquillos! y aquel taco para portar los hábitos! Dios mio! los frailes son importantísimos; qué órdenes de predicadores!.... La virtud resplandecia en sus rostros relumbrosos, amoratados; me hacia gracia hasta verlos tomar polvo; ¡qué donaire! vamos, si las porterías eran unos salones de tortulia encantadores.

—Desde entonces no se han vuelto á oir aquellos sermones; hoy el padre Cavallieri estropeando el castellano.

—Es atroz!

—El tiempo de Zuloaga y Osollo no volverá, Fajardo, el venerable clero se ha hundido para siempre.

—Como dicen que la emperatriz es protestante, no hay proteccion ni á las religiosas.

—De esas sí no tienen que hablar los demagogos, inflamadas en amor santo, no se mezclaban en nada terrenal; cierto que se volvian locas de gusto las *madrecitas* cuando triunfaba nuestro partido, ¿pero á qué se contraían sus satisfacciones? á regalarnos rosarios, medidas, escapularios, puchas y rodeos; hé ahí una cosa inocentísima é inofensiva.

—¡Qué tiempos, Canuta!

—¡Qué tiempos, Fajardo!

—Aquí viene el único amigo que nos ha quedado; entra, querido Cantolla, entra y hablemos de nuestra situacion.

—¿Y Efigenia? preguntó doña Canuta.

—Se ha detenido en la antesala.

—Voy á recibirla mientras ustedes arreglan el país.

—Vaya usted, mi señora doña Canuta, dijo el señor Cantolla, y se puso á charlar con el diplomático.

II.

Mientras los dos hombres de Estado conversaban misteriosamente, llevaremos á nuestros lectores al corredor de la casa de don Modesto, donde pasaba una escena más que interesante.

Doña Efigenia, esposa de Cantolla, habia dejado entrar en la sala á su consorte, deteniéndose por acaso en el corredor, donde le habia dado una cita á un individuo.

—Hace dos horas que os aguardo, con treinta mil diablos! dijo una especie de gigante vestido de cazador de Africa, y á quien sin duda no han olvidado nuestros lectores.

—Poleon!....Poleon! respondia la obesa Efigenia, la voz de tu amor y de tu ternura me conmueven.

—Rayo del cielo! esto es abusar de mi paciencia.

—Cálmate, amor mio, sabes que el tirano doméstico me sacrifica.

—Pues ahógale como á una lechuza! diantre! he estado á pique de ser visto por el cernícalo de Mr. Fajardo, y se hubiera armado una buena!

—Ten reposo, reflexiona, ángel mio.

—Yo no soy ángel, soy un demonio que hoy hago una barbaridad!

—Yo hubiera deseado estar más pronto á tu lado, pero......

—Estais demasiado gorda; eso se comprende á mucha distancia.

—¿Hoy es cuando te parezco deforme?

—No, desde el principio; ¡demonio! pero yo creo que os amo, y esto me trae á estos lances; yo acostumbro asistir con espada en mano á mis citas, perdonad, pero prefiero estar de guardia á andar á salto de mata.

—Conque me amas?......ah!......oh!......eh!......

—Vamos, cuidado con desmayarse que tenemos mucho que arreglar.

—Habla, Poleon, habla!

—Ha llegado la hora de partir; los bagajes y acémilas salen esta noche; conque, disponte.

—Yo huir!......Dar ese escándalo!......no, parte solo con las acémilas y déjame entregada á la desesperacion de la ausencia.

—Cómo se entiende?

—Que el techo conyugal es sagrado!

—Qué sagrado, ni qué demonios! ya el carro está dispuesto, solo falta vuestro equipaje. Ah! no olvideis vuestras alhajas.

—Lo pensaré!......lo pensaré!......lo......

—Señora, yo no pienso nunca, ni permito que otros piensen; conque, vamos andando, que todavía me falta pasar revista á los otros caballos del regimiento.

Doña Efigenia enclavijó las manos, hizo media docena de visajes, y volviendo los ojos á la luna como Norma, oh! dijo, tú ves mis intenciones, astro de la noche, tú alumbras mi frente con......

—Con mil carretadas de demonios! yo no estoy para pantomimas, las mulas nos esperan.

—No puedo resolverme.

Doña Canuta estaba escuchando la conversacion tras una columna del corredor.

—Dios mio! murmuraba llena de ira, el alférez Poleon enamorado de ese hipopótamo, cuando yo era la que debia ocupar su corazon! esto es incencebible!.....se trata de un rapto, es necesario impedirlo á todo tran-

ce, mi casa no puede ser el teatro de una catástrofe, en caso de haberla seria conmigo......no, no puede ser......el caso es que yo tiemblo ante ese antropófago, es capaz de atravesarme, tiene unas garras de elefante...... esta Efigenia nada me habia dicho, esto no es corresponder á la confianza que yo le dispenso.

Doña Efigenia, viendo que no podia contrariar á Poleon, se fingió la desmayada.

—Rayol gritó el alférez, es imposible que cargue con esta mole, pero es necesario probar.

Avalanzóse aquel Hércules, tomó por la cintura á la esposa de Cantolla, y logró ganar la escalera y la puerta de la calle.

—Dupen! gritó el alférez á su antiguo asistente, ayúdame.

Entre los dos cazadores se llevaron la presa directamente al cuartel de caballería, donde estaban cargando los equipajes para la marcha.

III.

—Se la han llevado! dijo asustada doña Canuta, asomándose por el balcon que daba á la calle; avisemos á su desgraciado esposo. De lo que se ha librado el infeliz de mi marido!

El diplomático y Cantolla hablaban acaloradamente sobre las conferencias que debian tener lugar al siguiente dia en la hacienda de la Teja entre el emperador, los consejeros y el mariscal Bazaine.

—Esta nueva junta, decia Cantolla, y tenia razon, muestra que Maximiliano aun duda del camino que debe tomar.

—Es cierto: creiamos que con las conferencias de Orizava todo estaba terminado; nos hemos llevado un petardo horroroso. La situacion es difícil y complicada, la retirada es violenta y en masa, la revolucion crece y se dilata, el presidente Juarez ha llegado á Zacatecas, y Escobedo á San Luis, la frontera se ha perdido, y Morelia está en vísperas de caer, los tornillos de la máquina se han trasroscado.

—El emperador vacila; pero yo he oido hoy á dos de sus consejeros, que han prometido ponerle en el carril y hacerle llevar adelante su resolucion de aceptar de lleno todo.

—Lo dudo, amigo, mio; el viento sopla del lado contrario, estamos perdidos.

—Usted ve visiones; un imperio no se deja así no mas.

—Es que los republicanos vienen como perros rabiosos, y son capaces de ahorcar hasta los expedientes.

—Me da usted calosfríos, amigo Cantolla.

—Yo no duermo, tengo pesadillas, me parece que hasta mi esposa me abandona, y eso que no llegué sino á *Maestro de ceremonias.*

—Estoy horripilado......ya me deshice de todo lo que pueda comprometerme; he guardado la cruz y el espadin.

—Usted está perfectamente.

—Cómo perfectamente?

—Como que Luz está en amores con un general juarista.

El diplomático se sintió salvado: hasta entonces caia en lo que cualquier otro hubiera pensado desde luego.

—Amigo Cantolla, respondió hipócritamente, usted sabe que yo no tengo confianza en ningun republicano; ese hombre es capaz de enviar á su chusma á que me sacrifique para librarse de mí, que me opondré siempre á su enlace con mi hija.

—Hace usted mal, y él hará muy bien.

—Cómo bien?

—Sí, siempre que usted sea una rémora, debe aprovechar tan buena oportunidad.

—A mí no me parece de las más buenas.

—Sea lo que fuere, usted toma iglesia debido á esa casualidad.

—Vea usted, amigo Cantolla, á usted le consta que yo no he estado muy contento que digamos con el tal imperio; desde que me iban á azotar, la verdad me enfrió demasiado.

—Sí, pero usted es imperialista de corazon; así lo ha dicho multitud de veces.

—Distingo, señor Cantolla; yo fuí ó pretendí ser, partidario de la monarquía, siempre que ésta fuese algo republicana; pero imperialista neto, jamás!

—Señor de Fajardo, usted no recuerda bien ó ha olvidado las especies.

—No, hombre; maldije á los franceses, y cediendo á las simpatías de mi hija, tendré que reputar como á mi hijo al general Fernandez, á quien

el Exmo. Sr. Presidente de la República D. Benito Juarez tiene en mucha estima; porque como el Exmo. Sr. Ministro de Relaciones D. Sebastian Lerdo de Tejada, le ha encargado varias comisiones, y el Exmo Sr. Ministro de......

—Basta de excelencias, Sr. Fajardo; usted está completamente vuelto. ha desertado de las filas imperiales.

—Como el Exmo. Sr. Ministro de Hacienda, C. José María Iglesias y...

—Ya no hay que contar con usted; está más rojo que los mismos excelentísimos señores que tanto cacarea.

—Usted volverá al carril, señor de Cantolla; quiera Dios que haya algun acontecimiento que lo desimperialize á usted, que está recalcitrante como un chambelan.

—Todos!. ...todos!......dijo trágicamente el señor de Cantolla; todos se retiran y lo abandonan!

—Amigo mio, los extrangeros son siempre extrangeros.

—Y qué me cuenta usted?

IV.

Doña Canuta se precipitó en la sala aventando las puertas vidrieras con un estrépito horrible.

Los dos amigos se levantaron asustados.

—Qué pasa?

—Qué sucede?

—Acontece que......que......decia desmorecida doña Canuta.

—Entran ya los republicanos?

—No, no......quien sale es su esposa de usted en brazos de......

—De quién?

—Del sátrapa.

—Qué sátrapa?

—Del alférez Poleon, que ha cometido un rapto!

—Hé ahí! gritó el diplomático, uno de los efectos de la intervencion.

—Efigenia!...... Efigenia!...... esposa mia......¿conque se la han robado, he?......pues......pues......me alegro!......ella pierde más......yo la maldigo!......

—Pero hombre, usted deja así que un cazador de Africa cargue con su mujer?

—Si efectivamente la carga, en el pecado lleva la penitencia.

—Señor de Cantolla, gritó doña Canuta, usted es un hombre que no tiene nervios; sea lo que fuere, usted debe evitar ese rapto adulterino; recuerde usted aquellas magníficas estrofas de Rodriguez Galvan:

Adúltera esposa, voló á Jesucristo;
Y estás perdonada, la dijo el Señor.

—Se conoce, dijo irritado el señor de Cantolla, que el Señor no era el marido, si no, lejos de perdonarla, le hubiera dado unas reverendas palizas.

—No le escasearán con el alférez Poleon, que es un bruto de primera fuerza.

—Puesto que usted se empeña, marcho en pos de Efigenia.

—Acaso sea tarde; las béstias deben haber salido hace una hora.

—Es fuerza darle alcance á mi esposa.

—Corra usted, amigo Cantolla, corra usted; acasò sea tiempo de evitar una desgracia.

—Sí, evitémosla.

El infeliz esposo de Efigenia se paró con la mayor calma del mundo, tomó su sombrero y salió en busca de su adorada mitad.

V.

—Canuta, dijo el diplomático, si yo me encontrase en el lugar de Cantolla, comenzaria por exigir una indemnizacion á la Francia.

—Y usted cree, caballero, que hubiera suficiente dinero en el tesoro de Napoleon para indemnizarlo de mi pérdida.

—No, amiga mia, pero yo soy poco ambicioso; unos millares de francos............

—Calle usted, hombre imbécil!

—Querida mia, se nos habia olvidado un asunto esencial y de vital interes.

—Cuál?

—Vamos á caer parados si se establece la República.

—Te chanceas!

—Para chanzas estoy.

—Será alguna de tns majaderías diplomáticas.

—Cuidado con la diplomácia, eso es un asunto sagrado.

—Pues habla, para qne nos entendamos.

—La casualidad viene en nuestro aùxilio; nuestra hija Luz nos salva de la catástrofe con sus relaciones con el general Fernandez.

—No: yo rechazo una y cien veces la salvacion de manos de un demagogo, eso es humillante; los que hemos pertenecido á la monarquía, no nos rebajaremos hasta el grado de aceptar semejante alternativa.

—Entonces déjame obrar con entera libertad; pero necesito de tí.

—En qué manera?

—Es necesario que tejas una corbata colorada; que sacudas el retrato de Zaragoza y el de Juarez; es necesario irse disponiendo.

—Tenemos un cambio de frente?

—No, de espaldas; porque la situacion es amarguísima.

Doña Cannta envió por seda roja para la corbata del diplomático, y sacó de una bodega los retratos de Juarez y Zaragoza.

La luna del imperio decididamente entraba en el cuarto menguante.

CAPITULO TERCERO.

EL DESTINO.

I.

En el salon formado en los corredores de la casa de don Alfonso, por cortinas blanquísimas de brin, puestas sobre varillas que mediaban de columna á columna, se encontraban las tres heroinas de esta novela, es decir, las tres figuras interesantes, Luz, Clara y Guadalupe.

Aquellas jóvenes hermosas como las náyades de un lago, se entretenian en bordar en un bastidor una elegantísima colcha, que habian prometido á don Alfonso en cambio de unas sortijas.

Las tres amigas reian con estrépito á causa de algunos puntos errados, que hicieron aparecer las alas de un pavo, naciéndole del pescuezo.

Las tres se disculpaban procurando que la falta recayese en las compañeras.

Luz, que tenia un humor bellísimo, dijo á Clara:

—Recuerdas el avestruz que le hicieron llevar á mamá en el peinado la noche del baile?

—Fué de mala intencion.

—Yo estaba quemada.

—Y yo frita.

—Ay Guadalupe! un alférez, llamado Poleon, se encargó de estropear á la infeliz de mamá.

—Y lo consiguió, amiga mia?

—He oido un cuento, dijo Luz con misterio.

—Hola! tenemos crónica escandalosa? Vamos, Luz, desata la lengua.

—Han de saber ustedes, que una cosa que se llama el señor de Cantolla, está casado con otro objeto que se atreve á llamarse doña Efigenia.

—Ah, sí! ya caigo; algo he percibido tambien. Continúa.

—Pues señoras, esa esposa de Cantollá, se largó antenoche con el alférez Poleon.

—Qué barbaridad!

—El alférez la condujo á un carro donde habia sacos de cebada, y la depositó entre ellos. El señor Cantolla presentó su queja á la autoridad, y se procedió al cateo de los carros y acémilas. Doña Efigenia fué sorprendida infraganti, con una cachucha del alférez con su correspondiente paño de sol, que le servia de velo. El sargento de zuavos la hizo bajar del carro, y la entregó á su desolado esposo, el cual se permitió darle una docena de puntapiés de lo lindo. Aseguran que ha pedido el divorcio.

—Estos franceses son el demonio! A nadie se le hubiera ocurrido semejante atrocidad! robarse á una gorda!

Guadalupe se reia locamente.

—Cuidado! dijo Clara, que yo tengo mis tendencias á la obesidad, y tengo sérios temores sobre mi porvenir en cuanto al volúmen.

—Pero tú serás un gorda encantadora, la Efigenia de la belleza.

—Dios mio! ese es muy poco espiritualismo: á mí me parece que las gordas tienen embotada la fibra del sentimiento.

—Yo soy de la misma opinion, dijo Guadalupe; en Morelia hay una señora que ha enviudado ya cinco ocasiones y no se ha muerto de la pesadumbre; todos lo achacan á la gordura de la viuda.

—Yo creo que tienen razon.

—Figúrense ustedes un Romeo gordo, y una Julieta de catorce arrobas.

—Las gordas son unos imposibles.

II.

Llegaban á este punto de la broma, cuando entró el criado precipitadamente.

—Qué pasa? dijo Clara.

—Que un carruaje se ha hecho pedazos contra los árboles, el caballero que venia adentro se ha salvado milagrosamente, y pide permiso para entrar en la casa mientras llega su otro carruaje.

—Que pase al momento, dijo Clara.

A los pocos instantes, un jóven alto, de patillas rubias abiertas por el medio y cayendo sobre su pecho, de ojos claros y de semblante adusto, se presentó en las escaleras del corredor.

—Buenas tardes, dijo con acento extrangero.

Las jóvenes, que estaban atentas esperando la llegada del caballero, esclamaron á la vez:

—¡El emperador!

Guadalupe, no pudiendo sufrir la emocion, cayó desmayada.

Maximiliano, á fuer de galante, se acercó á la jóven, fijó en ella su mirada, y luego que la hubo reconocido se puso intensamente pálido, sus manos comenzaron á temblar, y sin notarlo dijo emocionado:

—¡Guadalupe!

Clara y Luz se vieron asombradas.

Maximiliano balbutió algunas escusas y salió inmediatamente de la casa.

III.

Clara informó á su padre de lo que habia ocurrido.

Don Alfonso se quedó confuso y pensativo.

Habia caido la noche, cuando un carruaje se detuvo á la puerta de la casa.

—Señor, dijo el lacayo, un caballero pide permiso para hablar reservadamente al señor Rodriguez.

—Dejadme solo, dijo don Alfonso, necesito hablar con un individuo un negocio reservado.

—No hay duda, es él, decia para sí don Alfonso; yo tengo que hablarle con entera franqueza; no puedo permitir esos amores; yo no debo hacerme cómplice por ningun motivo.

El emperador entró en la sala.

—Señor, dijo don Alfonso haciendo sentar á Maximiliano; en qué puedo servir á V. M.?

—Caballero, aquí no soy el emperador; soy un hombre arrastrado por la desgracia á una situacion horrible.

—No comprendo.

—Voy á esplicarme con entera franqueza.

—Ya tengo el honor de escuchar á V. M.

—Hace tiempo que en mi estancia en Cuernavaca he conocido á una jóven á quien amo violentamente.

—Me permitirá V. M. explicarle el motivo de su permanencia en esta casa? Yo soy amigo de Pablo Martinez, el hermano de Guadalupe: él me la ha confiado, y no seré yo quien abuse de esa confianza depositada en mí.

—Yo no intento, caballero, una complicidad; ni os hago la ofensa de creeros capaz de entrar en un pacto criminal.

—V. M. me conoce bien.

—Sí, caballero; solamente he venido á pediros un favor.

—Diga V. M.: y como supongo que no aventurará una sola palabra indigna de su fama ni de mi nombre, estoy dispuesto á todo.

—Caballero, esa mujer está pura como un ángel.

—Lo sé, señor; hay almas que no se han empañado nunca con la mentira.

—Pues bien, caballero, yo os confieso que he cometido una mala accion ocultándole mi nombre, la he dicho ser un capitan de la guardia imperial, y ella me ha amado.

—Lo sé tambien.

—Yo tengo remordimientos, necesito pedir perdon á esa criatura; permitídmelo, yo os lo suplico en nombre de vuestro honor.

—Bajo vuestra palabra os lo permito.

—Levantóse don Alfonso, y llamó á Guadalupe que entró demudada en el salon.

El español se retiró á la pieza inmediata.

IV.

—Guadalupe, dijo Maximiliano levantando la voz para que don Alfonso oyora su conversacion, yo te he ofendido.

—Todo lo he olvidado, señor.

—Desde aquella noche funesta no he cesado de pensar en tí, queria encontrarte para pedirte perdon.

—Evitad, señor, la humillacion que debe sufrir vuestro espíritu.

—Cuando un hombre ha delinquido, no tiene mayor satisfaccion que la de confesar sus faltas y arrepentirse.

—Cuando las reparaciones tienen algun objeto, todo se acepta; pero cuando no hay porvenir....

—Esto es horrible! esclamó el austriaco. Yo no pretendo seguir unas relaciones que te deshonrarian, yo sacrifico mi cariño y mis esperanzas ante tí.

—Mucho os debo, señor.

—Compadécete de mí, mírame solo, aislado en el mundo, con el corazon hecho pedazos; y sin embargo, dándote el último adios; porque esta noche es la última que nos veremos.

Guadalupe sintió anudarse su garganta. Por un esfuezo supremo contuvo el torrente de lágrimas quo se agolpaba á sus pupilas.

—Vengo, dijo sombriamento Maximiliano, á pedirte perdon, mírame arrodillado.

—Levantad, señor, levantad; esto es ya demasiado para un corazon de muger.

Alzóse el emperador, y cruzado de brazos enfrente de Guadalupe, permanecia en silencio, brillando en sus pupilas los relámpagos de esa tormenta que agitaba su corazon.

—Vengo á recordarte tu última promesa.

—Callad, por compasion!

—Tú me has ofrecido acompañarme en mis últimos momentos si la revolucion abre á mis piés una tumba!

—Lo juré, esclamó Guadalupe con acento solemne; es un debor que me he impuesto y lo cumpliré.

—Sí, tú serás el ángel de mi agonía; yo estaré tranquilo y tú me darás fuerza para afrontar las vicisitudes.

—Adios, dijo Guadalupe sollozando, adios! plegue al cielo que no nos volvamos á ver!

—Adios, murmuró Maximiliano; la tormenta del infortunio ruje en el fondo de mi corazon!....el todo por el todo, ¡adios!

V.

Guadalupe se quedó como herida por un rayo, en esa atonía espantosa del sufrimiento.

Clara y Luz, que todo lo habian presenciado, la acompañaban conmovidas.

—Sí, decia Guadalupe, yo le amo con todo mi corazon; he callado mucho tiempo, pero ya me ahogaba este secreto que el destino ha venido á descubrir...... sí, amigas mias, ustedes aman como yo; pero son felices y sueñan en el porvenir; yo tengo delante el abismo y la desesperacion.

—Cálmate, Guadalupe, le decian las jóvenes; nosotras comprendemos tu amargura y respetamos tu desgracia; pero Dios está por cima de todo y él te dará el consuelo que tanto necesitas.

—El me ha abandonado, soy muy desgraciada! amar á un hombre hasta el delirio, llevar su imágen en el centro del alma, respirar con su aliento, ver por sus ojos, no conocer mas horizontes que los que cruza esa sombra, entregarle toda el alma, soñar en un cielo azul y un campo de flores, para arrancarse despues de ese paraíso y de los perfumes de esas flores, y hallarse en la playa de un mar inquieto y tormentoso!

—Es muy desgraciada! murmuró Clara temblando de emocion.

—Para qué verle por última vez? ¿no estaba satisfecho el cielo de mis dolores para que me arrojase delante de ese hombre á quien no puedo dejar de amar? Dios mio! Dios mio!

—Esto es horrible! murmuró Luz.

—Yo necesito llorar; pero llorar á torrentes!...... ya me he arrancado á pedazos el corazon, ya no tengo lágrimas que verter, y el dolor sigue devorando una existencia que ya no me pertenece!

—Cálmate, amiga mia, cálmate, no te aflijas.

—La jóven entró en el silencio de la afliccion, en esa concentracion mas amarga que el llanto.

Las dos amigas la contemplaban tristemente, dolidas de esa angustia que marchitaba el alma vírgen de aquella criatura.

Don Alfonso, en un rincon del aposento, pensaba sin querer en la suerte de su hija.

—Señor! esclamaba desde el fondo de su alma; aleja de mi mente estos pensamientos sombríos, que arrojan la desesperacion en mi existencia: si mi hija ha de ser desgraciada, ábreme la tumba, yo no tendria valor para verla padecer!

VI.

Maximiliano se echó fuera de la casa, loco, delirante, hablando palabras incoherentes, que revelaban el estravío de su alma.

¡Pobre archiduque! su estrella se habia nublado por completo.

El mundo de sus esperanzas se perdia en el infinito de su fatalismo.

Caminaba apresuradamente por la calzada de San Cosme.

El ruido del agua que se desprendia de un arco roto del acueducto, llamó su atencion y se detuvo.

A pocos momentos, un hombre hizo alto junto al emperador, lo examinó, y seguramente no encontró en él nada de sospechoso, pues se quedó á pocos pasos del austriaco.

Habian pasado algunos momentos, cuando una muger, que tenia trazas de sirviente, pasó junto al individuo que llegó despues de Maximiliano.

—María! gritó el hombre.

—Julian! contestó la muchacha, ¿qué dirás?

—Nada; hace una hora larga que paseo por frente de las ventanas.

—Hemos tenido una revolucion espantosa.

—Se ha enojado el amo?

—No; don Alfonso nunca regaña, es el amo mejor que he tenido.

—Pues entónces, qué ha pasado?

—Ay! Julian, si tú vieras que una niña hermosísima que ha venido de Cuernavaca, ha tenido, segun dicen, un encuentro con su novio; yo no sé lo que ha sucedido, pero la niña Guadalupe está malísima, le sacuden los nervios que da miedo; temen sériamente que pueda volverse loca.

Maximiliano se estremeció como si lo hubieran tocado á la pila de Volta.

—Loca! murmuraba sombríamente; no, es imposible, seria una desgra-

cia espantosa! Yo necesito volverla á ver; mi cariño crece mas que nunca..... pero esa mujer es inflexible, me rechazará como á un miserable.

—He oido, continuaba la sirviente, que pronto la sacarán de México.

Maximiliano se puso á escuchar atentamente.

—Y á dónde? preguntó el individuo que al parecer era el novio de la muchacha.

En estos momentos el ómnibus de Atzcapozalco atravesó haciendo un gran ruido, y el emperador nada pudo oir.

Cuando el carruaje se hubo alejado, ya era otra la conversacion de los amantes.

—¿Y no ha habido razon de los niños?

—Dicen que están con los *chinacos;* yo no los puedo olvidar, eran muy graciosos; si vieras, Julian, pintaron en la pared un retrato de Maximiliano, que ni un pintor, si parece que habla: luego retrataron al chambelan de las narices y á una dama de la emperatriz.

—A esta sí la queria yo mucho, dijo Julian; dicen que tenia mucho discurso.

Maximiliano volvió en sí al oir el nombre de su esposa.

—¡Pobre Carlota! tú sacrificándote por mí y yo hollando tu cariño con un amor estraviado; ¡pobre Carlota!...... ¿qué harás sola en el castillo de Miramar, llamándome á gritos que llegan hasta mi corazon?.... yo te olvido y soy un criminal!

Al recuerdo de tanta abnegacion, de tanto heroismo, de tanto sacrificio, Maximiliano tornó su vista á la patria, donde se encerraba cuanto habia amado en su existencia!

Vió en el espejismo de su memoria el hogar paterno y el desierto castillo de Miramar. En los salones vagaba una loca agitándose en convulsiones horribles de desesperacion!

El infortunado monarca sintió todo el rigor de su desgracia pesar como una losa sobre su pecho.

—Yo necesito abandonar esta tierra de maldicion; aquí las flores exhalan veneno, el aire está emponzoñado y el sol levanta un vapor de muerte...... Sí, es necesario huir...... yo tengo miedo!......

Maximiliano se echó á andar hasta donde le esperaba su carruaje, y á toda la carrera de los caballos llegó á los diez minutos al alcázar de Chapultepec.

CAPITULO CUARTO.

LA CONFERENCIA.

I.

La hacienda de la Teja está al Suroeste y como á una media legua de la capital.

Varias calzadas conducen á la hermosísima finca, que mas bien es una quinta de recreo que una empresa de campo.

El patio de la hacienda es un jardin poblado de arbustos y de plantas esquisitas, que ciñen con unas guirnaldas de rosas la fuente de agua purísima que forma el centro del patio.

Las habitaciones son ámplias y de buen gusto.

En una de aquellas estancias estuvo *Cárlos Casarin*, el primer redactor de la «Orquesta,» cuando fué atravesado de una estocada en el duelo que se verificó en los corredores de ese edificio.

Ese duelo es un episodio que tenemos escrito en el libro que debe preceder á esta publicacion; pero hemos creido de nuestro deber, como testigos presenciales de aquel suceso desgraciado, consignar este breve recuerdo á nuestro malogrado amigo, víctima de una susceptibilidad patriótica y generosa.

II.

La hacienda de la Teja fué el lugar señalado por el emperador para celebrar la última conferencia, para decidirse definitivamente á aceptar por completo la situacion, tan difícil como la dejaba el mariscal Bazaine al retirarse del suelo mexicano.

Despues de las juntas de Orizava, este nuevo aplazamiento era una vacilacion manifiesta.

Se comprendia desde luego que el espíritu del monarca sufria los vaivenes de la duda, y que sus pensamientos no acababan de fijarse definitivamente.

El hecho es que el partido imperialista estaba emocionado con la conducta vaga de Maximiliano, y que la prensa se esforzaba en detener al monarca: porque roto el centro de accion la máquina se paralizaria.

Los comprometidos en la intervencion temblaban solo al pensar que quedarian entregados al furor revolucionario, y levantaban el grito al cielo porque el emperador no se moviese del trono de México.

Maximiliano tenia razon en vacilar; la frontera se habia perdido, Juarez salia de Chihuahua para Zacatecas, Escobedo se ponia en marcha para el centro del país, Riva Palacio se situaba á diez y ocho leguas de la capital, y Porfirio Diaz emprendia la campaña de Oriente con el éxito que ha coronado las difíciles empresas del jóven caudillo.

El horizonte estaba preñado de nubes que avanzaban á medida que el ejército frances desfilaba rumbo á las playas del Atlántico.

Las primeras detonaciones anunciaban que el volcan estaba próximo á su erupcion.

El astro de los Hapsburgos, que se habia puesto tras los inespugnables muros del *Cuadrilátero,* no alumbraria mas el sólio de Maximiliano I.

Los soldados de la Francia habian sido los comisionados para entregar el Lombardo Veneto en manos de la Italia: en México su salida era el toque de llamada á las fuerzas de la República, era la reaccion del movimiento de 863.

En aquellos dias la marea intervencionista subia, arrojando en cada ola el nombre de la *monarquía.*

Llegó la hora del reflujo, y las oleadas murmuraban la palabra *República!*

III.

Los prohombres del imperio fueron convocados por una órden imperial á aquella solemne conferencia. Ya veremos en la acta de ese memorable dia que el clero se lavó las manos, como Pilatos; que los hombres de corazon aconsejaron al austriaco que abdicase, y que una mayoría de desgraciados que no concurren jamas ni con su valor, ni con su inteligencia á las revueltas políticas, azuzaron al infeliz archiduque para emprender la loca aventura de sostener un imperio cuyos cimientos estaban minados.

La historia debe recojer estos apuntes como un documento precioso para presentarlo á la faz de las generaciones.

Lares presidia la junta en nombre del emperador, y propuso desde luego la cuestion en estos términos:

"En las actuales circunstancias del país, y en vista de los datos presentados por los ministros de Hacienda y Guerra, *puede y debe* el gobierno imperial emprender la pacificacion?"

El ministro de Gobernacion dió cuenta con un informe absurdo y ridículo presentado por sus colegas de gabinete; leyó una lista de los departamentos que se conservaban fieles al imperio; y de dichos datos resultaba que el erario contaba (habla el ministerio de Gobernacion) con una entrada efectiva de *once millones* de pesos. Una vez recobrados los departamentos de San Luis, Zacatecas y Jalisco, ascenderia el ingreso á *veintitres millones*, y esta suma se aumentará hasta *treinta y tres millones* cuando la accion del gobierno imperial pueda estenderse á los confines del país.

El ministerio de la Guerra, por su parte, cuenta con un efectivo de ☞26.000 hombres.☜

Despues de esta manifestacion, Lares pidió el parecer de los vocales.

El general Márquez, cobarde, asesino, nulo en las armas y en la política; obedeciendo á sus instintos sanguinarios; y sabiendo que habia de huir en los momentos del peligro, dijo que el gobierno debia emprender vigorosamente la guerra, puesto que los recursos de que disponia en hom-

bres y dinero, eran mas que suficientes para lograr el fin que se proponia; ¿por qué desanimarse? decia el miserable carnicero; cierto es que los disidentes ocupan puntos de grande importancia; pero ¿no estamos acostumbrados á ocupar los puntos que ellos ocupaban ayer? ¡No es esta la historia constante de la guerra civil?

Murphy, el ministro de la Guerra que jamas ha asistido á una batalla si no es con telescopio, dijo con tono arrogante y pomposo, que opinaba por la guerra, que los insurgentes no eran sino *bandas de ladrones*.

Un individuo llamado García Aguirre, soldado del Papa en México, y seguro de no ir á campaña, opina porque la guerra se lleve á sangre y fuego, y esclama en su entusiasmo clérigo-monárquico: "Si faltan soldados, puede hacerse una recluta forzosa; si falta dinero, que se tome de donde lo haya."

La capacidad de este personaje está medida por sus palabras, á las que no nos atrevemos á llamar discurso.

El maestro Lacunza, que salió de una rectoría de hojear el Digesto y las Decretales, se llena de ardor bélico, y el viejo celibatario opina decididamente por la guerra.

El mariscal, que asistió extraoficialmente y con la intencion de desprestigiar el imperio, queriendo se tomase nota de sus palabras, que hoy le escupimos en la frente á su país, leyó un discurso en frances que el maestro Lacunza tradujo literalmente al castellano. Lo consignamos íntegro, cuidando de no omitir una sola coma, porque esas palabras son el padron de la vergüenza y la infamia; ellas dicen al mundo que todas las apreciaciones de la Convencion de Lóndres y de los autores de la intervencion, son una mentira innoble, un absurdo que ha hecho correr á torrentes la sangre de dos pueblos amigos.

El mariscal Bazaine decia: "Que en opinion del ejército frances, que ha recorrido todo el país, la República *ha entrado* en las costumbres é ideas de la mayor parte de sus habitantes. Que ha tenido á sus órdenes 40.000 soldados franceses y 20.000 mexicanos; ha tenido á su disposicion todos los recursos necesarios, y *está convencido* de que el imperio seria la guerra y no la paz; cree, en consecuencia, que el emperador debe retirarse."

Esto no necesita comentarios.

Arango y Escandon llama la atencion del mariscal, y con voz conmovida por la cólera, le dice:

—Señor mariscal Bazaine: Hallándose en guerra el Papa Paulo IV contra el rey Felipe II de España, hizo alianza con el rey de Francia Enrique II, quien le proporcionó un ejército al mando del duque de Guisa. La guerra no fué favorable al Papa, cuyas tropas vinieron á quedar encerradas en el recinto de Roma, llegando hasta las inmediaciones de esta ciudad el duque de Alba, virey de Nápoles y que mandaba las fuerzas españolas. En estas circunstancias, el rey de Francia llamó á su ejército, por haber sido derrotados los franceses en San Quintin, y al despedirse el duque de Guisa del Papa, este le dijo las siguientes palabras: "Id, pues, llevando la conciencia de haber hecho poco por vuestro soberano, menos aún por la Iglesia y nada por vuestra propia honra."

El mariscal Bazaine se encogió de hombros, y dijo que no era esa la oportunidad de contestar citas históricas.

El arzobispo de México, olvidando que se sentó en la silla de los triunviros, manifiesta su incompetencia en materias políticas, dice que su mision es puramente evangélica.

Monseñor Labastida es todo un hombre!

El obispo del Potosí, perpétuo agitador de la guerra civil, se lava las manos y hace una aclaracion importante venida de los lábios de un prelado: no son ladrones ni asesinos, dice, los que llamamos disidentes; entre ellos hay personas de suma honradez y muy ameritados.

El padre Fischer, secretario del emperador, hombre de talento, pero de refinada perfidia, astuto é intrigante, se olvida de ese Evangelio que recuerda lleno de uncion Monseñor Labastida, y opina por la guerra.

Iribarren, comisario imperial de Sonora, lanza una gasconada política que hace sonreir á sus colegas: "He abandonado Mazatlan y los otros departamentos en la creencia de que S. M. abdicaba, pero creo fácil recobrarlos."

El comisario de Durango tira la primera piedra, opta por la abdicacion.

Cortés Esparza, una de las capacidades mas distinguidas de nuestro país, que se impuso en el ministerio condenando las cortes marciales y consejos de guerra y castigando severamente hasta la destitucion á las personas que perseguian á los republicanos, toma la palabra, y con aquel

acento de persuacion que lo distingue en sus discursos, dice con vehemencia, que la reunion se compone de elementos heterogéneos, y que faltan datos positivos para resolver la cuestion propuesta; ¿qué documentos hay para verificar la exactitud de los guarismos presentados? ¿Existen realmente los once millones de que se habla? ¿No hay ilusion en esto? Los 26.000 hombres con que el ministerio de la guerra cree poder contar, son soldados, ó simplemente hombres armados? ¿Existen efectivamente en tal número? ¿Quién de los presentes puede responder sí ó nó á estas preguntas? El emperador y sus ministros son los únicos en aptitud de tomar una resolucion con perfecto conocimiento de causa. Agrega, que de algun tiempo atrás cree oportuna la retirada del emperador. En este sentido se espresó en la conferencia de Orizava, y de entonces acá, léjos de cambiar de opinion, se ha confirmado en ella. Se dice que el país esta acostumbrado á la situacion en que hoy se halla. Esto es cierto; pero cuando el orador se adhirió al imperio, precisamente lo hizo porque creia adherirse á un órden de cosas cuya estabilidad traeria consigo la paz y la prosperidad nacional. Esta esperanza no se ha realizado, y quedan pocas probabilidades de que se realice en lo sucesivo. El orador reitera, pues, el voto que emitió en Orizava, es decir, opinaba porque el emperador se retirase del campo de la política.

El Sr. Cordero, con su lógica inflexible, desarrolla las mismas consideraciones. Cree que, llevando adelante la guerra, corre riesgo de descender á la condicion de gefe de partido. Cree, ademas, que el imperio, en razon de su novedad, cuenta pocos partidarios propios. Pronúnciase, pues, en favor de la abdicacion.

El presidente Lares recoje los votos, y por una gran mayoría se resuelve que Maximiliano quedase al frente del gobierno, y se abriese la campaña contra la República.

IV.

El emperador se trasladó á Chapultepec.

Allí tuvo lugar un acto eminentemente ridículo.

Una turba de conservadores de la clase ínfima en la administracion imperial, se dirigió en masa al castillo.

Un abogado, que capitaneaba el víctor, tomó la palabra y felicitó á Maximiliano, que apenas contestó algunas palabras.

Habia algunos individuos de frac y sombrero blanco.

Entre los personajes que dirigian el grupo de los felicitantes, se distinguia un jóven como de treinta años, pequeño, algo encorvado, con los ojos encontrados, los pómulos salientes, bigote y candado negros: llevaba un vestido color de aurora y un fieltro negro.

Enmedio de los aplausos, se distinguia su voz que clamaba con entusiasmo: *Vivan SS. MM. Imperiales de la República Mexicana!*

A este individuo, que se ha hecho célebre por su capacidad en hacer cuadros de costumbres en las tertulias, le han dedicado una pieza de música á cuyo frente se encuentra su retrato.

Este jóven es notable por sus chistes de buen gusto, y tenemos para nuestro coleto, que los equívocos de los *vivas* eran intencionales.

Este sainete acabó de desprestigiar la resolucion de los consejeros, poniendo en caricatura al gran partido con que contaba la monarquía.

Al dia siguiente la mayor parte de los individuos del víctor conservador, fueron condecorados con la cruz de la Orden de Guadalupe.

CAPITULO QUINTO.

LA RETIRADA.

I.

La hora habia sonado.

El ejército frances, concentrado en la capital del imperio, habia hecho tres marchas escalonadas rumbo á Veracruz, donde le esperaban los trasportes para regresarlo á su patria.

¿Qué llevaba sobre sus banderas?

Los cipreses de la derrota, la corona del escarnio y de la vergüenza!

¿Era este el ejército cuyas armas vencedoras saludaba la Italia en los campos de Magenta y Solferino?

¿Era este el ejército que recibia con gritos de entusiasmo y con arcos de triunfo á su regreso de Sebastopol la imperial Paris?

No; aquellos mutilados batallones eran una falange de aventureros que salian en fuga de un país talado y lleno de escombros.

Una turba desarrapada de verdugos á quienes seguia la maldicion de una nacionalidad despedazada.

¡Salve, Francia imperial, ya no eres aquella vírgen impetuosa ceñida con el gorro frigio por la mano de Robespierre y de Danton!.........

¡Ya no eres aquella sibila del porvenir, sentenciando al mundo del pasado desde la tribuna de Mirabeau!

¡Ya no se levanta tu voz enmedio de la efervescencia de un pueblo, entonando el himno patriótico de la Marsellesa!

¡Pobre Francia imperial!

Ya no eres aquella nacion grande y poderosa que paseaba en triunfo las cenizas de Voltaire, maldiciendo el despotismo y lanzando delante de aquellos reverendos manes un anatema á la tiranía!

Hoy humillada y rendida te prosternas delante de la tumba que se alza sombría en el cuartel de los Inválidos, y descubres tu frente al pasar por la columna que sostiene la estátua de Billault, mientras estrujas con temblorosa planta la yerba que crece sobre los sepulcros de Pierre y Orsini!

¡Tú siempre á la vanguardia de la libertad y del patriotismo, tú empuñando la bandera de la civilizacion y del heroismo, necesitas para regenerarte la tempestad del *Nueve Thermidor!*

Olvida en el desprecio á Ravaillac y Jacobo Clement; tú no debes empuñar la daga del asesino, tienes una bandera tricolor que se ha paseado triunfante por toda la Europa; invoca á los dioses de tus libertades y derriba la esfinge monárquica!

No vaciles entre la *Diosa Razon* y Napoleon III!

II.

La mayor parte de los Estados de la República habian vuelto al órden constitucional.

Los ejércitos de Juarez, como un rio desbordado, se estendian en diferentes surcos y todo lo inundaban.

Los soldados imperiales huian desmoralizados, y todo augúraba el próximo triunfo.

Maximiliano se entregó por completo en brazos del partido conservador, de los hombres del desprestigio á quienes el país entero habia rechazado hasta lanzarlos á las playas extrangeras.

Miramon se dirigia de San Luis Potosí á Zacatecas, donde el presidente Juarez habia llegado entre arcos de triunfo y las aclamaciones de los libres. Miramon era el general mas atrevido del ejército imperialista, y á él se le habia confiado la primera espedicion.

El 5 de Febrero de 867, dia fijado para la desocupacion de la capital, corrian rumores de que Miramon entraba en Zacatecas despues de derrotar á los republicanos.

Márques organizaba con ardor incansable al ejército, compuesto de franceses licenciados y de mexicanos tomados de *leva.*

Maximiliano visitaba los cuarteles, disponia revistas, y procuraba levantar el espíritu abatido de sus soldados.

Cuando una situacion se determina, todo lo arrolla, no hay mas que resignarse, porque la suerte está echada, y fallan hasta las probabilidades mas lógicas, y se estravian los cálculos mas bien fundados.

Maximiliano *veló* sus armas como los caballeros andantes; se creyó soldado, calóse la armadura, dispuso sus caballos de batalla y se lanzó al frente de su ejército como Brazo de Hierro, su antepasado.

III.

El mariscal Bazaine dió una proclama vindicando á la Francia, diciendo que no habia querido imponerle un gobierno á la República, y haciendo votos por la prosperidad de la nacion.

Las últimas palabras del mariscal son incalificables, carecen de pudor y de vergüenza, son una página mas á esa historia de infamia y de sangre escrita con las bayonetas francesas.

Los conservadores declararon á su vez que una era la causa *nacional* y otra era la causa *francesa.*

Los intervencionistas, en materia de descaro, se pusieron á la altura del mariscal.

Llegó la mañana del 5 de Febrero de 1867.

El dia estaba sereno: las calles todas de la capital, en el tránsito de la Plaza de Armas al Paseo, estaban inundadas de gente para ver la partida del ejército espedicionario.

Ni un arco, ni una cortina, nada que indicara la menor simpatía á ese ejército que se ponia en fuga vergonzosa y acelerada delante de la revolucion victoriosa.

El momento habia llegado, y aun habia ilusos que no lo creian, juzgando un movimiento estratégico del ejército.

Efectivamente; solo presenciando aquel acto vergonzoso y humillante se podia creer.

Napoleon III, azotado por los americanos, vejado por Mr. Seward, se inclinaba con la frente sombria al peso de una situacion desesperante.

Maximiliano rehusó recibir la despedida del mariscal, y el Palacio, años

antes empavesado con la bandera de los grifos y con las flámulas francesas, yacia sin adornos y desnudas las asta-banderas.

La basílica habia enmudecido: sus campanas, que con sus lenguas de bronce saludaron al ejército frances, vencedor en Puebla y San Lorenzo, permanecian mudas á la salida del ejército espedicionario.

Daban las once de la mañana cuando comenzó el desfile, viniendo las tropas del Paseo Nuevo donde se organizaron, siguiendo la carrera hasta la Plaza para tomar rumbo á la garita de San Antonio Abad.

Una escolta de turcos formaba la vanguardia.

Aquellos hombres permanecian indiferentes, sin afectarles la manera con que el ejército frances abandonaba la capital.

Despues, el general Du Preuil, seguido de un escuadron de Cazadores de Francia.

El general iba profundamente emocionado, sus mejillas enrojecidas de vergüenza, y su rostro casi cubierto por el paño de sol y visera del kepí.

Inmediatamente los Cazadores de Vincennes.

Este cuerpo fué el primero que entró en la capital y tomó posesion del Palacio, como vanguardia del ejército en 863.

Pasaba á su vez por las llamas de la vergüenza.

Hace tres años, tan apuestos los Cazadores, y ahora, cabizbajos como unos sentenciados.

¡Pobres soldados! Ellos no saben mas que batirse, derramar su sangre á la voz de ese hombre que pesa sobre los destinos de la humanidad!

Seguia el general Castagny, que enfermo de una afeccion nerviosa, iba haciendo contorsiones ridículas, como un payaso en un convite de circo olímpico.

El desgraciado general apoyaba como un Napoleon su brazo en la cintura, y la emocion lo tenia epiléptico.

Aquella figura provocó la hilaridad popular.

Seguian el 7º y el 95º de línea.

Esos batallones marchaban marcialmente al son de sus cajas.

Habia algo de solemnidad en aquellos valientes que infundia respeto.

Querian conservar en sus ademanes, la dignidad que le faltaba á aquel acto bochornoso.

En esos bravos batallones se trasparentaba el orgullo del soldado frances.

El mariscal Aquiles Bazaine apareció entre el grupo tormentoso de su Estado Mayor.

Llevaba el mariscal un albornoz blanco, como el de los Templarios, su kepí echado el paño de sol, guantes blancos y pantalon colorado.

Montaba un arrogante caballo árabe que llevaba cubiertos de espuma los encnentros.

El gefe de la espedicion tenia un ceño de marcado desden.

Paseaba sus miradas dominando á la multitud, como esperando aplausos.

Ostentaba soberbia y menosprecio, manifestando cuanto le contrariaba la órden de Napoleon III.

El veterano comprendia lo negro de su situacion, y se exasperaba su ardor marcial en la retirada.

A nadie dirigió un saludo y atravesó casi á galope la estension de la Plaza, seguido de su escolta y de un escuadron de Cazadores de Africa.

Al pasar por el Palacio observó que los balcones estaban cerrados, que la bandera no estaba enarbolada, y que los centinelas de la puerta no le hacian los honores.

Entonces arrimó los acicates á su caballo, y envuelto en la nube de sus soldados, desapareció por la ruta rumbo á la salida de la ciudad.

En segnida desfiló la artilleria.

Aquellas piezas habian dejado oir su estallido de muerte en cien campos de batalla!

Ninguno de los soldados qne las habian acariciado hacia tres años, sobrevivia á la intervencion!

Aquellos cañones visitaron las arenas de Inkerman y Montebello!

Un golpe de música anunció que les tocaba su turno á los zuavos.

En efecto, el 3º de zuavos apareció metiendo una algazara horrible.

Marchaban en desórden aquellos intrépidos soldados, primeros relámpagos de las batallas.

Los zuavos son los hombres de las simpatías.

En un campamento donde ellos están, no hay tristeza, todo es broma.

Son valientes por espíritu de cuerpo; uno de sus sargentos habia puesto la bandera en la torre de Malakoff.

Los zuavos veniau cargados con un grande equipaje: sobre sus mochilas muchos traian perlcos, trozos de carue y verdura.

Esto caia en gracia á los espectadores.

Algunos soldados erau seguidos de perros, y cada uno llevaba alguu recuerdo á la familia.

Las vivanderas, cou trajes del regimiento, formaban parte de la comitiva, recogiendo al paso los chistes y calambours de sus camaradas.

El tambor mayor arrojaba á una graude altura su baston, hacieudo alarde de su destreza en el manejo de su arma.

La música seguia tocando una marcha sonora y hermosísima.

El 3º de Zuavos desapareció con el eco de sus parches y clarines.

Dos horas despues el ejército acampó en los alrededores de la Piedad, prolongándose hasta Churubusco.

Desde lo alto de las torres se percibian las tiendas de campaña como una bandada de garzas voladoras posadas sobre la yerba de los sembrados y que va á abandonar un campo para siempre.

IV.

Adios! Ya vuestras armas no volverán á disparar contra el pecho de los mexicanos! Nos habeis dejado un recuerdo de lágrimas y desolaciou.

¡Cuántos de vuestros hermanos dejais en las tumbas abandonadas del suelo estraño!

¡Cuántos de vosotros quedais en este suelo hospitalario en busca del pan que comprais en vuestra patria á costa de sangre y sufrimientos!

¡Marchad en paz!

Las sombras de las víctimas os despiden en las calientes arenas del Golfo, y maldicen vuestras armas, que saludaron tantas veces cuando simbolizabau el cimiento de la libertad y la emancipacion de un pueblo.

Nuestra mano no volverá á oprimir la vuestra!.........

Se necesita una nueva geueracion que pronuncie la palabra *olvido* delante de nuestras tumbas.

Esa palabra quemaria nuestro lábio!

Adios!

En vuestro sueño de ambicion, y cuando os lanceis sobre una nacionalidad agonizaute, acordaos de México!

CAPITULO SEXTO.

EL PRIMER ENCUENTRO.

I.

Trasladémonos al campo republicano, ocho dias antes de los sucesos que hemos referido.

El ejército independiente, en alas del triunfo, se acercaba á los reductos imperiales, donde yacia plegada y marchita la bandera de los grifos, antes triunfante en todo el territorio.

El ejército de Maximiliano, compuesto de tropas mexicanas, austriacas, belgas, y de multitud de aventureros franceses, llegaba ardiente al combate, deseando arrollar á su enemigo que lo desafiaba.

Miramon volvia á saludar á sus antiguos camaradas en esos campos donde habia cosechado tantos laureles en los dias explendentes de su fortuna.

Hábil en la táctica de la guerra, habia vacilado sobre el punto donde debia dirigir la visual de sus cañones.

Fijóse primero en la ciudad de San Luis; pero tenia fuertes inconvenientes, acaso seria necesario un sitio, y el jóven general queria á todo trance arrollar á campo raso á los republicanos.

Pensaba auxiliar á las fuerzas de Jalisco, próximas á una derrota; pero el prudente general imperialista se retiró á Colima entregando Guadalajara á las tropas de Corona, que la ocupó en nombre de la República.

Miramon previno á la division Castillo amagase la ciudad del Potosí,

para evitar ser atacado por retagnardia en las operaciones que iba á emprender.

La ambicion era el génio tutelar de Miramon. Supo qne el Presidente Juarez habia llegado á Zacatecas; que las fuerzas reunidas en aquella plaza eran escasas, y se movió violentamente sobre ellos, creyendo que podria traer prisionero al Presidente de la República.

Efectivamente; el dia 27 de Enero se presentó frente á Zacatecas.

Las fuerzas de Juarez ocuparon la Bufa para defenderse mientras el grueso de ellas se retiraba, vista la superioridad numérica.

El presidente estuvo en espectativa hasta que Miramon se lanzó sobre el cerro y desalojó á la pequeña gnarnicion que lo esperó á la balloneta, sabiendo á ciencia cierta que necesitaba sacrificarse para salvar á sus compañeros.

Dueño Miramon de la Bufa, se dirigió á la ciudad con precipitacion, en busca del Presidente.

La fuerza republicana se posesionó de unas lomas y de la eminencia de la *Bolsa*, que está fuera de la ciudad.

Juarez, con aquella serenidad nunca desmentida, entró tranquilamente en su carretela y abandonó á Zacatecas, dirigiéndose al rumbo de Jerez.

Miramon envió una fuerza en su persecucion, que no alcanzó éxito alguno favorable.

Se comprendia desde luego qne aun obteniendo una victoria decisiva sobre aquellas fuerzas, nada se aventajaba.

Miramon salió al dia siguiente de Zacatecas, fiado en una sorpresa, para batir al ejército de la frontera.

Todos los aventureros franceses cometieron depredaciones horribles en la toma de Zacatecas; estaban en país de conquista y nada respetaron.

Miramon no podia contenerlos porqne los necesitaba de toda urgencia, y su ímpetu era punto menos que decisivo en los encuentros.

El pueblo maldijo á aquellos bandoleros, y ofreció vengarse de sus sangrientos ultrajes.

II.

El general Escobedo seguia con avidez los movimientos de las divisiones imperialistas, comprendiéndolos de una manera tan clara qne ninguno de sus cálculos salió fallido.

La division Castillo, que se aproximaba á San Luis, no logró engañar la perspicacia de Escobedo, y previendo todas las eventualidades, dejó guarnecida la ciudad, encomendando toda la fuerza al general Leon Guzman, que por su capacidad y valor no seria fácilmente sorprendido.

Aureliano Rivera quedaba de observacion con seiscientos ginetes.

Al saber el movimiento de Miramon sobre Zacatecas, ordenó que el valiente general Treviño saliese inmediatamente con mil quinientos hombres de las tres armas.

Al general Arce se le mandó situar con mil hombres en *Mesquitic*, para que pudiese auxiliar ora á San Luis, ora al general Treviño.

Treviño avisó de *Salinas del Peñon*, que Zacatecas habia caido en poder del imperio.

Entonces Escobedo se puso al frente de esta fuerza, y forzó la jornada hasta el *Espíritu Santo*, y siguió hasta encontrar las fuerzas republicanas.

Reunido el cuerpo de ejército mencionado, se dirigió á la hacienda del *Corro*, camino central de las tres vías que siguen hasta Zacatecas.

La hacienda del Corro, era el punto mas estratégico.

Miramon tenia de pasar por allí para reunirse á Castillo, y una vez en ese terreno, aceptar la batalla.

La fuerza de Escobedo se componia de mil quinientos caballos, dos mil infantes y una batería.

Las caballerías, mandadas por Arce, se dividieron en tres columnas al mando de jefes valientes y ameritados.

Las que estaban al mando del coronel Martinez, se organizaron en cuatro columnas.

Las primeras estaban apoyadas por infantería.

Cazadores de Galeana y 1º de Durango, formaban la reserva.

El mando de la division se encomendó al general Gerónimo Treviño.

Así organizadas las fuerzas y sin pérdida de tiempo, salió Escobedo el 31 de Enero y pernoctó en Santa Elena, donde supo que Miramon habia salido con todas sus fuerzas en la tarde de ese dia sobre el mismo rumbo,

Decididamente, se estaba en la víspera de una batalla,

III.

A las cuatro de la mañana del 1º de Febrero, salió la division republicana en busca de los imperiales.

La mañana era clara y hermosa: el horizonte estaba puro, y la llanura por donde atravesaba el ejército se perdia en el horizonte.

Una polvareda anunció que las tropas de Miramon estaban á la vista.

Escobedo llegaba á la *Estancia de Jarillas.*

Era necesaria una marcha rápida para encontrar al enemigo, que marchaba con violencia sobre el camino de *Aguascalientes.*

Escobedo emprendió el movimiento.

El enemigo ganó la hacienda de *San Diego,* tomó posiciones y desplegó su batalla, esperando arma al brazo á los republicanos.

Escobedo hizo un reconocimiento, protegido por la línea de tiradores mandados por Troviño.

El general republicano creyó que el momento era llegado.

Dispuso que tres columnas de caballería, á las órdenes de Martinez, marcháran por la izquierda, aprovechando una pequeña altura, hasta rebasar la derecha del enemigo.

Avanzó por el centro, abrazando la posicion contraria, con tres columnas de infantería que marchaban bandera desplegada y marcialmente sobre las fuerzas imperiales.

Situó dos piezas de artillería sobre los bordes de un estanque, dominando la posicion enemiga.

Por la derecha avanzó la columna de reserva á las órdenes del C. Miguel Blanco, el célebre general que en 858 atacó la capital con un puñado de valientes, haciendo una marcha rápida y sorprendente, y llegando á las puertas de México sin ser sentido del ejército reaccionario.

IV.

La batalla no podia estar mejor organizada.

Miramon comprendió que estaba perdido.

Replegó inmediatamente su batalla, y emprendió la retirada antes de estar al alcance de las columnas de asalto.

Los carabineros republicanos inquietaban tenazmente al enemigo, que procuraba conservar su organizacion.

Entonces comenzó un espectáculo magnífico.

Las columnas de caballería de Escobedo, se pusieron á la altura por izquierda y derecha de las fuerzas de Miramon, y republicanos é imperialistas caminaban en una misma direccion y sobre un mismo campo, llevando por punto de vista el rancho del *Cuisillo*, cuya posicion era ventajosa para la resistencia.

Caminaban llenos de ansiedad los combatientes.

Los tiradores seguian batiéndose con las guerrillas enemigas hasta llegar á San Francisco de los Adames.

Entonces Escobedo mandó órden al general Blanco, para que venciendo los obstáculos que presentaba el terreno, hiciera avanzar su columna hasta voltear la posicion del Cuisillo.

Otra órden á Martinez para que avanzara por la izquierda, hasta llegar al camino real, y á Treviño para que hiciera avanzar la 4ª columna, apoyado con la infantería.

Operado este movimiento, el enemigo entraba en una situacion apremiante: ó la dispersion, ó el evento de una batalla.

Miramon aprovechó el momento más oportuno.

La caballería, mandada por Blanco, le habia adelantado hácia un flanco, y se alejaba para tomar la retaguardia, y la infantería estaba á una gran distancia: quedaba, pues, sola, la caballería de Treviño.

Derrotada ésta, podia batir en detal la division republicana.

Miramon desplegó sus alas de batalla de una manera muy militar.

Puso sus piezas en batería, y las descargó á metralla sobre los carabineros, que lo venian quemando.

Escobedo hizo que la tropa de Martinez desplegara en batalla al frente de la de Miramon.

Dos secciones de la Legion del Norte apoyaban la izquierda, dos de carabineros la derecha.

Los Cazadores avanzaron á voltear la posicion del enemigo.

La batalla estaba empeñada.

Escobedo lanzó sus columnas sobre el enemigo.

Los clarines tocaban ataque, y aquellas masas de hierro atravesaban el llano como unas serpientes, sufriendo el incesante fuego de la artillería.

Al ver la serenidad de los republicanos, comenzaron á flaquear las tropas imperiales.

Se advirtió una oscilacion en la línea, coma la de las olas encadenadas que están próximas á reventar y convertirse en átomos de espuma.

Veintiuna piezas de artillería jugaban sobre aquellas columnas, y todas á metralla.

Si en los primeros momentos no habian retrocedido, decididamente la batalla estaba ganada.

Miramon lanzó su caballería, compuesta en su mayor parte de los aventureros franceses.

El momento decisivo habia llegado.

Aquellas masas chocaron entre sí con un estrépito horrible, y comenzó la matanza.

Hubo un momento en que los generales enemigos no vieron mas que una nube de polvo, sin poder determinar las ventajas.

Aquella nube tomó una corriente como impulsada por el huracan.

Los imperiales comenzaron á huir aterrorizados al sable de los Cazadores y Carabineros.

La Legion del Norte se echó sobre la artillería, apagando con sus pechos aquellas bocas de fuego que vomitaban la muerte y el estermino.

La derrota era completa.

Miramon estuvo hasta la última hora, en que viendo perdida la batalla, se escapó á uña de caballo en compañía de un grupo de oficiales y su Estado Mayor.

Artillería, pertrechos de guerra y veintidos mil pesos en plata, fueron el botin de los vencedores.

Sobre el campo estaban los cadáveres de *noventa y seis* franceses.

Quinientos prisioneros se hicieron sobre el terreno, mientras que una parte de la caballería iba en persecucion de los dispersos que se rendian á discrecion.

Esta gloriosa jornada tomó el nombre de "*batalla de San Jacinto,*" por llamarse así el lugar donde se consumó la derrota de las fuerzas imperialistas.

CAPITULO SETIMO.

EXPIACION.

Escobedo marchó á Zacatecas, llevando personalmente la noticia de su victoria al presidente Juarez, que estaba de regreso en la ciudad.

Al dia siguiente volvió á su campo.

Aquel fué un dia terrible.

Los horrores cometidos por los franceses en Zacatecas, necesitaban una reparacion ejemplar.

Hay veces en que el hombre de corazon tiene que contener los clamores de la piedad, cerrar los ojos á la luz de la compasion y descargar el brazo de la justicia sobre la frente del culpable y del criminal.

El ejército y el pueblo pedian el castigo.

Aquello era un eco débil ante ese acento solemne y aterrador de la justicia humana!

El general Escobedo mandó pasar por las armas á noventa y ocho franceses, hechos prisioneros sobre el campo de batalla.

A aquellos desgraciados no los abrigaba nacionalidad alguna; porque el mariscal Bazaine habia hecho saber á los súbditos de Napoleon III, que los que se filiasen de ellos bajo la bandera de Maximiliano, perdian su calidad de nacionales franceses.

Las leyes de la República los condenaban como piratas y filibusteros.

Esos miserables estaban sentenciados de antemano.

Un coronel del Norte recibió las órdenes para la ejecucion.

Los prisioneros fueron encerrados en una capillita, donde un sacerdote entró á prestarles los auxilios espirituales.

Un clamor terrible se levantó de aquel grupo de extrangeros frente del patíbulo.

Tres compañías se situaron frente á la iglesia abocando tres obuses de montaña cargados á metralla.

A una distancia de doscientos pasos de la capilla, se formó el cuadro.

Los condenados eran llevados de diez en diez.

Al ruido siniestro de las detonaciones, los que estaban esperando su turno entraban en una agonía lenta y desesperada.

La ejecucion fué lo mas violento posible, porque aquellos instantes eran horribles.

Los últimos sentenciados habian perdido la razon y caminaron desfallecidos al cadalso.

Los soldados recordaban, para atenuar ese sentimiento que se despierta á la vista de ese espéctaculo de muerte, la memoria de los fusilamientos do Uruapan, y los nombres de los generales Arteaga y Salazar corrian por todos los lábios.

La hora del Señor habia sonado en el reloj de la justicia eterna!

CAPITULO OCTAVO.

LAS NUPCIAS.

I.

El comandante Demuriez habia esperado que el ejército frances se alejase del suelo mexicano, para evitar cualquier obstáculo que se opusiese á su enlace con la señorita Clara Rodriguez.

El comandante habia presentado á don Alfonso sus papeles en toda regla.

Nada faltaba á los documentos, tenian los sellos del ministerio de Relaciones y los de la legacion francesa en México.

Por dichos documentos aparecia que Demuriez nunca habia contraido matrimonio, ni dado solemne palabra de casamiento, ni contraido esponsales.

Don Alfonso estaba profundamente triste; pero conocia que la separacion de Clara era inevitable, porque el porvenir de la mujer está en el casamiento.

Resignado con estas ideas, estaba solo consagrado á los preparativos, es decir, habia recogido en una cartera los billetes de banco, que formaban una suma enorme, para entregarlos á Demuriez luego que la ceremonia se hubiese verificado.

El infeliz padre queria que la boda tuviese un lujo asiático; trataba de hacerse ilusiones manifestando un gozo que estaba muy lejos de sentir.

Las *donas* que regaló á Clara eran soberbias y de un gran valor.

Al futuro esposo de Clara le preparó obsequios que el comandante solo habia visto en los cuentos de las *Mil y una Noches.*

Invitó á la ceremonia á las familias mas distinguidas de la sociedad y á sus amigos íntimos.

Clara habia deseado que su querida Luz la hubiese servido de madrina; pero Luz no se encontraba con valor para ver desposar á aquella jóven á quien amaba con intensidad.

Don Alfonso por galantería invitó á la señora Fajardo, que se prestó al momento, porque doña Canuta queria mucho á la hija del español.

El diplomático le habia hecho un obsequio á nombre de Luz, que le costaba algunos cientos de pesos.

Ya hemos dicho que don Modesto nada escaseaba en tratándose de su hija, y esa vez echaba la casa por los balcones.

El hombre de Estado estaba satisfecho y la señora Fajardo rebosando de alegría.

II.

Estamos en la noche en que debe celebrarse el casamiento de Clara y Demuriez.

La casa de don Alfonso estaba ricamente alhajada.

En el fondo del patio hay una gruta donde se destacan las hojas arrasadas del plátano y las flores de la magnolia como palomas en un nido de esmeralda.

Las camelias blancas y rojas, el rododendro, las anémonas y cuantas plantas y flores esquisitas produce nuestro fecundo suelo, tantas se encontraban en aquel poético recinto.

En el fondo de la gruta estaba un trasparente con una alegoría del *amor* y el *himeneo.*

La gruta estaba alumbrada con luz de luna, dando aquella suavidad fosfórica un tono bellísimo á las ramas enlazadas que formaban el cielo de la gruta.

Ademas de la esencia de las flores, ardian unos pebeteros de ámbar que saturaban la atmósfera.

Los arcos del corredor estaban adornados con vasos de colores, y en el centro de cada uno se destacaba una estrella iluminada color de granate y oro.

Las columnas tenian tambien vasos de colores admirablemente combinados, y todo aquel conjunto de flores y de luces era encantador.

La sala estaba magnífica.

Los muebles eran dorados y los asientos de raso blanco bordados de flores de sedas de color, trabajo esquisito, preparado expresamente para aquella ceremonia.

Las alfombras blancas tambien y sembradas de flores.

Un candil de cristal resplandeciente con yardas y arbotantes de oro agrupando las luces, reproduciéndose en los mil prismas trémulos y oscilantes.

Lunas de un tamaño fabuloso cubriendo casi por completo los lienzos del salon.

En las consolas de mármol jarrones pequeños de alabastro con flores esquisitas.

En la antesala, puestas en cuadros dos copias del Ticiano, alumbradas por bujías en candelabros de bronce.

En el comedor estaba servida una mesa suntuosa.

—Fajardo, decia doña Canuta al diplomático, esto es verdaderamente régio!

—Es necesario confesar, contestó don Modesto, que de pocos años á esta parte se ha desarrollado un gusto esquisito en nuestras fiestas sociales.

—Las cortes hacen renacer......

—Silencio, esposa mia, no hables tan alto, me comprometes, no ves que estamos á un cuarto para republicanizarnos?

—Pusilánime!...... si yo fuera hombre ya estaria con las armas en la mano.

—Yo opino de diferente modo, me parece mas cómodo que otros las empuñen.

—Ya, pero no es igual el resultado.

—Nò tomando las armas, yo te aseguro que me inquietan muy poco los resultados.

—Hola! señora doña Canuta, usted por acá, le dijo el andaluz que ya hemos visto en la tertulia de Clara.

—Soy uno de los santos de la fiesta, caballero.

—Usted tambien se casa?

—No, precisamente; pero apadrino á Clara.

—Lo ignoraba, señora.

—Eso le acontece á usted muy á menudo.

—Es cierto, no podia creer que......

—Aquel es el comandante? preguntó doña Canuta echando el lente á Demuriez.

—Precisamente, señora, aquel del frac negro y cruz de la Legion de Honor; y ahora que hablamos de legiones, parece que algunas de demonios están cargando con el imperio.

Doña Canuta afectó no oir las palabas del andaluz.

—Vea usted qué suerte de estos gabachos, llevarse una muchacha tan linda un comandantillo; fuera al menos un mariscal!

—Los españoles, caballero, son los que menos pueden quejarse; ustedes son los hombres de la fortuna en este país.

—Me creo favorecido por ella toda vez quo tengo el honor de llamarme amigo de usted.

—Gracias, caballero, respondió la Fajardo, sacudiéndose el vestido, sin comprender la sátira sangrienta del andaluz.

—Hablemos con formalidad, señora, estoy encantado de ver este lujo.

—Tiene usted razon, ni en las tertulias de S. M. la omperatriz se vé este esplendor.

—Y que aquello no les costaba, contestó el andaluz sin poderse contener.

—El erario, caballero, es el que está en obligacion de cubrir el gasto de los reyes.

—De los emperadores, murmuró con sonrisa el español.

—Hablo en general de las dinastías, acaso S. M. C. paga de su peculio las diversiones?

—Lo ignoro; pero sé que al menos tiene un patrimonio, mientras que S. M. el emperador de México tiene un contra-peculio, es decir, muchas deudas.

—No le juzguemos, caballero, hay mucho de que ocuparnos esta noche, dejemos á S. M. que en nada se mezcla con nosotros.

—Como usted guste, señora.

En esos momentos se acercó don Alfonso á la señora Fajardo.

—Señora, le dijo dulcemente, me es muy penosa la ausencia de vues-

tra hija, los dos estamos heridos mortalmente; pero desearia me acompañara en esta hora bien triste para mí.

—Ha llorado desde ayer sin descanso. Clara fué á visitarla y la ha puesto de remate, hoy no ha querido probar bocado, ni darnos la cara. Metida en su aposento como un misántropo no quiere hablar con alma nacida.

—Pobre Luz! usted sabe, señora, que yo dudo á quién amo más, si á mi hija ó á la vuestra.

—Señor don Alfonso, si no estuviéramos en este lugar le ahogaba á usted de un abrazo.

—Señor a, esa niña es un ángel de virtud.

—Es verdad, dijo don Modesto ingiriéndose en la conversacion; mi Luz es un tesoro, hace usted muy bien en quererla, porque ella le paga á usted con usura su cariño, vamos, si esa niña está punto más que enamorada de usted y de Clara; yo confieso que estoy celoso, terriblemente celoso.

Don Alfonso limpió su ojos que se habian humedecido.

El diplomático pensó que acaso no estaria distante el dia en que su hija se separase de él para siempre, é instintivamente pasó el brazo por la espalda de don Alfonso y lo estrechó á su corazon.

Aquel infeliz anciano tenia una pesadumbre mortal, aparentaba tranquilidad y alegría por no disgustar á su hija ..... ¡pobres padres! no hay sacrificio por grande que sea, que no lo acepten delante de ese cariño.

Don Alfonso recorria los grupos de sus convidados recibiendo felicitaciones que eran otros tantos dardos sobre su corazon.

Los españoles comprendian que su consentimiento era una condescendencia al amor de su hija, y hasta un niño hubiera conocido el disgusto de aquel padre solo con mirarle á la cara.

El salon y el jardin estaban inundados de las principales familias del mundo elegante.

Un golpe de orquesta anunció que la hora habia llegado y que los novios aparecian en el salon.

III.

Trasladémonos por unos instantes á la casa de los Fajardo, donde tenia lugar una escena interesantísima.

Luz se paseaba agitada en su gabinete.

Su semblante tenia las marcas del llanto, sus ojos estaban inflamados, sus pupilas candentes, sus lábios convulsos y su cabello desordenado.

Aquella infeliz criatura hacia el duelo á su querida amiga.

Un presentimiento le decia que Clara iba á ser desgraciada.

Esta idea nacia tal vez del ódio que profesaba á los franceses.

Hay cierto celo *nacional*, por decirlo así, cuando se vé á una jóven hermosa aceptar por esposo á un extranjero.

Luz creía, y era lo cierto, que aquella amistad debia entibiarse luego que Clara entrase en una nueva existencia. No era esto lo que mas la inquietaba; hacia algun tiempo que notaba algo de estraño en la conducta de Demuriez, algo que no era posible determinar, pero que se sentía.

Aquel hombre le era enteramente antipático, lo rechazaba instintivamente.

—Por algo no quiero yo á este hombre, se decia la jóven, el corazon sabe mas que nosotros.

Acercóse á su tocador y tomó el retrato de Clara.

Lo contempló algunos momentos y lo arrojó sobre la mesa con despecho.

—Pobre amiga mia!.... no sabe el paso que da en estos momentos..... yo estoy terriblemente inquieta.

Quedóse un momento pensativa la jóven.

—Oh! dijo, se me olvidaba, yo no quiero tener nada de ese hombre.

Diciendo esto abrió una cajita de ébano que estaba sobre la consola y sacó un bulto de cartas.

—Estas son, dijo, las cartas enviadas á ese señor Demuriez y que Clara aun no ha recojido; véamos si están completas.

Ya recordarán nuestros lectores que el novio de Clara habia posado en la casa de los Fajardos, por cuyo motivo la correspondencia de Europa se encontraba en poder de Luz.

La jóven se puso á contar las cartas.

Al llegar á la última notó que pesaba mas que las anteriores.

—Qué será?...... Ah! sí, unos retratros...... se perciben perfectamente los ejemplares.

Tuvo un momento la carta en la mano, cuando la asaltó la curiosidad natural á su sexo. Se le antojó ver de quién eran aquellos retratos.

Probó á ver si podian trasparentarse á la luz de la bugía.

—Es imposible, dijo, están en vitela; y se decidió á romper el sello.

Sacó de una doble cubierta dos retratos.

El primero era el de una jóven bellísima.

El cuadro estaba bien delineado.

Era un aposento con una ventana que caía al mar; el mar estaba desierto.

En la pared visible del aposento, estaba colgado un uniforme y una espada.

A un lado un pequeño escritorio.

La jóven estaba recargada á la reja de la ventana, apoyando sus sienes sobre una de sus manos perfectamente modeladas.

Vestia una bata de mil rayas y llevaba al seno un prendedor con un retrato que no podia percibirse.

Su pelo estaba rizado y se levantaba sobre su frente, dividido por una *raya* caida hácia la izquierda de la cabeza.

El cabello estaba recojido y puesto dentro de una red.

Un rizo se descolgaba por el cuello de la jóven.

La actitud de aquella simpática figura era interesante.

Revelaba á una mujer que tiende una mirada lánguida sobre el mar y el horizonte en busca de una esperanza.

Luz, con aquella perspicacia de imaginacion que solo poseen las mujeres, comprendió que no podia ser una hermana sino la esposa de un militar que espera su regreso.

Luz no se olvidaba del uniforme.

Volvió la fotografia por el revés y leyó: "Un recuerdo á mi esposo."—*Matilde Demuriez.*

La jóven se quedó como si un rayo hubiese caido á sus plantas.

Restregóse los ojos, sacudió la bugía para que arrojase mas luz, y tornó á leer.

No cabia duda, aquel hombre era casado y perpetraba en aquellos momentos un crímen horrible.

Pasó violentamente la vista por la otra fotografía y sus ojos se humedecieron.

Una niña y un niño jugaban con un aro de cascabeles.

La niña estaba poniendo una fisonomía de llanto al sentirse arrebatar

aquel juguete por su hermanito, que hacia esfuerzos por quedarse con la prenda.

El artista habia sorprendido este instante de la infantil pareja y la reproduccion salió magnífica.

El ejemplar tenia su dedicatoria.

"Alfonso y Rosa Demuriez, á su adorado papá."

—Esto es horrible! esclamó Luz, yo debo evitar este engaño.

Y tiró fuertemente del cordon de la campana.

Una criada se presentó.

—El coche inmediatamente.

Entróse en su tocador, vistióse con violencia, y á los diez minutos salia el coche á todo escape rumbo á la Rivera de San Cosme.

IV.

Hemos dicho que un golpe de música anunció á la concurrencia que los novios entraban al salon.

Efectivamente, Clara se presentó hermosa como la luna en el fondo de un cielo lleno de estrellas.

Llevaba un traje de seda blanco, cortado á nesgas, de cola, orlado simplemente de un cordon torcido de seda tambien blanco, que formaba un trébol en el borde inferior de la costura de cada paño, subiendo sobre cada uno de éstos hasta el talle.

Un cinturon formado por un ramo de azahares salpicados de brillantes, terminando en un ramo cubierto de flores.

Sobre el escote, capullos de azahar sembrados de brillantes.

Clara estaba envuelta en una nube de rosas y de estrellas.

Sobre su frente virginal se ostentaba una diadema de perlas entrelazadas con las blancas flores del naranjo, que caían sobre sus espaldas.

Un velo blanco como el vapor de la mañana flotaba sobre la corona y se estendia á lo largo de la falda.

Unas pulseras y un alfiler de brillantes, resplandecientes como el sol completaban los arreos de la desposada.

Los ojos de Clara no se habian ostentado jamás tan soberanos.

Una palidez romancesca, y una languidez encantadora, bañaban el semblanto divino de la jóven.

Sus lábios entreabiertos con una sonrisa de sobresalto amoroso, dejaban ver unos dientes mas blancos qne las perias enlazadas á los azahares de la corona.

El señor Demuriez vestia todo de negro.

Un frac perfectamente arreglado, obra de Salin, nn pantalon ajustado, un chaleco abierto dejando ver una camisa con nn bordado esqnisito, y una corbata blanca.

Sobre la solapa del frac llevaba la cinta roja de la que pendia la cruz de la Legion de Honor.

Demuriez estaba emocionado terriblemente.

Qnien hubiera penetrado en el secreto de su conciencia, hnbiera visto el combate sangriento de su alma y percibido el rndo golpe de sn corazon.

Don Alfonso presentó á los novios á la concnrrencia, que los recibió con un aplauso.

V.

Calló la rúsica.

El sacerdote apareció con traje de ceremonia y se dirigió á uno de los estremos del salon.

Don Alfonso y la señora Fajardo tomaron sn puesto.

El comandante Demuriez condujo á Clara frente al sacerdote.

La concurrencia guardó silencio.

El sacerdote leyó á los desposados la epístola de San Pablo, con voz solemne y conmovedora.

Despues, dirijiéndose á los circnnstantes, pregnntó si alguno de ellos sabia qne los contrayentes tuvieran impedimento para contraer el matrimonio.

Demnriez se estremeció involuntariamente.

Por tres veces se repitió la pregunta.

Nadie contestó.

Entónces Demuriez y Clara se estrecharon la mano derecha.

Demuriez estaba yerto como la muerte.

—Caballero Enrique Demuriez, recibís á la señorita Clara Rodriguez como esposa y compañera?

—Sí, murmuró sombríamente Demuriez.

—Señorita Clara Rodriguez, recibís como esposo y compañero al señor Enrique Demuriez?

—Sí lo recibo, respondió Clara con voz sonora.

—Pues yo os uno, dijo el sacerdote, en el nombre de............

Llegaba á estas palabras el sacerdote, cuando Luz se precipitó enmedio del salon apartando violentamente á los convidados.

La ceremonia quedó interrumpida.

—Señores, gritó Luz con acento terrible, este matrimonio no puede verificarse, el señor Demuriez es casado en Francia.

Todas las miradas se volvieron al desposado, que lleno de terror y con el rostro desencajado permanecia estático enmedio de aquella concurrencia que esperaba de sus lábios una palabra.

—Señores, prosiguió Luz, he ahí las pruebas de su crímen; y arrojó las cartas y los retratos á los piés de Demuriez.

Clara al ver trémulo á su novio, conoció que su amiga no habia mentido.

Entónces se alzó terrible, vengadora, y adelantándose resueltamente, arrancó la cruz de la Legion de Honor del pecho de Demuriez y la arrojó al suelo con desden.

—No es digno de llevar esa insignia el infame que engaña á una mujer.

Demuriez llevó las manos á su corazon y comenzó á sollozar con esfuerzo desesperado, y lanzó al fin una carcajada nerviosa y estridente que retumbó en toda la sala.

—Hola! gritó Clara á sus lacayos, sacad á ese miserable, yo lo arrojo de mi casa!

Una segunda carcajada acompañada de convulsiones horribles salió del pecho del comandante.

—Salid! volvió á decir Clara con acento imperioso.

Dos lacayos tomaron por los brazos á Demuriez y lo sacaron del salon.

Una tercera carcajada espantosa, último grado del acceso, acometió al desgraciado ya en las puertas de la casa.

A los pocos momentos se oyó la detonacion de una pistola.

El comandante Demuriez se habia levantado la tapa de los sesos!

CAPITULO NOVENO.

TERROR PÁNICO.

I.

Miramon no cesó de correr hasta encontrar la columna del general Castillo y emprender su retira la hasta Querétaro, previendo que las fuerzas de Escobedo y Leon Guzman se reunirian para darle el golpe de gracia.

La caballería republicana seguia su tenaz persecucion á los dispersos, fusilando á todos los extranjeros que encontraba en su marcha.

Escobedo continuó su camino rumbo á San Luis Potosí.

Entre Ciénega Grande y la hacienda de los Campos, vió que una carretela se dirigía á encontrarle, saltó de su carruaje y esperó.

A los pocos minutos llegó la carretela con el gefe político de Villa García.

—Señor general, traigo un prisionero.

—Quién es? preguntó Escobedo.

—Don Joaquin Miramon.

Asomóse éste á la portezuela y con voz trémula y conmovida le habló al general.

—Señor, soy prisionero de guerra, mi vida está al arbitrio de usted, yo fio en su caballerosidad.

—Señor Miramon, respondió Escobedo, yo no atentaré contra la existencia de usted, daré parte á mi gobierno y cumpliré sus órdenes.

Joaquin Miramon venia herido de un pié.

El general dispuso que unos rifleros escoltaran al prisionero.

Imediatamente se ofició á Zacatecas dando parte de la captura de Miramon.

El gobierno resolvió que dicho gefe fuese pasado por las armas con arreglo á la ley.

Escobedo recibió la órden al salir de San Felipe, y la trascribió á Treviño para su ejecucion.

En un camino que por lo escabroso lleva el nombre de Escalerillas, está la hacienda de Tepetates.

Allí expió en un patíbulo Joaquin Miramon, una carrera de crímenes y depredaciones.

Su nombre se hizo célebre por la crueldad é instintos sanguinarios de ese infortunado.

Entró como un criminal vulgar en el silencio de la tumba.

II.

La noticia de la derrota do San Jacinto llegó á México á las pocas horas de haberse recibido el parte de la toma de Zacatecas.

Profunda fué la impresion causada por este desastre.

El mariscal Bazaine recibió el parte en Ayotla y se dirigió á Maximiliano conjurándole á abandonar el territorio.

Maximiliano no se dignó contestar al gefe de la espedicion francesa.

El desgraciado emperador llamó á Márquez y le entregó la situacion, sin manifestarle ese pánico que se apoderó de su alma desde aquellos momentos.

El cuerpo diplomático dirijió una nota colectiva al emperador, manifestándole que no tenia confianza alguna en los hombres á quienes confiaba la situacion; porque uno de ellos estaba manchado con los horribles asesinatos de Tacubaya, y otro con el robo escandaloso de los fondos de la convencion inglesa.

El cuerpo diplomático se espantaba de su obra.

El emperador tenia sobre su cabeza la espada de Damocles.

Márquez no estaba menos temeroso que su señor.

Publicó una proclama haciendo ostentacion de sus sangrientos antecedentes, y un bando en que se traslucia el pánico que lo influenciaba.

He aquí los artículos de ese célebre edicto.

"Art 1.º El toque de alarma para la ciudad, lo anunciará la esquila mayor de Catedral, que sonará por espacio de diez minutos.

Art. 2º Al sonar dicho toque, todos los habitantes de la ciudad se retirarán á sus casas y permanecerán en ellas con las puertas cerradas, sin volver á salir ni asomarse á los balcones, ventanas y azoteas hasta

que cese la alarma, lo cual será anunciado en Catedral por un repique de igual tiempo con la campana mayor.

Art. 3º Todo individuo, sea cual fuere su categoría, que de cualquiera manera infrinja el anterior artículo, será castigado gubernativamente segun las circunstancias de la falta.

Art. 4º En consecuencia, la fuerza armada que estará situada convenientemente para la seguridad de la poblacion, tendrá órden de reducir á prision á los culpablos, haciendo uso de la fuerza si fuere necesario.

Art. 5º De la misma manera serán entregados y consignados al tribunal que corresponda, los individuos que se armen sin conocimiento de este cuartel general; que disparen una arma de fuego ó causen alarma por medio de alguna detonacion; ejecuten cualquiera demostracion de hostilidad; que viertan palabras subversivas; que levanten la voz con gritos alarmantes ó sediciosos, ó que de cualquier modo promuevan el menor desórden.

Art. 6º Inmediatamente que se dispare una arma de fuego ó se oiga alguna detonacion, la fuerza armada se presentará en la casa donde haya salido el tiro ó producídose la detonacion; la puerta se abrirá de grado ó por fuerza, el culpable será aprehendido, y si no se encuentra, *todos los habitantes de la casa* serán castigados conforme al art. 3º de este bando.

Art. 7º Desde el momento en que se anuncie á la ciudad que ha cesado la alarma, todos sus habitantes quedan en libertad para abrir sus puertas, salir á la calle y ocuparse de sus negocios, con solo la circunstancia de no cometer ningun desórden, porque en caso de hacerlo será reprimido como queda aquí expresado.

Dado en el cuartel general de México á 5 de Febrero de 1867."

Este documento es curioso, porque es la historia sombría de la situacion desesperante en que entraban los hombres de la intervencion y de la monarquía.

III.

Los conservadores estaban asustados hasta el terror.

—Esposa mia! esclamaba el señor Fajardo, no percibo la razon toral de ese bando.

—Yo sí, los disidentes son capaces de hacer una de las suyas en la ciudad, y se hacen de todo punto necesarias estas disposiciones.

—Ahora me alegro de no haberme mezclado en la política.

—Puf! dijo doña Canuta, qué hombre tan descarado!

—A tí te consta, Canuta, que yo siempre he sido republicano en el fondo, una cosa es que no me gusten las *exajeraciones*, y otra que no sea liberal.

—Y la cruz de Guadalupe?

—La recibí en memoria de la Vírgen y no por ostentacion ni adhesion á la intervencion.

—Esto sí me hace hervir la sangre de rabia!

—Yo quiero al señor Juarez por su firmeza, ese hombre es de mi cuerda, yo soy así, ya me conoces, esposa mia.

—Lo que conozco es que no tienes un ápice de vergüenza.

—Canuta! Canuta!...... yo le referiré al señor presidente el dia del triunfo, que me parece no estar lejano, la guerra intestina que tengo que sostener por mis ideas republicanas.

—Estos liberales de última hora me revientan.

—Pues estalla, querida mia, porque yo soy demócrata y casi *chinaco*.

—Calla, mónstruo infernal!...... calla, rinoceronte!...... eres un camello, un hipopótamo!.................

—Es tu boca una jaula de fieras, esposa mia!

—Yo nunca abdicaré de mis ideas y propensiones monárquicas.

—Me alegro!...... mira lo que resulta de abrigar á un solo frances en una casa, al pobre Cantolla le roban algunas horas á su esposa, á don Alfonso se le escapa su hija Clara, y esa jóven Guadalupe que tenia en depósito. Ese infeliz padre está hundido en la amargura, vamos, sobre que los desengaños me han vuelto al carril republicano.

—Eso es horrible, esposo mio!

Sí, abominable, cada dia amo mas á nuestra hija.

—Oh! Luz, no me hables de ella, soy capaz de llorar, esa niña es mi vida.

—Y se casará con quien lo diere la gana; ya lo oye usted, señora! se casará con el señor general Fernandez; yo lo mando, eh?

—Quién te contradice, hombre estúpido?

—No me replique usted, se casará y se casará dos veces, civil y eclesiásticamente, y si dispone el soberano congreso que haya un tercer matrimonio, tanto mejor y...... ¡Dios mio ......ese es el repique, ya llegan! pon cortinas, esposa mia!

—Hombre! si repican por el circular que está en San Juan de Dios!

—Ah! ya, eso es otra cosa, creía que el bando se iba á poner en vigor.

Doña Efigenia y el señor de Cantolla se presentaron en la escena.

—Efigenia, decia doña Canuta en voz baja á su amiga, cuéntame tu aventura.

Doña Efigenia puso los ojos en blanco, y dijo con voz doliente:

—¡Ay! la Francia es *charmant*, verdaderamente *espirituel*.

—Me dijeron que ibas en el carro de la cebada.

—Iba disfrazada de *cantinier*, oh! la *cantinier!*......

—Y cómo te arrancaron de los brazos del alférez Poleon?

—Por *barbarité*, por *estupidité*.

—Seria un lance terrible!

—*Afreux! mon Dieu!*......*mon Dieu!* Mi adorado Poleon me *raptó* cuando yo estaba *cloroformizada* con su amor...... ... *amour!*......... *amour!*...... llegamos al cuartel, los soldados me saludaron militarmente yo era *leuteniana*, es decir *tenienta*, como dicen ustedes en castellano.

—Hija mia, estás completamente afrancesada.

—La......... la.........

—Ya solfeas?

—Deseara tomar la *copit*, Canuta de *mod*.

—Has tomado la costumbre del ajenjo?

—*Oui*.

—Bien, cuéntame la manera con que tu esposo te sorprendió.

—*Cantollet*, es decir Cantolla, se acercó al carro en que yo estaba *assellé*, y me dijo con voz halagüeña: "Bájate, amiga mia, no conoces la vergüenza, ese *mari* es un *cafré*." Me condujo despues á la *maison* y.... *tabló*.

—Quedo enterada, dijo doña Canuta y se dirijió al comedor con la señora Cantolla.

IV.

—Estamos perdidos, señor Fajardo, yo vengo á que usted me dé un consejo, tiemblo como un azogado.

—Yo?...... no me ocurre qué decir á usted...... se ha comprometido imprudentemente con los intervencionistas.

—Y usted, señor de Fajardo?

—Yo no puedo revelar á ustedes el secreto de mi conducta, puedo comprometerme, más tarde entraremos en esplicaciones que dejarán satisfecho á todo el mundo: el Sr. Juarez............

—Hable usted, por Dios!

—Yo prometo proteger á mis buenos amigos.

—Yo tiemblo como un azogado: usted ignora que Porfirio Diaz, despues de sus victorias en Oaxaca, Miahuatlan y la Carbonera, se dirige sobre la capital y ha llegado á Apizaco.

—Ah! sí, ya estoy al tanto, me ha escrito ese muchacho; vamos, Porfirio es un calavera, qué gana tengo de darle un abrazo!

—Pero hombre, ¿de dónde conoce usted al general Diaz?

—Yo lo he visto desde que tenia seis años, y él me quiere mucho, eso es otra cosa, ha salido valiente el muchachuelo.

—¿Luego usted podrá presentarme al general?

—Pierda usted cuidado.

—Yo estoy aturdido. Juarez ha entrado á San Luis.

—Sí, Benito no se ha portado mal, y lo que vamos á reir cuando le cuente mis aventuras!

—Corona y Régules marchan para Querétaro.

—¡Qué campechano es Régules! no me olvidaré de obsequiarlo con vinos de la Península, ¡cuántas veces los hemos tomado juntos!

—Pero usted está en comunicacion con los gefes principales!

—Sí, señor Cantolla, así así...... no hay que alabarse.

—Es que estamos en jaque, y nos puede costar la cabeza.

—Eso habla con ustedes los intervencionistas.

—Y con usted, que ha sido el primero de ellos!

—Hombre, no se exalte usted, porque si rompemos, no hay nada de lo dicho.

—Yo sudo como en la Tierra Caliente; y ahora que hablamos de eso, el general Jimenez ya está con Porfirio Diaz.

—Buen chico es Jimenez, voy á buscarle un machete suriano, estoy seguro que agradecerá el obsequio de su antiguo amigo.

—Señor de Fajardo, ¿y á dónde ó de dónde conoce usted á Jimenez?

—Qué ignorante es usted!

—Responda usted categóricamente.

—Jimenez es tio de Altamirano, Altamirano es discípulo de Lacunza

Lacunza es mi amigo, luego se infiere rectamente que Jimenez tambien lo es.

—Hombre, no habia caido, tiene usted razon que le sobra. Ocupémonos de algo sério; ¿ha hecho usted acopio de provisiones?

—Para qué?

—Para el sitio que se prepara.

—Usted sueña; luego que el emperador, como ustedes le llaman, salga, la ciudad se pronunciará por la República, y no habrá tal sitio.

—Señor de Fajardo, S. M. sale mañana para el Interior, quiere desalojar á Juarez de San Luis, abrir la campaña del Norte, del Sur, del Oriente, del Occidente, del Nordeste y Suroeste.

—Son muchas aperturas, amigo mio, temo que las puertas del imperio sean las que se cierren para los monarquistas.

—Ya en Tlalpam están los disidentes, y en los pueblos todos de los alrededores comienza á escasearse el maiz y los comestibles.

—Señor, dijo una criada, el teniente Estrada, que se desapareció con el espadin y el mosquete, quiere hablar con usted.

—Que pase.

La criada salió inmediatamente.

—Señor de Cantolla, dijo el diplomático, usted va á ser mi compañero, conspiremos juntos.

—Ave María Purísima!

—No se asusté usted, es necesario ser liberal de última hora, la balanza está inclinada.

—Bien, conspiremos, pero que no lo sepa nadie ni nos escuche una mosca, ni nos perciba............

—No sea usted timorato.

V.

El teniente Estrada, todavía en peores trazas de las que le conocimos, se presentó á don Modesto en busca de una nueva explotacion.

—Mi coronel, buenos dias, dijo el gangoso pasando la esponja de su adulacion por la peluca del diplomático.

—Qué se ha hecho el teniente Estrada durante tantos años?

—Mi coronel, he corrido muchas aventuras, muchas pobrezas, estoy azotado de la suerte.

—Y muy azotado, contesto el diplomático.

—Quiero que me habilite usted de ropa porque estoy *distraido*, despues le revelaré un plan magnífico que traigo entre manos.

—Bien; cuente usted con una muda de ropa, y hable usted con franqueza delante del señor, es de los nuestros.

—Yo...... .....sí.............la...........

—Otra vez la solfa?

—Es que yo no quiero que ustedes se comprometan, dijo temblando Cantolla: por mí, yo tengo un valor á toda prueba.

—Lo necesitamos en estos momentos; usted está á propósito para el plan que les voy á contar.

—Hable usted, hombre de Dios.

—El momento ha llegado de tomar parte por la República, dijo el gangoso; al imperio se lo lleva el diablo.

—Eso pensábamos hace un instante.

—Yo cuento con los barrios para un movimiento.

—Yo tambien soy muy popular.

—Sí, pero no conoce usted á la gente.

El diplomático se sonrió como diciendo: "este hombre no sabe lo que se pesca."

—Ahora que la ciudad va á quedar sola, aprovecharémos el momento y proclamaremos la República, nos harémos de los fondos públicos, y entregarémos la situacion á Porfirio Diaz; pero se necesita un golpe de audacia.

El señor Cantolla se puso descolorido, y dijo temblando:

—Este O' Horan, que va á quedar al frente de México, comete una barbaridad con nosotros si fracasamos.

—Yo conozco estos negocios, señor general.

—No, yo no soy general ni tengo grado alguno en el ejército.

—Eso no importa; como usted ha de tomar la Ciudadela, allí le darémos su faja verde.

El señor de Cantolla se sintió agonizar; ya se le figuraba caminar solo sobre la fortaleza y recibir el fuego mortífero de los cañones.

—Vean ustedes, decia, yo tomaré otro punto que no sea la Ciudadela, aquel sitio es inexpugnable.

—Amigo mio, la estrategia todo lo vence; ademas, si usted muere, le haremos unas honras magníficas.

—Es mejor que no me las hagan, yo me ocuparé de los legajos de la secretaría.

—Ya veremos, dijo el teniente Estrada.

El señor Cantolla juraba en su interior no volver ni á saludar á don Modesto.

El gangoso continuó:

—Toda la combinacion consiste en una friolera; con doscientos pesos que se le den al oficial de la guardia, quedamos apoderados de la Ciudadela, marchamos sobre la Acordada, tomamos por el flanco San Diego y la Santa Veracruz, despues la Minería, y tenemos en jaque á Palacio que caerá á los primeros disparos.

—Si el señor de Cantolla, dijo el diplomático, quiere sorprender con una pistola al centinela de Palacio, es cosa de un momento.

—No, no, yo no puedo sorprender á nadie, yo no he sorprendido sino á mi esposa en el carro de la cebada; pero eso era otro asunto muy diferente.

—Allí desplegó usted un valor heróico, se paró usted frente á frente de un cazador de Africa.

—Afortunadamente no estaba allí, pero vamos al asunto: yo no sé manejar una pistola, ni asaltar trincheras, conque, ocúpenme en otras tareas menos guerreras.

—Bien: usted notificará á O'Horan que todo ha concluido, que se retire, porque la revolucion va á estallar.

—Vean ustedes, eso es mas peligroso aún, ese hombre me espabila de una bofetada ó me fusila como al boticario de Tlalpam.

—No sirve usted para conspirador, dijo Estrada.

El señor de Cantolla contestó:

—Soy de la misma opinion; pero estando aquí el señor de Fajardo, no se rehusará á aceptar la gloriosa empresa de la toma de un cuartel ó de una torre.

—No hay inconveniente, amigo Cantolla, yo ya estoy fogueado; con diez mil hombres que estén á mis órdenes, verá usted todo lo que hago.

—Yo atacaré, dijo el gangoso, porque tengo buena gente en los arrabales de la Palma, San Sebastian y San Pablo; á una hora dada puede usted ponerse á la cabeza de la revolucion.

—Señor teniente, yo no marcharé sin la correspondiente dotacion de artillería.

—Todo lo tendremos, mi coronel.

—Y esto lo ha comunicado usted á álguien?

—No, mi coronel, solo lo sabemos yo, los oficiales de guarnicion y los capataces de los barrios.

—¡Estamos perdidos! esclamó Cantolla.

—Yo soy *de pecho*, replicó el teniente, nada hay que temer, el imperio está caido, ahorcaremos dos docenas de imperialistas en los faroles, saquearemos varias casas, entre ellas la del conde de Heras, que nos llamó *mestizos;* veremos á qué *raza* pertenecen las piedras que arrojemos á sus balcones.

—Señor teniente, no hay que burlarse de las *razas*, esas observaciones son justas, annque irracionales.

Permítasenos un paréntesis.

El conde de Heras es un hombre de instruccion y capacidad, pero que ha delirado al tratar la cuestion de *razas*.

El periódico festivo *La Orquesta*, tomó por su cuenta la obra de Pimentel, y la hizo pedazos.

El conde se montó en ira, como era de esperarse, y al verso en *caricatura*, fué á insultar á los redactores; éstos le enviaron sus *padrinos*, los que fueron recibidos por una patrulla de lacayos, á cuyo frente se hallaba el hermano del escritor.

Atropellando las leyes de la caballerosidad y del honor, dieron sobre los padrinos, que lo eran Manuel Villegas y Camilo Rosas Landa.

Defendiéronse como pudieron de tan villana agresion, y retaron á su vez al señor conde.

Agustin del Rio y el autor de este libro por la parte de Rosas Landa y el coronel Lachair por la de Pimentel, arreglaron el duelo, que se verificó el 16 de Setiembre de 65.

Aquello era una festividad nacional.

Un republicano frente á frente de un monarquista.

Dió principio el combate, á espada.

Duró algunos minutos.

Rosas Landa dió una estocada en el brazo derecho al conde, y el duelo quedó terminado.

Era necesario que el coronel frances viera que los republicanos tenian honor, y el valor suficiente para retar á un enemigo que se hallaba en el auge de su poder.

Luchar en el campo de los imperiales cuando se está proscrito, habla muy alto en favor de los que arrostran los peligros que se oponen á su paso, cuando se trata de cuestiones en que hasta cierto punto está herido el sentimiento nacional.

A Villegas se le dió una ámplia satisfaccion.

El 16 de Setiembre quedó solemnizado debidamente y en toda forma.

—Conque al grano, prosiguió Estrada: necesito los doscientos pesos para el oficial cohechado.

—Hombre, ¿no querrá defeccionar mas baratito?

—Se ha fijado en esa cantidad, y nadie lo sacará de ahí.

—Pues yo no tengo reunida toda esa cantidad.

—Le llevaré algo á cuenta de la defeccion.

—Bien: le entregaré catorce pesos: despues del movimiento se le dará el resto.

—Está bien, quedan ustedes esperando; á las doce de la noche oirán un cañonazo, esa es la seña, la mecha estará encendida, no permita usted, mi coronel, que salga el señor de Cantolla, va á ser nuestro caballo de batalla.

—Caballero, ese papel de animal yo nunca lo he desempeñado, ademas, yo tengo una ocupacion y la hora es sumamente avanzada; si el movimiento fuera mas temprano, podrian contar conmigo, yo las noches las consagro á la familia.

—La independencia es primero.

—Sí, pero la independencia, de dia.

—Mi coronel hará lo que *mejor* le parezca y me dará el *santo* y *seña*.

El diplomático puso en un papel: "Mosca," "Quiropedista," y lo entregó al gangoso, en cuyos ojos brilló un relámpago de satisfaccion.

Don Modesto le entregó cándidamente los catorce pesos y se despidió de su antiguo compañero de revolucion.

VI.

Estamos arreglados, amigo Cantolla, decia el señor de Fajardo frotándose las manos, este teniente Estrada lo entiendo, está ramificado, es el génio de la conspiracion.

—¿Pero usted se atreverá á levantarse contra S. M., y sobre todo, á dar de pedradas á las casas de los condes?

—Yo, precisamente no, las chusmas se encargarán de esa operacioncilla.

—¿Y no teme usted nada?

—Absolutamente nada, conozco á mi gente; esos catorce pesos me van á hacer feliz, felicísimo, voy á ser el héroe de la funcion.

—¿Y si fracasa la revolucion?

—Ahorcan al teniente Estrada y todo queda concluido.

—Es buen modo de redondear el espediente.

—Conque amigo, disponga usted sus armas, haga usted una proclama y la corregiremos mientras llegan las doce de la noche y suena el cañonazo.

VII.

—Cantollet! Cantollet! gritó la obesa dama.

—Ha dado esta infernal muger en afrancesar mi nombre, señor Fajardo.

—Vea usted qué inoportunidad, cuando ya el ejército expedicionario va tomando trasportes para su patria.

—*Alons*, dijo Efigenia entrando en el aposento.

—Esposa mia, yo no sé ese idioma maldito.

—Es necesario ser que mexicano, para tener de ignorarlo.

—Eso lo entiendo menos.

—Yo tengo la *habitud* de no hablar que frances.

—¿Todo eso quiere decir que nos vayamos? no hay mas que ponerse en marcha, andando, Efigenia, andando.

—Adios, munsiur don Modesti.

—Modesto á secas, señora.

—Yo *parlo* sin hacer la reflexion.

—En cambio, deshaces el español, pensó don Modesto.

—Yo no soy que una servidora de *vú*.

—Me tiene usted á sus piés, señora.

—Beso la *men*, munsiur.

—Pobre Cantolla con ese saco de disparates! esclamó el diplomático luego que la pareja hubo desaparecido, haciendo doña Efigenia la última caravana.

VIII.

—Estoy aterrada, decia doña Canuta, me parece que el mundo se viene abajo.

—¿Abajo de dónde?

—No importa, la revolucion se presenta terrible.

—Mejor.

—Hombre, has perdido el seso? las guerrillas tirotean las garitas.

—Mejor que mejor.

—Si entran, qué va á ser de nosotros?

—Quiénes somos nosotros?

—Tú y todos nuestros amigos.

—En cuanto á eso, no siento la menor inquietud, tengo algo preparado para sorprenderte.

—Estás hoy mas irracional que de costumbre, contestó toda alterada doña Canuta.

—Retírate, replicó el diplomático, retírate, que tengo un negocio que despachar y necesito estar solo.

La señora Fajardo, temblando de rábia, salió de la sala como una hidra.

Don Modesto se puso á pasear á grandes pasos soñando en que el teniente Estrada seria capaz de armar una camorra.

El diplomático ignoraba que en las últimas boqueadas de un gobierno, brotan las conspiraciones y caen los incautos en las redes de la esplotacion.

El deseo de quedar bien en la administracion liberal, hacia á don Modesto cometer barbaridad y media.

En otras circunstancias se hubiera reido de los planes del teniente; pero á la hora en que el miedo se apodera del espíritu, se acepta lo mas irrealizable.

Don Modesto esperó la noche, hizo que su familia se recogiese, y aguardó en la sala, cuyos balcones daban para la calle.

Apagó la luz y se asomó á los cristales.

Eran ya tres cuartos para las doce.

Unos enzarapados comenzaron á rondar la casa del diplomático.

—Ya se juntan, ya se juntan, murmuraba don Modesto.

Repentinamente un grupo de hombres bajó por la ascalera de la azotea é invadió toda la casa.

Doña Canuta en paños menores salió dando gritos horribles.

Luz callaba de terror.

El diplomático temblaba como un paralítico.

Uno de los hombres que habian asaltado la casa, le puso una pistola al pecho á don Modesto y le dijo: dése usted por preso.

Don Modesto respondió todo despavorido:

—Estoy dado.

—Calle usted, señora, no somos ladrones, yo soy el gefe de la policía secreta.

Don Modesto se estremeció.

—Me va usted á seguir.

—Al momento; pero retire usted esa pistola.

El gefe comprendió que aquel hombre no era peligroso, y mandó que todos se retirasen, que el señor Fajardo iria solo con él.

—Mañana veré á S. M., decia doña Canuta, mi esposo es caballero de la órden de Guadalupe, y padre de una dama de S. M. la Emperatriz.

—Es de la órden, dijo el gefe.

—No quedará esto impune, yo lo juro.

—Vamos, señor Fajardo.

El infeliz diplomático no volvia en sí de su espanto, cuando ya iba en camino para la cárcel llamada la Martinica.

Todo esto provenia de que el teniente Estrada, colérico por no haber conseguido sacar al diplomático los doscientos pesos, se habia dirigido á la comandancia y habia denunciado á don Modesto, entregando el papel con el *santo* y *seña* escrito de puño y letra del señor de Fajardo.

Los agentes de policía y los timoratos de la comandancia veian con terror el papel y murmuraban llenos de pánico: "Mosca," "Quiropedista."

Al dia siguiente los periódicos anunciaron que la autoridad habia descubierto una vasta conspiracion que tendia á derribar el imperio y plantear el gobierno de los disidentes.

IX.

El terror comenzó á cundir en el mundo imperial: los comisarios, el arzobispo, los consejeros, los generales, todos los que tenian una suma para el pasaje, huian espantados del territorio mexicano.

Maximiliano veía deshojarse el árbol de la monarquía al soplo del huracan revolucionario.

Al recibir el desgraciado archiduque tanta tarjeta de despedida, se volvió á uno de sus secretarios y dijo con voz entre conmovida y colérica: "Yo he visto que en los sitios y en los naufragios se salvan primero los niños y las mugeres; pero aquí los hombres son los que toman la delantera."

La corte toda se evaporaba, los cuerpos y las asociaciones se disolvian, los mas entusiastas entraban en retraimiento, y sus amigos mas fieles se encogian de hombros y no daban solucion al problema.

La tropa comenzaba á desmoralizarse, y la sociedad indiferente á cargarse en el platillo republicano.

Cruces, cintas, condecoraciones, escudos, todo se eclipsaba por completo.

Los somberos *blancos* escaseaban, los bordados entraban al fuego, los uniformes iban á los montes de piedad como á un cementerio, y todo revelaba que la monarquía estaba á las puertas de la tumba.

Los imperiales saludaban dulcemente á los republicanos y les daban la *acera*.

Todos hablaban en las tertulias y festines de *reconciliacion nacional*, y se elogiaba *sotto voce* á don Benito Juarez, y se temblaba al oir el nombre de Lerdo.

Los partes de las batallas de la Carbonera, Oajaca y Miahuatlan, se leian en secreto, y nadie ignoraba que Tavera al retirarse de Toluca con la familia monárquica, habia sufrido un descalabro en el Monte de las Cruces, por las fuerzas de Riva Palacio á las órdenes del valiente y su-

daz calavera Pancho Velez y de los acreditados coroneles Lalanne y Bernabé La Barra.

Se sabia que en los alrededores se reunian las fuerzas todas del Valle, y que las tropas del Sur al mando de Jimenez, pesadilla eterna de los conservadores, se dirigian á Toluca, donde se las esperaba para dirigirse con toda la division á Querétaro, foco de las fuerzas imperiales y sitio destinado para una próxima batalla.

X.

Maximiliano estaba perplejo, acobardado, irresoluto, no se creia seguro en la capital, y marchó con el ejército al interior rodeado de sus generales.

En el camino tuvo un encuentro con la guerrilla de Fragoso, que salió á inquietar la marcha de los imperiales.

Maximiliano, para darse valor, cargó personalmente sobre los guerrilleros, que segun su táctica, despues de disparar sus armas sobre la escolta del emperador, se dispersaron.

En buena ley este lance fué una *reclutada;* porque ningun general hace el papel de esplorador, comprometiendo su vida, si no es en un lance en que el valor personal decida de una gran batalla, como Napoleon en el Puente de Arcole, como Zaragoza en la batalla de Silao.

El desgraciado archiduque se puso al frente de sus soldados y abrió decidido la campaña, situándose en la ciudad de Querétaro, cuyo ingrato suelo se regaria mas tarde con la sangre de uno de los descendientes de Cárlo Magno.

CAPITULO DÉCIMO.

EL 24 DE MARZO.

I.

Miramon instaba en los consejos de guerra celebrados ante Maximiliano, para que se saliera al encuentro de los republicanos; porque de aglomerarse las fuerzas enemigas ya seria empresa difícil sostener con éxito una batalla.

Márquez tenia miedo; porque ese miserable es un cobarde, que ha adquirido alguna fama combatiendo grupos desarmados y sin disciplina.

Márquez es un ente degradado, un harapo sangriento, una sabandija venenosa que hiere á mansalva.

Si pudiéramos en estas páginas dispensarnos de la vergüenza de hablar de ese asesino lo hariamos gustosos; pero tenemos, para pintar la historia, que hacer lo que las golondrinas para formar su nido, arrastrarse un momento por el fango.

Márquez, deciamos, tenia un pánico horible, aconsejaba esperar.

Los republicanos acudian en masa al punto donde los provocaba el estandarte de los grifos.

Escobedo para establecer sus puntos avanzados dió un ataque al ce-

rro de San Gregorio, lanzándose á la vez sobre la fortaleza de la Cruz para llamar la atencion del enemigo.

Despues de un combate sangriento, los republicanos quedaron dueños del cerro y avanzados sobre la ciudad.

II.

La ciudad de Querétaro está situada en el fondo de una cañada, tiene por vigía las cumbres gigantes del *Cimatario.*

El cerro de las *Campanas*, con su armadura de granito, vela por esa deidad encantadora que humedece su frente en las aguas azuladas y trasparentes de sus linfas termales.

Vive solitaria en sus jardines, adormecida por la esencia que se exhala de su naturaleza exuberante y el viento que se abrasa en sus vapores caliginosos.

Mecida bajo un cielo purísimo, cruzado por íris y celajes, corona su inmortal cabeza con las rosas de primavera y las húmedas y profusas hojas del verano.

Esa vírgen de la montaña se ha tornado en anacoreta.

Su horizonte está cubierto de cúpulas y torres.

Su atmósfera se agobia saturada de incienso, y sus ambientes arrastran por tres veces cada sol, el solemne toque *del Ave María.*

La revolucion vino á apagar tus cantos religiosos, á trasformar tus templos en fortalezas y en prisiones, á improvisar en patíbulo esa pirámide ara de tus sacrificios, en el Sinaí de tus creencias, de donde se desprendia el aroma de las flores para llegar en alas de los ángeles al trono del Todopoderoso.

Has atravesado por una vía dolorosa para formar uno de los monumentos de la inmortalidad.

No te inquiete el viento de los siglos, ellos pasarán sin rozar con sus alas tu frente de piedra.

De hoy mas tu nombre se invocará en los cantos de la tragedia humana!

III.

Como lo habia previsto el jóven general, ya no era tiempo de aventurar una batalla decisiva, porque el enemigo en número considerable emprendia su obra de circunvalacion.

Márquez comprendió que establecido un sitio riguroso, el ejército caería prisionero, y no queria verse en lance tan apurado.

Maximiliano, influenciado por sus consejos, y dando oido á sus promesas sobre levantar un ejército en la capital y hacerse de recursos, lo nombró lugarteniente del imperio con facultades omnímodas y con órdenes para que el consejo de ministros, árbitro entonces de la situacion, se sujetase en todo á las instrucciones del lugarteniente.

Márquez salió el 22 de Marzo por el rumbo de Amealco con ochocientos caballos.

Los sitiadores tenian descubierto ese flanco de la ciudad en espera de Riva Palacio que se acercaba á marchas forzadas.

Márquez estaba salvado desde aquel momento.

Cualesquiera que fuese el resultado de la lucha, él se hallaba fuera de murallas, y la suerte del emperador y sus compañeros no le inquietaba en manera alguna.

Ese miserable, fingiendo una gran victoria, llegó á la capital donde se inició como en 861, cuando el robo de las convenciones; con empréstitos forzosos en que se daba tormento de hambre y sed á los que no satisfacian las cuotas señaladas.

El lugarteniente del imperio era el *mismo de siempre*, como decia en sus proclamas, el hombre-*rencor*, el mónstruo-*sangre*, la esfinge-*parricida!*

IV.

Riva Palacio habia salido el 16 de Marzo de Toluca con una division de cuatro mil hombres y seis piezas de artillería de montaña.

Llegó el 22 frente á la *Cuesta China*, el 23 se situó en la hacienda de Miranda, y el 24 se dirigió resueltamente sobre la ciudad.

Hemos dicho que la parte Sur de Querétaro estaba abandonada.

Esa parte comprendia desde las lomas del *Cimatario* hasta la hacienda de San Bernabé, punto por donde Márquez habia practicado su salida la noche del 22.

En la parte Sur de la ciudad está un edificio llamado la *Casa Blanca*, que los imperiales habian fortificado terriblemente.

La Casa Blanca está frente al Cimatario, punto que debia ocupar Riva Palacio para cerrar el círculo del sitio.

Média un llano entre el cerro y la Casa Blanca.

En la alameda habia fortificaciones para apoyar la izquierda del edificio de que vamos hablando, y entre este y la alameda situadas baterías de fnerte calibre.

La Casa Blanca estaba protejida en su flanco derecho por el cerro de las Campanas.

La posicion era pnnto ménos qne inespugnable.

Para establecerse la línea debia darse nn asalto falso á la Casa Blanca.

Riva Palacio formó dos columnas de mil hombres cada una, avanzó la caballeria por la izquierda y lanzó las masas compactas sobre los dos flancos del enemigo.

La columna derecha la mandaban Velez y Jimenez; estos nombres tienen un gran significado en el huracan de los combates.

La columna izquierda se confió á Canto y Merino.

Ugalde mandaba la caballería qne era muy escasa.

El combate estaba empeñado.

V.

Los imperiales al ver los preparativos del campo republicano, situaron una fuerza de las tres armas en las calles contiguas á la Casa Blanca y esperaron la llegada de las columnas que avanzaban á paso de carga.

Luego que estuvieron dentro de tiro, las baterías cruzaron sus fuegos y en menos de media hora habian puesto fuera de combate á ochocientos de los asaltantes.

Mientras el valeroso Jimenez, ese espíritu de la serenidad y de la abnegacion, alentaba á sns soldados, y Velez los metia, por decirlo así, sobre los fuegos del enemigo, lo mismo que Canto y Merino, Riva Palacio

enviaba por un refuerzo porque sus soldados caían como árboles que desarraiga el huracan.

Las columnas llegaron hasta disparar sus armas sobre el parapeto.

Estaban á medio tiro de fusil.

El auxilio no llegaba aún, cuando la caballería enemiga se desprendió como una nube de tormenta sobre el llano y se lanzó sobre la columna de Velez y Jimenez, que la recibió á la balloneta.

Entónces el coronel La Barra, con su imperturbable sangre fria, se puso al frente de unos escuadrones en que iban los valientes Eulalio Núñez, y Figueroa.

Trabóse un combate desesperado y la caballeria enemiga tomó iglesia tras de sus parapetos despues de sufrir pérdidas considerables.

VI.

En esos críticos momentos llegó el refuerzo mandado por el general Joaquin Martinez.

Aquella columna era la de la juventud.

Allí venian Florentino Mercado, su hermano, Peña y Ramirez, Castañeda y Nájera y tres de los héroes de nuestra novela.

Pablo Martinez saludaba á la libertad con entusiasmo, y á su grito respondia un clamoreo ardiente de patriotismo.

Riva Palacio condujo esta columna personalmente y atacó el centro del enemigo.

Las baterías no cesaban de vomitar fuego, y con él la muerte y el esterminio.

Una granada cayó entre la columna y reventó con estrépito horrible.

Cuando el humo se hubo disipado, habian desaparecido multitud de aquellos jóvenes patriotas.

Florentino y su hermano quedaban, como buenos, en el campo de batalla.

El bronce tornó á abrir un surco en la columna, entónces Peña y Ramirez, el jóven abogado, el patriota desinteresado y valeroso era el que regaba con su sangre la arena del combate.

Pablo Martinez disparó sus pistolas sobre el parapeto.

Los clarines tocaban retirada.

Las tres columnas comenzaron su movimiento retrógrado en medio del fuego hasta ponerse fuera de tiro en línea de batalla.

La línea de circunvalacion quedaba establecida.

Los clarines tocaron lista.

¡Ay! cuánto valiente faltaba de entre sus amigos!

Ya no volverian nunca á sus filas ni á saludar sus estandartes!

Jimenez llamó con ansiedad al coronel Avilez; éste habia acudido momentos ántes al llamado de Dios.

Arellano llegó herido mortalmente en brazos de sus compañeros.

El general Riva Palacio tenia fija la mirada sobre el campo donde yacian tendidos los cadáveres de sus soldados.

Aquel corazon se estaba desgarrando!

Enrique y don Serafin iban en el grupo de Florentino Mercado.

Un casco de granada habia roto una pierna á Enrique y matado á su caballo.

El desgraciado jóven, pálido como la muerte, y ensangrentado, yacia tirado en el llano y al rayo de un sol abrasador.

—Martinez, dijo llorando don Serafin, Enrique está ahí y no hay medio de libertarlo.

—A dónde? preguntó el guerrillero, rechinando los dientes de coraje.

—Allí, cerca del parapeto; con el auxilio de los anteojos se le ve levantar la cabeza.

Martinez tomó los anteojos, se fijó bien en el lugar donde estaba su protegido, cargó su mosquete y se lanzó á toda carrera hasta el sitio donde estaba el herido.

Una descarga de fusilería recibió al guerillero.

—Echen candela, traidores! gritaba Martinez arriscándose el sombrero y disparando su mosquete.

Los soldados seguian haciendo fuego.

Bajóse de su caballo, que era un arrogante bayo-lobo.

—Martinez, decia Enrique, me muero, levántame.

Acercóse Martinez, levantó con cuidado al enfermo, que se desangra- rrib mente, y lo puso sobre el caballo.

El noble animal se estuvo quieto.

—Está usted bien? preguntó el guerrillero.

—Sí, murmuró Enrique, bañando con su sangre los arneses del caballo.

Los soldados de la trinchera estaban empeñados en matar á Martinez.

Un gefe apoyó su rifle en el parapeto, y en los momentos en que Pablo montaba en el bayo-lobo, hizo el disparo.

La bala vino á pasar bajo el brazo de Martinez, y se introdujo en el costado de Enrique.

—Maldicion! gritó el guerrillero, y volviendo grupas al caballo, se acercó al parapeto y disparó el mosquete sobre el asesino de Enrique.

Aquel tiro, que viniendo de una mano trémula de coraje, no podia tener una puntería certera, por una de aquellas casualidades que no se esplican envió la bala á la frente de quien iba dirigida.

El gefe se derrumbó sobre los adobes de la trinchera, donde dejó los sesos.

—Ya estoy vengado! gritó Martinez, y se encaminó á su campamento, llevando en brazos á su moribundo amigo.

Cuando los imperiales acabaron de solemnizar su victoria, advirtióse que los republicanos habian atacado la Casa Blanca sin ánimo de tomarla, mientras sus columnas formaban un cerco de circunvalacion.

Aquel simulacro costó á la patria la existencia de sus hijos mas predilectos.

El 24 de Marzo entró en las sombras del pasado, llevando una página gloriosa coronada de cinerarias y siemprevivas.

CAPITULO UNDECIMO.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

I.

El hospital de sangre se habia establecido en la Fábrica del Hércules, propiedad de D. Cayetano Rubio.

El *Hércules* es un establecimiento modelo, una Fábrica de hilados de todo lujo.

En derredor de aquella finca se ha formado un pueblo con la colonia de los trabajadores.

El rico propietario es uno de los hombres de negocios mas distinguido por su capacidad.

Rubio no ha hecho negocios en pequeño, siempre ha abarcado algo grande que aduna sus intereses al bien de la clase pobre, avara de trabajo y ocupacion.

Rubio estableció las fábricas de Tlalpam, donde un pueblo de operarios bendice su nombre.

Nosotros condenamos el egoismo de los hombres que entregados al mar tempestuoso de la especulacion, no comparten con el desgraciado ni aun sus simpatías; para ellos tendremos siempre un anatema, así como nuestra pluma se honrará siempre en tributar justos y merecidos elogios

á los que con su condncta filantrópica llevan al terreno práctico las teorías democráticas.

II.

No hay pluma qne pneda llegar á la altura de un espectáculo tan horrible, como el qne presenta nn hospital de sangre.

Un campo de batalla es un cuadro de felicidad, si se compara con una sala de ampntaciones.

Las camillas de la ambnlancia se habian reservado para los gefes.

Los soldados yacian en el suelo agrupados, confundidos, amontonados, mezclando sn sangre que corria por el aposento y salpicaba las paredes.

Gritos, maldiciones, rezos, ayes de dolor, todo se confundia.

El estertor de los moribnndos se apagaba entre aquellos clamores de la agonía.

En un rincon de la sala y frente á una ventana, estaba colocada una mesa, donde ponian al herido para operarlo.

Aqnello era peor que el potro del tormento.

Los médicos de la ambulancia parecian unos carniceros: se habian despojado de las levitas y chalecos; sn camisa, estaba arremangada en lo alto de los brazos, y sus rostros y camisa, todo estaba manchado de sangre.

Luego qne el soldado se colocaba en la mesa fatal, lo desnudaban, veian si su herida necesitaba mncho cuidado para evitar la amputacion, y donde calculaban que era así, procedian á ella y la ejecutaban rápidamente, sin cuidarse de los horribles gritos y maldiciones del herido.

Los miembros eran arrojados á nn patio donde los perros se los disputaban.

Cansados los practicantes y médicos, salian á tomar aliento.

Mientras, se morian algunos desgraciados con la pérdida de la sangre.

Cnando se observaba que alguno dejaba de existir, dos de los mismos soldados lo sacaban al patio, donde lo recogian sus madres ó esposas.

Entonces se oian anllidos espantosos, gritos de desolacion y maldiciones al imperio.

Los médicos volvian á entrar, y se renovaba aqnella escena de sangre capaz de amedrentar el corazon mas empedernido.

III.

Un tumulto de soldados apareció en la puerta de la sala, conduciendo en una parihuela á Enrique, ya próximo á espirar.

—Paso! gritaba la voz airada de Pablo Martinez.

Practicantes y mugeres abrieron una calle para que pasase el herido.

—Hermanas! gritaba el guerrillero, vengan á recibir á este muchacho.

Las Hermanas de la Caridad, revueltas entre los heridos, oyendo aquellas blasfemias, socorrian á los enfermos con solicitud evangélica.

¡Pobres jóvenes! sus votos los van á cumplir á esos sitios donde solo pueden ir impelidas por el espíritu de Dios!

—Madrecitas, este muchacho se muere, yo no quiero verlo, recíbanlo, que pronto doy la vuelta.

Martinez salió del hospital con un nudo en la garganta y ya la camisa hecha pedazos de tanto tirarla del lado del corazon.

IV.

Dos *Hermanas* recibieron al enfermo, lo acomodaron en un lugar á propósito, y le descubrieron el rostro.

Las dos jóvenes dieron un grito de sorpresa.

Ambas habian reconocido á Enrique.

—Dios mio! dijo una de ellas, ¡qué desgracia!

—¡Quién lo hubiera pensado! respondió la otra.

—Le conoces?

—Sí, de casa ha salido para la revolucion.

—Tambien ha sido mi amigo.

—Véamos qué podemos hacer por él.

Enrique percibió como en sueños el acento de aquellas voces, que traian las ráfagas apacibles de una memoria.

Entreabrió sus moribundos ojos, y se fijó en las Hermanas de la Caridad.

Una sonrisa apareció en sus lábios cárdenos con la proximidad á la muerte.

—Clara! Guadalupe! murmuró el herido.

—Sí, somos nosotras, contestó Clara llorando amargamente; nosotras que venimos á auxiliar á usted.

—Sí, Enrique, aquí estamos para cuanto usted necesite, se apresuró á decir Guadalupe.

—No necesito mas que las oraciones de almas tan puras y llenas de virtud, porque tengo la muerte delante de mis ojos.

En esos momentos llegaron los médicos, reconocieron cuidadosamente al herido, y dando una mirada de inteligencia á las Hermanas, les dijeron:

—Necesita reposo; mas tarde le operaremos.

Clara y Guadalupe no cesaban de llorar.

—Necesito ver á Pablo Martinez, dijo el moribundo.

—Mi hermano está aquí? preguntó asustada Guadalupe.

—Sí, él ha sido mi padre!

Clara rogó á un soldado que fuera á llamar al teniente coronel Martinez.

—Era fuerza, continuó Enrique, al fin yo he matado á un hombre.

Guadalupe se estremeció.

—Porque yo os amaba, Guadalupe...... pero al conoceros sentí que estábamos muy distantes...... despues os amé como á una hermana.

Guadalupe sentia su corazon opreso.

—Yo no provoqué el duelo...... él ...... él me obligó á matarle.

Como si á este recuerdo su imaginacion se hubiera despertado al vértigo de la calentura, comenzó á delirar, luchando con la muerte.

—Es la noche!...... los árboles son espectros que me siguen...... Dios mio!...... cae una lluvia ardiente...... estoy empapado en sangre!...... ¡qué horror! ..... asesino!...... asesino!............

—Calma, Enrique, deseche usted esas visiones de su cerebro, decia llorando Guadalupe.

—Esa voz, continuaba el herido, es la suya ..... la traen las ráfagas del viento...... Ese acento es el de los ángeles, es la voz de la esperanza!............

Entonces comenzó á llorar tristemente.

Clara se acercó á la cabecera y puso su mano en la frente del moribundo; este volvió los ojos y los fijó tenazmente en el rostro de Clara.

—Me parece que es un sueño lo que pasa...... que estoy delirando como un loco...... me abraso de sed...... quiero agua.

Clara llevó á los lábios de Enrique el vaso.

—Mi boca está ardiente, necesitaba apagarse en ese hielo.

Entró despues en el sopor de una próxima agonía.

Las dos Hermanas de la Caridad se arrodillaron á los piés de la camilla.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y los rostros inclinados, oraban por aquella alma, próxima á dejar el mundo.

V.

Pablo Martinez entró en la sala pálido como la muerte.

Acercóse al herido y con voz suave y conmovida, le dijo: amigo mio, aquí estoy, queria usted algo?

Enrique buscó con su trémula mano la del guerrillero.

Luego que la sintió oprimir por su buen amigo, la llevó al corazon que comenzaba á paralizarse.

—Pablo, yo te debo mucho.

—Quiere usted callar! yo no he hecho mas que cumplir con un deber.

—Yo te he querido bien, Pablo Martinez.

El guerrillero sacó su pañuelo y enjugó su frente donde corria un copioso sudor.

Enrique continuó:

—Perdóname si acaso te he dado algo en que sentir.........

—Yo soy el que lo debo pedir; porque usted no debia haber entrado en la accion, usted ignoraba estos peligros, y yo soy un bruto en haberlo permitido; pero no imaginé que tan pronto......vamos, yo estoy inconsolable.

El enfermo oprimió con mas vigor la mano del guerrillero.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Cuando entres á México, busca á mi madre......cuéntale que no la

he olvidado......que su hijo se acordó mucho de ella en sus últimos instantes.

—Esto es horrible! gritó Pablo Martinez.

—Llévale mi ropa, ella la guardará como un recuerdo de su hijo.

El guerrillero sentia que su pecho iba á estallar.

En mi cartera hay unos rosarios......allí......están......Dios mio!..... me muero! ......me muero!............

Quiso hablar el moribundo, pero su voz se convirtió en un estertor horrible, aspiracion del aliento al arrancarse de nuestro pecho para siempre.

Pablo Martinez se arrodilló junto al moribundo y escondió su rostro entre la manta ensangrentada de la camilla.

Solo se oia el ronquido de la agonía y el apagado rezo de las Hermanas de la Caridad.

Despues de algunos momentos levantó el guerrillero la cabeza y fijó su mirada en aquel semblante descompuesto, ya inmóvil y cubierto con las sombras de la muerte.

Enrique habia espirado.

Pablo Martinez acercó sus lábios á la frente helada del cadáver, y la besó con respeto.

Entonces acercó su rostro al de su amigo y lo bañó con silenciosas lágrimas.

Las Hermanas habian desaparecido.

VI.

Pocos momentos despues y ya cuando el guerrillero habia vestido á Enrique y tendídolo en una mesa del cuerpo de guardia, llegó don Serafin.

Detúvose en la puerta, contempló el cadáver de su amigo, y vió á Pablo Martinez en un rincon de la pieza velando el cuerpo de Enrique.

Entonces el infeliz jóven rompió á llorar como una muger.

Se quedaba solo en el turbion revolucionario.

Perdia al mejor de sus amigos, al mas querido de sus compañeros.

Todos los sueños, todo el mundo de ilusiones que habian forjado en

sus horas de infortunio desaparecian para siempre, se desvanecian ante aquel cadáver ensangrentado.

Don Serafin recibia el primer desengaño y ya en los momentos en que todo auguraba un próximo triunfo.

Los compañeros llegaron despues con la caja hecha por los carpinteros de la fábrica del Hércules.

Unos soldados hacian la guardia al gefe republicano muerto en el campo de batalla.

Hay seres que hasta en la muerte les alcanza la desgracia.

Florentino Mercado desapareció de entre los cadáveres sin saber quien lo habia recojido.

Peña y Ramirez corrió la misma suerte.

En vano sus amigos han buscado un sitio para levantar un monumento, ni una cruz ha podido colocar la piedad cristiana.

Se ignora el lugar dondo esos mártires duermen el sueño eterno.

Pero queda un campo lleno de recuerdos gloriosos, una fecha que arroja el nombre de los héroes de ese dia, y unos muros derruidos y salpicados de sangre.

Esos muros se llaman "La Casa Blanca."

La fecha es el 24 de Marzo de 1867!

CAPITULO DUODÉCIMO

LA MARTINICA.

I.

El sitio de Querétaro se habia estrechado y dia á dia se libraban encuentros y se empeñaban combates parciales.

Porfirio Diaz habia llegado al frente de Puebla y ocupaba el perímetro de la ciudad, sin dar tregua á los imperiales, que se sentian ahogar en un círculo de hierro candente.

Márquez habia llegado el 27 de Febrero, é ignoraba la accion de armas del 24.

Se anunciaba á la imperial ciudad como lugarteniente de la monarquía mexicana.

El advenimiento al poder del asesino de Tacubaya, tenia consternada á la ciudad, que juzgaba de mal agüero este acontecimiento.

Inauguróse Márquez con la imposicion de un préstamo forzoso para socorrer á la division de 5.000 hombres que debia conducir personalmente al sitio de Querétaro.

Entretanto se hacian los preparativos para la marcha, se mandó poner en todo su vigor la circular de 3 de Octubre para reprimir los conatos revolucionarios que ya se dejaban sentir en el mundo político.

Las prisiones estaban á la órden del dia, y la autoridad política encargarda á O'Horan, tenia mas ojos que los animales del Apocalípsis.

Se desconfiaba de los mas ardientes partidarios del imperio; las casas y los ciudadanos se vigilaban tenazmente, deseando dar un espectáculo de

sangre para moralizar á una sociedad que habia perdido su fé en los hombres y las instituciones.

No se respetaba ni á los extrangeros.

Márquez sabia que el ejército frances no regresaria en sus trasportes para defender á uno de sus nacionales, cuando los dejaba á merced de la revolucion triunfante.

II.

Entretanto, el señor de Fajardo llevaba algunos dias de estrecha incomunicacion en la Martinica.

La *Martinica* es una prision provisional, establecida como estancia de los reos durante su declaracion preparatoria.

La cárcel está situada á un costado del Palacio Municipal, teniendo entrada por el callejon de la *Callejuela*.

Los reos consignados á la autoridad francesa ocupaban el edificio, y de allí provino el que se le llamase la *Martinica*.

En uno de sus calabozos fué encapillado Nicolás Romero y sus compañeros de patíbulo.

Todas las mañanas, un grupo de gente esperaba ver salir á los sentenciados.

La proximidad de este espectáculo ó el introito, por mejor decir, era la llegada de los ataudes, que formaban parte del séquito terrible que acompañaba al reo hasta el lugar de la ejecucion.

Hubo desgraciado que á la presencia del ataud, que debia conducir sus despojos, perdió el valor y cayó sin sentido.

Ese espectáculo llegó á hacerse familiar, como el de la guillotina en la revolucion francesa.

De la Martinica salia el tren de la muerte á Mixcalco ó la plazuela de Santo Domingo.

En uno de los costados de la iglesia hacian arrodillar á los reos, y su sangre salpicaba los muros del templo.

Hace muchos años que la sangre mancha esos sagrados lugares, y que delante de los cadáveres mutilados, las campanas de aquellas torres profanadas, tocan á vuelo sacudidas por las manos de los frailes en su embriaguez de triunfo religioso.

Nada estrañamos, cuando Pio IX ha tornado los aposentos del Vaticano en fábricas del fusil Chassepot.

En México han desaparecido los frailes, los conventos y los soldados franceses.

En Roma quedan los frailes y el Pontífice, apoyado en las bayonetas de Napoleon III.

Aun no ha sonado la hora de la Italia!

III.

Al señor de Cantolla se le habia encarcelado, y por vía de providencia precautoria, el teniente Estrada estaba en un calabozo para probar la denuncia.

La mañana del 2 de Abril, los cerrojos del diplomático se corrieron, y el fiscal se presentó con dos escribientes para la práctica de una diligencia.

El fiscal era un viejo raquítico, medio lazarino, con la cara y nariz granugienta, ojos pequeños, cabeza diminuta adornada con una cachucha de inválido.

Llevaba el fiscal una levita azul, grasienta, con boton de águila, y un pantalon blanco, de lienzo, con quince dias de uso, botines viejos de cuero de becerro, y un baston con borlas.

El fiscal se llamaba D. José María Vasconcelos.

Don Modesto estaba muy cambiado: su barba comenzaba á crecer, y la sangre habia acudido á sus párpados.

Tenia una fisonomía apoplética.

—Don Modesto Fajardo? dijo el fiscal.

—A la órden de usted, señor fiscal. ¿En qué puedo servir á usted?

—Vengo á que reconozca usted su letra, para que procedamos al careo.

—Al careo con quién?

—Con un tal Cantolla y un tal Estrada.

—Conque el Sr. Cantolla está preso?

—Sí, respondió el viejo, vea usted la carátula del proceso: "Modesto Fajardo y sócios, por complicidad con los bandidos."

—Señor fiscal, esa carátula es sumamente ofensiva á mi dignidad.

—Ya lo creo; como que si no se *descargan*, los *truenan*.

—Caballero, yo me *descargaré* ántes de que me *truenen*.

—Conoce usted esta letra?

Don Modesto examinó el papel en que habia puesto el *santo y seña*, que entregó al teniente Estrada.

—La conoce usted? insistió el fiscal.

—Se parece algo á la mia.

—Asiente usted que el reo dijo, despues de meditarlo tres minutos y poniéndose demudado, que aseguraba que era suya.

—Permita usted, caballero, yo no he dicho tal cosa, ni lo he pensado tres minutos.

—Ponga usted, dijo el fiscal, que no se ratificó en lo dicho.

—Si no lo he dicho.

—El fiscal no miente, y tiene la fé pública.—Añada usted que insultó á la autoridad.

—Caballero! yo no tengo más armas de defensa que mis palabras.

—Escriba usted, escriba usted aprisa, que el reo dijo que si tuviera armas las usaria en contra del fiscal.

—Esto es horrible! exclamó el diplomático.

—Y que el juez era horrible.

—Hombre, me van á ahorcar con semejante declaracion!

—Yo no hago constar sino los hechos.

—Vea usted, señor fiscal, se me va á seguir un perjuicio horrible; yo tengo intereses, y sobre todo, quiero hablar á usted sin testigos.

—Salgan ustedes, dijo el viejo sátrapa á los escribientes.

Ignoramos lo que pasó entre el reo y la autoridad, que al cuarto de hora hizo reponer la declaracion, de la que quedó satisfecho el diplomático.

IV.

El señor de Cantolla y el teniente Estrada comparecieron, para practicar el careo.

Cantolla no podia articular una palabra.

—Señor fiscal, dijo el esposo de doña Efigenia ántes que el gangoso hubiera comparecido, guárdeme usted este reloj y esta cadena de oro, aquí con la humedad se echan á perder.

—Es buena pieza, dijo el fiscal lamiéndose los bigotes color de naranja.

—Le gusta á usted esa repeticion?

—Es muy buena.

—Pues hágame usted el favor de tomarla.

—No, no, me tendrian por parcial.

—Señor fiscal, dijo con énfasis el diplomático, la conocida integridad de usted lo pone á salvo de las murmuraciones.

—Es cierto eso, respondió el viejo.

—Pues acepte usted ese pequeño obsequio.

—Mil gracias, caballero, solo por no desairar á usted.

Y se embauló el reloj sin que lo percibiera el teniente Estrada, que llegaba en aquel momento entre dos gendarmes.

Sentóse el fiscal, y los tres reos se pusieron frente á la autoridad.

—Teniente Estrada, diga usted lo que hablaron la noche del 12 en la casa del señor Fajardo.

—Los señores me convidaron para pronunciarnos contra el gobierno de S. M. el emperador.

— El señor miente, dijo Cantolla, él fué quien nos ofreció los barrios.

—Señor fiscal, dijo el gangoso, yo nunca he jurado; pero por estas ocho cruces, (y enclavijó las manos) juro á ustedes que los señores me llamaron para ponerme al frente del movimiento.

—Señor fiscal, dijo don Modesto, usted comprenderá que este hombre no puede ponerse mas que al frente de un cirujano para que lo opere.

—Y usted al frente de Escabasse para que le tome medidas para una peluca.

—Orden, señores: prevengo á usted, señor Estrada, que no se propase.

—El señor me insulta.

—Yo, dijo Cantolla, siempre he sido partidario de la intervencion.

—Su esposa de usted ha sido más.

—Caballero! gritó el de Cantolla.

—No adelantándose nada en la diligencia, queda abierta para continuar mañana, dijo el fiscal; y puso comunicados á don Modesto y á Cantolla, dejando encarcelado, vigilado y reencargado al infeliz Estrada.

V.

Doña Canuta, vestida de negro como Leonor en el cuarto acto del Trovador, se presentó en la Martinica.

El diplomáticoo tomó el aire de Otelo.

Arrodillóse doña Canuta con ademan trágico, y prorumpió en exclamaciones incoherentes.

—Fajardo!......oh!......ah!......

—Bien, basta de exclamaciones; levántate y dime cómo está Luz, no he cesado de pensar en ella.

Doña Canuta se desentendia de las palabras del diplomático, y continuaba en sus interjecciones.

—Mátame!......mátame......yo no me levanto sin que me hayas matado!

—Y cómo te levantarás despues de muerta?

—Mátame! sepulta el puñal homicida en mi corazon!

—No, no lo haré, porque me estrangularian estos rinocerontes.

—Ahórcame al menos.

—Pero qué intentas?

—Yo soy la causa de tu prision, yo soy esa infame!

—Tú?......tú?......habla, Canuta, me estás diciendo cosas imposibles.

—No lo son, esposo mio.

—Habla, con doscientos mil demonios.

—Pues bien; hago lo que aquella dama, creacion de Emilio de Girardin, en el *Suplicio de una mujer*, me denuncio ante mi esposo:

—No te comprendo.

—Oyeme y tiembla.

—Estoy preparado.

—El desdichado teniente Estrada, ha concebido por mí una pasion insensata y esto lo ha orillado á denunciarte.

—Infamia!......infamia!......así se abusa de un hombre, así se asesina á un diplomático!

—Cierto es que jamás se ha atrevido á declarar su amor, pero yo lo he comprendido.

—La cosa varía de aspecto, levántate.

—Esta injuria mental me tiene preocupada.

—Pero, ¿tú le amas?

—Ay!

—Cómo ay?

—Es decir, yo no siento por ese hombre sino ódio y desprecio.

—Bravo! ven á mis brazos.

Levantóse doña Canuta y se estrechó al abdómen del diplomático, que se sintió sofocar.

—Aquí, esposa mia, aquí!

Doña Canuta, que tenia una tendencia decidida por el romanticismo, continuó con acento cómico:

—Los hombres!...... los monstruos...... los fenómenos...... los .... .

—Canuta, ya cohech é al fiscal con ciento veintitres pesos, y estoy salvado.

—La balanza de la justicia se inclina con pesos de oro.

—Es cierto, y con relojes, porque Cantolla ha sacrificado el suyo en aras de la fiscalía.

—Luego el teniente será la víctima?

—Sí, esposa mia.

—Es necesario salvarlo!

—No seré yo quien me oponga; pero te advierto, que si no tiene ciento veintitres pesos ó un reloj de oro, no saldrá de la Martinica.

—Yo me compadezco de ese miserable; Fajardo, sé generoso.

—Sí...... lo seré......yo lo perdono!

—Con el perdon tuyo poco logrará el desgraciado, se necesita de tu liberalidad.

—Liberalmente lo perdono.

—Es otro el negocio, se necesita dinero.

—Tendrá alguna buena firma?

—Hombre, la generosidad no tiene precio.

—Es cierto; pero el dinero corre al siete por ciento mensual.

—Préstale esa suma á tu antiguo ayudante.

—Yo lo desconozco: él no me ha ayudado sino á llevarse el espadin y el mosquete ajeno y á traerme á la cárcel.

—Perdónale!

—Qué mas he de hacer que perdonarle grátis?

—Y si te lo pidiera en nombre de tu hija?

—Mira, Canuta, en nombre de mi hija Luz saco del purgatorio á cuantos Estradas hay en el mundo.

—Te tomo la palabra.

Don Modesto, á pesar de sus ridiculeces, se sentia dominar por aquel cariño, amaba con delirio á su hija, y tenia razon.

—Qué dice mi Luz?

—Ha llorado por tí á todas horas, no he visto muchacha mas falta de ánimo.

—Conque ha llorado? esa sí que tiene una alma de ángel, un corazon que...... vamos, yo estoy cada vez mas orgulloso de mi hija; daré los ciento veintitres pesos por el teniente, ya me los pagará cuando tenga, además, no quiero que insista en su denuncia.

—Gracias, Fajardo!

—Cómo, gracias? tú te interesas demasiado por ese belitre.

—Modesto!...... dame tu mano.

—Aquí está mi mano.

—Pónla sobre mi corazon.

—La pongo.

—Sientes?

—Siento.

—Pues nada quiero añadir.

—Es mejor que no añadas, quedo enterado y convencido.

VI.

Doña Efigenia, sabedora de que su esposo estaba comunicado, se presentó en la Martinica vestida á la francesa.

Llevaba un túnico de gró moaré con recogidos, un sombrerito de paja lleno de cintas y de flores atado con lazo rojo, un saquito de abalorios dejando ver su abominable cintura, botitas y guantes verdes.

—Donde está el *malhereux?*

—Ah! dijo el diplómatico ¿usted por aquí?

—Sí, yo tengo de venir á esta *prisonimant*, por buscar á Cantolla.

—Cantolla!......señor de Cantolla! gritó el de Fajardo.

Su compañero se presentó en el calabozo.

—Cómo vamos, Efigenia? dijo conmovido aquel hombre.

—Yo soy toda buena, me sin embargo, no podia ser tranquila sin tí.

—Gracias!...... gracias!......

—Yo estoy obligada de ver al *surbillan*, para que me permita de pasar á vorte.

—Ya estoy comunicado y puedes venir á todas horas, te necesito mucho.

—Yo soy toda á tí.

—Era bueno que habláramos en español.

—Yo tengo el uso de la lengua frances, y esto me hace *tromper* muy á menudo.

—Vamos á mi calabozo, allí estaremos mejor.

—Bien, vamos al *apartement;* señor don Modesto *ó plaisir de vous revoir!*

—A los piés de usted, señora.

—Esta Efigenia, dijo doña Canuta, es original.

La obesa dama, dando saltitos sumamente coquetos, salió al patio, sonrió con dulzura al alcaide, y se entró en el *separo* para atormentar al infeliz marido con aquella jerga franco-castellana.

CAPITULO DECIMOTERCERO.

EL 2 DE ABRIL DE 1867.

I.

Desde la noche memorable en que Porfirio Diaz arrojándose por una de las ventanas de su prision, escapó á la saña implacable de sus enemigos, la estrella de su destino apareció brillante en la aurora siempre clara de su horizonte.

El bravo general sorprendió á una pequeña guarnicion, y por una sucesion de sorpresas, asaltos, duelos personales, combates, y batallas, se presentaba fuerte con su ejército de 3.000 hombres y 12 piezas de artilleria al frente de la ciudad de Zaragoza, donde su nombre habia alcanzado la inmortalidad en el inolvidable 5 de Mayo y en los gloriosos episodios del sitio de 63.

Miahuatlan!.. ..... Oaxaca!........ la Carbonera! y otros mil lugares, conservan el recuerdo del jóven caudillo.

Porfirio Diaz ha hecho peregrinaciones increibles por entre las montañas y la abrazada zona de la Tierra Caliente.

Alvarez le dió *doscientos* fusiles de chispa para que armase á sus primeros soldados.

El general sustituyó estas armas con las del ejército francés, quitadas en el campo de batalla, y devolvió al *Sur* sus fusiles históricos.

La revolucion se levantaba omnipotente, y la juventud republicana se apiñaba en derredor del jóven soldado, que llevaba sus banderas triunfantes protegidas por el ala siempre tendida de nuestras águilas.

II.

Puebla de Zaragoza es una ciudad que guarda la mayor parte de esas páginas sombrías de nuestras revoluciones.

Puebla es el álbum donde hay cantos heróicos y hojas sombrías, ensangrentadas.

Esa ciudad, unas veces ha sido el baluarto de la libertad y de la independencia, y otras el castillo feudal donde se han concentrado las ideas viejas y los monumentos de la barbárie!

La ciudad de Zaragoza es una plaza fuerte, toda vez que se fortifica.

Puebla es una ciudad cerrada.

Dos pequeñas eminencias le sirven de atalaya.

El mundo entero sabe como se llaman esas pirámides de roca, asiento de las glorias patrias, cifras de granito arrojadas en ese valle encantado, que sobrevivirán á los siglos y á las generaciones!......

¡Gloria á vosotros, sagrados monumentos, regados con la sangre de nuestros hermanos!

¡Gloria á vosotros que conservais las gigantes huellas del mártir del patriotismo y de la independencia!

Sobre vuestras rocas sacudió el viento de la victoria los estandartes de la patria!

Vuestra arena se tornó abrasante al recibir los rayos incandescentes del sol de Mayo, y á vuestras plantas rodaron mutilados los cadáveres de los invasores!......

Salud!...... salud tres veces, campos del heroismo! que el espíritu vivificante de la libertad se mezca sobre vosotros, y atraviese los celajes arrebolados de vuestro cielo; que el valor nunca desmentido de vuestros hijos lleve su espada vencedora y sus frescos laureles á los altares de la patria!

III.

El ejército republicano habia alcanzado triunfos parciales, y conquistado puntos de alguna importancia en el perímetro de la plaza.

Las horadaciones continuaban á gran prisa, y de un momento á otro se esperaba el asalto por todos los puntos vulnerables de la línea.

Los defensores de Puebla contaban con una cantidad inmensa de municiones de boca y guerra. La artillería era superior á la de los sitiadores, y casi era imposible la toma de la plaza.

Las granadas hacian destrozos en el campo de Porfirio Diaz, y en los asaltos parciales la metralla derramaba la muerte y el esterminio.

Los republicanos veian consumirse su parque y sus recursos, y ya circulaba el rumor de que el ejército levantaria el campo, pues apénas se contaba con el parque estrictamente necesario para una retirada.

El jóven general veia acercarse el momento de la crísis, y la desmoralizacion que era consiguiente á la levantada del campo. No obstante, acaso seria preciso, porque intentar un asalto en esas circunstancias, equivalia á lanzar á una muerte segura á sus soldados, sin esperanza de un éxito favorable.

La situacion era terrible.

Aquella noche de desesperacion se hizo más sombría.

IV.

El asesino de Tacubaya levantó en la capital una division de 5,000 hombres, y tomó entre los que iban los ginetes austriacos y un cuerpo de 800 plazas todos franceses.

La artillería rayada de grueso calibre y de montaña, formaba un total de veinte piezas, todas en magníficos montajes.

Cuando la division pasó revista en la capital, no hubo un solo descreido que no viese el triunfo seguro.

Aquel refuerzo llegado á tiempo á la plaza de Querétaro, decidiria la cuestion.

La causa republicana estaba perdida!

Dios ciega á los que quiere perder.

Márquez, al verse general en jefe de ese pequeño ejército, soñó abarcar en un solo puño los laureles del triunfo: marchar violentamente sobre el ejército que asediaba á Puebla de Zaragoza, derrotar á los 3,000 soldados de Porfirio Diaz, hacer un número inmenso de prisioneros, dejar segura la plaza y marchar victorioso con una division de diez ó doce mil

hombres, con cincuenta ó cien piezas de artillería sobre los sitiadores de Querétaro, batirlos, acribillarlos y regresar como César, entre un pabellon de estandartes y de despojos guerreros, hé aquí el sueño de ese miserable.

Las probabilidades estaban todas por la realizacion de sus proyectos.

Así es que guardando en el infierno de su alma este pensamiento, salió de México rumbo al *Interior*, fingiendo dirigirse á Querétaro.

Luego que estuvo en el camino de los *Llanos*, hizo un movimiento de conversion y se encaminó con rapidez en direccion á Puebla, donde el general Diaz á penas avanzaba por las horadaciones.

V.

Los guerrilleros son como los gavilanes, husmean á largas distancias el olor de la pólvora.

La parvada de guerrilleros que estaban á los alrededores de la capital, no perdian de vista á la division imperial.

Al descubrir el movimiento del enemigo, se destacaron rápidos como exhalaciones cien correos por diferentes caminos y veredas, anunciando á Porfirio Diaz que pronto estarian sobre su campo las fuerzas del imperio.

Esta noticia fué un rayo para el jóven caudillo, que no tenia la menor esperanza de tomar la plaza ántes de que Márquez llegara á las inmediaciones.

La prudencia y las leyes de la estrategia aconsejaban la levantada del campo.

El general citó una junta de guerra.

Cuando estas juntas se celebran entre personas de honor y de valor, son de todo punto inútiles, porque todos pasan sobre fuego ántes que aventurar una sola palabra que implique temor.

General y subordinados eran de la misma cuerda.

De aquella junta debia salir algo terrible, una *calaverada* sangrienta, algo que lanzado en los dos extremos de la balanza, es decir, del éxito ó del fracaso, siempre va á la inmortalidad.

Aquellos hombres eran como el caballero Bayardo, "sin tacha y sin miedo."

Miéntras aquella heróica juventud, á cuyo frente se encontraba Porfirio Diaz, discutia sobre lo *conveniente*, y, sea dicho entre paréntesis, para ellos lo conveniente siempre es batirse, un grupo de oficiales hablaba con el mayor de una de las divisiones.

—Mi coronel, decia un capitan alegre y vivaracho, está usted lleno de polvo y de tierra.

—En un tris estuvo que no me aplastara la pared que acaba de desplomarse, pero yo les contaré un cuento á los traidores.

El coronel era un jóven bien parecido, rubio, con toda la barba, ojos claros, frente despejada, calvo, miradas feroces cuando se le antoja que tiene mal corazon.

El coronel es un solteron de primera fuerza: dicen que está enamorado; él nunca ha hecho confidencias sobre este particular.

Como amigo no tiene rival; como soldado, su nombre aparece en todos los partes de las batallas con especial recomendacion.

Miguel Veraza, que así se llama el coronel, es hombre escéntrico; cuando estuvo prisionero en Francia compró dos *casquetes*.

Se vió al espejo por espacio de dos horas, y acabó por convenir en que un soldado con peluca es un imposible.

Veraza guardó los casquetes.

Parece que esta compra la hizo por consejo de una griseta.

Veraza es un hombre sufrido y lleno de caballerosidad.

Siempre elegante.

Lo hemos visto en el campamento hecho pedazos, pero nunca le falta una borla de oro que atar á la culata de su pistola, ó una corbata bien bordada, ó unas espuelas cinceladas; algo que revele al hombre de buen gusto.

El coronel es el hombre mas tenaz que hay debajo de las estrellas.

Toda vez que se proponga subir al cielo, no duden nuestros lectores que el dia ménos pensado anuncie el *Monitor*, que Miguel Veraza ha hecho su escursion con todo y caballo á las regiones etéreas.

Veraza era mayor general de una division, y seguia á Porfirio por quien tenia un verdadero fanatismo.

Veraza estaba en las horadaciones, incansable, trabajador, entusiasta, y queriendo distinguirse como siempre.

—Mi coronel, dijo el oficial, ¿ya sabe usted la noticia de la llegada de Márquez?

—¿Qué importa?

—Que estamos mal.

—Donde está Porfirio Diaz siempre se está bien.

—Habrá una de Dios es Cristo..

—Que la haya, para eso estamos, y el que no quiera ver visiones que que no venga al sitio de Puebla.

—Pero, mi coronel......

—No ha de ser mas negro el cuervo que las alas.

—Lo temo por la causa.

—Pues la causa no arriesga el pellejo como nosotros.

—Es que ya no hay parque.

—No sea usted imprudente, si le oyeran los soldados se desmoralizarian.

—Lo sé, mi coronel, por eso lo digo en voz baja.

—Hay cosas que no se las debe uno decir ni á sí mismo.

Llegó en aquellos momentos un ayudante del general Diaz, y habló un momento con el mayor general.

—Este se mordió los labios, se frotó las manos con satisfaccion, y siguió alentando con gritos á los zapadores, que á la órden del infatigable Rivero practicaban las horadaciones con una violencia admirable.

Solian encontrarse los fusiles enemigos y se armaba una zambra infernal, se empezaba un combate y se disputaba una cuadra á la bayoneta.

VI.

Corria en todo el campo la voz muy valida de que el general Diaz levantaba el sitio.

Comenzaba algo el desaliento, aunque aquella tropa no se desmoralizaba tan fácilmente.

Los generales Alatorre y Teran volvieron á sus líneas, y Faustino Vazquez, jefe del Estado Mayor, recorrió los parapetos hablando reservadamente con los comandantes de los puntos.

—Malo, decia un jóven capitan, el coronel Vazquez Aldana se limpia muy á menudo los lentes; de que se cala las gafas, algo malo ó bueno va á suceder.

—Ya le tenemos miedo, respondió un teniente, la víspera de la toma de Oaxaca avanzó tanto la artillería, quo aquello era tirar á quema-ropa.

—Como es miope Vazquez Aldana, le gusta ver muy de cerca al enemigo.

—Sí, señor, de que platica con el general Diaz, ya va á ser ello; y con la sangre fria con que le dice á uno, como si no le fuera el pellejo: "mañana al amanecer se arroja usted sobre la trinchera;" y en viendo que se pone el semblante algo trémulo, añade: "los dos entrarémos juntos," y se va como si hubiera dicho una gracia el maldito.

—Es el brazo derecho del general.

—Temo que se lo corten el dia ménos pensado.

—Hay hombres á quienes favorece el diablo, y mi coronel Vazquez es uno de ellos.

—Yo creo que él es capaz de favorecer al diablo.

—¡Demonio! ¿qué pasa en el campo?

—No hay duda, la retirada es una cosa cierta.

—Véamos, compañero, allí se agrupa el Estado Mayor y multitud de soldados.

—Alguna desgracia ha causado esa granada; ¡demonio! se alza una nube de humo y de polvo.

—¡Corramos!

—Corramos.

Efectivamente, un proyectil de grueso calibre habia caido sobre el techo de una casa donde el general Diaz estaba de observacion.

Las vigas crujieron, y la granada, haciendo un terrible estrago, cayó en el aposento donde se hallaba accidentalmente Porfirio Diaz.

La granada hizo explosion.

El aposento quedó envuelto en una atmósfera de humo.

Despues se oyó la voz del general que clamaba: "sáquenme! sáquenme!"

Sus valientes soldados se arrojaron entre los escombros, y por una de las ventanas sacaron á Porfirio Diaz, sobre quien se desgranaba el techo de la casa.

El general se salvó milagrosamente.

La muerte del valiente jefe del ejército republicano, hubiera sido de trascendencias funestas para la causa.

Dios estaba con la República.

VII.

Porfirio Diaz recorria su campo, dirigiendo la palabra á sus viejos soldados, con aquel buen humor que lo caracteriza.

—Ahí va *papá*, decian los soldados.

El jóven general los saludaba con algun chiste.

En la mirada del caudillo habia mucho de inquietud en aquellos momentos, en que visitaba por última vez los parapetos y horadaciones.

Porfirio Diaz pensaba en algo que no estaba en el campo de batalla.

Pensaba en la mujer de su amor, con quien se desposaba por *poder* en aquella misma hora en que el destino lo iba á sujetar á una terrible prueba.

El amor!...... la gloria!

Las dos alas del ángel del porvenir.

VIII.

Eran las diez de la noche cuando las fogatas de los sitiadores comenzaron á apagarse.

El campo estaba en movimiento.

Los sitiados estaban pendientes de los movimientos del ejército republicano.

La levantada del sitio cuando ya estaban desmoralizados por los rudos ataques de los sitiadores, era una noticia del cielo.

Los soldados de Porfirio se resistian á creer el funesto rumor, pero la disciplina los tenia mudos.

Trece columnas con su dotacion de artillería se formaron frente á los reductos de la plaza.

Aquello significaba ó un ataque ó una retirada.

Faustino Vazquez habia regresado con el general Diaz al cerro de San Juan, donde se encerró á hacer preparativos de alquimia que nadie comprendia.

—Este hombre de las gafas nos da un mal rato, insistia el capitan, está acumulando combustibles.

—Si será cierto lo que hemos dicho con respecto á que tiene pacto con el diablo?

—No hay duda, compañero, en sus botas debe traer la cola de Satanás.

—Y en los lentes las vidrieras del infierno.

—Su caballo saca lumbre en las piedras.

—Su espada está tocada á la fragua que hay en la quinta guarida de Satanás.

—Esta noche es de mal agüero, hay secretitos con ese descolorido de gafas.

—Dios mio! todos tienen antiparras.

—Ya lo conoce usted, compañero?

—Sí, es Benitez, el secretario del general, trae una bola horrible, escribe dia y noche, demonios de abogados!

—Con uno solo hay para revolver al mundo enterc.

—Dicen que ese señor letrado es de posibles en esto del talento, que él lleva toda la correspondencia, y eso que nosotros no entendemos y que se llama politica.

—Compañero, mejor estoy frente á una trinchera que en una de esas juntas, á mí me envolverian en ménos de dos minutos.

—Ello es, que entre general y abogado, ya matan á los mochos.

—Los tienen desvelados.

—El secretario ha recogido la papelera, hay novedad, ese señor Benitez no guarda por antojo sus papeles.

—Cierto, él no vive sino entre la tinta, ¡demonio! hay hombres que vuelven pólvora el huizache y la alcaparrosa, y las plumas cañones rayados.

La noche seguia en silencio.

La espectativa era horrorosa.

Los jefes de las líneas no habian revelado á nadie las órdenes del cuartel general.

La primera luz disiparia las dudas y las sombras.

El general Diaz se paseaba inquieto por una de las piezas del edificio que se levanta en la cumbre del cerro de San Juan.

Su secretario, el Lic. Benitez, estaba sentado á una mesa donde habia unos pliegos de papel, y minutas á medio empezar.

Faustino Vazquez desde un rincon asechaba al general y sacaba el reloj con mucha frecuencia.

Benitez aventuró la primera palabra.

—No hay otro remedio, dijo, el plan es el único y el mejor combinado.

—Levantar el campo, dijo el general, seria confesarme derrotado. Márquez está á una jornada de nosotros, es necesario jugar el todo por el todo. Despues, continuaba mas agitado, sirve mas á la causa de la república que corra nuestra sangre sobre esas trincheras, que desprestigiarla con una fuga vergonzosa. Señores, no hay disyuntiva, ó morimos esta noche ó la república se salva.

Aquel jóven hablaba con la fé del corazon y el aliento del patriotismo.

Era necesario en situacion tan crítica confiarle el éxito á la fortuna.

La empresa acometida por los republicanos era enteramente loca.

Puebla jamas habia sido tomada pon asalto.

Mas de cuarenta sitios habian sostenido aquellas fuertes murallas.

La juventud de hoy ha presenciado tres asedios que forman época en nuestra historia.

Dos, sostenidos por los frailes hasta hundirse en el abismo del olvido y de la desesperacion, y otro glorioso en que Gonzalez Ortega al frente del ejército mexicano, detuvo sesenta y tres dias al ejército de Napoleon III.

La plaza en los tres sitios habia capitulado despues de resistir rudos y valientes asaltos.

Parapetado el ejército imperial y poco avanzados los trabajos de zapa, el asalto era la derrota.

Tres mil hombres mal armados, con una parada por plaza, y una escasa artillería, no eran el elemento para la toma de Puebla.

Querer llevar á cabo lo que no habian conseguido ejércitos aguerridos, querer penetrar en esos muros donde habia retrocedido ametrallada la bandera de Inkerman y Sebastopol, querer trazar una página solo bosquejada en la historia de los combates, era escalar el cielo de la gloria por derecho de conquista, era quemar las naves delante de la muerte, era llamar á las puertas de la eternidad con la empuñadura de la espada!

IX.

Las sonoras campanas de la catedral de Puebla dieron el solemne toque del *Ave María*.

Levantóse Faustino Vazquez, y tomando permiso del general salió apresuradamente del aposento.

Porfirio Diaz y Benitez se estrecharon la mano y se separaron.

A pocos momentos una llama terrible, como la del Sinaí, se alzó de la cumbre del cerro de San Juan.

A la luz de aquel incendio respondió el ruido de la artillería lanzada sobre los parapetos.

La plaza contestó con una tormenta de fuego.

Todas las dudas quedaron disipadas, se trataba de un asalto en toda forma.

Media hora jugó la artilleria, el rayo de la muerte.

Media hora terrible!

Los clarines tocaron al asalto.

Las *trece* columnas se lanzaron con denuedo sobre las trincheras á pecho descubierto.

Los sitiados arrojaban granadas de mano que hacian un estrago formidable.

Los asaltantes llegaron á los fosos diezmados por el bronce.

La infantería hizo sus descárgas cerradas, y pocos momentos despues se empeñaba en todos los puntos un combate sangriento y desesperado á la bayoneta.

Cinco columnas fueron detenidas en su marcha por el bronce de los cañones.

Las otras ocho, arrollando á los sitiados, penetraron simultáneamente y llegaron al centro de la plaza victoreando á la república y á la libertad.

Porfirio Diaz y Faustino Vazquez, con sus pistolas montadas, penetraron con arrojo por las horadaciones de Guadalupe y se presentaron en esos momentos entre el ejército vencedor.

Rivero, Marin, Bringas y otros valientes estaban al lado del general.

Alatorre, Teran, Ocampo y otros bravos, al frente de los batallones de Oaxaca y Veracruz, habian hecho prodigios de valor.

—La República está salvada! gritó Porfirio Diaz con las lágrimas en los ojos.

A su voz respondieron mil víctores de entusiasmo y admiracion.

Miguel Veraza, despues de entrar al frente de su columna entre el fue-

go enemigo, sacó unas ambulancias de los austriacos y comenzó á recojer á los heridos.

Veraza no se cambiaba en aquellos momentos ni por Alejandro el Grande.

Estaba en su elemento.

—Lo dicho, gritó el capitan: Porfirio Diaz y su gefe de Estado Mayor Faustino Vazquez tienen pacto con el diablo!

X.

Los defensores del punto de San Agustin resistieron unos momentos mas, despues se rindieron á discrecion.

En el patio del convento se fusilaron á varios gefes, entre ellos al general Quijano.

Al dia siguiente subió al cadalso el miserable Trujeque, que habia desertado tres veces de las filas republicanas.

Los restos del ejército imperial se refugiaron en los cerros de Loreto y Guadalupe.

El ejército republicano movió sus columnas sobre esos puntos.

El dia 4 el general Tamariz entregó su espada en manos de Porfirio Diaz, quien respirando caballerosidad en todas sus acciones, permitió al vencido que conservase su acero.

Puebla de Zaragoza estaba en poder de la república!

La toma de la ciudad es la apopeya en el altar glorioso de las batallas dadas en la segunda época de la independencia mexicana!

El nombre de Porfirio Diaz se enlaza á la corona del vencedor de los franceses, y en la frente de aquella ciudad aparecerán brillantes en el porvenir la fecha memorable del 5 de Mayo de 862 y la del 2 de Abril de 867.

Porfirio Diaz recibió un parte en que se le anunciaba que la señorita Delfina Ortega era ya su esposa.

Aquella alma resplandeciente de felicidad se evaporó en un perfume del cielo perdonando á los que lealmente habia vencido en el campo de batalla.



CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

LAS CINCO BATALLAS.

I.

Porfirio Diaz comprendió que la noticia de la pérdida de Puebla debia desconcertar al general Márquez, y que aquel era el momento oportuno para batirlo.

El general republicano no se engañaba en sus cálculos.

Márquez se encontraba improvisamente en una situacion difícil á treinta leguas de su centro de operaciones.

La nueva del valeroso asalto del 2 de Abril dejó confuso y abismado á ese miserable, que nunca ha sabido combatir lealmente y para quien el valor y la honra son palabras sin sentido ni significacion alguna.

Desde luego pensó en la retirada.

La fuga es la idea dominante de ese asesino vulgar.

Porfirio Diaz refundió en sus batallones á los prisioneros de la clase de tropa, se reunió á Leyva con sus caballerias, é hizo ingresar en sus filas á todas las partidas sueltas y guarniciones para poder presentarse en número suficiente ante la division de Márquez.

Contaba el general con toda clase de municiones tomadas en Puebla.

Ademas, habia ordenado al valiente coronel Jesus Lalanne que con su corta fuerza detuviese á Márquez, aunque este lo hiciese pedazos.

Lalanne cumplió con las órdenes de Porfirio Diaz sabiendo positivamente que lo habian de derrotar.

El pundonoroso y arrojado coronel, detuvo al enemigo.

Los batallones quedaron en cuadro; pero el honor de la república muy alto, y bien puestos sus estandartes.

Lalanne se reunió al ejército, que saludó á sus hermanos victoriosos y heróicos en la derrota.

En San Diego del Notario tuvo lugar otro encuentro con las caballerías que espedicionaban sobre el valle de México y que á marchas dobles se dirigian al campo de Porfirio Diaz.

Otros dos encuentros tuvieron lugar en el tránsito del camino de Huamantla hasta el campo de San Lorenzo, donde las infanterías dieron alcance al ejército imperial.

La hacienda de San Lorenzo es un finca magnífica de los Llanos.

Está situada al pié de la cordillera de esas montañas que forman la sierra donde se asienta el Popocatepetl, rey de los volcanes de América.

II.

En la casa de la hacienda hizo alto el general Márquez el dia ocho de Abril y permaneció todo el dia nueve.

Porfirio dispuso seis columnas de ataque, avanzó la artillería y á las once de la mañana se rompió un fuego lento de cañon.

Reinaba el mayor entusiasmo en el campamento.

No parecia que se estaba en los preliminares de una batalla, tal era la bulla y la algazara de aquellos soldados que descansando sobre sus armas esperaban el toque del clarin para avanzar sobre el enemigo.

Aquellos hombres que venian de asaltar los fosos y trincheras de Puebla, veian como un juego de niños una batalla campal.

—Ya están en la jaula, mi coronel, decia aquel capitan cuya conversacion hemos oido en el cerro de San Juan.

—O la beben ó la derraman, respondia el coronel, aquí les rasgamos sus banderas.

—¿No siente usted hambre, mi coronel?

—Alguna, desde ayer no pruebo un bocado.

—Yo tengo una botella de Cheri Cordial, que me traje de San Nicolás, ¿quiere usted desayunarse?

—Es muy temprano para tomar dulce.

—Usted lo sabe, mi coronel.

—¿Y está bueno el licor?

—Riquísimo!

—Lo probarémos.

El oficial sacó una botella, aplicó los dientes al tapon y tiró de él hasta zafarlo de la botella.

El coronel tomó un trago, saboreó el licor, dió otro trago, se puso á reflexionar y dió tres tragos á la vez.

—Qué tal, mi coronel? dijo el oficial para contener el ataque.

—Señor oficial, vaya usted y dígale al comandante de mi cuerpo que venga inmediatamente.

El oficial partió á escape.

—Ya me quité al importuno, murmuró el coronel y continuó su asalto á la botella.

Cuando regresó el oficial, ya el coronel habia llenado de agua el frasco del licor.

—Tenga usted su botella, y gracias.

—No hay de qué, mi coronel, y guardó con cuidado la botella, ignorando la fatal sustitucion.

—Media hora despues el coronel estaba desesperado.

El licor tomado en ayunas le habia provocado un dolor de estómago que ya cargaban con él todos los diablos. Lo mas gracioso del caso era que maldecia al oficial como si hubiera tenido la culpa de sus excesos.

Si el coronel no hubiera sido calvo, ese dia no se deja un pelo en la mollera.

III.

El cañoneo continuaba, y Márquez esperaba el ataque á pié firme.

Porfirio mandó ocupar los cerros que están á la retaguardia de la hacienda.

El general Guadarrama llegaba de Querétaro con cinco mil rifleros y dentro de breves horas se encontrarian en el campo de San Lorenzo.

Márquez comprendió por esta noticia y el movimiento de Porfirio Diaz, que se acercaba el momento de la derrota.

Las fuerzas republicanas seguian circunvalando el punto ocupado por el enemigo.

La batalla debia empeñarse luego que las posiciones designadas por el general se hubiesen ocupado.

Las guerrillas se tiroteaban con los austriacos, que se parapetaron en un espeso magueyal.

Márquez tenia que aceptar el combate, dentro de breves horas no tendria un punto por donde retirarse.

La casualidad lo vino á favorecer.

Desatóse un fuerte aguacero como en Waterloo y el 5 de Mayo.

La granizada era horrible, el campo quedó envuelto en una manga de agua.

Las operaciones se suspendieron.

La tempestad continuó toda la tarde y parte de la noche.

Porfirio Diaz esperó la mañana para emprender su ataque.

Todo quedó dispuesto, señaladas las columnas y determinados todos los movimientos.

Las avanzadas de Guadarrama aparecieron en el campo republicano.

Márquez aprovechó el momento de la noche en que el agua habia cesado, y comenzó con el mayor sigilo á retirarse por las montañas.

Cuando amaneció, ya la division imperialista se hallaba á alguna distancia de San Lorenzo.

Porfirio Diaz supo el movimiento del enemigo, y lanzó sus caballerías sobre la division Márquez, miéntras que los infantes y artillería caminaban á paso veloz.

Adelantóse Leyva con Guadarrama y el infernal Manuel Toro que tomó el flanco izquierdo del enemigo.

A las dos horas de marcha dieron alcance á Márquez, acuchillando á los dragones austriacos que sostenian la retaguardia.

Márquez mandó volar el parque.

Aquellos hombres habian perdido la moral.

Las caballerías impulsadas por el aliento del coraje, se arrojaron sobre la retaguardia de la division y la despedazaron.

El 10 de infantería de los imperiales flaqueó al sentir el fuego de lo

rifles de Spencer que traian los dragones de Guadarrama, y se entregó prisionero todo el batallon.

La persecucion seguia sin dar tregua á los qne huian llenos de espanto.

Los batallones comenzaron á desbandarse, solo uno de franceses y la caballería húngara se sostenian temiendo ser muertos como los prisioneros de San Jacinto.

Así llegó aquella diezmada division al puente de San Cristóbal.

Allí abandonó toda su artillería de grneso calibre y cargó con la de montaña para ountener á la caballería que los qnemaba.

Cnanto extranjero caía en manos de los republicanos, tantos eran lanceados y muertos en el acto.

El pnente estaba amenazando ruina.

Porfirio Diaz se detuvo un momento.

Las caballerías tocaron diana y lo victorearon.

La fortnna seguia muy de cerca al jóven caudillo.

El valiente escuadron de Mucio Maldonado se lanzó con dennedo sobre un flanco del enemigo, y se trabó un combate á pistoletazos.

Murió Maldonado, el valiente guerrillero que durante cuatro años habia sostenido la bandera republicana; atravesando por un mar de vicisitndes y peligros, estaba predestinado á morir en la misma tierra donde vió la luz: al llegar á las orillas de Texcoco recibió dos balazos en el corazon.

El caballo siguió el impulso, y dejando el cadáver de su amo en tierra, se fué á confundir entre las filas enemigas.

El cadáver del guerrillero fué disputado á lanzazos á los dragones húngaros, y llevado á Texcoco donde se le hicieron los honores de ordenanza.

La muerte de Mucio Maldonado se supo como por telégrafo en todas las filas.

Entónces se oyeron alaridos de rabia y el combate se hizo mas encarnizado.

El batallon frances no podia ya de la fatiga, y los soldados rendidos de cansancio se quedaban buscando apoyo en las laderas del camino.

El grnpo de guerrilleros caía como un rayo sobre aqnellos infelioes y los destrozaba.

No hubo misericordia, ojo por ojo, diente por diente.

En el largo tránsito de doce leguas, y por sitios escabrosos, los republicanos les habian quitado á los imperialistas las piezas de montaña.

Los restos mutilados de la division iban confiados á sus propios esfuerzos.

Márquez, desmoralizado, trémulo, cobarde, atemorizado, habia huido dejando solos á sus soldados y á los húngaros, que caian á los golpes de sable de los dragones de la República.

A las seis de la tarde Márquez atravesó á escape por Texcoco.

Los oficiales huian rumbo al Peñon, otros se embarcaban en la laguna y otros se ocultaban en los barrancos.

Los soldados se entregaban prisioneros.

Media hora despues, como una carga de caballería árabe, entraron los republicanos por las calles todas de Texcoco, dando de gritos y tocando á degüel'o.

Cuanto militar extranjero se habia refugiado en la ciudad tanto fué sacrificado.

Los republicanos les cobraban cuatro años de sangre y sufrimientos.

Leyva siguió á los últimos restos de la division hasta las goteras de México.

Al amanecer del 10 de Abril, Márquez contaba cinco mil hombres y veinte piezas de artillería.

Al anochecer no quedaban de aquel ejército sino unos cuantos hombres sin armas, que entraban por diferentes rumbos á la capital buscando refugio en la derrota y maldiciendo al jefe cobarde y falto de honor que los habia abandonado en las horas de la lucha, desertando al frente del enemigo.

Los periódicos anunciaron que S. E. el lugar-teniente del Imperio, despues de sostener *cinco batallas*, regresaba victorioso á la capital, habiendo dejado en el campo la artillería y los carros, por juzgarlos inútiles en las operaciones del plan que se habia propuesto seguir para escarmentar una vez mas á los disidentes.

CAPITULO DÉCIMOQUINTO.

LA FATALIDAD.

I.

El general Eduardo Fernandez, novio de la encantadora Luz, habia estado en el asalto de Puebla y en la batalla de San Lorenzo.

Los ayudantes Juan y Simon Torreños, aquellos jóvenes gemelos, se habian portado valientemente.

Durante el asedio de Zaragoza y en el rudo ataque del 10 de Abril, un hombre fornido que llevaba el traje de los campiranos de Michoacan y montaba un arrogante caballo, se habia puesto delante de los Torreños, y en los lances mas apurados les servia de escudo, arrostrando los mayores peligros.

Luego que la persecucion habia terminado con el triunfo definitivo de las fuerzas del general Diaz, el cuidador de los gemelos desapareció en el camino que sigue de Texcoco á Tacubaya.

En la capillita de Santa María Astahuacan detuvo su caballo y atándole á uno de los árboles del cementerio, entró en la ermita por la puerta de la sacristía.

Descubrió su limpia frente y entónces pudo verse á la luz de la mañana que comenzaba á entrar por las estrechas ventanas de la bóveda,

á un hombre como de cincuenta años, mirada sombría, el rostro marcado con las huellas del remordimiento, su cabello y barba que era espesa, comenzaban á blanquearse con la escarcha de la vejez.

Arrodillóse frente al altar y comenzó á orar en silencio.

Aquel hombre debia sufrir un mal horrible, porque sus lágrimas se deslizaban por el semblante descolorido como el de los cadáveres.

Unos pasos tardos que indicaban la ancianidad, sacaron de su recogimiento al hombre de la barba cana.

Volvióse hácia la sacristía y vió á un anciano sacerdote que entraba en la ermita.

—Esperaba á usted con impaciencia, padre Rafael.

—Hola, Pascual, has llegado primero! ya se vé, los viejos solo marchamos de prisa hácia la tumba.

—Padre, me encuentro bien, dijo Pascual, estoy algo tranquilo.

—Vámos, cuéntame lo que ha pasado.

El padre Rafael se sentó en un banco y Pascual permaneció de pié con el sombrero en la mano.

—Cómo ha ido de combate?

—Señor, el camino ha quedado cubierto de cadáveres, la sangre ha corrido á torrentes.

—¡Dios mio! ¡cuándo se aplacará el rigor de tu justicia!

—La jornada ha sido sangrienta, murmuró Pascual, yo he tenido una ansiedad horrible.

—¿Los hermanos de Pablo Martinez han sufrido algo?

—Nada, padre, mi pecho les ha servido de escudo, la muerte me ha respetado.

—¡Bendito sea Dios!

—Padre, yo deseo decirles al fin que son mis hijos.

—Aun no has expiado tu falta, tú ayudaste á perder á una familia, recuerda que Antonio Martinez ha muerto en el presidio, que los hijos de ese hombre son presa de la desgracia, y que tus amores criminales trajeron tambien la muerte á Velarde, á quien el guerrillero dejó sepultado en el subterráneo de Ario, mansion del crímen y centro de la expiacion.

—Padre, es cierto, yo por vengarme de mi cómplice, por castigar el crímen de martirio ejercido en aquella muger desgraciada, conduje á Pa-

blo Martinez al subterráneo para que hiriese de muerte al asesino de su padre.

—Pero no te llevaba una pasion noble, los celos te impulsaban en alas de la fatalidad, aquel hombre habia sorprendido tus amores, dudó si los gemelos eran sus hijos y los mandó matar. Dios no quiso permitir ese horror y ha conservado á esos pobres niños.

—Padre mio, me ha ordenado usted en cuenta de mis culpas que no los abandone, y he cumplido. Cuando la madre ha entrado en la última morada, yo no he hecho sino sacrificarme por esos desgraciados que sé que son mis hijos.

—La revolucion ha terminado, ponte en camino inmediatamente para Michoacan, llégate al pueblo de Ario, vuelve al subterráneo donde está sepultado Velarde, bajo la escalera encontrarás dos cofres sellados, uno contiene alhajas y otro oro, depositalos en el curato, ese es el patrimonio de tus hijos.

Los ojos de aquel hombre brillaron con la luz de la codicia.

—Iré, padre, iré, dijo con precipitacion.

—Desde la noche fatal en que Pablo Martinez ejecutó aquel solemne castigo en nombre del cielo, y yo confesé á Velarde que expió sus crímenes entrando vivo en la tumba, tú te has confiado á mí y me ho encargado de redimirte, para que tus últimos años los pases con tranquilidad en la conciencia y paz en el corazon.

—Es cierto, padre.

—Marcha, marcha á Michoacan y haz estrictamente lo que te he ordenado.

Pascual besó la mano del padre Rafael y salió de la iglesia para montar á caballo y partir sin dilacion rumbo al Estado de Michoacan.

II.

La noche del 17 de Abril llegó Pascual Rivera al pueblo de Ario, que ya conocen nuestros lectores.

Esperó en el camino que se avanzaran las horas.

La queda sonó pausadamente en el campanario del pueblo.

Las luces se fueron apagando y todo quedó en un profundo silencio.

El lejano ladrido de los perros anunció que Rivera entraba en la poblacion.

Efectivamente, el padre de Juan y Simon Torreños llegó frente á la casa de los Duendes, con sus pistolas al cinto y su espada en la cintura.

Asomóse á las boca-calles adyacentes y no percibiendo rumor alguno se encaminó decididamente al zaguan do la casa.

Las puertas estaban apolilladas y llenas de humedad.

No habia cerradura, las hojas se habian desprendido de las visagras y la tierra amontonada y las yerbas cubrian el dintel.

Pascual Rivera cargó el cuerpo sobre la puerta y una de las tablas se rompió sin dificultad.

Aquel hombre, para quienes eran familiares aquellos sitios, penetró en el patio que era un lago de agua verdosa y hedionda.

Entróse en los charcos y atravesó hasta llegar á la que habia sido escalera y entonces un terraplen con unas cuantas losas, que se caian cuando las viejas maderas del techo se desplomaban al impulso dol viento ó de la lluvia.

Puso el pié en las huellas de los escalones, y se undió hasta las rodillas en aquel fango.

Entónces volvió al patio, tomó una viga delgada y la tendió en el terraplen.

Subió por la viga y se encontró en el corredor.

Rivera sabia que su existencia estaba en peligro, que aquellos pasadizos podian desplomarse á su paso; pero la codicia y el deseo de enriquecerse le prestaban un valor sobrenatural.

Atravesó los aposentos que conocen nuestros lectores, descendió por la otra escalera y se halló en el patio donde estaba la puerta del subterráneo.

La losa se habia hundido media vara.

¿Si habrán descubierto el escondite? pensó Rivera y parándose en un extremo de la piedra la levantó del otro quedando abierta la puerta del subterráneo.

Rivera llevaba la linterna sorda que le habia servido cuando se presentó vestido de fantasma al guerrillero.

Probó á descender por la escalera.

Los escalones se hundian al pasar rápidamente sobre ellos.

Rivera quedó en el antro sin salida alguna.

Aquel hombre no pensó en ello fija su imaginacion en el tesoro.

Al pié de la escalera habia un esqueleto envuelto en unos harapos.

Un olor fétido dominaba en aquella pesada atmósfera.

Rivera tropezó con la osamenta, y dirigiendo la luz de la linterna sorda hácia el objeto que le impedia el paso, vió el cráneo de Velarde que conservaba aun algo del cabello.

Rivera se estremeció.

Parecióle que las órbitas de aquella calavera se volvian de fuego y le dirigian miradas siniestras y espantosas.

Apartó la luz para quitarse de delante aquel espectáculo horrible.

Buscó con avidez los cofres del tesoro, los encontró y dió una carcajada de satisfaccion.

El eco de su voz lo hizo estremecer.

—Salgamos de aquí, murmuró con terror.

La escalera estaba desecha.

El cómplice de Velarde pensó un momento en el medio de apurar aquella dificultad.

Acercóse á uno de los cofres que estaban en el aposento.

—Estos cofres, pensó el desgraciado, deben contener algo.

Púsose á revolver los objetos que se encerraban allí.

—La ropa de esa mujer, dijo con repugnancia.

Hasta entonces la idea de aquella infelice víctima vino á su memoria.

Hijos, amor, arrepentimiento, todo lo habia olvidado, todo, ante la realidad de su riqueza.

Arrimó con trabajo el cofre, colocó otros cajones encima, y subió con su tesoro.

El agua comenzaba á desatarse con violencia.

El agua crecia en aquellos pantanos, y caia en chorros desiguales á los aposentos, por las hendeduras de los techos.

Pascual Rivera, como asido de un salva-vida, llevaba con trabajo los cofres del tesoro, temiendo hundirse con aquella inesperada fortuna.

Descendió al primer patio: el agua le llegaba arriba de las rodillas: unos cuantos pasos mas y estaba salvado.

Llegó al fin al zaguan.

Cuando reia con un acento de Satanás, un hombre empujó la puerta y se encontró frente á frente con Rivera.

—Quién es? preguntó asustado.

—Amigo! contestó la voz del desconocido.

—Qué se ofrece?

—Hoy he recibido un correo del padre Rafael.

Tranqnilizóse Pascual Rivera.

—Y bien?

—Me entregará usted dos cofrecitos.

Decir esas palabras á un hombre á quien la casualidad habia lanzado á una atmósfera de oro y de brillantes, era lanzarle un rayo en el corazon.

—Voy á entregarlos, dijo, acérquese quien sea.

Acercóse incautamente el desconocido.

Rivera sacó su revolver y se lo disparó sobre el pecho.

Cayó aquel desgraciado revolcándose en el fango ensangrentado.

Rivera salió precipitadamente, buscó su caballo y se alejó á todo escape, procurando cortar por las veredas, caso de qne fuese perseguido por la justicia.

Al ruido del pistoletazo, los vecinos abrieron los postigos de sus ventanas, vieron pasar como una sombra al asesino, y volvieron á cerrar llenos de miedo.

III.

Al siguiente dia los acólitos buscaron al viejo sacristan de la iglesia, y no encontrándole, dieron parte á la autoridad.

Dirigióse el alcalde á la casa de los *Duendes*, y encontró espirante al tio Miguel de un balazo en el costado derecho.

Condújose al herido á su casa, aplazándose el juicio para cuando pudiera declarar el enfermo, caso muy remoto, porque sin duda moriria á consecuencia de la herida.

—Bien decia yo! esclamaba la tercera esposa del tio Mignel, porque el sacristan tenia una fortnna decidida en esto de la viudez: bien decia yo

anoche al verle salir en medio de la tormenta, este hombre marcha á su perdicion, estoy segura de que fué á prepararse la cuarta mujer.

—Aquella casa es de mal agüero, añadia una vieja, hay un entradero y salidero de embozados, que da grima: no sé qué tendrán los duendes que llaman tanto la atencion.

—Voy á mandar que se derribe el edificio, dijo el alcalde; ¿conque entran y salen? eh! ya veremos si me piden pasaporte esos señores.

—Es que el señor alcalde ha entrado algunas ocasiones, replicó la vieja.

—Sí, la justicia tiene de estar en todas partes; fuí á la práctica de una diligencia criminal, yo soy el ejecutor de los bandos de policía, no me concierne á mí su obediencia, no es lo mismo guisar que tirarse con los platos.

IV.

Entre el grupo que rodeaba el lecho del tio Miguel, estaba un sacerdote, en el que nadie habia reparado, seguramente porque se conservaba en retraimiento.

Uno de aquellos asistentes al drama del sacristan: gritó con alborozo:

—¡El padre Rafael!

Todos rodearon al sacerdote.

Las mugeres y los chiquillos le besaron la mano.

—Bien, bien, decia el padre Rafael, dejadme solo con el enfermo.

Todos se salieron del aposento.

—Tio Miguel, dijo el sacerdote acercándose al lecho del enfermo.

El herido volvió la vista y se encontró con el semblante venerable del cura de Ario.

—Señor, murmuró tratando de incorporarse.

—No te muevas, vas á hacerte daño.

—Me han extraido la bala y estoy mejor.

—Puedes, sin fatigarte, referirme lo que ha sucedido.

—Acudí á la *casa de los duendes:* en el zaguan encontré á un hombre que llevaba los cofrecitos; le dije lo que me ordenaba usted en su carta, y mandándome que me acercase, yo lo hice sin prever que......

—La fatalidad!

—Me disparó un pistoletazo á quema-ropa, que bien pudo llevarme á la otra vida.

—No han aprehendido á ese hombre?

—No, señor, el alcalde no pudo disponer de fuerza para perseguirle.

—Duerme, Miguel, guarda reposo y silencio, á nadie digas lo que ha pasado.

—Está bien.

—A dónde está mi carta?

—Allí está, en la bolsa de mi pantalon.

—El cura tomó la carta, que estaba manchada de sangre, y dejando una bolsita con dinero bajo las almohadas, se alejó de la casa del tio Miguel.

—Nadie comprende el corazon humano! pensaba el viejo sacerdote; el mundo nada me ha enseñado: cuando creia en la redencion de una alma lanzada en el abismo del remordimiento, de repente vuelve á sumergirse en las sombras de su pasado esa pobre existencia lanzada en el mar revuelto de las contrariedades y del fatalismo!

CAPITULO DECIMOSESTO.

DEUDA SATISFECHA.

I.

Estamos en los alrededores de Querétaro y en el 25 de Abril del año memorable de 1867.

El teniente coronel Pablo Martinez y su amigo, ó por mejor decir, su hijo adoptivo, D. Serafin, estaban al frente de un regimiento de caballería.

El Cuartel general mandó que el regimiento de Martinez pasara á la hacienda de*** á reponer sus caballos destruidos por tanto tiempo de fatiga.

El lector recordará que el 1º de Junio de 863, cuando el ejército pasaba para la nobilísima ciudad de Lerma, el infortunado Quiñones habia recibido el mas cruel desengaño, de aquel famoso D. Cirilo, que le hizo una recepcion tan descortes cuando presentó en la posada á Martinez y sus amigos.

Quiñones recordaba siempre la pesada broma del oficial retirado, y muchas veces le habian dado carga con la memoria del ridículo lance de su antiguo camarada.

Martinez tenia una memoria asombrosa para retener las fisonomías y los parajes.

Marchó el regimiento á la hacienda de***

Cuando una nube de langosta se presenta en un sembrado, atemoriza menos á los pastores que á un hacendado la noticia infausta de la llegada de un regimiento.

Los hacendados ocultan violentamente las semillas, hacen desapare-

cer el vino y las vajillas, envian sus caballos á grandes distancias, remontan sus ganados como si amenazase una catástrofe, y las muchachas de la finca huyen á los próximos *ranchos;* porque la tropa es una verdadera plaga, cuya plaga se torna en un castigo del cielo, cuando pertenece á un bando opuesto al del propietario de la finca rústica ó urbana.

Martinez se armó con la órden del Cuartel general, y llegó á la hacienda.

—Dónde está el mayordomo? preguntó.

—Señor, ya viene, dijo humildemente el jornalero.

—Que venga pronto, ó lo traigo de las orejas.

—Está con el *amo.*

—¿Quién es el amo?

—D. Cirilo Hermosilla.

—Dónde he oido ese nombre? á mí no me es desconocido. ¿Y qué clase de pájaro es ese D. Cirilo?

—Es el amo no mas, señor.

—Eso basta, repuso Martinez; y seguido de sus ayudantes se fué directamente á la casa de la hacienda.

Apeóse y subió las escaleras, metiendo gran ruido con las espuelas y el sable.

—El dueño salió á recibir al gefe.

Luego que Martinez le puso la vista á aquel hombre, lo reconoció.

Era aquel mismo D. Cirilo, teniente coronel retirado, que les habia jugado la pesada broma de dejarles sin comer.

—Hola, D. Cirilo! dijo Martinez.

—Pase usted, señor compañero.

—Compañero de qué?

—De milicia; yo soy viejo insurgente.

—Bien, aquí tiene usted la órden para el alojamiento de setecientos ginetes con sus respectivos caballos.

—La obedeceré, pero no tenemos pasturas.

—Pues cómprelas usted, me parece qne están baratitas.

D. Cirilo arremangó el labio superior como trompa de elefante.

—Mande usted matar diez reses para que coma la tropa; usted es un hombre muy......muy......

—Mi ganado va á desaparecer, pensó D. Cirilo, y se estremeció.

—Disponga usted treinta camas para mis oficiales.

—Dios mio! esclamó el viejo.

Martinez tuvo á bien no reparar en las esclamaciones de D. Cirilo, y continuó con el mayor aplomo:

—Voy á disponer algo que á usted le concierne, y que nos avisen cuando esté el almuerzo para mí y la oficialidad.

Sin despedirse, marchó seguido de la turba de oficiales, que se frotaban las manos de satisfaccion.

II.

—Estamos perdidos! decia á su mayordomo el propietario, la hacienda va á arruinarse; pero es preciso hacer un sacrificio, porque este soldadon es un bárbaro, un verdadero apache.

La gente de la casa se puso en movimiento para disponer el almuerzo, mientras Martinez entablaba un diálogo con el guardador de las *trojes*.

—Abre esa puerta para sacar paja y cebada.

—No tengo las llaves.

—Pues sin ellas.

—No puedo.

—Yo sí; vamos, avancen tres dragones y con las culatas de los rifles rompan la cerradura.

Los dragones no se hicieron esperar: á los dos minutos las puertas estaban mas abiertas que las de Catedral en dia de Corpus.

Como hormigas entraron los soldados á los graneros, dándoles una saqueada peor que la de Lorencillo, y la de Saligny á los bonos de Jecker.

D. Cirilo veia desde una de las ventanas aquel zafarrancho de moros, y su corazon se oprimia dolorosamente.

—Mi cebada!......mi maíz!......mi paja!......todo se lo está llevando el demonio!......todo!......todo!......nada mas falta que el imperio venga á castigarme por dar alojamiento contra todo el torrente de mi voluntad.

Los oficiales dieron parte de que los proveedores estaban bien surtidos.

—Hola! gritó Martinez dirigiéndose á los *caporales*, se necesitan reses para la tropa.

—Ya fueron por *nueve* al monte.

—He dicho que *diez*, y si no, mande por veinte.

—Imbéciles! gritó D. Cirilo, traigan lo que pida el señor mi compañero.

—Como usted dijo que *nueve*......

—Yo no he dicho nada, traigan *diez*, y nadie me replique.

III.

A las dos horas avisó un criado que la mesa estaba preparada.

Subió aquella falange de *famélicos*, y comenzó un verdadero festin.

—Señor don Cirilo, haga usted traer mas vino, mis oficiales lo acostumbran, y no pueden pasarse sin él.

—Ya han traido seis cajas, señor compañero.

—Pero nada mas de Burdeos, aun no ha llegado el coñac, ni los licores para los postres y el café.

—A usted le tengo reservado, dijo don Cirilo ardiendo de rábia, una buena botella de coñac.

—No, señor, usted se engaña, yo no tomo nunca sin que mis oficiales se hayan satisfecho de antemano.

—Pero, señor compañero, yo tengo muy poco abasto.

—Saque usted, amigo, saque usted el guardado, que nosotros estaremos aquí uno ó dos meses.

—Santos ángeles custodios! esclamó el infeliz hacendado.

—Muchacho! saca de eso armario la botella de coñac.

El criado trajo un frasco que estaba envuelto en un periódico.

Don Serafin tomó el papel, era el *Pájaro Verde*.

En uno de los párrafos, encontróse el jóven el nombre de D. Cirilo Hermosilla.

Leyó para sí, y pasó el periódico á Martinez, señalándole el párrafo.

El guerrillero, que era un hombre vivo, pasó la vista como relámpago por los renglones, y despues, dirigiéndose á su huésped, le dijo:

—¿Conque usted es caballero de la Orden de Guadalupe?

—No, yo no soy caballero, ni lo pretendo; esa es una calumnia de mi mayordomo, que es la persona que debe haberlo dicho; le juro á usted, compañero......

—No jure usted, amiguito: ¿y es mentira que ha regalado usted cien caballos para el regimiento de la emperatriz?

—Impostura!

—Lea usted ese periódico.

Don Cirilo se quedó estupefacto.

Levantóse Martinez, y tomando una copa, dijo en voz alta y sonora.

—Brindemos por el Sr. D. Cirilo Hermosilla, que ha obsequiado al regimiento con el sueldo de una quincena!

Don Cirilo abrió la boca como un tiburon.

Vivas y aplausos resonaron como en una cantina de mártes de carnaval.

Don Cirilo quiso hacer una declaracion, pero Martinez le dijo al oido:

—Señor compañero, elija usted entre tres ó cuatro mil pesos ó que le aplique la ley de *confiscaciones.*

Don Cirilo optó por lo primero, pero rechinando los dientes como un condenado.

—Señores, agregó Martinez, hagámosle todo el honor á este brindis, rompiendo las copas para que no se profanen con otros discursos y libaciones.

Las copas volaron por lo alto, cayendo en menuda lluvia de cristal.

El alma del viejo propietario se hacia trizas.

Siguió la jarana hasta el amanecer.

Don Cirilo, queriendo vengarse, les puso *monte* á los oficiales.

—Anda, viejo zorro, dijo Martinez, quieres tomar la revancha; yo te echaré un pollo de cuenta.—Señor teniente Garduña, lo habilito á usted para que eche unos *pasados por agua.*

—Mi teniente coronel, acepto, gritó una especie de huron con cabellera azafranada y manos de orangutan.

Martinez se marchó á dormir, diciendo para sí:—Quiñones está vengado, la venganza ha sido sangrienta; toma, mómia del imperio, toma por roñoso y avaro!

IV.

Don Cirilo Hermosilla era hábil en materia de *cartas*, pero no tanto como Garduña.

Comenzó ese rejnego de albures con todos sus *dibujos*.

Don Cirilo era afecto á los *tecolotes*.

Ahí estaba el *intringulis*, como decia Gardnña.

Este se hizo al principio el colegial, para darle lo que él llamaba *boca de lobo*, al imperialista.

Despues tomó la baraja y desplegó toda sn ciencia en el arte de Birjan.

Don Cirilo tenia fiebre tifoidea.

Le ganaron el dinero, los cubiertos y el reloj; y si la hubiera apostado, pierde la fé del bautismo.

El infeliz *retirado* se marchó á descansar cerca de las cuatro de la mañana, dándoles de patadas á los criados que encontraba á su paso.

Metióse en el lecho y procuró conciliar el sueño.

No daban aun las cinco de la mañana, cnando Martinez llegó bajo las ventanas de don Cirilo, con la banda de clarines, á tocar la *diana*.

Don Cirilo dió un salto.

El teniente Garduña tomó un serpenton y tocó nn *solo*, de á cuarto de hora, capaz de despertar á nn difunto.

Don Cirilo se tiraba de los cabellos con desesperacion dramática.

Despnes de media hora cesó aquella *cencerrada*.

Don Cirilo procuró conciliar el sueño.

No habia pasado nna hora, cnando los clarines tocaron *forraje*.

Volvió el mal aventurado teniente coronel á despertar.

Esperó con paciencia á que concluyese el infernal toquido.

A las ocho, la banda salió á la *escoleta*.

Entonces cada individno tocaba lo que le parecia; notas altas, bajas, cromáticas, *fiorituri* y cuantas abominaciones aplicadas á los fagots y clarines ha inventado la filarmonía.

Don Cirilo saltó de la cama renegando, mandó poner su carretela, y se huyó, verdaderamente fngado, rumbo á Celaya.

—Qué me importa, decia el fugitivo, que la caballeria tome agna ni que pase lista, ni que entren en asamblea, para que así me rompan los oidos! Maldita sea la república, y los tagarnos, y los chinacos, y toda esa chusma de canalla! Les dejo la hacienda, que se la coman si gustan.

V.

Luego que los oficiales se apercibieron de la retirada del propietario, se dirigieron á los estantes, sacaron el uniforme de don Cirilo, vistieron un manequí, le pusieron la cruz de la Orden de Guadalupe, y lo colgaron del techo del zaguan, como esos gavilanes empajados que adornan los portales de las haciendas.

Martinez se reia á dos carrillos al ver la jácara de la oficialidad.

¡Quién le habia de decir á don Cirilo Hermosilla que una *grosería* le habia de costar tanto dinero!

VI.

Pasó el regimiento el 26 de Abril en una verdadera fiesta.

Hacia mucho tiempo que aquellos soldados no dormian bajo de techo.

El regimiento de Martinez estaba predestinado á los trabajos y fatigas de la campaña.

Al amanecer del 27 se oyó un cañoneo.

Martinez hizo tocar botasillas.

El guerrillero jamas se dejaba sorprender.

A pocos momentos, un ayudante llegó á todo escape.

—Mi teniente coronel, que avance usted con el regimiento, porque el enemigo ha hecho una salida, derrotando el campo de Michoacan y el de Jalisco.

—Rayo de Dios! gritó Martinez, y mandó tocar trote al clarin de órdenes.

El regimiento se puso en seguida sobre la marcha, y á las dos horas se encontraba frente á Querétaro.

CAPITULO DECIMOSETIMO.

LA BATALLA DEL 27.

I.

Estamos en la noche del 26 al 27 de Abril de 1867.

Los sitiados necesitaban hacer un movimiento, decidirse á romper el cerco, aventurar una batalla para salir de la amarga situacion á que los llevaba un destino siempre adverso.

Dejar pasar los dias en que las municiones se agotan pausadamente, en que la moral se pierde en combates parciales y la sangre cae gota á gota dejando exánime el cuerpo, cuyo vigor faltará en un momento dado, es entregarse irremisiblemente en brazos de la derrota.

Los gefes imperialistas celebraron junta de guerra, y la mañana del 27 fué señalada para un ataque simultáneo sobre la *Garita* y los campamentos del *Cimatario.*

Dos columnas de cuatro mil hombres cada una, con su dotacion de artillería, formaban el cuerpo de asalto.

La primera estaba al mando de Castillo y la segunda se fió al valor nunca desmentido del general Miramon.

Tomar los puntos indicados y caminando en sentido inverso sobre el cerco de circunvalacion hasta encontrarse en un punto dado de aquella circunferencia de hierro, era el plan de los imperiales.

El imperio tiraba por última vez los dados sobre la carpeta de su fatalismo.

Las columnas comenzaron á desfilar en silencio daspues de un fuerte cañoneo sobre la *Garita.*

La columna de Castillo se encontró á pocos momentos frente á los reductos enemigos, mientras la de Miramon, que tenia mayor distancia que vencer, se desprendia de la Alameda rumbo al campo del Cimatario.

II.

El general Corona, sin presentir el ataque, dejó confiado el mando de la línea del Sur al general Régules y vino á conferenciar con Riva Palacio.

La noche tocaba á su fin cuando Castillo se lanzó con denuedo sobre la garita, que era uno de los puntos de la línea de Riva Palacio y defendido por el valiente general Jimenez, que lo recibió á metralla, echándolo fuera de tiro, dejando un reguero de sangre y de cadáveres.

Castillo se habia comprometido á tomar el reducto y tornó á ensayar un segundo y tercer asalto, que dió por resultado la pérdida completa de su division.

Altamirano habia acudido al punto del ataque desde los primeros disparos, allí era su puesto, conservado siempre con heroismo.

Carrillo con los valientes soldados de Toluca, y Villada con un batallon de Michocan, dividieron los peligros en el campo de Jimenez, y compartieron los laureles de la victoria. Velez y Chavarría asistieron á la jornada.

La primera parte del plan imperialista habia fracasado.

El toque de diana repetido en toda la línea y los gritos del triunfo, anunciaron á Maximiliano que el general Castillo estaba derrotado.

III.

La columna de Miramon seguia imperturbable á su destino.

Sorprendió á los escuchas, capturó á las avanzadas, y con aquella rapidez de movimientos que le era genial, Miramon se lanzó sobre el cuerpo de ejército de Corona, cuyos soldados, víctimas de la sorpresa, comenzaron á desbandarse, á tirar las armas y á abandonar la artillería, trenes y bagajes.

Miramon se apoderó de las trincheras, tornó las piezas sobre los fugitivos y siguió su movimiento ejecutado con una maestría admirable.

La tropa, como era consiguiente, so entregó al botin y comenzó á desordenarse sin que el general pudiera contenerla.

Vencedores y vencidos se dispersaron en el campo del Cimatario y comenzó á introducirse una confusion horrible.

El general Jimenez seguido de Velez, Altamirano y Chavarría, recorrió su línea despues de la derrota de Castillo. Al llegar á la estrema izquierda advirtió que la columna de Miramon llegaba al Cimatario. Velez se empeñaba en creer que era una fuerza republicana, porque no podia comprenderse que aquel campamento era sorprendido.

Jimenez comprendió desde luego, que permaneciendo mudas las baterías de la Alameda, la fuerza era enemiga; entonces envió un regimiento de caballería suriano á las órdenes de Figueroa, y pocos momentos despues ordenó á Altamirano que se pusiera á la cabeza, y observase la columna de Miramon.

Jimenez no se habia engañado: luego que Altamirano se puso sobre el camino, las baterías de la Alameda lo saludaron á metralla. Avanzó hasta el Cimatario y presenció con asombro aquel espantoso desastre.

Todo estaba perdido.

Régules procuraba en vano contener á sus soldados. El pánico era terrible, el general fué arrastrado en la fuga y llevado por sus mismos dispersos, que huyeron á los pueblos inmediatos contando que el ejército republicano habia sido completamente despedazado.

Miramon dobló la posicion del centro y atacó por retaguardia.

La division de Jalisco apenas pudo defenderla y se replegó hácia la izquierda, abandonando cañones, trenes, &.

Una brigada de esta division que mandaba el general X...... se fué hasta á Apaseo y no volvió, sino tres dias despues.

El enemigo llegó á la hacienda del Jacal, posicion extrema izquierda defendida por la division de Sinaloa al mando del general Manuel Márquez, que corrió igual suerte.

Maximiliano entónces vino á ponerse al frente de las fuerzas, y se hallaba cerca de las paralelas abiertas por el general Corona frente á la *Casa Blanca*.

El general Corona no habia podido llegar á su línea y se habia incorporado al cuerpo de caballería mandado por el general Aureliano Rivera, único que se mantuvo unido; aunque tuvo que replegarse á la derecha del campo de Régules, desde donde pudo salvar algunos trenes y piezas que metia el enemigo quitándoselas á viva fuerza.

En ese instante, un cuerpo pasó á alguna distancia delante del regimiento de Altamirano y en direccion del enemigo.

Era «Cazadores de Galeana» al mando del bizarro coronel Juan Doria.

Altamirano se puso en movimiento.

Tan pronto como el enemigo lo avistó, destacó su caballería á su encuentro. Esta caballería era numerosa y componíase de los cuerpos de "Húsares," "Regimiento de la emperatriz" y "Policía á caballo."

El coronel Doria no vaciló, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, pues apénas traia trescientos y tantos caballos, siendo en número igual los que mandaba Altamirano.

El enemigo traia como mil doscientos caballos.

Los imperiales tocaron á degüello.

Los republicanos repitieron el toque aceptando la batalla.

El coronel Doria iba á la cabeza, vestido de azul, con un pequeño fieltro gris, montado en un soberbio caballo tordillo y llevando una magnífica pistola de Colt en la mano. Altamirano tambien montaba un caballo retinto, iba vestido todo de negro y empuñaba tambien una pistola de Colt.

Los "Cazadores de Galeana" descargaron sus rifles de Spencer de ocho tiros sobre el enemigo, que no los esperaba y se desmoralizó por completo.

Entónces sacando los sables se precipitaron á su encuentro é hicieron una carnicería espantosa.

Llegaron al campo los arrogantes cuerpos de «Supremos Poderes» al mando del bravo coronel Yepez y el primero del Norte al del coronel Montesinos, y todos á las órdenes del general Rocha, haciendo un fuego mortífero sobre el enemigo. Este huyó precipitadamente y bajó á la llanura.

Las fuerzas republicanas hicieron alto.

Doria y Altamirano se abrazaron sobre el campo.

Altamirano encargó el mando del regimiento al coronel Figueroa y quiso como soldado raso combatir al lado de Doria con los «Cazadores de Galeana.»

La infantería enemiga se rehizo y avanzó hácia los republicanos, trayendo á su vanguardia una densa línea de tiradores.

Un ginete llegó corriendo hasta encontrar al coronel Doria.

Era el general Rocha, quien despues de felicitarlo le encargó que contuviese al enemigo mientras que los batallones que se habian quedado atrás y que venian fatigados, llegaban al terreno de la lid.

Doria, que veia acercarse las columnas, hizo un esfuerzo desesperado y mandó cargar, lo mismo hizo el cuerpo del Sur.

Los «Cazadores» se lanzaron y acuchillaron á los tiradores, y á pesar del fuego mortífero que se les hacia en toda la línea por la infantería enemiga, llegaron á las trincheras defendidas todas con vigor. Doria mandó lanzarse sobre ellas y saltó el primero, Altamirano lo siguió, y un momento despues bajaban al llano dejando un reguero de cadáveres al pié de los parapetos y persiguiendo á las columnas, que dando media vuelta, corrian para la plaza en desórden.

Maximiliano retrocedió á su vez y ordenó la retirada, que se hizo con precipitacion hasta desaparecer el enemigo por la Alameda y la *Casa Blanca*.

El general Corona mandó avanzar en tiradores al cuerpo de Guerrero y á un piquete de guerrilleros de Guanajuato al mando del coronel Domenzain frente á la *Casa Blanca*, á fin de molestar al enemigo.

Las baterías imperiales protegian la retirada, sosteniendo un vivo fuego.

Era la una de la tarde, la línea estaba recobrada.

Miramon volvia derrotado á sus parapetos merced al fiasco del general Castillo y á la oportunidad con que las reservas llegaron al campo á disputarle los laureles del triunfo.

La victoria lo habia saludado en los primeros momentos, y veintidos piezas prisioneras y un número inmenso de bagajes de guerra, le decian que no habia sido un sueño su espléndida victoria sobre los campamentos del Cimatario.

La historia guarda los nombres de los héroes de esa jornada aunque los callen los historiadores.

CAPITULO DECIMO OCTAVO.

EL SITIO DE MÉXICO.

I.

Porfirio Diaz, despues de la batalla de San Lorenzo, habia puesto sitio formal á México.

El grueso de las fuerzas con toda la artillería, se situó en la parte Norte de la ciudad.

Tacubaya, Chapultepec y la Piedad, eran guardados por las caballerías.

El general republicano hizo un reconocimiento, y comprendió que no era fácil un ataque como el de Puebla, y comenzó á practicar sus caminos cubiertos y paralelas, para llegar á los parapetos enemigos.

Márquez, que habia llegado fugitivo de San Lorenzo, se presentó en la Casa de Manuel Payno.

—Caballero, le dijo, soy el general Márquez.

Payno no lo conocia personalmente, y sintió esa repugnancia instintiva que despierta la presencia de un asesino.

—En qué puedo servir á vd.?

—Estoy perdido, y necesito una persona que me hable la verdad, que me dé un consejo sobre lo que debo hacer.

Payno temia pronunciar una palabra delante de ese miserable, que era muy capaz de hacerle ahorcar al dia siguiente.

—Hable usted, que está bajo mi garantía.

Entonces Payno le dijo:

—El imperio ha terminado; la situacion es angustiosa; no tiene usted, á mi juicio, mas remedio que llamar al general republicano, pedirle garantías y entregarle la ciudad: todos los esfuerzos que usted haga son inútiles.

—Pero el emperador va á desaprobar mi conducta.

—El emperador está en una situacion más aflictiva aun.

—¿Y no tiene usted personas que salgan á conferenciar con el general Diaz?

—Las buscaré.

Márquez salió preocupado de la casa de Payno.

Aquel desgraciado estaba en un abismo sin fondo.

Los dispersos comenzaron á llegar.

El presidente del consejo de ministros persuadió á Márquez de que aun era tiempo de sostenerse en el poder; que Maximiliano triunfaria en Querétaro, y que la cuestion se reducia á sostener la plaza.

Cuando la cabeza se ha perdido, la voluntad es una veleta que gira al lado que se le sopla.

Márquez envió á decir á Payno que diera por terminado el asunto que lo habia llevado á su casa.

II.

La poblacion se animó como por encanto en los primeros dias del sitio.

Las azoteas, las torres, los observatorios, todo estaba lleno de curiosos mirando con anteojos á las fuerzas republicanas que circunvalaban la capital.

En medio de esta barahunda, existia un terror pánico en todos los comprometidos.

"Plaza sitiada, plaza tomada," dice un adagio, y México estaba en jaque, teniendo en su frente esa sentencia.

Para dar mas animacion, las músicas de los cuerpos tocaban todas las tardes en la Alameda, que se llenaba de una concurrencia numerosa.

Multitud de lindísimas jóvenes y de elegantes, paseaban por las calles de esos jardines.

III.

—No ha venido mi *osito*, amigo mio, estoy desolado, decia un jóven rubio, de lentes, á otro bajo de cuerpo y de patilla negra.

—Esta Isabel deja el paseo para la última hora.

—Puede ser que venga con el rinoceronte de tu suegro.

—¿Y Concha qué dice, querido?

—Nada, es la muger de mármol; más sienten esos leones de piedra de la fuente, que esa muger:

—¿Por qué no haces lo que Porfirio Diaz, estrechar el sitio?

—Esa plaza no tiene trazas de rendirse.

—Atácala: cayó Sebastopol......

—Esta Concha es mas formidable que el Cuadrilátero. Estoy por levantar el campo.

—Eso es una cobardía.

—Y cuántos novios lleva ya tu novia?

—Hombre, soy el décimoquinto, creo que no tengo tan mal lugar.

—Y la otra?

—Cuál de ellas?

—Ha llegado, amigo mio, allí viene Isabel; trae una compañera igualmente hermosa.

—Sigámosla, aquí traigo una carta que llora solita; esta mañana la he escrito con las lágrimas en los ojos.

—Tengo un proyecto, dijo el de los lentes.

—Cuál?

—Quieres robarte á Concha?

—¡Qué barbaridad!

—Hombre, te asustas de nada; luego que entren los *nuestros*, asaltamos las casas de nuestras novias, afortunadamente son imperialistas nuestros suegros, y tenemos sobre ellos derecho de vida y muerte.

—Mira lo que pasa, y déjate de proyectos.

—Sí, ya veo, es mi rival.

Un jóven se acercó á Isabel, que así se llamaba una muchacha de ojos negros y rasgados, de quien estaba apasionado el jóven de los lentes.

—Isabelita, está usted encantadora.

—No es el primero que me lo dice.

—Conque sea el segundo me doy por satisfecho.

—Qué sabe usted de noticias?

—Que S. M. el emperador ha vencido en Querétaro; que el ejército ha hecho diez mil prisioneros y Escobedo ha levantado el sitio.

—Qué dice usted? dijeron á la vez tres viejos retirados que se hallaban en la misma banca.

—Lo que ustedes han oido, que estamos de enhorabuena, y pronto tendremos á S. M. en las orillas de México.

—Ya lo decia yo, señores, nunca me equivoco, este Porfirio Diaz va á tener un fin desastroso.

—Hay quien contradiga la noticia.

—La contradicen?......no haga usted aprecio, no hay mas que guiarse por lo que dice el *Pájaro Verde*, allí está el evangelio.

—Se dice tambien que el Exmo. Sr. Lugarteniente hará una salida en combinacion con el ejército que ha salido de Querétaro y el triunfo será completo y definitivo.

—¡Por supuesto!

Doña Canuta y la esposa de Cantolla paseaban con arrogancia ostentándose como esposas de las víctimas.

—Canuta, estoy desesperada, ya he disminuido mi racion y no estoy satisfecha.

—Faltan ya los comestibles, esto es espantoso; ayer ha comido caballo mi marido.

—Yo pienso alimentar á Cantolla con ratas, como acostumbran en el celeste imperio.

—Los franceses se comieron todos los gatos de la poblacion.

—Eso es mucho de horroroso, dijo doña Efigenia en su perpetua manía de afrancesarlo todo.

—El agua de pozo artesiano es insalubre.

—No me hables de pozos artesianos, me parece ver al jorobado Pane sacando agua de su alberca con ese sombrero de parasol; ¡quel chapeau! ¡quel chapeau!

—Amiga mia, la concurrencia es bellísima.

—Charman, charman!

—Si esos disidentes toman la ciudad, qué será de nosotras?

—Ay, hija! dicen que hacen atrocidades!

—Ni nosotras nos libraremos.

—Yo me sepultaré un puñal como Lucrecia.

—Yo......en fin, ¡qué barbarité!!

—Señoritas, señoras, dijo un mozalvete dando alcance á doña Canuta y á la Cantolla..

—Hola, Perico, qué se ofrece?

—Vengo á obsequiar á ustedes con una torta de pan.

—Qué felicidad!

—Du pain? du pain? esclamó doña Efigenia.

—Lo he coseguido á peso de oro.

—Le estimamos á usted su obsequio.

—Y hácia dónde se dirigen ustedes?

—Esperamos la noche para ver á O'Horan; nos ha ofrecido poner libres á nuestros maridos.

—Creo que le será muy fácil.

—Diga usted algo de nuevo.

—Nada: lo de todos los dias, aunque las circunstancias se están haciendo mas críticas.

—Por qué, Perico?

—Hoy han saqueado el teatro de Iturbide: se le dijo al pueblo que habia una existencia de harina y maiz que se le iba á repartir, y luego que descubrió el engaño, ha hecho una de pópulo bárbaro.

—La gente se muere de hambre; este general Diaz es un cafre.

—Como que ya se están dando casos.

– ¡Pobres de los pobres, amigos mios! ellos sufren todas las plagas.

—Hasta los caballos se están escaseando.

—Tengo un asco invencible á la carne de corcel.

—Y yo.

—Pues no hay mas que resignarse, porque no hay otro remedio.

—Me parece que dentro de poco todos vamos á relinchar.

—A mí me parece que usted ha comenzado ya, dijo entre dientes doña Efigenia.

—He observado que las muchachas tiran *coces*.

—Caballero, no nos calumnie usted, dijo doña Canuta.

—No ha sido mi intencion.

—La gente se agolpa á las garitas impulsada por el hambre.

—Los disidentes la dejan pasar en bandadas; el general Márquez se quiere deshacer de todo lo que le estorbe, porque él defenderá la plaza hasta morir.

—Es que nosotros moriremos primero de hambre.

—La situacion terminará bien pronto, el emporador está en camino para México.

—No lo crea usted, todas son consejas; lo cierto es, dijo el jóven, que todo está perdido.

—Observo, dijo doña Efigenia, que un oficial austriaco me está haciendo el amor; Perico, acompáñenos usted á las casas consistoriales.

Aquel infeliz Perico tomó del brazo á doña Canuta, y dejando á la Cantolla con su airecito de coquetuola, pasar por delante, se encaminó al Palacio Municipal en busca del prefecto político Tomas O'Horan.

IV.

El sitio se habia estrechado, y los efectos de plaza escaseaban terriblemente.

Los precios eran subidos, y no se encontraban al alcance de la clase pobre, que se moria de hambre.

Márquez comenzó por catear las casas de comercio, y concluyó por allanar las de los particulares.

O'Horan era el hombre á propósito para estos actos de despecho y barbarie.

Las propiedades fueron violadas, las personas llevadas á la cárcel, donde se les daba tormento de sed y de hambre para arrancarles sus caudales.

Los cónsules extranjeros fueron vejados, y los resortes todos del respeto social relajados y hechos pedazos.

Al hijo de Iglesias, el ministro de Juarez, se le puso en una trinchera sobre las que hacian fuego las baterías republicanas.

A la hija de un propietario llegó á amenazársele con igual atrocidad.

Los ministros imperialistas se habian tornado en enemigos de la administracion, y la poblacion entera deseaba que Porfirio Diaz entrase á la capital.

El espionaje, el crímen, la denuncia, el robo, todo estaba á la órden del dia, y todo ejercido por mandato de Márquez, que se mostraba tan deforme y horrible como era.

El alma pervertida de ese miserable estaba en la plenitud de sus instintos depravados.

El corazon pestilente de ese hombre se agitaba en las tinieblas de su infierno.

Márquez era ya el blanco de las odiosidades y de las maldiciones.

Aquel pueblo que rugia de hambre y de miseria pidiendo un pedazo de pan para matar su hambre y una gota de agua que llevar á sus labios sedientos, lanzaba imprecaciones al asesino de Tacubaya.

O'Horan habia hecho grandes acopios para el ejército, en tanto que el resto de la ciudad sufria los horrores del sitio.

La carga de maíz valia cien pesos.

Despues todo desapareció.

Las mujeres y los niños lloraban por las calles.

El trabajo se paralizó, y los artesanos vagaban en busca de pan para sus hijos.

El pueblo ya sin esperanza, volvió su vista á los gobernantes, y les pidió alimento en su gonía.

Aquellos gobernantes cubiertos con la lepra del desprestigio y de la barbarie, oian sus lamentos con indiferencia, y respondieron á esas quejas arrancando á los padres de familia de sus hogares, para conducirlos á la muerte sobre las trincheras en la agonía desesperada de sus instituciones.

La ciudad comenzaba á tener un aspecto lúgubre.

El carbon habia faltado, y se hacia uso de la leña, tomada de los árboles de las calzadas y de los paseos.

El humo remplazaba el azul purísimo del cielo.

El aspecto de un pueblo hambriento y lleno de harapos, entregado á la desesperacion, era espantoso.

Los motines comenzaban á estallar, y los gritos de la rábia se tornarian bien pronto en los alaridos de la sedicion.

La tropa, falta de fé, aprovechaba los momentos del descuido para atravesar el campo y presentarse en las filas republicanas.

La multitud hambrienta, no pudiendo sufrir ya lo miserable de su situacion, pidió salir de la ciudad, esponiéndose á ser ametrallada como el pueblo de Zaragoza cuando el sitio de los franceses en 863.

Márquez, que como hemos dicho, se habia desmoralizado al ver rugir la tormenta que se lo habia de tragar, concedió á la gente necesitada libertad para salir, si los sitiadores se lo permitian.

Porfirio Diaz, conmovido ante ese cuadro doliente de afliccion, declaró que el campo republicano acogia á todos los pobres y les dispensaba amparo y proteccion.

La ciudad que se habia engalanado cuatro años antes para recibir á los extrangeros conquistadores, yacia triste, abatida, llorosa, con la faz cubierta de vergüenza, encerrada entre los parapetos, viendo tremolar á lo léjos en los baluartes republicanos, aquella bandera saludada por sus sonrisas en mejores dias!

La vírgen indiana, la jóven Tenoxtitlan, arrancaba de sus sienes la corona imperial, esa corona que le dejaba una indeleble marca de fuego, un estigma sangriento sobre la frente!

Ayer entre las fiestas báquicas de la conquista, entre las saturnales de la regencia, entre las pompas deslumbradoras del imperio, y ahora sobre las ruinas hacinadas de aquellos castillos y de los alcázares abandonados, llorando á mares sus desventuras!

Pobre deidad arrepentida, cubierta con la ceniza, oyendo en sus templos el solemne canto de los *Salmos Penitenciales*.

Pobre vírgen engañada! ella tan hermosa, velada por la sombra de sus volcanes, coronada con las rosas siempre fragantes de sus selvas y sus jardines!

Ella tan querida, tan idolatrada de los que hemos visto bajo su cielo la luz primera y aspirado el perfume de su aliento, la amamos en sus pesares, nos identificamos con sus dolores, lloramos con sus angustias y nos prosternamos ante esa sublime majestad de su grandeza!

CAPITULO DECIMONONO.

UN FAVOR PELIGROSO.

I.

Doña Canuta se presentó en el palacio municipal y esperó á que O'Horan concluyera su despacho.

—Señora, dijo el prefecto político, me tiene usted á sus órdenes.

—Caballero, soy una muger desgraciada.

O'Horan no respondió.

—No me ha oido usted, caballero? soy muy desgraciada!

—En qué puedo servir á usted?

—En nada si usted se niega, en todo si á usted le place.

—Hable usted, señora.

—Usted sabe la falta que hace un esposo?

—Qué señora tan rara! pensó O'Horan.

—Su falta es inmensa.

—Y bien!

—Usted tiene preso al mio.

—Su nombre?

—Modesto.

—Y su apellido?

—Fajardo.

—Ah! dijo el prefecto; ya tengo conocimiento de esa causa, el fiscal opina que no hay mérito para la formacion de ella; pero tengo informes de que su esposo de usted es un hombre peligroso.

—No lo crea usted, señor prefecto, es el ente más majadero...... es decir, es una persona pacífica.

—Buen modo de defender á su marido, murmuró O'Horan.

—Yo necesito qne usted lo haga comparecer y lo ponga en libertad.

El prefecto agitó la campanilla.

Se presentó nn ayndante.

—Que traigan á don Modesto Farnesio.

—Fajardo, señor.

—Ya lo oye usted, dijo O'Horan.

Mientras el ayudante salió á conducir al reo político, la señora Fajardo dijo trágicamente: ese hombre habia nacido para ser diplomático y no conspirador, se casó conmigo por los años de veintiocho, tuvimos varios hijos malogrados y solo nos vive una niña encantadora. Fajardo es el padre más bonachon, es caballero de la órden de Guadalupe y su mal consiste en no llevarse de mis consejos; porque yo le hubiera conducido tal vez á la inmortalidad!

O'Horan oia con extrañeza la sarta de disparates qne salian de aqnellos labios incansables.

II.

Entre dos gendarmes apareció la fignra interesante del diplomático.

—Qne se retiren los gendarmes, dijo O'Horan.

Los gendarmes se retiraron.

Don Modesto le tenia un miedo terrible al prefecto político.

—Señor de O'Horan, yo soy aquel á qnien denunció el teniente Estrada y cuya acusacion no ha podido probar.

O'Horan, que era hombre de mundo, comprendió á primera vista qne aquel personage no podia ser conspirador; no obstante probó á examinarle.

—Qué oficio tiene nsted?

—Diplomático.

—¿Ejerce usted?

—En los asuntos domésticos, nada mas.

—Bien. Ha reconocido usted el imperio?

—Soy caballero de la órden de Guadalupe y padre lejítimo de una dama de honor.

—Ah! dijo O'Horan, recordando las mil anécdotas que corrian acerca del infortunado don Modesto y el cariño que la emperatriz Carlota le profesaba á su hija.

—Usted ha dicho ¡ah! señor prefecto.

—Ya sé quién es usted.

—Ese ¡ah! me hace creer en que usted me dispensará la justicia que reclamo; no, no exijo mucho, que se me ponga en libertad, se me paguen los daños y perjuicios, y se castigue severamente á mi acusador.

—Es bien poco.

—Yo imploro por él, dijo doña Canuta.

El diplomático habia entrado tan emocionado, que no conoció á su esposa.

—¿Con qué permiso te presentas ante las autoridades del imperio?

—No lo necesita una muger que reclama la devolucion de un objeto conyugal.

—Dispense usted, caballero, el dolor enloquece á mi esposa.

O'Horan comprendió que aquella pareja no tenia un átomo de sentido comun.

—Señor de Fajardo, dijo el prefecto, va usted á salir en libertad.

—¡Oh!......¡ah!...... varon generoso!.... . salvador de la diplomacia!

—Caballero, exclamó doña Canuta, no está usted al alcance de lo que ha hecho con esa accion digna de los Gracos y de los Brutos.

—Bien, bien, interrumpió O'Horan; pero hay una obligacion que cumplir.

—Como no sea atentatoria á mi honor, estoy dispuesto.

—Yo espero, caballero, dijo doña Canuta, procurando ruborizarse, que usted no exijirá que......

—No señora, yo no exijiré otra cosa, que el que usted salga inmediatamente de la capital.

—¿Pero usted ignora que los disidentes la tienen circunvalada?

—No importa, daré á usted pasaporte y se le franqueará la salida por Chapultepec.

—¿Y si disparan las piezas?

—No hay cuidado, eso no vale nada.

—El disparo efectivamente bien poco vale; pero el proyectil puede pesar algo......

—Esa es la condicion, caballero.

—¿Y puedo salir con mi esposo?

—Sí señora, y no hará usted cosa mejor.

—Espero las órdenes de usted.

O'Horan mandó estender la órden y la entregó al señor de Fajardo, que haciendo una profunda caravana al prefecto político, salió del brazo con su esposa saludando el aire de la libertad.

III.

Llegó la pareja á su casa habitacion.

El diplomático estrechó con efusion á su hija. Aquella infeliz criatura amaba tiernamente á su padre, y ya habrá notado el lector cuán retribuida estaba, porque don Modesto no tenia mas ídolo que su hija; con decir que merced á ese cariño habia proporcionado ciento veintitres pesos al teniente Estrada, está dicho todo.

Luz lloraba de ternura.

—Vamos, hija, decia el diplomático acariciándola, te prometo darte gusto en cuanto quieras y no oponerme jamás á los instintos de tu corazon; quiero que seas feliz por completo, ya he sentido remordimientos alguna vez, por haberte obligado á hacer ciertas cosas, que ahora conozco no estaban en el órden.

—Fajardo, interrumpió Canuta, dispongamos el viaje, que al amanecer debemos dejar la capital.

—Sí, esposa mia, el ostracismo es horroroso! .....

—Será cierto que vamos á partir? preguntó Luz alborozada.

—Salimos desterrados, hija mia, por una órden despótica de ese bajá de tres colas. Han conocido que soy republicano, que puedo dirigir y combinar una conspiracion que eche por tierra al imperio.

Luz movió la cabeza, como quien desespera de que una persona tenga sentido comun alguna vez.

—Pondré, dijo doña Canuta, alguna ropa en los sacos de noche, y harémos enganchar muy temprano los caballos.

—Y marcharé con ustedes? preguntó Luz.

—Pues no faltaba otra cosa! ¿cómo te habiamos de dejar abandonada?......saldrás!......sí, y bien que saldrás, primero se me guillotinaria que consentir en......

—Vamos, Fajardo, no perdamos el tiempo, y la antoridad política tome una providencia brutal.

—Ya la tomó al encajarme en la Martinica, ya le diré al general Diaz todas las tropelías que se han consumado en mi persona, yo levantaré la voz mny alto en el campo de los mios.

—Modesto, ann estamos en terreno de la corona.

—Ya esa corona no durará más que una luz de Bengala.

—Silencio! eres un imprndente.

—Dices bien, esposa mia, dispongamos el eqnipaje; arréglate Lnz; ya verás como se nos recibe en el campamento, estoy seguro de la bnena acojida, Porfirio es todo un caballero.

IV.

Luz habia sabido que el general Eduardo Fernandez estaba acantonado en Tacubaya y tenia la certeza de encontrarle.

Una ausencia de cuatro años terminaba providencialmente.

La jóven enamorada se sentia feliz, completamente dichosa, iba á ver á Ednardo, al hombre de su corazon y de sus amores.

¡Pobre niña! habia llorado tanto, que el cielo se compadecia de sus angustias aproximando nn momento tan suspirado.

Pasó la noche soñando en Eduardo, viendo el retrato, leyendo las cartas, besando las cenizas de las flores, haciendo todas esas extravagancias hijas de un cariño leal y generoso.

Luego que amaneció se puso á rezar y á encomendarse á la Vírgen María.

Despnes de arreglar su ropa, tomó todo su *equipaje amatorio*, lo hizo un paquetito, se puso el relicario y el anillo de ordenanza y entró con sus padres en el carrnaje, que partió rumbo á la calzada del Emperador.

—Señor, dijo el diplomático al gefe de la trinchera, voy al campo republicano.

—A alguna mision importante?

—Ese es mi secreto.

—Traerá usted órden.

—Aquí está.

Por la redaccion comprendió el gefe, que don Modesto salia *lanzado* por mandato de la autoridad.

—Pues salga pronto, porque voy á dar el cañonazo de saludo.

—Tenga usted la bondad de no saludar á cañonazos.

—Es de ordenanza.

—Pues con permiso de la ordenanza y de S. M. Cárlos III su autor, usted nos dispensará el favor de quo nos alejemos antes del saludo.

—Salgan inmediatamente.

La carretela partió á escape.

El jefe del punto, por *diversion*, mandó hacer fuego sobre el carruaje. Esto habia acontecido muchas ocasiones por mandato de Márquez.

—¡Somos muertos! gritó don Modesto y se arrojó por la portezuela.

Doña Canuta y Luz estaban temblando.

—Bájense ustedes! bájense pronto! clamaba el diplomático.

—Sube, hombre!......sube!

—Arriba, papá! gritó Luz.

—¿Estoy herido de arriba? ya me lo temia, he sentido una bala zumbar por la oopa del sombroro.

—Que suba usted pronto, señor.

Don Modesto repuesto del susto subió al carruaje.

—Por poco nos asesinan estos bandidos!

V.

La avanzada de la *Casa Colorada*, salió de la fortificacion y dió el alto á don Modesto.

Los caballos se detuvieron.

—¿Quién vive? gritó el sargento republicano.

—Gente de paz!

—Échense abajo!

El diplomático saltó como una corza.

—¿De dónde vienen?

—De Méxioo.

—Me alegro, y qué dejan por allá?

—Todo perdido, desmoralizado, en disolucion, el imperio está en agonía.

—Pasen ustedes y preséntense al gefe de Chapultepec para que los lleve con el general Diaz.

—Con permiso de usted.

—Ah! dijo el sargento, ustedes no se habrán desayunado.

—Efectivamente, ya en la capital no hay que comer.

—Que avance el *ranchero* con un jarro de leche y tres tortas de pan para los señores.

—Canuta, ya te lo habia pronosticado, esto es expléndido, maravilloso!

El sargento obsequió á la familia con un opíparo desayuno.

Luz estaba rebozante de felicidad.

Luego que concluyeron, don Modesto sacó un par de pesos y se los ofreció á la tropa.

—Señor, dijo el sargento, esta no es fonda, está usted entre los republicanos.

—El diplomático le dirijió un discurso, é insistió en que tomasen la propina.

Los soldados por no desairarlo se dividieron las monedas, y escoltaron el carruaje hasta Chapultepec, dieron un adios á los viageros y un viva á la libertad.

VI.

Llegaban al frente del castillo, antiguo alcázar de Maximiliano, cuando el general Fernandez atravesó á escape con su regimiento.

Luz reconoció á Eduardo é involuntariamente dió un grito de alegría, y estrechándose al corazon de su padre lloró sin poderse contener.

El general y el regimiento desaparecieron entre una nube de polvo.

Por el rumbo de San Cosme se dejaron oir los disparos de la artillería.

—Algo pasa, dijo el diplomático, y mandó al cochero que avanzase violentamente rumbo á la ciudad de los Mártires de Tacubaya.

CAPÍTULO VIGÉSIMO.

LA NOCHE TRISTE DE MAXIMILIANO.

I.

Estamos en la noche del 14 al 15 de Mayo de 1867.

El emperador Maximiliano está sentado en una silla de campaña, en la apartada celda del convento de la Cruz.

Sobre una mesa están unos papeles esparcidos y en desórden.

El archiduque tiene su frente apoyada en una de sus manos y parece profundamente preocupado.

En aquel sitio oscuro donde se respira un ambiente tétrico de ascetismo, parecia al rey cenobita, al inmortal Carlos V su antepasado en el monasterio de Yuste.

Aquel hombre adolecia de una tristeza espantosa.

El horizonte de su vida se envolvia en una noche sin término y su corazon paralizaba sus latidos á los embates de la pesadumbre.

Semejante á Cárlos II el Hechizado, le inquietaba el más leve rumor, y se estremecia á la detonacion tarda de alguna pieza disparada en los lejanos baluartes.

Levantóse pausadamente y comenzó á pasearse á lo largo del aposento.

El rayo de la luna penetraba por la ventana que daba á un corredor y alumbraba la estancia con una luz fosfórica y trasparente.

Habia pasado media hora de ese silencio contemplativo y misterioso, cuando se oyeron pasos en la escalera.

Maximiliano encendió la bujía y esperó.

Abrióse la puerta y un aleman de la servidumbre anunció á una persona cuyo nombre ha recojido la historia y nosotros no consignarémos en éstas páginas.

El personage anunciado al Emperador Maximiliano, era un hombre de

estatura regular, algo grueso y cargado de hombros, rubio, de bigote, cari-redondo, ojos azules con la mirada solapada del gato, frente ancha, los piés y las manos deformes, la nariz pequeña y bien formada.

Llevaba un uniforme azul, kepí con una corona imperial al frente y unas letras de plata, R. E. "Regimiento de la Emperatriz."

Sobre el pecho traia la cruz de la Legion de Honor y la de oficial de Guadalupe.

Ceñia espada y banda encarnada con borlas de plata.

—Coronel, dijo Maximiliano, se han colocado las libranzas?

—He hecho esfuerzos poderosos y nada he conseguido; más aún, he intentado dejarlas en prenda de cinco mil pesos, y sin embargo, la firma de V. M. no ha sido aceptada.

El emperador sintió anudarse su garganta.

—He devuelto las letras al secretario de V. M.

—La situacion es horrible! exclamó el emperador.

El coronel plegó el ceño como quien medita algo terrible.

Maximiliano se volvió á su interlocutor y le dijo:

—Sabeis el resultado del llamamiento al pueblo, hecho por el general Mejía?

—V. M. va á disgustarse profundamente.

—Hablad, coronel.

—Ya es necesario que V. M. comprenda una situacion que hay empeño en ocultarle.

Maximiliano se apoyó en el dintel de la ventana dispuesto á oir las revelaciones del coronel.

Este, tomando una actitud resuelta, dijo con voz clara y sonora:

—Varios y terribles combates se han verificado durante el sitio, y en todas las salidas que ha hecho el ejército de V. M. ha tenido numerosas bajas, tan numerosas que hoy existen ochocientos heridos, cuyo número indicará á V. M. el de los muertos, entre los cuales se cuentan multitud de gefes y oficiales. Despues de la salida hecha á las órdenes del general Miramon el primero de Mayo, se ha comenzado á sentir la desmoralizacion del ejército que va aumentando progresiva y rápidamente. Los víveres que dias antes han escaseado, hoy se han consumido del todo, la tropa se alimenta con carne de caballo, sin tener un pedazo de pan ni

una *tortilla*, comiendo solamente *nopal cimarron*, y la caballada mezquite y fresno. La alimentacion insuficiente del soldado no puede ya mantener sus fuerzas; y su vigor se pierde y con él su brio y su valor!

—Esto es espantoso! gritó Maximiliano.

El coronel continúo con más ardor:

—La oficialidad, sostenida por el honor solamente, sucumbe tambien en fuerza de las privaciones, así es que el desaliento ya es general, tan grave y profundo el malestar que es inevitable la derrota que todo el ejército presiente! ..... En vano V. M. pretende alentar al ejército dándole ejemplos de valor y de sufrimiento; los soldados respónden á ese llamamiento generoso, débiles y sin fuerzas, quejándose de hambre, y la posicion se hace por instantes mas y mas desesperada!

—Es cierto, dijo Maximiliano con angustia; pero yo no tengo la culpa de que mis órdenes no sean obedecidas. Cuando he enviado al general Márquez, ha llevado la consigna do recojer todas las fuerzas y recursos que pudiera, dejando en México solo cuatro mil hombres y volviendo á la plaza con víveres y municiones: pero desde el dia en que salió hasta hoy no he recibido una sola noticia de sus operaciones.

—En el campo enemigo, dijo el coronel, se ha solemnizado la toma de Puebla y la victoria de San Lorenzo, en que Márquez ha sido derrotado completamente: su division era nuestra esperanza.

—No, dijo el emperador, toda esperanza de auxilio es irrealizable, nos sostendrémos con el ejército de la plaza.

—V. M. ignora que la tropa se deserta, no como regularmente sucede, sino en pelotones, pasándose á los sitiadores, y muchos con armas. Los soldados extranjeros sin contarles la catástrofe de San Jacinto, ó tal vez para reconciliarse con el ejército republicano, abandonan las filas de V. M. no obstante que se les prefiero en todo y que cuentan con un deber superior al de los demas soldados. El hambre, el abandono de muchos jefes, las noticias funestas que circulan en la plaza, todo contribuye á desmoralizar el ejército que está ya casi exánime!

—¡Y nada llega á mis oidos! ¡y todo me lo ocultan! dijo afligido el infeliz monarca.

—Algunos de los jefes y aun uno de los generales, no tienen empacho en decir públicamente que nuestra pérdida es irremediable, por el cre-

cidísimo número de los sitiadores, por su posicion que les permite recibir todo género de auxilios, y por la imposibilidad que V. M. tiene de recibirlos...... estas especies que corren de boca en boca y llegan al conocimiento de los soldados, son mas que suficientes para desmoralizarlos.

—Ya la lucha es imposible, dijo Maximiliano.

—Sí, repuso el coronel, ¿qué debe suceder si esas influencias terribles vienen á ejercerse ya en hombres cansados, sin alimentos y sin esperanzas de auxilio?......

—Todos estos síntomas son precursores de la derrota, esclamó con tristeza el archiduque.

—En vano, continuó el coronel, se ha dicho á la tropa que ya el general Márquez estará pronto frente de los sitiadores, nada basta á levantar su espíritu abatido y desalentado.

—Yo repugno, dijo con altivez Maximiliano, ese ardid grosero, que una vez puesto á la vergüenza de la mentira, surte un efecto contrario al que se propone el miserable que lo juega. Yo quiero luchar con los elementos que me presta aun la situacion.

—Sabe V. M. cuáles son esos elementos?...... El parque construido en nuestra maestranza es de malísima calidad: la pólvora no tiene el alcance suficiente, las cápsulas de *papel* arden con lentitud y dificultan el fuego nutrido. Esto no puede ocultársele á la tropa, que se acobarda mas y mas cada dia.

—Luego es una especulacion inícua todo lo que se hace conmigo, todo lo que se me dice, luego mienten como unos miserables esos hombres que me pintan una situacion de esperanzas y de salvacion.

—Todo impostura, dijo con voz enérgica el coronel; ese llamamiento al pueblo hecho por el general Mejía, por ese hombre que es el ídolo de Querétaro, teatro de sus glorias y de sus sacrificios, sabe V. M. el resultado que ha tenido?..... *ciento veinte* desgraciados á quienes la miseria tiene en la puerta de la muerte, son los que se han presentado á tomar las armas.

—Soy víctima de la obcecacion y del engaño; en Orizava se me ofrecian millones de pesos, y ejércitos para sostener la dinastía!...... Creia incauto en esas falsas y deslumbradoras promesas, y ahora ni uno solo de esos hombres me acompaña; coronel! estoy solo, solo en el mundo.

—Sí, enteramente solo, los generales del ejército imperial vacilan, V. M. ha tenido que separar á algunos, encarcelar á otros, cambiar las guarniciones; porque la misma tropa está contaminada......

—¡Traidores! gritó Maximiliano, habeis besado humildes el pedestal del trono, y hoy desertais cobardes al frente del peligro!...... Coronel, salid de la plaza, hablad al general Escobedo, y decidle que me permita el paso solo con vuestro regimiento y el grupo de hombres fieles que participan de la amargura de esta situacion; decidle al general que nada quiero, que nada pretendo, sino devolverles este país cuya voluntad me sacó del silencio de mi estancia de Miramar...... Id, coronel, no le ocultais nada de nuestra situacion, quiero caer sin deshonrarme con la infamia de una mentira!......

—Bien, señor, partiré, dijo el coronel con un aire de satisfaccion salvaje.

—A mis soldados se les concederán las garantías de la guerra, estoy tranquilo.

—Con permiso de V. M., murmuró el coronel; haciendo una profunda reverencia y salió de la celda que ocupaba el emperador Maximiliano.

—Mi único amigo! dijo el emperador tendiendo su brazo hácia la puerta por donde acababa de desaparecer el jefe del Regimiento de la Emperatriz.

II.

El punto militar establecido en el *Convento de la Cruz*, estaba comprendido en una línea bastante estensa desde la barda de *San Francisquito* hasta el *Chirimoyo.*

Esta estension era de mil trescientos metros, que se cubria aquella memorable noche con mil quinientos hombres que formaban la brigada de reserva.

La altura del edificio tenia una pieza de montaña. Una flecha cortando el camino de México era custodiada por la gendarmería francesa.

La barda de la puerta que está á la orilla del camino la guardaba el batallon del emperador y un obus de á veinticuatro.

El *Panteon* estaba fortificado y con una pieza de montaña.

La barda frente de la torre ocupada por soldados mexicanos y un obus de á veinticuatro.

Otras posiciones igualmente fortificadas completaban la línea de defensa, cuyo centro era el Convento de la Cruz.

La *Huerta* y el *Panteon* eran los puntos atendidos de preferencia.

La celda que ocupaba Maximiliano tenia una escalera para la torre.

El infeliz monarca subia aquella escalera á deshoras de la noche á ver el campamento republicano alumbrado por las fogatas.

Cuando se empeñaba algun combate, desde allí alcanzaba á ver el punto atacado de la línea.

Una bandera indicaba la residencia imperial.

Los soldados veian atravesar como un fantasma la gigantesca figura de Maximiliano con una linterna sorda, por las bóvedas del convento.

La ciudad estaba sombría.

Una atmósfera de tristeza y desaliento caia á plomo sobre el campamento imperial.

Cuando la tropa está silenciosa está próximo el momento de la catástrofe.

El ángel malo de la derrota cierne sus alas sobre la tienda de campaña.

III.

El coronel atravesó por una de las troneras de la barda y se encaminó al campo de Escobedo.

La primera avanzada le dió el alto.

El coronel se detuvo y manifestó al oficial que iba en calidad de parlamentario.

Se le condujo á la presencia del general en jefe.

El coronel observó que habia columnas dispuestas para dar un asalto á la Cruz.

Escobedo recibió al parlamentario.

Lo que pasó en aquella entrevista lo sabe Dios, y se comenta en diferentes versiones, segun los colores políticos que la ponen á discusion.

Hay, sin embargo, una terrible que se alza implacable y balbute la palabra TRAICION.

Esa voz ha repercutido en los confines del mundo civilizado.

Nosotros podemos asegurar que el general Escobedo no se ha manchado con la aceptacion de un pacto nefando y criminal, que el brillo de su

espada vencedora luce sin mancha, y que sus laureles no han necesitado el aliento de Júdas para mecerse en el cielo de la victoria.

El valiente general, con acento sonoro y perceptible, dijo al parlamentario:

—"Decidle al archiduque Maximiliano que no tengo facultades de mi gobierno para conceder ningunas garantías, sino para obligarlo á rendirse á discrecion ó batirlo."

El parlamentario salió confundido, trémulo, del cuartel general.

Preguntó por el general Velez.

Se le respondió que estaba al frente de sus columnas en el campo.

Cuando salió el coronel de la línea republicana, un ayudante de Escobedo buscó al general Velez y le dió órden de que se presentase inmediatamente para un asunto del servicio al general en gefe.

IV.

El regimiento de la emperatriz estaba dispuesto para la marcha.

El caballo del emperador y los de su pequeña comitiva permanecian ensillados.

—Qué pasa? decia un capitan austriaco á uno de sus compañeros.

—Que estamos de marcha.

—Y para dónde?

—Lo ignoro.

—¿Se trata de una salida por medio de las armas?

—Eso es imposible: por la línea de San Sebastian se ha pasado el gefe con su guarnicion; el coronel de Cazadores ha desaparecido, y el desórden reina en todo el campamento.

—El gefe de los gendarmes y su batallon, están en calidad de presos. El negocio ha terminado: solo los generales Mejia y Castillo están con el emperador.

—Y no han pensado mal los que se han pasado al enemigo; eso de morir como en San Jacinto, no es muy agradable.

—Ya lo creo.

—No seria malo aproximarnos al campo enemigo, porque la hora avanza.

—Y podremos tener garantías?

—Tengo carta de un compañero, en que me aconseja le vayamos á hacer compañía.

—Hemos cumplido hasta el último momento.

—Yo estoy tranquilo, nuestra mision ha terminado.

—Ademas, que ya la efusion de sangre no daria resultado alguno.

—Yo opino porque nos pongamos en salvo.

—Decís que la contra......?

—Sí, aquí la tengo en mi cartera: en el campo de Escobedo hay buena fé, alegría, pagas y víveres.

—Aquí desconfiamos de todos los gefes, ya veis que todos vacilan.

—Se han acobardado.

—Y tienen razon.

—Y el emperador?

—A ese no le harán nada, se le considerará mucho, se disputarán el honor de hacerle prisionero, mientras que á nosotros, si nos dejan con vida, nos enviarán á las mazmorras de Ulúa ó á los calabozos de Perote.

—Y entonces seriamos muy felices.

—Pues en marcha, compañero.

—Marchemos.

Daban las doce de la noche, cuando los dos oficiales austriacos, abandonando sus caballos, se internaron en los patios del convento y atravesaron las horadaciones.

Cerca de la barda tropezaron con un hombre.

—Quién vá?

—Estado Mayor, contestó el coronel, y pasó junto á los oficiales sin preguntarles nada.

El coronel iba preocupado de una manera terrible.

Los austriacos llegaron á la barda, encontraron un punto desartillado, y sin ser vistos del centinela, que rendido de sueño habia abandonado su fusil, se encaminaron decididos al campo enemigo.

—Hemos llegado.

—Me parece imposible.

—Ahora, que se las componga Maximiliano como pueda.

—El archidnque pnede hacer lo que guste.

Aquellos miserables le negaban hasta el títnlo de emperador, y hablaban con desden del infeliz monarca, despues de abandonarlo en la profunda noche de su destino.

V.

Maximiliano estaba inquieto, terriblemente inqnieto, en espera del coronel.

El príncipe Salm y un jóven mexicano acompañaban al austriaco, que permanecia en silencio.

—Príncipe Salm! dijo al fin.

—Magestad!

—Enviad un ayudante á la línea, que pregunte por el coronel.

Salió el príncipe, y á pocos momentos se escucharon los pasos de un caballo.

El coronel venia por las horadaciones.

El ayudante no podia encontrarle.

Los acicates del gefe del regimiento de la emperatriz resonaron en el pavimento de los claustros.

La puerta de la celda se abrió.

El coronel, pálido y demudado, y con la frente cubierta de sudor, se presentó á Maximiliano.

—Hablad, coronel!

—Señor, el general Escobedo no puede acceder á las pretensiones de V. M.

—¿Lo vísteis personalmente?

—Personalmente en su cuartel general.

—Está bien, dijo el archidnque; y saludó al coronel y á los que le acompañaban.

Estos abandonaron la celda del emperador.

Maximiliano se arrojó en su lecho lleno de desesperacion.

La bujía se iba extinguiendo pausadamente.

Pasaron dos horas.

Aquel hombre infortunado tembló de hallarse frente á frente de su destino.

Levantóse agitado, dirigiéndose á la ventana de la celda.

El aire de la madrugada azotó su frente calenturienta.

Levantó sus ojos al cielo, enclavijó sus manos, y de su alma se desprendió una plegaria.

Solo, como un náufrago sobre el roto madero de la perdida nave, veia el lejano horizonte de su porvenir envuelto en las tempestades de la tribulacion.

Al asomarse al abismo que se abria á sus piés, tembló falto de aliento y pidió al cielo misericordia.

Dobláronse sus rodillas vacilantes; llevó sus manos al corazon, que se agitaba terriblemente; inclinó su cabeza, y comenzó á llorar como el Cristo en el Jardin de los Olivos, como Hernan Cortés en las tinieblas de la *noche triste.*

Lloró, como lloran los desgraciados en el último puerto de las angustias humanas.

Su imaginacion buscó los purísimos horizontes de su pasada existencia.

Veia el cielo siempre hermoso de su niñez, aquellas horas apacibles de sus primeros años en que la vida le sonreia y el porvenir se coronaba con el íris bellísimo de las ilusiones y los ensueños del alma.

Despues le pareció aspirar el ambiente embalsamado de las flores encantadas de Miramar.

Sentia la sombra de aquellos árboles, oia el ruido de las fuentes, y á lo lejos el golpe monótono del Oceano y los cantos de los marineros.

El archiduque se estremeció como un epiléptico.

Acababa de pasar por su cerebro una imágen sombría.

La imágen de aquella mujer desgraciada, de la pobre loca, con el cabello suelto, los labios cárdenos, la mirada estraviada, rasgadas las vestiduras, y lanzando en el silencio de la noche las nerviosas y estridentes carcajadas de la demencia!

Aquel hombre apuraba gota á gota el amargo cáliz de las vicisitudes.

Levantóse del suelo, limpió su frente empapada por un sudor helado,

enjugó su llanto, y al ir á entrarse en el lecho, oyó un rumor estraño que lo hizo estremecer.

Sonaban algunos tiros cercanos, y tropel de caballos, y ruido de armas, y voces de alarma.

Pasos precipitados se escuchaban por los claustros.

Quedóse un momento en espectativa despues de ceñir su espada, y con la mano sobre la cerradura de la puerta.

Unos toques violentos, dados por una mano convulsa, se dejaron oir.

Maximiliano abrió la puerta y se encontró frente á frente de un hombre en cuyo rostro se pintaban las señales marcadas y palpitantes del terror.

Aquel hombre era el coronel.

CAPITULO VIGESIMOPRIMERO.

MI REINO POR UN CABALLO.

I.

En los diferentes reconocimientos practicados por las fuerzas republicanas, se habia notado que el fuego de la plaza era poco nutrido, y que no se prodigaba como en los primeros dias.

Los desertores declaraban que el parque estaba al consumirse, y que los soldados se morian de hambre y de fatiga.

El dia 14 se habian pasado los sitiados en un número considerable al enemigo, y todo auguraba el final del sangriento drama de Querétaro.

Escobedo se resolvió á apresurar el desenlace; llamó al general Velez, jóven valiente y atrevido hasta la temeridad.

Velez era el hombre á propósito para un golpe de audacia.

Se trataba de una sorpresa.

Hay quien dude en la eleccion sobre dar un asalto á pecho descubierto bajo el fuego del enemigo, lanzándose á un parapeto; ó ir personalmente sorprendiendo los batallones y haciéndolos prisioneros hasta hacerse dueño de un campamento.

En el primer caso, es un reto desesperado á la muerte, hay algo que aliente el corazon, los ecos de la artillería, los gritos de la pelea, las nubes del humo, el olor de la pólvora, que es el incienso de las batallas y la vista de una bandera acribillada por el bronce, que se ostenta como una

vela en las borrascas marinas. Todo esto á la luz de un sol reverberante que saluda el campo ensangrentado de la lucha!

La *sorpresa* tiene algo de sombrío.

Una arma que se dispara, una voz de alarma, un instante de resistencia, una circunstancia cualquiera, por insignificante que sea, puede hacer fracasar el mejor golpe de mano.

Es una situacion nerviosa y comprometida.

Las sorpresas se efectúan regularmente de noche.

La sorpresa es hija de las tinieblas.

Hay un peligro eminente, terrible, en penetrar á un campamento donde puede provocarse una lucha personal, ventajosa una vez que se rehagan los sorprendidos, y no alcanzar la muerte gloriosa del que cae sobre la arena del combate.

Hay un valor que pudiéramos llamar espansivo; que se despierta á la vista de un campo de batalla; que hace afrontar ese peligro que nos rodea por todas partes; que está en el terreno, en el cielo, en la atmósfera; enemigo gigante que combatimos sin personalizarlo, sin ver al individuo.

El hombre que dirige la masa sobre la masa; la multitud que arrolla.

Hay sangre, y no se ve la herida; hay cadáveres, y se ignora de quienes sean.

Es el peligro á grandes rasgos, horizontes sangrientos y nubes de polvo, y alaridos, y confusion, y matanza, en que el hombre se envuelve para aparecer despues entre los vencedores, ó exánime sobre aquel terreno escarbado y aquel campo de muerte y desolacion.

Ese es el valor de los combates.

El valor *personal* se concentra en un solo objeto, le desmoraliza todo aquello que lo divaga, se concreta á un solo punto, es una arma de fuego puesta sobre el blanco, busca al individuo y su accion es una; le contraría pelear en filas, busca el acero de su enemigo y quiere hallarse frente á frente de su antagonista.

Este es el valor temerario que se necesita para una sorpresa.

II.

Hemos dicho que el general Escobedo llamó al general Velez: este se presentó al llamado de su gefe.

—Señor general, dijo Escobedo, se necesita del valor de usted para un empeño riesgoso.

—Estoy á las órdenes de mi general.

—He tenido noticia de que la tropa que defiende el fuerte de la Cruz se halla un tanto desmoralizada, ademas de que la fatiga los tiene al rendirse; me parece fácil una sorpresa.

La palabra estaba dicha; no habia mas que recogerla.

Velez no se intimidó.

—Como disponga el señor general el movimiento, será ejecutado.

—Lo dejo á la discrecion de usted y á su valor. ¿Qué general le parece á usted más apto?

—Todos lo son igualmente; pero yo daria el honor de la preferencia á Chavarría.

—Dele usted las órdenes que estime convenientes.

—Un repique en la torre de la Cruz avisará á usted el resultado de la combinacion.

—Yo estaré á la espectativa para auxiliarlo en cualesquier evento.

—Estas cosas una vez pensadas, deben efectuarse, dijo Velez; en este momento marcho sobre la Cruz.

—Elija usted tropa.

—Supremos Poderes y Nuevo Leon.

—Están á las órdenes de usted, nos daremos un abrazo en la Plaza de Querétaro, dijo Escobedo con esa fé que siempre lo ha acompañado en su vida de militar y en los lances mas sérios de su existencia.

Velez estrechó la mano del general, y se salió á conferenciar con su compañero de armas Chavarría, á quien vieron nuestros lectores en la caravana de los desterrados á Yucatan.

Ya puede comprenderse la mella que le habia hecho el ostracismo.

Hay hombres, como dice el vulgo, que *no tienen remedio.*

III.

Daban las dos de la mañana cuando Velez y Chavarría, arrastrándose como dos culebras entre el bosque de los *órganos*, que circundaban el punto de la Cruz, se acercaban á la barda peligrosa del cementerio.

Llenos de precauciones, no tanto por el temor de perder la vida, sino

por el de fracasar en la empresa delicada que se les habia encomendado, se acercaron al parapeto donde estaba colocada una pieza de grueso calibre llamada la *Tempestad.*

Se oian gritos y voces como de personas que se entregan á la espansion que proporcionan los licores.

Efectivamente, aquellos infelices soldados, á falta de alimento, tomaban aguardiente.

Habian visto los preparativos de marcha, y no hay cosa que mas alarme á la tropa, que esos preliminares de fuga, en que los gefes, próximos á abandonar el campo, dejan comprometidos á sus soldados, ó van á ofrecer su sangre en la última refriega como precio de su salvacion.

—Compañero, decia el sargento á otro de igual clase, nos van á dejar *encampanados;* el regimiento de la emperatriz está dispuesto para la salida.

—Sí, ya he observado lo que pasa; todos los señores *extrângeros* se escapan esta noche.

—Demonio!

—Esto de caer prisioneros ya no nos debe asustar; de filas á filas todo es lo mismo.

—Yo lo que temo es el *momentito* de la *agarrada.*

—Esos *pica muertos* son endiablados.

—Como que la caballería no sirve para nada.

—Menos la del Norte, que nos hizo pedazos con sus malditos rifles el dia 27.

—De qué le sirve á uno esponerse todos los dias, si al fin se pierde cuando menos lo piensa.

—A mí me dan lástima los gefes, esos sí no alcanzan indulto.

—Amigo, los pobres son los que *pagan el pato;* esos señores gefes tienen empeños particulares.

—Antes como antes, y ahora como ahora.

—Ya veremos.

—Lo que no han visto, es que ya la tropa no quiere pelear con ese parque tan malo, los cápsules de papel no sirven, y la pólvora está buena para fuegos artificiales.

—Ademas, que los compañeros se están pasando al enemigo.

—Ya llega la hora en que cada uno *jale* por donde pueda.

—Esto no dura dos dias.

—Ya lo creo.

—Dormiremos un rato, estamos desvelados.

—Sí, descansemos mientras que amanece.

IV.

Velez y Chavarría comprendieron por esta conversacion, que aquella tropa estaba desmoralizada.

Volvieron con las mismas precauciones á su campo, y organizaron violentamente unas columnas con los arrogantes cuerpos de Nuevo-Leon y Supremos Poderes, y emprendieron su marcha en el mayor silencio hácia el parapeto donde la *Tempestad*, cargada á metralla, los habia recibido en cuantos ataques intentaron sobre el convento de la Cruz.

Serpeando entre los *órganos*, llegaron lo mas próximo que era posible, sin ser vistos del enemigo.

Velez y Chavarría se arrojaron con denuedo sobre el parapeto, seguidos de Lozano, Rincon Gallardo, Yepes, y de los soldados, que tenian órden de no disparar sus armas sino hasta el último trance.

Cuando el centinela dió el grito, ya lo habian rodeado y hecho prisionero.

Los soldados dormian junto á sus armas.

Inmediatamente se las recogieron, y despertándolos con los fusiles á estrujones, los hicieron prisioneros, y con una pequeña custodia los enviaron al campo republicano.

Siguieron las columnas hasta la barda del cementerio, penetraron por la horadacion sorprendiendo al centinela y á todo el reten.

Una voz fuerte preguntó: ¿quién vive?

Aquel momento era el decisivo.

Nadie respondió á la pregunta.

—¿Quién vive? tornaron á preguntar.

Entonces Velez y Chavarría se acercaron al gefe que les dirigia la palabra, y antes de que pudiera hacer movimiento alguno, le pusieron las pistolas al pecho y lo amenazaron con la muerte si hablaba una sola palabra.

—Quiénes son ustedes? preguntó en voz baja.

—Yo, dijo Velez mostrándose al gefo.

—Mi generall murmuró aterrorizado; yo les indicaré todos los puntos si ustedes me ofrecen que ya no habrá efusion de sangre.

Velez amartilló la pistola, y dijo al coronel del regimiento de la emperatriz, pues no era otro el que tenia delante:

—Si usted falta á su palabra, le levanto la tapa de los sesos.

Chavarría y Velez le tomaron por los brazos.

Vamos al panteon, dijo el coronel.

A los pocos minutos sorprendieron á la Guardia extranjera.

Algunos miserables exclamaron:

—"Somos de la Guardia del emperador!"

Se les contestó á bayonetazos.

Rodearon el convento de la Cruz, y Chavarría se dirigió á San Francisquito con una seccion de Supremos Poderes.

El movimiento estaba consumado.

Las campanas de la Cruz anunciaron que el punto mas fuerte de la línea imperial estaba en poder de los republicanos.

Dentro del convento estaba Maximiliano.

Luego que se esparció la noticia de que las fuerzas de Escobedo habian penetrado en la plaza comenzó el desórden mas terrible.

Velez envió otra columna sobre san Francisco, cuyo punto no hizo la menor resistencia.

Los batallones comenzaron á tirar las armas y á rendirse á discrecion, los gefes se presentaban á entregar sus espadas, todo era confusion, desórden, atolondramiento.

En medio de este desórden se oia vagar una palabra que corria como la chispa eléctrica: ¡TRAICION! ¡TRAICION!

V.

El coronel mostró la entrada del Convento y el valiente Yepes tomó violentamente las alturas del edificio.

En medio de aquella catástrofe y de aquel espantoso desórden, el coronel desapareció de entre los prisioneros sin que lo notasen los centinelas

y se dirijió apresuradamente á la celda del emperador, á cuyos oidos llegaba aquel rumor sordo como el que precede á las ernpciones volcánicas.

Velez, Chavarría, Lozano y Rincon se daban prisa para concluir cuanto antes las operaciones, porqne la luz de la mañana les seria fnnesta toda vez que los sitiados vieran que la fuerza que los habia sorprendido se encontraba en absoluta minoría.

Volvieron la artillería hácia la plaza y comenzaron á disparar las piezas para introducir mas confusion en el campo enemigo.

Las fuerzas republicanas que se hallaban en el Cimatario, y que no estaban al tanto de lo que pasaba en la plaza, rompieron el fuego sobre ella, sin saber que ametrallaban á sus compañeros.

Velez mandó inmediatamento aviso de lo que pasaba.

Entonces el ejército en masa bajó de las lomas sobre la ciudad.

Escobedo penetró en medio de la multitud, habló algunas palabras con Velez y salió á todo escape:

Llegó donde estaban las caballerías, las organizó instantáneamente y previendo que los derrotados se refugiarian en el Cerro de las Campanas donde habia un cuerpo de ejército, avanzó con sus columnas sobre la posicion.

El general Miramon montó á caballo y se encaminó al Convento de la Cruz.

La columna repnblicana que avanzaba al centro de la ciudad hizo un disparo.

Una bala hirió el rostro del general.

Comprendiendo que todo estaba perdido, huyó buscando refugio en la casa de un médico.

La tropa que guarnecia el perímetro de la cindad se enoontró abandodada y se declaró vencida ante el enemigo.

Grnpos de dispersos huian al Cerro de las Campanas, corriendo la palabra, como punto de rennion.

Reventó la lnz en el horizonte alumbrando el campo de la derrota con la faz mas sombria y aterradora.

VI.

Hemos dicho qne el emperador Maximiliano se habia apercibido de lo qne pasaba á su derredor sin comprender todo lo espantoso de la realidad.

Abrió la pnerta á los llamados violentos del coronel.

—Este hombre ha cometido un crímen, murmnró al ver el semblante cadavérico de aquel desgraciado.

—Señor, exclamó el coronel, estamos perdidos, sálvese V. M., los republicanos se han apoderado del Convento.

—¿Y cómo salvarme? pregnntó Maximiliano sin poder ocultar su emocion.

—Huyamos por las horadaciones, un hombre de mi confianza acompañará á V. M. hasta sacarlo de la plaza.

El emperador vacilaba.

El coronel tomó una de sus manos.

—Señor, en nombre del cielo, salvaos! yo llevaré á V. M. á nna casa, allí permanecerá oculto esta noche ó el tiempo que necesite hasta dejar la cindad.

En las torres de la Cruz se dejaba oir el repique del triunfo.

Maximiliano se sintió desfallecer.

Las campanas de San Francisco se lanzaron á vuelo respondiendo á los sonoros ecos de la victoria.

—Huyamos, huyamos, insistia el coronel con la faz descompuesta y los ojos estraviados, estoy sufriendo una horrible agonía al ver en peligro la vida de V. M...... pronto vendrán á esta celda y V. M. será presa del escarnio, y verterán sn sangre y...... no, hnyamos, huyamos, esto es espantoso.

—Mi caballo! dijo trémulo Maximiliano.

Ricardo III habia gritado tambien en la última batalla: "*mi reino por un caballo!*"

—Venid, señor, salgamos por el camino cubierto.

—No, me sorprenderán huyendo, afrontemos de una vez el peligro.

El emperador salió de la celda procurando dominar su emocion.

Atravesó el claustro, bajó las escaleras, cruzó los patios y se encontró en el cementerio.

El espantoso cuadro de la derrota se presentó á su vista con toda su deformidad.

Las piezas vueltas contra aquellos hombres que las habian jugado durante sesenta y tres dias sobre los sitiadores.

Las armas hacinadas en el cementerio, las banderas perdidas, los batallones disueltos, las cajas guerreras rotas y despedazadas.

Los soldados sin uniformes, disfrazados y llenos de terror ante las fuerzas vencedores.

El emperador siguió su marcha como estraño á cuanto pasaba en su derredor.

Un grupo de fieles servidores le seguia, dispuestos á dividir el cáliz emponzoñado de su destino.

El coronel le presentó su caballo á Maximiliano y á la comitiva.

El emperador tuvo un momento de esperanza, saltó sobre el corcel que relinchaba impaciente, azotólo con el fuete y se lanzó lijero como un rayo en direccion al Cerro de las Campanas.

Su caballo corria espantado como el caballo del Apocalípsis.

VII.

Subió con precipitacion sobre las rocas gigantescas del cerro, y quiso dirijirle la palabra al coronel.

El coronel habia desaparecido, y vuelto al convento de la Cruz á constituirse prisionero del ejército de la república.

Los dispersos llegaban en bandadas.

En vano se esforzaban por dar organizacion á aquella multitud que veia acercarse imperturbables las columnas de Escobedo en direccion al último baluarte.

Introdújose el desórden entre los refugiados.

Maximiliano se sintió sobrecogido de terror ante ese espectáculo sombrío de su pérdida. Veia que los soldados entregaban sus armas, que los gefes se daban prisioneros al enemigo, y que aquel grupo de valientes que lo habian seguido á la fortaleza no harian mas que comprometer su situacion caso de una resistencia.

Se espantó ante la sangre, vió desaparecer sus sueños imperiales, retrocedió anonadado y lloró como Boabdil al perderse el reino de Granada.

VIII.

Levantóse en una bayoneta puesta en un fusil una bandera *blanca.*

El imperio se rendia ante aquella república proscrita que habia atravesado á pié enjuto el mar Rojo de la revolucion y del infortunio, para llegar á la tierra prometida de la victoria.

Entónces el general Escobedo se adelantó con su Estado Mayor.

El Emperador bajaba por las rocas á su encuentro.

Imágen de la fortuna, reflejo vivo de aquella terrible situacion.

Maximiliano *descendia* del pedestal de su gloria, y Escobedo representante de la repúbilca *ascendia* á la cumbre desalojada por la usurpacion.

Aquellos dos hombres se encontraron.

Vencido y vencedor se tendiéron la mano.

La fortuna y la desgracia se apersonaban.

El genio de la victoria y el de la derrota se saludaban sobre el campo de los combates.

En aquellas rocas se destacaban dos grandiosas figuras de la historia contemporánea.

El *imperio* y la *república.*

Sobre el monumento de granito las dos entidades del siglo XIX.

La idea *democrática* y el *absolutismo.*

Maximiliano desenvainó la espada que ya le abrasaba la mano y la entregó al general repúblicano, como Francisco I á Cárlos V despues de la batalla de Pavia.

CAPITULO VIGESIMOSEGUNDO.

LA CIUDAD DE LOS MARTIRES.

I.

El sitio de México se estrechaba mas y mas cada dia.

El general Riva Palacio á quien Escobedo confió la guarda del ilustre prisionero de Querétaro, luego que lo dejó asegurado en la celda del convento de la Cruz, emprendió su marcha para reforzar con su orgullosa division el ejército de Porfirio Diaz, que seguia avanzando sus paralelas por el rumbo del Norte.

El pueblo de la capital salia en masa por las garitas buscando como centro de recursos la ciudad de los Mártires.

El cuartel general nombró á Miguel Veraza prefecto político y comandante militar de la plaza.

Ya el lector conoce á este individuo y más aun la tenacidad de su carácter.

Veraza tiene un corazon envidiable por su generosidad, tan destituido de malos sentimientos como de cabellos su infeliz mollera.

Veraza alojó á cuantas familias solicitaron su auxilio.

Los palacios de Barron y Escandon los convirtió en hóteles grátis.

Aquellos suntuosos edificios fueron *profanados*, como decian los conservadores, por el pueblo emigrante.

No quedó una sola casa en Tacubaya que no estuviese literalmente llena de huéspedes, hasta en los patios y caballerizas.

Cuando todo estaba ocupado, Veraza alojó al pueblo en la alameda.

Las familias acudian á tomar posesion de un árbol y se agrupaban en derredor, teniendo por toldo las frondosas ramas de los fresnos.

Las calles formadas por la arboleda estaban ocupadas con vendimias á un precio baratísimo.

La inmigracion continuaba.

Entónces aquel infatigable prefecto llevó á la multitud trashumante á las plazas y calles principales.

No habia zaguan, ni recodo, ni banqueta, ni escondrijo, ni arco, ni pared que no tuviera su racimo de huéspedes.

Aquella gente formaba una masa compacta, estrecha, que se rebullía, se agrupaba, se amontonaba, se confundia y levantaba como un solo pulmon, un rumor vago como el del oceano al comenzar de la tormenta.

El campamento estaba fuera de la ciudad bajo sus tiendas de campaña, semejantes á esas bandadas de aves peregrinas que se tienden en pos de frescura sobre las praderas.

Los truenos lejanos de la artillería hacian recordar que aquello no era una fiesta.

No obstante, reinaba la alegría y la cordialidad en todo aquel pueblo que estaba de temporada en la ciudad de los Mártires.

El numerario y el trabajo escaseaban en la plaza y los pobres no podian proporcionarse la subsistencia.

Veraza con los humildes recursos del patriota ayuntamiento de Tacubaya proporcionó semillas.

Entónces como una avalancha se precipitaron por su racion de maíz.

Veraza repartió primero palabras de dulzura, despues frases que no podemos trasladar al papel, despues acudió á la *última razon* de los reyes, sacó la espada y dió sobre los asaltantes.

Apaciguado el motin distribuyeron las semillas.

El cuartel general pedia ramazon para los cestones.

Veraza envió al Monte de las Cruces una pléyade de trabajadores que hacian el corte y trasladaban las ramas al campo con una celeridad maravillosa.

Veraza era infatigable, no tenia horas de descanso, noche y dia visitaba á sus huéspedes y traia y llevaba una de comunicaciones con el cuartel general, que ya los tenia sitiados.

—No sabe usted que tenemos alojado? decia su ayudante á Veraza.

—¿Quién es?

—Es el actor Morales.

—Bien alojado.

—¿Conoce usted á Morales?

—Lo he visto trabajar y me parece bien.

—Morales es el actor mexicano de mas capacidad y mas humilde que ha pisado las tablas.

—Lástima que sea tan gordo, me parece un alcabalero.

—Eso nada significa, cuando trabaja es buen mozo, arrogante.

—Tiene genio nuestro compatriota: ¿y no querrá ahora mismo decirnos un trozo del Sulivan, por ejemplo?

—Hombre, está durmiendo.

—Lo despertarémos.

—No, déjele usted en paz.

—¿Y por qué no duerme en esta pieza?

—No ha querido molestarnos, tiene el defecto de *roncar* estrepitosamente.

—Eso es otra cosa, ya tendrán que habérselas con él los cuatro oficiales que están en su compañía.

Como si á estas palabras de Veraza se hubieran evocado las sombras de don Juan Tenorio, aparecieron los cuatro oficiales envueltos en sus sábanas.

—¿Qué pasa? preguntó el prefecto.

—Nada, dijo uno de los fantasmas, es una friolera, el señor nos ha encajado en el aposento á un monstruo que *ronca* de una manera horripilante.

—Óiganle ustedes, dijo otro, nos hemos despertado creyendo que teniamos á un toro por alojado.

En efecto, el actor Morales *berreaba* espantosamente, los pulmones soplaban con la fuerza del órgano de Catedral produciendo una música del infierno.

—Ese hombre es un serpenton de la caballería austriaca.

—Noche toledana, dijo el prefecto, si el genio de ese hombre está á la altura de sus *ronquidos*, ni Talma lo aventaja.

Manuel Travesí dió alojamiento á Morales en la villa de Guadalupe, y el infeliz tuvo que abandonar su lecho á media noche; porque los ronquidos prolongados del actor son capaces de ahuyentar á un regimiento de lirones.

Travesí maldecia con toda la fuerza de su catolicismo á su huésped, y mas á la persona que se lo habia recomendado.

—Señores, decia en tono de Otelo, esto se llama un verdadero *gregorito!*

II.

Un correo llegó en aquellos momentos.

Veraza leyó con avidez aquellos pliegos que le remitia el cuartel general.

"República mexicana.—Ejército de operaciones.—General de Brigada.—Ciudadano General.—Serian las cinco de la mañana de hoy cuando quedó consumado el movimiento que la noche anterior se sirvió usted confiarme, como fué la toma del fuerte y convento de la Cruz. Media hora despues nuestros valientes soldados ocupaban toda la ciudad.—Los batallones Supremos Poderes y Nuevo Leon, que fueron las fuerzas con que llevé á cabo tan brillante hecho de armas, se han coronado de gloria.—Los generales Paz y Chavarría, los coroneles Lozano, ayudante de usted, Rincon Gallardo, Yepez, teniente coronel Margain, todos mis ayudantes y la oficialidad de estos cuerpos han secundado mis disposiciones con precision y valor; á esto y á la disciplina de aquellos se debe lo acontecido.—Toda la guarnicion de esta plaza, su artillería y trenes están en nuestro poder: algunos generales y Maximiliano se me acaban de fugar tomando el rumbo del fuerte de las Campanas.—Felicito á usted por las glorias que ha obtenido el ejército de su digno mando.—Libertad é independencia. Querétaro, Mayo 15 de 1867.—*Francisco A. Velez.*—Ciudadano General de division Mariano Escobedo, en jefe del ejército de operaciones."

—Arriba todo el mundo! ¡Viva la libertad! ¡Querétaro es nuestro! gritó Veraza dando saltos como un muchacho.

A la media hora los músicos recorrian la ciudad.

En los parapetos se tocaban dianas.

Por todas partes se oian gritos de entusiasmo.

En los proyectiles huecos se pusieron los ejemplares del parte de Velez y se arrojaron á la plaza sitiada.

Los sitiados contestaron á cañonazos.

CAPITULO VIGESIMOTERCERO.

UN OGRO.

I.

La noticia circuló instantáneamente en la capital, por más obstinacion que opuso el gobierno para desmentirla.

El golpe era terrible para los comprometidos en el impêrio.

Márquez estaba acobardado como un miserable.

Llegó despues de algunos dias su avilantez y cinismo, hasta obligar á uno de los generales, que prófugo de Querétaro se introdujo furtivamente á México, á que mintiese descaradamente, rebajándose ante la tropa y la ciudad entera, asegurando que el emperador habia triunfado en Querétaro y estaba en marcha para la capital.

Esta noticia fué solemnizada con repiques y salvas de artillería.

Desde el momento en que se jugaban armas tan innobles, la moral estaba perdida.

Todo aplazamiento era infructuoso; sin resultado la prolongacion de la lucha.

La ciudad no podia soportar los horrores del sitio.

Los árboles de las calzadas se derribaron para hacer carbon; la harina se habia consumido, y nadie tomaba carne sino de caballo.

Los pobres que no pudieron salir, se alimentaban con carne de perro.

Aquello era horrible y ya sin éxito, toda vez que Maximiliano habia rendido sus armas ante la magestad de la república.

El tigre de Tacubaya sabia que para él no habria mas que el cadalso.

Hace muchos años que es fruta de horca, y que el cadalso es la cifra tenebrosa de su porvenir.

Encastillado en la capital, queria hundirse como Sanson, rompiendo las columnas del templo.

Sepultar á la sociedad entre los escombros, hacer una tumba comun.

Lo acosaba la rábia de la desesperacion; los últimos momentos de poder los consagraba todo entero á la sangre y al robo.

Habia desobedecido á su rey, contrariando sus órdenes, y comprometido con una estéril defensa á la capital.

Las exacciones, el robo, la leva, las tropelías, todo caracterizaba á aquella alma de hiel y fango, que se anida en la sepultura de su seno.

Ese miserable, falto de fé, desconfiaba de todos para el momento en que México sucumbiese.

Pensó en un refugio negro como su corazon.

Luego que cayó la noche, se dirigió solo por el rumbo de los *Angeles*.

Llegó á la puerta del panteon.

El sepulturero salió á su encuentro.

—Qué se ofrece, caballero?

—Soy el general Márquez.

—¿En qué puedo servir á V. E.? dijo aterrorizado el sepulturero.

—Espérame aquí, y guarda la entrada.

—Pase V. E.

Aquel hombre, llevado por su fatalismo, penetró resuelto en el cementerio de los Angeles.

—Aquí, murmuró, al menos no hay nombres conocidos; Valle y Degollado están en San Fernando.

La memoria de aquellas víctimas inmoladas á su venganza, penetró en su alma como la hoja helada de un puñal.

—Yo no he hecho mas que aplicar la ley de represalias; ellos me hubieran matado si caigo en su poder...... ademas, que Zuloaga ordenó su muerte...... miserable!...... se aterrorizó como un chiquillo y retrocedió anonadado como una muger.

Quedóse un momento pensativo, como quien presa de sus recuerdos, entra en la contemplacion de los crímenes que han salpicado de sangre la faz purísima del alma.

La hora, el sitio, el silencio de la noche, todo contribuia á encender en aquel corazon la llama sombría del remordimiento.

Su vida pasada, envuelta en los oscuros vapores de la sangre vertida por su mano; sus horas de duelo y proscripcion; ese eco terrible lanzado por el mundo entero contra él, condenando sus crímenes; el cielo cerrado, la esperanza perdida, el horizonte de la vida tocando la tumba ignorada, como término de una existencia de maldicion!

Aquel miserable era el ente mas infeliz sobre la tierra; condenado en el juicio humano, sin tener una alma hermana, un corazon compasivo, alguna sombra que cubriera aquel ser deforme y agusanado!......

El mundo y el cielo le negaban su entrada.

Entónces aquel hombre, no pudiendo hallar un refugio entre sus semejantes, porque las puertas se cerrarian como si llamase á ellas la desgracia, tocó con mano atrevida las de la tumba.

Corrió al panteon á pedirle á los muertos lo que los vivos le negaban.

Buscó ese lugar que ya ansía su corazon fatigado, y que Dios no le concederá tal vez, porque esos miserables restos están predestinados á pregonar el escarmiento, espuestos en los troncos secos de una encrucijada.

A esa alma perdida se le han negado las lágrimas, que pudieran consolarla y redimirla.

Los remordimientos son el primer paso del arrepentimiento.

La noche avanzaba.

Se oian á lo lejos los disparos de la artillería sobre la plaza.

Una oscuridad profunda reinaba en el cementerio: solo por intervalos salian esas fosforescencias que se desprenden de las sepulturas, fuegos fátuos llevados por la corriente del aire.

Aquel hombre no alcanzaba á ver lo que venia buscando.

Entonces se dirigió á la puerta y le habló al sepulturero.

—Qué manda V. E.?

—¿Hay algun sepulcro vacío?

—No señor; ayer tarde se cubrieron los últimos con dos oficiales muertos en los parapetos de Santiago.

Quedóse cavilando aquella hiena, y despues dijo resueltamente:

—Saquemos á un cadáver del *nicho*, y démosle sepultura en el suelo.

El guardian del cementerio sabia que contradecir á Márquez, era esponerse demasiado.

—Lo que ordene V. E.

—Trae los instrumentos, y pronto, que falta una hora para amanecer.

Entretanto, se quedó recargado á una de las columnas, entregado al sonambulismo de la fatalidad.

II.

El sepulturero trajo una barreta, dos azadones y dos palas.

—V. E. me ayudará, porque la operacion es laboriosa.

—Estoy dispuesto, dijo Márquez; y arrojando la capa tomó uno de los azadones.

En uno de los ángulos del patio comenzaron los dos hombres á cavar la fosa con gran celeridad.

Márquez es raquítico; sin embargo, la calentura del terror le prestaba aliento.

A la media hora habian cavado vara y media de profundidad, por otro tanto de longitud.

—Creo que es suficiente, dijo el sepulturero.

—Está bien.

—Mañana se cumple el número *once*, dijo el sepulturero; saquemos los restos de esa señora.

Esa fecha trajo á su memoria el 11 de abril de 1859.

—Me es funesto ese número, murmuró; en vano he procurado olvidarle: esto es un aviso del destino.

Con la barreta desprendieron la lápida de mármol.

El sepulturero tiró de la caja.

Márquez esperó á que saliese toda, y la tomó por el estremo opuesto.

El cadáver no estaba disuelto; pesaba demasiado la caja.

Con la humedad, el fondo del ataud se habia separado de los lados adyacentes, así es, que al faltarle el lecho del sepulcro, se desprendió, y el cadáver cayó á plomo sobre las baldosas del cementerio.

Un vapor fétido se exhaló de aquellos restos.

Los exhumadores se retiraron desvanecidos por el olor de los miasmas.

—Concluyamos de una vez, dijo Márquez; y tomando el cadáver, que

era el de una muger, procurando envolverla en sus negras vestiduras, lo llevó hasta la fosa y lo arrojó con desesperacion.

Las exhalaciones del cadáver lo contagiaron, y retrocedió pálido y convulso hasta apoyar su espalda en los *nichos*.

Recuperóse con la aspiracion del aire libre, y ayudó al sepulturero á cubrir con la tierra la sepultura.

Acabada aquella siniestra operacion, dijo al guarda:

—Si las fuerzas de Porfirio Diaz toman la ciudad, un hombre vendrá á ocultarse en ese sepulcro abierto.

—Está bien.

—Toma.

—Gracias, señor, es mucho oro para mí.

—Tendrás más ese dia.

Embozóse en su capa, y salió diciendo para sí:

—Nadie vendrá á buscarme á la tumba; estoy seguro contra la saña de mis enemigos.

Y se adelantó á la fortaleza de Santiago Tlaltelolco, donde habia asentado sus reales.

CAPÍTULO VIGÉSIMOCUARTO.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Han visto nnestros lectores atravesar al general Fernandez con su regimiento, rumbo á San Cosme, donde se oian los disparos de la artillería, al tiempo qne su novia entraba en la calzada de Chapultepec.

Las tropas de Márqnez intentaron una salida por la parte occidental, y se echaron sobre los parapetos de San Antonio de las Huertas, donde Fragoso las detuvo con un grnpo de guerrilleros.

Las fuerzas de Tacubaya y las de la Villa de Guadalupe, salieron inmediatamente al encuentro del enemigo.

Duró el tiroteo la mañana entera, sin lograr su objeto los sitiados.

El general Fernandez hizo replegar á la caballería austriaca, que apoyaba el movimiento.

La bala de un rifle dirigida al pecho de Eduardo, atravesó la solapa de la chaqueta, quemando la cartera, que hizo pedazos.

Unas cnántas líneas, y el corazon del bravo general hubiera sido atravesado irremisiblemente.

—Mi general, dijo nno de los Torreños, aquí están los papeles; ¿no le ha pasado á usted nada?

—Me siento perfectamente, respondió Eduardo; y tomó los papeles qne le presentó su ayudante.

Recordará el lector que el general Fernandez, arrebatado por sus ce-

los infundados, no habia querido leer la carta de Luz, en la que le incluia la de su moribunda madre.

Eduardo llevaba en su cartera la fatal noticia de su orfandad, y por una de aquellas casualidades, preparadas por el destino, ignoraba aún esa pérdida irreparable.

La bala del rifle habia roto el sobre de la carta, y el genèral pudo reconocer la letra.

—Dios mio! exclamó, soy un insensato! he tenido tanto tiempo las palabras de mi madre sobre el corazon, y no las he querido escuchar...... sí, es su letra; ¡madre mia! ¡tanto tiempo sin saber de tí! Vamos, si no hay un hijo que merezca serlo, y menos yo.

Trémulo de emocion, desdobló el papel, y leyó:

"Hijo mio:

"Las aflicciones de que he sido víctima en estos cuatro años, han acabado por abrir mi tumba...... Ya no me volverás á ver!......

"Dios me ha enviado un ángel que reciba mis últimos suspiros; ese ángel de bondad es Luz, de cuyo amor no puedes dudar.

"Esa pobre niña me ha hablado siempre de tí, alimentando una esperanza que hoy se pierde en mi sepulcro...... mis labios no volverán á posarse sobre tu frente!......

"Voy á decirte mi última palabra:

"¿Quieres que baje tranquila á la tumba?

"Ofréceme que Luz será tu esposa; esta es mi voluntad, es la voluntad de quien te ha dado el sér y te consagra todo su amor en los postreros instantes de su existencia!...... adios!...... hijo mio!...... sé bueno."

Aquí estaba interrumpida la carta, porque la bala habia arrancado el fragmento del papel.

Eduardo se sintió desfallecer, bajóse del caballo, apoyó su frente en la cabeza de la silla, y comenzó á llorar en silencio.

—Algo le pasa al general, dijo Juan á su hermano Simon; ese hombre no acostumbra llorar.

Acercáronse con solícitud los gemelos á su padre adoptivo.

—Señor! se aventuró á decir Juan; ¿qué le pasa á usted?

Eduardo no le escuchaba.

—Vamos, algun pesar tiene usted, dígalo á sus dos hijos, ya ve usted cuanto le queremos.

—¡He perdido á mi madre! ¡soy muy desgraciado! exclamó sollozando el general.

Aquellos dos jóvenes abrazaron á su buen amigo, y sus ojos se humedecieron al ver el llanto, última ofrenda del hijo sobre el altar sagrado del amor filial.

—Vamos al alojamiento, necesita usted descansar.

—Lo que necesito es morir.

—Está usted muy afligido.

—Estoy solo en el mundo.

—Es verdad; ¿qué vale nuestro cariño ante ese tesoro que acaba usted de perder?...... no obstante, ya estamos acostumbrados á acompañar á usted, y esto no vale nada; pero cuando uno es huérfano y encuentra la sombra de un corazon bondadoso y lleno de virtud, entonces...... entonces renace la felicidad, y cae un bálsamo en las heridas del alma...... pero ya que no puede escuchar ahora nada, es una impertinencia hablarle de consuelo, cuando lo que necesita es desahogar su pecho.

—Es verdad, dijo Eduardo estrechando á su corazon aquellos pobres huérfanos que tanto le amaban.

—Suba usted á caballo, le va á hacer mal este sol.

El general obedeció la voz del jóven, y triste y cabizbajo se dirigió á su alojamiento.

Los gemelos le dejaron solo.

II.

—¿Qué habrá pasado con Luz? se preguntaba el general; esa pobre niña ha acompañado á mi infeliz madre en sus últimos momentos...... me parece que oigo aquella voz veneranda que al despedirse me encarga á esa criatura...... yo no tengo derecho de abstenerme, mi madre no podia engañar á su hijo, Luz no ha dejado de verla, yo tengo contraida una deuda inmensa de gratitud...... junto á este deber, se levanta el cariño de esa muger con la esencia purísima de la regeneracion.

Aquella alma adolorida, envuelta en la sombra de la desgracia, se sentia alumbrada por un rayo apacible de luz.

Todos sus sufrimientos de los aciagos dias de la revolucion, estaban compensados, puesto que Luz no le habia olvidado.

Su obcecacion al no haber querido leer la carta, habria tal vez hecho perder la esperanza á aquella criatura, y sepultar en lo mas secreto de su pecho el amor de Eduardo.

Le habria olvidado?...... Este era el temor del jóven, y á esta terrible idea su amor crecia como una ola arrebatada por el viento.

Los recuerdos santos de su cariño, unidos á la amarga hiel de los pesares, trasformaron aquel sér, determinándolo en una situacion concentrada de ternura y melancolía.

El triunfo de las armas republicanas estaba decidido, y esto aumentaba mas su ansiedad.

Ir al sepulcro de su madre, arrodillarse delante de aquella piedra, arca de sus sueños y de sus esperanzas, llorar hasta dejar seco el pecho y el corazon, orar ante aquellos restos, contarles como si pudieran oirle, todos sus sufrimientos, todos sus dolores, y pedirle á su buena madre la bendicion, ese signo misterioso que llena de perfume la existencia con la influencia de su santidad, correr despues á mojar con su llanto la mano de Luz, renovarle su cariño, decirle mil veces que la amaba, que habia sido injusto con ella, y hacerla su esposa. He aquí los ensueños y las ilusiones de aquel corazon.

III.

Luz estaba alegre y temerosa; sabia que su amante regresaria pronto del campo, y llegaria á saber que ella se encontraba en la misma ciudad.

Luz fiaba mucho en su hermosura, y mas aún en el amor del general; sabia perfectamente que una mirada, una palabra, una lágrima, una sonrisa, harian caer á sus piés á Eduardo.

Esa criatura llena de encantos, era irresistible.

Además, su inocencia, su fé y su pureza, se leian en el cielo siempre claro de su frente.

Cuatro primaveras mas habian llevado como una ofrenda á aquella hermosura, todos sus perfumes y atavíos.

Luz estaba mas bella, sus contornos habian adquirido una morbidez

encantadora, su rostro cierta severidad magestuosa, y su palabra el argentado acento de los ángeles.

Su cabello se habia oscurecido, así como el color de sus ojos, y aquellas sombras caidas en la palidez de su magnífico rostro, la destacaban hermosa entre las hermosas.

Su amor, guardado por tanto tiempo en el santuario de su alma, resplandecia como el sol en las pupilas de sus brillantes ojos, y agitaba su seno de nieve como la brisa de la mañana la espuma de los lagos.

Luz se habia puesto á la ventana, donde esperaba que pasase su novio, y estaba engalanada con esquisito gusto.

Un trage de musolina trasparente como las nubes que rodean á la luna, con unas mangas abiertas rematadas de encage, flotando sobre sus brazos de alabastro.

Un cinturon rojo, ceñido á aquel talle de abeja, con una hebilla de oro donde lucian adornos de perlas y turquesas.

Una corbata de gasa, salpicada de lentejuelas, de seda blanca, donde se ostentaba un alfiler de relicario del mejor gusto.

Su cabello, atado en lo alto de la cabeza, puesto en una red finísima, dejando ver sus orejas diminutas sin ningun adorno.

En una de aquellas manos de criatura, llevaba un anillo de pelo y otro de esmalte con un magnífico solitario.

Luz tenia entre sus labios un clavel.

Nunca una rosa tuvo búcaro mas perfumado que su mismo cáliz.

Aquel clavel pasaba por abeja sobre la flor entreabierta de esa boca.

Aquella mujer se declaraba en conquista con tantos atractivos.

Algo llamó su atencion, pues se levantó violentamente, y asida á la reja de la ventana, comenzó á hacer señas con el pañuelo.

IV.

Hemos dicho que la plaza y las calles de Tacubaya estaban completamente llenas.

Entre aquella multitud, habia soldados y asistentes que compraban provisiones para sus gefes.

En uno de los *puestos* que estaba próximo á la ventana donde la jóven

ostentaba su lujo y belleza, habia dos guerrilleros enamorando á la patrona.

—Oiga, niña, decia uno de ellos; ¿no quiere usted mantener á un flojo?

—Compre lo que ha de comprar y no entretenga.

—Soy capaz de robármela con todo y melones; mire, los *mochos* no tienen una muchacha tan linda.

—Calle! calle! decia la jóven vendimiera.

—Ha caido el imperio, y no habia de rendirse ese pecho.

—Eso está en veremos.

—No por pobre desmerezco, le voy á hacer un *santiaguito*, y sonó las monedas que llevaba en la bolsa del pantalon.

La vendimiera hizo una mueca.

—Este es maíz para las gallinas, yo sé tirar el dinero, conque......

—Conque, llévese la fruta, que luego se incomoda el general.

—Estanislao Luna no tiembla mas que delante de esos ojos, dijo el *chinaco* tirándose atrás el sombrero.

Luz, que estaba en la ventana, reconoció al asistente y comenzó á llamarle con el pañuelo.

Luna se acercó á la ventana.

—Estanislao! gritó la jóven.

—Niña Luz! exclamó el guerrillero estrechando por entre las rejas la mano de su protectora.

—Y Eduardo?

—Bueno y sano, y con la faja más verde que una lechuga.

—¿No sabe la muerte de la señora?

—Conque se murió la vieja, eh? pues me alegro.

—Estanislao!

—Es decir, lo siento mucho, porque mi general va hacer un sentimiento grande, figúrese usted que no habla de otra cosa, sueña con abrazar á la abuela.

—¡Dios mio! exclamó Luz, no ha recibido las cartas, era la única esperanza que abrigaba para recobrar su cariño.

—Niña, me parece mentira ver á usted por acá, ¿recuerda usted la felpa que me pegaron los gabachos por llevar la carta?

A Estanislao Luna le habia pasado lo que á Sancho Panza, con los azotes para el desencanto de doña Dulcinea del Toboso.

—Serás capaz de llevar á Eduardo un papelito?

—Una resma! por usted hasta las listas de revista.

Luz entró á su gabinete, sacó una tarjeta y escribió estas palabras: "Mi corazon te espera."

Entregó la esquela á Estanislao y le dió un escudo de cuatro pesos.

—Vaya, que está usted como una perla, niña Luz, mi general se va á volver loco, como yo con esa endiantrada frutera que no me quiere hacer formal.

—Ve inmediatamente al alojamiento de Eduardo.

—En el acto y adios.

Estanislao se detuvo por segunda vez en el puesto y dijo á la muchacha echándose el sombrero á la oreja izquierda.

—Mire, doña Lupe, aquí tengo con qué quererla, y le enseñó el escudo.

La muchacha se sonrió coquetamente.

—Con esto nos paseamos una tarde, conque diga si admite.

—Qué hombre tan pesado!

—No es la culpa de quien ama, sino de la que es hermosa.

Un moceton vendedor de rebozos, qne era el novio de la vendimiera, se acercó á Luna y le dijo:

—Oiga, amigo, no la *ande equivocando*.

—¿Tiene algo la señora con usted?

—¡O no tenga!

Estanislao sacó el machete, lo limpió con el pañuelo y......lo volvió á la vaina diciendo: *no tengo gana de rifarme*, y escupió por el colmillo.

Luz estaba temblando, pero no pudo menos que reirse al ver el desenlace de aquella reyerta.

V.

Estanislao Luna llegó á la casa y dijo al general: mi gefe, *Dios aprieta peró no suelta*, tenga usted ese papelito.

Eduardo tomó la esquela y la leyó violentamente.

—¿Dónde, dónde está Luz?

—Aquí cerca, en su propia casa, junto al cuartel de nosotros.

—¿Y la has visto?

—Sí, mi general, está como *tronco*, derechita y linda como una carga de caballería; vamos, ni la bandera del regimiento es tan hermosa, ¡viva mi general! Es necesario que toquen diana, vea usted, mi general, me ha regalado un escudo.

—Y yo te doy otro.

—¡Viva la patria!

Estanislao salió contentísimo, tarareando la popular cancion de "Mamá Carlota."

CAPITULO VIGESIMOQUINTO.

DE LA MANO Á LA BOCA.

I.

Pascual Rivera dejó tendido al sacristan de Ario de un pistoletazo la noche en que sacó el tesoro del subterráneo de la *Casa de los Duendes.*

Calenturiento de avaricia, se dirigió rumbo á la capital, quedándose en los caminos para evitar ser robado.

Lleno de penalidades, pero con la satisfaccion de haber salvado el tesoro, llegó á la Ciudad de los Mártires é inmediatamente pasó al pueblo de la Piedad, albergándose en una de las casucas mas humildes.

Esclavo del tesoro, no salia á parte alguna y estaba profundamente inquieto con las entradas y salidas de las fuerzas que sitiaban á México.

Tenia el proyecto de establecerse en la capital, vender las piedras preciosas, y en caso de prosperar hacer partícipes á sus hijos, cuya legitimidad comenzaba á poner en duda desde que era rico.

Le parecia que aquellos niños eran unos ladrones de su caudal, aunque comprendia toda vez que desconfiaba de ser su padre, que siendo el tesoro de Velarde, á los Torreños les pertenecia de derecho.

La ambicion le cegaba, solo veia el mundo de placeres y satisfacciones que aquellos adorados cofres debian proporcionarle.

Una tarde fué cateada la casa inmediata á la de Rivera, este se alarmó, creyendo que sus cofres iban á caer en manos mas profanas aún que las suyas.

Pensó librarse de las eventualidades enterrando el tesoro.

Ocurriósele presentarse al gefe de la línea como escucha, para que lo enviase allende los parapetos.

Esta oportunidad era lo que él necesitaba para dar sepultura eclesiástica á los cofres.

Efectivamente se presentó al gefe del punto.

Señor general, dijo Rivera, yo soy conocedor del terreno y estoy dispuesto á servir de *escucha*, me avanzaré hasta las trincheras del enemigo y así sabrá usted si hacen una salida.

—¿Y tendrá usted valor?

—Vaya si lo tendré, en Michoacan he estado á las órdenes del general Pueblita; yo ví cuando lo mataron los franceses, allí escapé por casualidad.

—Y dónde ha estado usted despues?

—En la toma de Puebla y en la batalla de San Lorenzo.

—Bien ¿y cuánto quiere usted por ser nuestro *escucha?*

—Cuando se sirve por ayudar á la patria, no se cobra nada, señor general.

—No quiero proclamas, diga usted lo que necesita.

—El haber de un capitan.

—Aceptado, saldrá usted esta misma noche por el rumbo de San Antonio.

—Convenido, deme usted mi nombramiento y la contraseña.

En la secretaría le estendieron los dos documentos, y Pascual Rivera se retiró lleno de satisfaccion á acariciar sus cofres, como quien lleno de ternura halaga á sus hijos, al depositarlos en un establecimiento de donde saldrán hechos unos hombres de provecho.

II.

Cayó la noche que era densamente oscura.

Rivera tomó su tesoro, atravesó el parapeto republicano y se avanzó lo mas que pudo á la fortificacion imperial.

Tomó el lado isquierdo que es un llano de crecidos matorrales, charcos y fango.

En el lugar que le pareció mas á propósito, hizo una escavacion lo mas profunda que le alcanzaron sus esfuerzos, y depositó el tesoro.

Clavó una cruz de ramas, así nadie se atreveria á profanar una sepultura.

Despues contó los pasos hasta el camino real.

Hizo allí otra señal con algunas piedras y midió la distancia hasta el foso.

Rivera era hombre vivo, y no equivocaría el sitio donde dejaba su valioso tesoro.

Despues de esta operacion tornó á avanzar hácia la fortificacion enemiga en desempeño de su comision de *escucha*.

III.

Porfirio Diaz trasladó el cuartel general á Tacubaya, luego que las fuerzas vencedoras de Querétaro llegaron á su campamento.

El general Corona ocupó la Villa, Riva Palacio Mexicalcingo, estendiéndose hasta Santa Anita, Hinojosa el Peñon Viejo.

La capital del Imperio, último baluarte de la revolucion monárquica, quedaba en sitio absolutamente riguroso.

Luego que Porfirio Diaz supo la muerte de la madre del general Fernandez, le hizo una visita y le permitió que permaneciese algunos dias en su casa.

Los Torreños siguiendo el regimiento se situaron en la Piedad.

Rivera ignoraba que tenia tan cerca á los gemelos.

Aquel hombre podia haber sido feliz al lado de sus hijos; pero la ambicion le hizo dar el primer paso en la vía del crímen; crímen inútil, porque la muerte del sacristan de Ario era de todo punto innecesaria, puesto que el caudal nadie podia disputárselo; pero su instinto de avidez lo encaminó en una situacion difícil. Rivera tornó á su campo luego que la luz aclaró.

El gefe estaba contento de su exactitud.

IV.

Porfirio Diaz es hombre de accion, le gusta inquietar al enemigo, tenerlo en perpetua alarma, y al mismo tiempo ocupadas á sus trepas.

Parecióle al bravo general que debian hacerse unas fortificaciones avanzadas hácia la flecha del parapeto enemigo, y dió las órdenes respectivas al jefe de la Piedad para que mandase practicarlas.

Queria que al amanecer la obra estuviese terminada, le parecia que por aquel punto podian los sitiados dar un golpe de mano.

Porfirio es todo un soldado.

El jefe de aquel campamento dispuso que un ingeniero practicase el reconocimiento de ordenanza.

Los Torreños fueron encargados de acompañarle con una poqueña seccion de caballería.

A las cuatro de la tarde los Torreños se avanzaron en tiradores, miéntras el ingeniero señalaba el punto donde debia levantarse la fortificacion pasagera.

Los sitiados descargaron á metralla sus piezas.

Dos dragones fueron heridos.

Cuando los soldados de Porfirio reconocen un campo, ya puede el enemigo propararse, porque algo va á suceder.

El general no es de los que hacen vanos alardes ni indica movimientos que no ha de efectuar, ni derrama en simulacros la sangre de sus soldados.

Determinado el sitio, la seccion de ingenieros volvió á su campamento, esperando la noche para efectuar los trabajos de zapa.

Los Torreños siguieron encargados de proteger á los soldados que debian levantar la trinchera.

V.

Pascual Rivera, temiendo ser sorprendido, desde su salida de Ario habia escrito un pliego declarando que el tesoro pertenecia á los jóvenes Juan y Simon Torreños.

Este pliego lo guardó en los cofres.

Pensaba que al ser enjuiciado por la muerte del sacristan se escusaria diciendo que lo creyó un ladron y le habia disparado un pistolotazo; pero que el cura y él, sabian que el dinero estaba reservado para los gemelos.

Pascual Rivera despues de haber dormido la mayor parte del dia, se dirigió al anochecer á velar por su tesoro.

Vió á lo léjos la cruz de ramas y se estremeció de placer.

La capital, pensaba aquel malvado, caerá pronto en nuestro poder, entónces sacaré los cofres, me mudaré el nombre y haré creer que soy fronterizo. En México basta tener dinero, nadie se toma la pena de inquirir el modo con que ha sido hecho. Mil doscientas onzas y una gran cantidad de pedrería forman mi caudal.

Quedóse despues un momento en cavilacion y dijo al fin: esas alhajas seguramente eran un depósito confiado á Velarde, á quien juzgaban un santo; son de las imágenes, no hay duda...... cuando Pueblita andaba por el Estado de Michoacan, todo se recogió temiendo se echase sobre la plata y las alhajas de las iglesias, solo así se explica el que un hombre haya reunido tal cantidad de piedras.... lo que me admira es que el viejo cura haya consentido en que se me entregasen, no sé si se reservaba su parte en el botin de Velarde. Este Pablo Martinez sirvió á mi venganza y me ha hecho rico, pienso enviarle una libranza anónima de cien pesos, caso que venda bien las piedras...... Me han dicho que en la calle de Plateros hay una gran tienda de un Mr. Baulot, con quien podré hacer negocios...... El canónigo Moreno Jove es afecto á los brillantes; pero estos los conoceria á leguas, como que pertenecen á las *manos muertas*. ¿Quién me habia de decir que me improvisaria en un gran señor, yo que he vivido siempre en la miserable oficina de contribuciones de mi pueblo, donde con mil trabajos y despues de una complicacion de sumas y restas, podia tomar solamente dos terceras partes de las rentas públicas...? Ahora que reflexiono, fuí un majadero en amedrentarme con la muerte de ese estúpido viejo, y de exponerme tantas veces por defender á Juan y Simon, solo porque me lo mandaba el cura á quien veia como un oráculo. Vamos si es pesado ese señor sacerdote...... penitencia rara, y que yo cumplia con la obstinacion de un fanático...... en fin, ya soy rico...... muy rico...... riquísimo!......

Embebecido en estas reflexiones y entrando en esos *jardines* encantados el sueño se fué deslizando por sus párpados, y acariciado por imágenes tan halagüeñas se durmió profundamente bajo uno de los árboles de la calzada de donde se partia al sitio profano que nunca debiera marcarse con el signo de la redencion.

La cruz sobre el robol

Esto era un sarcasmo terrible; aquel signo misterioso clavado sobre un monton de tierra es el símbolo de la eternidad; puesto sobre las capas de cascajo que cubrian el tesoro, podia indicar muy bien la tumba de la esperanza!

VI.

La noche habia cerrado completamente cuando el Ingeniero y los Torreños se dirigieron al lugar señalado para alzar la trinchera.

—Muchachos, decia el jefe dirigiéndose á los gemelos, no hay que dudarlo, el sitio está marcado con una cruz de ramas.

—El muerto, dijo Juan, va á recibir buen susto.

—No importa, servirá para defendernos, al fin no lo han de matar.

—Es un peligro ménos.

—Yo soy bueno para la barreta, mi jefe, dijo la voz conocida de Estanislao Luna.

—Bien, á tí te encargaremos el difunto.

—Puede que tenga algunos *trapitos que pelarle.* Puede ser que la cruz la haya levantado el *milpero* por los rayos.

—Es seguro, dijo el jefe; además es muy estraño que los indios entierren un cadáver en un lugar que no sea sagrado.

—Esa es buena reflexion, mi jefe, pero de todos modos yo me encargo de ese lugar.

—Y cómo has dejado al general, Estanislao? preguntó uno de los ayudantes.

—Ya le pasó el *primer sudor,* como decia mi capitan Martinez, además que hay novia en campaña.

—Hola! dijo Juan, ya olvidó á la rubia?

—No señor, la rubia ha llegado á Tacubaya, y ya hubo *compostura.*

—Me alegro, esto habrá calmado la pesadumbre.

—Estas muchachas son el demonio, dígalo mi *costilla,* que se ha empeñado en que á ella sola he de querer...... el hombre tiene sus *tropezones,* y luego lo *cabrestean* á uno y zás, da uno el golpe con las hijas de Eva...... Mire usted, mi Jefe, yo andaba *sonsacando* á una hembrita. siempre cabecear es malo, yo queria al uso de mi pueblo robármela, pero...

—Dejemos el cuento por ahora, que ya hemos llegado.

El ingeniero midió el terreno, determinó los trabajos y Estanislao Luna tomó como todo hijo de vecino su barreta y comenzó la escavacion para levantar el parapeto y practicar el foso.

—Estamos muy cerca, señor Rivero, dijo uno de los Torreños.

—En Puebla estábamos á tiro de pistola.

—Este señor Rivero es el mismo demonio, dijo Juan á Simon; quien lo vé tan largo como un espárrago y tan sério como un inglés, pero sereno si los hay.

—Tiene una sangre fria admirable, le hace mucha gracia al general Diaz.

—Trabaja como un endemoniado.

—Se ha librado en una tabla de ser alcanzado por las balas.

—Como es ingeniero su construccion es magnífica, necesita una bala de á treinta y seis.

—No choca á usted, comandante, el silencio que hay en la trinchera enemiga?

—Es muy notable.

—Demonio!..... esta gente prepara algo.

—Si habrán abandonado el parapeto?

—Envíe usted un escucha, eso sería una lotería.

—Voy á enviarle mi confidente.

El jóven se fué derecho al grupo de escuchas que estaban á la orilla del camino.

—¿Dónde está Pascual Rivera?

—Señor, está durmiendo un rato, porque ha velado dos noches consecutivas; pero aquí estamos nosotros.

—Acérquese uno á la trinchera y póngase en escucha del enemigo, que hay un gran silencio.

El *escucha* se quitó los zapatos, arremangó el pantalon y tirándose á la espalda el rifle, husmeando como un coyote, se fué acercando al foso, acostándose por intervalos para poner el oído en el suelo y percibir con mas precision cualquier eco por lejano que fuese.

VII.

Los trabajadores continuaban la operacion y se oia el golpe seco de los azadones.

Nadie hablaba una palabra.

Estanislao Luna habia emprendido con entusiasmo su tarea.

Cuando menos lo esperaba, su barreta encontró un obstáculo.

El sonido indicaba que la barra habia dado contra un objeto de hierro.

El asistente llevado por la curiosidad, comenzó á apartar con cuidado la tierra hasta encontrar el obstáculo.

—Demonio! este es un bote de metralla!

—¡Cáscaras! aquí hay otro, estamos sobre una mina, es necesario dar aviso porque vamos á volar como unos condenados. ¡Capitan Torreños! ¡capitan Torreños!

Juan y Simon acudieron al llamado de Estanislao.

—¿Qué se ofrece?

—Que los *mochos* nos han puesto una red y es necesario salir pronto porque estamos cojidos.

—No te entiendo.

—Habla claro.

—Miren ustedes dos botes de metralla y pólvora que he encontrado, aquí hay mina y va á hacer explosion.

Juan reconoció los cofres y comprendió que aquello no contenia metralla, pero se guardó de participarlo á Luna.

—Efectivamente, dijo, son unos bribones, pero la humedad ha echado á perder la pólvora y no hay cuidado, continúa por si das con los otros botes.

—Sí, mi capitan, todavía no vuelvo en mí del susto; vamos, que podiamos estar ardiendo como lámpara de Catedral.

Juan llamó á su hermano y le dijo lleno de la mayor alegría:

—Simon, somos felices, esto debe ser dinero!

—Silencio, yo llevaré á nuestro alojamiento los cofres, guardemos el silencio mas grande porque acaso lo perderiamos todo.

—Juan! nuestro padre adoptivo va á salir de tanta miseria.

—El disfrutará de todo.

—La dicha viene á buscarnos, le haremos un suntuoso regalo al general, á ese hombre que ha sido nuestro bienhechor.

—Silencio.

—Silencio y parte inmediatamente.

Simon se alejó con el tesoro y lo guardó cuidadosamente en las petacas de viaje, quedando en espera de su hermano para abrir los botes y ver su contenido.

Aquel tesoro que Pascual Rivera habia traido consigo en medio de tantos cuidados, sustos, alarmas y desvelos, la Providencia lo arrancaba á su ambicion para devolverlo á sus legítimos dueños.

Aquel caudal era la herencia que debia recompensar á aquellos séres infelices predestinados desde su nacimiento á la desgracia y al abandono.

Dios no quiso que las almas hermanas de los gemelos se perdieran en las pesadas brumas del crímen, y les ofrecia aquella fortuna como la primera piedra de trabajo en una existencia de honradez y de quietismo.

VIII.

Los ingenieros acabaron sus trabajos, y á la mañana siguiente los imperiales saludaron con sus cañones el nuevo parapeto republicano y se dispusieron á asaltale.

El movimiento se indicaba claramente en el campo enemigo.

La caballería austriaca estaba fuera de trincheras apoyada por una pieza de artillería, los tiradores se avanzaban y las columnas de infantes se organizaban en silencio y con buen órden.

Esto se veia apénas, porque la luz de la mañana aun se confundia con las últimas sombras de la noche.

Despertóse Pascual Rivera á las primeras detonaciones, quedóse bajo el árbol donde habia dormido y esperó á que aclarase.

Luego que se comenzaron á percibir los objetos dirigió su vista ansiosa al faro de sus esperanzas.

La cruz de ramas habia desaparecido, y sobre aquel lugar se levantaba la trinchera donde habian colocado una pieza que vomitaba bronce sobre los tiradores enemigos, que como hemos dicho avanzaban pausadamente.

Rivera llevó las manos á los ojos, se los restregó como si dudase de lo

que veia, no podia convencerse de la realidad, aquello era una pesadilla, un sueño terrible, avanzóse calenturiento y dudoso hasta llegar al parapeto.

La cruz estaba despedazada y en las orillas del foso.

Contó los pasos en medio del tumulto de los soldados.

Precisamente el lugar donde habia enterrado los cofres estaba vacío; en su prolongacion se extendia el foso del parapeto.

Arrojóse á la zanja, rascó con las uñas como un desenterrador, veia, husmeaba, queria con todos sus sentidos buscar el tesoro.

Entonces su razon se extravió, dos gruesas lágrimas brillaron con una luz infernal en sus pupilas, se mordió los lábios como un condenado, tiró de sus cabellos, rasgó su pecho hasta hacerse sangre, maldijo, blasfemó y se tiró al suelo desesperado.

Parecia el diablo de la rábia y de la blasfemia.

IX.

Las columnas enemigas por un movimiento brusco y audaz se lanzaron hasta llegar á los parapetos de la Piedad.

Lalanne y Pepe Cosio arengaron á su tropa, que se lanzó fuera de las trincheras y contuvo el rudo ataque de los imperiales.

El general Diaz acudió con un cuerpo de Oajaca, y valiente y denodado como siempre rechazó al enemigo en union de los jefes mencionados.

La caballería de la frontera llegaran al sitio del combate, cuando el enemigo en precipitada fuga y cubriendo apénas su retirada con una seccion de caballería austriaca, buscaba refugio detras de los atrincheramientos.

La artillería no cesaba de hacer disparos con éxito brillante sobre los audaces batallones que intentaron el asalto.

Por la línea de Riva Palacio se arrojaron con ardor; pero el bravo general los recibió á metralla, y en los dos puntos de ataque hicieron un fiasco sangriento.

En medio del combate, un hombre despechado saltó sobre el parapeto y con su rifle de diez tiros hizo descargas sobre las columnas.

Si álguien hubiera podido percibir el acento de aquel desgraciado, que pasaba en aquellos momentos como un valiente, hubiera oido la voz de Satanás.

—¿Para qué quiero la vida? exclamaba el miserable, Dios me ha herido en el corazon; maldita sea la existencia!......

En aquel momento un casco de metralla le partió el cráneo, y su cuerpo mutilado se desplomó en el foso.

Pascual Rivera cayó en la tumba de su tesoro.

El lance habia terminado, los heridos del enemigo quedaron en el campo á merced de la muerte, porque sus mismos compañeros hicieron disparos sobre la ambulancia cuando trató de recojerlos.

La hiena de Tacubaya no olvida nunca sus instintos de ferocidad y de barbárie!

CAPITULO VIGESIMOSESTO.

LOS ESPONSALES.

I.

El señor de Fajardo habia recibido una tarjeta del general Fernandez, en que le anunciaba su visita.

Don Modesto, arrepentido de la conducta ridícula que habia observado durante el régimen imperial, buscaba el bautismo de sus culpas en el enlace de su hija con uno de los hombres de la revolucion.

La señora doña Canuta, firme en sus ideas y en sus principios, permanecia fiel á las tradiciones monárquicas, y estaba hecha una pantera con la prision y encausamiento del archiduque y sus generales.

—Debemos confesar, señor de Fajardo, decia doña Canuta, que el triunfo de esa *gentuza* no puede menos que traer sobre la nacion males incalculables.

—No somos del mismo parecer, querida esposa, el sistema republicano es el único adaptable á este país.

—El principio de autoridad está relajado, toda vez que no hay una corona, ni una familia *reinante.*

—Ríete de todo eso; *presidencia*, y presidencia de Juarez.

—Puf! ni me mientes á ese hombre; ha sido la pesadilla de SS. MM. y la del imperio.

—Al fin es mexicano.

—¿Qué tiene que ver lo mexicano ó lo inglés con las dinastías?

—Nada, efectivamente nada; pero no queremos *extranjeros*.

—Caballero, reniegue usted entonces de su camisa y de su pantalon, fabricados en Francia.

—No hay inconveniente, reniego de mi camisa y de mis pantalones.

—Estás de bromita y vamos á tener una incomodidad.

—Escusémosla, querida mia, que estoy de *recepcion*.

—Esa es otra calamidad; tener que recibir al soldadon republicano, que vendrá, no lo dudes, por la mano de Luz.

—Esposa mia, hay cosas que no tienen remedio; la hemos contrariado cuatro años, y ya le ofrecí no oponerme á nada de lo que determine, porque está visto que tiene mas juicio que nosotros.

—Eso es un insulto terrible á mi talento y á mi......

—Será lo que quieras, pero lo dicho, dicho.

—Ya comienza la república á surtir sus efectos; la autoridad se desconoce, se posterga á una madre, se la destrona.

—Mira, Canuta, varía de método en esto de usar palabras monárquicas, porque estas gentes nos apedrean.

—Lo creo al pié de la letra, son unos cafres.

—Te confieso, que á pesar de las garantías, no me llega la camisa al cuerpo.

—Tu yerno te sacará del mal paso, á bien que es de los *rojos* mas exaltados, veremos qué tal se porta; ¡Dios mio! llamarle hijo á un *blusa*, á un *disidente*, á un *juarista!*

—Canuta, recuerda que el imperio no nos ha hecho el menor caso; que si á nuestra hija se le llamó al palacio, fué como quien hace llevar un pavo real, ó una pieza bonita para el jardin de plantas de Chapultepec.

—¡Basta! te digo, hombre estúpido!...... que calles!......

—Si no muevo los labios.

—Este hombre es un hotentote republicano.

II.

Abriéronse las puertas de la sala, y se presentó enlutado de piés á cabeza el señor de Cantolla, amigo íntimo de los Fajardos.

—¡Qué sorpresa tan agradable! dijo el diplomático.

—¡Qué agradable sorpresa! repitió doña Canuta.

El de Cantolla sacó el pañuelo y lo llevó á sus ojos.

—Mi amigo se ha enternecido á nuestra presencia.

—No, no es eso, dijo Cantolla.

—¡Oh sentimientos sublimes cuanto incomprensibles del corazon humano! exclamó doña Canuta.

—Eso es menos todavía, respondió tristemente Cantolla.

—¡Oh dulce ofrenda de la amistad! tornó á decir el diplomático.

—Caballero, dijo doña Canuta, sírvase usted esplicar el motivo de su llanto, puesto que no lo comprendemos, y decirme si Efigenia se encuentra con salud.

—Ha dado usted en el item, en el clavo; ahí, ahí van dirigidas mis lágrimas.

—Al clavo?

—No, hombre.

—Al item?

—No, señora.

—Pues dónde? con una legion de diablos.

—Ved mi traje.

—Sí, está negro.

—Ved mi alma.

—Esa no se puede ver.

—Es verdad; ved mi llanto, todo revela una gran desgracia.

—Una gran desgracia?

—Sí, he enviudado.

—Ah! dijo doña Canuta.

—Oh! exclamó don Modesto.

—Sí, Efigenia ha muerto!

—Cantolla, cuénteme usted cómo ha pasado todo, yo lo quiero saber, se lo suplico á usted en nombre de mi amiga.

—Me sentaré, porque estoy muy cansado.

—Siéntese usted.

—Hable usted, amigo mio, hable usted; quiero *saborearme* en su desgracia, á mí me gusta martirizarme el corazon.

—Pues señor, mi esposa, que en Dios haya, comia con exceso; yo le

decia con el mayar cariño del mundo: "Efigenia, no seas animal, vas á reventar el dia menos pensado, esas son brutalidades."

—Yo fuí testigo de esos consejos saludables, repuso tristemente doña Canuta.

—Llegó desgraciadamente el sitio, escasearon los víveres, Efigenia no podia pasarse sin su racion acostumbrada, ¡y qué racion!...... créanlo ustedes, se han enriquecido los traficantes en carnes solo con el gasto de mi casa. Las reses se acabaron, se acabaron los borregos, las gallinas desaparecieron...... Un dia, tuve que darle un gallo fino que lo destinaba para la feria de Tlalpam, ¡pobre animal! lo rellenaron de morcillas y se lo sopló la difunta.

—Con razon se murió, hombre.

—Quién? el gallo? ya se ve, como que le torcieron el pescuezo.

—Hablo de su esposa de usted.

—Pues ese dia hubo razon, pero no se murió.

—Continúe usted, hombre, continúe, y no llore.

—No puedo menos que lamentar tan sensibles pérdidas, la del gallo y la de mi muger.

—Este hombre es herroroso! murmuró doña Canuta.

—Mi esposa, continuó sollozando el señor de Cantolla, se tomó de un bocado al susodicho animal. Al dia siguiente corrió el perico la misma suerte que el gallo.

—El perico?

—Sí, señor don Modesto; pero ese no se coció al primer hervor; todavía puesto en la sarten, hablaba, ó por lo menos lo parecia, segun su dureza.

—El sitio está espantoso, dijo doña Canuta.

—Mi esposa, continuó el inconsolable Cantolla, se comió, ó por mejor decir, devòró cuanto pájaro le vino á las manos, hasta dejar escuetas las jaulas y pajarera. Un dia para acudir á su manutencion, tuve que ocurrir á la caballeriza.

—Esto es conmovedor, amigo mio.

—Como lo oyen ustedes, literalmente á la caballeriza; en ella tenia una mula frisona color de canela...... ¡ay! esta pérdida es irreparable.

—Sobran mulas en la plaza.

—No siento á la mula, sino á mi esposa.

—Adelante.

—Nos sentamos á la mesa: Efigenia se tomó tres libras frisonas. En la noche se le indigestó la mula, le atacó al cerebro y espiró entre mis brazos, maldita mula!...... fué una peritonitis.

—No, una *mulitis.*

—Me pongo á la altura de la desgracia de usted; sé lo que se ama á una esposa y esto me servirá de leccion para no permitirle que coma brutalidades, es decir, mulas color de canela que se suban al cerebro.

—Parece que á tí se te ha subido, segun tus discursos, Fajardo.

—En estos casos, dijo el diplomático sin alterarse, no sé lo que me digo; figúrate al mejor de mis amigos hundido en la desesperacion, desolado, inconsolable con la pérdida de tanto animal y de su adorada Efigenia, esto sobrepasa á todas las desventuras.

Cantolla se quedó petrificado al recuerdo de su adorada mitad.

Don Modesto pensó:

—Yo daria un par de caballos frisones por una indigestion tan *feliz.*

III.

El general Eduardo Fernandez llamó á la puerta de los Fajardos.

—Pase usted, general, dijo doña Canuta haciendo una profunda reverencia.

—Pase usted, señor de Fernandez, añadió el diplómatico: hemos recibido la tarjeta y esperábamos con ánsia su visita.

—Me he tomado la libertad de anunciarme, porque el negocio que traigo con ustedes es de porvenir.

—Ya escuchamos, caballero, se apresuró á contestar doña Canuta, tomando un énfasis petulante.

—No estrañen ustedes si mi lenguaje no es el acostumbrado en la sociedad distinguida que ustedes frecuentan y á la que pertenecen.

Doña Canuta se irguió como un pavo.

—Soy soldado, y hablaré con entera franqueza.

El diplomático hizo una caravana.

—Hace seis años que amo á la señorita Luz, la guerra está al termi-

nar, no es estraño que trate de cumplir mi palabra empeñada, pidiendo á ustedes me hagan el honor de concederme la mano de su hija.

Hubo un momento de silencio.

—Acaso mis opiniones no sean las de ustedes, pero esto no es un obstáculo.

—Caballero, respondió el diplomático, esto ha sido un rayo para nosotros, ignorábamos las relaciones de mi hija con usted, y no ha podido menos que sorprenderme esta reserva.

—La señorita la habrá estimado conveniente.

—El profundo cariño que profesamos á nuestra hija, añadió doña Canuta, se afecta terriblemente en estos momentos; no obstante, ni su padre ni yo quebrantaremos su voluntad, y la consultaremos en presencia de usted.

—Señora, la amabilidad de usted me cautiva, y cualquiera que sea el resultado de esta entrevista, crea usted que no me hará olvidar su esquisita galantería ni sus bondades.

Doña Canuta sonrió cortesmente, y llamó á su hija, que estaba impaciente temiendo alguna impertinencia de sus padres.

IV.

Luz entró en la sala emocionada. Tendió la mano al general y se sentó junto á don Modesto.

—Hija mia, dijo doña Canuta, que á toda costa queria llevar la palabra sabiendo que su marido estaba dispuesto á dar la mano de Luz á Fernandez, el señor general solicita un enlace, nos ha indicado que hace algunos años mantiene relaciones contigo y desea unirse y entrar en nuestra familia.

—Hija mia, añadió enternecido don Modesto, porque el lector sabe que todo su cariño era aquella criatura angelical: yo te ruego que antes de decidirte á dar una respuesta decisiva, reflecciones sobre tu porvenir.

—Seis años de constantes pruebas de amor, al traves de sufrimientos espantosos, me han convencido, repuso Luz, de lo que tengo que esperar de Eduardo; yo le amo, y creo que mi felicidad está en ese enlace.

Eduardo se levantó y dijo conmovido:

—Señores, ya lo han oido ustedes, yo estoy orgulloso y me siento fe-

liz con esas palabras, con las que he soñado durante tantos años de infortunio y de soledad; no se opongan ustedes á la realizacion de estas ilusiones acariciadas en la noche prolongada de mis desgracias!

Don Modesto le tendió los brazos á Eduardo, éste se arrojó entre ellos, y lloró de felicidad.

¡Pobre soldado! creia que nunca llegaría la hora en el reloj de su porvenir, de unirse para siempre á la muger de su amor. La libertad de su patria y su enlace con Luz, era todo cuanto podia ambicionar aquel corazon generoso.

El general oprimió la mano de doña Canuta, y saludando tiernamente á su prometida, salió loco de felicidad de aquella casa donde quedaba el ángel de sus esperanzas y de su cariño.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSÉTIMO.

FORTUNA Y REFORMA.

I.

Luego que el ataque de la Piedad terminó con la retirada de las fuerzas imperiales, los Torreños se dirijieron á su alojamiento llenos de curiosidad por acabarse de convencer de lo que contenian los cofres hallados en los fosos del parapeto.

Con una bayoneta se pusieron á romper las tapas; pero su operacion se interrumpió con la llegada de Estanislao Luna que les anunció la presencia del general Fernandez.

—Muchachos! entró gritando Eduardo, dónde diablos se esconden que hace una hora que los busco?

—Aquí estamos, mi general, dijeron los mellizos y abrazaron á su querido protector.

—Ha dejado usted Tacubaya?

—He estado toda la mañana con un cuidado horrible por ustedes, el fuego me tenia sumamente inquieto, temia una desgracia hoy que necesito que sean felices todos los que me rodean, porque yo tambien soy dichoso.

—¿Se puede saber la causa, mi general?

—Yo no tengo en el mundo otros corazones que se regocijen con mis alegrías, ni sientan mis pesares, que los vuestros, así es que vengo á participarles un gran acontecimiento.

—Siéntese usted, mi general.

—Vamos, estoy segnro que van á saltar de gozo.

—Ya estamos en áscuas.

—Pues, comienzo, ¿pero no tienen nada que beber?

—Sí, mi general, dijo Simon, aquí hay coñac, tome usted nn trago.

—Sí, un trago por una persona á quien ustedes van á querer mncho; porque ..... en fin, á sn salud!

—El general se ha vuelto loco, dijo Jnan.

—Sí, verdaderamente loco, pero de felicidad.

—Hable usted, mi general, que ya estamos sobre fnego.

—Saben ustedes, porqne se los he contado mil veces, que amo ardientemente á una mnger, que sn memoria me ha acompañado en las negras horas de mis vicisitudes; y su nombre por motivos injustos desapareció de mis lábios, pero vivia en mi corazon; pues bien, la he vuelto á ver y me ama todavía, ayer he pedido sn mano, y al fin voy á unirme á Luz para siempre!...... vamos ¿no les agrada á ustedes la noticia?...... Los veo cabizbajos ¿creen acaso qne voy á abandonarlos?...... eso nunca, ustedes son mis hijos, y vivirán conmigo y participarán como siempre de cnanto tenga, á bien que estamos acostumbrados á la pobreza.

—Mi general, dijo Jnan, usted es mas noble que nosotros, tenemos un secreto y no habiamos pensado en revelarlo á usted; perdone usted nnestra ingratitnd, bien es que nos ha faltado tiempo, pero todo lo va usted á saber.

—¿Qné secreto tienen ustedes entre manos? vamos, muchachos, no hay que afligirse, soy capaz de dar la vida, y eso que ya no me pertenece.

—General, dijo Simon, antes de anoche al practicar nn foso nos hemos encontrado dos cofres, creo que tienen dinero, por snpnesto que todo lo partiremos con usted.

—Veamos ese tesoro, dijo riendo el general.

Jnan sacó los oofres y comenzó por abrir el menos pesado.

La tapa saltó.

Multitnd de bultos de papel llenaban el oofre, oomenzaron á desatarlos y se encontraron con alhajas valiosísimas.

—Demonio! dijo Ednardo, esto es una fortuna inmensa, las joyas son magníficas, ya examinarémos oon cnidado todo, cerremos el cofre.

Los mellizos estaban asombrados, no decian una sola palabra, veian

con estupor los brillantes, despues al general, luego se estrechaban la mano, no comprendian aquel vaiven de la fortuna.

Antes de cerrar el cofre dijo Juan:

—Como una muestra de nuestro afecto y cariño á la señorita Luz, se le llevarán estos pendientes que brillan como dos estrellas.

Eduardo rehusó cuanto fué posible, pero los mellizos no eran gente que se dejaban contrariar.

—Usted deposite todo, dijo Juan, usted lo cuidará porque es suyo tambien.

—Descubramos el otro cofre, dijo Simon, nos entretendremos otro momento.

La tapa saltó; pero cual fué la sorpresa y admiracion de todos al encontrarse con un papel que contenia estas palabras: "Este tesoro pertenece á Juan y Simon Torreños."

—Si no lo hubiera presenciado, murmuró Eduardo, no lo creeria.

—¿Qué quiere decir esto, mi general? preguntaron aterrorizados los gemelos.

—¿No tenian ustedes noticia de este tesoro?

—Ninguna.

—¿Quién indicó el sitio para la apertura del foso.

—El ingeniero.

—Esto es incomprensible, dijo Eduardo.

—El lugar estaba marcado con una cruz de ramas.

—Recuerdo ahora que el hombre con quien fueron ustedes á presentarse me dijo que no era su padre; algun misterio hay aquí que no nos es dado comprender, aquí está la mano de Dios.

II.

El juez del Registro civil de Tacubaya, que era nada ménos que el viejo Espínola, ese patriota acrisolado, fiel siempre á la bandera de la libertad y de la república, perpétuo secretario de la Junta Patriótica y á quien se le persigue por el partido implacable del retroceso, y se le olvida por sus adeptos y partidarios; el viejo Espínola, decimos, se presentó en la casa de don Modesto á asentar la acta para el casamiento de Eduardo con la señorita Luz Fajardo.

—Usted perdone, decia doña Canuta, mi hija se casa primero en la Iglesia con el cura párroco y despues al uso moderno.

—Señora, decia Espínola, la ley......

—Yo no entiendo de leyes civiles, mi hija es católica y creo que usted no tiene autoridad para los matrimonios.

—No se trata del matrimonio católico.

—¡Dios mio! luego el general no es cristiano!

—Sí lo es, pero la ley ha establecido el registro para....

—No, no, eso seria concubinato.

En este momento entraron Luz y don Modesto.

—¿Qué pasa, esposa mia?

—Que este señor es el cura civil y yo no permitiré este cuasi matrimonio.

—Señores, dijo Espínola, si ustedes se rehusan me retiro.

—No, repuso don Modesto, acatamos la ley, por tanto estienda usted el acta.

—Esto es abominable! Luz, hija mia, Juarez no es el Papa, le niego la autoridad de los concilios y de los cánones, ese hombre es lego, es el corruptor del dogma y de la disciplina.

—Señor juez, decia amostazado el diplomático, ya usted conoce á las señoras, no haga usted caso de lo que diga, escriba usted, escriba, que mi hija firmará cuanto sea conveniente.

El viejo Espínola se puso á escribir con la mayor serenidad del mundo, sin prestar atencion á los apóstrofes de doña Canuta.

Esta proseguia exaltada:

—Caballero, esto es torcer las creencias, darle tormento al cristianismo, hacer de un sacramento un pacto de compra y venta, no hay pariedad entre un contrato, verbigracia, de cuota litis y un matrimonio, yo protesto con toda mi energía católica contra este acto herético y condenado por los santos Padres.

—Canuta, no digas disparates.

—Esta acta sí que es un disparate, si tú me hubieras propuesto un casamiento anti-cural, seguramente no hubiera pasado lo que está pasando; vamos, si estoy escandalizada, mi hija mujer civil de un republicano...... de lo civil á lo criminal no hay mas que un paso!.... Estar

estendiendo cláusulas como quien alquila una casa ó un potrero! ¡Dios mio! yo me ahogo.

La nariz prominente de la suegra estaba apopletizada.

—He concluido, dijo Espínola.

Luz se acercó á la mesa y puso su firma en el acta del matrimonio.

Espínola se despidió con ceremonia.

—Más vale morir de indigestion de mula que presenciar estas abominaciones, gritó doña Canuta y cayó desmayada en el confidente.

III.

A los pocos dias se celebraba en la parroquia de la ciudad de los Mártires, el suntuoso matrimonio del general Eduardo Fernandez y la señorita Luz Fajardo.

El general Porfirio Diaz y su jóven esposa apadrinaban á los desposados.

La iglesia estaba adornada profusamente.

El Estado Mayor del general de toda gala y una concurrencia numerosa llenaban el sombrío templo de Tacubaya, entonces ataviado como los novios.

El viejo párroco leyó la epístola de San Pablo y dió su bendicion á aquellas dos almas, que habiéndose sostenido firmes en la tormenta de sus desgracias, llegaban ante el ara del Señor, en pos de una felicidad acariciada por tantos años de ausencia y de infortunio.

CAPITULO VIGESIMO OCTAVO.

EL MINISTRO DE ESTADO.

I.

El presidente Juarez, vuelto de su peregrinacion bajo los arcos triunfales de la república, recibiendo las ovaciones que los pueblos tributan á sus hombres, ese homenaje rendido al patriotismo y á la abnegacion, fijó la residencia del gobierno en San Luis Potosí, donde el alambre telegráfico le anunció la madrugada del 15 de Mayo que la plaza de Querétaro habia caido en poder de las fuerzas republicanas, y que era su prisionero Maximiliano de Hapsburgo.

La historia recoge este solemne acontecimiento entre los golpes mas rudos y sombríos de las vicisitudes humanas.

El imperio, sentado en el banquillo del acusado, respoderia á los cargos que la república formulaba desde 864 en el proceso de usurpacion.

Maximiliano estaba sentenciado desde el 10 de abril de ese año memorable, fecha de su aceptacion en Miramar del trono de México.

Los hombres tienen que dar cuenta al mundo y á la civilizacion de sus acciones como gobernantes.

Si á las naciones no les es dado residenciarse, la historia, como juez inflexible, lleva á los hombres y á las cosas al tribunal supremo de las generaciones y del porvenir.

Juarez, al frente de la Europa que lo debia juzgar á su vez de una manera implacable, estaba en la obligacion de obrar resueltamente, y apoyado en esa base indestructible del derecho, ante la cual se prosternan las sociedades, pronunciar un fallo irrevocable que hiciera descubrir la frente con respeto al mundo civilizado.

Un tribunal se encargó del proceso de Maximiliano y se le concedieron todas las garantías que la ley ofrece á los acusados.

La magestad caida fué trasladada al convento de Capuchinas.

Hemos dicho que los alemanes son supersticiosos.

Maximiliano recordó que habia salido de la capital en dia 13, que en esta misma fecha su augusta esposa dejó las playas mexicanas, y se estremeció al pensar que los sepulcros de los emperadores de Austria y de la real familia, estaban en el convento de Capuchinos de Viena.

Por una fatalidad se encontraba su prision en las Capuchinas de Querétaro.

Hay algo de fatídico en estas coincidencias.

El infeliz monarca dirigió un telégrama á Tacubaya para que saliesen de la capital sus defensores.

El archiduque buscaba mas bien las influencias; comprendia que de nada podia servir el talento del abogado ante la ley terrible á que se le sometia.

En las causas políticas, nada tiene que ver D. Alfonso el Sábio ni las capitulares de Carlo Magno.

La ciencia es impotente, y no queda mas que la *conveniencia pública* y la *razon de Estado.*

Riva Palacio, el padre del valiente general, cuyos hechos patrióticos ha recogido la historia contemporánea, el antiguo ministro de las administraciones liberales, el viejo senador y gobernante cuyas canas venerables respeta la sociedad mexicana, era uno de los defensores nombrados por el príncipe destronado.

Los abogados Ortega y Martinez de la Torre, cuyos nombres viven unidos á las glorias del foro mexicano, eran los otros defensores.

Como el proceso tenia términos angustiosos, Maximiliano nombró al Lic. Vazquez, una de las capacidades mas distinguidas de Querétaro, para que lo patrocinase en su causa.

El general Diaz trasmitió los partes telegráficos á la capital, á pesar de lo riguroso del sitio, cediendo á sus sentimientos filantrópicos.

El lugarteniente se escusó por algunos dias de dar la órden para la marcha de los defensores.

Ese miserable temia, como en efecto aconteció, que una vez sabida la

noticia de la rendicion de Querétaro, su tropa entrase en desmoralizacion absoluta.

Ese hombre infame permitió la salida del baron de Magnus y los defensores sin confesar la verdad, é inventando supercherías ridículas que solo encontraban eco en los corazones obcecados y en los cerebros privados de sentido comun.

Abandonamos para de una vez á esa alma cobarde y degradada, sufriendo los horrores del miedo y del remordimiento, viendo caer hoja por hoja las flores secas de sus esperanzas, sorbiendo á tragos la hiel de la derrota, hasta que la justicia divina descargue sobre su cabeza el rayo vengador que confunda una existencia que hoy arrastra maldita entre los hombres.

II.

Corrian los términos, y la defensa era imposible.

Luego que Riva Palacio y Martinez de la Torre llegaron á Querétaro, pidieron próroga para organizar sus trabajos.

El gobierno accedió al pedido de los defensores.

Despues de una larga conferencia con Maximiliano, convinieron en que Riva Palacio y Martinez fuesen á gestionar el indulto cerca del gobierno de Juarez, porque la sentencia era irremediable, miéntras Vazquez y Ortega se presentaban ante el Consejo de Guerra.

El baron de Magnus los acompañó en el viaje.

Aquellos hombres infatigables, y que habian aceptado la defensa del archiduque, comenzaron á sostener debates terribles para salvar al desgraciado príncipe.

El baron de Magnus solicitó audiencia, y el ministro de Estado se la concedió.

Ya el lector conoce al ministro de Juarez, lo ha visto en Paso del Norte despues de su peregrinacion por el *desierto*, manifestarse impasible y sereno en las tormentas políticas.

Dotado de un talento elevado y de una energía suprema, acostumbra dejar el corazon sobre su bufete para entrar al exámen de las cuestiones.

El baron de Magnus es una capacidad vulgar; la Prusia lo tenia en la corte de Maximiliano donde no habia un solo caso que resolver.

Se notaba desde luego la gran superioridad de Lerdo sobre el prusiano.

—V. E. comprenderá, decia el baron, lo que vuestra patria va á levantarse en la opinion europea y del mundo entero con el perdon del archiduque Maximiliano.

—El gobierno, dijo tranquilamente Lerdo, al someter al archiduque á un Consejo de guerra, conforme á una ley preexistente, ha obrado en justicia, y por hoy no será posible separarse de sus prescripciones. Hay, pues, que esperar el fallo del Consejo. Esa ley ha servido para aplicarla á los mexicanos; y nada podria justificar una excepcion en favor precisamente del jefe de la rebelion.

—La Europa y los Estados-Unidos verian con suma complacencia la conducta generosa de este país.

—Señor baron, la Europa es la que hace más difícil la situacion.

—S. M. el rey de Prusia, á quien tengo el honor de servir, ha mantenido desde la independencia de México, las relaciones mas amistosas con esta nacion; por consiguiente, considero de mi deber ocurrir á V. E. en circunstancias angustiosas, cuando se versa el porvenir de México para interesarme á nombre de mi gobierno por la vida de un príncipe, y por virtud de su sincera amistad, destituida absolutamente de interés directo político, sino guiado solo por el bienestar y la paz de México, del modo mas confidencial, sin pretension alguna y libre de todo carácter oficial.

—La paz de México está asegurada, y en cuanto á su porvenir, no me causa inquietud alguna.

El baron, desentendiéndose de las palabras del ministro, que eran incisivas, repuso:

—V. E. comprenderá que la historia eleva tanto mas á las naciones, cuanto son mas nobles y generosos los actos que ejerce, y el mayor de todos es el compadecerse del vencido.

—Señor ministro, hemos venido debatiendo una cuestion de indulto ántes de tiempo, porque S. E. ve el fallo del Consejo como el anuncio seguro de la muerte de Maximiliano, y sin que pueda decir que la resolucion del gobierno está tomada, pues que es un punto reservado á un detenido y sério exámen.

—A la alta penetracion que distingue á V. E. como hombre de Es-

tado, no puede ocultarse cómo los gobiernos europeos estiman la vida del príncipe prisionero como una prenda del mas alto valor; por lo mismo, la gratitud hácia los que se la concedan, les obligará á ofrecer aquellas garantías que pudiera desear la nacion mexicana para conservar su independencia y libertad.

—Diré á S. E. mi opinion particular, puesto que me estrecha al hablarme sobre lo que México tiene que esperar de la Europa: el perdon de Maximiliano pudiera ser funesto al país, porque en lo conocido de su carácter variable, no habria gran probabilidad en que se abstuviera de otra seduccion. La guerra civil puede y debe acabar con la reconciliacion de los partidos; pero para ello es preciso que el gobierno quite los principales elementos de un trastorno que fuera probable. La justicia cumple con este proceso uno de sus deberes, y la nacion nos pediria cuentas de una indulgencia que la expusiera á los peligros de una nueva agitacion. Para lo interior, léjos de ser un vínculo de union el indulto, eterna seria la recriminacion entre los mismos sostenedores de la nacionalidad mexicana; él sí produciría una inquietud peligrosa que pudiera comprometer todo el porvenir relajando todos los resortes de la autoridad.

—¿El Sr. Lerdo cree que en la escala de las penas, hay que llegar indefectiblemente á la última que tanto pugna con el principio fundamental de la constitucion? ¿No seria para México más glorioso y útil tener al archiduque preso en la fortaleza de Perote ó en otro punto bien custodiado? ¿No es seguro que la nacion veria entónces á la Europa pedir á la República, á la democracia mexicana, la vida de un príncipe, su libertad, su salvacion? ¡Qué mas bello monumento pudiera la historia levantar á la democracia de México, que decir: Venció al imperio y consolidó la República, que defendió con el valor y entusiasmo que inspira la libertad: perdonó al emperador: libró su vida del patíbulo, porque su ley fundamental, la constitucion victoriosa, en su sabiduría filantrópica, prohibe la pena capital?

El ministro Lerdo no se conmovió ante aquel lenguaje vehemente que arrojaba el principio constitucional ante el mismo hombre que como jefe del gabinete de Juarez lo habia sostenido con heroicidad.

—Señor baron de Magnus, dijo con voz tranquila: el gobierno ha pensado ántes y ahora con el mayor detenimiento los peligros del perdon, la

consecuencias de la muerte; y si el gobierno llega á denegar el indulto, del cual se ocupará cuando llegue su caso, esté V. E. seguro de que ha creido que así lo exige el sentimiento nacional, la justicia, la conveniencia pública, y la necesidad de dar paz á un país que, sin ese nuevo elemento de la monarquía, habia tenido lo bastante para hacerse pedazos en mas de cincuenta años.

—Señor, la Prusia intervendrá en lo que México estime por conveniente en su relacion con los gobiernos europeos, y el archiduque, que ya ha abdicado de antemano, no volverá mas á pensar en la monarquía mexicana, y los antiguos partidarios del imperio cesarán en sus pretensiones.

—Señor baron, no nos hagamos ilusiones; ¿quién puede creer que estarian tranquilos los hombres intransigentes, para quienes los adelantos de la sociedad, su progreso, sus instituciones, son un pecado que los lastima y excita á la revolucion? ¿Quién puede asegurar que Maximiliano viviera en Miramar ó á donde la Providencia lo llevara, sin suspirar por el regreso á un país del cual se ha creido el elegido? ¿Qué garantías pudieran dar los soberanos de Europa de que no tendriamos una nueva invasion para sostener el imperio?

—Señor, dijo el baron de Magnus con exaltacion, la Europa cumpliria con los deberes que se impusiera, y esto por su propia dignidad y decoro.

—Señor baron de Magnus, repuso Lerdo levantando su voz dominante, que abatió con su vibracion el alma del prusiano alentado por una momentánea chispa de calor, la Europa no quiere ver en los mexicanos hombres dignos de formar una nacion. Tiene de nosotros la mas pobre idea: se figura que las instituciones republicanas son el vértigo de un pueblo demagogo, y á grande servicio y mayor honra para el país tendria, acaso, el comprometer ántes de mucho tiempo á Maximiliano para que tentase nuevamente la fundacion del imperio. La inspiracion fatal que animó la intervencion, podia revivir, y los gobiernos de Europa, con el pretexto de moralizarnos, hiriendo la moral mas pura, armarian nuevas legiones que, aunque extrangeras, portarian bandera mexicana para fundar otra vez el poder del que llamaron emperador. El indulto pudiera ser funesto entónces, y al desden é ingratitud con que se viera esta conducta, agregariamos tal vez en mayor grado la repulsion de los partidos,

encenderiamos mas sus odios, y mas y mas se levantaria el grito terrible de reproche á la traicion.

—Señor, los intervencionistas están decapitados, dijo Magnus con humildad.

—No seria remoto, continuó Lerdo, una nueva violacion de los principios de derecho público; la independencia de México pudiera entónces pasar por mayores peligros que los que á costa de tantos sacrificios ha podido en la presente crísis conjurar.

—La Europa, repuso Magnus, podria comprometerse solemnemente....

—Señor baron de Magnus, interrumpió Lerdo con altivez, es preciso que la existencia de México como nacion independiente, no la dejemos al libre arbitrio de los gobiernos de Europa: es preciso que nuestras reformas, que nuestro progreso y nuestra libertad, no se detengan ante la voluntad de un soberano de Europa, que pudiera apadrinar á quien llamándose emperador de México, pudiera aspirar á ser el regulador del grado de libertad ó servidumbre que conviniera. La vida de Maximiliano podia ser la tentativa de un vireinato, y esa esperanza alimentar las recriminaciones de partido, las sediciones de una desesperada situacion, el alimento de una antipatía de mas hondas raíces que las que hasta aquí habian tenido los ódios políticos.

—El archiduque permaneceria tranquilo en su país, toda vez que se convenciera del funesto error á que lo ha conducido la política francesa y el engaño del partido de la intervencion; crea V. E. que nada podria turbar la quietud del archiduque en su estancia de Miramar; libre allí de las ambiciones, veria con horror el campo desolado por el que acaba de atravesar.

—La vuelta de Maximiliano á Europa, señor ministro, podia ser una arma entregada á los calumniadores y enemigos de México, de que se servirian como restauracion, provocando siempre un conflicto para la transformacion de las instituciones de la República.

—Apelo á la generosidad del pueblo mexicano, señor ministro; yo os conjuro al perdon.

—Cerca de cincuenta años hace, señor baron, que México viene ensayando un sistema de perdon, de lenidad, y los frutos de esa conducta

han sido la anarquía entre nosotros y el desprestigio en el exterior. Ahora, ó acaso nunca, podrá la República consolidarse."

—Yo ruego al señor ministro de Estado, en nombre de la humanidad, y sobre todo, del porvenir de México, que no se prive de la existencia al desgraciado archiduque de Austria, imploro por última vez el indulto.

—Concluyamos, señor baron de Magnus, el gobierno que ha luchado por la República con una fé ciega en el porvenir, no comprometerá hoy ninguno de sus grandes intereses con la resolucion precipitada del indulto de Maximiliano. El gobierno hará un verdadero estudio, y la resolucion que tome será hija de una conciencia desapasionada.

Ante aquella ruda firmeza, ante aquella opinion manifiesta, acompañada de una lógica inflexible, no habia esperanza alguna de salvacion.

El ministro prusiano abandonó las salas del palacio, y fué á participar á los defensores el éxito fatal de su entrevista con el ministro de Estado.

El hombre de Estado, que tan valientemente habia sostenido ante un emisario extrangero la dignidad de la nacion, vió al baron de Magnus con una mirada de profundo desden, acompañada de una sonrisa irónica y de compasion.

—Cualquiera diria, dijo con voz vibrante, al oir á ese baron de Magnus, que estamos en el último dia de Pompeya.

Estaba reservado á la Francia de 67 escandalizarse por la muerte de un usurpador, á la que llama *regicidio*.

No seremos nosotros los que arrojemos á su frente su Nueve Thermidor, ni la memoria de Luis XVI y María Antonieta, porque nosotros nos inclinamos ante la revolucion francesa, antorcha luminosa proyectada sobre el siglo XIX, foco de civilizacion, de donde reciben sávia las libertades públicas y el adelanto del mundo entero. Tenemos en nuestras manos la historia de la *Restauracion*, esas páginas horrorosas de sangre que enrojecen la repugnante figura de Luis XVIII. Los asesinatos del 25 de Junio de 815 no tienen igual en los tiempos bárbaros: respondan las hecatombes de Burdeos, de Marsella, Nimes, Tolosa y Avignon. Dígalo el asesinato del mariscal Brunne, cuyo cuerpo fué arrojado en las ondas del Ródano; ahí está la muerte del duque de Anjou, cuya fosa se estaba cavando cuando la sentencia aun no se pronunciaba; ahí está la muerte del mariscal Ney, los asesinatos de la Vendée y tantos otros cuyos nombres

guarda la historia de ese vértigo revolucionario...... Mas adelante, en la historia de nuestros dias, ved á treinta mil familias en el destierro; la Francia ha cerrado sus puertas á los hijos de la República!

Es necesario que la Francia comprenda que la espada de la justicia nada tiene de comun con los puñales de Ravaillac y Jacobo Clement.

Abrió despues su cartera, y leyó con detencion la nota dirigida por el Austria al gobierno de la Union americana, en que le suplicaba se interesase por la vida del príncipe, pues José II veia acercarse el momento de la catástrofe.

La nota hablaba con cierto desprecio, é indicaba qne los Estados-Unidos tenian *derecho* de ser obedecidos por la república, puesto que á ellos se les debia la fuga del ejército frances.

El ministro movió la cabeza con impaciencia, y continuó imperturbable su despacho.

III.

En las antesalas habia un grupo de oficiales que referian sus aventuras y campañas.

—Y qué noticias hay del campo de Escobedo?

—Una magnífica.

—Dígala usted, compañero.

—El ex-general Mendez ha caido prisionero, en el acto lo fusilaron y *pax Christi.*

—Ya pagó ese asesino las muertes de Urnapan.

—Cien vidas que tuviera no valian una sola de mi general Arteaga.

—No hay deuda qne no se pague.

—Hace tres meses decian llenos de orgullo qne las cinco MM azótarian á los republicanos.

—Qué significan esas MM?

—Está claro, con esa letra comienzan los nombres de los caudillos imperiales y de su amo: Maximiliano, Miramon, Mendez, Mejía y Márquez.

—Pues cuatro de ellas están en nuestro poder, y la última M está en jaque.

—Porfirio Diaz se encargará de quebrarla.

—Esa M es de las mas importantes; tenemos cuenta pendiente con ese zaragate de lugarteniente.

—El lugar va á quedar vacante; me parece que el *negocio* va mal por Querétaro.

—Como que si no los fusilan, tenemos revolucion.

—Hemos luchado cuatro años por darles el golpe de gracia, y que ahora los dejen escapar, seria la última diablura.

—No lo crea usted, compañero, D. Benito y Lerdo son como la diabla, hace mucho tiempo que han prometido vengar al país y lo cumplirán.

—Ya lo dijeron?

—Creo que sí.

—Pues entonces ni Santo Tomas los convence, negocio ganado.

—Echenle un galgo al *indulto.*

—Primero se retractaba Torquemada y todo el Santo Oficio, que Juarez retroceder un solo paso.

—Y Lerdo?

—Ay! ese es peor todavía, porque sabe la terquedad con argumentoel qué lengua! donde la suelta, vamos, que es capaz de probar que sale el sol á media noche y que llueve de abajo para arriba.

—Si le han salido los comanches cuando atravesó el desierto, les echa un discurso y los vuelve *juaristas.*

—Les tengo mas miedo á las levitas negras, que á un obús de á treinta y seis.

—Ay! amigo, los abogados son el demonio, tienen mas argucias que las sotanas.

—Quien ve al Sr. Iglesias como una paloma sin hiel, y al Sr. Lerdo tan suave, y al señor presidente tan modesto! no se fien ustedes de la gente de pluma, ¡canario!

—Desde el bufete son capaces de incendiar al mundo, como aquel señor que se llamaba Neron, que se puso á tocar la guitarra mientras la ciudad se consumia entre las llamas.

—Señores, parte telegráfico!

—Qué pasa?

—Que en Querétaro han comenzado los debates en el consejo de Maximiliano.

CAPITULO VIGESIMO NONO.

LA PALABRA EMPEÑADA.

I.

Las dos hermanas de la caridad, á quienes no habrán olvidado nuestros leotores, seguian en el hospital de sangre aliviando las dolencias de los heridos con una abnegacion y ternura sin límites.

Clara y Guadalupe habian aceptado por completo aquel sacrificio como un alivio á sus desengaños.

A la cabecera de aquellos lechos de dolor, iba el corazon destrozado por las heridas del mundo á buscar un lenitivo á su infortunio.

Estamos en la noche del 14 de Junio, víspera del aciago dia en que un consejo de guerra debia decidir de la suerte del augusto prisionero.

Guadalupe y Clara estaban en su habitacion, las dos criaturas pasaban por una ansiodad terrible.

—Yo tiemblo de terror, Clara, me parece que su existencia va á terminar en ol cadalso.

—Aleja esos pensamientos, hermana mia, yo creo que le respetarán; hay empeños grandes por salvarle, ademas son tantos los que se han complicado en los sucesos, que seria una injusticia que él solo muriese.

—No, Clara, Maximiliano va á ser la víctima expiatoria...... yo me siento morir á esta idea!

—No llores, Dios vela por los desgraciados.

—A mí me ha abandonado.

—No hay que perder la esperanza.

—Ya su luz se ha extinguido en mi alma.

—Le amas aun?

—¿Que si le amo?...... Sí, Clara, aquel amor inmenso que yo le he profesado, á fuerza de combatirlo se ha hecho mas grande, sí, porque mi

alma no sabia que era una ilusion hasta que le he visto, le amo con toda mi alma, con la fé del primer cariño, con ese perfume de santidad que se exhala del corazon en sus primeras impresiones!..... Sí, Clara, esta pasion nutrida en el abandono, herida por el engaño, se ha apoderado de todo mi ser con una violencia, que ya mi espíritu siente abatir sus alas y comienza á buscar el aliento de ese hombre!......

—Es necesario guardar ese cariño en el abismo del pecho, y amar como yo, solo una sombra, un recuerdo, una quimera!......

Clara inclinó la cabeza y lloró en silencio.

—Sí, continuó, es tiempo de orar; orar, porque llega el momento de la tribulacion.

—De mi alma se desprende una continua plegaria al Todopoderoso.

Llevadas por este pensamiento las dos hermanas de la caridad se arrodillaron ante la imágen de la Vírgen y oraron en silencio.

II.

Unos toques dados á la puerta de la celda sacaron aquellas dos almas del misticismo de sus oraciones.

—Es el oficial de guardia, gritó la voz conocida de Don Serafin.

Clara abrió la puerta.

El jóven soldado fijó sus ojos en la hermana, plegó el ceño como quien busca un recuerdo y exclamó sin poderse contener:

—¡Clara!

—Sí, yo soy, entre usted.

—¿Pero qué ha pasado?

—Todo lo sabrá usted.

Guadalupe levantó la cabeza y su mirada se encontró con la del caballero.

—¡Guadalupe! ¿pero qué significa esto?

Guadalupe se arrojó al cuello del jóven, y sin poder contener sus lágrimas, lloró amargamente antes de poder hablar una palabra.

—Yo estoy sorprendido, señoritas, algo terrible ha pasado para que ustedes se encuentren en este paraje y bajo los hábitos de la caridad.

—Caballero, amigo mio, dijo dulcemente Guadalupe, la noche en que nos separamos......

—Sí, dijo el jóven, no necesitais recordarlo, allí en las rocas del *Pedregal*, me dijo usted al tenderme la mano: "¿Puedo contar con usted si algun dia lo necesito?" sí, contesté con entusiasmo, y ahora repito mi oferta, exijan ustedes la palabra empeñada, yo tengo con las dos una deuda inmensa de gratitud y estoy pronto á pagarla.

—Oiganos usted un momento y nada nos pregunte, dijo Guadalupe: usted recuerda que el desgraciado Enrique mató en desafío á un austriaco.

—Sí, perfectamente, ¡pobre amigo mio!

—Usted no nos ha reconocido, nosotros velábamos por él, encontró dos amigas en su lecho de muerte.

—Sí, recuerdo que dos hermanas le asistian en sus últimos momentos, el dolor mató la curiosidad y ni aun siquiera reparé en ustedes.

—Es que nos ocultamos por temor de ser reconocidas por Pablo.

—Bien, bien, adelante, ¿qué tiene que ver ese austriaco muerto en el desafío?

—Ese hombre, continuó Guadalupe, estaba allí por órden del emperador, que bajo la apariencia de un humilde capitan tenia amores conmigo.

—¿Con usted, Guadalupe?

—Sí, yo ignoraba que fuese Maximiliano, y le amaba mas que á mi vida.

—¿Y bien?

—Yo le he vuelto á ver una sola ocasion para darle mi eterna despedida...... entónces, previendo la desgracia que le amenazaba, porque el corazon no se equivoca, me hizo su última súplica.

—¿Y cuál es, señora?

—La de acompañarle en sus últimos instantes.

—¿Y cómo cumplir esa promesa sin ser vista de Pablo Martinez, que es uno de los custodios del emperador?

—No me ha comprendido usted bien, seguramente porque yo voy en mi desgracia aun mas allá de estos momentos.

—Puede ser, Guadalupe, yo estoy trastornado, esplíquese usted con mas claridad.

—Mientras ese hombre viva yo debo velar por él, hacerme sentir sin que él me vea.

—Ya comprendo.

—He alistado su celda, y cuido de cuanto le pertenece, estos hábitos me resguardan.

—Continúe usted, continúe.

—Si el consejo de guerra le sentencia, dijo Guadalupe estremeciéndose de terror, usted me introducirá en el convento, quiero asistir á sus últimos instantes, acompañarle al suplicio y recibir su último aliento!

Don Serafin estaba conmovido terriblemente.

Clara veia con una compasion dolorosa á su triste amiga.

—Señora, dijo al fin el caballero, estoy dispuesto á todo, mi palabra es sagrada.

—Bien, respondió Guadalupe, estrechando aquella mano bienhechora, yo he visto siempre en usted un hermano.

—Lo soy de corazon; pero no vuelvo aun de mi asombro, señorita Clara, ¿cómo ha podido su padre de usted consentir en separarse de su adorada hija?

—Ha hecho este sacrificio porque sabe que mi dolor no encontraria alivio en otra situacion que esta.

—¿Usted ha sufrido?

—Mucho, hondamente.

—Yo la hacia á usted feliz.

—Esa palabra es un sarcasmo.

—Acaso el señor Demuriez ha pagado mal el cariño de usted?

Clara se cubrió el rostro con las manos.

—Víctima de la fatalidad, se apresuró á decir Guadalupe, para ahorrar á su amiga la esplicacion de aquel doloroso suceso, se ha suicidado.

—¡Qué horror! esclamó don Serafin.

Clara se sintió ahogada por el llanto.

Despues de algunos momentos la señorita Rodrigues levantó su rostro con la serenidad de la resignacion.

—Don Serafin, dijo tristemente, necesitamos un sitio en el teatro donde tendrá lugar mañana el consejo de guerra del Emperador.

—Sí, dijo Guadalupe, desde ese lugar oculto podré verle.

—Tomaré un intercolumnio y acompañaré á ustedes.

—Es necesario que Pablo ignore todo.

—Fien ustedes este negocio á mi prudencia, y sobre todo á mi amistad.

—Adios.

—Adios.

III.

Al salir don Serafin de la celda de las hermanas de la caridad entraba una dama enteramente cubierta con un velo.

Movió lijeramente la cabeza y el caballero la saludó á su paso.

—¿Las señoras Guadalupe Martinez y Clara Rodriguez? preguntó con acento firme á las hermanas.

Las jóvenes se vieron asombradas, hasta entonces creian que sus nombres eran un secreto.

Adelantóse Clara, y dijo con aquellas maneras distinguidas que revelaban su elegante trato social.

—Servidoras de usted, señora, y le indicó un asiento á la desconocida.

La dama paseó la mirada por el semblante de las jóvenes é hizo un movimiento de satisfaccion como quien ha encontrado lo que buscaba.

—Estamos á las órdenes de usted, señora.

—Hablemos, dijo con un acento pronunciado de extrangerismo la desconocida; pero antes veamos quienes somos.

—Señora, dijo Clara, sin disimular su extrañeza, nosotras hemos olvidado hasta nuestro nombre, lo dejamos perdido en las tormentas del mundo, nada recordamos, tiene usted delante á sor Guadalupe y á sor Clara, he aquí todo.

—Antes que ese hábito se ajustase á la delicada cintura de sor Guadalupe, su corazon ha sido víctima de una pasion terrible.

—Señora! exclamó la hermana del guerrillero.

—Es uno de aquellos amores, prosiguió la dama, que nos asaltan en los dias primeros de nuestra juventud, cuando el alma se exhala en perfumes como las flores y el horizonte está teñido de una luz purísima y sonrosada, horizonte hermoso de la existencia.

—Señora! señora! murmuraba la jóven.

—Es una noche, continuó la extrangera, la luna dá de lleno sobre un jardin, las flores de la noche se han entreabierto al cerrarse las de la tarde y el jardin está saturado de aromas. La lluvia ha cesado y las gotas

del agua tiemblan como brillantes en las hojas de las rosas. Un hombre acaba de ser muerto á pocos pasos de la reja, y un embozado penetra á un gabinete donde hay unos grabados con el castillo no recuerdo de donde: aquel embozado es el amante de la hurí de aquel paraíso.

—Mentís, señora! dijo con altivez Guadalupe, aquel hombre no era un amante, era un prometido.

Levantóse bruscamente la dama al oir aquella terrible palabra.

—Señora, dijo, no poseo bien el castellano y acaso he hecho mal uso de esa palabra.

—Perdonad, repuso Guadalupe.

Sentóse la dama y dirijiéndose á Clara:

—Jóven, la dijo, por lo que acabais de oir, comprendereis que sé vuestros secretos, hay en vuestro semblante las huellas profundas del desconsuelo, esas pupilas húmedas revelan quo no ha mucho que las lágrimas han asomado á esos párpados.

—Es verdad, murmuró Clara.

—La memoria sombría del suicida aun acompaña el vírgen corazon que ha amado con delirio.

—¿Qué quereis, señora?

—Lo vais á oir, vosotras teneis amigos que hagan llegar una carta al emperador, es necesario que se entere de su contenido.

—Hay grandes dificultades.

—Ese jóven que acaba de hablar con vosotras, es el amigo íntimo de Pablo Martinez, hermano de Guadalupe, y le será fácil introducir este paquete al calabozo del prisionero.

Un pensamiento terrible cruzó por la mente de Guadalupe con la celeridad de un relámpago: ¿le amará esta mujer? El corazon de la jóven se sintió devorado por los celos y su semblante se cubrió de una palidez mortal.

—Señora, se apresuró á decir con voz conmovida, lo que pretendeis es sumamente riesgoso, y nosotras no podemos comprometer á nuestros amigos.

—Nó amais al emperador, dijo con voz sarcástica la dama, ni le habeis amado nunca.

—Que no le he amado? ¿qùe no le amo aun? señora, estais profanan-

do el santuario de mis creencias, vos no comprendeis hasta donde alcanza esta pasion que yo le consagro á Maximiliano; por él he vivido, por él respiro todavía!...... miradme agostada por el sufrimiento y secas y abrasadas mis pupilas por el llanto perenne de mis angustias; ved estos hábitos donde se ha refugiado mi amor sin esperanza; mi presencia en este lugar lo esplica todo!

—¿Y cuando amais así, dijo la extrangera, no quereis arrostrar un peligro insignificante, frente á esa situacion desesperada del emperador?

—Es que.....

—Prestadme vuestras vestiduras y yo penetraré en la celda.

—¡Nunca! dijo Guadalupe celosa como una leona.

—La sangre de Maximiliano caerá sobre vuestra frente, yo he venido á rogaros que me presteis vuestra ayuda para salvarle.

—Dadme las cartas, yo haré que lleguen á sus manos.

—Bien, aquí están.

La dama entregó un paquete á Guadalupe.

—Os juro que le serán entregadas.

—¿Vos le vereis personalmente?

—Sí, respondió la jóven queriendo ver qué efecto producian en la extrangera sus palabras.

La dama quedó un momento cavilando; ya está establecida, decia, una correspondencia segura, aun hay esperanzas.

Aquel silencio fué interpretado desfavorablemente por Guadalupe, creyó que la dama era la querida del emperador y que buscaba aquel medio para comunicarse con él.

—Hemos concluido, dijo la extrangera y saludando á las jóvenes salió de la celda poniendo en las manos de Clara su tarjeta.

Luego que desapareció, las dos amigas se precipitaron sobre el papel llenas de curiosidad y exclamaron á la vez:

—La princesa Salm Salm!

CAPITULO TRIGESIMO.

EL GRAN PROCESO.

I.

El régio prisionero permanecia en el cuartel de Capuchinas.

La celda que le servia de prision era pequeña, sombría, impregnada de la atmósfera pesada y densa de aquel clima.

En la puerta estaba permanentemente una fuerte guardia que hacia imposible toda tentativa de evasion.

Maximiliano, postrado en el lecho por una enfermedad aguda, pasaba aquellas horas lentas y sombrías leyendo á César Cantú.

Conferenciaba con los médicos que lo asistian, y durante algunas horas permanecía á veces sumido en un triste mudismo, aliñándose maquinalmente la barba con un peine de concha, y haciéndose viento con un abanico de madera.

¿Qué pensamientos cruzaban en el abismo insondable de aquella alma?

Aquel hombre, arrebatado á la grandeza de su posicion para trasladarse á un cadalso, debia estar desmoralizado. Hay algo en el corazon humano que se revela en los momentos supremos de la existencia...... ¡la tumba lejos de la patria!...... Pensar que hay una madre que va á morir de angustia delante de los restos ensangrentados de su hijo!.... Delante de este espectáculo ver proyectados sobre ese velo que va á desgarrarse para siempre, las imágenes sombrías de las víctimas sacrificadas á la ambicion, los patíbulos de la Lombardía, los cadalsos de México, las tumbas de esos soldados venidos del extrangero para apoyar un trono levantado sobre las ruinas de una nacionalidad agonizante, y en el fondo de ese cuadro terrible ver atravesar la imágen de una pobre loca llevando en la mano la tea sombría del remordimiento, como esas furias fantásticas de la mitología!

Los últimos instantes, velados por fantasmas tan aterradores, debian ser espantosos!

II.

El dia 27 de Mayo, el general en gefe del ejército del Norte comunicaba al Ministerio de la Guerra haberse comenzado á juzgar á Maximiliano, Miramon y Mejía.

En la tarde de ese dia, el príncipe de Hapsburgo pedia al presidente de la República que se permitiese la salida de la capital del baron de Magnus y de dos abogados que fuesen á Querétaro á encargarse de la defensa.

Solicitaba ademas una conferencia con el Sr. Juarez.

El telégrafo habia hablado.

Ese hilo por donde se tocan dos corazones lejanos, ese alambre que envía en alas del rayo las confidencias de dos almas separadas por la distancia y que trasmite el consuelo que un corazon exhala á otro corazon ausente, ese hilo habia comunicado la anhelante palabra del prisionero á los representantes de las naciones europeas.

Y estos diplomáticos, acompañados de tres abogados de los mas prominentes en el foro mexicano, habian llegado á Querétaro.

Aquellos hombres de Estado europeos, pisaron la ciudad conquistada, con el terror y el desaliento pintados en su rostro. Ellos, que habian aprendido su derecho internacional puestos de rodillas en las gradas del trono, no comprendian la suprema altivez republicana con que el vencedor veía al vástago de aquellas régias dinastías.

Los defensores, por el contrario, aunque pertenecian al partido liberal, comprendieron cuán noble era la mision que se les confiaba, y con todo el valor civil de su conciencia se consagraron al desempeño de su encargo.

Dos de ellos, Riva Palacio, ese anciano patricio, y Martinez de la Torre, partieron para San Luis á gestionar al lado del gobierno cuanto favoreciera á su defendido. Ortega y Vazquez permanecieron al lado de Maximiliano.

Estos dos últimos tenian la tristísima mision de acompañar al reo ante el consejo, y acaso hasta sus últimos momentos.

III.

La causa estaba en estado de verse en consejo.

Por mas que lo habian intentado los defensores de los reos, no era posible ya obtener nuevas moratorias.

El 27 de Mayo anunció el cuartel general que el proceso habia comenzado en virtud de órden anterior, y ya casi el mes de Junio tocaba á su mitad.

Pero todo estaba concluido respecto á los trámites juridicos.

Dentro de la prision que guardaba á los tres reos, habia una agitacion excesiva.

Aquel fuego lento y sombrío entre la vida y la muerte, cuando esta tocaba ya con su ala de hielo las frentes de los prisioneros, era conmovedor.

Mejía estaba profundamente decaido. Su constitucion raquítica, minada por una larga enfermedad, se habia reanimado un poco durante los combates del sitio; pero despues cayó en una atonía profunda. Aquel hombre se habia abatido sin fé en el triunfo de su causa, pero con todo su valor proverbial: hecho prisionero, sabia que lo aguardaba un patíbulo; y lo aguardaba sumido en un silencio tenaz, único síntoma de su atonía moral.

Miramon altivo, sereno en medio de la perfecta conviccion en que estaba de ser fusilado, lanzaba constantemente epígramas sobre su situacion. Al despertar, ó mas bien, al saludar por la mañana á los otros dos reos, lo hacia diciéndoles esta terrible frase: "*Un dia menos*," que él pronunciaba con una sonrisa sarcástica y pasándose el dedo por el cuello de una manera significativa.

Maximiliano habia dominado al fin las emociones de que habia sido presa en los primeros momentos de su caida, y entonces insistia tenazmente en que no habia tenido emociones, y esto lo decia sobre todo á los médicos que con él hablaban. Queria sostener la dignidad de su raza, queria caer como los gladiadores romanos, en una postura noble y artística.

Su lectura favorita, el eterno toillette que hacia en su persona, y las conferencias que tenia con sus defensores, eran sus ocupaciones de los últimos dias que tenia que vivir!

Pero en sus noches de insomnio, cuánto dolor, cuánta amargura, y cuánta vacilacion no agitarian á aquel rey arrojado por el infame cálculo de Napoleon III desde los palacios de Miramar hasta un oscuro calabozo del ex-convento de Capuchinas de Querétaro!

IV.

El dia 12 de junio la Mayoría general del cuerpo de ejército del Norte, espidió una órden general que contenia, entre otras cosas, estas líneas:

"El dia de mañana á las ocho de la misma, se celebra consejo de guerra ordinario, para juzgar en él á Fernando Maximiliano de Hapsburgo archiduque de Austria, y á los llamados generales D. Miguel Miramon y D. Tomás Mejia sus cómplices, por delito contra la nacion, derecho de gentes, la paz pública y las garantías individuales."

He aquí hecho, con todo el enérgico laconismo republicano, el juicio de la intervencion y del imperio.

Con esas pocas palabras contestaba la república la Convencion de Lóndres, la infame oratoria de Billault, el tratado de Miramar, y la proclamacion del imperio hecha por los Notables en el palacio nacional de México.

La noticia se propagó rápidamente por toda la ciudad, y un terror pánico comprimió el corazon de cuantos se habian complicado en la causa del imperio.

Los que creian que los reyes son inviolables, quedaron anonadados ante la firmeza con que los hombres de la república iban á esplorar la conciencia pública del hijo de cien emperadores, para tocar, si era culpable, con la mano de la justicia, su cabeza ungida.

Dos mugeres habia allí, en la prision de los reos, desgraciadas por el sufrimiento.

La esposa de Miramon, esa noble figura tan altiva, tan bella y tan inteligente, con su hija en los brazos, inquieta y loca por el pesar, organizaba con los abogados nuevos medios de defensa. Al fin, partió cerca del presidente en pos de la última esperanza, el indulto.

Iba la esposa, la madre, á arrojar la conmovedora elocuencia de su ruego en uno de los platillos de la balanza de la justicia nacional, en el otro pesaba una forzosa sentencia de muerte.

La otra, vertia sus calladas y tristes lágrimas al lado de Mejía.

Bella como un sueño de artista, oscura mártir de un amor lleno de abnegacion y de sacrificios, tambien arrullaba en sus brazos á un niño de unos cuantos meses.

Ese niño no debia conocer á su padre.

Solo Maximiliano estaba solo. Acaso se delineaba junto á la cabecera de su lecho la tristísima sombra de Carlota, esa pobre loca que vagaba en los régios salones del palacio paterno sin recordar á su esposo. Acaso otro nombre se escapaba dulcísimo de sus labios. Pero el príncipe extrangero no sentia una caricia bienhechora que refrescara su frente, esa frente que iban acaso á romper las balas republicanas.

V.

Llegó al fin el dia 13 de Junio de 1867.

Esa fecha fatídica seguia destacándose sombria y amenazadora sobre el destino de Maximiliano. Sus presentimientos debieron levantarse, al ver esa cifra ante sus ojos, como esas aves nocturnas que lanzan un grito de terrible agüero.

A las seis de la mañana cincuenta cazadores de Galeana, y cincuenta hombres del batallon Supremos Poderes, formaron frente al convento de Capuchinas.

Una inmensa multitud llenaba la calle y se desbordaba por las esquinas de las calles confluentes.

A las ocho y minutos, Miramon y Mejía fueron extraidos de la prision y conducidos en un carruaje al teatro de Iturbide, lugar á donde debia celebrarse el consejo de guerra.

Delante del carruaje y á los lados marchaban los cazadores; el piquete de infantería cubria la retaguardia.

Maximiliano habia quedado en su prision.

Un silencio profundo pesaba sobre la ciudad, tan intenso y tan sepulcral, como si fueran las altas horas de la noche. El sol radiante y risueño que se elevaba en el espacio, sobraba, estorbaba, era un sangriento contraste.

Llegó la comitiva al lugar designado, y los presos fueron colocados en el pórtico del teatro en medio de una guardia numerosa.

Los dos tomaron asiento.

Miramon tranquilo, dejando ver en sus lábios una sonrisa casi burlona, saludaba á los que se aproximaban á verlos.

Mejía abatido, humilde, pero sereno, guardaba una inmovilidad absoluta.

La puerta que conduce del pórtico al interior del teatro fué abierta; la multitud se precipitó por ella.

VI.

El interior del teatro estaba profusamente iluminado por millares de bugías de cera, que ardian con una crepitacion triste y sepulcral y que aumentaba lo solemne de aquel acto trayendo á la memoria esos cirios que se colocan junto á los cadáveres.

El estrado del consejo se habia dispuesto en el foro.

A la derecha del espectador estaba la mesa en torno de la cual se hallaban sentados los miembros del consejo, el asesor de éste y el fiscal.

El presidente era el teniente coronel Platon Sanchez, ese valiente soldado de la república que mas tarde fué asesinado en un motin militar.

Asistian como vocales los comandantes capitanes José Vicente Rodriguez y Eulalio Lojero y los capitanes Ignacio Jurado, Juan Pineda y Auza, José Verástegui y Lucas Villagran.

Era asesor el jóven abogado Joaquin Escoto y fiscal el licenciado Manuel Aspíroz.

Cosa rara! de los individuos que formaban el consejo, el que tenia mas edad no contaba veintiocho años.

Era la juventud juzgando al pasado, era la generacion nueva consumando el pensamiento capital del siglo.

Porque allí no se trataba de la vida ó la muerte de tres hombres. Eso aquí, en México, no tiene significacion alguna. Nuestra raza está habituada á ver la muerte de frente y la arrostra con la suprema indolencia del desden.

La cuestion era mas alta, mas grave.

La república iba á pronunciar su último fallo sobre la intervencion y su raquítico engendro, el imperio: se iba á juzgar no solo al emperador y sus cómplices, sino á la Európa monárquica, mas aun, al derecho divino de los reyes, y del cual se cree que, por no tener nacionalidad, pue-

de implantar uno de sus vástagos en cualquier parte del suelo sin cuidarse de la nacionalidad adonde van á enraizar.

A la izquierda estaban los tres banquillos donde debian sentarse los acusados, y detras los abogados defensores de estos.

Vazquez y Ortega defendian á Maximiliano.

Moreno y Jáuregui á Miramon.

Vega á Mejía.

Los cinco abogados estaban vestidos de negro, y en sus rostros se leia una emocion honda y profunda, pero inteligente.

El escenario del teatro estaba cerrado por una decoracion de salon: iba á representarse en él, la penúltima escena del drama del imperio.

El presidente del consejo tocó la campanilla: la sesion quedó abierta.

Los vocales y los defensores ocuparon sus asientos, aquellos cubiertos y vestidos de riguroso uniforme.

El asesor comenzó la lectura de la causa.

El pueblo escuchaba atentamente aquellos documentos oficiales que al desarrollarse debian levantar una ola que ahogara á los culpados.

Despues de los primeros trámites y de la confesion con cargos se veia una pieza en la cual Maximiliano declinaba la jurisdiccion del consejo de guerra á que se le sujetaba.

En efecto: si se hubiera levantado en aquellos momentos de su tumba Carlos V, se hubiera estremecido de terror al ver á un miembro de su imperial familia arrastrado ante un consejo de guerra por un descendiente de los súbditos que le regaló la espada de Hernan Cortés.

VII.

Dejemos entre tanto que nuestra vista vague por otras partes.

El patio del teatro estaba lleno de oficiales.

Ellos, los que no hacia medio año aun estaban por las montañas, perseguidos, proscritos, cazados como fieras, puestos fuera de la ley y sumidos en la mas espantosa miseria, sin desistir por eso de luchar por la independencia de su suelo, hoy al ver vencido á su enemigo y con un pié ya en el escalon del patíbulo, no sentian un movimiento de ódio ni de venganza en su corazon.

El pueblo que ocupaba el resto del salon, era presa de un intenso estupor: presenciaba un espectáculo nuevo para él, el juicio de un emperador.

Algunas señoras vestidas de luto se veian en algunos palcos.

En uno de estos, el mas sombrío, porque no llegaba hasta él la luz del foro, se veian dos hermanas de la caridad perdidas en la oscuridad del fondo.

VIII.

Los reos continuaban entre tanto inmóviles en sus asientos en el pórtico del teatro y en el cuerpo de guardia.

Al ver Miramon que un amigo suyo cruzaba frente á él le hizo una seña imperceptible.

El amigo se le aproximó y Miramon con su sonrisa habitual le dijo:

—Tengo hambre.

Minutos despues en el mismo pórtico, en el ángulo de la contaduría se dispuso una mesa, y Miramon comia en ella con una tranquilidad admirable.

Apenas habia concluido cuando se notó un movimiento en el cuerpo de guardia.

Ocho soldados de "Supremos poderes" condujeron á Mejia ante el consejo.

El acusado tomó asiento en el banquillo, y la escolta que lo habia llevado se colocó á su espalda.

IX.

El licenciado Próspero C. Vega comenzó la lectura de su defensa.

Aquello era una obra ciceroniana.

El abogado de pueblo, como él mismo modestamente se llamaba, agotó los recursos oratorios para salvar al reo.

—"¿Por qué habeis de matar á Mejía?" dijo con una sencillez terrible recordando que su defendido muchas veces habia tenido en su poder algunos gefes del partido liberal y habia respetado su vida, como á Arteaga y á Escobedo.

Si no se hubiera tratado allí de asegurar la paz futura de México, el orador con su poderosa palabra habria arrancado al reo del patíbulo. Pero la república habia marcado el "*hasta aquí*" á la revolucion lanzando su fallo inflexible sobre los que la habian inundado en sangre.

Conc!uida la defensa la gnardia hizo salir á Mejia del teatro.

Inmediatamente introdujo la misma fuerza á Miramon, quien tomó asiento en el banquillo con la misma elegante indolencia con que se habria sentado en un sillon de estrado.

Su defensa, pronunciada por Jaúregui y Moreno, fué tambien hábil y brillante.

Cnando terminó se hizo tambien salir al reo y ambos fneron conducidos de nnevo al ex-convento de Capuchinas.

X.

La sesion se suspendió por un momento.

El fiscal fué á la prision, y volvió momentos despues haciendo presente la imposibilidad en qne estaba Maximiliano de comparecer ante el consejo.

Los abogados Vazqnez y Ortega dieron lectura á la defensa de Maximiliano.

Apelaron á todo.

Incompetencia del jnrado, mala aplicacion de la ley, la inconstitucionalidad de ésta, irregularidad en los procedimientos, la falta de piezas justificativas, cnestiones internacionales, á todo apelaron y todo lo invocaron para defender al archidnque.

Hicieron la historia de la intervencion y del imperio: recordaron la insistencia de Maximiliano en no aceptar la corona hasta conocer la volnntad del país; disculparon la promnlgacion del decreto de 3 de Octubre llamándole ley *ad terrorem*. La inteligencia, en fin, pretendia arrancar del cadalso con mano salvadora al que habia usnrpado el poder de un país al amparo de un ejército extrangero.

Eran las nueve de la noche cnando el presidente anunció que se snspendia la sesion pública, porque el consejo iba á asesorarse.

XI.

A las ocho de la mañana del signiente dia volvió á abrirse al público la sesion.

El fiscal leyó entonces su pedimento.

En aquella pieza estaban aglomerados los cargos sobre los reos con una energía terrible.

Cada inculpacion estaba comprobada con un documento oficial publicado por el gobierno imperial.

Era el rayo hiriendo la conciencia de los reos, era la avalanche desplomándose sobre los imprudentes que habian intentado escalar la montaña, era la justicia de la república arrojando sobre la balanza reguladora las lágrimas sin cuento y los torrentes de sangre que le habian arrancado los tres acusados.

Terminó pidiendo para ellos la pena de muerte.

Entonces se escuchó por todos los ámbitos del teatro un grito agudo, desgarrador, vibrante, como no es capaz de arrojarlo garganta humana.

Pareció que habia salido del fondo del palco que ocupaban las hermanas de la caridad.

La puerta del palco sonó con estrépito, se oyó un murmullo de voces que se perdian por el corredor y todo quedó en silencio.

El palco estaba vacío.

Concluido el parecer fiscal la defensa continuó mas viva, animada y tempestuosa.

Cada uno de los defensores fué aglomerando cargos sobre el fiscal. Se hicieron protestas, se habló de nuevas irregularidades en la sustentacion del proceso durante la suspension de la sesion, se anunció la abdicacion formal de Maximiliano, se recurrió al fin á todos los medios posibles para salvar á los reos.

Terminadas las defensas se cerró la sesion pública y comenzó la secreta para sentenciar.

El consejo permaneció en sesion hasta las diez de la noche, hora en que se disolvió.

Y entonces, aunque se habia guardado un profundo secreto, una noticia vaga y negra recorrió como una sombra por la ciudad.

Los tres reos estaban condenados á muerte.

En efecto así era, y al momento en que el general en gefe se conformó con la sentencia, el fiscal lo comunicó á los reos.

El telégrafo anunció al presidente de la República, que Maximiliano de Hapsburgo y sus generales entraban en capilla esa misma noche.

CAPITULO TRIGESIMO PRIMERO.

LA PRINCESA SALM SALM.

I.

La princesa es una jóven alta, esbelta, bien formada; su cuerpo tiene un aire de elegancia y de distincion muy pronunciado. Su tez lleva el color del ámbar, sus ojos son grandes y color de verde mar, su boca no es muy pequeña pero es sumamente graciosa, y la dentadura admirable.

La princesa tiene la frente grande y despejada, y hay en aquella mirada y en todas las actitudes, una manifestacion de viveza y talento incontrastables.

La princesa tendrá veintiseis años.

Arrojada, valiente, generosa, dotada de una alma grande, ha nacido para combatir; aquella muger es el génio del peligro, todo lo abarca, todo lo comprende, es incisiva.

Se habia propuesto salvar al emperador, y trabajaba con empeño y asiduidad incansables.

¡Pobre jóven! luchar con el destino es la locura.

El viejo marido de la princesa alentaba el entusiasmo de la jóven, porque el príncipe amaba tiernamente á Maximiliano.

La princesa habia recogido datos en la capital sobre Clara y Guadalupe por conducto de un oficial austriaco que estaba en los secretos del emperador y se encontraba en Querétaro, donde llegaba despues de haber in-

trigado en el campamento de Porfirio Diaz, donde tambien buscó apoyo para la solicitud de indulto del archiduqne.

La princesa veia acercarse el postrer momento del emperador.

Era el 18 de Junio, víspera de la ejecucion, y nada se habia conseguido sino la certeza de qne Juarez no perdonaria á Maximiliano.

La princesa tenia instrucciones para gastar cnantas snmas fnesen necesarias para poner en salvo al archiduqne; era el agente principal, y la empresa estaba en las únicas manos en qne el éxito podia ser favorable.

La afligida princesa tocaba el último resorte: los tres dias de plazo puestos por el gobierno, espiraban.

El emperador habia arreglado todos sns negocios; las cartas que la prinoesa le habia enviado por conducto de Guadalupe, llevaban la noticia de la muerte de Carlota.

Ignoramos con qué objeto se hizo oircular oomo cierta esta noticia.

Maximiliano lloró á sn desventurada esposa creyéndola mnerta, y esta pesadnmbre le dió acaso mas valor para sufrir el último y doloroso trance.

Maximiliano dejaba tras sí una familia ingrata, es decir, no dejaba nada.

Gnadalnpe snpo qne al recibir el archiduqne la correspondencia de la Salm Salm, habia llorado amargamente.

La hermana del gnerrillero confirmó sus celos, oreyó que aquellos papeles encerraban nna despedida, y maldijo á aquella muger qne acaso le arrebataba los últimos pensamientos del hombre de su amor.

Tenia celos de nn cadáver.

II.

La princesa hizo la última tentativa: se dirigió á la oasa alojamiento de Pablo Martinez, qne era nno de los cnstodios de Maximiliano, despues de haber intentado infrnctnosamente corromper la fidelidad del coronel Palacios, ofreoiéndole doscientos mil pesos por protejer la fuga de Maximiliano, oferta qne rechazó el honrado militar como nna ofensa á su patriotismo.

Pablo Martinez estaba profnndamente emocionado: al tooar el ala oscura de la venganza se sentía desfallecer; porque el emperador, si bien

habia engañado á su hermana, al menos no se habia atrevido á profanar su pureza, ni habia abusado de su alta posicion para sednoirla.

Pablo no tenia que vengar nada, porque hasta en la ocnltacion del rango y nombre del emperador, existía un fondo dè honradez.

El guerrillero le cobró afecto al desgraciado monarca, é insensiblemente tuvo simpatía ante un infortunio tan grande.

Pablo Martinez dormia, porqne le tocaba la última guardia, hasta entregar á Maximiliano á la justicia.

La princesa se encontró con don Serafin, que edncado en la alta sociedad mexicana, la recibió de una manera galante.

—Señora, en qué pnedo serviros, dijo el dandy en lengna inglesa, que era el idioma de la Salm Salm.

—Caballero, me felicito de encontrar una persona distinguida con quien hablar.

Don Serafin hizo una reverencia.

—¿Vos sois el amigo de corazon del teniente coronel Martinez?

—Servidor vuestro, señora.

—Me conoceis?

—Qnién puede ignorar el nombre de la señora princesa.

—Bien; vos sois un hombre de corazon y vengo á fiaros mi secreto, á pediros el favor mas grande que podeis hacer y qne durante vuestra vida no volverá mas á ofrecerse.

—Estoy á vuestras órdenes.

—No hay tiempo que perder, y seré breve.

—Hablad, señora.

—Se necesita salvar la vida del mas desgraciado de los monarcas.

—De Maximiliano?

—Me habeis comprendido.

—Señora, yo soy impotente para una empresa tan difícil.

—Vuestra amistad con Pablo Martinez nos servirá para este trance.

—Señora, vos no conoceis á ese hombre, tiene nn corazon de roca; ademas, que desconfiaria de mí, de su mayor amigo, al aventnrar una sola palabra.

—Pnes la aventurareis, caballero, dijo la Salm Salm tomando una mano de don Serafin.

Don Serafin se estremeció: hacia mucho tiempo que una mano delicada no se tocaba con la suya.

—La direis, no es verdad?......... yo necesito esa palabra.

En ese momento Pablo Martinez se dejó ver en el aposento.

—La señora princesa desea hablar contigo para un asunto de sumo interés.

—No sé, dijo el guerrillero, en qué pueda servir á esta señora.

—Caballero, dijo la princesa á don Serafin, dejadnos solos.

El dandy saludó á la Salm Salm, y se retiró.

Quedóse un momento la jóven viendo tenazmente al guerrillero, que cruzado de brazos permanecia esperando que hablase la princesa.

—Hay un hombre, dijo al fin la dama, cuya vida me interesa, y á la Europa y al mundo entero.

—Y bien?

—El hombre de que os hablo, se llama Maximiliano de Hapsburgo.

—No quiero ser descortes con una señora, pero la presencia de usted me compromete, me hace sospechoso á los ojos de mis compañeros; ruego á usted deje esta casa.

—Pablo Martinez, tú eres un hombre rudo; pero á fuerza de estar entre todos los hombres de capacidad y de instruccion, que han abandonado sus bufetes y despachos para lanzarse á la revolucion, estás al tanto de cosas que antes no se te alcanzaban, porque la propaganda de la palabra ha sido acaso mas terrible que el estrago de las armas; tus gefes mas bien son oradores que soldados; ellos han infiltrado desde la tribuna todas las ideas que han germinado en el corazon del pueblo, y dado el triunfo á la idea grande de la independencia.

—Es, verdad, señora, es verdad.

—Tú sabes que el emperador debe morir, como el conde Raousset y Crab filibusteros en la Sonora, como Walker en Nicaragua, como Narciso López en la Isla de Cuba.

—Sí, yo sé que todos ellos han asaltado una nacion, y que han muerto como piratas.

—Se te habrá dicho que al archiduque se le ha condenado á muerte como á un usurpador, cómplice de Bonaparte en los horribles asesinatos perpetrados por el ejército intervencionista en su nombre; autor de la

circular de 3 de Octubre en que se decretaba el esterminio de los republicanos; reo de insistencia despues de las juntas de Orizaba y México; asesino de Arteaga y Salazar, á quienes se les aplicó el fatal decreto antes de publicarse en Michoacan; reo de lesa nacionalidad, convicto ante el tribunal del siglo y de las libertades!

—Sí, todo eso es verdad, dijo Pablo influido por las palabras febriles de la princesa.

—Pues bien, no te he ocultado nada de esos terribles cargos que pesan sobre el emperador; pero tú ignoras que él no ha obrado por sí sino á impulso y bajo la influencia de Napoleon; que es inocente, que ama á México como vosotros, y que ahora lo que desea es alejarse para siempre de la playas mexicanas.

—Yo sé, señora, que el país está lleno de tumbas; que todos los amigos y compañeros han desaparecido bajo el gobierno de Maximiliano; que frente á Querétaro han derramado su sangre los gefes mas queridos: ahí está esa gasa enlutada que llevo aún, señora; las balas del imperio me han arrebatado á un jóven á quien amaba mas que si hubiese sido mi hijo.

—Todo es cierto; ¿pero su sangre será el cauterio de vuestras heridas?

—Yo soy nada, señora, pero la patria es mucho; ella necesita reparacion, y la hora ha llegado.

—Tu alma es noble y generosa, en tus manos está la salvacion del archiduque.

—Señora, yo no he traicionado nunca, me ofenden esas palabras; es necesario que el emperador expíe sus crímenes ó su fatalismo en un cadalso!

Levantóse airada la princesa Salm Salm, y poniendo su delicada mano sobre el hombro del guerrillero, y lanzándole una mirada terrible, le dijo con voz ahogada:

—Busca en tu conciencia una sombra, Pablo Martinez; tú no recuerdas á la patria, tú quieres ejercer la mas negra de las venganzas.

El guerrillero se estremeció.

—¿No es cierto, que hay en tu alma un sentimiento impío, prosiguió la princesa sacudiendo el brazo de Pablo Martinez, que te obliga á ser terrible con el archiduque?

—No, no es cierto, murmuró aterrorizado aquel hombre.

—¿Es falso tambien que hubo una noche en que pretendiste asesinar

al emperador, y que el cielo te envió un rayo antes que consumar el crímen? ¿Es mentira tambien que al volver de tu vértigo prometiste vengarte, y que has seguido los pasos del príncipe hasta gozarte en su agonía?

—No, yo no sé vengarme.

—Tú ignoras que ye puedo lanzarte á la vergüenza y á la deshonra, y tú eres impotente para llegar hasta una mujer.

—Nadie creerá esas palabras, porque todos están al alcance de las pretensiones de la señora Salm Salm.

—Y si yo presento á tu hermana, que bajo un disfraz ha seguido al archiduque, porque sus relaciones han seguido á pesar tuyo, y se encuentra en el campamento?

El guerrillero sacó su pañuelo para pasarlo por su frente, que estaba inundada de sudor.

Al sacar el pañuelo, cayó de su bolsa un papel cuidadosamente cerrado.

Entonces la princesa, con una accion rápida como el pensamiento, fingió una escena cómica arrojándose á los piés del guerrillero, tomó el papel y lo puso entre el pañuelo, lo desdobló y leyó violentamente: "Contraseña para la noche del 18 al 19 de Junio.—*Alerta!*"

—Perdonadme, Pablo Martinez, gritó casi sin contener su alegría.

—Señora, por compasion diga usted que no es verdad lo que ha dicho.

—No, no es verdad; supe por acaso las relaciones de vuestra hermana con el emperador, y quise obligaros por ese medio á salvarle; compadeceos de una mujer á quien horroriza la idea de ver muerto á un noble príncipe á quien le debe el porvenir de su esposo.

—Señora, yo nada puedo hacer.

Echóse el velo á la cara la princesa; ya estaba en su mano la clave; era una esperanza de salvacion.

—Me queda el consuelo de haber cumplido con un deber sagrado; adios, ya no insisto, siga el emperador su destino.

La princesa salió sin despedirse de Pablo Martinez y sin saludar á don Serafin, que instantáneamente se habia enamorado de la princesa, y que se quedó petrificado al ver el frio desden con que la Salm Salm pasó junto á él sin inclinar siquiera la cabeza.

III.

Llegó la princesa á su alojamiento, y se puso á escribir á Maximiliano. «Señor, la contraseña para esta noche es *alerta!* Disfrazaos como mejor os sea posible; decid la palabra á los centinelas, á corta distancia tendreis caballos de posta. Estais próximo á la libertad.—Yo estoy *alerta!* adios.»

—Drick! gritó despues llamando al oficial austriaco que acompañaba al emperador.

—Manda algo la señora princesa?

—Sí, enviad mis caballos á la esquina del convento de Capuchinas, haced que aposten otros en la garita de México, y esperadme en ese sitio: procurad que nadie se entere, pues va en ello la vida del emperador.

La princesa volvió á salir, tomó un coche y se dirigió á la fábrica del Hércules en busca de las Hermanas de la Caridad.

CAPITULO TRIGESIMO SEGUNDO.

CELOS.

I.

En el aposento destinado en la fábrica del Hércules á las Hermanas de la Caridad, habia un Crucifijo colgado á la pared.

Clara y Guadalupe yacian arrodilladas delante de aquella imágen.

Aquellas almas oraban en silencio por el reo de muerte.

El dia 16 el emperador estaba ya en marcha para el patíbulo, cuando llegó la órden suspensiva por tres dias.

Aquella prolongada agonía era un tormento horrible.

Arrebatar á un hombre de los brazos de la muerte, volverlo á la vida por unos instantes mas sin el deseo de salvarle, es una crueldad espantosa; suspenderlo sobre el abismo para que contemple la sima donde va á hundirse para siempre, era arrancarle el corazon á pedazos y extraer gota á gota la sangre de las arterias.

Guadalupe habia oido las cajas y los clarines de la columna que servia de séquito á la muerte, se habia encerrado en su aposento para no oir la detonacion de las armas, salva de la eternidad.

La infelice criatura habia llorado hasta agotar sus lágrimas, y falta de aliento, helada como un cadáver, desarraigada de la vida, y sin mas sosten que una naturaleza nerviosa y calenturienta, permaneció desmayada hasta que su amiga Clara, ese ángel de resignacion, la despertó para decirle que aun no era llegada la última hora.

Guadalupe salió del sopor que la embargaba, limpió sus pupilas y se dirigió al cielo en una súplica ferviente.

Pasaron así dos dias en la ansiedad y el desvelo, sin alcanzar una sola ráfaga de esperanza.

II.

Ya hemos dicho que era el 18 de Junio cuando las Hermanas se recogian entre las sombras del aposento á orar por el infeliz sentenciado.

—Señor! decia Guadalupe fijando su mirada cubierta por las lágrimas en la imágen del Redentor, tú has probado el amargo cáliz del sufrimiento, has caminado al patíbulo con la frente ensangrentada y el corazon despedazado al recordar la angustia de una madre!...... á tí te alentaba el espíritu divino, estabas fuera de las miserias humanas, y sin embargo, lloraste, y tu sudor de sangre empapó la tierra!...... Duélete de quien va á morir tambien al grito desesperado de un pueblo!...... Compadécete de esa alma atribulada que va á desatar sus lazos con el mundo! ..... Señor! Señor! uno solo de los rayos apacibles de tu misericordia...... una palabra de perdon!......

La jóven golpeaba su frente sobre las baldosas del aposento, y lloraba sin cesar.

Clara murmuraba aquella sombría y aterradora oracion, á cuyas frases el corazon se paraliza y el alma se acerca á Dios sintiendo en todo su sér el aliento magestuoso del Creador del universo, ese pavor solemne, ese respeto profundo, esa íntima conmocion que debe sobrecoger el espíritu en la hora en que debe comparecer ante el tribunal de Dios!......

«Sal, alma cristiana, de este mundo, en el nombre de Dios Padre, etc.»

Desde aquel aposento se rodeaba el espíritu del reo del incienso y oraciones que lo acompañarian en su tránsito á la vida eterna!

III.

Unos toquidos dados á la puerta, sacaron de su contemplacion á las jóvenes.

Guadalupe, con aquel instinto de las mugeres celosas, reconoció á la princesa Salm Salm.

Le dió un vuelco el corazon y se despertó á la agitada vida del mundo.

—Qué quereis, señora?

—El último sacrificio; es necesario que este papel llegue á las manos del emperador: Guadalupe, en nombre del cielo haced que se le entregue.

—Me es imposible, señora, estoy á punto de ser descubierta por mi hermano.

—Qué importa, si salvais á un hombre cuya vida nos es tan cara?

Guadalupe se estremeció de celos.

—Señora, prosiguió la princesa, si mi existencia pudiera darse á trueque de la suya, derramaria hasta la última gota de mi sangre.

—Esto es demasiado; murmuraba Guadalupe.

—Vuestro hermano ha permanecido inexorable á mis ruegos, pero Dios los ha escuchado: poseo la clave para su salvacion. Tomad esta carta, señora; si llega á las manos del archiduque, está salvado, y partirá á Europa libre de las asechanzas de sus enemigos: alegre, feliz, entrará á una nueva existencia; el sol vuelve á salir para él que ha sido siempre tan desgraciado; yo estoy pronta á acompañarle, á seguir su destino, hasta verlo á bordo de la "Elizabeth," que lo regresará á las arenas patrias: desde el mar os bendeciremos, Guadalupe, vois sois un ángel de redencion y misericordia!

—Libre!...... feliz!...... murmuraba la jóven mexicana, y en compañía de la princesa!...... no, mil veces no!

—Resolveos, Guadalupe, en nombre de vuestra madre!

—Y ella, continuaba pensando la jóven, se irá con él, la gratitud por tantos sacrificios llegará hasta el amor...... y me olvidará, y sus recuerdos se apagarán, y mi cariño morirá como una flor estrujada por el arado!...

—Resolveos, por Dios, clamaba la princesa llena de angustia, porque las horas atravesaban violentamente.

—Señora, entregaré la carta al archiduque Maximiliano.

—Os repito que en ella va la salvacion del príncipe.

—Descuidad, señora, que dentro de breves instantes estará en poder del emperador.

—Sois un ángel! gritó la Salm Salm, y se arrojó al cuello de Guadalupe, que bañó su rostro con sus lágrimas.

Aquel llanto decidió de la suerte de Maximiliano.

La jóven sintió que un dique de hierro se levantaba delante de su amor.

Al exaltarse en la fiebre espantosa de sus celos sonrió con desden y profunda amargura, y apartó á la princesa que la estrechaba con emocion.

La jóven extranjera salió llena de alborozo del aposento de las Hermanas de la Caridad á disponer todo lo conveniente para la fuga del archiduque.

IV.

Luego que Guadalupe se quedó sola, fijó sus ojos en el papel que la Salm Salm habia dejado en sus manos.

El sobre tenia puesto el lacre.

El huracan de las sospechas tornó á desatarse en su alma impresionada.

—Esa muger me insulta! esclamó con rábia; ignora que esta carta abrasa mi mano, que basta una sola muger para hacerme desgraciada sin que ella venga á hacer mas hondo el abismo que nos separa.

Guadalupe se arrojó en un sillon, y ocultando su rostro entre las manos, meditaba sobre lo que debia hacer.

Despues de algunos momentos se levantó decidida y abrió resueltamente la carta de la princesa.

Pasó la vista por aquellos renglones, repitió la palabra "*alerta!* contraseña para la noche del 18 al 19 de Junio."

—Ella lo espera, y se marcharán los dos al extranjero, y ella será el todo para él, y la amará, y mi nombre no sonará en sus lábios sino para compadecerme!...... no, este papel no penetrará las puertas de su prision...... que muera!...... ¿no llevo yo la agonía en el corazon? ¿no está mi existencia sepultada en un mar de lágrimas y de infortunio? ¿no viviré de hoy mas en la desgracia hasta que Dios me arranque una vida llena de dolores horribles y de sufrimientos?...... Sí, le lloraré muerto, pero no en brazos de otra muger. Yo quiero rezar por él, llorar...... morir; pero no execrarlo desde el fondo de mi desgracia, ni derramar mis lágrimas sin esperanza!...... Sí, que muera! clamaba fuera de sí la infortunada jóven; esa muger le olvidará y nadie vendrá á disputarme un cadáver encerrado en una tumba, allí será mio nada mas, mio para siempre!......

Acercóse delirante y puso la carta sobre la llama de la lámpara de la Vírgen.

El papel comenzó á arder lentamente.

Presentó una flama azulada, que se fué extinguiendo luego que la calcinacion convertia en cenizas la última esperanza de aquella alma predestinada.

Aquellas cenizas vagaron un instante en la atmósfera y se arrastraron á los piés de Guadalupe.

—Hemos concluido, dijo la jóven; está roto el ensueño de esa insensata...... pobre princesa Salm Salm!

V.

Luego que cayó la noche, la princesa Salm Salm se situó en una calle adyacente al convento de Capuchinas, última prision de Maximiliano.

Las horas pasaban.

La noche estaba quieta, pavorosa, solo se oia el grito de los centinelas que se perdia como un eco en las cavidades de una gruta.

Los caballos dispuestos para la fuga del archiduque, herian con sus herraduras las piedras del embanquetado, como si participasen de la ansiedad de la princesa.

Cada soldado que atravesaba, cada sombra, hacia latir con violencia el corazon de la jóven.

En esta espectativa nerviosa y llena de angustias, la sorprendió la primera luz de la mañana.

Las campanas tocaron el Ave María, y los clarines saludaron la llegada del sol con sus toques de diana.

A qué esperar? Todo habia sido infructuoso!...... La muerte del monarca estaba decidida.

Era necesario creer en el *destino manifiesto*.

Las columnas comenzaron á desfilar á la sordina rumbo al Cerro de las Campanas.



CAPITULO TRIGESIMO TERCERO.

EL PRESIDENTE JUAREZ.

I.

Desde Moctezuma II hasta nuestros dias, es decir, en un interregno que abraza tres siglos y medio en el que aparecen sucesivamente las grandiosas figuras de Cuautimotzin, Cuitlahuatzin y Hernan Cortés, el uno espirante en las llamas del tormento sin ceder á la muerte un rayo de su patriotismo, Cuitlahuatzin dando la batalla de la *Noche triste*, y el feroz conquistador haciendo resonar su acerada armadura en todo un continente, hasta esa comitiva vulgar, fantasmagoría del vireinato enviada por la casa de Austria de fatídica enunciacion en América y por la de Borbon *regnante* en las Españas, hasta detenerse ante el arco triunfal levantado á la independencia Mexicana: desde Iturbide cuya falsa popularidad lo alzó en alas de la fortuna á la púrpura de un trono, para exhibirle despues en un cadalso, hasta Comonfort suicidándose con su golpe de Estado la noche del 16 al 17 de Diciembre de 57, ningun hombre, excepto el presidente Juarez, ha permanecido por mas tiempo en el escaño de poder, ni legitimidad algun se ha mostrado con tanta magestad, ni tan deslumbradora bajo el sólio de la soberanía de un pueblo!

Juarez, ese mito de los republicanos del siglo, adelantándose á su época ha levantado el nombre de su patria á la altura de sus destinos.

Bañado en el espíritu de la revolucion, firme en la piedra angular del derecho y de la conciencia, sereno ante las tormentas políticas, ni lo ha herido la injusticia, ni doblegado las vicisitudes, ni ensoberbecido el triunfo ni la victoria.

Gefe de una nacion diezmada por la discordia civil; agotada por la guerra extrangera, entregada sin piedad á la conquista con bonepláci-

to de la Europa, ha sostenido con robusta mano el estandarte nacional y vencedor en una lucha sangrienta de cinco años, teniendo á sus piés un cetro hecho pedazos, desde la solemne majestad de su asiento llevaba con atrevida mano el luto al mundo viejo, desde el *Estrecho de Gibraltar al Estrecho de Bhering.*

Tal es el hombre que comparece ante el juicio de la historia sin inquietarse por su fallo irrevocable.

Aguarda con frente serena al porvenir cuando pasadas las impresiones del momento se dé tregua á la justicia y se deje oir la voz de la razon que está por cima de las pasiones humanas.

La Europa acusaria mas tarde á Juarez del *asesinato* perpetrado en la Magestad de Maximiliano de Hapsburgo.

Juarez, acusa á la Europa del atentado contra la Independencia de México.

Un *hombre* por una *nacionalidad!*

Es una demencia política colocar en la balanza de la humanidad á un magnate como contrapeso á la independencia de una nacion.

No era, pues, una represalia, la que levantaba un patíbulo en el memorable *Cerro de las Campanas*, no era una legitimidad sentenciando á la usurpacion, no era la justicia popular vengando el atentado de lesa-independencia; porque la legitimidad y el pueblo estaban satisfechos con el hundimiento del trono y la caida del usurpador.

La *paz* y el *porvenir* clamaban por la desaparicion de la dinastía levantada sobre los escombros de la República; era, pues, una *razon de Estado* la que friamente abria la tumba al Archiduque Maximiliano.

II.

La posicion de Juarez estaba determinada; en su larga peregrinacion, habia visto hoja por hoja de esa historia sangrienta del imperio, habia encontrado á su paso los huérfanos y las viudas de los patriotas, habia visto los campos talados, los pueblos vueltos escombros y presenciaba el número de heridos hechos diariamente por los proyectiles de Querétaro, y cuyos lamentos herian incesantemente sus oidos.

La revolucion estaba delante con sus exigencias, era necesario satisfacerlas todas.

El perdon de Maximiliano perpetuaria la guerra civil, el partido de la intervencion quedaba en pié, dejando el gérmen de la revueltas intestinas.

Cuando el Emperador destronado volviese en sí, de ese temor que no lo abandonó sino hasta cerciorarse su espíritu de la realidad de su muerte; cuando recordase los bellísimo dias de su imperio, con su lujo deslumbrador, sus alcázares, sus parques, sus jardines, sus arcas llenas de oro y la ilusion de siete millones de pecheros que le rindiesen homenage y pleitesía, entonces, las ráfagas de la ambicion tornarian á sacudir su frente soberana.

Los hombres que huyendo del castigo nacional buscaran refugio en el extrangero, le servirian de corte, y acaso apoyado en un fatal golpe de política en que se dejara sentir la mano de la humillada Europa, volveria á levantarse un trono derribado por la mano de la revolucion.

Era necesario desarraigar para siempre ese árbol cuya sombra ha sido el fatalismo de la República.

Hasta aquí la razon de conveniencia privada y el cumplimiento de los deberes con la nacion.

El mundo civilizado impone otros deberes acaso mas elevados, el ejemplar castigo á la *usurpacion.*

La leccion terrible al atentado de independencia.

La personalidad desaparece, el *principio* queda encarnado en la forma humana de un hombre.

¿Cómo herir á ese *principio* dejando en pié la representacion?

Las monarquías siguen á los hombres á su destierro.

Para los reyes hay derecho de postliminio.

Aquí el *hombre* y la *idea* se confundian.

Era necesario matar al *hombre* para darle el último golpe al pensamiento. Tras de Lincoln quedaba Jhonson y la Constitucion de la República.

Tras de Maximiliano, una regente perdida para el mundo de la inteligencia y del porvenir.

El Archiduque estaba sentenciado irremisiblemente.

III.

El presidente Juarez aceptó ante el mundo la responsabilidad de este acontecimiento.

Quien habia afrontado la convencion de Lóndres, la intervencion francesa y el imperio, todo en el meridiano de su grandeza, en el auje de su prosperidad, sin abatirse ante la desgracia, sin sobrecojerse en la derrota, sin abdicar ante el infortunio, no era estraño afrontarse tambien el desbordamiento de los intereses monárquicos en el asombro de esa *profanacion* al *derecho divino*.

IV.

El 16 de Junio á las once y cuarenta y cinco minutos de la mañana anunció el telégrafo que la sentencia del consejo de guerra, confirmada por el gefe de las armas, se notificaba en aquellos momentos á los acusados.

Los defensores acudieron con mas ardor solicitando el indulto de Maximiliano. El emperador debia de ser ajusticiado á las seis de la tarde de ese mismo dia. He aquí la respuesta del gobierno de Juarez á la solicitud:

"Secretaría de Estado en el despacho de Guerra y Marina.—En el ocurso presentado por ustedes, con fecha de hoy, al C. presidente de la República, solicitando se le conceda la gracia de indulto á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que ha sido sentenciado en Querétaro por el consejo de guerra que lo juzgó á sufrir la última pena, ha recaido el acuerdo siguiente:—Examinadas con todo el detenimiento que requiere la gravedad del caso, esta solicitud de indulto, y las demas que se han presentado con igual objeto, el C. presidente de la República se ha servido acordar que no puede accederse á ellas, por oponerse á este acto de clemencia las mas graves consideraciones de justicia y de necesidad de asegurar la paz de la nacion.—Y lo comunico á ustedes para su conocimiento como resultado de su ocurso citado.—San Luis Potosí, Junio 16 de 1867.—*Mejía*."

El fallo era irrevocable!

Las naciones de la convencion intervencionista esperaban inquietas el fallo de la república, como la república esperaba cinco años atras las decisiones de la Europa sobre sus destinos.

Juarez, que como la última luz del *tenebrario* habia permanecido solo entre las sombras de la conquista, haria estremecer á los cómplices de la convencion de Lóndres. El cable trasatlántico emprenderia un trabajo fúnebre para anunciar al continente de las dinastías la sentencia de la república, en la hora solemne de la justicia nacional.

CAPITULO TRIGESIMO CUARTO.

EL REO DE MUERTE.

I.

El fiscal se presentó en la prision y comunicó la sentencia de muerte á cada uno de los reos.

Maximiliano recibió aquella nueva con esa aparente frialdad de su raza.

Mejía con la inercia de la postracion en que yacia desde el principio del sitio: su enfermedad acaso lo tenia así.

Era un cuerpo arrebatado á la tumba para llevarlo al cadalso.

Miramon, al oir su sentencia, dejó ver en sus lábios una sonrisa de profundo desden.

Retirado el fiscal, se estrechó mas la prision redoblándose la vigilancia.

Los defensores se agruparon en torno de los reos, y las familias de estos se abismaron en ese mar de dolor que se desata en torrentes de lágrimas y se exhala en sollozos desgarradores.

II.

Dos mugeres salieron momentos despues del ex-convento de Capuchinas.

Una alta, esbelta, vestida de negro y cubierto su rostro con un velo.

Se lanzó dentro de un carruaje que la aguardaba, y los caballos partieron al galope dirigiéndose á la casa de postas.

Allí subió en una diligencia extraordinaria que partia para San Luis Potosí.

Era la esposa de Miramon, que iba á solicitar del presidente Juarez un imposible, el perdon de su marido.

Este con una compasion previsora y para ahorrar á su esposa el sangriento espectáculo que le aguardaba, la estimuló á hacer ese viage.

Así lo habia aconsejado tambien Maximiliano.

La otra muger tambien era jóven.

Bella como una ilusion primerá, blanca como la corola de una azucena, alta y mórbida como una estátua griega, aquella jóven se precipitó á la calle, loca, perdida, ciega en su inmenso dolor.

Lanzaba gritos de angustia, y do sus párpados corria un raudal de lágrimas.

Era Agustina, la modesta compañera de Mejía, la que en sus momentos de sufrimiento estuvo siempre á su lado, la que habia secado con sus caricias el sudor de su frente cubierta con el polvo de las batallas, la que con una abnegacion sin igual habia compartido con él los peligros de su vida azarosa.

Llevaba en sus brazos un niño que contaba unos cuantos dias de nacido.

Tierno retoño que brotaba al pié del árbol derrumbado por el huracan.

El pueblo veia pasar á aquella jóven desolada escuchando conmovido sus sollozos, y abriéndose para hacerle paso.

Iba en pos de Vega, el defensor de Mejía.

Pasadas algunas horas, este inteligente abogado partió para San Luis Potosí.

Iba á impetrar indulto para el prisionero.

III.

Solamente el príncipe austriaco estaba solo.

En aquellas horas de agonía no se alzaba una voz conocida á su lado que derramara en su corazon esas notas del lenguaje materno que en palabras de amor vertieran el consuelo del sentimiento.

El extrangero no tenia junto á sí un solo pecho adonde reclinar su frente.

Todo era estraño á su lado.

Hombres, idioma, leyes.

Y sin embargo, sus defensores tuvieron con él la solicitud de un hermano.

El príncipe se quedó por un momento solo.

A lo léjos se escuchaba ese ruido tumultuoso de los cuarteles.

Los pasos metódicos de los centinelas, el ruido que hacian al descansar sus armas, todo lo escuchaba el reo como un rumor vago y perdido.

Se dejó caer sobre un sillon, y apoyándose de codos en una mesa ovalada que tenia enfrente cubrió su rostro con las manos.

Así se entregó á una meditacion profunda, más quizá á ese estupor penoso y difícil que invade el cerebro de los condenados á muerte.

Ese estupor se llama el *sueño de la capilla:* es el terrible *coma* que sienten de una manera irresistible los reos que van á morir.

¿Qué pensaba Maximiliano?

Allí en una perspectiva lejana veia los regios salones de Miramar adonde vagaba la sombra de la nieta de cien reyes, que lo llamaba desde el oscuro dintel del otro mundo.

Y cruzaban en su memoria los sucesos últimos de su vida. El ofrecimiento de la corona de México, su llegada á las tostadas playas de Veracruz, la régia recepcion que le hizo la ciudad conquistada.

Todo pasó delante de sus ojos velados en una rápida fantasmagoría.

¡Y quién sabe cuántos reproches y cuántas maldiciones lanzaría contra los que lo arrastraron á aquel trono que iba á convertirse en un cadalso!

Permaneció así durante algunas horas, hasta que lo hizo volver de su éxtasis un ruido estraño.

Era que entraba el sacerdote que iba á auxiliarlo en sus últimos momentos.

IV.

Dentro de la misma celda que servia de prision á Maximiliano se improvisó un altar.

El clérigo que estaba á su lado era el canónigo Ladron de Guevara.

Era este sacerdote un hombre de cuarenta y siete años, robusto, bajo de cuerpo, de pelo rubio, y de ojos vivos y centellantes.

A una inteligencia notable unia un carácter firme y una alma enérgica é inflexible.

Pero de resultas de un ataque apoplético, se movia con dificultad arrastrando penosamente los piés.

Su voz era lenta y temblorosa.

El que habia ocupado un trono se puso de rodillas delante de aquel oscuro sacerdote.

Qué contraste entre aquellas palabras vertidas sobre el corazon del

condenado á muerte, y aquellos solemnes cantos que se habian dejado oir en las catedrales al recibir al archiduque en los dias esplendentes de su grandeza: *¡Domine salvum fac imperatorem!*

V.

Entre tanto el telégrafo hablaba sin interrupcion.

Los defensores de Maximiliano hacian los últimos esfuerzos, y sus compañeros tenian largas conferencias con los ministros del presidente de la república.

Todo habia sido en vano.

El indulto estaba denegado.

VI.

Amaneció el dia 16 de Junio.

Era un domingo.

Conforme avanzaban las horas los reos comprendian que se acercaban al sepulcro.

Las tropas comenzaron á formar muy temprano.

Cuatro mil hombres se dirigieron al Cerro de las Campanas poco despues del medio dia.

Eran la hora y lugar designados para la ejecucion.

El resto del ejército se situó parte en la Alameda y parte se repartió en las plazas de la ciudad.

Los batallones permanecieron así formados y descansando sobre sus armas.

Por la ciudad corria un rumor vago, sordo, como el que precede á los grandes sacudimientos de tierra.

El pueblo se aterraba ante aquel acto terrible de la justicia de la República.

Las mujeres lanzaban una maldicion contra los ejecutores de aquel acto.

En la clase acomodada, sobre todo, era donde se veia un movimiento desusado.

Los hombres se encerraron en su pánico, miéntras que las jóvenes y las matronas de aquella pretendida aristocracia hicieron de la impunidad de su sexo un acto de valor civil.

Y vestidas de luto, reunidas en numerosos grupos se lanzaron á las calles de la ciudad.

Se hicieron anunciar en el cuartel general.

Hacia muchos dias que el general Escobedo las habia recibido.

Ellas impetraron la gracia de los reos, pero el jefe republicano les habia contestado que el gobierno solo tenia la facultad de conceder el indulto.

En aquellos angustiosos momentos, cuando solo faltaban horas para que se ejecutara la sentencia, se agotaron todos los esfuerzos para salvar á los prisioneros.

Pero el porvenir de la nacion estaba encargado á la vigilancia de sus defensores mas loales.

Cuando las señoras se presentaron en el alojamiento del general en jefe, éste habia salido ya de la ciudad.

VII.

A legua y media de la capital de Querétaro existe un convento llamado del *Pueblito.*

En su iglesia se venoraba ántes una Vírgen que la poblacion habia adoptado como su patrona.

De ese culto nacia una constante romería que alimentaba á una infinidad de familias indígenas, que fabricaron sus chozas en torno del convento.

El clero no podia desatender á aquel rebaño semi-idólatra y erigió, junto al rio que atraviesa el pueblo, una parroquia: las obvenciones tenian que ser pingües y fecundas.

Así llegó á ser el *Pueblito* una especie de villa sagrada, la *Meca* de Querétaro.

Mas tardo, en medio del torbellino republicano desapareció la imágen, el altar, el templo y la comunidad religiosa encargada del culto.

En el convento del *Pueblito* nada quedaba ya de su antiguo esplendor.

Era un hospital militar.

En los claustros, en las celdas, en el coro, en la iglesia, en todas partes se veian camas de heridos, del ejército liberal.

Mas tarde se condujeron allí á los heridos prisioneros, porque el general en jefe quiso que á todos se les atendiera con igual esmero. En el

lecho del dolor no hay distinciones, y esa generosidad honra en alto grado al soldado de la República.

Por aquellos salones cruzaba el general Escobedo visitando á sus soldados heridos.

Junto á cada cama se detenia para alentar á los tímidos, para consolar á los que desesperaban con sus sufrimientos.

Entre tanto allá en la ciudad se aprestaban á marchar al suplicio los que habian derramado aquella sangre.

VIII.

La hora terrible sonaba ya.

A las dos de la tarde debia sacarse á los reos de la prision.

Los cuerpos del Norte que debian escoltarlos estaban ya formados frente al convento de Capuchinas.

Los prisioneros se despidieron de cuantos los rodeaban, é hicieron sus últimos encargos.

Sus rostros estaban intensamente pálidos y sus ojos brillaban con una febril irradiacion.

Ya daban los primeros pasos para el patíbulo, cuando recibió el jefe una órden para que la ejecucion se suspendiera.

Era que el gobierno concedia una próroga de tres dias á peticion de os defensores de los reos, para que éstos pudieran arreglar mejor sus intereses de familia.

El telégrafo habia comunicado esa órden, que habia sido trasmitida al general en jefe al *Pueblito*.

Este inmediatamente se dirigió á la ciudad, comprendiendo que allí era indispensable su presencia, en medio del sacudimiento que esa suspension iba á causar en el ejército y en el pueblo.

CAPITULO TRIGÉSIMO QUINTO.

CONSUMATUM ÉST.

I.

Habian pasado los tres dias de próroga.

Inútiles habian sido cuantos esfuerzos se hicieron en su trascurso para conseguir de Juarez el indulto.

La ejecucion debia verificarse el dia 19 de Junio á las seis de la mañana.

El estado moral de los reos era horrible.

Tener durante cinco dias la muerte siempre delante, y una muerte sin lucha, sin defensa, y sin el estupor de la enfermedad. Tener siempre enfrente el sol bellísimo que no volverian á ver, amigos cuyas manos no estrecharian mas, esposa, hijos que dejarian para siempre......

Y la religion rodeándolos constantemente con ese aparato solemne y aterrador que vierte un estupor mas grande en el alma del condenado....

Ese cáliz es inagotable.

En la tarde del dia 18 el telégrafo de San Luis Potosí avisó á los defensores de los reos que ninguna esperanza quedaba ya de la salvacion de éstos.

Maximiliano dando fé á la noticia de la muerte de Carlota que una voz amiga le habia mentido, estaba mas tranquilo.

Comprendió que solo le quedaba ya que sostener la dignidad de su raza.

Entónces se sentó en la mesa, y tomando un pequeño pliego de papel con mano firme escribió estas líneas al general Escobedo.

Son auténticas, y hemos cuidado de conservar no solo la diccion, sino hasta la ortografía de esta terrible esquela.

"Querétaro, Junio 18 de 1867."

"Señor General."

"Deseo, si me es posible, el que mi cuerpo sea entregado al señor Ba-"ron de Magnus y al señor doctor Samuel Basch para que sea condu-"cido á Europa, y el señor Magnus se encargará de embalsamarlo, con-"ducirlo y demas cosas necesarias."

"MAXIMILIANO."

Escribió aun algunos otros billetes, y despues se quedó dormido por algunos momentos.

II.

Miramon recibió dos partes telegráficos, el uno traia el último adios de su esposa y de sus hijos que lo aplazaban *hasta el cielo.*

El otro telégrama era de la *Asociacion Gregoriana.*

Los amigos de la infancia le enviaban sus últimas palabras de consuelo y simpatía.

Los *Gregorianos*, esas aves dispersadas por el huracan del destino, han tornado bajo la sombra bienhechora de la fraternidad á reunirse bajo el techo ruinoso de sus hogares.

Los rencores se han estrellado ante aquellos muros de granito, allí viven aun los recuerdos y cariños de la infancia.

Los Gregorianos son como los árabes, aman como á hermanos á los que han comido pan y sal bajo sus tiendas.

La Asociacion Gregoriana tendió su mano bienhechora á sus amigos encarcelados en las mazmorras de Ulúa, proscritos por el imperio, y ahora participaba de la agonía terrible de Miramon.

El valiente general que habia permanecido sereno ante su misma esposa, sintió humedecerse sus pupilas al recibir el postrer adios de sus amigos.



EL CERRO DE LAS CAMPANAS.

El ángel de los primeros años batió sus alas sobre aquella frente que iba á doblegarse para siempre!

III.

Comenzaba apenas á despuntar el 19 de Junio.

Los reos hicieron el terrible tocador de la muerte.

Se vistieron con un esmero sumo: ninguna insignia militar llevaban en su traje.

Maximiliano tomó un taza de chocolate.

Entonces apareció en la puerta de la celda un oficial que dijo estas solemnes palabras: *"ya es hora."*

Un calosfrio de muerte recorrió el cuerpo de cuantos estaban presentes.

Y todos se arrojaron en torno de los reos para darles el abrazo último.

La confusion era mucha.

Por fin la tropa que debia escoltarlos los colocó en su centro.

Maximiliano al salir de su celda dirijió al interior de ella una mirada triste y doliente.

Entonces percibió lo que se le habia escapado en medio de aquel desórden.

Dos hermanas de la caridad, puestas de rodillas frente al altar que se habia levantado para que orara el archiduque, tendian hácia él las dos manos.

Una de ellas, con voz sofocada por los sollozos, pronunció esta sola palabra...... ¡Adios! y cayó desmayada en los brazos de su compañera.

Era Guadalupe.

Maximiliano se enjugó una lágrima y respondió desde el fondo de su pecho á aquella despedida eterna.

II.

Los carruajes que debian conducir á los reos estaban frente á la portería del ex-convento de Capuchinas.

La escolta los rodeaba.

El pueblo se agolpaba por todas partes.

Maximiliano, al llegar á la puerta, se detuvo un momento y pidió un pañuelo, á pesar de que llevaba uno en la mano y otro en la bolsa.

Inmediatamente de una casa cercana le enviaron uno blanco y grande como lo deseaba.

Los reos subieron á los coches y la comitiva partió rumbo al sitio de la ejecucion.

V.

El *Cerro de las Campanas* levantaba sus crestas cubiertas de bayonetas que brillaban á la luz del sol naciente.

En su base y en sus costados se estendia un mar de gente.

El silencio era profundo.

Repentinamente se escuchó un murmullo sordo y vago, que tomó creces. Era que los reos habian llegado ya.

La fuerza toda preparó sus armas á la voz del gefe que mandaba el cuadro.

Los carruajes hicieron alto, y los reos saltaron á tierra.

Al poner el pié en ella Maximiliano vaciló; pero inmediatamente se agarró al sacerdote que iba á su lado y se repuso, recobró su espíritu, adelantó la pierna izquierda para buscar mas firme apoyo, y llevó las manos al corazon cuyos latidos le sofocaban en sus últimas palpitaciones.

Los tres prisioneros estaban dentro del cuadro.

Mejía, triste y sumido en el mas profundo silencio, veia como el secretario de Cuautimotzin á su señor en el patíbulo.

Miramon altivo, sereno y como si hubiera concurrido á una gran parada: en sus labios se veia su eterna sonrisa.

Maximiliano dirijió algunas palabras en voz alta, saludando al concluir á la Nacion.

Repartió el oro que tenia, á los soldados que estaban á su frente, les recomendó que le tiraran al pecho, y con el pañuelo que habia pedido en la puerta de la prision se amarró la cara, para evitar que al hacerle fuego se le incendiara la barba.

Miramon tambien dirigió una alocucion al pueblo con voz sonora, clara y armoniosa.

Los tres ocuparon sus puestos, Miramon en medio, Maximiliano á su izquierda y Mejía á su derecha.

Como estaba el cuadro situado en el declive del cerro, los reos dominaban el espacio, y las tres figuras se destacaban en el fondo de aquel

horisonte hermoso, que bien pronto les daria paso á aquellos espíritus vivificados por la clara luz de la regeneracion.

Miramon tendió su vista á la ciudad que tenia á su frente.

Maximiliano la dirigió al cielo, murmurando con acento melancólico estas palablas: «en un dia tan bello como este queria morir.»

El príncipe tenia la serenidad de la resignacion.

Si la archiduquesa Carlota hubiera sido la sentenciada, México hubiera presenciado el magnífico espectáculo de la Francia de 93 en la ejecucion de la valerosa é inolvidable Carlota Corday!

Mejia, á quien sin justicia se inculpa de haberse acobardado, Mejia con su frialdad habitual fijó tenazmente sus ojos brillantes y dominadores en los soldados que le apuntaban.

VI.

Vibró un relámpago descolorido por la luz del sol.

Se oyó una detonacion siniestra cuyo eco se perdió rápidamente en el espacio.

Levantóse una nube de humo cruzada por el fuego instantáneo de los fusiles, y los tres reos cayeron como impulsados por el aliento poderoso de Dios.

Un grito horrible, único, intenso, desgarrador como el rugido de una fiera herida, vibró en el espacio.

Miramon lo habia lanzado al morir.

Maximiliano azotó el suelo con su frente ungida, se sacudió con algunas convulsiones y espiró al fin.

La sangre de los Carlomagno empapó la tierra siempre infecunda y maldita de la *usurpacion.*

El *Cerro de las Campanas*, bañado con la sangre del emperador extrangero, se elevará allí con sus tres figuras sombrías hasta el instante supremo de la catástrofe universal, tumba do la usurpacion y monumento gigante de la heroicidad de un pueblo!

VII.

Cerró la noche prolongacion de aquel dia memorable y espantoso.

Los restos mortales del archiduque de Austria reposaban en un féretro colocado junto al altar mayor del templo de las Capuchinas.

Dos hermanas de la caridad lavaron el cadáver, lo vistieron, encendieron unas bujías en los cuatro ángulos del féretro y oraron toda la noche.

Cuando el crepúsculo comenzó á disipar las tinieblas de aquella iglesia sombría, una de las hermanas de la caridad se acercó al cadáver, besó su frente con respeto y desapareció como una sombra en las oscuras naves de las Capuchinas.

Un hombre que habia permanecido oculto tras una de las columnas llorando en silencio, se aproximó al cadáver luego que la hermana de la caridad hubo desaparecido, fijó su vista en el semblante lívido del emperador y dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Pobre Guadalupe...... pobre hermana mia!

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SESTO.

EL ULTIMO DIA.

El estandarte de los grifos sobrevivió *venticuatro* horas al emperador.

La ciudad rebelde estaba aterrorizada con la ejecucion de Maximiliano.

El gefe de la plaza, invadido por el pánico, desapareció de entre las filas de sus soldados, consumó desercion al frente del enemigo.

El 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca.

El general Alatorre recibió á los comisionados, notificándoles de órden de Porfirio Diaz, que no tenia facultad para hacer concesiones, que se rindiesen á discrecion.

Los comisionados tornaron allende sus parapetos á conferenciar.

La ciudad esperaba con ansia las palabras del general republicano.

Cumplido el término señalado para la respuesta, las baterías comenzaron á bomitar bronce sobre la plaza y las columnas se organizaban para el asalto.

La guarnicion de México no tenia moral para resistir, los soldados se desertaban en grupos y los generales no tenian pretesto ostensible para la prolongacion de la lucha, ni elementos para sostenerla.

El fuego era vivísimo y mas tarde la ciudad seria tomada á viva fuerza.

La bandera blanca volvió á aparecer sobre las trincheras.

La plaza se rendia á discrecion.

La capital del imperio abria sus puertas á las huestes vencedoras de la REPUBLICA!

EPILOGO.

LA SOMBRA DE DIOS.

Pocos espectáculos mas sorprendentes y magníficos podrá presenciar la actual generacion, que puedan rivalizar con la pompa y magnificencia de la ceremonia habida para la distribucion de premios hecha por el emperador Napoleon en la Exposicion de Paris.

Veintiun mil personas se reunieron en el gran salon central del edificio, ocupando todas las vías de acceso y todos los balcones.

La multitud de afuera era tanta, que formaba, como un océano, olas que chocaban contra las paredes del gasómetro imperial.

Cuando la régia procesion con sus dorados carruajes, tirados por altos y soberbios caballos, con sus soldados montados, con sus generales de riguroso uniforme, con sus señoras vestidas como los lirios del campo, con sus príncipes y potentados, habia llegado al salon donde iba á verificarse la ceremonia, parecia quo todo cuanto la naturaleza tiene de bello y de grande se habia concentrado en ese lugar.

Sentado en un suntuoso trono real se elevaba el emperador Napoleon.

En uno de sus lados estaba la emperatriz, vestida de raso blanco, rica y elegantemente adornada, llevando en el cuello un magnífico collar de perlas y diamantes, que tenia en el centro una gran piedra de un brillo estraordinario.

El otro lado lo ocupaba "Haroun Raschid," ó lo que queda de él, y abajo de estas tres luces del imperio se colocaron una multitud de príncipes, nobles, dignatarios, notabilidades, generales, etc., y á poco un gran movimiento hizo sentir la existencia del pueblo de Paris y del mundo reunidos allí.

Contemplaba la vista este espectáculo cuando repentinamente percibe el oido las armonías de los instrumentos que tocaban mil doscientos músicos, que absorbieron con aquellas y por un largo rato la atencion de ese mundo.

Cuando todo quedó en silencio, el emperador se levantó de su asiento y pronunció un discurso tan sábio, tan elocuente, que parecia que un génio, un espíritu sobrehumano hablaba por los labios de aquel hombre.

Un notable incidente ocurrió despues de este acto de tan régia y solemne ceremonia.

Cuando Mr. Hugues, el inventor del telégrafo-prensa, ó que imprime á la vez, fué llamado á recibir su premio, el emperador le dió la mano, distinguiéndole así de todos los demas que estaban recibiendo tambien sus premios.

Mr. Hugues, al tocar la mano imperial, puso en la palma de ella un pedacito de papel que contenia el último mensaje recibido por el cable, é impreso por la misma máquina que se premiaba en ese momento.

El mensaje contenia estas frases: "Maximiliano está fusilado; sus últimas palabras fueron: ¡Pobre Carlota!"

La magestad imperial leyó el telégrama é inmediatamente se notó en ella una profunda agitacion.

Su semblante palideció, sus manos temblaban, y los diamantes de la imperial jarretera se movian tanto, que la multitud admirada lanzó una exclamacion.

Lo que el emperador pensaba y sentia no podia saberse, por supuesto; pero sí podemos creer que, sobre las esclamaciones y la música, sobre el ruido de las cornetas y las detonaciones de la artillería, oia solo el tiro lejano que heria á la víctima, cuya sangre caia sobre él, y el grito de una muger, jóven, bella y buena, respondiento á la última exclamacion de su jóven esposo, de "¡Pobre Carlota!" "¡Pobre Maximiliano!"

En medio de esa multitud alegre y encantada, en medio de tanto es-

plendor y de tanta pompa, estaban para Napoleon las víctimas de su bastarda ambicion, de su abuso de poder.

Y por el resto de su vida lo seguirán de cerca esas víctimas.

Donde quiera que vaya encontrará el pálido rostro de una muger mirando hácia él desde la celda donde ella, demente y en completa desolacion, perderá pronto lo que le queda aún de vida.

Cuando Napoleon contemple la cara de su muger, hermosa aún, verá no los ojos de ella, sino los de otra, llenos de indignacion y tan elocuentes, tan fijos sobre él, que no podrá mirarlos; mas buscará en vano un lugar donde ocultarse de ellos.

El vivirá, pero con su corazon atormentado, con su conciencia llena de remordimientos, sintiendo que aquellas víctimas lo rodearán hasta su fin.

El oirá por siempre aquel tiro y aquella exclamacion: "¡Pobre Carlota!"

El dia de expiacion ha comenzado para él, y toda la pompa y todo el esplendor de que se rodee, todos los placeres y distracciones que se procure, no podrán ocultarlo á él de sí mismo.

Luis Napoleon dará cuenta de esa sangre cuando los descendientes de los Carlovingios le pidan cuenta de su hermano, arrastrado á la mas loca de las aventuras.

Tendrá que responder á la Bélgica por la hija predilecta del rey Leopoldo, y el mundo entero condenará al César de las Tullerías que ha sacrificado en aras de la ambicion á una desgraciada princesa y al jóven archiduque de Austria, cuyos restos ensangrentados claman venganza desde las tumbas imperiales de Viena, donde aguardan tranquilos el soplo vivificante de la resurreccion!

FIN.


BIBLIOTECA

